

JOHN CHEEVER

RELATOS 1

Traducción de José Luis López Muñoz y Jaime Zulaika Goicoechea

Prefacio

Me gustaría que el orden en que se han publicado estos relatos se invirtiera y que apareciera yo primero como un hombre mayor, y no como un joven estupefacto al descubrir que hombres y mujeres genuinamente recatados admitían en sus relaciones amargura erótica e incluso codicia. El parto de un escritor, según creo, a diferencia del de un pintor, no presenta alianzas interesantes con sus maestros. En el crecimiento de un escritor, no hay nada comparable a las primeras copias de Jackson Pollock de las pinturas de la capilla Sixtina, con sus interesantes referencias a Thomas Hart Benton. Al escritor podemos verlo aprendiendo torpemente a caminar, a hacerse el nudo de la corbata, a hacer el amor y a comer los guisantes con tenedor. Se presenta más bien solo y determinado a instruirse por su cuenta. Ingenuo, provinciano en mi caso, a veces obtuso y casi siempre torpe, incluso una cuidada selección de sus primeros trabajos será siempre la historia desnuda de su lucha por recibir una educación en economía y en amor.

Estos relatos se remontan a mi honorable licenciamiento del ejército, al final de la segunda guerra mundial. Están en orden cronológico, si no me falla la memoria, y los textos más embarazosamente inmaduros han sido eliminados. A veces parecen historias de un mundo hace tiempo perdido, cuando la ciudad de Nueva York aún estaba impregnada de una luz ribereña, cuando se oían los cuartetos de Benny Goodman en la radio de la papelería de la esquina y cuando casi todos llevaban sombrero. Aquí está el último de aquella generación de fumadores empedernidos que por la mañana despertaban al mundo con sus accesos de tos, que se ponían ciegos en las fiestas e interpretaban obsoletos pasos de baile, como el *Cleveland chicken*, que viajaban a Europa en barco, que sentían auténtica nostalgia del amor y la felicidad, y cuyos dioses eran tan antiguos como los míos o los suyos, quienquiera que sea usted. Las constantes que busco en esta parafernalia a ratos anticuada son cierto amor a la luz y cierta determinación de trazar alguna cadena moral del ser. Calvino no desempeñó ningún papel en mi educación religiosa, pero su presencia parecía habitar en los graneros de mi juventud, y quizá me dejó cierta indebida amargura.

Muchos de estos relatos se publicaron por primera vez en *The New Yorker*, donde Harold Ross, Gus Loblano y William Maxwell me dieron el don inestimable de un grupo amplio, inteligente y sensible de lectores y suficiente dinero para dar de comer a la familia y comprarme un traje nuevo cada dos años. «¡Esto es una revista familiar, maldita sea!», solía vociferar Ross al menor signo de incitación a los impulsos eróticos. Él no era nada recatado, y cuando descubrió que yo daba un respingo cada vez que él usaba la palabra «follar» en la mesa del almuerzo, la repetía con frecuencia, sólo para verme saltar. Su falta de recato era realmente pronunciada; por ejemplo, si preveía que un compañero de póquer iba a ser un pesado, se iba al cuarto de baño y volvía con las orejas rellenas de papel higiénico. Naturalmente, esa clase de conducta nunca aparecía en la revista. Pero le enseñé a uno, o así me gusta pensarlo, que el recato es una forma de discurso tan profundo y connotativo como cualquier otro, diferente no sólo por su contenido, sino por su sintaxis y sus imágenes. Puesto que los hombres a quienes apoyó van desde Irwin Shaw hasta Vladimir Nabokov, parece que ha hecho más bien que ninguna otra cosa.

Toda documentación precisa de nuestra inmadurez resulta embarazosa, y así lo encuentro a

veces en estas narraciones, pero para mí la turbación queda redimida por los recuerdos que las historias me reavivan de las mujeres y los hombres que he amado y de las habitaciones, los pasillos y las playas donde fueron escritos los relatos. Mis historias favoritas son las escritas en menos de una semana y compuestas a menudo en voz alta. Recuerdo haber exclamado: «¡Me llamo Johnny Hake!» Fue en el vestíbulo de una casa en Nantucket que habíamos conseguido alquilar barata, por el retraso de un juicio sucesorio. Saliendo del cuarto de servicio de otra casa alquilada, le grité a mi mujer: «¡Ésta es una noche en la que reyes con trajes dorados cabalgan sobre las montañas a lomos de elefantes!» La paciencia de mi familia ha sido inestimable. Bajo el toldo de la entrada de un edificio de apartamentos de la calle Cincuenta y Nueve escribí, en voz alta, las líneas finales de «Adiós, hermano mío». «¡Ah! ¿Qué se puede hacer con un hombre así?», pregunté, y cerré la historia diciendo: «Me quedé mirando a las mujeres desnudas, saliendo del agua.» «Está hablando usted solo, señor Cheever», me dijo amablemente el portero, y también él —correcto, jovial y satisfecho con su propina de diez dólares para Navidad— parece un personaje del pasado perdurable.

Adiós, hermano mío

La nuestra es una familia que siempre ha estado muy unida espiritualmente. Nuestro padre se ahogó por accidente navegando a vela cuando éramos muy jóvenes, y nuestra madre siempre ha insistido en el hecho de que nuestras relaciones familiares poseen una estabilidad que nunca volveremos a encontrar. No pienso con mucha frecuencia en la familia, pero cuando me acuerdo de sus miembros, de la costa en la que viven y de la sal marina que creo que corre por nuestras venas, me alegro de ser un Pommeroy —de tener la misma nariz, el mismo color de piel, y la misma promesa de longevidad— y de que, si bien no somos una familia distinguida, nos hacemos la ilusión, cuando nos hallamos reunidos, de que los Pommeroy son únicos. No digo todo esto porque me interese la historia familiar o porque este sentimiento de singularidad sea muy profundo o tenga mucha importancia para mí, sino para dejar constancia de que somos leales unos con otros a pesar de nuestras diferencias, y de que cualquier fallo en el mantenimiento de esta lealtad es una fuente de confusión y de dolor.

Somos cuatro hijos; mi hermana Diana y los tres varones: Chaddy, Lawrence y yo. Como la mayoría de las familias con hijos de más de treinta años, nos hemos visto separados por razones profesionales, por el matrimonio y por la guerra. Helen y yo vivimos ahora en Long Island, con nuestros cuatro hijos. Yo doy clases en un colegio privado con alumnos internos, y aunque ya he pasado la edad en que podría tener esperanzas de que me nombraran director, siento respeto por mi trabajo. Chaddy, que es quien ha tenido más éxito de todos los hermanos, vive en Manhattan, con Odette y los chicos; nuestra madre, en Filadelfia, y Diana, desde su divorcio, lo ha hecho en Francia, pero vuelve a Estados Unidos durante el verano para pasar un mes en Laud's Head. Laud's Head es un lugar de veraneo a la orilla de una de las islas de Massachusetts. Allí teníamos un chalet, y en los años veinte nuestro padre construyó la casa grande. Se alza en una colina sobre el mar y, con la excepción de St. Tropez y de algunas aldeas de los Apeninos, es el sitio del mundo que más me gusta. Cada uno de nosotros tiene una participación en la propiedad, y todos contribuimos con cierta cantidad de dinero a su mantenimiento.

Lawrence, el más joven de los hermanos, que es abogado, consiguió trabajo en una empresa de Cleveland después de la guerra, y ninguno de nosotros lo vio durante cuatro años. Cuando decidió marcharse de Cleveland e ir a trabajar a Albany, escribió a madre diciéndole que, aprovechando el traslado, pasaría diez días en Laud's Head con su mujer y sus dos hijos. Yo había planeado disfrutar de mis vacaciones por entonces —después de dar clases en un curso de verano—, y Helen, Chaddy, Odette y Diana iban a estar allí, de manera que la familia se reuniría al completo. Lawrence es el hermano con el que todos los demás tenemos menos cosas en común. Nunca hemos pasado mucho tiempo con él, e imagino que ésa es la razón de que sigamos llamándolo Tifty: un mote que se le puso cuando niño, porque al avanzar por el pasillo camino del comedor para desayunar, sus zapatillas hacían un ruido que sonaba como «tifty, tifty, tifty». Padre lo llamaba así, y lo mismo hacíamos todos los demás. Cuando se hizo mayor, a veces Diana lo llamaba Little Jesus, y madre, con mucha frecuencia, el Gruñón. No teníamos buenos recuerdos de Lawrence, pero esperábamos su vuelta con una mezcla de recelo y lealtad, y con algo de la alegría y la satisfacción que produce recobrar a un hermano.

Lawrence cogió el barco de las cuatro de la tarde, un día de finales de verano, para venir a la isla, y Chaddy y yo fuimos a recibirlo.

Las llegadas y las salidas del trasbordador del verano tienen todos los signos exteriores de un viaje —sirenas, campanas, carretillas de mano, olor a salitre—, pero es un trayecto sin importancia, y cuando vi entrar el barco en el puerto azul aquella tarde y pensé que estaba dando fin a un trayecto sin importancia, me di cuenta de que se me había ocurrido exactamente el tipo de comentario que Lawrence hubiese hecho. Buscamos su rostro detrás de los parabrisas mientras los automóviles abandonaban el buque, y no nos costó ningún trabajo reconocerlo. Nos acercamos corriendo y le estrechamos la mano, y besamos torpemente a su mujer y a los niños.

—¡Tifty! —gritó Chaddy—. ¡Tifty!

Es difícil emitir juicios sobre los cambios en el aspecto de un hermano, pero Chaddy y yo estuvimos de acuerdo, mientras volvíamos a Laud's Head, en que Lawrence seguía pareciendo muy joven. Él entró primero en la casa, y nosotros sacamos sus maletas del coche. Cuando entré yo, estaba de pie en el cuarto de estar, hablando con madre y con Diana, que llevaban sus mejores trajes y todas sus joyas, y lo estaban recibiendo como si fuera el hijo pródigo, pero incluso en ese momento, cuando todo el mundo se esforzaba por parecer más afectuoso y cuando ese tipo de esfuerzos consiguen los mejores resultados, yo ya era consciente de la presencia de cierto nerviosismo en la habitación. Pensando acerca de esto mientras subía las pesadas maletas de Lawrence escaleras arriba, me di cuenta de que nuestras antipatías están tan profundamente arraigadas como nuestros mejores sentimientos, y recordé que una vez, veinticinco años atrás, cuando acerté a Lawrence con una piedra en la cabeza, él se levantó y fue directamente a quejarse a nuestro padre.

Subí las maletas al tercer piso, donde Ruth, la mujer de Lawrence, había comenzado a instalar a su familia. Ruth es una chica muy delgada, y parecía muy cansada del viaje, pero cuando le pregunté si quería que le subiera un cóctel, dijo que le parecía que no.

Cuando bajé, Lawrence había desaparecido, pero los demás estaban listos para los cócteles, y decidimos empezar. Lawrence es el único miembro de la familia que nunca ha disfrutado bebiendo. Nos llevamos las copas a la terraza, para poder contemplar los acantilados, el mar y las islas del este, y el regreso de Lawrence y de su mujer, su presencia en la casa, parecía estimular nuestras reacciones ante aquel panorama tan familiar; era como si el placer que sin duda experimentarían ante la amplitud y el colorido de aquella costa, después de tan larga ausencia, nos hubiese sido concedido a nosotros. Mientras estábamos allí, Lawrence apareció por el sendero que llevaba a la playa.

—¿No es fabulosa la playa, Tifty? —preguntó madre—. ¿No te parece maravilloso estar de vuelta? ¿Quieres un martini?

—Me da igual —dijo Lawrence—. Whisky, ginebra..., me da lo mismo beber una cosa que otra. Ponme un poco de ron.

—No tenemos ron —repuso madre. Fue el primer síntoma de aspereza. Ella nos había enseñado a no mostrarnos nunca indecisos, a no responder nunca como Lawrence lo había hecho. Además, le preocupa extraordinariamente la corrección en los modales, y cualquier cosa anómala,

como beber ron solo o llevar una lata de cerveza a la mesa, le produce un desasosiego al que, a pesar de su amplio sentido del humor, es incapaz de sobreponerse. Madre se dio cuenta de la aspereza en su tono de voz y se esforzó por enmendarlo—: ¿No te gustaría un poco de whisky irlandés, cariño? ¿No es eso lo que siempre te ha gustado? Hay una botella en el aparador. ¿Por qué no te sirves un poco de whisky irlandés?

Lawrence dijo que le daba lo mismo. Se sirvió un martini, y en seguida apareció Ruth y nos sentamos a la mesa.

A pesar de que, esperando a Lawrence, habíamos bebido demasiado antes de cenar, todos estábamos deseosos de esmerarnos y de disfrutar de un rato tranquilo. Madre es una mujer pequeña cuyo rostro tiene aún una sorprendente capacidad para recordar lo bonita que debió de ser, y cuya conversación resulta extraordinariamente animada, pero aquella velada estuvo hablando de un proyecto para volver a cultivar determinadas zonas en la parte alta de la isla. Diana es tan guapa como madre debió de serlo; es una mujer encantadora y muy alegre, a quien le gusta hablar de los disolutos amigos que ha hecho en Francia, pero aquella noche nos contó cómo era el colegio suizo al que había llevado a sus dos hijos. Me di cuenta de que la cena había sido planeada para agradar a Lawrence. No resultó demasiado pesada y no comimos nada que pudiera hacerle pensar en despilfarros.

Después de cenar, cuando volvimos a la terraza, las nubes estaban iluminadas por ese tipo de luz que parece sangre, y me alegré de que Lawrence encontrara una puesta de sol tan sensacional el día de su vuelta a casa. Cuando llevábamos allí unos minutos, un hombre llamado Edward Chester vino a buscar a Diana. Lo había conocido en Francia, o en el barco durante el viaje de vuelta, y él estaba pasando diez días en la fonda del pueblo. Le presentamos a Lawrence y a Ruth, y luego, Diana y él se marcharon.

—¿Es con ése con el que se acuesta ahora? —preguntó Lawrence.

—¿Hace falta decir una cosa tan desagradable? —replicó Helen.

—Deberías pedir disculpas, Tifty —dijo Chaddy.

—No lo sé —contestó madre cansadamente—. No lo sé, Tifty. Diana puede hacer lo que quiera, y yo no le hago preguntas sórdidas. Es mi única hija. No la veo con mucha frecuencia.

—¿Vuelve a Francia?

—Parte dentro de dos semanas.

Lawrence y Ruth estaban sentados en el borde de la terraza, sin utilizar las sillas y fuera del círculo formado por ellas. Quizá debido al gesto hosco de su boca, mi hermano me pareció en aquel momento un clérigo puritano. A veces, cuando trato de entender su estado de ánimo, pienso en los comienzos de nuestra familia en este país, y su condena de Diana y de su amante me lo recordó. La rama de los Pommeroy a la que pertenecemos fue fundada por un ministro que recibió los elogios de Cotton Mather por su incansable renuncia al diablo. Los Pommeroy fueron ministros del Señor hasta mediados del siglo XIX, y el rigor de sus ideas —el hombre es un ser desdichado, y toda belleza terrenal está viciada y corrompida— ha sido conservado en libros y sermones. El carácter de nuestra familia cambió en cierta manera y se hizo más despreocupado, pero cuando yo iba al colegio, recuerdo

una colección de parientes de edad avanzada que parecían volver a los oscuros días del ministerio eclesiástico y estar animados por un perpetuo sentimiento de culpa y por la deificación del castigo divino. Si a uno lo educan en ese ambiente —y en cierta manera, tal era nuestro caso—, creo que es muy difícil para el espíritu rechazar los hábitos de culpabilidad, abnegación, tendencia al silencio y espíritu de penitencia, y tuve la impresión de que Lawrence había sucumbido ante aquella prueba espiritual.

—¿Es Casiopea esa estrella? —preguntó Odette.

—No, querida —dijo Chaddy—. Ésa no es Casiopea.

—¿Quién era Casiopea? —quiso saber Odette.

—Era la mujer de Cefeo y la madre de Andrómeda —dije yo.

—La cocinera es una forofa de los Giants —comentó Chaddy—. Está incluso dispuesta a darle a uno dinero si ganan la liga.

Había oscurecido tanto que veíamos en el cielo la luz del faro del cabo Heron. En la negrura bajo el acantilado, resonaban las continuas detonaciones de la marea. Y entonces, madre empezó a hablar, como sucede con frecuencia cuando está anocheciendo y ha bebido mucho antes de cenar, de las mejoras y de las ampliaciones que se harían algún día en la casa, de las nuevas alas, los cuartos de baño y los jardines.

—Esta casa estará en el mar dentro de cinco años —señaló Lawrence.

—Tifty el Gruñón —dijo Chaddy.

—No me llames Tifty —replicó Lawrence.

—Little Jesus —dijo Chaddy.

—El rompeolas está lleno de grietas —dijo Lawrence—. Lo he visto antes de cenar. Tuvisteis que repararlo hace cuatro años, y costó ocho mil dólares. No podéis hacer eso cada cuatro años.

—Por favor, Tifty —intervino madre.

—Los hechos son los hechos —insistió Lawrence—, y es una idea descabellada construir una casa al borde de un acantilado en una costa que se está hundiendo en el mar. En los años que llevo vivo, ha desaparecido la mitad del jardín, y hay más de un metro de agua donde solíamos tener la caseta para desvestirnos.

—¿Por qué no hablamos de un tema más general? —dijo madre, amargamente—. De política, o del baile en el club marítimo.

—De hecho —continuó Lawrence—, la casa peligra ya en estos momentos. Si tuvierais una marea desacostumbradamente alta, o una fuerte tormenta, el rompeolas podría derrumbarse y la casa se vendría abajo. Podríamos ahogarnos todos.

—No lo soporto —exclamó madre. Fue a la despensa y regresó con un vaso lleno de ginebra.

Soy ya demasiado viejo para crearme capaz de juzgar los sentimientos de los demás, pero sí me daba cuenta de la tensión entre Lawrence y madre, y estaba al tanto de parte de su historia. Lawrence no debía de tener más de dieciséis años cuando decidió que madre era frívola, malintencionada, destructiva y demasiado autoritaria. Al llegar a esta conclusión, decidió apartarse de ella. Por entonces, estaba interno en un colegio, y recuerdo que no vino a pasar las Navidades con nosotros. Fue a casa de un amigo. Después de hacer su desfavorable juicio sobre madre, volvió muy pocas veces, y en la conversación siempre se esforzaba por recordarle su voluntario alejamiento. Cuando se casó con Ruth, no se lo dijo a madre. Tampoco le comunicó el nacimiento de sus hijos. Pero, a pesar de aquellos esfuerzos tan pertinaces por cuestión de principios, daba toda la impresión, a diferencia del resto de nosotros, de no haberse separado nunca de ella, y cuando están juntos, todo el mundo nota al instante el nerviosismo, la falta de comprensión.

Y fue mala suerte, en cierta manera, que madre hubiese elegido aquella noche para emborracharse. Está en su derecho, y lo hace muy pocas veces, y afortunadamente no se mostró belicosa, pero todos éramos conscientes de lo que estaba sucediendo. Mientras se bebía despacio la ginebra, parecía decirnos adiós con tristeza; parecía estar a punto de marcharse de viaje. Luego su estado de ánimo pasó del viaje al agravio, y los pocos comentarios que hizo resultaron malhumorados e improcedentes. Cuando su vaso se hallaba casi vacío, miró enfadada el aire oscuro delante de su nariz, moviendo la cabeza un poco, como un boxeador. Comprendí que en aquel momento no le cabían en la cabeza todos los agravios que era capaz de recordar. Sus hijos eran estúpidos, su marido se había ahogado, los criados eran unos ladrones, y la silla en la que se sentaba era incómoda. De repente dejó el vaso vacío e interrumpió a Chaddy, que estaba hablando de béisbol.

—Sólo sé una cosa —dijo con voz ronca—. Sólo sé que si hay otra vida después de ésta, voy a tener una familia completamente distinta. Mis hijos serán todos fabulosamente ricos, ingeniosos y encantadores.

Se puso en pie y, al dirigirse hacia la puerta, estuvo a punto de caerse. Chaddy la sostuvo y la ayudó a subir la escalera. Los oí darse las buenas noches con mucha ternura, y luego Chaddy volvió a donde estábamos los demás. Pensé que para entonces Lawrence se hallaría cansado del viaje y de las emociones del regreso, pero siguió en la terraza, como si estuviera esperando nuestra última fechoría, y nosotros lo dejamos allí y nos fuimos a la playa a nadar en la oscuridad.

Cuando me desperté, o empecé a despertarme, a la mañana siguiente, oí el ruido de alguien que estaba allanando la pista de tenis. Es un sonido más débil y más grave que el de las boyas de campana más allá del promontorio —un golpeteo sobre hierro sin ritmo alguno—, ligado en mi imaginación con el comienzo de un día de verano, algo así como un buen augurio. Cuando bajé la escalera, encontré a los dos hijos de Lawrence en el cuarto de estar, vestidos con unos trajes de vaqueros llenos de adornos. Son unos niños asustadizos y muy flacos. Me dijeron que su padre estaba allanando la pista de tenis, pero que ellos no querían salir porque habían visto una serpiente junto al escalón de la puerta. Les expliqué que sus primos —todos los otros niños— desayunaban en la cocina, y que lo mejor era que fuesen corriendo a reunirse con ellos. Al oír esto, el niño empezó a llorar. Su hermana se unió en seguida a él. Lloraban como si ir a la cocina y comer allí fuese a destruir sus más preciados derechos. Entonces les dije que se sentaran conmigo. Al entrar Lawrence le pregunté si

quería jugar un poco al tenis. Dijo que no, que muchas gracias, aunque pensaba que quizá jugase algún partido individual con Chaddy. Tenía toda la razón en eso, porque tanto Chaddy como él lo hacen mejor que yo, y los dos jugaron varios partidos después del desayuno, pero más tarde, cuando bajaron los otros a jugar dobles, Lawrence desapareció. Eso hizo que me enfadara —imagino que injustificadamente—, pero lo cierto es que jugamos unos dobles familiares muy interesantes y que podía al menos haber participado en un set por una simple razón de cortesía.

Más tarde, aquella misma mañana, cuando volvía solo de la pista, vi a Tifty en la terraza, separando de la pared una tablilla con su navaja.

—¿Qué sucede, Lawrence? —le pregunté—. ¿Termitas?

—Hay termitas en la madera y nos han causado muchos problemas.

Me señaló, en la base de cada hilera de tablillas, una débil línea azul de tiza de carpintero.

—Esta casa tiene unos veintidós años —dijo—. Las maderas, en cambio, unos doscientos. Papá debió de comprar tablillas de todas las granjas de los alrededores cuando construyó esta casa para darle un aire venerable. Todavía se ven las marcas de la tiza de carpintero en el sitio donde había que clavar estas antigüedades.

Lo de las tablillas era cierto, aunque yo lo hubiese olvidado por completo. Al construir la casa, nuestro padre, o su arquitecto, había encargado tablillas de madera cubiertas de líquenes y curtidadas por la intemperie. Pero no entendía cómo Lawrence llegaba a la conclusión de que aquello tenía algo de escandaloso.

—Y mira estas puertas —añadió Lawrence—. Mira estas puertas y los marcos de las ventanas.

Fui tras él hasta una gran puerta de dos paneles que se abre hacia la terraza y me puse a mirarla. Era una puerta relativamente nueva, pero alguien había trabajado en ella esforzándose por ocultarlo.

Alguien le había hecho muescas profundas con un instrumento de metal, y las había untado luego con pintura blanca para imitar el salitre, los líquenes y el desgaste producido por la intemperie.

—Piensa en lo que significa gastar miles de dólares para lograr que una casa sólida parezca una ruina —dijo Lawrence—. Piensa en la tesitura mental que eso implica. Piensa en sentir un deseo tan intenso de vivir en el pasado que te haga pagar un sueldo a los carpinteros para desfigurar la puerta principal de tu casa.

Entonces recordé lo sensible que Lawrence era al tiempo, y sus sentimientos y sus opiniones sobre nuestra simpatía por el pasado. Yo lo había oído decir, años antes, que nosotros y nuestros amigos y nuestra parte del país, al descubrimos incapaces de enfrentarnos con los problemas del presente, habíamos optado, como una persona adulta que ha perdido la razón, por volvernos hacia lo que imaginábamos ser una época más feliz y más sencilla, y que nuestro gusto por las reconstrucciones y por la luz de los candelabros era la prueba de ese irremediable fracaso. La débil línea azul de tiza había servido para recordarle estas ideas, las incisiones en la puerta las habían reforzado, y ahora, uno tras otro, se le iban presentando todos los indicios: el farol de barco sobre la

puerta, el tamaño de la chimenea, la anchura de las tablas del suelo y las piezas incrustadas para que pareciesen ganchos. Mientras Lawrence me sermoneaba acerca de todas estas flaquezas, llegaron los otros que venían de la pista de tenis. La reacción de madre al ver a Lawrence fue inmediata, y comprendí que había muy pocas esperanzas de entendimiento entre la encarnación del matriarcado y el traidor. Madre se cogió del brazo de Chaddy.

—Vayamos a nadar y a beber martinis en la playa —dijo—. Quiero que pasemos una mañana fabulosa.

Aquella mañana, el mar tenía un color muy denso, como si fuera una piedra verde. Todo el mundo bajó a la playa, excepto Tifty y Ruth.

—Lawrence no me importa —dijo madre. Estaba nerviosa, y al torcer la copa se le derramó algo de ginebra sobre la arena—. No me importa en absoluto. Me tiene sin cuidado que sea todo lo grosero, desagradable y deprimente que quiera, pero lo que no soporto son las caras de esos pobres hijos suyos, de esos niñitos tan increíblemente desdichados.

Separados de él por la altura del acantilado, todos hablábamos de Lawrence con indignación; de cómo había empeorado en lugar de mejorar, de lo distinto que era del resto de nosotros, de cómo se esforzaba por estropear cualquier placer. Nos bebimos la ginebra; los insultos parecieron alcanzar un punto álgido, y luego, uno a uno, nos fuimos a nadar en la sólida agua verde. Pero cuando volvimos nadie tuvo palabras duras para Lawrence; la tendencia a decir cosas injuriosas se había roto, como si nadar tuviese la fuerza purificadora que reclama el bautismo. Nos secamos las manos, encendimos unos cigarrillos, y si se mencionaba a Lawrence era sólo para sugerir, amablemente, algo que pudiese agradarle. ¿No le gustaría dar un paseo en bote hasta la ensenada de Barin, o salir a pescar?

Y ahora me doy cuenta de que durante la visita de Lawrence íbamos a nadar con más frecuencia de lo normal, y creo que había un motivo para ello. Cuando la irritabilidad acumulada por su presencia empezaba a socavar nuestra paciencia, no sólo con Lawrence, sino de unos con otros, íbamos a nadar y nos quitábamos el rencor con agua fría. Recuerdo ahora a toda la familia, mientras permanecíamos sentados en la arena, escocidos por los reproches de Lawrence, y nos veo chapoteando, zambulléndonos y volviendo a la superficie, y percibo en las voces una paciencia renovada y el redescubrimiento de inagotables reservas de buena voluntad. Si Lawrence hubiese advertido este cambio —esta apariencia de purificación—, supongo que habría encontrado en el vocabulario de la psiquiatría, o de la mitología del Atlántico, algún nombre discreto para ello, pero no creo que se percatara del cambio. No se molestó en dar un nombre a la capacidad curativa del mar abierto, pero fue sin duda una de las pocas oportunidades que perdió de quitar valor a las cosas.

La cocinera que teníamos aquel año era una polaca llamada Anna Ostrovick, contratada exclusivamente para el verano. Era excelente: una mujer grande, gorda, cordial, diligente, que se tomaba su trabajo muy en serio. Le gustaba cocinar, y que la gente apreciara y comiera los alimentos que preparaba, y siempre que la veíamos insistía en que comiéramos. Hacía bollos calientes, croissants y brioches dos o tres veces por semana para desayunar y los traía ella misma al comedor diciendo: «¡Coman, coman, coman!» Cuando la doncella devolvía los platos sucios a la antecocina, a veces oíamos decir a Anna, que estaba allí esperando: «¡Excelente! Comen.» Daba de comer al que recogía la basura, al lechero y al jardinero. «¡Coma!», les decía. Los jueves por la tarde iba al cine con la doncella, pero no disfrutaba con las películas, porque los actores estaban demasiado delgados. Se pasaba hora y media en la sala a oscuras aguardando ansiosamente a que apareciese alguien con

aspecto de disfrutar comiendo. Para Anna, Bette Davis no pasaba de ser una mujer con aspecto de no comer bien. «¡Están todos tan flacos!», decía al salir del cine. Por las noches, después de habernos atiborrado y de fregar las cazuelas y las sartenes, recogía las sobras y salía fuera para alimentar a la creación. Aquel año teníamos unos cuantos pollos, y aunque para entonces ya estaban todos descansando en sus perchas, les arrojaba los alimentos en el comedero y exhortaba a las aves dormidas para que comieran. También alimentaba a los pájaros cantores del jardín, y a las ardillas del patio trasero. Su presencia en el límite del jardín y su voz apremiante —oíamos perfectamente su «Comed, comed, comed»— estaban ya, como la salva de cañón en el club náutico y la luz del faro del cabo Heron, ligadas a aquel momento del día. «Comed, comed, comed», le oíamos decir a Anna. «Comed, comed...» Y ya se había hecho de noche.

Cuando Lawrence llevaba tres días en casa, Anna me llamó a la cocina.

—Dígale a su madre que no quiero al señorito en mi cocina —anunció—. Si sigue entrando aquí todo el tiempo, me marchó. Se pasa la vida diciéndome que soy una mujer muy desgraciada; que trabajo demasiado y no me pagan lo bastante, y que debería pertenecer a un sindicato que me asegurara las vacaciones. ¡Ja! Está flaquísimo, pero siempre viene a la cocina cuando estoy ocupada para compadecerse de mí, pero yo valgo tanto como él, valgo tanto como cualquiera, y no tengo por qué aguantar a gente así molestándome todo el tiempo y compadeciéndose de mí. Soy una estupenda cocinera y muy famosa además, y tengo trabajo en todas partes, y la única razón de que haya venido a trabajar aquí este verano es que no había estado nunca en una isla, pero puedo conseguir otro empleo mañana mismo, y si sigue viniendo a mi cocina a compadecerse de mí, dígame a su madre que me marchó. Valgo tanto como cualquiera, y no tengo por qué aguantar a ese tipo flacucho diciéndome todo el tiempo lo pobre que soy.

Me agradó descubrir que la cocinera estaba de nuestra parte, pero comprendí que la situación era delicada. Si madre le pedía a Lawrence que no hiciera visitas a la cocina, mi hermano consideraría aquella petición como un agravio. Era capaz de convertir cualquier cosa en un agravio, y a veces daba la impresión de que —mientras permanecía hoscamente sentado en la mesa del comedor— toda palabra de menosprecio, fuera cual fuese su destino, la consideraba dirigida a él. No hablé con nadie de las quejas de la cocinera, pero por alguna razón no volvieron a presentarse problemas de ese tipo.

El siguiente motivo de disputa que tuve con Lawrence nació de nuestras partidas de backgammon.

Cuando estamos en Laud's Head jugamos mucho al backgammon. A las ocho, después de tomarnos el café, sacamos el tablero. En cierto modo, es uno de nuestros ratos más agradables. Aún no se han encendido las luces del cuarto, la figura de Anna resulta visible en el jardín, y en el cielo, por encima de su cabeza, se crean continentes de sombra y fuego. Madre enciende la luz y deja caer los dados como si fuera una señal. Normalmente jugamos tres partidas por persona, cada uno contra los demás. Jugamos con dinero, y se puede ganar o perder hasta cien dólares en una partida, pero las cantidades son de ordinario mucho más bajas. Creo que Lawrence solía jugar —no estoy seguro—, pero ahora ya no lo hace. No participa en juegos de azar. No se trata de que no tenga dinero, ni es tampoco una cuestión de principios: simplemente piensa que jugar es una ocupación absurda y una pérdida de tiempo. Sin embargo, estaba perfectamente dispuesto a perderlo viendo cómo jugábamos los demás. Noche tras noche, cuando empezaban las partidas, acercaba su silla al tablero y contemplaba las fichas y los dados. Su expresión era desdeñosa, y, sin embargo, miraba con mucho interés. Yo me preguntaba por qué se dedicaba a observarnos noche tras noche, y, estudiando su

rostro, creo que quizá haya logrado averiguarlo.

Lawrence no juega, y no entiende por tanto la emoción que produce ganar o perder dinero. Ha olvidado cómo se juega al backgammon, creo, de manera que sus complejas posibilidades no consiguen interesarle. Sus observaciones tenían necesariamente que centrarse en el hecho de que el backgammon es un juego para matar el tiempo y un juego de azar, y que el tablero, marcado con puntos, era un símbolo de nuestra inutilidad. Y puesto que no entiende ni el juego ni sus diferentes posibilidades, pensé que lo que le interesaba debían de ser los miembros de la familia. Una noche en que yo estaba jugando con Odette —ya les había ganado treinta y siete dólares a madre y a Chaddy—, creo que entendí lo que pasaba por su cabeza.

Odette tiene el pelo y los ojos negros. Se preocupa de no pasarse mucho tiempo al sol, para que el llamativo contraste entre negrura y palidez de la piel no se desvirtúe durante el verano. Necesita admiración y merece que se la admire —es el elemento que la satisface—, y coquetea, aunque nunca seriamente, con cualquier hombre. Aquella noche llevaba los hombros descubiertos, y el vestido estaba cortado para mostrar la división de sus pechos, y para mostrar los pechos mismos cuando se inclinaba sobre el tablero para jugar. No hacía más que perder y coquetear y hacer que sus derrotas pareciesen parte del coqueteo. Chaddy estaba en la otra habitación. Odette perdió tres partidas, y al terminar la tercera, se dejó caer en el sofá y, mirándome directamente a los ojos, dijo algo sobre salir a la arena para ajustar cuentas. Lawrence la oyó. Me volví a mirarlo. Parecía escandalizado y satisfecho al mismo tiempo, como si llevara sospechando desde el principio que no jugábamos por algo tan poco importante como el dinero. Puedo equivocarme, desde luego, pero creo que Lawrence contemplaba nuestras partidas de backgammon con la esperanza de estar observando el desarrollo de una irónica tragedia en la que el dinero que ganábamos y perdíamos se transformaba en símbolo de prendas mucho más vitales. Es muy propio de Lawrence tratar de descubrir significados y finalidades en todos los gestos que hacemos, y está convencido de que cuando descubra la lógica profunda de nuestro comportamiento, ésta será enteramente sórdida.

Chaddy vino a jugar conmigo. A ninguno de los dos nos gusta que nos gane el otro. Cuando éramos pequeños, se nos prohibía que jugásemos juntos, porque siempre acabábamos peleándonos. Los dos creemos conocer perfectamente la valía del otro. Yo lo considero prudente; él a mí, temerario. Siempre hay encono cuando jugamos a cualquier cosa —tenis, backgammon, softball o bridge—, y es verdad que a veces parece como si nos estuviéramos jugando la posesión de las libertades del otro. Cuando pierdo con Chaddy no me puedo dormir. Todo esto es sólo la verdad a medias de nuestra relación competitiva, pero era precisamente la verdad a medias que podía resultar discernible para Lawrence, y su presencia al lado del tablero me cohibió tanto que perdí dos partidas. Traté de que no se me notara el enfado cuando me levanté de la mesa. Lawrence me observaba. Salí a la terraza para sufrir allí a oscuras el malhumor que siento siempre que pierdo con Chaddy.

Cuando volví a entrar, Chaddy y madre estaban jugando. Lawrence seguía presenciando las partidas. De acuerdo con su óptica, Odette había perdido conmigo su virtud, y yo la autoestima con Chaddy; me pregunté qué vería en la confrontación entonces en curso. Los contemplaba extasiado, como si las fichas opacas y el tablero dividido sirvieran para un decisivo intercambio de poder. ¡Qué dramáticos debían de parecerle el tablero, dentro de su círculo de luz, los jugadores inmóviles, y el fragor del mar en el exterior! Allí había canibalismo espiritual hecho visible; allí, bajo sus mismas narices, se hallaban los símbolos del uso voraz que unos seres humanos hacen de otros.

Madre juega con mucha astucia y apasionamiento, y se hace culpable de intromisiones.

Siempre tiene las manos en el tablero del contrario. Cuando juega con Chaddy, que es su favorito, lo hace con gran concentración. Lawrence tuvo que notarlo. Madre es una mujer sentimental. Tiene buen corazón, y las lágrimas y la debilidad la conmueven fácilmente, rasgo que, como su bien dibujada nariz, no ha sufrido el menor cambio con la edad. El dolor del otro le causa una profunda impresión, y a veces parece tratar de adivinar en Chaddy algún pesar, alguna pérdida que ella esté en condiciones de socorrer o remediar, para restablecer así la relación que mantenía con él cuando era pequeño y enfermizo. A madre le encanta defender a los débiles y a los inocentes, y ahora que ya somos mayores lo echa de menos. El mundo de las deudas y de los negocios, de los hombres y de la guerra, de la caza y de la pesca consigue irritarla. (Cuando padre se ahogó, tiró sus cañas y sus escopetas.) Nos ha sermoneado a todos interminablemente sobre la confianza en uno mismo, pero si acudimos de nuevo a ella en busca de consuelo y ayuda —particularmente Chaddy—, es entonces cuando parece sentirse más ella misma. Imagino que, según Lawrence, aquella mujer mayor y su hijo estaban jugándose el alma.

Nuestra madre perdió.

—¡Dios mío! —dijo. Parecía afligida y desconcertada, como le sucede siempre que pierde—. Tráeme las gafas, el talonario de cheques y algo de beber.

Lawrence se levantó por fin y estiró las piernas. Nos dirigió a todos una mirada sombría. Soplaba el viento y había subido la marea, y pensé que si oía el ruido de las olas lo interpretaría también como una sombría respuesta a sus sombrías preguntas; que para él la marea se habría encargado de dispersar las cenizas de los fuegos que encendemos en nuestras excursiones. Convivir con una mentira es insoportable, y él parecía la encarnación de una mentira. Yo no podía explicarle el simple e intenso placer de jugar por dinero, y me parecía una terrible equivocación que se hubiese sentado junto a la mesa para llegar a la conclusión de que nos estábamos jugando el alma. Inquieto, dio dos o tres paseos por la habitación y luego, como de costumbre, nos lanzó la última andanada antes de irse:

—No entiendo cómo no os volvéis locos, encerrados unos con otros de esta forma, noche tras noche —dijo—. Vamos, Ruth. Quiero acostarme.

Aquella noche soñé con Lawrence. Vi su rostro de facciones insignificantes convertido en un prodigio de fealdad, y al despertarme por la mañana sentí náuseas, como si hubiera sufrido una gran pérdida espiritual mientras dormía, como una disminución de valor y un descorazonamiento. Era absurdo preocuparme por mi hermano. Yo necesitaba unas vacaciones. Necesitaba descansar. En el colegio donde enseñé, mi mujer y yo vivimos en una de las residencias, comemos con los alumnos, y nunca salimos de allí. No sólo doy clases de lengua en invierno y en verano, sino que también trabajo en el despacho del director, y soy el que dispara la pistola cuando se celebran competiciones atléticas en pista. Necesitaba alejarme de aquel y de todos los demás motivos de inquietud, y decidí evitar a mi hermano. Por la mañana temprano me llevé a navegar a Helen y a los niños, y no volvimos hasta la hora de la cena. Al día siguiente salimos de excursión. Luego tuve que ir a Nueva York, y cuando volví, iba a celebrarse el baile de disfraces en el club náutico. Lawrence no asistiría, y se trata de una fiesta en la que siempre lo he pasado estupendamente.

Las invitaciones de aquel año exhortaban a disfrazarse de lo que a cada uno le gustaría ser en

realidad. Después de varias conversaciones, Helen y yo habíamos decidido ya qué ponernos. A ella lo que más le apetecía era volver a ser una novia, y por tanto decidió llevar su traje de boda. A mí me pareció una buena elección: sincera, risueña y barata. Su elección tuvo influencia sobre la mía, y decidí ponerme un viejo uniforme de jugar al fútbol americano. Madre optó por vestirse de Jenny Lind, porque había un viejo disfraz de Jenny Lind en el ático. Los demás prefirieron trajes alquilados, y cuando estuve en Nueva York, me encargué de conseguirlos. Lawrence y Ruth no participaban en nada de esto.

Helen formaba parte del comité encargado de organizar el baile, y se pasó la mayor parte del viernes decorando el club. Diana, Chaddy y yo salimos a navegar. Casi toda la navegación a vela que practico últimamente transcurre en Manhasset, y estoy acostumbrado a fijar el rumbo de vuelta a casa mediante la barcaza de la gasolina y los tejados de cinc del cobertizo de las embarcaciones, y aquella tarde era un placer, mientras volvíamos, mantener proa hacia la blanca torre de la iglesia del pueblo y descubrir que incluso el agua cercana a la orilla era verde y transparente. Al terminar nuestro paseo nos detuvimos en el club para recoger a Helen. El comité había tratado de darle una apariencia de fondo marino a la sala de baile, y el hecho de que casi hubiesen logrado crear la ilusión hacía que Helen se sintiera muy feliz. Volvimos en coche a Laud's Head. La tarde había sido extraordinariamente luminosa, pero camino de casa nos llegó el olor del viento del este, el viento negro, como hubiese dicho Lawrence, que llegaba del mar.

Mi mujer, Helen, tiene treinta y ocho años. Imagino que el cabello se le habría vuelto entrecano si no se lo tiñera, pero el color que utiliza es un rubio nada molesto, bastante apagado, y creo que le sienta bien. Aquella noche estuve preparando cócteles mientras ella se vestía, y cuando subí a llevarle una copa, la vi por primera vez desde nuestra boda con su traje de novia. No tendría sentido decir que me pareció más hermosa que cuando nos casamos, pero como he envejecido y creo también que mis sentimientos tienen más hondura, y porque aquella noche vi en su rostro al mismo tiempo juventud y madurez, su fidelidad a la joven que había sido y las posiciones que ha tenido que ceder aiosamente ante el avance del tiempo, estoy dispuesto a afirmar que no me había sentido nunca antes tan profundamente conmovido. Ya me había puesto mi uniforme de futbolista, y el peso de todo ello, de los pantalones y de las hombreras, había producido un cambio en mí, como si al encasquetarme aquella ropa vieja hubiera desechado todas las ansiedades y los problemas de mi vida. Era como si los dos hubiésemos regresado a los años anteriores a nuestro matrimonio, a los años anteriores a la guerra.

Los Collard daban una cena para muchos invitados antes del baile, y a ella asistió toda nuestra familia, con la excepción de Lawrence y Ruth. Luego, a eso de las nueve y media, nos dirigimos en coche hacia el club, atravesando la niebla que se había levantado ya. La orquesta tocaba un vals. Mientras dejaba el impermeable en el guardarropa, alguien me dio un golpe en la espalda. Era Chucky Ewing, y lo gracioso es que él también iba disfrazado de jugador de fútbol. Esto nos pareció terriblemente divertido a los dos. Íbamos riendo mientras avanzábamos por el pasillo hacia la sala de baile. Me paré en la puerta para ver la decoración, y me pareció muy hermosa. Los organizadores habían cubierto con redes de pescar las paredes y el cielo raso. Las redes del techo estaban llenas de globos de colores. La luz era suave y desigual, y los participantes en la fiesta —nuestros amigos y vecinos— formaban un conjunto muy agradable bailando al compás de *Three O'Clock in the Morning*. Luego me fijé en que había muchas mujeres vestidas de blanco, y me di cuenta de que también ellas, al igual que Helen, llevaban trajes de novia. Patsy Hewitt, la señora Gear y la chica de los Lackland bailaban un vals vestidas de novia. En seguida, Pep Talcott se acercó a donde estábamos Chucky y yo. Iba vestido de Enrique VIII, pero nos dijo que los gemelos Auerbach, Henry Barrett y Dwight

MacGregor llevaban todos uniforme de jugador de fútbol, y que, según el último recuento, había diez novias en la sala.

Esta coincidencia, esta divertida coincidencia, hizo reír a todo el mundo, y logró que aquella fiesta fuese una de las más alegres jamás celebradas en el club. Al principio pensé que las mujeres se habían puesto de acuerdo para vestirse de novias, pero las que bailaron conmigo me aseguraron que se trataba de una coincidencia, y yo estoy seguro de que Helen tomó la decisión por su cuenta. Todo me fue muy bien hasta poco antes de la medianoche, cuando vi a Ruth junto a la pista de baile. Llevaba un traje de noche rojo totalmente fuera de lugar. Resultaba completamente ajeno al espíritu de la fiesta. La saqué a bailar, pero no hubo nadie que viniera a sustituirme, y yo no estaba dispuesto a pasarme con ella el resto de la noche, así que le pregunté por Lawrence. Me dijo que había salido al muelle. Dejé a Ruth en el bar y salí en busca de mi hermano.

La niebla del este era muy densa, y Lawrence estaba solo en el muelle. No iba disfrazado. Ni siquiera se había molestado en vestirse de pescador o de marinero. Parecía particularmente taciturno. La niebla se deslizaba a nuestro alrededor como humo frío. Me hubiese gustado que se tratara de una noche clara, porque la niebla del este parecía facilitarle su juego de misántropo. Yo sabía que las boyas —los crujidos y los repiques que podíamos oír en aquel momento— resonarían en sus oídos como gritos semihumanos de personas a punto de ahogarse, aunque cualquier marinero sabe que las boyas son dispositivos necesarios y seguros, y también adivinaba que la sirena de niebla del faro significaría para él extravíos y pérdidas, y que era igualmente capaz de interpretar erróneamente la viveza de la música de baile.

—Entra, Tifty —le dije—; baila con tu mujer o consíguele una pareja.

—¿Por qué tendría que hacerlo? ¿Qué razón hay? —Se acercó a una de las ventanas del club y contempló la fiesta—. Míralos —exclamó—. Mira eso...

Chucky Ewing se había apoderado de uno de los globos y estaba tratando de organizar un simulacro de partido en el centro de la pista de baile. Los demás bailaban una samba. Y comprendí que Lawrence contemplaba la fiesta con el mismo gesto sombrío con que había contemplado en nuestra casa las tablillas desgastadas por la intemperie, como viendo en ello un abuso o una distorsión del tiempo; como si al querer volver a ser jugadores de fútbol y novias pusiéramos de manifiesto el hecho de que, una vez apagadas en nosotros las luces de la juventud, habíamos sido incapaces de encontrar otras con las que guiarnos y, carentes de fe y de principios, nos habíamos convertido en criaturas estúpidas y tristes. El hecho de que estuviera pensando eso de tantas personas amables, felices y generosas hizo que me enfureciera, hizo que me inspirara un aborrecimiento tan antinatural que me sentí avergonzado, porque Lawrence es mi hermano y un Pommeroy. Le pasé el brazo por encima del hombro y traté de forzarlo a que entrara, pero no quiso.

Volví a tiempo para el Gran Desfile, y después de entregar los premios a los mejores disfraces, dejaron caer los globos. Hacía calor en la sala, alguien abrió las grandes puertas que daban al muelle, el viento del este se coló de rondón y cuando volvió a salir se llevó consigo la mayor parte de los globos, que, después de cruzar el muelle, cayeron al agua. Chucky Ewing salió corriendo detrás de ellos, y cuando vio que seguían más allá del muelle y se posaban sobre el agua, se quitó el traje de jugador de fútbol y se tiró de cabeza al mar. Luego lo hicimos Eric Auerbach, Lew Phillips y también yo; y ya se sabe lo que pasa en una fiesta después de medianoche cuando la gente empieza a tirarse al agua. Recuperamos la mayor parte de los globos, nos secamos y seguimos bailando, y no volvimos a

casa hasta la mañana siguiente.

Al otro día era la exposición de flores. Madre, Helen y Odette participaban en el concurso. Después de un almuerzo improvisado con restos de otras comidas, Chaddy llevó a las mujeres y a los niños en coche a la exposición. Yo me eché una siesta y a media tarde cogí el traje de baño y una toalla; al salir de casa vi a Ruth, que estaba lavando ropa. No sé por qué ha de parecer que ella tiene más trabajo que los demás, pero lo cierto es que siempre está lavando, planchando, zurciendo y haciendo arreglos en la ropa. Puede que, cuando era pequeña, la enseñaran a utilizar el tiempo de esa manera, o quizá sea víctima de un impulso expiatorio. Parece restregar y planchar con fervor penitencial, aunque no se me ocurre qué es lo que considera que ha hecho mal. Sus hijos estaban con ella en el lavadero. Me ofrecí a llevarlos a la playa, pero no quisieron.

Eran los últimos días de agosto, y las vides silvestres que crecen con gran profusión por toda la isla hacían que el aire del interior oliera a vino. Hay un bosquecillo de acebos al final del sendero, y luego empiezan las dunas, donde sólo crecen unas hierbas muy ásperas.

Oía el ruido del mar, y recuerdo que pensé en cómo Chaddy y yo solíamos hablar del mar con lenguaje místico. Cuando éramos muy jóvenes, habíamos decidido que nunca seríamos capaces de vivir más hacia el oeste porque echaríamos de menos el mar. «Esto es muy bonito —decíamos cortésmente cuando visitábamos a alguien en las montañas—, pero notamos la falta del Atlántico.» Mirábamos por encima del hombro a la gente de Iowa y de Colorado que se había visto privada de esta revelación, y despreciábamos el Pacífico. Ahora estaba oyendo el rumor de las olas, y su violencia creaba múltiples ecos, como un tumulto, y aquello me producía el mismo placer que cuando era joven y parecía tener una fuerza catártica, como si hubiese liberado mi memoria —entre otras cosas— de la imagen penitente de Ruth en el lavadero.

Pero Lawrence se hallaba en la playa, sentado. Me metí en el agua sin hablarle. Estaba fría, y cuando salí me puse una camisa. Expliqué a mi hermano que iba a dar un paseo hasta Tanners Point, y me dijo que me acompañaría. Traté de caminar a su lado. Sus piernas son más largas que las mías, pero siempre le gusta ir un poco por delante de la persona que va con él. Desde detrás, mientras contemplaba sus hombros y su cabeza inclinada, me pregunté qué impresión debía de causarle aquel paisaje.

Había dunas y oteros, y más allá, donde perdían altura, algunos campos que estaban pasando del verde al marrón y al amarillo. Eran sitios donde pastaban las ovejas, e imagino que Lawrence habría notado la erosión del suelo y el hecho de que las ovejas acelerarían su deterioro. Más allá de los campos hay unas cuantas granjas costeras, de agradables edificios cuadrados, pero Lawrence podría haber hecho notar las duras condiciones de vida de un granjero en una isla. El mar, al otro lado, era ya mar abierto. A nuestros invitados siempre les decimos que hacia allí, hacia el este, se encuentran las costas de Portugal, pero Lawrence habría pasado de las costas de Portugal a la tiranía en España sin la menor dificultad. Las olas rompían con un ruido parecido a un «hurra, hurra, hurra», pero para Lawrence debían de decir «adiós, adiós». Imagino que a su mente incisiva y malsana se le habría ocurrido que la costa era una morrena terminal, el límite del mundo prehistórico, y también que avanzábamos por el borde del mundo conocido en un sentido tan espiritual como físico. Si por alguna razón hubiera pasado por alto esto último, había algunos aviones de la marina bombardeando una isla deshabitada para recordárselo.

Esa playa es un paisaje amplio, simple e increíblemente limpio. Es como un lugar en la Luna. La marea había dado gran consistencia a la arena, de manera que no costaba trabajo andar, y todo lo que quedaba sobre la playa había sido repetidamente modificado por las olas. Quedaban restos de conchas, el palo de una escoba, un trozo de botella y otro de ladrillo, ambos zarandeados y rotos hasta resultar prácticamente irreconocibles, y supongo que el melancólico estado de ánimo de Lawrence — que seguía con la cabeza baja— lo iba llevando de un objeto roto al siguiente. Verme acompañado por su pesimismo empezó a enfurecerme, de manera que me situé a su altura y le puse una mano en el hombro.

—No es más que un día de verano, Tifty —le dije—. Tan sólo un día de verano. ¿Qué sucede? ¿No te gusta este sitio?

—No me gusta —dijo con voz tranquila, sin levantar los ojos del suelo—. Voy a venderle a Chaddy mi parte de la casa. No esperaba pasarlo bien. La única razón de que haya vuelto ha sido para decir adiós.

Lo dejé que volviera a adelantarme y caminé tras él, contemplando sus hombros y pensando en su carrera de adioses. Cuando padre se ahogó, Lawrence fue a la iglesia y dijo adiós a padre. Al cabo tan sólo de tres años llegó a la conclusión de que madre era frívola y le dijo adiós también a ella. En su primer año de universidad llegó a tener muy buena amistad con su compañero de cuarto, pero era un chico que bebía demasiado, y al comienzo del segundo semestre cambió de compañero de cuarto y dijo adiós a su amigo. Después de dos años en la universidad, llegó a la conclusión de que el ambiente era de excesivo aislamiento, y dijo adiós a Yale. Se matriculó en Columbia y obtuvo allí su licenciatura en derecho, pero descubrió que su primer jefe era una persona deshonesto, y al cabo de seis meses dijo adiós a un buen empleo. Se casó con Ruth en el ayuntamiento, y dijo adiós a la Iglesia episcopaliana; se fueron a vivir a un barrio bajo de Tuckahoe, y dijeron adiós a la clase media. En 1938 fue a Washington para trabajar como abogado del gobierno, diciendo adiós a la empresa privada, pero al cabo de ocho meses en la capital federal llegó a la conclusión de que la administración Roosevelt era sentimental, y también le dijo adiós. De Washington se marcharon a un barrio residencial de Chicago, donde mi hermano fue diciendo adiós a todos sus vecinos, uno por uno, por razones de alcoholismo, pesadez e imbecilidad. Dijo adiós a Chicago y se trasladó a Kansas; dijo adiós a Kansas para irse a Cleveland. Y ahora había dicho adiós a Cleveland y había vuelto al este, deteniéndose el tiempo suficiente en Laud's Head para decir adiós al mar.

Era elegiaco y también fanático e intolerante; confundía la cautela excesiva con la fuerza de carácter, y yo quería ayudarlo.

—Sal de todo eso —le dije—. Déjalo de lado, Tifty.

—¿Que salga de qué?

—Sal de toda esa tristeza. Olvídala. No es más que un día de verano. Te empeñas en no pasarlo bien y estás echando a perder las distracciones de los demás. Necesitamos unas vacaciones, Tifty. Yo las necesito. Necesito descansar. Nos hace falta a todos. Y tú has conseguido que todo resulte desagradable y que esté lleno de tensiones. Sólo dispongo de dos semanas al año. Necesito pasarlo bien, y lo mismo les sucede a los demás. Necesitamos descansar. Crees que tu pesimismo es una ventaja, pero no es más que negarse a aceptar la realidad.

—¿Cuál es la realidad? —dijo él—. ¿Que Diana es una mujer estúpida y de vida ligera? Lo mismo puede decirse de Odette. Madre es una alcohólica. Si no se controla un poco, no tardará más de un año o dos en ir a parar a un hospital. Chaddy no es honesto; nunca lo ha sido. La casa terminará hundiéndose en el mar. —Me miró y luego añadió, como una última reflexión—. Tú eres estúpido.

—Y tú un desgraciado hijo de perra —repliqué—. Nada más que un deprimente hijo de perra.

—Apártate de mi vista —dijo. Y siguió andando.

Entonces cogí un trozo de raíz y, acercándome por la espalda —aunque no había golpeado nunca a un hombre por la espalda—, hice girar la raíz, empapada en agua de mar. La inercia imprimió velocidad a mi brazo y le asesté a mi hermano un golpe en la cabeza que lo hizo doblar las rodillas sobre la arena, y vi cómo le brotaba la sangre y comenzaba a oscurecerse el pelo. Entonces deseé que estuviera muerto, muerto y a punto de ser enterrado; no enterrado ya, sino a punto de serlo, porque no quería que faltara el ceremonial y la corrección en su desaparición, en el acto de borrarlo de mi conciencia, y nos vi a todos nosotros —Chaddy, madre, Diana y Helen— de luto en la casa de Belvedere Street, derribada por la piqueta veinte años antes, saludando a invitados y parientes en la puerta y contestando a sus educadas condolencias con un desconsuelo igualmente cortés. Todo resultaba perfectamente apropiado, e incluso aunque hubiese sido asesinado en una playa, antes de que la aburrida ceremonia concluyera todo el mundo sentiría que mi hermano había llegado al invierno de su existencia, y que era una ley de la naturaleza, y una ley muy hermosa, que Tifty tuviera que ser enterrado en la fría tierra.

Lawrence seguía aún de rodillas. Miré en todas direcciones. Nadie nos había visto. La playa desnuda, como un fragmento de la Luna, se extendía hasta tornarse invisible. La cabeza de una ola, en rapidísima carrera, llegó hasta donde él permanecía arrodillado. Me hubiese gustado terminar con él, pero para entonces ya había empezado a actuar como dos personas: el asesino y el samaritano. Con súbito estrépito, como un vacío hecho sonido, una blanca ola lo alcanzó y lo rodeó, bullendo sobre sus hombros, y lo sostuve para que no lo arrastrara la resaca. Luego lo trasladé a un sitio más alto. La sangre se le había extendido por todo el cabello, que parecía completamente negro. Me quité la camisa y la rasgué para vendarle la cabeza. No había perdido el conocimiento, y no creo que estuviese malherido. No dijo nada; tampoco yo. Luego lo dejé allí.

Anduve un poco playa adelante y me volví para mirarlo; para entonces, estaba pensando en mi propia piel. Él se había incorporado y parecía sostenerse bien en pie. Aún había suficiente claridad en el cielo, pero la brisa marina traía unos vapores salinos con consistencia de neblina, y cuando me alejé un poco más de él, apenas distinguía su figura en aquella oscuridad. A todo lo largo de la playa noté cómo venía del mar el denso aire salino. Luego le di la espalda, y cuando estuve más cerca de la casa, volví a nadar una vez más, como parece que había estado haciendo aquel verano después de cada encuentro con Lawrence.

Cuando volví a la casa, me tumbé en la terraza. Un poco más tarde regresaron los demás. Oí cómo madre criticaba los arreglos florales que habían ganado premios. Ninguno de los nuestros había ganado nada. Luego la casa se quedó en silencio, como sucede siempre a esa hora. Los niños se fueron a la cocina para que les dieran la cena, y los demás subieron a bañarse. Después oí cómo Chaddy preparaba los cócteles, y se reanudaba la conversación sobre los jueces del concurso. Al poco, madre exclamó:

—¡Tifty! ¡Dios mío, Tifty! ¡Tifty!

Se hallaba en la puerta, con aire de estar medio muerto. Se había quitado la venda ensangrentada y la llevaba en la mano.

—Lo ha hecho mi hermano —dijo—. Ha sido mi hermano. Me golpeó con una piedra, o algo parecido, en la playa. —La autocompasión hizo que se le quebrara la voz. Pensé que iba a echarse a llorar. Nadie dijo nada—. ¿Dónde está Ruth? —exclamó—. ¿Dónde está Ruth? ¿Dónde demonios está Ruth? Quiero que empiece a hacer las maletas. No necesito perder más tiempo aquí. Tengo cosas importantes que hacer. Tengo cosas muy importantes que hacer. —Y echó a andar escaleras arriba.

Salieron hacia el continente por la mañana, en el barco de las seis y media. Madre se levantó para decirle adiós, pero fue la única, y es una escena cruel y fácil de imaginar al mismo tiempo: la encarnación del matriarcado y el traidor, mirándose el uno al otro con una consternación que podría parecer como la fuerza del amor vuelta del revés. Oí las voces de los niños y el coche alejándose por la avenida de grava; me levanté y me acerqué a la ventana, y ¡qué mañana tan maravillosa! ¡Cielo santo, qué mañana! Soplaba viento del norte. El aire era muy limpio. Con el primer calor del día, las rosas del jardín olían como mermelada de fresas. Mientras me vestía, oí la sirena del barco, primero la señal de aviso y luego el doble pitido, y me imaginé a la buena gente en la cubierta de arriba, bebiendo café en frágiles vasos de plástico, y Lawrence en la proa, diciéndole al mar: «*Thalassa, thalassa*», mientras sus tímidos y desgraciados hijos contemplaban la creación desde el círculo de los brazos de su madre. Las boyas doblarían tristemente por Lawrence, y aunque el esplendor de la luz hiciera muy difícil no abrir los brazos y lanzar exclamaciones de gozo, sus ojos permanecerían fijos en la negrura del mar que iba quedando atrás; pensaría en su fondo, oscuro y extraño, donde yace nuestro padre, bajo diez metros de agua.

¡Ah! ¿Qué se puede hacer con un hombre así? ¿Qué se puede hacer? ¿Cómo convencer a su ojo para que no descubra entre la multitud la mejilla con acné, la mano enferma? ¿Cómo se le puede enseñar a responder ante la inestimable grandeza de la raza humana, ante la áspera belleza de la piel de la vida? ¿Cómo obligarlo a poner el dedo en las testarudas verdades ante las que el miedo y el horror resultan impotentes? Aquella mañana, el mar estaba tornasolado y oscuro. Mi mujer y mi hermana nadaban —Diana y Helen—, y vi sus cabezas descubiertas, ébano y oro en el agua oscura. Las vi dirigirse hacia la orilla, y vi que se hallaban desnudas, sin rubor alguno, hermosas, y llenas de gracia, y me quedé mirando a las mujeres desnudas, saliendo del mar.

Un día cualquiera

Cuando Jim se despertó a las siete de la mañana, saltó de la cama y recorrió todas las ventanas del dormitorio. Estaba tan acostumbrado al ruido y al hacinamiento de la ciudad que después de seis días en New Hampshire aún le parecía extraña y violenta la belleza de una mañana en el campo. Las colinas parecían surgir directamente del cielo del norte. Desde las ventanas del oeste vio el potente sol iluminando los árboles de las montañas, vertiendo su luz sobre la tranquila superficie del lago, y cayendo sobre las dependencias de aquella enorme y anticuada mansión con tanta energía como el tañido de campanas de hierro.

Se vistió y corrió las cortinas con mucho cuidado para que la luz no despertara a su mujer. Ellen, a diferencia de él, podía pasar en el campo todo el tiempo que quisiera; llevaba allí desde el principio del verano, y se quedaría hasta primeros de setiembre, para volver entonces a la ciudad con la cocinera, la picadora de hielo y la alfombra persa.

La planta baja de la gran casa de su suegra estaba tranquila y limpia cuando bajó la escalera. Emma Boulanger, la doncella francesa, quitaba el polvo del vestíbulo. Jim cruzó el sombrío comedor y abrió la puerta de la antecocina, pero otra de las criadas, Agnes Shay, se encontraba allí para impedirle penetrar en su territorio.

—Usted dígame tan sólo lo que quiere desayunar, señor Brown —dijo en tono desagradable—. Greta se lo preparará.

Jim quería desayunar en la cocina con su hijo de cinco años, pero Agnes no tenía intención de permitirle abandonar la parte noble de la casa para invadir la zona reservada a los criados y a los niños. Jim le dijo lo que quería para desayunar y volvió sobre sus pasos; cruzó el comedor y salió a la terraza. Allí la luz era tan violenta como un golpe, y el aire olía como si muchas maravillosas muchachas acabaran de cruzar el césped. Era una espléndida mañana de verano y parecía imposible que algo pudiera salir mal. Jim contempló la terraza, los jardines, la casa, con un ilusorio sentimiento de posesión. Oía a la señora Garrison —su suegra, viuda y propietaria legal de todo lo que abarcaba con la vista— hablando animadamente consigo misma desde el distante macizo de flores.

Mientras Jim tomaba el desayuno, Agnes le dijo que Nils Lund quería verlo. Esta noticia halagó a Jim. No pasaba más que diez días en New Hampshire todos los veranos, y estaba allí únicamente en calidad de huésped, pero le gustaba ser consultado por el jardinero. Nils Lund llevaba muchos años trabajando para la señora Garrison. Vivía en una casita dentro de la finca, y su mujer, ya muerta, había trabajado en la cocina. Nils se quejaba de que ninguno de los hijos de la señora Garrison se interesara por la propiedad, y a menudo le decía a Jim lo feliz que se sentía de tener un hombre con quien discutir sus problemas.

La huerta y el jardín de Nils no tenían ya la menor relación con las necesidades de la casa. Todas las primaveras araba y plantaba hectáreas de hortalizas y flores. La aparición de los primeros brotes de espárragos señalaba el comienzo de una desesperada carrera entre las hortalizas y la mesa de

la señora Garrison. Nils, amargado por el despilfarro del que él mismo era autor, aparecía todas las tardes en la puerta de la cocina para decirle a Greta que si no comían más guisantes, más fresas, más judías, más lechugas y más repollos, las magníficas hortalizas que él había regado con su sudor se pudrirían.

Cuando Jim terminó de desayunar, rodeó la casa hasta llegar a la parte de atrás y Nils le dijo, cariacontecido, que algún animal se estaba comiendo el maíz, que empezaba a madurar en aquel momento. Ya habían hablado anteriormente de los destrozos en el sembrado de maíz. Al principio creyeron que se trataba de ciervos. Aquella mañana, la hipótesis de Nils se inclinaba más bien hacia los mapaches. Quería que Jim fuera con él a ver los destrozos.

—Esas trampas que hay en el cobertizo de las herramientas deberían resolvernó el problema si se trata de mapaches —dijo Jim—. Y además, me parece que hay un rifle en algún sitio. Esta noche colocaré las trampas.

Caminaron por el sendero que subía colina arriba hacia la huerta. De los campos que había junto a la senda, invadidos por el musgo y moteados de enebros, surgía un perfume indescriptible, acre y adormecedor.

—¿Ve usted? —dijo Nils cuando llegaron al sembrado de maíz—. ¿Ve usted, ve usted...? —Hojas, hilos sedosos y mazorcas medio comidas se hallaban esparcidos y pisoteados entre la tierra—. Lo planto —siguió el jardinero, como el marido de una arpía enumerando inútiles ejemplos de paciencia—. Entonces aparecen los cuervos para comerse la simiente. Lo cultivo. Y ahora no hay maíz.

Oyeron a Greta, la cocinera, cantando mientras subía por el camino; traía sobras de comida para los pollos. Se volvieron para verla. Era una mujer grande y robusta con una voz magnífica y los pechos de una contralto de ópera. Un segundo después de oír a Greta, el viento les trajo la voz de la señora Garrison desde el macizo de flores. La señora Garrison hablaba consigo misma continuamente. Sus palabras enérgicas y claramente pronunciadas resonaban en el aire transparente de la mañana como las notas de una trompeta.

—¿Por qué planta todos los años esta horrible verbena morada? Sabe que no me gusta el morado. ¿Por qué se empeña en plantar esta odiosa verbena morada...? Voy a hacer que cambie otra vez de sitio los aros. Y pondré los lirios de nuevo junto al estanque...

Nils escupió en la tierra.

—¡Condenada mujer! —dijo—. ¡Que el demonio se la lleve!

Greta le había recordado a su difunta esposa, y la sonora voz de la señora Garrison, a esa otra unión entre señora y jardinero que duraría hasta que la muerte la truncara. No hizo ningún esfuerzo por dominar su indignación, y Jim se vio atrapado entre el fuego cruzado del soliloquio de su suegra y la rabia de su jardinero. Dijo que iría a echar una ojeada a las trampas.

Las encontró en el cobertizo de las herramientas, y también halló un rifle en el sótano. Mientras cruzaba el césped se encontró con la señora Garrison, una mujer delgada, de cabellos blancos, vestida en aquel momento con un desastrado uniforme de doncella y un sombrero de paja

medio deshecho. Llevaba un gran ramo de flores en los brazos. Ella y su yerno se dieron mutuamente los buenos días, elogiaron el buen tiempo, y siguieron su camino en direcciones opuestas. Jim llevó las trampas y el rifle detrás de la casa. Timmy, su hijo, estaba allí, jugando a los médicos con Ingrid, la hija de la cocinera, una niña de once años, pálida y flacucha. Los dos lo observaron durante unos instantes y luego continuaron con sus juegos.

Jim engrasó las trampas y limó las lengüetas para que saltaran al más mínimo roce. Mientras probaba las trampas, apareció Agnes Shay llevando de la mano a Carlotta Bronson, otra de los nietos de la señora Garrison. Carlotta tenía cuatro años. Su madre se había ido aquel verano a la costa Oeste para conseguir el divorcio, y Agnes se vio ascendida de doncella a niñera. Tenía casi sesenta años y se tomaba su nuevo cargo con gran vehemencia. Desde la mañana hasta la noche, llevaba a Carlotta fuertemente sujeta de la mano.

Miró las trampas por encima del hombro de Jim y dijo:

—No debería usted colocarlas hasta después de que los niños se hayan acostado, señor Brown... Carlotta, no te acerques a esas trampas. Ven aquí.

—No las pondré hasta más tarde —dijo Jim.

—Figúrese, si uno de los niños quedara atrapado podría romperle una pierna —dijo Agnes—. También tendrá usted cuidado con esa escopeta, ¿verdad, señor Brown? Las armas están hechas para matar. Siempre que he visto alguna, ha habido después un accidente... Ven, Carlotta, vamos. Te pondré un delantal limpio y luego podrás jugar en la arena antes de tomarte el zumo y las galletas.

La pequeña entró en la casa tras ella, y juntas subieron por la escalera de atrás al cuarto de los niños. Cuando estuvieron solas, Agnes besó tímidamente a la niña en la cabeza, como si tuviera miedo de molestar a Carlotta con su afecto.

—No me toques, Agnes —dijo Carlotta.

—No, querida, no lo haré.

Agnes Shay tenía el genuino espíritu de doncella. Rociada con agua de lavar platos y colonias muy poco perfumadas, criada en dormitorios estrechos y privados de la luz del sol, en pasillos y escaleras traseras, en lavaderos, en armarios de ropa blanca, y en esos comedores para los criados que hacen pensar en cárceles, su alma se había ido volviendo dócil y yerma. El escalafón dentro del servicio le parecía algo tan justo e inflexible como los círculos del infierno. Hubiese estado tan poco dispuesta a cederle un sitio a la señora Garrison en la mesa de la cocina como su señora lo hubiera estado de sentarla en su melancólico comedor. Agnes disfrutaba con el ritual de una casa grande. Corría las cortinas de la sala de estar al atardecer, encendía los candelabros en la mesa, y tocaba el gong para la cena con el entusiasmo de un monaguillo. En las noches que hacía buen tiempo, sentada entre los cubos de la basura y las leñeras, le gustaba recordar las caras de todas las cocineras que había conocido. Aquello hacía que su vida le pareciese más plena.

Agnes nunca había sido tan feliz como aquel verano. Le gustaban las montañas, el lago y el cielo, y se había enamorado de Carlotta con ardor juvenil. Se preocupaba por su propio aspecto. Se preocupaba por sus uñas, por su letra, por su educación. ¿Soy digna?, se preguntaba. La irritable e

infeliz niña era su único lazo con la mañana, con el sol, con todas las cosas hermosas y estimulantes. Tocar a Carlotta, apoyar la mejilla sobre los cálidos cabellos de la niña, la colmaban de un sentimiento de recobrada juventud. La madre de Carlotta volvería de Reno en setiembre, y Agnes tenía ya pensado lo que iba a decirle: «¡Déjeme cuidar de Carlotta, señora Bronson! Mientras estuvo usted fuera, leí todos esos artículos del *Daily News* sobre el cuidado de los niños. Quiero a Carlotta. Está acostumbrada a mí. Sé lo que quiere...»

A la señora Garrison no le interesaban los niños, y con la señora Bronson en Reno, Agnes carecía de rivales, pero le atormentaba continuamente la idea de que pudiera sucederle algo a Carlotta. No la dejaba llevar una bufanda al cuello por temor a que se le enganchara en un clavo o en alguna puerta y la estrangulara. Cualquier escalera empinada, cualquier extensión de agua un poco profunda, el ladrido lejano de cualquier perro guardián asustaba a Agnes. Por la noche soñaba con un incendio en la casa y que ella, incapaz de salvar a Carlotta, terminaba arrojándose a las llamas. Ahora las trampas de acero y el rifle se habían añadido a todos sus otros motivos de ansiedad. Veía a Jim desde la ventana del cuarto de los niños. Las trampas no estaban montadas, pero eso no las hacía menos peligrosas, extendidas sobre el suelo, donde cualquiera podía pisarlas. En cuanto al rifle, Jim lo había desarmado y lo estaba limpiando con un trapo, pero Agnes tenía la impresión de que se hallaba cargado y de que apuntaba al corazón de Carlotta.

Jim oyó la voz de su mujer, y llevó las piezas del rifle a la terraza, donde Ellen estaba sentada en una hamaca, con la bandeja del desayuno sobre las rodillas. Jim le dio un beso, y pensó en lo joven, esbelta y bonita que parecía. Durante su vida de casados habían pasado muy poco tiempo en el campo, y estar juntos en una tranquila y luminosa mañana hacía que los dos sintieran que habían recuperado la emoción de los primeros encuentros. La tibieza del sol, como un estado ininterrumpido de intenso deseo, les impedía ver los defectos del otro.

Aquella mañana habían planeado ir en coche a Black Hill y ver el sitio donde había vivido Emerson. A Ellen le gustaba visitar granjas abandonadas con la idea de comprar algún día una casa de campo. Jim le seguía la corriente en esto, aunque en realidad no le interesaba, y ella, a su vez, creía que lo estaba engañando y que algún día, en algún sitio, sobre alguna colina desolada, encontraría una granja que le llegara directamente al corazón.

Salieron hacia Black Hill en cuanto Ellen terminó de desayunar. Aquellas excursiones a hogares abandonados los habían llevado por carreteras secundarias en pésimas condiciones, y la que los condujo hasta Black Hill resultó tan mala como la peor que Jim había encontrado nunca. Resultaría infranqueable desde octubre hasta mayo.

Cuando llegaron al lugar donde Emerson había vivido, Ellen contempló primero la modesta y deteriorada granja, y después observó el rostro de Jim, para ver cuál sería su reacción. Ninguno de los dos habló. Donde ella veía encanto y seguridad, él tomaba únicamente conciencia de un avanzado estado de decrepitud y de una sensación de encarcelamiento.

La granja estaba en la parte alta de la colina pero dentro de un pliegue del terreno, y Jim advirtió que si bien la curva de nivel protegía la casa de los vientos procedentes del lago, también la privaba de la vista del agua y de las montañas. Se fijó, además, en que todos los árboles de buen tamaño dentro de un radio de mil metros a partir del escalón de la entrada, hecho de granito, habían sido talados. El sol daba de lleno sobre el tejado de estaño. En una de las ventanas de la fachada, como un símbolo de la mezquina vida rural que él detestaba, pensó Jim, se veía un descolorido adhesivo de

la Cruz Roja.

Bajaron del coche y cruzaron el patio delantero. Las hierbas les llegaban hasta la cintura, y entre ellas abundaba el trébol oloroso. Los brezos arañaban los pantalones de Jim. Se quedó con el oxidado picaporte en la mano cuando trató de abrir la puerta. Luego siguió a Ellen con impaciencia a través de las oscuras y malolientes habitaciones, igual que lo había hecho a través de otros cuartos en un estado similar de decrepitud en Maine, en Massachusetts, en Connecticut y en Maryland. Ellen era una mujer de muchos temores inexpresables —al tráfico, a la pobreza, y, particularmente, a la guerra—, y aquellas casas remotas e improbables representaban para ella seguridad y el sentimiento de encontrarse a salvo.

—Por supuesto, si compráramos este sitio —dijo ella—, tendríamos que gastarnos por lo menos diez mil dólares en arreglarlo. No haríamos más que comprar el terreno. Me doy perfecta cuenta de ello.

—Bueno, tengo que admitir que seis mil dólares es un buen precio por toda esta tierra —dijo él discretamente. Encendió un cigarrillo y a través de una ventana con los cristales rotos contempló un montón de maquinaria agrícola oxidada.

—¿Te das cuenta? Podríamos tirar todos estos tabiques —dijo ella.

—Sí —asintió él.

—Cada vez estoy más convencida de que debemos tener un sitio nuestro, lejos de Nueva York —explicó Ellen—. Si hubiese una guerra, nos atraparía como a ratas. Claro que, si dejáramos la ciudad por completo, no estoy segura de que pudiéramos ganarnos la vida. Tal vez abriendo un almacén de productos congelados...

—Yo no sé mucho sobre procesos de congelación —dijo él.

Aquel diálogo era ya tan parte de sus estancias en el campo como nadar y beber, pensó Jim, y sería breve.

—Entonces, ¿no te gusta este sitio? —preguntó Ellen, y cuando él dijo que no, suspiró y abandonando el oscuro zaguán salió a la luz del sol.

Él la siguió y cerró la puerta. Ellen miró hacia atrás como si su marido hubiese cerrado la puerta de la salvación, y luego lo cogió del brazo y fue caminando a su lado hasta el coche.

La señora Garrison, Ellen y Jim almorzaron aquel día en la terraza. Ingrid y Timmy lo hicieron en la cocina, y Agnes Shay dio de comer a Carlotta en el cuarto de los niños. Luego la desnudó, corrió las cortinas y la acostó. Ella se tumbó en el suelo al lado de la cama y se durmió profundamente. A las tres se despertó y llamó a Carlotta. La niña estaba sudorosa y de mal humor.

Después de vestir a Carlotta, Agnes bajó con ella al cuarto de estar. La señora Garrison la esperaba allí. Uno de los ritos de aquel verano era que pasara una hora con Carlotta todas las tardes. Al

quedarse sola con su abuela, la niña se sentó muy erguida en una silla. La señora Garrison y Carlotta se aburrían mutuamente.

La vida de la señora Garrison había sido siempre extraordinariamente fácil, tan bien apoyada por sus amistades y por todo tipo de placeres que conservaba aún una sorprendente viveza. Era impulsiva, generosa y muy amable. Inquieta, también.

—¿Qué te parece que hagamos, Carlotta? —preguntó.

—No sé —dijo la niña.

—¿Quieres que te haga un collar de margaritas, Carlotta?

—Sí.

—Bueno, espérame aquí, entonces. No toques los caramelos ni las cosas de mi escritorio, ¿entendido?

La señora Garrison salió al vestíbulo y consiguió un cesto y unas tijeras. El césped debajo de la terraza terminaba bruscamente en un campo cubierto de margaritas blancas y amarillas. En seguida llenó el cesto. Cuando volvió al cuarto de estar, Carlotta seguía sentada muy tiesa en su silla. La señora Garrison no se fiaba de la niña, e inspeccionó el escritorio antes de instalarse en el sofá. Luego empezó a enhebrar las flores con aguja e hilo.

—Te voy a hacer un collar, un brazalete y una corona —dijo.

—No quiero un collar de margaritas —replicó Carlotta.

—Pero antes me has dicho que querías uno.

—Quiero un collar *de verdad* —dijo la niña—. Quiero uno de perlas, como el que tiene tía Ellen.

—¡Válgame Dios! —exclamó la señora Garrison.

Dejó a un lado la aguja y las flores. Se acordó de sus primeras perlas. Las había llevado en una fiesta en Baltimore. Había sido una fiesta maravillosa, y el recuerdo la emocionó por un momento. Luego se sintió vieja.

—Todavía no eres lo bastante mayor para tener perlas —le dijo a Carlotta—. No eres más que una niña. —Hablaba en voz baja, porque el recuerdo de Baltimore la había hecho pensar en otras fiestas; la del club náutico cuando se torció el tobillo y el baile de máscaras al que asistió disfrazada de sir Walter Raleigh. El día estaba resultando muy caluroso, y el calor adormilaba a la señora Garrison y la inclinaba a las reminiscencias. Pensó en Filadelfia y en las Bermudas, y se sumergió tanto en los recuerdos que se sobresaltó cuando Carlotta habló de nuevo.

—No soy una niña —dijo de pronto—. ¡Soy una chica mayor! —se le quebró la voz y las lágrimas acudieron a sus ojos—. ¡Soy mayor que Timmy y que Ingrid y que todo el mundo!

—Ya te llegará el momento de ser mayor —dijo la señora Garrison—. Deja de llorar.

—Quiero ser una señora. Quiero ser una señora como tía Ellen y como mamá.

—¡Y cuando seas tan mayor como tu madre querrás ser niña de nuevo! —repuso la señora Garrison, enfadada.

—Quiero ser una señora —exclamó la niña—. No quiero ser pequeña. No quiero ser una niña.

—Ya está bien. Deja de llorar. Hace demasiado calor. No sabes lo que quieres. Mírame a mí: me paso la mitad del tiempo deseando ser más joven para poder bailar. Es ridículo, es perfectamente...

Advirtió una sombra que cruzaba bajo el toldo al otro lado de la ventana. Se acercó a ella y vio a Nils Lund, que se alejaba por el césped. Habría oído toda la conversación. Esto hizo que la señora Garrison se sintiera profundamente incómoda. Carlotta seguía llorando. Le molestaba mucho oír la llorar. Le pareció que el sentido de aquella tarde calurosa, que su vida misma, por un segundo, dependía de la felicidad de la niña.

—¿Hay algo que te apetezca hacer, Carlotta?

—No.

—¿Quieres un caramelo?

—No, muchas gracias.

—¿Te gustaría ponerte mis perlas?

—No, muchas gracias.

La señora Garrison decidió dar por terminada la conversación y llamó a Agnes para que acudiera a recoger a su nieta.

En la cocina, Greta y Agnes tomaban café. Ya estaban lavados los platos del almuerzo, y la agitación que precedía a la cena no había comenzado aún. La cocina estaba fresca y limpia, y en silencio los alrededores de la casa. Las dos se reunían allí todas las tardes; era la hora más agradable del día.

—¿Dónde está? —preguntó Greta.

—Está ahí dentro, con Carlotta —respondió Agnes.

—Esta mañana hablaba sola en el jardín —dijo Greta—. Nils la oyó. Ahora quiere que cambie de sitio algunos lirios. Nils no hará nada, ni siquiera cortará la hierba.

—Emma limpió la sala de estar —comentó Agnes—. Y acto seguido apareció ella con todas esas flores.

—El verano que viene vuelvo a Suecia —dijo Greta.

—¿Todavía cuesta cuatrocientos dólares?

—Sí —respondió Greta. Siempre tenía que hacer un esfuerzo para no utilizar *ja*, la palabra sueca—. Quizá el año que viene no cueste tanto. Pero si no voy el año que viene, Ingrid cumplirá los doce y tendrá que pagar billete completo. Quiero ver a mi madre; está mayor.

—Deberías ir —señaló Agnes.

—Fui en 1927, en 1935 y en 1937 —dijo Greta.

—Yo volví a casa en 1937 —dijo Agnes—. Ésa fue la última vez. Mi padre era ya un anciano. Estuve allí todo el verano. Pensaba volver al año siguiente, pero ella me dijo que si me marchaba me despediría, así que no fui. Y aquel invierno mi padre murió. Quería verlo.

—Yo quiero ver a mi madre —declaró Greta.

—Aquí hablan mucho del paisaje —comentó Agnes—. ¡Unas montañitas insignificantes! Irlanda es como un jardín.

—¿Volvería a hacerlo?, me pregunto a mí misma —dijo Greta—. Ahora soy demasiado vieja. Mírame las piernas. Fíjate en mis varices. —Sacó una pierna de debajo de la mesa para que Agnes se la viera.

—No tengo ninguna razón para volver —aseguró Agnes—. Mis hermanos han muerto, los dos. No tengo a nadie fuera de aquí. Querría haber visto a mi padre.

—¡Ah, la primera vez que vine! —exclamó Greta—. Era como una fiesta en aquel barco. Hazte rica. Vuelve a casa. Hazte rica. Vuelve a casa.

—A mí me pasó lo mismo —dijo Agnes. Oyeron un trueno. La señora Garrison volvió a tocar el timbre, impaciente.

La tormenta llegó desde el norte. El viento se transformó en huracán, una rama verde cayó sobre el césped y por la casa resonaron gritos y el ruido de las ventanas al cerrarse de golpe. Cuando llegaron la lluvia y los relámpagos, la señora Garrison estuvo viéndolos desde la ventana de su dormitorio. Carlotta y Agnes se escondieron en un armario. Jim, Ellen y su hijo estaban en la playa y contemplaron la tormenta desde la puerta del cobertizo de los botes. Duró media hora y luego se alejó hacia el oeste, dejando la atmósfera más fría y transparente; pero la tarde se había esfumado.

Mientras los niños cenaban, Jim fue hasta el maizal, instaló las trampas y puso el cebo. Al volver colina abajo, le llegó desde la cocina el olor de un bollo que se hacía en el horno. El cielo estaba limpio, la luz sobre las montañas era muy suave, y la casa parecía concentrar todas sus energías en la preparación de la cena. Jim vio a Nils junto al gallinero y le dio las buenas tardes, pero el jardinero no le respondió.

La señora Garrison, Jim y Ellen tomaron unos cócteles antes de cenar, luego vino con la comida, y para cuando se trasladaron a la terraza con el café y el coñac estaban un poquito borrachos. Anochecía.

—He tenido carta de Reno —anunció la señora Garrison—. Florrie quiere que me lleve a Carlotta a Nueva York cuando vaya el día 12 para la boda de Peyton.

—Shay morirá —dijo Ellen.

—Shay perecerá —la corrigió la señora Garrison.

El cielo daba la impresión de estar lleno de fuego. Veían el triste resplandor rojo entre los pinos. Los extraños vientos que soplan en las montañas inmediatamente antes de que oscurezca trajeron, desde más abajo, en el lago, las palabras de una canción, cantada por unas niñas que se hallaban allí de acampada:

Hay un campamento para chicas

en el lago Bellows.

Campamento Massassoit's

es su nombre.

Desde que sale el sol

hasta que acaba el día,

allí se pasa

estupendamente...

Las voces eran agudas, entusiastas, confiadas. Luego un cambio en la dirección del viento interrumpió la canción y trajo un poco de humo de leña hasta donde se hallaban los tres sentados. Se oyó el distante retumbar de un trueno.

—Siempre que oigo truenos—dijo la señora Garrison—, me acuerdo de que a Enid Clark la mató un rayo.

—¿Quién era? —quiso saber Ellen.

—Una mujer extraordinariamente desagradable. Una tarde se bañó frente a una ventana abierta y la mató un rayo. Su marido se había peleado con el obispo, así que el cortejo fúnebre no salió de la catedral. La instalaron junto a la piscina y celebraron el funeral allí, pero no había nada de beber. Nosotros volvimos en coche a Nueva York después de la ceremonia y tu padre se paró durante el camino en casa de un contrabandista de bebidas y compró una caja de botellas de whisky. Era sábado

por la tarde y había un partido de fútbol y muchísimo tráfico en la zona de Princeton. Teníamos aquel chófer francocanadiense, y su manera de conducir siempre me ponía nerviosa. Hablé de ello con Ralph, y dijo que era una estupidez; cinco minutos después, el coche estaba boca abajo. Yo salí disparada por una ventanilla abierta y fui a caer en un pedregal, y lo primero que hizo tu padre fue mirar en el maletero para ver qué había pasado con el whisky. Allí me tenías, desangrándome, mientras él contaba las botellas.

La señora Garrison arregló la manta de viaje con que se tapaba las piernas y miró hacia el lago y las montañas entornando los ojos. El ruido de pasos en el camino de grava la alarmó. ¿Visitantes? Al volverse vio que se trataba de Nils Lund. El jardinero torció para cruzar el césped en dirección a la terraza, arrastrando los pies dentro de unos zapatos que le estaban grandes. El mechón que le caía sobre la frente, el pelo corto y descolorido, su silueta enjuta y la línea de los hombros hacían pensar a Jim en un muchacho. Era como si el desarrollo de Nils, su mismo espíritu, se hubiesen visto detenidos en algún verano de su juventud, aunque por otra parte se moviera con aire cansado y sin vivacidad, como un anciano con el corazón destrozado. Se acercó al borde de la terraza y habló en dirección a la señora Garrison, aunque sin mirarla:

—No voy a cambiar los lirios, señora Garrison.

—¿Cómo dice, Nils? —preguntó ella, inclinándose hacia adelante.

—Que no voy a cambiar los lirios.

—¿Por qué no?

—Tengo demasiado trabajo. —La miró y habló airadamente—: Todo el invierno lo paso aquí solo, con nieve hasta el cuello. El viento hace tanto ruido que no me deja dormir. Llevo diecisiete años trabajando para usted y no ha venido nunca cuando hace mal tiempo.

—¿Qué tiene que ver el invierno con los lirios, Nils? —preguntó ella con calma.

—Tengo demasiado trabajo. Trasplanta los lirios. Trasplanta las rosas. Corta la hierba. Todos los días quiere usted algo distinto. ¿Por qué? ¿Por qué es usted mejor que yo? Lo único que sabe hacer es matar flores. Yo las hago crecer. Usted las mata. Si se funden los plomos, usted no sabe cómo cambiarlos. Si algo se sale, tampoco sabe qué hacer. Matar flores, eso es lo único que sabe hacer. Llevo diecisiete años esperándola todos los inviernos —gritó—. Usted me escribe: «¿Hace buen tiempo? ¿Están bonitas las flores?» Luego viene. Se sienta ahí. Bebe. Malditos sean. Usted mató a mi mujer. Ahora quiere matarme a mí. Usted...

—Cállese, Nils —dijo Jim.

El jardinero se dio la vuelta inmediatamente e inició la retirada cruzando el césped, sintiéndose de pronto tan avergonzado que parecía cojear. Ninguno de ellos dijo nada, porque tenían la impresión, después de verlo desaparecer detrás del seto, que quizá se hubiera escondido allí, esperando para oír lo que dijeran. Luego, Ingrid y Greta cruzaron el césped de vuelta de su paseo al anochecer, cargadas con piedras y flores silvestres que traían de aquellas excursiones para decorar sus habitaciones encima del garaje. Greta le dijo a Jim que había un animal en una trampa del maizal. A ella le parecía que se trataba de un gato.

Jim cogió el rifle y una linterna y subió la colina hacia el huerto. Al acercarse al maizal oyó unos débiles gemidos. Luego aquella criatura, la que fuese, empezó a golpear el suelo, con un ruido potente, tan regular como un latido, y acompañado por el entrecocar de los eslabones de la cadena sujeta a la trampa. Al llegar al maizal, Jim dirigió la luz hacia los tallos rotos. El animal hizo un ruido silbante y se abalanzó hacia la luz, pero no podía librarse de la cadena. Era un mapache gordo y con joroba. En seguida se escondió de la luz entre el maíz destrozado. Jim esperó. La luz de las estrellas le permitía ver las altas y deshilachadas siluetas de las plantas de maíz, y cada vez que la brisa pasaba entre las hojas, entrecocaban como trozos de madera. El mapache, empujado por el dolor, empezó a golpear el suelo espasmódicamente. Jim mantuvo la linterna pegada al cañón del rifle y disparó dos veces. Cuando el mapache hubo muerto, soltó la trampa y la sacó del maizal junto con el cadáver.

Era una hermosa noche, tranquila e inmensa. En lugar de volver al camino, Jim tomó un atajo, atravesando el huerto y un campo para llegar al cobertizo de las herramientas. La tierra estaba muy oscura, y Jim se movía con precaución, aunque torpemente. El pesado cuerpo del mapache olía como un perro.

—Señor Brown, señor Brown, oh, señor Brown —llamaba alguien. Era Agnes. Se había quedado casi sin aliento y su voz destilaba preocupación. Carlotta y ella se hallaban en medio del campo, y en camisón—. Oímos el ruido —explicó Agnes—. El disparo de la escopeta. Teníamos miedo de que hubiese habido un accidente. Yo ya sabía que a Carlotta no le había pasado nada, porque estaba junto a mí. ¿No es cierto, cariño? Pero no podíamos dormir. No podíamos cerrar los ojos después de oír el ruido. ¿No ha sucedido nada malo?

—No —dijo Jim—. Tan sólo que había un mapache en el huerto.

—¿Dónde está el mapache? —preguntó Carlotta.

—El mapache se ha ido a hacer un viaje muy largo, cariño —explicó Agnes—. Vamos, ven conmigo, mi vida. Espero que ahora podamos ya dormir tranquilas, ¿no te parece?

Se dieron la vuelta, camino de la casa, avisándose la una a la otra sobre los palos y las zanjas y otros peligros del campo. Su conversación estaba llena de diminutivos, timidez y vaguedad. Jim quería ayudarlas, sentía un deseo apremiante de ayudarlas, de ofrecerles la linterna, pero llegaron a la casa sin su ayuda, y oyó cómo la puerta de atrás se cerraba y ahogaba sus voces.

La monstruosa radio

Jim e Irene Westcott pertenecían a esa clase de personas que parecen disfrutar del satisfactorio promedio de ingresos, dedicación y respetabilidad que alcanzan los ex alumnos universitarios, según las estadísticas de los boletines que ellos mismos editan. Eran padres de dos niños pequeños; llevaban casados nueve años; vivían en el piso doce de un bloque de apartamentos cerca de Sutton Place; iban al teatro una media de 10,3 veces al año y confiaban en residir algún día en Westchester. Irene Westcott era una muchacha agradable y no demasiado atractiva, de suave pelo castaño y frente fina y amplia sobre la que nada en absoluto había sido escrito; en tiempo frío solía usar un abrigo de turón teñido de tal forma que parecía visón. No podía afirmarse que Jim Westcott aparentase ser más joven de lo que era, pero al menos podía asegurarse que parecía sentirse más joven. Llevaba muy corto el pelo ya grisáceo, se vestía con la clase de ropa que su generación solía llevar en los campus de Andover, y su porte era formal, vehemente y deliberadamente ingenuo. Los Westcott se diferenciaban de sus amigos, vecinos y compañeros de estudios únicamente en su común interés por la música seria. Asistían a un gran número de conciertos, aunque raramente se lo decían a nadie, y pasaban gran parte de su tiempo escuchando música en la radio.

Tenían un aparato anticuado, sensible, imprevisible e imposible de reparar. Ninguno de los dos entendía sus mecanismos, ni tampoco el de los restantes artefactos domésticos; cuando la radio fallaba, Jim golpeaba con la mano uno de los lados de la caja. A veces servía de algo. Un domingo por la tarde, en mitad de un cuarteto de Schubert, la música se desvaneció por completo. Jim aporreó la caja varias veces, pero no hubo respuesta; habían perdido a Schubert para siempre. Prometió a Irene comprarle una radio nueva, y el lunes, al volver a casa después del trabajo, le dijo que había adquirido una. Se negó a describírsela, y añadió que cuando llegase le daría una sorpresa.

La tarde siguiente les entregaron la radio por la puerta de servicio y, con ayuda del portero y la sirvienta, Irene la desembaló y la llevó a la sala. Le disgustó en el acto la fealdad de la amplia caja de madera encolada. Estaba orgullosa de su cuarto de estar; había escogido el mobiliario y los colores con el mismo cuidado con que elegía sus vestidos, y ahora le parecía que la nueva radio era una intrusa agresiva en medio de sus pertenencias íntimas. Se quedó perpleja ante la cantidad de interruptores y botones del panel de mandos, y los examinó minuciosamente antes de insertar el enchufe en la pared y encender la radio. Una malévola luz verde bañó los botones, y como a distancia, percibió la música de un quinteto de piano. Los compases sonaron lejanos nada más que un segundo; luego se abatieron sobre Irene a una velocidad mayor que la de la luz e inundaron la casa con tanta potencia que un objeto de porcelana cayó de una mesa al suelo. Corrió hacia el aparato y bajó el volumen. Las violentas fuerzas agazapadas dentro de la fea caja de madera encolada la hacían sentirse incómoda. Entonces los niños volvieron del colegio, y se los llevó al parque. Hasta última hora de la tarde, Irene no pudo volver a ocuparse de la radio.

La sirvienta ya había dado de cenar a los niños y supervisado su baño cuando Irene la encendió de nuevo, bajó el volumen y se sentó a escuchar un quinteto de Mozart que conocía y amaba. La música salía nítida. El sonido del nuevo aparato, pensó, era mucho más puro que el del antiguo. Decidió que lo más importante era el sonido y que podía esconder la fea caja detrás de un sofá. Pero

tan pronto hubo hecho las paces con la radio empezaron las interferencias. Un crujido similar al chisporroteo de una mecha encendida acompañaba el cántico de las cuerdas. Más allá de la música se oía un susurro que a Irene, molesta, le recordó el mar, y a medida que el quinteto avanzaba, más y más ruidos iban sumándose al primero. Pulsó todos los interruptores y botones, pero nada atenuó las interferencias. Se sentó otra vez, presa de la frustración y el desconcierto, e intentó seguir el hilo de la melodía. El hueco del ascensor del inmueble daba a la pared de la sala, y precisamente el ruido de éste le dio una pista sobre la causa de las interferencias. El chasquido de los cables del ascensor y el abrir y cerrar de sus puertas se reproducían en el altavoz del aparato, y, percatándose de que la radio era sensible a toda suerte de corrientes eléctricas, empezó a discernir a través de la música de Mozart el repiqueteo del teléfono, la acción de marcar el número y el lamento de una aspiradora. Escuchando con mayor atención, fue capaz de captar los timbres, los ruidos del ascensor, las máquinas de afeitar eléctricas y las batidoras, sonidos capturados de los apartamentos circundantes y transmitidos por el altavoz. La fea y potente radio, con su equívoca sensibilidad para la disonancia, escapaba a su dominio, así que apagó el cacharro y fue a ver qué tal estaban los niños.

Esa misma noche, al volver a casa, Jim Westcott se dirigió a la radio confiadamente y manipuló los mandos. Vivió una experiencia parecida a la de Irene. Un hombre hablaba en la emisora que Jim había elegido, y su voz creció al instante desde la lejanía hasta una potencia tal que estremeció la casa. Jim giró el botón del volumen y redujo el torrente de aquella voz. Las interferencias comenzaron un minuto o dos más tarde. Empezó el campanilleo de teléfonos y timbres, junto con el chasquido de las puertas de ascensor y la rotación de los electrodomésticos. El tipo de ruidos que la radio registraba había cambiado desde que Irene la había probado; habían desenchufado la última máquina de afeitar, las aspiradoras habían vuelto a sus armarios y las interferencias reflejaban el cambio de ritmo que impera en la ciudad tras la caída del sol. Jugueteeó con los botones del aparato pero no logró eliminar las interferencias; lo apagó por fin y le dijo a Irene que por la mañana llamaría a la gente que se la había vendido y que lo iban a oír.

La tarde siguiente, cuando Irene volvió a casa después de un almuerzo fuera, la sirvienta le dijo que un hombre había venido y había arreglado la radio. Irene fue a la sala de estar antes de quitarse el sombrero y las pieles y probó el aparato. Por el altavoz empezó a oírse un disco; era el *Missouri Waltz*. Le recordó la chirriante y floja música de un anticuado fonógrafo que a veces podía oírse desde el otro lado del lago donde solía veranear. Esperó hasta que el vals hubo acabado, suponiendo que habría algún comentario sobre la grabación, pero no hubo ninguno. El silencio siguió a la música, y luego se repitió el chirriante y quejumbroso disco. Giró el sintonizador, y del aparato salió una agradable ráfaga de música caucasiana —golpeteo de pies desnudos en el polvo, tintinear de alhajas—, pero del fondo venían timbrazos y una algarabía de voces. Los niños llegaron entonces del colegio; Irene apagó la radio y se reunió con ellos en su habitación.

Cuando aquella noche Jim llegó a casa, estaba cansado; se dio un baño y se cambió de ropa. Luego se reunió con Irene en la sala. Acababa de poner la radio cuando la sirvienta anunció la cena, así que la dejó encendida y él e Irene se sentaron a la mesa, Jim estaba tan fatigado que ni siquiera simuló deseos de mostrarse sociable. No hubo nada en la cena que atrajese la atención de Irene, de modo que su atención se centró en la comida para después desviarse al brillo plateado que cubría los candelabros y más tarde a la música en la otra habitación. Escuchó unos minutos un preludeo de Chopin y se sintió de pronto sorprendida al oír que irrumpía la voz de un hombre:

«Por el amor de Dios, Kathy —dijo—, ¿siempre tienes que tocar el piano justo cuando llego a casa?»

La música cesó bruscamente.

«Es el único momento que tengo —dijo una mujer—. Estoy todo el día en la oficina.»

«Y yo también», dijo el hombre.

Agregó algo obsceno sobre un piano vertical y salió dando un portazo. La apasionada y melancólica música sonó de nuevo.

—¿Has oído eso? —preguntó Irene.

—¿Qué?

Jim estaba tomando el postre.

—La radio. Un hombre ha dicho algo mientras la música seguía sonando. Una palabrota.

—Una obra de teatro probablemente.

—No lo creo —dijo Irene.

Dejaron la mesa y tomaron el café en la sala de estar. Irene pidió a Jim que pusiera otra emisora. Él giró el botón.

«¿Has visto mis ligas?», preguntó un hombre.

«Abróchame», pidió una mujer.

«¿Has visto mis ligas?», repitió el hombre.

«Primero abróchame y luego buscaré tus ligas», dijo la mujer.

Jim cambió de emisora.

«Me gustaría que no dejases los corazones de las manzanas en los ceniceros —dijo un hombre—. Detesto el olor.»

—Es extraño —dijo Jim.

—Sí, ¿verdad? —dijo Irene.

Jim volvió a girar el botón.

«En las orillas de Coromandel, donde crecen las tempranas calabazas —dijo una mujer con marcado acento inglés—, en medio de los bosques vivía el Gran Patazas. Dos antiguas sillas, la mitad de una vela, una jarra sin asas más vieja que mi abuela...»

—¡Dios mío! —exclamó Irene—. Es la niñera de los Sweeney.

«Ninguna otra cosa tenía en el mundo», prosiguió la voz inglesa.

—Apaga la radio —dijo Irene—. Quizá puede oírnos.

Jim la apagó.

—Era la señorita Armstrong, la niñera de los Sweeney —expresó Irene—. Le estará leyendo a la niña pequeña. Viven en el 17-B. He hablado con la señorita Armstrong en el parque. Conozco muy bien su voz. Seguramente estamos captando lo que ocurre en otras casas.

—Imposible —dijo Jim.

—Te digo que era la niñera de los Sweeney —repitió Irene, acalorada—. Conozco su voz. La conozco muy bien. Me pregunto si nos oyen los vecinos.

Jim encendió la radio. Primero a lo lejos y después más cerca, cada vez más cerca, como transportado por el viento, se oía otra vez el diáfano acento de la niñera:

«"¡Mi María, mi María!, sentado entre estas calabazas, ¿vendrás y serás mi esposa?", dijo triste el Gran Patazas.»

Jim se acercó a la radio y dijo: «Hola», muy alto junto al altavoz,

«"Estoy harto de vivir sin compañía —siguió la niñera—, en esta ribera tan salvaje y umbría, la vida me resulta muy penosa; si tú vienes y quieres ser mi esposa, mi existencia se volverá muy hermosa..."»

—Creo que no puede oírnos —dijo Irene—. Busca otra cosa.

Jim puso otra emisora, e inundó la habitación el alboroto de una fiesta que se había salido de madre. Alguien tocaba el piano y cantaba *Whiffenpoofsong*; las voces que lo acompañaban eran alegres, enérgicas. «Come más bocadillos», gritó una mujer. Se oyeron carcajadas, y un plato o algo semejante se estrelló contra el suelo.

—Deben de ser los Fuller, en el 2-E —dijo Irene—. Sé que esta tarde daban una fiesta. La vi a ella en la tienda de licores. ¡Es como un fenómeno sobrenatural! Pon otra cosa. Trata de captar a los del 18-C.

Los Westcott oyeron esa noche un monólogo sobre la pesca del salmón en Canadá, una partida de bridge, comentarios directos sobre una película casera, al parecer filmada durante una estancia de dos semanas en Sea Island, y una agria disputa doméstica a propósito de unos números rojos en un banco. Apagaron la radio a medianoche y se fueron a la cama, cansados de tanto reír. En un momento dado de la noche, su hijo empezó a llamar pidiendo un vaso de agua, e Irene se levantó y se lo llevó a su cuarto. Era muy temprano. Todas las luces del vecindario estaban apagadas, y por la ventana de la habitación del niño Irene vio la calle vacía. Fue a la sala y encendió la radio. Se oyeron toses débiles, un gemido, y luego habló un hombre:

«¿Estás bien, cariño?», preguntó.

«Sí —respondió una mujer, con voz cansada—. Sí, estoy bien, supongo. —Y luego añadió muy sentidamente—: Pero, ¿sabes, Charlie?, ya no me siento yo misma. En una semana me siento yo misma, como mucho, quince o veinte minutos. No quiero que me vea otro médico, porque los honorarios que debemos pagar son ya demasiados, pero no me siento yo misma, Charlie. Nunca volveré a sentirme como antes.»

No eran jóvenes, pensó Irene. Adivinó por el timbre de sus voces que eran personas de mediana edad. La contenida melancolía del diálogo y una corriente de aire que entró por la ventana del dormitorio le dieron escalofríos, y volvió a acostarse.

A la mañana siguiente, Irene preparó el desayuno para su familia —la sirvienta no subió hasta las diez de su habitación en el sótano—, hizo las trenzas a la niña y esperó en la puerta hasta que sus hijos y su marido se alejaron en el ascensor. Luego fue a la sala y puso la radio.

«No quiero ir al colegio —gritó un niño—. Odio el colegio. No quiero ir al colegio. Lo odio.»

«Irás al colegio —dijo una mujer, furiosa—. Pagamos ochocientos dólares para que vayas, e irás aunque te mueras.»

El siguiente número que probó en el dial le trajo el gastado disco del *Missouri Waltz*. Cambió de emisora e invadió la intimidad de varias mesas de desayuno.

Sorprendió muestras de indigestión, de amor carnal, de insondable vanidad, de fe y de desesperación. La vida de Irene era casi tan simple y protegida como aparentaba serlo, y el lenguaje franco y en ocasiones brutal que emitía el altavoz aquella mañana le produjo asombro y malestar. Siguió escuchando hasta que llegó la sirvienta. Entonces apagó a prisa la radio, consciente de que aquella invasión de intimidades ajenas era algo furtivo. Irene tenía aquel día una cita para comer con una amiga, y salió de casa poco después de las doce. Había unas cuantas mujeres en el ascensor cuando éste se paró en su piso.

Miró con fijeza sus rostros bellos e impasibles, sus pieles y las flores de tela en sus sombreros. ¿Cuál de ellas había estado en Sea Island? ¿Cuál había tenido un descuberto en su cuenta bancaria? El ascensor se detuvo en la décima planta y entró una mujer con un par de perros terrier. Llevaba un peinado alto y lucía una capa de visón. Tarareaba el *Missouri Waltz*.

Irene tomó dos martinis durante el almuerzo, miró de forma inquisitiva a su amiga y se preguntó cuáles serían sus secretos. Habían planeado ir de compras después de comer, pero Irene se disculpó y regresó a casa. Dijo a la sirvienta que nadie la molestara; luego entró en la sala, cerró las puertas y encendió la radio. A lo largo de esa tarde, escuchó la conversación entrecortada de una mujer que entretenía a su tía, el epílogo histórico de una comida con invitados, y a una anfitriona que daba instrucciones a su criada a propósito de ciertos asistentes al cóctel.

«No des el mejor whisky a los que no tengan el pelo blanco —dijo—. Trata de deshacerte de ese paté de hígado antes de servir los platos calientes. Y otra cosa: ¿podrías prestarme cinco dólares? Quiero darle una propina al ascensorista.»

A medida que la tarde declinaba, las conversaciones ganaban en intensidad. Desde donde Irene se había sentado, veía el cielo abierto sobre el East River. Había cientos de nubes en el firmamento, como si el viento del sur hubiese roto en pedazos el invierno y lo transportara al norte, y en la radio oía la llegada de los invitados al cóctel y el retorno de los niños y los hombres de negocios de colegios y oficinas.

«Esta mañana encontré un diamante de tamaño considerable en el suelo del baño —dijo una mujer—. Seguramente se cayó de la pulsera que la señora Dunston llevaba anoche.»

«Lo venderemos —dijo un hombre—. Llévaselo al joyero de Madison Avenue y véndeselo. A la señora Dunston no va a suponerle nada, y a nosotros nos vendrán bien un par de cientos de dólares...»

«Naranjas y limones, dice la campana de Santa Ana —cantaba la niñera de los Sweeney—. Medio penique y un chelín, dice la campana de San Martín. ¿Cuándo tu deuda habrás saldado?, dicen las campanas del viejo juzgado...»

«No es un sombrero, es un asunto sentimental —gritaba una mujer, y a su espalda se oía el bullicio del cóctel—. No es un sombrero, es un idilio. Es lo que dijo Walter Florell. Dijo que no es un sombrero, sino un idilio. —Y luego, en voz más baja, la misma mujer añadió—: Habla con alguien, por el amor de Dios, cariño, habla con alguien. Si ella te pilla aquí parado sin hablar con nadie, nos borrará de su lista de invitados, y me encantan estas fiestas.»

Los Westcott cenaban fuera aquella noche, y cuando Jim llegó a casa, Irene se estaba vistiendo. Parecía triste y ausente, y él le sirvió una copa. Cenaban con unos amigos de la vecindad, y fueron andando hasta su domicilio. El cielo estaba despejado y lleno de luz. Era uno de esos espléndidos atardeceres de primavera que excitaban la memoria y el deseo, y el aire que rozaba su cara y sus manos era muy suave. En la esquina, una banda del Ejército de Salvación tocaba *Jesús es más dulce*. Irene cogió por el brazo a su marido y le retuvo allí durante un minuto, para escuchar la música.

—Son gente buena de verdad, ¿no te parece? —dijo—. Tienen una cara tan agradable... En realidad, son mucho más agradables que mucha otra gente que conocemos.

Sacó un billete de su monedero, se aproximó a ellos y lo depositó en la pandereta. Cuando regresó junto a su marido, en el rostro de Irene había una radiante melancolía que a él no le era familiar. Y su comportamiento durante la cena de aquella noche también pareció extrañar a Jim. Ella interrumpió de manera descortés a su anfitriona y miró a las personas del otro lado de la mesa con una intensidad por la que habría castigado a sus hijos.

Seguía haciendo buen tiempo cuando volvieron a casa caminando, e Irene contempló las estrellas primaverales.

—Qué lejos envía sus rayos aquella lucecita —exclamó—. Así brilla una buena acción en un mundo malvado.

Esa noche aguardó hasta que a Jim lo venció el sueño. Se levantó, fue a la sala y encendió la radio.

La tarde del día siguiente, Jim regresó del trabajo a eso de las seis. Emma, la sirvienta, le abrió la puerta, y él ya se había quitado el sombrero y se estaba quitando el abrigo cuando Irene llegó corriendo al recibidor. Tenía la cara arrasada por las lágrimas y el pelo desordenado.

—¡Sube al 16-C, Jim! —chilló—. No te quites el abrigo. Sube al 16-C. El señor Osborn le está pegando a su mujer. Han estado riñendo desde las cuatro en punto, y ahora le está pegando. Sube y detento, Jim.

Jim oyó alaridos, palabrotas y ruidos procedentes de la radio que estaba en la sala.

—Sabes que no deberías escuchar esas cosas —dijo.

Entró a zancadas en la sala y giró el interruptor.

—Es indecente —dijo—. Es como fisgar por las ventanas. Sabes muy bien que no debes escuchar cosas como éstas. Puedes apagar la radio.

—¡Oh, es tan horrible, tan espantoso! —Irene sollozaba—. He estado escuchando todo el día, y es tan deprimente.

—Bien, si es tan deprimente, ¿por qué escuchas? Compré esa maldita radio para que te distrajeras —dijo—. Pagué un montón de dinero. Pensé que te haría feliz. Quería hacerte feliz.

—No, no, por favor, no nos peleemos —gimió ella, y descansó su cabeza en el hombro de él—. Todo el mundo ha estado riñendo todo el día. Todo el mundo se ha estado peleando. Todos tienen problemas de dinero. La madre de la señora Hutchinson está muriéndose de cáncer en Florida y no tienen suficiente dinero para enviarla a la clínica Mayo. Por lo menos eso dice el señor Hutchinson; dice que no tiene el dinero que hace falta. Y una mujer de este edificio está liada con el portero, con ese repugnante portero. Da náuseas. Y la señora Melville padece del corazón, y el señor Hendricks va a perder su empleo en abril, y su mujer está inaguantable a causa de ese asunto, y la chica que toca el *Missouri Waltz* es una puta, una puta vulgar, y el ascensorista tiene tuberculosis, y el señor Osborn ha estado pegándole a la señora Osborn.

Gimoteó, tembló de congoja y frenó con el dorso de la mano el río de lágrimas que surcaba su cara.

—Bueno, pero ¿por qué tienes que escuchar? —preguntó Jim de nuevo—. ¿Por qué tienes que oír todas esas cosas si te entristecen tanto?

—¡Oh, no, no, no! —gritó ella—. La vida es tan terrible, tan sórdida y espantosa. Pero nosotros nunca hemos sido así, ¿verdad que no, cariño? ¿Verdad que no? Me refiero a que siempre hemos sido buenos, decentes y cariñosos el uno con el otro, ¿no es cierto? Y tenemos dos niños, dos niños preciosos. Nuestra vida no es sórdida, ¿verdad, cielo? ¿Verdad que no?

Le echó los brazos al cuello y atrajo la cara de Jim hacia la suya.

—Somos felices, ¿no es así, cariño? Somos felices, ¿verdad?

—Claro que somos felices —dijo él, cansado. Empezaba a olvidar su enfado—. Por supuesto que lo somos. Mandaré que arreglen esa maldita radio, o les diré que se la lleven. —Acarició el suave cabello de su mujer—. Mi pobre niña —dijo.

—Me quieres, ¿verdad? —preguntó ella—. Y no andamos siempre criticando ni preocupados por el dinero, y somos honrados, ¿verdad?

—Sí, cariño.

Un hombre llegó por la mañana y arregló la radio. Irene la encendió con cautela y oyó con gozo un anuncio del vino de California y una grabación de la Novena Sinfonía de Beethoven, incluida la *Oda a la alegría*, de Schiller. Dejó puesta la radio todo el día y nada inconveniente salió por el altavoz.

Retransmitían una suite española cuando Jim volvió a casa.

—¿Todo va bien? —preguntó.

Está pálido, pensó Irene. Bebieron algunos cócteles y se pusieron a cenar oyendo el Coro de los Gitanos de *Il Trovatore*. Luego radiaron *La Mer*, de Debussy.

—Hoy he pagado la factura de la radio —dijo Jim—. Cuatrocientos dólares. Espero que la disfrutes.

—Oh, seguro que sí —dijo Irene.

—Cuatrocientos dólares es bastante más de lo que puedo permitirme —prosiguió Jim—. Quería comprar algo que tú disfrutaras. Es el último lujo que podemos permitirnos este año. He visto que no has pagado todavía las facturas de tus vestidos. Las he visto sobre tu tocador. —La miró de frente—. ¿Por qué me dijiste que ibas a pagarlas? ¿Por qué me has mentado?

—No quería preocuparte, Jim —dijo. Bebió un poco de agua—. Pagaré esas cuentas con mi subsidio de este mes. El mes pasado hubo que pagar las fundas y la fiesta aquella.

—Tienes que aprender a emplear el dinero que te doy de un modo un poco más inteligente, Irene —dijo—. Tienes que entender que este año no disponemos de tanto dinero como el año pasado. Hoy he tenido una conversación muy seria con Mitchell. Nadie compra nada. Nos pasamos el tiempo promoviendo nuevos artículos, y ya sabes que todo eso va muy despacio. No soy precisamente joven, ya me entiendes. Tengo treinta y siete años. Tendré el pelo gris el año que viene. No todo me ha salido tan bien como esperaba. Y no creo que las cosas mejoren.

—Sí, cariño —asintió ella.

—Tenemos que empezar a hacer recortes en los gastos —dijo Jim—. Hay que pensar en los niños. Para ser del todo sincero contigo, el dinero me preocupa mucho. No tengo ninguna seguridad respecto del futuro. Nadie la tiene. Por si me ocurre algo tenemos mi seguro de vida, pero con eso hoy

día no se puede ir muy lejos. He trabajado muy duro para daros una vida confortable a ti y a los niños —declaró amargamente—. No quiero ver todas mis energías, toda mi juventud, desperdiciada en abrigos de pieles, radios, fundas y...

—Por favor, Jim —dijo ella—. Por favor. Pueden oírnos.

—¿Quién puede oírnos? Emma no puede.

—La radio.

—Oh, ¡estoy harto! —gritó—. Me asquean tus aprensiones. La radio no puede oírnos. Nadie puede oírnos. ¿Y qué si nos oyen? ¿A quién le importa?

Irene se levantó de la mesa y fue a la sala. Jim se acercó a la puerta y le gritó desde allí.

—¿Por qué te has vuelto tan mojigata de repente? ¿Qué ha hecho que te conviertas de golpe en una monjita? Robaste las joyas de tu madre antes de que legalizasen su testamento. No le diste a tu hermana ni un céntimo de ese dinero que se suponía que era para ella, ni siquiera cuando lo necesitaba. Hiciste desgraciada a Grace Howland, y ¿dónde estaban tu piedad y tu virtud cuando fuiste a abortar? Nunca he olvidado lo tranquila que estabas. Preparaste tu bolsa y te fuiste a que asesinaran a un niño como quien se va de vacaciones a Nassau. Si por lo menos hubieras tenido alguna razón, si hubieras tenido un buen motivo...

Irene permaneció un minuto ante la monstruosa caja, avergonzada, asqueada, pero mantuvo su mano en el interruptor antes de apagar la música y las voces, confiando en que el aparato quizá le hablase amablemente, en que tal vez oyese a la niñera de los Sweeney. Jim seguía gritándole desde la puerta. La voz de la radio era suave, inofensiva:

«Un desastre ferroviario en Tokio esta mañana temprano causó la muerte de veintinueve personas —se oyó por el altavoz—. A primera hora de la mañana, las monjas de un hospital católico extinguieron el fuego que se produjo en el centro, situado cerca de Buffalo y consagrado a la asistencia de niños ciegos. La temperatura es de ocho grados centígrados. La humedad es del ochenta y nueve por ciento.»

Oh, ciudad de sueños rotos

Cuando el tren de Chicago salió de Albany y empezó a traquetear valle fluvial abajo, camino de Nueva York, los Malloy, que ya habían vivido con anterioridad muchos momentos emocionantes, sintieron que se les aceleraba la respiración, como si no hubiese suficiente aire en el vagón. Enderezaron las espaldas y alzaron las cabezas, en busca de oxígeno, como la tripulación de un submarino condenado. La niña, Mildred-Rose, halló una envidiable manera de evitar la incomodidad. Se quedó dormida. Evarts Malloy quiso bajar las maletas del portaequipajes, pero Alice, su mujer, consultó la guía de ferrocarriles y le dijo que era demasiado pronto. Luego miró por la ventanilla y vio el noble río Hudson.

—¿Por qué lo llaman el fin de América? —preguntó a su marido.

—El Rin —corrigió Evarts—. El Rin, no el fin.

—Ah.

La víspera habían abandonado su hogar en Wentworth, Indiana, y a pesar de la excitación del viaje y la brillantez del punto de destino, ambos se preguntaban de vez en cuando si no habrían olvidado cerrar la llave del gas y apagar la fogata de la basura detrás del cobertizo. Al igual que esa gente que en ocasiones se ve en Times Square los sábados por la noche, se habían vestido con ropas reservadas ex profeso para aquel desplazamiento.

El calzado ligero que Evarts llevaba tal vez no había salido nunca del fondo del armario desde el entierro de su padre o la boda de su hermano. Alice estrenaba guantes nuevos: se los habían regalado una Navidad, haría diez años. Él, por su parte, había guardado durante años en el cajón de arriba del escritorio el deslustrado pasador del cuello de la camisa, la aguja de la corbata con sus iniciales y su cadena dorada, los calcetines de fantasía, el pañuelo de seda artificial del bolsillo superior de la chaqueta y el falso clavel de la solapa, firmemente convencido de que la vida, algún día, lo alejaría de Wentworth.

Alice Malloy tenía los cabellos recios y oscuros, y su rostro enjuto recordaba a veces a su marido —que la amaba más de lo que él creía— el portal de una casa de vecinos en un día de lluvia: un semblante largo, inexpresivo y apenas iluminado, un corredor por el que pasaban los suaves éxtasis y los infortunios de los pobres. Evarts Malloy era muy flaco. Había sido conductor de autobús y era algo cargado de espaldas. Su hija dormía con el pulgar en la boca. Tenía el pelo oscuro, y su carita sucia era alargada como la de su madre. Cuando una violenta sacudida del tren la despertó, se chupó ruidosamente el dedo gordo hasta sumirse de nuevo en su sopor. No había podido atesorar tantas galas como sus padres (tenía sólo cinco años), pero lucía un abrigo de piel blanco. Varias generaciones atrás se había perdido el sombrero y el manguito a juego; la piel del abrigo estaba reseca y desgarrada, pero ella la acariciaba en sueños, como si poseyera notables propiedades que la convencían de que todo iba bien, muy bien.

El revisor que recorría el vagón marcando billetes desde Albany reparó en los Malloy: algo en el aspecto de aquellos tres le preocupó. Cuando volvió a pasar, se detuvo junto a su asiento y charló un rato con ellos, primero sobre Mildred-Rose y después sobre el viaje.

—¿Primera vez que van a Nueva York? —preguntó.

—Sí —respondió Evarts.

—¿A visitar la ciudad?

—Oh, no —dijo Alice—. En viaje de negocios.

—¿A buscar trabajo? —quiso saber el revisor.

—Oh, no —dijo Alice—. Cuéntaselo, Evarts.

—Bueno, en realidad, no se trata de un trabajo —dijo Evarts—. Quiero decir que no busco trabajo. Verá, ya tengo un empleo.

Su actitud era amistosa y sencilla, y contó la historia con entusiasmo, porque el revisor era el primer extraño interesado en conocerla.

—Estuve en el ejército, ¿sabe?, y luego, cuando me licenciaron, volví a casa y empecé otra vez con el autobús. Soy chófer nocturno de autobuses. Pero ese trabajo no me gustaba. Comencé a sentir dolores de estómago, y conducir de noche me estropeaba la vista, así que en los ratos libres, por las tardes, empecé a escribir una comedia. Verá usted, en la Nacional 7, cerca de Wentworth, donde vivimos, hay una vieja llamada mamá Finelli, que tiene una gasolinera y un criadero de serpientes. Es un personaje con mucho jugo y gancho, así que me decidí a escribir una comedia sobre ella. Tiene muchísimos dichos con jugo y con gancho. Bueno, pues escribí el primer acto, y entonces Tracey Murchison, el director teatral, vino de Nueva York a dar una conferencia en el Club de Mujeres sobre los problemas del teatro. Bueno, pues Alice fue a la conferencia, y cuando él se estaba quejando, cuando Murchison se quejó de la falta de jóvenes dramaturgos, Alice levantó la mano y le dijo a Murchison que su marido era un joven dramaturgo y que a ver si él quería leer la obra de su marido. ¿No fue así, Alice?

—Sí —asintió Alice.

—Bueno, el hombre se hizo de rogar —prosiguió Evarts—. Murchison venga a poner pegás, pero Alice no lo dejaba en paz, con toda aquella gente escuchando, y cuando el hombre acabó su conferencia, ella fue derechita al estrado y le dio la obra; la llevaba en el bolso. Después lo acompañó al hotel y se sentó a su lado hasta que Murchison acabó de leer la pieza, o sea, el primer acto. El único escrito. Bueno, pues resulta que en la obra hay un papel que él quería que interpretase su mujer, Madge Beatty, y cuanto antes. Supongo que usted sabe quién es Madge Beatty. ¿Y sabe qué hizo él, entonces? ¡Se sentó, rellenó un cheque de treinta y cinco dólares y dijo que Alice y yo fuéramos a Nueva York! Así que sacamos todo el dinero de la caja de ahorros, zanjamos todos los asuntos pendientes y aquí estamos.

—Bueno, me figuro que de ahí se puede sacar un montón de dinero —dijo el revisor. Luego

les deseó buena suerte y se marchó.

Evarts quiso bajar las maletas en Poughkeepsie y otra vez lo mismo en Harmon, pero Alice buscó ambas localidades en su guía y lo obligó a esperar. Ninguno de los dos había estado nunca en Nueva York, y conforme iban acercándose a la ciudad empezaron a mirar por las ventanillas con creciente avidez. Como Wentworth era un villorrio deprimente, incluso los tugurios de Manhattan les parecieron maravillosos aquella tarde. Cuando el tren se adentró en la oscuridad bajo Park Avenue, Alice se sintió cercada por la presencia de aquellos bloques gigantescos. Despertó a Mildred-Rose y ató el gorro de la chiquilla con dedos trémulos.

Cuando se apearon del tren, Alice advirtió que el pavimento, al fondo de la estación, tenía un brillo escarchado, y se preguntó si habrían sembrado diamantes en el cemento. Prohibió a Evarts que preguntase direcciones.

—Si se dan cuenta de que somos de pueblo, nos despluman —susurró.

Deambularon por la sala de espera con suelo de mármol, atentos al ruido del tráfico y a las bocinas de coches como si fueran la esencia de la vida. Alice había estudiado previamente un mapa de Nueva York, y al salir de la estación ya sabía adonde ir. Recorrieron la calle Cincuenta y Dos hasta la Quinta Avenida. Las caras que veían al pasar les parecieron resueltas y abstraídas, como si pertenecieran a personas que regían los destinos de magnas industrias. Evarts nunca había visto tantas mujeres hermosas, tantos rostros agradables, jóvenes, prometedores de fácil conquista. Era una tarde de invierno, y la clara luz de la ciudad tenía un matiz violeta, exactamente como la luz de los campos que rodeaban Wentworth.

Su destino, el hotel Mentone, estaba en una calle lateral, al oeste de la Sexta Avenida. Era un lugar sombrío, de aposentos malolientes y comida deplorable. El techo del vestíbulo tenía tantos estucos y dorados como las capillas del Vaticano. El alojamiento era popular entre los ancianos y atractivo para las personas de mala reputación, y los Malloy lo habían encontrado porque el Mentone se anunciaba en todas las carteleras de las estaciones ferroviarias del Oeste. Muchas almas cándidas se habían alojado allí; su humildad y su dulzura habían prevalecido sobre la evidente atmósfera de esplendor ruinoso y mezquino vicio, y habían depositado en todos los dormitorios ese humilde olor que evoca el de una tienda de piensos pueblerina en una tarde de invierno. Un botones los llevó a su habitación. En cuanto éste se retiró, Alice inspeccionó el baño y abrió las cortinas. La ventana daba a una pared de ladrillo, pero al levantarla oyó el rumor del tráfico, que sonaba, al igual que en la estación, como la titánica e irresistible voz de la vida misma.

Esa tarde, los Malloy hallaron el camino hasta el restaurante Automat de Broadway. Gritaron de alegría ante los mágicos grifos de café y las puertas de cristal que se abrían solas.

—Mañana comeré alubias blancas —exclamó Alice—, y pasado mañana pastel de pollo, y al día siguiente croquetas de pescado.

Después de cenar salieron a la calle. Mildred-Rose caminaba entre sus padres, cogida de sus manos callosas. Estaba oscureciendo, y las luces de Broadway respondieron a sus sencillas plegarias. Arriba, en el aire, había enormes imágenes, brillantemente iluminadas, de sangrientos héroes,

criminales amantes, monstruos y bandidos armados. Un revoltijo de luz delectaba títulos de películas y marcas de refrescos, restaurantes y cigarrillos, y a lo lejos se divisaba el resplandor del crepúsculo invernal más allá del Hudson. Al este, los altos edificios iluminados parecían arder, como si hubiese caído fuego sobre sus sombrías siluetas. El aire rezumaba música, y la luz brillaba más que la del día. Vagaron entre el gentío durante horas.

El paseo cansó a Mildred-Rose, que empezó a lloriquear; al cabo, sus padres la llevaron de vuelta al hotel. Alice estaba ya desnudándose cuando alguien llamó suavemente a la puerta.

—Adelante —dijo Evarts.

Un botones apareció en la entrada. Tenía cuerpo de muchacho, pero su rostro era triste y arrugado.

—Sólo quería ver si estaban a gusto —dijo—. Quería preguntarles si les apetecía una gaseosa o un poco de agua helada.

—Oh, no, gracias, muy amable —respondió Alice—. De todas formas, se lo agradecemos.

—¿Es la primera vez que vienen a Nueva York? —preguntó el botones. Cerró la puerta tras él y se sentó en el brazo de una silla.

—Sí —asintió Evarts—. Salimos ayer de Wentworth, Indiana, en el tren de las nueve y cuarto, vía South Bend. De ahí a Chicago. Comimos allí.

—Yo tomé pastel de pollo —dijo Alice—. Estaba delicioso.

Le metió a Mildred-Rose el camisón por la cabeza.

—Y por fin, Nueva York —dijo Evarts.

—¿Qué les trae por aquí? —preguntó el botones—. ¿Aniversario?

Cogió un cigarrillo de un paquete que había sobre la mesa y se dejó caer en la silla.

—Oh, no —dijo Evarts—. Nos ha tocado el gordo.

—Las vacas gordas —añadió Alice.

—¿Un concurso? —preguntó el botones—. ¿Algo parecido?

—Oh, no —dijo Evarts.

—Díselo, Evarts —lo apremió Alice.

—Sí —dijo el botones—. Dígamelo, Evarts.

—Bueno, verás, la cosa empezó así.

Se sentó en la cama y encendió un cigarrillo.

—Yo estaba en el ejército, ¿sabe?, y cuando me licenciaron volví a Wentworth...

Repitió al botones la historia que había contado al revisor.

—¡Oh, qué suerte la suya, ustedes sí que son gente con suerte! —exclamó el botones cuando Evarts concluyó el relato—. ¡Tracey Murchison! ¡Madge Beatty! Tienen suerte, mucha suerte.

Miró la habitación pobremente amueblada. Alice estaba instalando a la niña en el sofá donde iba a dormir. Sentado en el borde de la cama, Evarts columpiaba las piernas.

—Lo que usted necesita es un buen agente —sentenció el botones. Escribió un nombre y unas señas en un pedazo de papel y se lo tendió a Evarts—. La agencia Hauser es la mayor del mundo —dijo—, y Charlie Leavitt es el mejor hombre que tienen. Cuénteles a Charlie sus problemas, con toda libertad, y si él le pregunta quién lo envía, dígame que lo manda Bitsey. —Se dirigió hacia la puerta—. Buenas noches. Ustedes son gente con suerte. Buenas noches. Dulces sueños. Felices sueños.

Los Malloy eran los diligentes vástagos de una estirpe trabajadora, y a las seis y media de la mañana estaban ya en pie. Se lavaron la cara y las orejas y se cepillaron los dientes. A las siete en punto salieron rumbo al Automat. Evarts no había dormido. El ruido del tráfico se lo había impedido, y se pasó toda la noche pegado a la ventana. Sentía la boca arrasada de tanto fumar, y la falta de sueño lo ponía nervioso. Les sorprendió ver que la ciudad dormitaba todavía; ese hecho les chocó. Desayunaron y volvieron al hotel. Evarts llamó a la oficina de Tracey Murchison, pero nadie contestó. Telefoneó varias veces. A las diez en punto, una muchacha respondió al teléfono.

—El señor Murchison lo recibirá a las tres —le dijo, y colgó.

Como no había nada que hacer, salvo esperar, Evarts llevó a su mujer y a su hija a recorrer la Quinta Avenida. Miraron los escaparates. A las once en punto abrió sus puertas el Radio City Music Hall, y allá se fueron.

Fue una buena idea. Antes de adquirir las entradas merodearon por salones y lavabos una hora entera. Durante la función, un gigantesco samovar ascendió del foso de la orquesta y sacó al escenario a cincuenta cosacos que cantaban *Ojos negros*, mientras Alice y la niña gritaban de alegría. La grandiosidad del espectáculo parecía esconder una simple y familiar comprensión, como si el soplo que recorría los metros y metros de doradas cortinas soplase directamente desde Indiana. La función dejó un sabor muy grato a Alice y a Mildred-Rose y, de regreso al hotel, Evarts tuvo que guiarlas por la acera para que no tropezaran con las bocas de riego. Llegaron al Mentone a las tres menos cuarto. Evarts despidió con un beso a su mujer y a su hija y se marchó a ver a Murchison.

Se perdió. Tuvo miedo de llegar tarde y echó a correr. Preguntó la dirección a una pareja de policías y por fin llegó al edificio de oficinas.

La puerta principal del despacho era sórdida —deliberadamente sórdida, confiaba Evarts—, pero no ignominiosa, pues había muchas mujeres y hombres atractivos aguardando para ver al señor Murchison. Ninguno de ellos estaba sentado, y conversaban como si les complaciera el retraso que los retenía allí. La recepcionista guió a Evarts hasta otro despacho igualmente repleto, pero en él reinaba

la inquietud y la prisa, como si el lugar sufriera un asedio. Allí estaba Murchison, que lo recibió dinámicamente.

—Aquí mismo tengo sus contratos —dijo. Tendió a Evarts una pluma y le acercó un montón de hojas.

—Ahora quiero que vaya corriendo a ver a Madge —añadió tan pronto como Evarts hubo firmado los contratos. Lo miró, le arrancó de la solapa el clavel artificial y lo tiró a la papelera—. Vamos, vamos, de prisa. Lo espera en el 400 de Park Avenue. Se muere de ganas de conocerle. Le está esperando. Le veré esta noche; creo que Madge ha preparado algo... Vamos, dése prisa.

Evarts se precipitó al vestíbulo y llamó impacientemente al ascensor. En cuanto salió del edificio se perdió de nuevo y erró por el barrio de las peleterías. Un policía lo encaminó directamente al hotel Mentone. Alice y Mildred-Rose lo esperaban en el recibidor, y él les contó lo que había ocurrido.

—Ahora tengo que ir a ver a Madge —dijo—. ¡Tengo que darme mucha prisa!

Bitsey, el botones, captó la conversación. Dejó caer unas bolsas que llevaba y se acercó a ellos. Explicó a Evarts el camino para ir a Park Avenue. Éste volvió a besar a su mujer y a su hija. Ellas le dijeron adiós con la mano mientras salía por la puerta.

Evarts había visto tantas películas de Park Avenue que observó su amplitud y su frialdad con cierta sensación de familiaridad. Subió en ascensor al apartamento de Murchison y una sirvienta lo condujo hasta una bonita sala de estar. Dentro ardía un fuego, y había flores sobre la chimenea. Evarts se puso en pie de un salto cuando entró Madge Beatty. Era una mujer frágil, animada, rubia, y su voz ronca y experta lo hizo sentirse desnudo.

—He leído su obra, Evarts —dijo—, y me encanta, me encanta, me encanta.

Se movía alegremente por la habitación, hablándole ya directamente, ya por encima del hombro. No era tan joven como parecía a primera vista, y a la luz de las ventanas daba casi una impresión de marchitez.

—Espero que infle mi papel cuando escriba el segundo acto —dijo—. Debe aumentarlo, aumentarlo y aumentarlo.

—Haré todo lo que usted quiera, señorita Beatty —aseguró Evarts.

Ella se sentó y cruzó sus hermosas manos. Sus pies eran muy grandes, advirtió Evarts. Sus espinillas eran muy flacas, y eso hacía que sus pies pareciesen de mayor tamaño.

—Nos entusiasma su obra, Evarts —dijo—. La amamos, la queremos, la necesitamos. ¿Sabe hasta qué punto la necesitamos? Tenemos deudas, Evarts, tenemos deudas terribles. —Descansó una mano sobre el pecho y habló en un susurro—: Debemos un millón novecientos sesenta y cinco mil dólares. —Dejó que la preciosa luz inundase de nuevo su voz—. Pero ahora le estoy impidiendo que escriba su magnífica obra. Lo estoy apartando del trabajo, y quiero que vuelva y escriba, escriba y escriba, y quiero que usted y su mujer vengan aquí a cualquier hora después de las nueve esta noche y

conozcan a algunos de nuestros amigos más queridos.

Evarts preguntó al portero cómo se volvía al hotel Mentone, pero comprendió mal las indicaciones que le dieron, y se perdió de nuevo. Dio vueltas por el East Side hasta que encontró a un policía que le señaló el camino de vuelta. Era tan tarde cuando llegó que Mildred-Rose lloraba de hambre. Los tres se lavaron, fueron al Automat y pasearon Broadway arriba y Broadway abajo hasta cerca de las nueve. Luego regresaron al hotel. Alice se puso su traje de noche y ambos besaron a la niña dándole las buenas noches. En el vestíbulo se encontraron con Bitsey y le dijeron adonde iban. Él les prometió cuidar de Mildred-Rose.

El trayecto hasta la casa de los Murchison fue más largo de lo que Evarts recordaba. El chal de Alice era muy fino. Estaba lívida de frío cuando llegaron al edificio de apartamentos. Al salir del ascensor, oyeron de lejos a alguien que tocaba el piano y a una mujer que cantaba «*A kiss is but a kiss, a sigh is but a sigh...*» Una sirvienta recogió sus abrigos y el señor Murchison los saludó desde otra puerta. Alice se azoró y arregló la peonía de tela que colgaba por la parte delantera de su traje; luego ambos entraron.

La habitación estaba llena de gente, las luces eran tenues y la mujer que cantaba estaba acabando la canción. En el aire flotaba un fuerte olor a pieles de animales y un perfume astringente. Murchison les presentó a una pareja que estaba cerca de la puerta y los dejó solos. La pareja volvió la espalda a los Malloy. Evarts era tímido y callado, pero Alice, nerviosa, empezó a hacer conjeturas sobre la identidad de la gente que rodeaba el piano. Estaba segura de que todos eran estrellas de cine, y tenía razón.

La cantante terminó la canción, se levantó del piano y se alejó. Hubo breves aplausos y después un curioso silencio. El señor Murchison pidió a otra mujer que cantara.

—No voy a hacerlo después de ella —dijo.

La situación, fuese la que fuese, cortó la conversación. Murchison pidió a varias personas que actuaran para la concurrencia, pero todas se negaron.

—Quizá la señora Malloy quiera cantar para nosotros —dijo amargamente.

—De acuerdo —accedió Alice.

Se colocó en el centro de la estancia. Adoptó la postura adecuada y, cruzando las manos de forma que mantuviesen alto el pecho, empezó a cantar.

La madre de Alice le había enseñado a cantar siempre que un anfitrión se lo pidiese, y ella jamás había violado ninguna enseñanza materna. De niña había recibido lecciones de canto de la señora Bachman, una anciana viuda que vivía en Wentworth. Había cantado en las reuniones de la escuela primaria y luego en las del instituto. En las fiestas de familia, al final de la tarde, siempre llegaba el momento en que le pedían que cantase; entonces se levantaba de su sitio, en el duro sillón junto a la estufa, o salía de la cocina, donde había estado fregando, a cantar las canciones que la viuda Bachman le había enseñado.

Aquella noche, la invitación fue tan inesperada que Evarts no tuvo la menor oportunidad de detener a su esposa. Había captado la amargura en la voz de Murchison, y en ese momento la hubiese detenido, pero tan pronto como Alice empezó a cantar, aquello dejó de preocuparle. Tenía una voz bien modulada, su figura era austera, conmovedora, y cantaba para aquel auditorio obedeciendo a su natural cortés. Cuando hubo superado su propio desconcierto, Evarts advirtió el respeto y la atención que los huéspedes de Murchison prestaban a la música. Muchos de ellos venían de lugares como Wentworth; eran gente de buen corazón, y la canción sencilla que entonaba la intrépida garganta de Alice les recordaba sus comienzos. Nadie susurraba ni sonreía. Muchos habían bajado la cabeza, y Evarts vio a una mujer que se llevaba a los ojos un pañuelo. Alice ha triunfado, pensó, y seguidamente identificó la canción: *Annie Laurie*.

Años atrás, cuando la señora Bachman se la había enseñado, le enseñó también a concluir la con un toque profesional que le granjeó muchos aplausos cuando niña, muchacha y alumna de instituto, pero que, en la mal ventilada sala de estar de Wentworth, con su inexorable olor a pobreza y a cocina, ya había empezado a aburrir y a fastidiar incluso a su familia. En la última frase, al clamar aquello de «*Lay me down and dee*», le había enseñado a caer al suelo hecha un ovillo.

Ahora, con los años, se dejaba caer con menos precipitación que antaño, pero seguía haciéndolo, y Evarts se dio cuenta, al mirar su rostro sereno, de que su esposa planeaba consumir el golpe de efecto. Pensó en ir hacia ella, en abrazarla y musitarle al oído que el hotel estaba ardiendo o que Mildred-Rose se había puesto enferma. En lugar de eso, le volvió la espalda.

Alice aspiró rápidamente y atacó el último verso. Evarts había empezado a sudar tan copiosamente que la sal del sudor le entró en los ojos. «*I'll lay me down and dee*», la oyó cantar; oyó el pesado impacto de su cuerpo contra el suelo; oyó las irremediables carcajadas, las toses por causa del tabaco y los juramentos de una mujer que reía tan fuerte que se le rompió su collar de perlas. Los invitados de Murchison parecían embrujados. Lloraban, se estremecían, se inclinaban, se daban palmadas en la espalda unos a otros, y caminaban en círculos, como dementes. Cuando Evarts osó mirar la escena, Alice estaba sentada en el suelo. La ayudó a incorporarse.

—Vamos —dijo—. Vamos, cariño.

La rodeó con el brazo y la llevó al vestíbulo.

—¿No les ha gustado mi canción? —preguntó. Y se echó a llorar.

—No tiene importancia, mi amor—dijo Evarts—. Ninguna importancia.

Cogieron sus abrigos y en la fría noche regresaron al hotel.

Bitsey los esperaba en el pasillo, delante de la habitación. Quiso enterarse de todo lo relativo a la fiesta. Evarts mandó a Alice adentro y habló a solas con el botones. No tenía ganas de hablar de la fiesta.

—No creo que tenga nada más que ver con los Murchison —decidió—. Voy a buscar otro director.

—Así me gusta —dijo Bitsey—. Eso es hablar. Pero primero quiero que vaya a la agencia

Hauser y hable con Charlie Leavitt.

—Muy bien —dijo Evarts—. Muy bien. Iré a ver a Charlie Leavitt.

Alice lloró aquella noche hasta quedarse dormida. Tampoco esta vez Evarts concilio el sueño. Se sentó en una silla junto a la ventana. Se adormeció poco antes del alba, pero no por mucho tiempo. A las siete en punto llevó a su familia al Automat.

Bitsey subió a la habitación de los Malloy después del desayuno. Estaba muy excitado. Un periodista de uno de los periódicos de cuatro centavos informaba de la llegada de Evarts a Nueva York. En el mismo párrafo se mencionaba a un miembro del gabinete y a un rey balcánico. Luego empezó a sonar el teléfono. En primer lugar, llamó un hombre que quería vender a Evarts un abrigo de visón de segunda mano. Luego telefoneó un abogado, un tintorero, una modista, una guardería, varias agencias y un hombre que dijo que podía conseguirles un buen apartamento. Evarts dijo que no a todos los importunos, pero tuvo que discutir todas las veces antes de colgar. Bitsey le había concertado una cita al mediodía con Charlie Leavitt, y al llegar la hora, besó a Alice y a la niña y salió a la calle.

La agencia Hauser tenía su sede en uno de los edificios del Radio City. En esta ocasión, los asuntos de Evarts le permitieron cruzar las formidables puertas de aquellos inmuebles con tanto derecho —se dijo— como cualquier otro. La agencia estaba en el piso veintiséis. No pulsó el botón hasta que el ascensor ya estaba subiendo.

—Demasiado tarde —le dijo el ascensorista—. Tiene que decirme el número de su planta al entrar.

Evarts sabía que su condición de pueblerino había quedado en evidencia ante todas las personas que había en el ascensor, y se ruborizó. Subió al piso sesenta y luego descendió al veintiséis. Cuando salía, el ascensorista le dedicó una sonrisa burlona.

Había dos puertas de bronce, ensambladas por una águila partida en dos, al fondo de un largo pasillo. Evarts empujó las alas del ave imperial y entró en un elegante vestíbulo de mansión feudal. El artesonado estaba carcomido y blancuzco. A cierta distancia, detrás de una ventanilla de cristal, vio a una mujer con auriculares. Se acercó a ella, le dijo lo que quería y ella le rogó que se sentara. Evarts se sentó en un sillón de cuero y encendió un cigarrillo. La suntuosidad del vestíbulo le causó una gran impresión. Luego notó que el sillón estaba cubierto de polvo. Y también la mesa, las revistas que descansaban sobre ella, la lámpara, la reproducción en bronce de *El beso* de Rodin: todo era polvoriento en la amplia habitación. Advirtió al mismo tiempo el peculiar silencio del vestíbulo. No se oía ni uno solo de los ruidos habituales en una oficina. En medio de aquella calma, desde el distante suelo, abajo, ascendió la música de un disco que sonaba en la pista de hielo, donde un carillón anunciaba: «¡Alégrese el mundo! ¡Ha llegado el Señor!» Las revistas de la mesa que había tras el sillón eran de hacía cinco años.

Al rato, la recepcionista le señaló una doble puerta situada al final del vestíbulo y Evarts se encaminó hacia allí tímidamente. Al otro lado de la puerta, el despacho era menos espacioso que la estancia que acababa de dejar, pero más sombrío y suntuoso, más imponente, y a lo lejos seguía oyéndose la música de la pista de hielo. Un hombre estaba sentado ante un escritorio antiguo. Se puso en pie en cuanto vio a Evarts.

—¡Bien venido, Evarts, bien venido a la agencia Hauser! —clamó—. He oído que tiene usted una obra estupenda, y Bitsey me ha dicho que ha terminado con Tracey Murchison. No he leído su obra, por supuesto, pero si Tracey la quiere, yo también la quiero, y por tanto, también la quiere Sam Farley. He encontrado un director, una estrella y un teatro para usted, y creo que tengo concertado un trato previo a la puesta en escena. Cien mil dólares sobre un tope de cuatrocientos mil. Siéntese, siéntese.

Daba la impresión de que el señor Leavitt estaba comiendo algo o tenía algún problema con los dientes, pues al acabar cada frase movía los labios ruidosa y pensativamente. Quizá había estado comiendo, porque tenía migas en torno a la boca. O tal vez tenía un problema con los dientes, ya que el ruido de sus labios persistió a lo largo de toda la entrevista. Leavitt llevaba encima gran cantidad de oro: varios anillos, un nomeolvides dorado, un reloj del mismo metal y una pesada pitillera de oro con brillantes engastados. La pitillera estaba vacía, y Evarts la abasteció de cigarrillos mientras conversaban.

—Ahora quiero que vuelva a su hotel, Evarts —dijo Leavitt en voz muy alta—, y que se lo tome con calma. Charlie Leavitt se ocupa de su propiedad intelectual. Quiero que me prometa que no se preocupará por nada. Ahora bien, tengo entendido que ha firmado un contrato con Murchison. Voy a declarar ese contrato nulo e inválido, y mi abogado lo declarará nulo e inválido, y si Murchison lo impugna, lo llevaremos a juicio y haremos que el juez declare que el contrato es nulo e inválido. Antes de seguir adelante, sin embargo —suavizó la voz—, quiero que me firme estos papeles que me confieren autoridad para representarlo.

Le tendió unos papeles y una pluma estilográfica de oro.

—Fírmelos —dijo, tristemente—y ganará cuatrocientos mil dólares. ¡Ustedes, los autores! —exclamó—. ¡Gente afortunada!

En cuanto Evarts hubo firmado, cambió la actitud de Leavitt, que empezó a gritar de nuevo.

—El director que le he escogido es Sam Farley. La actriz es Susan Hewitt. Sam es el hermano de Tom Farley. Está casado con Clarissa Douglas y es tío de George Howland. Pat Levy es su cuñada y Mitch Kababian y Howie Brown están emparentados con él por parte de madre. Ella se llama Lottie Mayes. Son una familia muy unida. Forman un estupendo equipo. Cuando su obra se represente en Wilmington, Sam Farley, Tom Farley, Clarissa Douglas, George Howland, Pat Levy, Mitch Kababian y Howie Brown estarán allí mismo, en aquel hotel, escribiendo el tercer acto. Cuando se represente en Baltimore, Sam Farley, Tom Farley, Clarissa Douglas, George Howland, Pat Levy, Mitch Kababian y Howie Brown lo acompañarán a la ciudad. Y cuando se estrene en Broadway con una producción de gran categoría, ¿quién estará en la primera fila, animando a Evarts? —Había forzado la voz, y concluyó con un ronco susurro—: Sam Farley, Tom Farley, George Howland, Clarissa Douglas, Pat Levy, Mitch Kababian y Howie Brown.

«Ahora quiero que regrese a su hotel y que se divierta —gritó, después de haberse aclarado la garganta—. Lo llamaré mañana y le diré cuándo pueden verlo Sam Farley y Susan Hewitt, y voy a telefonar a Hollywood y le voy a decir a Max Rayburn que le cedo los derechos por cien mil dólares sobre un máximo de cuatrocientos mil, ni un centavo menos.

Dio unas palmaditas en la espalda a Evarts y lo condujo amablemente hasta la puerta.

—Diviértase, Evarts —dijo.

Cuando cruzaba el vestíbulo, vio que la recepcionista estaba comiendo un bocadillo. Ella lo llamó.

—¿Quiere participar en un sorteo donde rifan un Buick descapotable nuevo? —murmuró—. Diez centavos el boleto.

—Oh, no, gracias.

—¿Huevos frescos? —preguntó—. Los traigo de Jersey todas las mañanas.

—No, gracias —dijo Evarts.

Volvió corriendo, entre la multitud, al hotel Mentone, donde Alice, Mildred-Rose y Bitsey lo estaban esperando. Les contó su entrevista con Leavitt.

—Cuando tenga esos cuatrocientos —dijo—, mandaré algún dinero a mamá Finelli.

Entonces Alice le recordó a muchas personas de Wentworth que necesitaban dinero. Para festejarlo, aquella noche fueron a cenar espaguetis en lugar de ir al Automat. Después se dirigieron al Radio City Music Hall. Tampoco pudo Evarts conciliar el sueño esa noche.

En Wentworth, Alice estaba considerada como el miembro más práctico de la familia. Abundaban las bromas al respecto. Alice calculaba el presupuesto y gobernaba la economía doméstica, y a menudo se decía que Evarts hubiera perdido la cabeza de no ser por ella. Este rasgo pragmático de su carácter le impulsó a recordar a su marido al día siguiente que no había trabajado en su obra. Ella tomó la iniciativa.

—No tienes más que sentarte en la habitación y escribir la obra —dijo—, y Mildred-Rose y yo recorreremos de arriba abajo la Quinta Avenida para que puedas estar solo.

Evarts intentó trabajar, pero el teléfono empezó a sonar de nuevo y a cortos intervalos le interrumpieron un vendedor de joyas, abogados del mundillo teatral y diversos servicios de lavandería. A eso de las once contestó al teléfono y oyó una voz familiar y colérica: era Murchison.

—Lo traje de Wentworth y le convertí en lo que usted es hoy —gritó—. Ahora me dicen que ha violado mi contrato y me ha traicionado con Sam Farley. Voy a arruinarlo, a hundirlo en la miseria, a demandarlo, voy a...

Evarts colgó y, cuando el teléfono volvió a sonar minutos después, no contestó a la llamada. Dejó una nota para Alice, se puso el sombrero y subió por la Quinta Avenida hasta las oficinas de la agencia Hauser.

Cuando aquella mañana empujó el águila hendida de la puerta doble y entró en el señorial vestíbulo, encontró allí a Leavitt, en mangas de camisa, limpiando la alfombra.

—Oh, buenos días —dijo Leavitt—. Terapia ocupacional.

Guardó la escoba y el recogedor detrás de una cortina de terciopelo.

—Pase, pase —dijo, enfundándose la chaqueta y guiando a Evarts hacia el despacho interior—. Esta tarde va a conocer a Sam Farley y a Susan Hewitt. Usted es uno de los hombres más afortunados de Nueva York. Muchos no han visto nunca a Sam. Ni siquiera una vez en su vida. No han gozado de su ingenio ni han sentido la fuerza de su personalidad única. Y en cuanto a Susan Hewitt... —Enmudeció durante un momento y luego dijo que la cita era a las tres—. Se reunirá con ellos en la bonita casa de Sam Farley —dijo, y le dio la dirección.

Evarts intentó contarle la conversación telefónica con Murchison, pero Leavitt lo interrumpió.

—Le he pedido una cosa —gritó—. Que no se preocupara. ¿Pido demasiado? Le pido que hable con Sam Farley y que eche un vistazo a Susan Hewitt y piense si es la adecuada para el papel. ¿Pido demasiado? Ahora, diviértase. Compre un periódico. Vaya al zoo. Vaya a ver a Sam a las tres en punto.

Le dio una palmada en la espalda y lo empujó hacia la puerta.

Evarts almorzó en el hotel con Alice y Mildred-Rose. Le dolía la cabeza. Después de comer, subieron y bajaron por la Quinta Avenida, y al acercarse las tres, Alice y Mildred-Rose lo acompañaron hasta la casa de Sam Farley. Era un edificio impresionante, con fachada de piedra tosca, como una prisión española. Evarts dio un beso de despedida a su mujer y a su hija y tocó el timbre. Un mayordomo abrió la puerta (Evarts supo que era un mayordomo porque llevaba pantalones de rayas). El mayordomo lo condujo a un salón de arriba.

—Vengo a ver al señor Farley —anunció Evarts.

—Lo sé—dijo el mayordomo—. Usted es Evarts Malloy. Tiene una cita con él. Pero no vendrá. Está jugando una partida de dados en el Acme Garage de la calle Ciento Sesenta y Cuatro, y no volverá hasta mañana. De todas formas, vendrá Susan Hewitt. Usted tenía que verla. ¡Oh, si usted supiera lo que ocurre aquí! —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro y acercó su cara a la de Evarts—. ¡Si estas paredes hablaran! No ha habido calefacción en esta casa desde que regresamos de Hollywood, y él no me ha pagado desde el 21 de junio. No me importaría mucho si no fuera porque el hijo de perra nunca ha aprendido a vaciar el agua de la bañera. Se da un baño y deja el agua sucia dentro de la bañera. Para que se estanque. Por si fuera poco, ayer me corté en un dedo mientras fregaba los platos.

Una venda sucia cubría el dedo índice del mayordomo, el hombre empezó a desenrollar a toda prisa, capa tras capa, la ensangrentada gasa.

—Mire —dijo, acercando la herida a la cara de Evarts—. Un corte hasta el hueso. Ayer se veía el hueso. Sangre. Sangre por todas partes. Me llevó media hora limpiarla. No se me ha infectado de milagro. —Sacudió la cabeza recordando el milagro—. Cuando venga la gatita, le diré que está usted aquí.

Salió de la habitación arrastrando tras de sí toda la longitud de la venda ensangrentada.

A Evarts le ardían los ojos de fatiga. Estaba tan cansado que si hubiera posado la cabeza en algún sitio, se habría quedado dormido. Oyó el timbre de la puerta y el mayordomo recibió a Susan Hewitt. Ella subió corriendo la escalera y entró en el salón.

Era joven, y había entrado en el salón como si fuera su casa y acabara de volver de la escuela. Era menuda, de facciones delicadas y pequeñas; sus cabellos rubios, peinados con sencillez y que ya empezaban a oscurecer naturalmente, tenían una suave tonalidad castaña, como las vetas en la madera de pino.

—Estoy tan contenta de conocerlo, Evarts—dijo—. Quería decirle que me encanta su obra.

Evarts ignoraba cómo era posible que ella la hubiera leído, pero su belleza lo había dejado tan confuso que no se atrevía a preguntárselo, ni siquiera se atrevía a hablar. Tenía la boca seca. Podía deberse al ritmo acelerado de los últimos días, o quizá se debiese a la falta de sueño —no lo sabía—, pero se sintió como si se hubiera enamorado.

—Usted me recuerda a una chica que conocí —dijo—. Trabajaba en una furgoneta que vendía bocadillos en las afueras de South Bend. ¿Nunca ha trabajado en un puesto de bocadillos en las afueras de South Bend?

—No —respondió ella.

—Y no sólo eso —prosiguió él—. Usted me recuerda todo aquello. Me refiero a los viajes nocturnos. Yo trabajaba de conductor nocturno de autobús. Usted me recuerda todo eso. O sea, las estrellas, y los pasos a nivel, y el ganado en fila a lo largo de las cercas. Y las chicas de las cafeterías. Siempre parecían tan bonitas. Pero usted nunca ha trabajado en una cafetería...

—No —repitió ella.

—Puede actuar en mi obra —dijo Evarts—. Quiero decir que es apropiada para el papel. Sam Farley puede dirigirla. Puede hacer lo que quiera.

—Gracias, Evarts —dijo ella.

—¿Puede hacerme un favor?

—¿Qué?

—Oh, ya sé que es estúpido —dijo. Se levantó y comenzó a dar vueltas por la habitación—. Pero aquí no hay nadie. Nadie lo sabrá. Detesto tener que pedírselo.

—¿Qué quiere?

—¿Me permite cogerla en brazos? —pidió—. Nada más que levantarla. Quiero comprobar lo poco que pesa usted.

—De acuerdo —accedió ella—. ¿Quiere que me quite el abrigo?

—Sí, sí, sí —dijo él—. Quíteselo.

Susan se puso de pie. Arrojó el abrigo sobre el sofá.

—¿Puedo hacerlo ya? —preguntó él.

—Sí.

Evarts pasó ambas manos bajo los brazos de ella. La levantó del suelo y luego la depositó en tierra suavemente.

—¡Oh, es usted tan ligera! —exclamó—. Tan ligera, tan frágil. No pesa usted mucho más que una maleta. Vaya, podría transportarla, llevarla a cualquier sitio, llevarla a cuestras de una punta a otra de Nueva York.

Cogió su sombrero y su abrigo y salió precipitadamente de la casa.

Se sentía desconcertado y exhausto cuando volvió al hotel. Bitsey estaba en la habitación con Alice y Mildred-Rose. No paró de hacer preguntas acerca de mamá Finelli. Quería saber dónde vivía y cuál era su número de teléfono. Evarts perdió la paciencia y le dijo al botones que se fuera. Se tumbó en la cama y se quedó dormido mientras Alice y Mildred-Rose le hacían preguntas. Al despertar, una hora después, se sentía mucho mejor. Fueron al Automat y luego al Radio City, y se acostaron temprano para que Evarts pudiese trabajar en su obra al día siguiente. Esa noche tampoco pudo dormir.

Después de desayunar, Alice y Mildred-Rose lo dejaron solo en la habitación. Intentó trabajar. No pudo, pero ese día no lo molestaría el teléfono. La dificultad que bloqueaba su trabajo era grande, y mientras fumaba y miraba fijamente la pared de ladrillo, la descubrió: estaba enamorado de Susan Hewitt. Eso podría haber sido un incentivo para su tarea, pero se había dejado la fuerza creadora en Indiana. Cerró los ojos y trató de recordar la voz fuerte y disoluta de mamá Finelli, pero antes de que lograse captar una palabra, ésta se había perdido ya en el ruido procedente de la calle.

De haber habido algo capaz de liberar el flujo del recuerdo: el silbido de un tren, un instante de silencio, los olores de un granero, tal vez se habría sentido inspirado. Evarts dio vueltas por la habitación, fumó, olfateó las cortinas negras de hollín de la ventana, se taponó los oídos con papel higiénico; pero no hubo manera de evocar a Indiana en el Mentone. Estuvo sentado al escritorio todo el día. No almorzó. Cuando su mujer y su hija regresaron del Radio City Music Hall, donde habían pasado la tarde, les dijo que iba a dar un paseo. Oh —pensó al salir del hotel—, ¡si por lo menos pudiera oír el graznido de un cuervo!

Subió por la Quinta Avenida con la cabeza erguida, tratando de captar en la confusión de ruidos una voz que lo guiase. Caminó rápidamente hasta llegar al Radio City, y pudo oír, a lo lejos, la música de la pista de patinaje. Algo lo detuvo. Encendió un cigarrillo. Luego oyó que alguien lo llamaba.

—Observa el altivo alce, Evarts —gritó una mujer.

Era la ronca y disoluta voz de mamá Finelli, y Evarts pensó que el deseo había hecho que se

volviera loco, hasta que se giró y la vio sentada en uno de los bancos, junto a una fuente seca.

—Observa el altivo alce, Evarts —repitió ella, y se puso las manos, separadas como cuernos, encima de la cabeza. En Wentworth solía recibir así a todo el mundo.

—Observe el altivo alce, mamá Finelli —gritó Evarts. Corrió a su lado y se sentó—. Oh, mamá Finelli, me alegra tanto verla —dijo—. No se lo creerá, pero he estado pensando en usted todo el santo día. He estado deseando poder hablar con usted. —Se volvió para beberse, literalmente, los rasgos astutos y la barbilla vellosa de la mujer—. ¿Cómo es que ha venido usted a Nueva York, mamá Finelli?

—He venido en una máquina voladora —gritó ella—. He llegado hoy en una máquina voladora. Toma un bocadillo.

Estaba comiendo bocadillos que sacaba de una bolsa de papel.

—No, gracias —dijo él—. ¿Qué le parece Nueva York? ¿Qué opina de ese edificio tan alto?

—Bueno, no sé —respondió, pero él advirtió que sí sabía, y vio que ella adoptaba la expresión precisa para formular su réplica—. Supongo que es el único, porque como hubiera dos, ¡se habrían fecundado y habrían parido!

Se mondaba de risa, golpeándose los muslos.

—¿Qué está haciendo en Nueva York, mamá Finelli? ¿A qué ha venido?

—Bueno, un hombre, un tal Tracey Murchison, me puso una conferencia telefónica y me dijo que viniera a Nueva York para demandarte por difamación. Dijo que habías escrito una obra sobre mí y que podía demandarte por difamación y ganar un montón de dinero y repartírmelo con él equitativamente, y que ya no tendría que trabajar en la gasolinera. Así que me envió un giro para el billete de la máquina voladora y me vine y hablé con él, y voy a demandarte por difamación y a repartirme el dinero con él, sesenta para mí y cuarenta para él. Eso es lo que voy a hacer.

Esa misma noche, los Malloy volvieron a la marmórea sala de espera de la estación Grand Central, y Evarts se puso a buscar un tren para Chicago. Encontró uno, compró los billetes y los tres subieron a un vagón. Era una noche lluviosa, y el oscuro, húmedo pavimento, al fondo de la estación, no relucía, pero Alice seguía pensando que lo habían sembrado de diamantes, y contaría la historia de ese modo. Habían asimilado velozmente las enseñanzas del viaje de ida, y se instalaron con pericia en varios asientos. Cuando el tren hubo partido, Alice trabó amistad con una pareja sencilla que estaba al otro lado del pasillo y viajaban con un bebé a Los Ángeles. La mujer tenía allí a un hermano que le había escrito entusiasmado por el clima y las oportunidades.

—Vámonos a Los Ángeles —le dijo Alice a Evarts—. Todavía nos queda algún dinero. Podemos comprar los billetes en Chicago y tú puedes vender la obra en Hollywood, donde nadie ha oído hablar de mamá Finelli ni de toda esa gente.

Evarts dijo que tomaría una decisión en Chicago. Estaba agotado y se quedó dormido. Mildred-Rose se metió el dedo gordo en la boca, y pronto ella y su madre sucumbieron también al

sueño. La niña acarició las pieles resacas de su abrigo y notó que le decían que todo iba bien, muy bien...

Quizá los Malloy se apearon del tren en Chicago y regresaron a Wentworth. No es difícil imaginar su retorno al hogar, pues los recibirían sus amigos y parientes, aun cuando seguramente no creyeran sus historias. O quizá, una vez en Chicago, cambiaron de tren y tomaron otro hacia el oeste, y, a decir verdad, es más fácil imaginar esto último. Uno puede verlos jugando a las cartas en el coche comedor y comiendo bocadillos de queso en las estaciones de ferrocarril mientras cruzan Kansas y Nebraska, sobre las montañas y rumbo a la costa.

Los Hartley

El señor Hartley, su mujer y su hija Anne llegaron al hostel Pemaquoddy un atardecer de invierno, después de la cena, y en el preciso momento en que empezaban las partidas de bridge. Hartley cruzó con las bolsas el amplio porche y entró en el vestíbulo seguido por su mujer y por su hija. Los tres parecían muy cansados, y contemplaron la brillante y acogedora habitación con la gratitud del viajero que ha dejado atrás la tensión y el peligro: los había pillado en la carretera una terrible tormenta de nieve a primeras horas de aquella mañana. Venían de Nueva York, y había nevado durante todo el trayecto, dijeron. El señor Hartley dejó en el suelo las bolsas y volvió al coche a coger los esquís. Su mujer se sentó en una de las sillas del vestíbulo y su hija, tímida y cansada, se acercó a ella. Un poco de nieve blanqueaba el pelo de la niña, y su madre se la quitó con los dedos. Entonces, la viuda Butterick, la dueña del hostel, salió al porche y le gritó a Hartley que no hacía falta que aparcara el coche; lo haría uno de los empleados. Él regresó al vestíbulo y firmó el registro.

Parecía un hombre agradable, de voz cortante y un modo de ser firme y educado. Su esposa era una elegante mujer de pelo oscuro, muerta de fatiga en aquellos momentos, y la niña debía de tener unos siete años. La señora Butterick le preguntó a Hartley si no había estado antes en el hostel.

—Cuando le hice la reserva —dijo—, su nombre me sonaba.

—Mi mujer y yo estuvimos aquí en febrero, hace ocho años —respondió Hartley—. Llegamos el 23, y nos quedamos diez días. Me acuerdo muy bien de la fecha porque lo pasamos maravillosamente.

Luego subieron a la habitación. Bajaron otra vez y se quedaron el tiempo suficiente para cenar unas sobras que habían guardado al calor de la cocina. La niña estaba tan cansada que casi se durmió en la mesa. Subieron de nuevo después de cenar.

En la estación fría, la vida del hostel Pemaquoddy giraba enteramente en torno a los deportes de invierno. Ni los holgazanes ni los bebedores eran bien vistos, y casi todo el mundo se tomaba el esquí en serio. Por la mañana cruzaban el valle en autobús para ir a las montañas, y si hacía buen tiempo subían con una cesta de comida y se quedaban en las laderas nevadas hasta el atardecer. A veces preferían quedarse patinando en una pista que se había creado mediante la inundación de un almacén textil cercano al hostel. Tras éste había una colina que solía usarse para esquiar cuando las condiciones en la montaña no eran buenas. Para acceder a la colina se usaba un rudimentario arrastre construido por el hijo de la señora Butterick.

—Compró el motor que lo acciona cuando cursaba el último año en Harvard —decía siempre la viuda al hablar del arrastre—. Tenía un viejo Mercer, ¡y se vino desde Cambridge, de noche, en un automóvil sin matrícula!

Y al contarlo se llevaba una mano al corazón, como si los peligros del trayecto fueran todavía un recuerdo muy próximo.

La mañana que siguió a su llegada, los Hartley adoptaron la rutina del ejercicio y el aire libre propio de Pemaquoddy.

La señora Hartley era una mujer algo despistada. Aquella misma mañana subió al autobús, se sentó y se puso a hablar con otra pasajera, y de pronto advirtió que había olvidado los esquís. Todos aguardaron mientras su marido iba a buscárselos. Ella llevaba un brillante anorak con adorno de pieles que parecía apropiado para alguien de rostro más joven; la prenda daba a su propietaria un aspecto como de cansancio. El marido vestía con ropas de la Marina, marcadas con su nombre y su grado. Anne, la hija, era bonita. Llevaba el pelo peinado en unas pulcras trenzas, tirantes; un reguero de pecas surcaba su naricita, y miraba las cosas con la fría y crítica atención propia de su edad.

Hartley esquiaba bien. Subía y bajaba la ladera con los esquís paralelos, las rodillas dobladas y los hombros meciéndose grácilmente en semicírculo. Su mujer no era tan diestra, pero sabía lo que se hacía, y disfrutaba con el aire frío y la nieve. Se caía alguna que otra vez, y cuando alguien la ayudaba a levantarse, y el contacto de la nieve en la cara avivaba sus colores, parecía mucho más joven.

Anne no sabía esquiar. Se quedó al pie de la pista mirando a sus padres. Estos la llamaron, pero ella no se movió, y al cabo de un rato empezó a tiritar. Su madre se le acercó y quiso animarla, pero la niña se apartó, enfadada.

—No quiero que tú me enseñes —dijo—. Quiero que me enseñe papá.

La señora Hartley llamó a su marido.

Tan pronto como Hartley prestó atención a Anne, la niña ya no lo dudó. Siguió a su padre colina arriba y abajo, y siempre que él la acompañaba, la niña parecía feliz y confiada. Hartley se quedó al lado de Anne hasta después del almuerzo. Luego la llevó junto a un monitor profesional que daba una clase para principiantes, fuera de las pistas. El matrimonio Hartley fue con el grupo hasta el pie de la pendiente, y el padre llevó aparte a su hija.

—Tu madre y yo vamos a hacer unos cuantos recorridos —dijo—, y quiero que vayas a la clase del señor Ritter y que aprendas todo lo que puedas. Si es que alguna vez aprendes a esquiar, Anne, aprenderás sin mi ayuda. Volveremos a eso de las cuatro, y entonces me enseñarás lo que hayas aprendido.

—Sí, papá —asintió la niña.

—Ahora, ve a la clase.

—Sí, papá.

Hartley y su esposa esperaron hasta que Anne escaló la ladera y se unió al grupo de aprendices. Luego se marcharon. Anne atendió al monitor unos minutos, pero en cuanto se percató de que sus padres se habían ido, se separó del grupo y se marchó colina abajo en dirección al albergue. «Señorita—la llamó el instructor—. Señorita...» Ella no contestó. Entró en la cabaña, se quitó el anorak y los guantes, los extendió con cuidado sobre una mesa para que se secaran y se sentó junto al fuego, agachando la cabeza para ocultar la cara. Se quedó allí sentada toda la tarde. Poco antes de oscurecer, cuando sus padres volvieron golpeando el suelo con los pies para sacudirse la nieve de las

botas, ella salió corriendo al encuentro de su padre. Su cara hinchada mostraba rastros de llanto.

—Oh, papá, ¡creí que no ibas a volver!

Le echó los brazos al cuello y sepultó el rostro entre las ropas del señor Hartley.

—Vamos, Anne, vamos —dijo él, dándole palmaditas en la espalda y sonriendo a la gente, que parecía haber captado la escena. Anne, sentada junto a él en el camino de vuelta, lo agarraba del brazo.

Esa noche, en el hostel, los Hartley bajaron al bar antes de cenar y se instalaron en una mesa junto a la pared. Madre e hija bebieron zumo de tomate, y Hartley tomó tres cócteles old-fashioned. Le dio a la niña las rodajas de naranja y las guindas de su bebida. A ella le interesaba todo lo que hacía su padre. Encendía sus cigarrillos y apagaba de un soplo las cerillas. Consultaba su reloj y reía todos sus chistes. Su risa era aguda, agradable.

La familia conversaba tranquilamente. El matrimonio hablaba entre sí menos que con Anne, como si hubiesen llegado a un punto en su vida en común en el que ya no había nada que decir. Se enzarzaron en deshilvanados comentarios sobre la montaña y la nieve, y en el curso de aquella tentativa de avivar la conversación, Hartley, por alguna razón, dirigió a su mujer unas palabras bruscas. Ella se levantó rápidamente de la mesa. Tal vez llorando. Cruzó a prisa el vestíbulo y subió la escalera.

Padre e hija se quedaron en el bar. Cuando sonó la campanilla que anunciaba la cena, Hartley pidió al recepcionista que enviaran a su mujer una bandeja. Cenó con la niña en el comedor. Después se sentó en el salón y comenzó a leer un ejemplar atrasado de *Fortune*, mientras Anne jugaba con otros niños. Como aquéllos eran algo más jóvenes que ella, los trataba afable y cariñosamente, imitando a un adulto. Les enseñó un juego de cartas sencillo, y más tarde les leyó un cuento. Cuando mandaron a la gente menuda a la cama, Anne se puso a leer un libro. Su padre la llevó a su habitación hacia las nueve de la noche.

Más tarde, él bajó de nuevo y fue al bar. Bebió solo y charló con el camarero sobre las diversas marcas de bourbon.

—A mi padre se lo mandaban de Kentucky en barriles —dijo Hartley. Una leve aspereza en su voz y sus modales enérgicos y corteses hacían que sus palabras pareciesen importantes—. Eran muy pequeños, que yo recuerde. Supongo que no tendrían más de cuatro o cinco litros. Por lo general, se los enviaban dos veces al año. Cuando la abuela le preguntaba qué eran, él siempre le decía que estaban llenos de sidra dulce.

Después de hablar del bourbon, hicieron comentarios sobre el pueblo y los cambios habidos en el hostel.

—Ya hemos estado aquí una vez —dijo Hartley—. Hace ocho años, en febrero. —Entonces repitió, palabra por palabra, lo que había dicho en el vestíbulo la noche anterior—. Llegamos el 23 y nos quedamos diez días. Me acuerdo muy bien de la fecha porque lo pasamos maravillosamente.

Los días siguientes de los Hartley fueron casi iguales que el primero. Él dedicaba las primeras

horas a enseñar a su hija. Anne aprendía rápidamente; cuando estaba con su padre se volvía audaz y airosa, pero apenas él se marchaba, se refugiaba en el albergue y se sentaba junto al fuego. Todos los días, después de comer, llegaba un momento en que él le soltaba un sermón sobre la seguridad en uno mismo.

—Tu madre y yo nos vamos ahora —le decía—, y quiero que esquíes por tu cuenta, Anne.

Ella asentía y estaba de acuerdo con él, pero tan pronto como su padre se marchaba, se metía en el albergue y esperaba allí. Una vez —el tercer día—, él perdió los estribos.

—Escúchame, Anne —gritó—: si quieres aprender a esquiar, tienes que aprender tú sola.

El tono de su voz hirió a la niña, al parecer sin enseñarle, como contrapartida, el camino a la independencia. Anne se convirtió en una figurita familiar, allí sentada junto al fuego, una tarde tras otra.

A veces, Hartley alteraba su rutina. Volvían los tres al hostel en uno de los primeros autobuses, y él llevaba a Anne a la pista de patinaje y le daba una clase. En esas ocasiones, se quedaban fuera hasta bastante tarde. A veces la madre los miraba desde la ventana del salón. La pista se hallaba al pie del rudimentario arrastre construido por el hijo de la viuda Butterick. Los postes terminales del arrastre parecían horcas a la luz del crepúsculo, y Hartley y su hija parecían personificar la contricción y la paciencia. Una y otra vez, serios, solemnes, recorrían en círculos la pequeña pista, como si él la iniciara a ella en algo más misterioso que un deporte.

Todo el mundo en el hostel los apreciaba, pero los otros huéspedes tenían la sensación de que los Hartley habían sufrido una pérdida reciente: de dinero, quizá, o tal vez el señor Hartley había perdido su empleo. Su mujer seguía con sus despistes, y la gente empezó a pensar que aquel rasgo de su carácter obedecía a alguna desdicha que de un modo u otro habría quebrantado su entereza, el dominio de sí misma. Parecía esforzarse en ser amistosa y, como una mujer sola, intervenía en cuanta conversación hubiera. Era hija de un médico, decía. Hablaba de su padre como si éste hubiera sido un gran personaje, y evocaba su infancia con intenso placer.

—El cuarto de estar de mi madre en Grafton medía trece metros de largo —decía—. Había chimeneas en cada rincón. Era una de esas viejas y maravillosas casas victorianas.

En la vitrina de la porcelana del comedor había piezas como las que tenía la madre de la señora Hartley. En el vestíbulo había un pisapapeles como el que una vez le habían regalado de niña. De vez en cuando, también hablaba de su origen. En una ocasión, la viuda Butterick le pidió que trinchase una pierna de cordero, y mientras afilaba el cuchillo, dijo:

—Nunca lo hago sin acordarme de papá.

En la colección de bastones expuesta en el recibidor, había uno repujado en plata.

—Es exactamente igual que el bastón que el señor Wentworth le trajo a papá de Irlanda —dijo la señora Hartley.

Anne adoraba a su padre, pero evidentemente también quería a su madre. De noche, cuando

estaba cansada, se sentaba a su lado en un sofá y descansaba la cabeza en el hombro de la señora Hartley. Al parecer, el padre se convertía para ella en la única persona del mundo solamente en la montaña, cuando el entorno era extraño. Una noche, cuando el matrimonio estaba jugando al bridge — era bastante tarde y Anne ya estaba acostada—, la niña empezó a llamar a su padre.

—Ya voy yo, cariño —dijo la señora Hartley, que se disculpó y subió a la habitación.

—Que venga papá —pidió la niña llorando, y los jugadores de la mesa pudieron oírlo.

Su madre la tranquilizó y bajó a la sala.

—Tenía una pesadilla —explicó, y siguió jugando.

El día siguiente fue ventoso y cálido. A media tarde empezó a llover, y salvo los esquiadores más intrépidos, todos volvieron a sus hoteles. El bar del hostel se llenó muy temprano. Encendieron la radio para oír los boletines meteorológicos, y un huésped muy serio descolgó el teléfono del vestíbulo y llamó a otras estaciones. ¿Estaba lloviendo en Pico? ¿Llovía en Stowe? ¿Y en Ste. Agathe? El matrimonio Hartley estuvo en el bar esa tarde. Ella tomó una copa por primera vez desde su llegada, pero no pareció disfrutarla. Anne jugaba en el salón con los demás niños. Un poco antes de la cena, Hartley fue al vestíbulo y preguntó a la señora Butterick si les sería posible cenar en su habitación. La viuda dijo que podría arreglarlo. Cuando sonó la campanilla, los Hartley subieron, y una camarera les llevó unas bandejas. Después de cenar, Anne bajó otra vez al salón a jugar. Cuando el comedor quedó desierto, la camarera subió a recoger las bandejas.

El tragaluz que había sobre la puerta de la habitación de los Hartley estaba abierto, y, cuando avanzaba por el pasillo, la camarera pudo oír la voz de la señora Hartley, una voz tan descontrolada, tan gutural y quejumbrosa, que se detuvo y escuchó como si la vida de aquella mujer corriera peligro.

—¿Por qué tenemos que volver? ¿Por qué tenemos que hacer estos viajes a los sitios donde creímos ser felices? ¿A santo de qué todo esto? ¿De qué ha servido hasta ahora? Repasamos el listín buscando los nombres de gente que conocimos hace diez años y los invitamos a cenar, pero ¿de qué vale todo eso? ¿De qué ha servido hasta ahora? Volvemos a restaurantes, a montañas, a casas, incluso a vecindarios, recorremos los suburbios pensando que nos sentiremos felices, y jamás lo conseguimos. Por el amor de Dios, ¿por qué seguimos empeñados en algo tan horrible? ¿Por qué no acabamos de una vez? ¿No podemos volver a separarnos? Así era mucho mejor. ¿No lo era? Era mejor para Anne, me da igual lo que digas, era mejor para ella. Puedo llevármela otra vez y tú puedes vivir en la ciudad. ¿Por qué no puedo hacerlo, por qué, por qué, por qué no puedo...?

La camarera, asustada, volvió sobre sus pasos. Cuando bajó la escalera, Anne, sentada en el salón, leía un cuento a los niños más pequeños.

Esa noche, aclaró el tiempo y volvió el frío. Todo se congeló. Por la mañana, la viuda Butterick anunció que todas las pistas de la montaña estaban cerradas y que el autobús no haría ningún viaje. Hartley y otros huéspedes rompieron la capa de hielo que cubría la colina de detrás del hostel, y uno de los empleados puso en marcha el primitivo arrastre.

—Mi hijo compró el motor que lo acciona cuando cursaba el último año en Harvard —dijo la viuda al oír las vacilantes explosiones del artilugio—. Tenía un viejo Mercer, ¡y se vino desde Cambridge, de noche, en un automóvil sin matrícula!

La ladera de la colina detrás del hostel era el único sitio donde era posible esquiar en Pemaquoddy y sus alrededores; esto atrajo, después de comer, a un montón de gente de otros hoteles. Los esquís de tantas personas remolcadas una y otra vez cuesta arriba acabaron por poner al descubierto la piedra viva; hubo que arrojar paladas de nieve en las huellas. El cable del arrastre estaba bastante raído, y el hijo de la señora Butterick había diseñado tan torpemente el mecanismo que el trayecto resultaba arduo y cansado para los esquiadores. La señora Hartley intentó que Anne utilizase el arrastre, pero ella se negó si su padre no iba delante. Él le enseñó a acomodarse, a coger la cuerda con firmeza, a doblar las rodillas y a arrastrar los bastones. En cuanto él empezó a moverse, ella lo siguió, encantada. Subió y bajó con él toda la tarde, feliz porque aquella vez no lo perdía de vista. Rota y apartada la capa de hielo de la pista, el terreno quedó en buenas condiciones, y espontáneamente se estableció el extraño y casi coercitivo ritmo de ascender y esquiar, ascender y esquiar.

Hada una tarde magnífica. Aunque había nubes cargadas de nieve, una luz brillante y alegre se filtraba a través de ellas. Visto desde lo alto de la colina, el campo era blanco y negro. Los únicos colores eran los del fuego extinguido, y la vista resultaba impresionante, como si la desolación fuera algo más que invierno; como si fuera obra de un magno incendio. La gente hablaba, desde luego, mientras esquiaba o aguardaba para coger el cable, pero apenas era posible oírla. Se oía el ruido sordo del motor del arrastre y el chirrido de la rueda de hierro sobre la cual giraba el cable, pero los esquiadores parecían haber perdido el habla, absortos en su rítmico subir y bajar. La tarde fue un incesante ciclo de movimiento. Había una sola cola a la izquierda de la ladera; uno tras otro, los esquiadores sujetaban la gastada cuerda, y en la cumbre de la colina se separaban de ella para lanzarse por la pendiente que habían escogido. Pasaban y volvían a pasar por la misma superficie, como quien ha perdido un anillo o una llave en la playa y recorre una y otra vez la misma arena. En medio del silencio, la pequeña Anne empezó a chillar. El brazo se le había enganchado en el cable raído; había caído al suelo, y estaba siendo brutalmente arrastrada ladera arriba, rumbo a la rueda de hierro.

—¡Paren el arrastre! —rugió el padre—. ¡Párenlo! ¡Paren el arrastre!

Todo el mundo en la colina comenzó a gritar: «¡Paren el arrastre! ¡Párenlo! ¡Paren!»

Pero no había nadie allí para pararlo. Los chillidos de Anne eran roncós y terribles, y cuanto más se esforzaba por soltarse de la cuerda, más violentamente la arrojaba ésta contra el suelo. El espacio y el frío parecían amortiguar las voces —incluso la angustia de las voces—, que se elevaban pidiendo que pararan el arrastre. Los gritos de la niña fueron desgarradores hasta que la rueda de hierro le partió el cuello.

Los Hartley salieron para Nueva York ese mismo día, cuando hubo oscurecido. Conducirían toda la noche detrás del coche fúnebre. Varias personas se ofrecieron a llevar el volante, pero Hartley dijo que quería conducir él, y su mujer también parecía querer que él lo hiciese. Cuando todo estuvo a punto, la afligida pareja atravesó el porche, mirando en torno a ellos la desconcertante belleza de la noche. Hacía mucho frío, el cielo estaba despejado, y las constelaciones brillaban más que las luces del hostel o del pueblo. El ayudó a su mujer a subir al coche, y después de ponerle una manta sobre las piernas, emprendieron el largo, largo viaje.

La historia de Sutton Place

El domingo por la mañana, Deborah Tennyson esperó en el cuarto de los niños la señal de su padre que significaba el permiso para ir al dormitorio conyugal. La señal llegó tarde, porque sus padres habían estado bebiendo bastante, hasta altas horas de la noche, con un amigo de Minneapolis que se dedicaba a los negocios; pero cuando Deborah recibió la venia paterna, corrió a trompicones por el oscuro pasillo, chillando de alegría. Su padre la cogió en brazos y le dio con un beso los buenos días, y después la niña se acercó a su madre, acostada aún.

—Hola, cielo, mi amor —dijo la madre—. ¿Te ha dado Ruby el desayuno? ¿Has desayunado bien?

—Hace un día precioso —anunció Deborah—. Un tiempo divino.

—Sé buena con tu pobre mamá —dijo Robert—. Mamá tiene una resaca horrorosa.

—Mamá tiene una resaca horrorosa —repitió Deborah, y le dio una suave palmadita en la mejilla.

Deborah no había cumplido todavía los tres años. Era una hermosa chiquilla, con un maravilloso pelo, espeso y con brillos de plata y oro. Era una niña de ciudad y sabía lo que eran los cócteles y las resacas. Su padre y su madre trabajaban, y casi siempre los veía a última hora de la tarde, cuando la llevaban a darles las buenas noches. Katherine y Robert Tennyson solían beber con amigos, y a Deborah le permitían ofrecer el salmón ahumado, y la niña había llegado a la conclusión de que los cócteles eran el eje de la vida adulta. Le gustaba jugar a que preparaba martinis, y creía que en las ilustraciones de los libros de su cuarto todas las tazas, las copas y los vasos estaban llenos de cócteles.

Los Tennyson leían el *Times* esa mañana mientras esperaban el desayuno. Deborah abrió en el suelo las páginas del segundo suplemento de noticias e inició una complicada fantasía a la que sus padres estaban tan acostumbrados que apenas si le prestaban atención. La niña fingía coger ropas y joyas de los anuncios del periódico y ataviarse con ellas. A juicio de Katherine, los gustos de Deborah eran codiciosos y vulgares, pero el monólogo de la chiquilla, tan claro y tan ingenuo, parecía formar parte, deliciosamente, de la luminosa mañana de verano.

—Ponte los zapatos —decía la niña, y hacía como si se pusiera zapatos—. Ponte el abrigo de visón.

—Hace demasiado calor para un abrigo de visón, cielito —le dijo su madre—. ¿No te iría mejor una capa de visón?

—Ponte una capa de visón —dijo Deborah. La cocinera entró en el dormitorio con el café y el zumo de naranja y anunció que había llegado la señora Harley. Robert y Katherine despidieron a la

niña con un beso y le dijeron que se divertiera en el parque.

Los Tennyson no disponían de sitio para tener niñera en casa, así que la señora Harley acudía por las mañanas y se ocupaba de Deborah durante todo el día. La señora Harley era viuda. Había disfrutado de una vida sana y confortable hasta la muerte de su marido, y como éste no le dejó dinero, se vio obligada a trabajar de niñera. Decía que adoraba a los niños y que le habría gustado tenerlos, pero no era cierto. Los niños la aburrían y la irritaban. Era una mujer amable e ignorante y esto, más que amargura alguna, se le reflejaba en la cara cuando bajó a la calle con Deborah. Prodigó sus pueblerinas simplezas al ascensorista y al portero. Comentó que hacía una mañana preciosa, ¿verdad?, una mañana divina.

Niña y niñera fueron andando hasta un parquecillo a orillas del río. La belleza de la criatura era luminosa, y la anciana vestía de negro, y las dos caminaban cogidas de la mano, como una simpática personificación de la primavera y el invierno. Mucha gente les daba los buenos días. «¿De dónde ha sacado a esta niña tan encantadora?», le preguntó alguien. A la viuda le agradaban tales cumplidos. A veces estaba orgullosa de Deborah, pero llevaba con ella cuatro meses, y chiquilla y anciana habían trabado una relación no tan sencilla como podría parecer.

Reñían con frecuencia cuando estaban a solas, y disputaban como dos adultos, conociendo cada una de ellas, sagazmente, los puntos flacos de la otra. La niña no se quejaba nunca de la señora Harley, como consciente ya de la nefasta importancia de las apariencias. Deborah se mostraba reservada respecto a la manera en que empleaban el tiempo. No decía a nadie dónde había estado ni qué había hecho. La señora Harley descubrió pronto que podía contar con la discreción de la pequeña, y así fue cómo ambas llegaron a compartir ciertos secretos.

Muchas tardes de finales del invierno, con tiempo todavía sombrío y glacial, cuando la señora Harley recibía instrucciones de sacarla hasta las cinco, se llevaba a la niña al cine. Deborah ocupaba la butaca contigua a la de la niñera en el local oscuro, sin llorar ni quejarse nunca. De vez en cuando estiraba el cuello para ver mejor la pantalla, pero por lo general se quedaba quieta en su asiento, escuchando la música y las voces. Un segundo secreto, y éste mucho menos pecaminoso, en opinión de la niñera, consistía en que, unas veces los domingos por la mañana y otras las tardes laborables, la señora Harley la había dejado con una amiga de los Tennyson. La amiga se llamaba Renée Hall, y la señora Harley pensaba que no había nada malo en ello. Nunca se lo había dicho a los padres de Deborah, porque lo que no se sabe no hace daño. Cuando Renée cuidaba de Deborah los domingos, la niñera iba a misa de once, y sin duda no había nada indecoroso en el hecho de que una anciana acudiera a la casa de Dios a rezar por sus muertos.

La señora Harley se sentó aquella mañana veraniega en uno de los bancos del parque. El sol calentaba y sus rayos resultaban benéficos para sus viejas piernas. El aire era tan diáfano que la perspectiva del río parecía haber cambiado. Welfare Island parecía estar a un tiro de piedra, y por un efecto óptico, era como si los puentes a Manhattan estuviesen más cerca del centro urbano. Las embarcaciones subían y bajaban por el río, y al cortar el agua llenaban el aire de un olor húmedo y recogido, como la fragancia de tierra fresca que deja el arado. En el parque sólo había otra niñera y un niño. La señora Harley le dijo a Deborah que fuese a jugar en la arena. Entonces la niña vio la paloma muerta.

—La paloma está durmiendo —dijo Deborah, y se agachó para coger sus alas.

—¡Ese cochino pájaro está muerto, y no te atrevas a tocarlo! —gritó la niñera.

—La bonita paloma está durmiendo —dijo Deborah. De pronto se le ensombreció el rostro y asomaron lágrimas a sus ojos. Se quedó con las manos cruzadas y la cabeza inclinada, postura que imitaba cómicamente la reacción de la señora Harley ante la tristeza; pero la pesadumbre en la voz y la cara de la niña procedía directamente de su corazón.

—¡Apártate de ese asqueroso bicho! —gritó la anciana, que se levantó y le dio un puntapié a la paloma—. Vete a jugar en la arena. No sé qué te pasa. Seguro que han pagado al menos veinticinco dólares por el cochecito de muñecas que tienes en tu cuarto, pero tú prefieres jugar con un pájaro muerto. Vete a ver el río. ¡Vete a mirar las barcas! Y no te subas a la barandilla, porque te caerás y esa corriente terrible acabará contigo.

La niña, obediente, se encaminó hacia el río.

—Y aquí estoy —dijo la señora Harley a la otra niñera—, aquí me ve usted, una mujer que anda por los sesenta y que durante cuarenta años ha tenido casa propia, sentada en un banco del parque una mañana de domingo como un vagabundo, mientras los padres de la chiquilla duermen la borrachera de ayer ahí arriba, en el décimo piso.

La otra niñera era una escocesa bien educada a la que no le interesaban las cuitas de la señora Harley. Esta desvió su atención a la escalera que bajaba al parque desde Sutton Place, mirando a ver si llegaba Renée Hall. Habían concertado el acuerdo entre ellas hacía cosa de un mes.

Renée Hall había conocido a la señora Harley y a Deborah en casa de los Tennyson, cuyos cócteles había frecuentado aquel invierno. La había llevado allí un hombre de negocios conocido de Katherine. Era una mujer agradable y divertida, y a Katherine le había impresionado cómo vestía. Vivía a la vuelta de la esquina, había aceptado invitaciones posteriores y gustaba a casi todos los hombres. Los Tennyson no sabían de ella sino que era una invitada atractiva y que de cuando en cuando hacía obras de teatro para la radio.

La noche en que Renée fue por primera vez a casa de los Tennyson, trajeron a la niña para que dijese buenas noches, y la actriz y Deborah se sentaron juntas en un sofá. Entre ambas nació una extraña simpatía, y Renée dejó que la chiquilla jugase con sus joyas y sus pieles. Se comportó de un modo muy amable con Deborah, pues se hallaba en un momento de su vida en que ella misma era sensible al buen trato.

Tenía unos treinta y cinco años disolutos y gratos. Solía pensar que la vida que llevaba era una vía hacia algo maravilloso, definitivo e incluso convencional que habría de acontecer la siguiente temporada o la que siguiese a ésta, pero empezaba a darse cuenta de que tal esperanza era cada vez menos sostenible. Comenzaba a percatarse de que estaba siempre cansada, salvo si bebía. Era, simplemente, falta de fortaleza. Si no bebía se sentía deprimida, y cuando estaba deprimida se peleaba con maîtres y peluqueras, acusaba a los clientes de los restaurantes de mirarla fijamente y reñía con algunos de los hombres que pagaban sus deudas. Conocía bien la inestabilidad de su temperamento, y era hábil ocultándola —entre otras cosas— a los amigos superficiales, como los Tennyson.

Una semana después de la primera visita, Renée se había dejado caer de nuevo por casa del matrimonio, y, cuando Deborah oyó su voz, se escapó de la tutela de la señora Harley y echó a correr

por el pasillo. La adoración de la niña emocionaba a Renée. De nuevo se sentaron juntas. Renée lucía un conjunto de pieles y un sombrero repleto de rosas de tela; al verla, Deborah pensó que era la dama más hermosa del mundo.

A partir de entonces, Renée iba a menudo a casa de los Tennyson. Fue habitual el comentario jocoso de que venía a ver a la niña, y no a sus padres o a los invitados. Renée siempre había querido tener hijos, y todas sus frustraciones parecían centrarse en la cara resplandeciente de la niña. Empezó a mostrarse posesiva con respecto a ella. Le enviaba costosos vestidos y juguetes.

—¿Nunca ha ido al dentista? —preguntaba a Katherine—. ¿Tienes confianza en su médico? ¿No la has matriculado en el parvulario?

Una noche cometió el error de sugerir que Deborah veía demasiado poco a sus padres y que carecía del sentimiento de seguridad que éstos tenían el deber de inculcarle.

Katherine se enfureció.

—Tiene ocho mil dólares a su nombre en el banco —dijo.

Renée siguió enviando a Deborah primorosos regalos. La niña bautizaba con el nombre de la actriz a todas sus muñecas y sus juegos, y más de una noche llamó llorando a Renée después de que la habían acostado. Robert y Katherine pensaron que sería mejor no volver a ver a Renée, por lo que dejaron de invitarla.

—Después de todo —dijo Katherine—, siempre he pensado que había algo desagradable en esa chica.

Renée los telefoneó un par de veces y los invitó a cócteles, y Katherine dijo que no, que gracias, que estaban todos resfriados.

Renée se dio cuenta de que Katherine estaba mintiéndole, y resolvió olvidar a los Tennyson. Echaba de menos a la pequeña, pero tal vez no hubiese vuelto a verla nunca de no haber sido por algo que sucedió a fines de aquella semana. Una noche se marchó temprano de una fiesta insulsa y volvió sola a su casa. Tenía miedo de perder llamadas telefónicas y había instalado un contestador automático. Esa noche la había llamado una tal señora Walton, que dejó su número.

Walton, Walton, Walton, pensó Renée, y entonces recordó que una vez había tenido un amante con ese nombre. Debía de hacer ocho o diez años de eso. En una ocasión había cenado con la madre de él, recién llegada de Cleveland para ver a su hijo. Rememoró claramente aquella velada. A Walton se le había ido la mano con la bebida, y su madre se llevó a Renée aparte y le dijo que la consideraba una buena influencia para su hijo, ¿no podría ella lograr que él bebiese menos y que fuese a la iglesia más a menudo? Al final, Walton y ella se habían discutido a propósito de la bebida, recordó Renée, y desde aquel día no había vuelto a verlo. Tal vez estuviese enfermo, o borracho, o a punto de casarse. No caía en qué edad podía tener, porque desde que cumplió los treinta, los años eran un revoltijo en su memoria, y no distinguía entre el principio y el final de la década. Marcó el número. Pertenecía a un hotel del West Side. La voz de la señora Walton, cuando contestó, era débil y ronca como la de una anciana.

—Billy ha muerto, Renée —dijo, y empezó a sollozar—. Me alegra tanto que hayas llamado. Lo enterramos mañana. Me gustaría mucho que vinieras al sepelio. Me siento tan sola.

Al día siguiente, Renée se puso un traje negro y cogió un taxi hasta la funeraria. En cuanto abrió la puerta, la recibió un portero amable y enguantado, dispuesto a acompañarla en el sentimiento con una aflicción más profunda y sosegada de lo que serían nunca las pesadumbres de Renée. Un ascensor la llevó a la capilla. Cuando oyó que un órgano eléctrico entonaba «*Oh, What a Beautiful Morning!*», pensó que debía sentarse a fin de cobrar fuerzas antes de acercarse a la señora Walton. Y entonces la vio de pie, junto a la puerta de la capilla. Ambas mujeres se abrazaron, y a Renée le presentaron a la hermana de su antiguo amante, una tal señora Henlein. No había nadie más. Al fondo de la habitación, bajo unos pobres gladiolos, yacía el hombre muerto.

—Estaba tan solo, querida Renée —dijo la señora Walton—. Tan terriblemente solo. Murió solo, ¿sabes?, en aquella habitación alquilada.

La anciana empezó a llorar. La señora Henlein lloraba. Vino el pastor, y comenzó el oficio. Renée se arrodilló y trató de recordar el padrenuestro, pero no pudo pasar de «... así en la tierra como en el cielo». Lloró, pero no porque evocase al difunto con ternura; no había pensado en él durante años, y sólo gracias a un enorme esfuerzo de memoria consiguió recordar que alguna vez él le había llevado el desayuno a la cama, y que se cosía él mismo los botones de las camisas. Lloró por sí misma, porque tuvo miedo de morir aquella misma noche, porque estaba sola en el mundo, y su vacua y desesperada existencia no la llevaba a ninguna parte, sino que era un punto final, y a través de todo ello veía los toscos, brutales contornos del féretro.

Las tres mujeres abandonaron la capilla, auxiliadas por el amable portero, y bajaron en el ascensor. Renée dijo que no le era posible ir al cementerio, que tenía una cita. Le temblaban las manos de miedo. Dio un beso de despedida a la señora Walton y volvió en taxi a Sutton Place. Caminó hasta el parquecillo donde seguramente estarían Deborah y su niñera.

La niña la vio primero. La llamó por su nombre y corrió hacia Renée, subiendo los peldaños de uno en uno. Renée la cogió en brazos.

—Bonita Renée —dijo la chiquilla—. Bonita, bonita Renée.

La mujer y la niña se sentaron junto a la señora Harley.

—Si quiere ir de compras —le dijo Renée a la anciana—, yo cuidaré a Deborah unas horas.

—No sé si debería —respondió la señora Harley.

—Estará perfectamente segura conmigo —insistió Renée—. La llevaré a mi apartamento. Puede usted recogerla a las cinco. No hace falta que lo sepan los señores.

—Bueno, quizá vaya de compras —decidió la niñera. De este modo, la señora Harley había concertado un acuerdo que le concedía unas cuantas horas libres por semana.

Cuando dieron las diez y media sin que Renée apareciese, la señora Harley supo que aquel domingo ya no vendría. Se sintió disgustada, porque había contado con ir a la iglesia aquella mañana. Pensó en el latín y en las campanillas, y en la estimulante sensación de santidad y purificación que siempre experimentaba al levantarse después de haber estado de rodillas. Se enfureció al pensar que Renée estaría en la cama, y que, por culpa de aquella perezosa, ella no podía ir a rezar. Según transcurría la mañana, más y más niños fueron llegando al parque, y la señora Harley persiguió con la mirada la chaquetita amarilla de Deborah en medio de aquel enjambre.

El cálido sol excitaba a la niña, que correteaba con otros chiquillos de su edad. Brincaban, cantaban, daban vueltas en torno a la pila de arena, sin más propósito que desahogarse. Deborah iba un poco rezagada en pos de los otros, pues su coordinación de movimientos era todavía imperfecta, y a veces caía al suelo por exceso de impulso. La niñera la llamó; Deborah corrió obedientemente hacia la anciana, se apoyó en sus rodillas y se puso a hablar de leones y de niñitos. La señora Harley le preguntó si quería ir a ver a Renée.

—Quiero ir y quedarme con Renée —dijo la niña.

La niñera la cogió de la mano, juntas subieron la escalera que daba acceso al área de juegos y fueron andando al bloque de apartamentos donde vivía Renée. La señora Harley llamó al timbre del portero automático y Renée contestó al cabo de un rato. Parecía soñolienta. Dijo que cuidaría encantada a la chiquilla durante una hora si la señora Harley la subía. La anciana subió con Deborah al piso decimoquinto; el apartamento estaba en penumbra.

Renée cerró la puerta y cogió en brazos a la niña. La piel y el pelo de Deborah eran suaves y fragantes, y Renée la besó, le hizo cosquillas y le sopló en el cuello hasta que la risa casi sofocó a la niña. Renée subió las persianas y la luz penetró en la habitación. La estancia estaba sucia, y el aire, enrarecido. Había vasos de whisky y ceniceros volcados, y algunas rosas marchitas en un deslucido florero de plata.

Renée explicó a Deborah que tenía una cita a la hora de comer.

—Voy a comer al Plaza —le dijo—. Voy a bañarme y a vestirme; sé buena chica.

Dio a Deborah su joyero y abrió el grifo de la bañera. La niña se sentó sin hacer ruido en el tocador y se cubrió de collares y de broches. Cuando Renée estaba a medio vestir, sonó el timbre; se puso la bata y salió al cuarto de estar. Deborah la siguió. Había llegado un hombre.

—Me voy a Albany en coche —le dijo el hombre a Renée—. ¿Por qué no metes un par de cosas en una bolsa y te vienes conmigo? Te traeré de vuelta el miércoles.

—Me encantaría, cariño —respondió Renée—, pero no puedo. Voy a comer con Helen Foss. Cree que tal vez pueda conseguirme algún trabajo.

—Suspende la comida —insistió el hombre—. Vamos.

—No puedo, cariño —dijo Renée—. Te veré el miércoles.

—¿De quién es la niña? —preguntó él.

—Es la hija de los Tennyson. La estoy cuidando mientras su niñera va a la iglesia.

El hombre abrazó a Renée vigorosamente, la besó y se fue después de haberse citado para el miércoles por la noche.

—Ése era tu rico Tío Asqueroso —le dijo Renée a la pequeña.

—Tengo una amiga. Se llama Martha —dijo Deborah.

—Sí, seguro que tienes una amiga que se llama Martha —repuso Renée. Advirtió que la niña fruncía el ceño y que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Qué te ocurre, mi vida? —preguntó—. ¿Qué pasa? Ven aquí, ven, siéntate en el sofá y escucha la radio. Tengo que pintarme.

Fue a su dormitorio a maquillarse y a cepillarse el pelo. Pocos minutos después, volvió a sonar el timbre. Esta vez era la señora Harley.

—¿Ha estado bien el oficio? —preguntó Renée—. Le pondré la chaqueta a Deborah.

Buscó el sombrero y la chaqueta de la pequeña. No estaban donde los había dejado, y la niña no estaba en el cuarto de estar. El corazón empezó a latirle violentamente. Renée entró en su dormitorio.

—Es tan bueno para el alma ir a la iglesia —oyó que decía la señora Harley. Renée, aterrada, pensó en las ventanas abiertas. La de su dormitorio estaba abierta. Se asomó, y quince pisos más abajo divisó la acera, el toldo, el portero que silbaba en la esquina llamando a un taxi y a una rubia que pateaba a un caniche. Renée volvió corriendo al cuarto de estar.

—¿Dónde está Deborah? —preguntó la niñera.

—Estaba vistiéndome —dijo Renée—. Estaba aquí hace un minuto. Debe de haberse escapado. Habrá abierto la puerta ella sola.

—¡Quiere decir que ha perdido a la niña! —exclamó la señora Harley.

—Por favor, no se alarme —dijo Renée—. No puede haber ido muy lejos. Si ha bajado, la única manera de hacerlo es con el ascensor.

Salió por la puerta de la cocina y llamó el ascensor. Advirtió que la escalera de servicio era peligrosa. Era de hierro y cemento, pintada de un color gris sucio, y llegaba al suelo quince pisos más abajo. Trató de captar algún ruido en el hueco de la escalera, pero sólo alcanzó a oír el rumor de una cocina y a alguien que cantaba en una planta inferior:

Soy un soldado en el ejército del Señor,

soy un soldado

en el ejército...

El ascensor llegó por fin, lleno de basura hedionda.

—Había una niña en mi apartamento —dijo Renée al ascensorista—. Ha desaparecido. ¿Podría buscarla?

—Sí —respondió el ascensorista—. Bajé a una niña hará unos diez minutos. Llevaba una chaqueta amarilla.

Su aliento olía a whisky. Renée llamó a la señora Harley. Volvió a entrar en el apartamento para coger cigarrillos.

—No voy a quedarme aquí sola —dijo la niñera.

Renée la empujó hasta sentarla en una silla. Cerró la puerta y bajó en el ascensor.

—Me pareció raro que bajase sola —explicó el ascensorista—. Pensé que a lo mejor iba a reunirse con alguien en el vestíbulo.

Mientras él hablaba, Renée seguía percibiendo el olor a whisky de su aliento.

—Ha estado usted bebiendo —le dijo—. Si no lo hubiera hecho, esto no habría ocurrido. Debería usted saber que a una niña de esa edad no se la puede dejar sola. No debería beber cuando trabaja.

Llegaron a la planta baja. El hombre detuvo de golpe el ascensor y abrió con violencia la puerta. Renée corrió al vestíbulo. Los espejos, las luces eléctricas y el pañuelo sucio del portero la pusieron enferma.

—Sí —dijo el portero—. Me pareció ver salir a una niña. No me fijé bien. Yo estaba fuera, tratando de llamar a un taxi.

Renée salió a la calle a la carrera. La niña no estaba allí. Corrió calle abajo hasta donde pudo ver el río. Se sentía débil y desvalida, como desplazada en una ciudad en la que había vivido quince años. El tráfico era intenso. Se paró en la esquina y, haciendo bocina con las manos, empezó a gritar: «¡Deborah, Deborah!»

Los Tennyson iban a salir aquella tarde, y habían comenzado a vestirse cuando sonó el teléfono. Contestó Robert. Katherine oyó la voz de Renée: «...Ya sé que es terrible, Bob, ya sé que no debería haberlo hecho nunca.»

—O sea, que la señora Harley la dejó contigo...

—Sí, sí. Ya sé que es terrible. He buscado por todas partes. La señora Harley está aquí,

conmigo. ¿Quieres que se ponga?

—No.

—¿Llamo a la policía?

—No —dijo Robert—. Yo llamaré a la policía. Dime qué ropa llevaba.

Cuando Robert acabó de hablar con Renée, telefoneó a la policía.

—Los esperaré aquí hasta que lleguen —dijo—. Por favor, vengan lo más rápido que puedan.

Katherine estaba de pie en la puerta del cuarto de baño. Caminó hacia Robert y él la acogió en sus brazos. La sujetó firmemente, y ella empezó a llorar. Luego se soltó y se sentó en la cama. Él se dirigió a la ventana abierta. Abajo, en la calle, vio un camión en cuyo techo se leía: COMPañÍA DE ALFOMBRAS CONFORT. En la manzana de al lado había varias pistas de tenis y gente jugando. Había un seto de alheña en torno a las pistas, y una mujer ya mayor cortaba ramas con un cuchillo. Llevaba un sombrero redondo, y un pesado abrigo de invierno que le llegaba a los tobillos. Bob cayó en la cuenta de que la mujer robaba alheña. Trabajaba rápida y furtivamente, y miraba constantemente por encima del hombro para asegurarse de que nadie la veía. Cuando hubo cortado un buen montón de ramas verdes, las metió en una bolsa y se largó a toda prisa calle abajo.

Sonó el timbre. Eran un sargento y un policía de paisano. Ambos se quitaron el sombrero.

—Estos casos suelen ser duros para las mujeres —dijo el sargento—. Ahora, cuéntemelo todo otra vez, señor Tennyson. Tenemos ya varios hombres buscándola. Dice usted que la niña bajó sola en el ascensor, hará más o menos una hora. —Verificó los hechos con Robert—. No quiero alarmarlos —dijo—, pero ¿podría alguien tener algún motivo para raptarla? Debemos estudiar todas las posibilidades.

—Sí —dijo de repente Katherine en voz muy alta. Se levantó y empezó a pasear de un lado a otro de la habitación—. Quizá no parezca razonable, pero vale la pena tenerlo en cuenta. Podría haber sido raptada. He visto a esa mujer dos veces esta semana por el vecindario, y tuve la sensación de que estaba siguiéndome. Entonces no le di importancia a la cosa. Y después me escribió esa carta. Ay, no me explico bien. Verán, antes de que la señora Harley se ocupara de Deborah, tuvimos a otra mujer, la señora Emerson. Ella y yo reñimos a propósito de Deborah, y mientras discutíamos, ella me dijo... (no te hablé de esto nunca, cariño, porque no quería que te preocuparas, y no creí que fuese importante), me dijo que me quitaría a la niña. Intenté olvidarlo, porque pensé que estaba loca. Después la he visto dos veces en la calle esta semana, y tuve la impresión de que me seguía. Vive en el hotel Princess, en el West Side. Por lo menos, antes vivía allí.

—Voy para allá —dijo Robert—. Cogeré el coche.

—Yo lo llevo, señor Tennyson —dijo el sargento.

—¿Quieres venir? —preguntó Robert a su mujer.

—No, cariño. Estaré bien aquí.

Robert se encasquetó el sombrero y se fue con el sargento. El ascensorista le dijo a Robert:

—Lo siento de veras, señor Tennyson. Todos la queríamos en esta casa. He telefonado a mi mujer y se ha ido derecha a la iglesia de St. John a poner una vela por la pobre criatura.

Los dos hombres se metieron en el coche patrulla estacionado frente a la casa y marcharon rumbo al oeste. Robert meneaba sin cesar la cabeza; quería apartar de sus ojos la visión de la muerte de la niña. Imaginaba el accidente con los toscos dibujos y ásperos colores de un cartel de la serie «Conduzca con prudencia»: veía a un desconocido sacando de debajo del parachoques de un taxi el cuerpecito exánime, veía el gesto de horror y de sorpresa pintado en el delicioso rostro que no había conocido jamás horror alguno, oía los bocinazos y el chirrido de frenos, veía un automóvil disparado cuesta abajo. Tuvo que hacer un esfuerzo físico para rechazar tales imágenes y obligarse a mirar la calzada reluciente.

Apretaba el calor. Unas cuantas nubes bajas y móviles ponían sobre la ciudad toques de sombra, y la ágil penumbra iba saltando de manzana en manzana. No cabía un alfiler en las calles. Pero para Robert la ciudad no era sino una trampa mortal. Bocas de alcantarilla, excavaciones y escalinatas dominaban el esplendor del día, realzadas al revés, como en el negativo de una foto, y el gentío y los verdes árboles de Central Park le parecieron sacrílegos.

El hotel Princess estaba en un deslucido callejón del bajo West Side. El aire del vestíbulo era fétido. El conserje se mostró inquieto al ver al policía. Buscó la llave de la señora Emerson, pero no la encontró; dijo que seguramente estaría ella arriba, que subieran.

Subieron en un ascensor tipo jaula, de hierro dorado, manejado por un hombre muy entrado en años. Llamaron a la puerta, y la señora Emerson los hizo pasar. Robert no había tratado nunca con ella. Alguna vez la había visto de pie delante del pasillo que llevaba a la habitación de Deborah, cuando la mujer llevaba a la niña para que ésta diese las buenas noches a sus padres. Inglesa, recordó. Su voz le había sonado siempre refinada e insegura.

—Oh, señor Tennyson —dijo, reconociendo a Robert.

El sargento le preguntó, sin embargo, dónde había estado aquella mañana.

—No se inquiete, señora Emerson —dijo Robert. Temió que se pusiera histérica y no les dijese nada—. Deborah se ha escapado esta mañana. Pensamos que tal vez usted podría saber algo al respecto. Katherine dice que usted le escribió una carta.

—Oh, me da tanta pena oír eso de Deborah —dijo ella. Adoptó la voz fina y débil de quien es consciente de su condición de dama—. Sí, sí. Desde luego, escribí una carta a la señora Tennyson. Tuve un sueño en el que vi que perderían ustedes a la pequeña si se descuidaban. Es mi profesión, ¿sabe? Interpreto sueños. Le dije a su esposa, cuando me marché, que tuviese mucho cuidado con la niña. Después de todo, nació bajo ese espantoso planeta nuevo, Plutón. Yo estaba en la Riviera cuando lo descubrieron, en 1938. Entonces supimos que iba a suceder algo espantoso.

»La chiquitina me inspiraba muchísimo cariño, y lamenté mi discusión con la señora Tennyson —prosiguió—. La niña pertenecía al signo del fuego, del fuego encauzado. Estudié muy detenidamente las palmas de sus manos. Pasábamos solas muchas horas, ¿sabe usted? Tenía una línea

de la vida larga, un temperamento bastante equilibrado y buena cabeza. Vi signos de imprudencia en su mano, pero gran parte de ella dependería de ustedes. Vi aguas profundas y un gran peligro, un gran riesgo. Por eso escribí esa carta a su esposa. Nunca le cobré nada por mis servicios profesionales.

—¿Por qué discutieron usted y la señora Tennyson? —preguntó el sargento.

—Estamos perdiendo el tiempo —decidió Robert—. Demasiado tiempo. Vámonos.

Se puso en pie y salió de la habitación; el sargento lo siguió. Les llevó un buen rato el regreso. La muchedumbre dominical que cruzaba las calles los hizo detenerse en cada esquina. El policía de paisano los esperaba delante de la casa.

—Más vale que suba a ver a su mujer —le dijo a Robert.

Ni el portero ni el ascensorista le dirigieron la palabra. Entró en el apartamento y llamó a Katherine. Estaba en el dormitorio, sentada junto a la ventana. Tenía un libro negro en el regazo: la Biblia. Era un ejemplar Gideon¹ que un amigo de ambos había robado, borracho, de un hotel. Ambos la habían consultado un par de veces. Por la ventana abierta, Robert alcanzó a divisar el río, una ancha, brillante extensión de luz. La habitación estaba muy tranquila.

—¿Qué ha dicho la señora Emerson? —preguntó Katherine.

—Ha sido un error. Ha sido un error pensar que podría hacerle daño a la pequeña.

—Renée ha llamado de nuevo —dijo ella—. Ha llevado a la señora Harley a su casa. Ha dicho que quería que la telefoneásemos cuando encontremos a Deborah. No quiero volver a ver a Renée nunca más.

—Lo sé.

—Si algo le pasa a Deborah —dijo Katherine—, no me lo perdonaré jamás. Nunca, nunca. Siento como si la hubiéramos sacrificado. He estado leyendo el pasaje de Abraham. —Abrió la Biblia y empezó a leer:

»Y él dijo: "Coge a tu hijo, tu unigénito Isaac, al que amas, y llévalo al país de Moria y ofrécelo en holocausto sobre una de las montañas que te indicaré." Y Abraham se levantó temprano, ensilló su asno y se llevó a dos de sus siervos consigo, y a Isaac, su hijo, y cortó leña para el holocausto, se alzó y fue al lugar que Dios le había dicho.

Cerró el libro.

—Tengo miedo de volverme loca. No hago más que repetirme nuestra dirección y número de teléfono. Absurdo, ¿verdad?

Robert acarició la frente y los cabellos de su mujer. El oscuro pelo estaba dividido con crenchas y peinado con sencillez, como el de una niña.

¹ Gideons International es una organización evangélica cristiana que se dedica a distribuir ejemplares de la Biblia en determinados lugares, pero, sobre todo, en hoteles. (*N. del T.*)

—Tengo miedo de volverme loca —repitió Katherine—. ¿Sabes cuál fue mi primer impulso cuando me dejaste sola? Coger un cuchillo, un cuchillo afilado, e ir al ropero y destruir mi ropa. Quería hacerla trizas. Porque es muy cara. No parece muy sensato, ¿verdad? Pero no soy una demente, por supuesto. Soy perfectamente racional.

»Tuve un hermano que murió pequeño. Se llamaba Charles, Charles junior. Le pusieron el nombre de mi padre; murió de no sé qué enfermedad a los dos años y medio, casi como Deborah. Desde luego, fue muy duro para papá y mamá, pero no fue tan malo como esto. ¿Sabes?, creo que los niños significan mucho más para nosotros que lo que representaban para nuestros padres. Es lo que he estado pensando. Supongo que será porque no somos tan religiosos y nuestro modo de vivir nos hace mucho más vulnerables. Me siento asquerosamente culpable. Me siento una pésima madre y una pésima esposa, y también siento como si esto fuese mi castigo. No he cumplido ninguno de los votos y las promesas que he hecho. He roto todas mis buenas promesas. Cuando era niña, solía hacer promesas cada luna nueva y cada primera nieve. He destrozado todo lo bueno que he tenido. Pero hablo como si la hubiésemos perdido, y no la hemos perdido, ¿verdad? La encontrarán, el policía dice que la encontrarán.

—La encontrarán —dijo Robert.

La habitación se ensombreció. Las nubes bajas cubrían ya la ciudad. Oyeron el repiqueteo de la lluvia que empezaba a caer sobre el edificio y las ventanas.

—¡Está tumbada en algún sitio bajo la lluvia! —exclamó Katherine. Retorcó su cuerpo en la silla y se tapó la cara—. Está tumbada bajo la lluvia.

—La encontrarán —repitió Robert—. Muchos niños se pierden. Lo he leído más de una vez en el *Times*. Es algo que les sucede a todos los que tienen hijos. Mi hermana pequeña se cayó por la escalera. Se fracturó el cráneo. Nadie creía que pudiese salvarse.

—Les pasa a otras personas, ¿verdad? —preguntó Katherine—. Se volvió y miró a su marido. La lluvia cesó de golpe, y dejó en el aire un aroma tan intenso como si hubieran rociado las calles con amoníaco. Robert vio cómo las nubes de tormenta oscurecían el brillante río—. Quiero decir que hay toda clase de enfermedades y accidentes, y que hemos tenido mucha suerte. ¿Sabes?, Deborah no ha almorzado hoy. Debe de tener muchísima hambre. No ha comido nada desde el desayuno.

—Lo sé.

—Vete a dar una vuelta, cariño —dijo Katherine—. Será más fácil para ti que quedarte en casa.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Limpiar el cuarto de estar. Anoche nos dejamos las ventanas abiertas y está todo cubierto de hollín. Anda, vete. Yo estoy bien. —Sonrió. Tenía la cara hinchada de tanto llorar—. Sal. Será más fácil para ti. Yo limpiaré la habitación.

Robert bajó de nuevo a la calle. El coche patrulla seguía aparcado delante de la casa. Un policía se acercó a Robert y charlaron un rato.

—Voy a echar otro vistazo por el barrio —dijo el policía—. ¿Me acompaña?

Robert asintió. Reparó en que el agente llevaba una linterna.

No muy lejos de allí se alzaban aún las ruinas de una fábrica de cerveza abandonada en la época de la Ley Seca. Los perros del vecindario habían heredado la acera, y la habían cubierto con sus desechos. Las ventanas del sótano de un garaje próximo estaban rotas, y el policía proyectó la luz de su linterna por el marco de una ventana. Robert se sobresaltó al ver un montón de paja sucia y un pedazo de papel amarillo: el color de la chaqueta de Deborah. No dijo nada. Siguieron caminando. A lo lejos se oía el vasto ruido vespertino de la ciudad.

Había unas cuantas casas cerca de la fábrica. Eran construcciones miserables; sobre la puerta de una de ellas, un tosco letrero rezaba: «Bien venido al hogar de Jerry.» La puerta de hierro que conducía a la empinada escalera del sótano estaba abierta. El policía iluminó los peldaños. Estaban rotos. Allí no había nada.

Una mujer mayor estaba sentada en el pórtico de la casa de al lado, y los observó con desconfianza mientras ellos miraban hacia la escalera.

—Ahí no encontrarán a mi Jimmy —gritó—, ustedes, ustedes...

Alguien abrió de golpe una ventana y le dijo que se callara. Robert notó que estaba borracha. El policía no le prestó atención. Registró metódicamente los sótanos de cada vivienda, y luego doblaron una esquina. Había una hilera de tiendas a lo largo de la fachada de un bloque de apartamentos. No había escaleras, ni patios.

Robert oyó una sirena. Se detuvo y detuvo a su acompañante. Un coche de la policía dobló la esquina y frenó junto a ellos.

—Suba, señor Tennyson —dijo el conductor—. La hemos encontrado. Está en la comisaría.

Conectó la sirena y se encaminó hacia el este sorteando el tránsito.

—La encontramos en la Tercera Avenida —informó el policía—, sentada delante de una tienda de antigüedades y comiendo un pedazo de pan. No tiene hambre.

La niña lo esperaba en la comisaría. Robert la cogió con ambas manos, se arrodilló ante ella y se echó a reír. Los ojos le ardían.

—¿Dónde has estado, Deborah? ¿Quién te dio el pan? ¿Dónde has estado? ¿Dónde?

—La señora me dio pan —dijo ella—. Yo buscaba a Martha.

—¿Qué señora te dio el pan, Deborah? ¿Dónde has estado? ¿Quién es Martha? ¿Dónde has estado?

Supo que ella no iba a contárselo nunca, que jamás en la vida, por mucho que viviera, obtendría las respuestas, y pese a ello, con el corazón de su hija claramente perceptible en la palma de la mano, siguió preguntando: ¿Dónde has estado?, ¿quién te dio el pan?, ¿quién es Martha?...

Granjero de verano

El Nororiental es un tren que la compañía de ferrocarril bautizó en un momento en que sus directivos creían en el misterio de viajar. Los recuerdos tienen con frecuencia más capacidad de sugestión que los hechos, y determinados pasajeros, a pesar de haberlo usado muchas veces, aún eran capaces de olvidarse de su ruido y de su suciedad cada vez que entraban en la estación Grand Central y veían allí el nombre de un tren que hacía un recorrido hacia el norte de tres días de duración. Ése, al menos, era el caso de Paul Hollis, que utilizaba el Nororiental casi todos los jueves o los viernes por la noche durante el verano. Era un hombre corpulento, que sufría en todos los coches cama, pero nunca tanto como en aquel trayecto. Por regla general, se quedaba en el coche club hasta las diez, bebiendo whisky. De ordinario, el whisky lo mantenía dormido hasta que llegaban a Springfield, con sus tumultuosas demoras, después de medianoche. Al norte de Springfield, el tren adoptaba el paso cauteloso y como a regañadientes de un correo, y Paul yacía en su litera entre la vigilia y el sueño, como un enfermo parcialmente anestesiado. La pesadilla terminaba cuando, después del desayuno, abandonaba el Nororiental, en Meridian Junction, donde iba a recogerlo su dulce esposa. Había al menos una cosa que decir en favor del viaje: servía para que uno tomara plena conciencia de la distancia terrestre que separaba la ciudad calurosa de las inocentes y sombreadas calles del pueblo donde se hallaba el pequeño nudo ferroviario.

La conversación entre Paul y Virginia Hollis durante el trayecto desde Meridian Junction hasta su granja, al norte de Hiems, quedaba reducida a las modestas propiedades y los afectos que compartían; parecía incluso orientarse hacia una deliberada intrascendencia, como si hablar del saldo de una cuenta corriente o de las guerras pudiera destruir el encanto de una tibia mañana y de un vehículo descapotable. La tubería de desagüe de la ducha de la planta baja se salía; Ellen —la hermana de Paul— bebía demasiado; los Marston habían almorzado en su casa, y había llegado el momento de que sus hijos tuvieran una mascota. Este último era un tema que Virginia había estado considerando con cierto detenimiento. Ningún perro criado en el campo duraría en un apartamento neoyorquino cuando regresaran en otoño, dijo; en cuanto a los gatos, resultaban muy molestos, y había llegado a la conclusión de que lo más adecuado era comprar unos conejos. En la carretera había una casa con una conejera en el patio, y podían pararse aquella misma mañana y comprar un par. Serían un regalo de Paul a los niños, cosa muy conveniente. La compra convertiría aquel fin de semana en el fin de semana en que compraron los conejos, y lo distinguiría de aquel en que trasplantaron el árbol de Navidad o del otro en que retiraron el enebro muerto.

Instalarían los conejos en el antiguo corral de los patos, dijo Virginia, y cuando volvieran a la ciudad en otoño, Kasiak podría comérselos. Kasiak era un trabajador asalariado.

La carretera ascendía. Desde Meridian Junction hacia el norte nunca se perdía por completo la sensación de una subida gradual. Las colinas ocultaban el delicado y al mismo tiempo viciado paisaje de New Hampshire, con la omnipresencia de sus casas medio en ruinas, pero cada pocos kilómetros, un afluente del Merrimack abría un amplio valle, con olmos, granjas y muros de piedra.

—Es por esta zona —dijo Virginia. Paul no sabía de qué estaba hablando hasta que su mujer

le recordó los conejos—. Si vas un poco más despacio... Aquí, Paul, aquí.

Paul detuvo el coche al borde de la carretera. Sobre el césped, delante de una casa blanca y pulcra, sombreada por un grupo de arces, había una conejera.

—Oiga —gritó Paul—. ¿Hay alguien?

Un hombre vestido con un mono salió por una puerta lateral, masticando algo, como si hubiera tenido que interrumpir una comida. Dijo que los conejos blancos costaban dos dólares; los marrones y los grises, dólar y medio. Tragó, y se limpió la boca con la mano. Hablaba con desasosiego, como si no quisiera que nadie más se enterara de aquella simple transacción, y después de que Paul hubo elegido un conejo marrón y otro gris, se dirigió corriendo hacia el granero en busca de una caja. En el momento en que Paul giraba el volante para volver a la carretera, oyeron a sus espaldas un grito de congoja. Un niño salió corriendo de la casa en dirección a la conejera, y comprendieron el origen de la inquietud del granjero.

El mercado de verduras y la tienda de antigüedades, el cañón de la Guerra Civil y la oficina de Correos de Riems quedaron atrás, y Paul pisó el acelerador con alegría cuando escaparon de las estrechas calles del pueblo y se encontraron con la refrescante brisa del lago. La carretera los llevó primero junto al extremo del lago menos elegante, donde la gente vivía apiñada; luego las casas se fueron distanciando y dieron paso a bosques de pinos y a campos vacíos a medida que se dirigían más al norte. La sensación de vuelta a casa —de volver a un sitio donde había pasado todos los veranos de su vida— llegó a ser tan intensa para Paul que la diferencia entre la rapidez de su imaginación y la velocidad del coche logró impacientarlo hasta que abandonaron la carretera para internarse por unas rodadas cubiertas de hierba y vieron su granja al final del camino.

La suave sombra de una nube atravesaba la fachada de la casa de los Hollis. En el sitio donde terminaba el césped, cabeza abajo, había un mueble de jardín abandonado durante una tormenta y que parecía haber estado secándose desde la adolescencia de Paul. La luz y el calor aumentaron, y los contrastes se hicieron más pronunciados a medida que la sombra en movimiento de la nube oscurecía primero el granero y luego el tendedero, para perderse finalmente en el bosque.

—Hola, hermano. —Era Ellen, la hermana de Paul, que lo llamaba desde una de las ventanas abiertas.

Su traje de ciudad le molestó en los hombros al salir del coche, como si hubiera aumentado en estatura, porque aquel lugar lo hacía sentirse con diez años menos, y los arces, la casa y las simples montañas eran de la misma opinión. Sus dos hijos todavía pequeños salieron corriendo desde detrás del granero hasta estrellarse contra sus piernas. Más altos, más morenos, más saludables, más guapos, más inteligentes: ésa era la impresión que le causaban todos los fines de semana cuando se reunía con ellos. La rama marchita de un arce atrajo su atención. Habría que cortarla. Se agachó para coger a su hijito y a su hijita, dominado por una ardiente oleada de amor frente a la que se encontraba indefenso y, al parecer, desprevenido.

El corral de los patos, donde pusieron los conejos aquella mañana, llevaba años vacío, pero había una jaula y un refugio, y serviría de momento.

—Ahora ya son vuestros, son vuestros conejos —les dijo Paul a sus hijos. Su severidad los

sobrecogió, y el niño empezó a chuparse el dedo gordo—. Ahora la responsabilidad es vuestra, y si los cuidáis bien, quizá podáis tener un perro cuando volvamos a Nueva York. Tendréis que darles de comer y limpiarles la casa. —Su amor por los niños y su deseo de delinear para ellos, aunque fuese de manera muy vaga, las misteriosas formas de la responsabilidad lo llevaban a adoptar una actitud presuntuosa de la que él mismo era consciente—. No quiero que penséis que alguien va a venir a ayudaros —les dijo—. Tendréis que darles agua dos veces al día. Según parece, les gusta la lechuga y las zanahorias. Ahora podéis llevarlos vosotros mismos al corral. Papá tiene cosas que hacer.

Paul Hollis era un granjero de verano. Segaba, cultivaba, y se enfurecía ante el precio del pienso para las gallinas, pero tan pronto como empezaban a resonar los quejumbrosos vientos del Día del Trabajo, Paul colgaba su embotada guadaña para que se oxidara en el zaguán de atrás, donde se guardaba también la lámpara de queroseno, y alegremente trasladaba su interés al cálido apartamento de Nueva York. Aquel día —el día que compró los conejos— fue a su dormitorio después de adoctrinar a los niños, y se puso un mono del ejército en el que aún se leían con dificultad, escritos con lápiz graso, su nombre, su graduación y su número de identificación. Virginia estuvo sentada en el borde de la cama mientras él se vestía, y habló de su hermana Ellen, que pasaba un mes con ellos. Ellen necesitaba descansar; Ellen bebía demasiado. Pero no había la menor sugerencia de censura o cambio en lo que Virginia decía sobre ella, y cuando Paul miró a su mujer, pensó en lo comprensiva y en lo bonita que era. El cuarto era antiguo y agradable —había sido el de los padres de Paul— y la luz que recibía le llegaba a través de las hojas de los árboles. Se entretuvieron allí hablando de Ellen, de los niños, saboreando la austeridad de su contento y su valía moral, pero no tanto como para dar una impresión de indolencia. Paul iba a ayudar a Kasiak a segar el campo más alto, y Virginia quería coger algunas flores.

La propiedad de los Hollis estaba en una zona elevada, y fue el padre de Paul —muerto hacía muchos años— quien llamó Elíseo al pastizal más alto, debido a su extraordinaria quietud. Aquella dehesa se segaba en años alternos para impedir que las malezas se agarraran a la tierra. Cuando Paul llegó allí aquella mañana, encontró a Kasiak, y juzgó que debía de llevar unas tres horas faenando; a Kasiak se le pagaba por horas. Los dos hombres hablaron brevemente —el jornalero y el veraneante—, y en seguida restablecieron la tácita alianza de las personas que por alguna razón trabajan juntas. Paul segaba más abajo y un poco a la derecha de Kasiak. Usaba bien la guadaña, pero resultaba imposible confundir, incluso desde lejos, la diligente figura de Kasiak con la de Paul.

Kasiak había nacido en Rusia. Esto y todo lo que Paul sabía de él se lo había contado el ruso mientras trabajaban. Kasiak había desembarcado en Boston, trabajó luego en una fábrica de zapatos, estudió inglés por la noche, y alquiló primero, y posteriormente adquirió, la granja que quedaba más abajo de la finca de los Hollis. Habían sido vecinos durante veinte años. Aquel año, Kasiak trabajaba por vez primera para los Hollis. Hasta entonces no había pasado de ser una perseverante y pintoresca figura en su paisaje habitual. Kasiak vestía a su mujer sorda con la tela de las bolsas de sal y de los sacos de patatas. Era muy tacaño, y estaba amargado. Incluso en aquella mañana de verano, tenía un aire de disgusto y descontento. Cuidaba de sus árboles y almacenaba el heno exactamente en el momento adecuado, y sus campos, sus huertos, su montón de estiércol y el agrio olor de la leche en su cocina inmaculada transmitían un sentimiento de seguridad basado en la fuerza de una agricultura inteligente. Kasiak segaba y andaba como un preso por el patio de su cárcel. Desde el momento en que se dirigía al granero, una hora antes del alba, no mostró vacilación en su determinación ni en su paso y aquella impecable cadena de tareas era parte de un conjunto más amplio de responsabilidades y

aspiraciones que habían empezado con su juventud en Rusia y que terminarían, creía él, con el nacimiento de un mundo de justicia y de paz, rescatado mediante incendios y derramamiento de sangre.

Cuando Paul le dijo a su mujer que Kasiak era comunista, Virginia lo encontró divertido. Kasiak se lo había dicho personalmente a Paul. Dos semanas después de que empezó a trabajar para ellos, cogió la costumbre de recortar editoriales de un periódico comunista y pasárselos a Paul o introducirlos por debajo de la puerta de la cocina. Moderación era el lema de Paul en sus relaciones con Kasiak: al menos, eso era lo que le gustaba pensar. Dos veces, en el almacén de piensos, cuando se habían discutido las ideas políticas del ruso, Paul había defendido el derecho de Kasiak a sacar sus propias conclusiones sobre el futuro, y al hablar con él siempre le preguntaba en tono de broma cuándo iban a hacer la revolución los suyos.

Aquel día señaló el final de la época adecuada para recolectar el heno. Al avanzar la mañana, empezaron a oír el sordo retumbar de los truenos. Se alzó algo de viento en los alrededores, pero no podía decirse lo mismo del campo donde trabajaban. Kasiak dejaba tras de sí un intenso olor a esencia de limón mezclada con vinagre, y los dos hombres se veían acosados por las moscas. No permitieron que la posibilidad de una tormenta modificara el ritmo de su trabajo; era como si para ellos hubiera algún significado oculto en terminar de segar aquel campo. Luego, el viento húmedo subió tras ellos por la colina, y Paul, retirando una mano del mango de la guadaña, enderezó la espalda. Mientras ellos trabajaban, las nubes habían oscurecido el cielo desde el horizonte hasta por encima de su cabeza, así que recibió la engañosa impresión de un país dividido equitativamente entre las luces de la catástrofe y el reposo. La sombra de la tormenta ascendía por el campo con la misma rapidez que camina un hombre, pero el heno que no había tocado seguía siendo amarillo, y no había augurios de tormenta ni en el delicado cielo de él ni en las nubes ni en nada de lo que veía excepto en el bosque verde, cuyo color había empezado a oscurecerse. Luego, Paul sintió un frío en la piel ajeno a las características del día, y oyó a sus espaldas las gotas de lluvia que empezaban a caer entre los árboles.

Paul corrió hacia el bosque. Kasiak lo siguió lentamente, con la tormenta pisándole los talones. Se sentaron el uno junto al otro sobre unas piedras bajo la protección del denso follaje, contemplando la cortina de lluvia en movimiento. Kasiak se quitó el sombrero: por primera vez en todo el verano, según recordaba Paul. Tenía el cabello y la frente de color gris. La piel rojiza comenzaba en los pómulos —muy altos— y se iba debilitando hasta convertirse en un castaño oscuro que se extendía desde la mandíbula hasta el cuello.

—¿Cuánto me cobraría por utilizar su caballo para arar la huerta? —preguntó Paul.

—Cuatro dólares —Kasiak no alzó la voz, y el ruido de la lluvia cayendo con violencia sobre el campo hizo que Paul no lo oyera.

—¿Cuánto?

—Cuatro dólares.

—Podemos intentarlo mañana por la mañana si hace buen día, ¿qué le parece?

—Tendrá que ser a primera hora. Por la tarde hace demasiado calor para la yegua.

—A las seis, entonces.

—¿Quiere usted levantarse tan temprano? —Kasiak sonrió ante su propia burla de la familia Hollis y de sus desordenadas costumbres.

Un relámpago tocó el bosque, tan cerca de ellos que les llegó el olor de la descarga galvánica, y un segundo después se produjo la explosión de un trueno que dio la impresión de haber destruido el condado. Luego pasó el frente de la tormenta, cesó el viento, y las gotas cayeron a su alrededor con la perseverante melancolía de una lluvia otoñal.

—¿Ha sabido usted algo de su familia recientemente, Kasiak? —preguntó Paul.

—Dos años..., hace dos años que no sé nada.

—¿Le gustaría volver?

—Sí, claro. —Surgió en su rostro un destello de interés—. En la granja de mi padre hay algunos campos de grandes dimensiones. Mis hermanos siguen allí. Me gustaría ir en avión. Aterrizaría en esos grandes campos, y todos vendrían corriendo a ver quién era, y descubrirían que era yo.

—No le gusta esto, ¿verdad?

—Es un país capitalista.

—Entonces, ¿por qué vino?

—No lo sé. Creo que allí me hacían trabajar demasiado. En nuestra tierra cortamos el centeno de noche, cuando hay algo de humedad en el aire. Me pusieron a trabajar en los campos cuando tenía doce años. Nos levantábamos a las tres para cortar el centeno. Tenía las manos llenas de sangre y tan hinchadas que no podía dormir. Mi padre me pegaba como a un preso; en Rusia pegaban a los presos. Me golpeó con un látigo para los caballos hasta sangrar por la espalda. —Kasiak se palpó la espalda como si todavía sintiera los latigazos—. Después de aquello, decidí marcharme. Esperé seis años. Ésa es la razón de que viniera, creo... me pusieron demasiado pronto a trabajar en los campos.

—¿Cuándo harán ustedes la revolución, Kasiak?

—Cuando los capitalistas empiecen otra guerra.

—¿Y a mí qué me pasará, Kasiak? ¿Que sucederá con la gente como yo?

—Depende. Si uno trabaja en una granja o en una fábrica, imagino que no le pasará nada. Sólo eliminarán a los tipos inútiles.

—De acuerdo, Kasiak —dijo Paul con entonación sincera—. Trabajaré para usted —y dio unas palmadas al granjero en la espalda. Luego miró la lluvia con gesto desaprobador—. Creo que voy a bajar a comer algo. Hoy no vamos a poder segar más, ¿no es cierto?

Cruzó corriendo el campo húmedo hasta llegar al granero. Kasiak lo siguió unos minutos después, pero sin correr. Entró en el granero y se puso a reparar una cajonera para proteger las plantas nuevas, como si la tormenta encajase con toda exactitud en su horario.

Aquella noche, antes de la cena, Ellen, la hermana de Paul, bebió demasiado. Se retrasó a la hora de sentarse a la mesa, y cuando Paul fue a la antecocina a por una cuchara, se la encontró allí, bebiendo directamente de la coctelera de plata. Una vez en la mesa, muy alta en su firmamento de ginebra, miró críticamente a su hermano y a su mujer, recordando alguna injusticia real o imaginaria de su juventud, porque al aproximarse, por poco que sea, las constelaciones de algunas familias generan entre sí asperezas que nada logra suavizar. Ellen era una mujer de facciones muy marcadas y de intensos ojos azules algo estrábicos. Se había divorciado por segunda vez aquella primavera. Para cenar se cubrió la cabeza con un pañuelo de brillantes colores y se puso un antiguo vestido que había encontrado en uno de los baúles del desván, y como aquella ropa descolorida le trajo el recuerdo de una época más simple de la vida, habló ininterrumpidamente del pasado y, particularmente, de su padre... (Padre hizo esto y lo de más allá.) El vestido viejo y su actitud de nostalgia del pasado lograron impacientarlo a Paul, y tuvo la impresión de que una enorme hendidura había aparecido mágicamente en el corazón de Ellen la noche en que padre murió.

Un viento del noroeste había alejado del condado la tormenta, dejando en el aire un frío penetrante, y cuando salieron al porche después de la cena para ver la puesta de sol, había un centenar de nubes en el oeste: nubes de oro, nubes de plata, nubes color de hueso y de yesca, y de la pelusa que se acumula debajo de la cama.

—Me sienta muy bien estar aquí arriba —comentó Ellen—. Me hace mucho bien. —Se había sentado sobre la barandilla a contraluz, y Paul no le veía la cara—. No encuentro los prismáticos de padre —continuó—, y sus palos de golf han desaparecido.

A través de la ventana abierta del cuarto de los niños, Paul oía cantar a su hija: «¿Cuántos kilómetros hay hasta Babilonia? Tres veces veinte y diez más. ¿Llegaremos allí alumbrándonos con velas...?» Una inmensa ternura y satisfacción se derramaron sobre él junto con la voz de la niña desde la ventana abierta.

Les sentaba bien a todos, como Ellen decía; era muy beneficioso para todos. Era una frase que Paul había oído pronunciar en aquel porche desde que tenía uso de razón. Ellen era la única mancha en aquel atardecer perfecto. Había algo erróneo, algún mal identificado sólo a medias en el culto de su hermana por la bucólica escena: un índice de las insuficiencias de Ellen y, suponía Paul, también de las suyas.

—Tomemos algún licor —dijo Ellen.

Entraron en la casa para beber. En el cuarto de estar deliberaron mucho tiempo sobre lo que tomarían: coñac, crema de menta, cointreau, whisky. Paul fue a la cocina y colocó copas y botellas en una bandeja. Algo agitaba la puerta de tela metálica; el viento, supuso Paul, hasta que se repitió el golpeteo y vio a Kasiak en la oscuridad al otro lado. Le ofrecería una copa. Lo instalaría en el sillón de orejas y jugaría al juego de la igualdad entre veraneante y jornalero, que es uno de los principales espejismos de los meses con abundancia de hojas.

—Aquí tengo algo que debería usted leer —dijo Kasiak antes de que Paul pudiese hablar, y le

hizo entrega de un recorte de periódico.

Paul reconoció el tipo de letra de imprenta de la publicación comunista que le enviaban por correo a Kasiak desde Indiana, VIDA EN EL LUJO DEBILITA A EE.UU., decía el titular, y el texto describía con pérfido júbilo a los aguerridos y profundamente motivados soldados rusos. El rostro de Paul se encendió por la indignación hacia Kasiak y por la súbita oleada de chovinismo que sintió.

—¿No quiere usted nada más? —La voz se le quebró, llena de sequedad. Kasiak negó con la cabeza—. Lo veré mañana a las seis —dijo Paul, de patrono a jornalero. Luego enganchó la puerta metálica y le volvió la espalda.

A Paul le gustaba creer que su paciencia con aquel hombre era inagotable, porque, después de todo, Kasiak no sólo creía en Bakunin: también estaba convencido de que las piedras crecen y de que los truenos cortan la leche. En sus tratos con Kasiak había sacrificado inconscientemente algo de independencia, y a la mañana siguiente, para estar en el huerto a las seis, se levantó a las cinco. Se preparó el desayuno, y a las cinco y media oyó el traqueteo de un carro en el camino. Había comenzado la pueril competición sobre virtud y laboriosidad. Paul ya se encontraba en el huerto cuando Kasiak apareció con el carro. El ruso pareció decepcionarse.

Paul sólo había visto la yegua en los pastizales, y, además de que iba a costarle cuatro dólares, sentía curiosidad por el animal, ya que, junto con una mujer y una vaca, formaba toda la familia de Kasiak. Vio que tenía la piel polvorienta; el vientre, hinchado; los cascos, sin herrar y descuidados, se desmenuzaban como si fueran papel.

—¿Cómo se llama? —preguntó, pero Kasiak no le contestó. Unció la yegua al arado, y ella resopló e inició la faena colina arriba. Paul llevaba al animal por la brida, y Kasiak apretaba el arado contra la tierra.

Hacia la mitad del primer surco, una piedra los obligó a detenerse, y después de desenterrarla y apartarla, Kasiak gritó: «¡Arre!», pero el animal no se movió. «¡Arre!», volvió a gritar. La voz era áspera, aunque había algo de ternura escondida en ella. «¡Arre, arre!» Le golpeó suavemente el costado con las riendas. Miró ansiosamente a Paul, como si le diera vergüenza que pudiera notar la extremada decrepitud de la yegua y se formara un juicio equivocado sobre un animal al que quería. Cuando Paul sugirió el uso del látigo, Kasiak dijo que no. «¡Arre, arre!», gritó de nuevo, y como la yegua siguió sin responder, le golpeó la grupa con las riendas. Paul tiró del bocado. Estuvieron diez minutos en medio del surco empujando y gritando, y parecía como si a la yegua le faltase la vida. Luego, cuando se habían quedado roncós y estaban desanimados, la yegua empezó a moverse y a llenarse de aire los pulmones. Su cuerpo funcionaba como un fuelle y el aire le silbaba en los ollares, y como el saco que Eolo dio a Ulises, parecía estar llena de tempestades. Se sacudió las moscas de la cabeza y tiró del arado unos cuantos metros.

Esto hizo que el trabajo avanzara despacio, y para cuando terminaron, el sol calentaba bastante. Paul oyó voces en la casa mientras Kasiak y él llevaban a la endeble yegua otra vez al carro, y vio a sus hijos, todavía en pijama, dando de comer a los conejos en el sendero de las lechugas. Cuando Kasiak hubo aparejado la yegua, Paul volvió a preguntarle cómo se llamaba.

—No tiene nombre —respondió el ruso.

—Es la primera vez que oigo hablar de un caballo de labranza sin nombre.

—Poner nombre a los animales es sentimentalismo burgués —repuso Kasiak, al tiempo que ponía el carro en marcha.

Paul se echó a reír.

—¡No volverá usted nunca! —dijo Kasiak por encima del hombro. Era la única maldad que tenía a su alcance; sabía lo mucho que Paul amaba la colina. Su rostro se había ensombrecido—. No volverá usted el año que viene. Espere y verá.

En domingo llega muy pronto el momento en que la marea del día de verano se vuelve inexorablemente hacia el tren de la noche. Uno puede bañarse, jugar al tenis, echarse una siesta o dar un paseo, pero eso no cambia mucho las cosas. Inmediatamente después del almuerzo, Paul tenía que enfrentarse con sus escasos deseos de marcharse. Este sentimiento era tan fuerte que le recordaba a la intensidad de las emociones y de los temores que había experimentado durante sus permisos militares. A las seis, Paul se puso su ajustado traje de ciudad y se tomó un cóctel con Virginia en la cocina. Ella le pidió que comprara unas tijeras para las uñas y dulces en Nueva York. Mientras estaban allí, Paul oyó unos sonidos cuya simple posibilidad le quitaba el sueño más que ninguna otra cosa: los gritos de dolor de sus inocentes y dulces hijos.

Salió corriendo, dejando que la puerta de tela metálica le diera a Virginia en la cara. Luego volvió y sostuvo la puerta abierta para que saliera ella, y ambos corrieron colina arriba. Los niños bajaban por el camino, bajo los grandes árboles. Inmersos en su dolor transparente, cegados por las lágrimas, tropezaban y corrían hacia su madre, buscando en su falda oscura una forma donde apoyar la cabeza. Gritaban con toda la fuerza de sus pulmones. Pero no era nada serio, después de todo: los conejos se habían muerto.

—Vamos, vamos, vamos... —Virginia condujo a los niños hacia la casa.

Paul continuó camino arriba y encontró en la jaula los conejos sin vida. Los llevó hasta el borde del jardín y cavó un hoyo. Kasiak se acercó, con agua para los pollos, y al hacerse cargo de la situación, habló con tristeza.

—¿Para qué cavar una fosa? —preguntó—. Las mofetas los desenterrarán esta noche. Llévelos al pastizal de Cavis. Si no, los desenterrarán de nuevo... —Y siguió andando camino del gallinero.

Paul aplastó con los pies el suelo encima de la tumba; le entró tierra en los zapatos. Volvió a la conejera para ver si descubría algún rastro de lo que había matado a los animales, y en el comedero, debajo de algunas lascas de hortalizas que los niños habían arrancado, vio los cristales de un veneno mortal que utilizaban para matar ratas en invierno.

Paul hizo un gran esfuerzo para recordar si podía haber sido él mismo quien había dejado el veneno allí. El calor sofocante de la conejera hizo que las gotas de sudor se deslizaran por su rostro. ¿Podría haberlo hecho Kasiak? ¿Era posible que Kasiak se hubiera comportado de una manera tan

mezquina, tan cruel? ¿Era posible que, con la creencia de que alguna noche de otoño las fogatas en las montañas darían la señal para que los diligentes y los de confianza tomaran el poder de las manos de quienes bebían martinis, el ruso se hubiese vuelto lo suficientemente taimado para poner el dedo en el único interés que para Paul tenía el futuro?

Kasiak estaba en el gallinero. Las sombras empezaban a cubrir el suelo, y algunas de las felices y estúpidas aves se disponían a instalarse en sus perchas.

—¿Ha envenenado usted a los conejos, Kasiak? —inquirió Paul—. ¿Ha sido usted? —Sus voces asustaron a los pollos, que extendieron las alas y cacarearon—. ¿Ha sido usted, Kasiak?

Kasiak no dijo nada. Paul le puso las manos sobre los hombros y lo zarandó.

—¿No sabe usted lo fuerte que es ese veneno? ¿No sabe que los niños podrían haberlo cogido? ¿No se da cuenta de que podría haberlos matado?

Las aves empezaron a intervenir en el altercado. Las señales se transmitieron desde el gallinero hasta el patio; los pollos se expulsaron unos a otros de las abarrotadas tablas, agitando las alas con fuerza. Como si la vida de Kasiak se escondiera astutamente de la violencia detrás de cartílago y hueso, no había en él resistencia aparente, y Paul lo zarandó hasta que empezó a cruji.

—¿Ha sido usted, Kasiak? —gritó Paul—. ¿Ha sido usted? Kasiak, si toca usted a mis hijos, si les hace daño de alguna forma, la que sea, le abriré la cabeza. —Luego lo apartó de un empujón y el ruso quedó tumbado en el suelo.

Cuando Paul regresó a la cocina, no había nadie allí, y se bebió dos vasos de agua. Desde el cuarto de estar se oía a los apesadumbrados niños, y a su hermana Ellen, que no había tenido hijos, esforzándose torpemente por distraerlos con una historia acerca del gato que ella tuvo una vez. Virginia entró en la cocina y cerró la puerta tras de sí. Preguntó si los conejos habían sido envenenados, y Paul respondió afirmativamente. Ella se sentó en una silla junto a la mesa de la cocina.

—Fui yo quien puso allí el veneno, el pasado otoño —declaró—. Nunca se me ocurrió que volviéramos a usar ese sitio, y quería ahuyentar a las ratas. Lo había olvidado. Nunca pensé que volviéramos a usar ese corral. Lo olvidé por completo.

Es cierto, incluso para los mejores de entre nosotros, que si un observador nos sorprendiera subiéndonos a un tren en una estación intermedia; si reparara en nuestros rostros, privados por el nerviosismo de su aplomo habitual; si valorara nuestro equipaje, nuestra ropa, y mirara por la ventanilla para ver quién nos ha llevado en coche hasta la estación; si escuchara las palabras ásperas o tiernas que decimos en el caso de que nos acompañe nuestra familia, o si se fijara en la manera que tenemos de colocar la maleta en el portaequipajes, de comprobar en qué sitio hemos guardado la cartera y el llavero, y de limpiarnos el sudor que nos cae por la nuca; si pudiera juzgar acertadamente sobre el engrimiento, la desconfianza o la tristeza con que nos instalamos, obtendría un panorama de nuestras vidas más amplio del que la mayoría hubiese querido proporcionarle.

Aquel domingo por la noche, Paul cogió el tren por los pelos. Cuando subió los empinados

escalones para entrar en el vagón descubrió que le faltaba el aliento. Aún quedaban algunas hebras de paja en sus zapatos por el forcejeo en el gallinero. El trayecto en coche no había logrado calmarlo por completo, y tenía el rostro enrojecido. No había pasado nada irreparable, pensó. «No ha pasado nada», susurró para sí mientras colocaba la maleta en el portaequipajes: un hombre de unos cuarenta años con signos de su condición mortal en el temblor de la mano derecha, con signos de verse superado por los acontecimientos en la confusión de su entrecejo fruncido; un granjero de verano con ampollas en las manos, quemado por el sol, con los ojos doloridos, y tan visiblemente afectado por alguna reciente pérdida de principios que cualquier extraño podría haberlo advertido desde el otro lado del pasillo.

Canción de amor no correspondido

Después de haber tratado a Joan Harris en Nueva York durante algunos años, Jack Lorey empezó a pensar en ella como en la Viuda. Joan siempre vestía de negro, y, por un peculiar desorden en su apartamento, Jack tenía siempre la impresión de que los empleados de la funeraria acababan de marcharse. Esta impresión no tenía nada de maliciosa, porque Jack sentía un gran afecto por Joan. Procedían de la misma ciudad de Ohio y habían llegado a Nueva York aproximadamente en la misma época, hacia mediados de los años treinta. Ambos eran de la misma edad, y durante su primer verano en la gran ciudad solían verse después del trabajo e iban juntos a beber martinis en sitios como Brevoort y Charles', y a cenar y a jugar a las damas en el Lafayette.

Joan acudió a una escuela para modelos cuando se instaló en Nueva York, pero no resultó fotogénica, de manera que, después de pasarse seis semanas aprendiendo a andar con un libro sobre la cabeza, consiguió un empleo de recepcionista en un Longchamps. El resto del verano se lo pasó junto al guardarropa, envuelta en una intensa luz rosada y una romántica música de violines, balanceando su cabellera oscura y su falda negra cada vez que se adelantaba para recibir a los clientes. Por entonces era una chica grande y bien parecida con una hermosa voz, y su rostro, y toda ella, siempre parecían iluminados por el dulce y saludable placer que le producía lo que tenía alrededor, fuera lo que fuese. Joan era inocente e incorregiblemente sociable, y era capaz de levantarse de la cama y vestirse a las tres de la mañana si alguien la telefoneaba y le proponía salir a tomar una copa, como Jack hacía con frecuencia. Cuando llegó el otoño, consiguió un empleo administrativo de poca importancia en unos grandes almacenes. Jack y ella se veían cada vez menos, y luego, durante una temporada se perdieron de vista por completo. Jack vivía con una chica que había conocido en una fiesta, y nunca se le ocurrió preguntarse qué habría sido de Joan.

La novia de Jack tenía amigos en Pennsylvania, y durante la primavera y el verano de su segundo año en la ciudad, Jack iba frecuentemente con ella a pasar allí los fines de semana. Todo esto —el apartamento compartido en el Village, las relaciones ilícitas, el tren del viernes por la noche para ir a una casa de campo— era tal como Jack se había imaginado la vida en Nueva York, y se sentía intensamente feliz. Un domingo por la noche volvía a Nueva York con su novia por la línea Lehigh; el tren era uno de esos que cruzan lentamente toda Nueva Jersey, devolviendo a la ciudad a cientos de personas, como si fueran las víctimas de una inmensa y fatigosa excursión, con rostros encendidos y agujetas en todos los músculos. Jack y su novia, como la mayoría de los pasajeros, llevaban grandes cantidades de hortalizas y flores. Cuando el tren se detuvo en Pennsylvania Station, ambos avanzaron con la multitud por el andén hacia la escalera mecánica. Cuando pasaban junto a las amplias e iluminadas ventanillas del coche restaurante, Jack volvió la cabeza y vio a Joan; era la primera vez desde el Día de Acción de Gracias o desde Navidad, no lo recordaba bien.

Joan estaba con un hombre que, evidentemente, había perdido el conocimiento. Su cabeza descansaba sobre los brazos, apoyados encima de la mesa, y cerca de uno de sus codos había un vaso caído. Joan le zarandeaba los hombros con suavidad y hablaba con él. Parecía vagamente preocupada, y también un tanto divertida. Los camareros habían recogido todas las demás mesas y permanecían en pie en torno a Joan, esperando a que resucitara su acompañante. A Jack le angustió ver en aquellas

dificultades a una chica que le recordaba los árboles y los jardines de su ciudad natal, pero no podía hacer nada por ayudarla. Joan continuó sacudiendo los hombros de su acompañante, y la multitud empujó a Jack, obligándolo a pasar una tras otra las ventanillas del coche restaurante, a dejar atrás su cocina maloliente y ascender por la escalera mecánica. Volvió a ver a Joan más adelante aquel mismo verano, cuando cenaba en un restaurante del Village. A él lo acompañaba una chica distinta, una sureña; aquel año había muchas chicas del sur en Nueva York. Jack y su amiga habían entrado en el restaurante porque les quedaba a mano, pero la comida era terrible, y el local estaba iluminado con velas. A mitad de la cena, Jack advirtió la presencia de Joan al otro lado de la sala, y cuando terminó de comer se acercó a hablar con ella. Joan estaba con un hombre alto que llevaba monóculo, y que después de levantarse y hacer una ceremoniosa reverencia, le dijo a Jack:

—Nos complace mucho conocerlo.

Luego pidió disculpas y se dirigió hacia el servicio.

—Es conde, es un conde sueco —explicó Joan—. Trabaja en la radio los viernes por la tarde, tiene un programa a las cuatro y cuarto. ¿No es maravilloso? —Parecía encantada con el conde y con aquel terrible restaurante.

Durante el invierno siguiente, Jack dejó el Village y se mudó a un apartamento en el lado este de las calles treinta. Una fría mañana, cuando cruzaba Park Avenue camino de su despacho, reconoció, entre la multitud, a una mujer que había visto varias veces en el apartamento de Joan. Se detuvo a hablar con ella y le preguntó por su amiga.

—¿No se ha enterado? —dijo ella con gesto compungido—. Quizá sea mejor que se lo cuente. Tal vez pueda usted ayudar.

Desayunaron juntos en un *drugstore* de Madison Avenue y la amiga de Joan se desahogó contándole la historia.

El conde tenía un programa radiofónico llamado «La canción de los fiordos», o algo parecido, en el que cantaba canciones folklóricas suecas. Todo el mundo sospechaba que era un impostor, pero a Joan eso no le preocupaba. El supuesto conde la había conocido en una fiesta y, advirtiendo en seguida sus posibilidades de ternura, se fue a vivir con ella al día siguiente. Alrededor de una semana después, el conde empezó a quejarse de dolores en la espalda, y dijo que precisaba un poco de morfina. Luego, la necesidad de morfina se hizo constante. Si no la obtenía, insultaba y recurría a la violencia. Joan empezó a tratar con médicos y farmacéuticos que vendían drogas bajo cuerda, y cuando le fallaban, acudía a los bajos fondos. Sus amigos temían que el día menos pensado la policía encontrara su cuerpo en una alcantarilla. Quedó embarazada y tuvo un aborto. El conde la dejó y se mudó a una pensión de mala muerte cerca de Times Square, pero a ella le preocupaba tanto su desamparo, le daba tanto miedo que pudiera morir sin ella, que fue tras él, compartió su habitación y siguió comprándole narcóticos. Él volvió a abandonarla, y Joan, antes de volver a su apartamento y a sus amigos del Village, esperó una semana por si regresaba.

Jack se conmovió al pensar que aquella inocente chica de Ohio había vivido con un brutal drogadicto y había comerciado con delincuentes, y al llegar a su despacho aquella mañana, la telefoneó y quedaron para cenar. Se reunieron en Charles'. Cuando Joan entró en el bar, parecía tan saludable y serena como siempre. Su voz era dulce, y lo hizo pensar en olmos, en jardines, en esas

estructuras de cristal que solían colgarse del techo de los porches para que tintinearan con la brisa del verano. Ella le habló del conde. Lo hizo caritativamente y sin el menor rastro de amargura, como si su voz, como si toda su manera de ser, sólo fueran capaces de recoger los afectos y los placeres más simples. Su forma de andar, cuando lo precedió camino de la mesa, era ágil y elegante. Joan comió mucho y habló con entusiasmo de su trabajo. Después fueron al cine y se despidieron delante de su casa.

Aquel invierno Jack conoció a una chica con la que decidió casarse. Anunciaron su compromiso en enero, y tenían intención de casarse en julio. Durante la primavera, entre la correspondencia de su despacho, Jack recibió una invitación para un cóctel en casa de Joan. La fecha de la fiesta coincidía con un sábado en el que su prometida iba a Massachusetts a visitar a sus padres, y cuando llegó la hora del cóctel, y Jack descubrió que no tenía nada mejor que hacer, tomó un autobús que lo llevaba al Village. Joan conservaba el mismo apartamento. Se trataba de un edificio sin ascensor. Había que llamar al timbre que se hallaba encima de los buzones del correo en el vestíbulo, y la respuesta era una especie de estertor agónico de la cerradura. Joan vivía en el segundo piso. Su tarjeta de visita estaba pegada al buzón, y encima de su nombre figuraba escrito a mano el de Hugh Bascomb.

Jack subió los dos tramos de escaleras alfombradas, y al llegar al apartamento de Joan la encontró junto a la puerta abierta, con un vestido negro. Después de saludarlo, Joan lo cogió del brazo y lo llevó a través del cuarto.

—Quiero presentarte a Hugh, Jack —dijo.

Hugh era un hombre corpulento de rostro encarnado y ojos de color azul celeste. Sus modales eran obsequiosos, y se le notaba en la mirada que bebía mucho. Jack estuvo un rato hablando con él y luego fue a charlar con alguien que conocía y que se hallaba junto a la repisa de la chimenea. Fue entonces cuando notó, por primera vez, el desorden indescriptible del apartamento de Joan. Los libros estaban en las estanterías y los muebles eran razonablemente buenos, pero, por alguna razón la casa resultaba un completo desastre. Era como si los objetos hubiesen sido colocados en sus sitios sin reflexionar sobre ello o sin verdadero interés y, también por vez primera, Jack tuvo la impresión de que alguien había muerto allí recientemente.

Jack paseó por la estancia y se dio cuenta entonces de que conocía a aquellos diez o doce invitados de otras fiestas. Entre ellos había una mujer con un sombrero extravagante, que ocupaba un puesto de dirección en una empresa, un hombre que imitaba a Roosevelt, una tétrica pareja cuya obra de teatro se estaba ensayando y un periodista que encendía constantemente la radio para oír las noticias sobre la guerra civil española. Jack bebió martinis y estuvo hablando con la mujer del sombrero extravagante. Contempló por la ventana los patios traseros y los ailantos que los adornaban, y oyó un retumbar de truenos más allá de los acantilados del Hudson.

En un momento dado, Hugh Bascomb llegó a estar muy borracho.

Empezó a derramar las bebidas, como si para él beber fuera una especie de alegre carnicería, y disfrutara con el derramamiento de sangre y con la confusión. Tiró el whisky de una botella, se vertió una copa sobre la camisa e hizo que a otra persona se le cayera el contenido de su vaso. Era una fiesta bastante ruidosa, pero la voz ronca de Hugh fue dominando a todas las demás. Más tarde arremetió contra un fotógrafo que estaba sentado en un rincón dando explicaciones técnicas a una mujer de aire

sencillo.

—¿Para qué ha venido a la fiesta si todo lo que quería hacer era sentarse ahí y mirarse la punta de los zapatos? —gritó Hugh—. ¿Para qué ha venido? ¿Por qué no se ha quedado en casa?

El fotógrafo no sabía qué decir. No se estaba mirando la punta de los zapatos. Joan se acercó a Hugh con gesto amable.

—Por favor, no te enzarces ahora en una pelea, cariño —dijo—. Esta tarde, no.

—Cállate —chilló él—. Déjame en paz. Métete en tus asuntos. —Perdió el equilibrio y, al esforzarse por recobrarlo, tiró una lámpara.

—¡Qué lástima, Joan! Esa lámpara tuya tan bonita —suspiró una mujer.

—¡Lámparas! —rugió Hugh. Alzó los brazos y se rodeó la cabeza con ellos como para golpearse a sí mismo—. Lámparas, vasos, cajas de cigarrillos, platos... Me están matando. Me están matando, maldita sea. Vámonos todos a las montañas a cazar y a pescar y a vivir como hombres, maldita sea.

La gente se fue dispersando como si hubiera empezado a llover dentro de la habitación. De hecho, estaba lloviendo ya en la calle. Alguien se ofreció a llevar a Jack al centro en su coche, y él no desaprovechó la ocasión. Joan estaba en la puerta, despidiéndose de sus amigos en retirada. Su voz seguía siendo dulce, y sus modales, a diferencia de esas mujeres cristianas que en la presencia del desastre son capaces de sacar a relucir nuevas y formidables reservas de serenidad, parecían por completo carentes de afectación. Daba la impresión de que Joan se sentía completamente ajena al enfurecido borracho que tenía a sus espaldas, que se paseaba de un lado a otro triturando fragmentos de cristal contra la alfombra, y que contaba a grandes gritos a uno de los supervivientes de la fiesta la historia de cómo él, Hugh, había resistido en una ocasión tres semanas sin comer.

Jack se casó durante el mes de julio en un jardín de Duxbury, y su mujer y él pasaron unas cuantas semanas en West Chop. Cuando volvieron a Nueva York, su apartamento estaba abarrotado de regalos, entre ellos una docena de tacitas de café enviadas por Joan. Su mujer y él le enviaron la acostumbrada nota de agradecimiento pero no hicieron nada más.

A finales del verano, Joan telefoneó a Jack a su despacho y le pidió que fuese con su mujer a verla, proponiéndole una tarde de la semana siguiente. Jack se sintió culpable por no haber dado señales de vida, y aceptó la invitación, lo que hizo que su mujer se enfadara. Era una muchacha ambiciosa a quien le gustaba llevar una vida social que ofreciera recompensas, y acudió con él a regañadientes al apartamento de Joan en el Village.

En el buzón del portal, encima del nombre de Joan se veía escrito a mano el de Franz Denzel. Jack y su mujer subieron la escalera y Joan los recibió junto a la puerta abierta. Entraron en el apartamento y se encontraron con un grupo de personas entre las que Jack, por lo menos, era incapaz de orientarse.

Franz Denzel era un alemán de mediana edad. Su rostro estaba contraído por la amargura o por la enfermedad. Recibió a Jack y a su mujer con esa complicada y hábil cortesía dirigida a hacer sentir a los invitados que han llegado demasiado pronto o demasiado tarde. Insistió enérgicamente en que Jack se sentara en la silla que él había estado ocupando, y él fue a instalarse sobre un radiador. Había cinco alemanes más en la habitación, bebiendo café. En un rincón se hallaba otra pareja de norteamericanos, con aspecto de sentirse incómodos. Joan sirvió a Jack y a su mujer tacitas de café con nata montada.

—Estas tazas pertenecían a la madre de Franz —declaró—. ¿Verdad que son deliciosas? Fueron lo único que traje de Alemania cuando escapó de los nazis.

Franz se volvió hacia Jack y dijo:

—Quizá quiera darnos su opinión sobre el sistema educativo norteamericano. Estábamos hablando de eso cuando usted llegó.

Antes de que Jack pudiese responder, uno de los invitados alemanes inició un ataque contra el sistema educativo estadounidense. Los otros alemanes lo secundaron, y de allí pasaron a describir todas las cosas vulgares que les habían llamado la atención del modo de vida norteamericano y a comparar en términos generales las culturas alemana y norteamericana. ¿Dónde, se preguntaban unos a otros con pasión, es posible encontrar en Estados Unidos algo como los coches restaurantes Mitropa, la Selva Negra, los cuadros de Munich o la música de Bayreuth? Franz y sus amigos empezaron a hablar en alemán. Ni Jack, ni su mujer, ni tampoco Joan entendían el alemán, y la otra pareja de norteamericanos no habían abierto la boca desde que se hicieron las presentaciones. Joan iba alegremente de un lado a otro de la habitación, llenando de café todas las tazas, como si la música de un idioma extranjero bastara para justificar una velada.

Jack bebió cinco tazas de café. Se sentía terriblemente incómodo. Joan fue a la cocina mientras Franz y sus amigos reían chistes alemanes, y Jack abrigó la esperanza de que volviera con algo de beber, pero regresó con una bandeja de helado y moras.

—¿No les parece agradable? —preguntó Franz, hablando de nuevo en inglés.

Joan recogió las tazas de café, y cuando estaba a punto de llevárselas a la cocina, Franz la detuvo.

—¿No está desportillada una de esas tazas?

—No, cariño —respondió Joan—. Nunca permito que las toque la criada. Las lavo yo misma.

—¿Y eso qué es? —preguntó él, señalando el borde de una de las tazas.

—Ésa es la taza que siempre ha estado desportillada, cariño. Ya lo estaba cuando la desempaquetaste. Te diste cuenta entonces.

—Las tazas se hallaban intactas cuando llegaron a este país —replicó él.

Joan se retiró a la cocina y él la siguió.

Jack trató de charlar con los alemanes, y entonces llegó de la cocina el ruido de un golpe y un grito. Franz regresó a la sala de estar y empezó a comerse las moras con voracidad. Al poco, Joan volvió con su plato de helado. Su voz seguía siendo dulce. Sus lágrimas, si es que llegó a derramarlas, se habían secado con la rapidez de las de los niños. Jack y su mujer se acabaron el helado y desaparecieron. Aquella inútil y desagradable velada enfureció a la mujer de Jack, quien supuso que no volvería nunca a ver a Joan.

La mujer de Jack quedó embarazada a principios del otoño, y se apropió inmediatamente de todas las prerrogativas de una futura madre. Se echaba largas siestas, comía melocotón en almíbar a media noche, y hablaba sobre el riñón embrionario. Decidió ver tan sólo a otras parejas que también esperasen hijos, y en las fiestas que dieron Jack y ella no se servían bebidas alcohólicas. El niño, porque fue un varón, nació en mayo, y Jack se sintió muy feliz y orgulloso. La primera fiesta a la que asistieron después de la convalecencia se celebró con motivo de la boda de una chica cuya familia Jack había conocido en Ohio.

La ceremonia fue en la iglesia de St. James, y a continuación hubo una gran fiesta en el River Club. Los componentes de la orquesta iban vestidos de gitanos, y el champán y el whisky corrieron en abundancia. Hacia el final de la tarde, cuando Jack avanzaba por un corredor mal iluminado, oyó la voz de Joan.

—No, por favor, cariño —estaba diciendo—. Vas a romperme el brazo. Por favor, cariño, no.

Un hombre que parecía retorcerle un brazo la tenía sujeta contra la pared. Tan pronto como vieron a Jack, cesó el forcejeo. Los tres se sintieron intensamente avergonzados. Joan tenía las mejillas húmedas, e hizo un esfuerzo para sonreír a Jack a través de las lágrimas. Él dijo «hola» y siguió adelante sin detenerse. Cuando volvió a pasar por allí, Joan y el hombre habían desaparecido.

Antes de que el hijo de Jack cumpliera los dos años, su mujer se marchó con él a Nevada para tramitar la separación. Jack le dejó el apartamento con todo lo que contenía, y alquiló una habitación en un hotel cerca de la estación Grand Central. Su mujer consiguió el divorcio a su debido tiempo, y la historia salió en los periódicos. Pocos días después, Jack recibió una llamada telefónica de Joan.

—He sentido mucho lo de tu divorcio, Jack —dijo—. Parecía una chica realmente encantadora. Pero no es ése el motivo de mi llamada. Necesito tu ayuda, y me gustaría, si pudieras, que vinieses a mi apartamento esta tarde, hacia las siete. Es algo de lo que prefiero no hablar por teléfono.

Jack se presentó obedientemente en el Village a la hora indicada y subió la escalera. En el apartamento, la confusión era total. Faltaban las cortinas y los cuadros, y los libros estaban en cajones.

—¿Te mudas? —preguntó él.

—Ése es el motivo de que quisiera verte, Jack. Pero déjame que te sirva antes algo de beber. —Preparó dos cócteles—. Me van a echar, Jack —dijo—. Me echan porque soy una mujer inmoral. La pareja que vive en el apartamento de abajo (siempre me han parecido unas personas encantadoras) le ha dicho al casero que soy una borracha y una prostituta y todo lo que quieras imaginarte. ¿No es increíble? El casero ha sido siempre tan amable conmigo que estaba convencida de que no iba a creerlos, pero me ha rescindido el contrato de alquiler, y si protesto, me amenaza con llevar el asunto

ante mis jefes de los grandes almacenes, y yo no quiero perder el empleo. Y este casero, que era una persona tan amable, ni siquiera está dispuesto a volver a hablar conmigo. Cuando voy a su despacho, la secretaria me mira de reojo como si yo fuera una mujer horrible. Es cierto que aquí ha habido muchos hombres y que algunas veces hacemos ruido, pero tampoco es lógico que tenga que acostarme a las diez todas las noches, ¿no te parece? Pues bien, al parecer, el casero les ha dicho a todos sus colegas del barrio que soy una mujer inmoral y una borracha, y no hay nadie que quiera alquilarme un apartamento. Fui a hablar con uno que parecía un caballero muy amable, y me hizo proposiciones deshonestas. ¿No es increíble? Tengo que dejar el apartamento el jueves, y me veo literalmente en la calle.

Joan parecía tan serena e inocente como siempre mientras describía el acoso al que se veía sometida por caseros y vecinos. Jack trató cuidadosamente de detectar algún signo de indignación o amargura o al menos de angustia en su relato, pero no descubrió el más mínimo. Le vino a la memoria el recuerdo de una canción de amor no correspondido, de una de esas desoladas y conmovedoras baladas que Marion Harris había cantado, no para ella ni para él, sino para sus hermanas y sus hermanos mayores. Joan parecía estar cantando sus agravios.

—Me han hecho la vida imposible —continuó tranquilamente—. Si tengo la radio encendida después de las diez, llaman al casero a la mañana siguiente y le cuentan que he celebrado una orgía. Una noche, cuando Philip (creo que no has llegado a conocerlo, está en la RAF; ya ha vuelto a Inglaterra), una noche en que él y algunas otras personas se hallaban aquí, llamaron a la policía. La policía vino dispuesta a echar la puerta abajo, y me hablaron como si yo fuera no sé qué, y luego miraron en el dormitorio. Si creen que hay aquí algún hombre después de medianoche, me llaman por teléfono y me dicen las cosas más desagradables que te puedas imaginar. Siempre me queda la solución de almacenar mis muebles en algún sitio e irme a un hotel, imagino. Supongo que en un hotel aceptarían a una mujer con mi reputación, pero se me ha ocurrido que quizá tú sepas de algún apartamento. Pensé que...

A Jack le encolerizó la idea de que aquella muchacha se viera perseguida por sus vecinos, y dijo que vería lo que podía hacer. Le propuso que cenara con él, pero Joan dijo que ya estaba comprometida.

Como no tenía nada mejor que hacer, Jack decidió volver andando a su hotel. Hacía calor aquella noche; el cielo estaba cubierto. De camino, vio una manifestación desfilando por una bocacalle que desembocaba en Broadway, cerca de Madison Square. Todos los edificios del barrio estaban a oscuras. La oscuridad era tan intensa que Jack no distinguió las pancartas que llevaban los manifestantes hasta situarse junto a un farol: sus consignas propugnaban la entrada de Estados Unidos en la guerra, y cada pelotón representaba una de las naciones que habían sido sojuzgadas por las potencias del Eje. Continuaron Broadway arriba mientras él los contemplaba, sin música, sin otro sonido que el de sus propios pasos sobre los desiguales adoquines. Se trataba en su mayor parte de un ejército de ancianos y ancianas: polacos, noruegos, daneses, judíos, chinos... Unas cuantas personas ociosas como Jack se alineaban en las aceras, y los manifestantes pasaban entre ellos con toda la timidez de un grupo de prisioneros de guerra. Había entre ellos niños vestidos con los trajes típicos, con los que, en presencia de las cámaras de los noticiarios, habían hecho entrega al alcalde de un paquete de té, de una petición, de una protesta, de una constitución, de un cheque o de un par de entradas. Siguieron renqueando entre la oscuridad de los altos edificios como un pueblo humillado y destruido, hacia Greeley Square.

Por la mañana, Jack encargó a su secretaria que se ocupara de encontrar un apartamento para Joan: en seguida empezó a telefonar a distintos agentes inmobiliarios, y para el mediodía ya había encontrado dos disponibles en la zona oeste de las calles veinte. Joan llamó a Jack al día siguiente para decirle que se había quedado con uno de los apartamentos y para darle las gracias.

Jack no volvió a verla hasta el verano siguiente. Era un domingo a última hora de la tarde; Jack salía de una pequeña fiesta en un apartamento de Washington Square y había decidido andar un poco por la Quinta Avenida antes de coger el autobús. Al pasar por delante de Brevoort, Joan lo llamó. Estaba con un hombre en una de las mesas instaladas en la terraza. Tenía un aspecto tranquilo y saludable, y su acompañante parecía una persona seria. Su nombre, según supo en seguida, era Pete Bristol. Invitó a Jack a sentarse y a acompañarlos en una celebración. Alemania había invadido Rusia aquel fin de semana, y Joan y Pete bebían champán para celebrar el cambio de posición de Rusia en la guerra. Los tres bebieron champán hasta que se hizo de noche. También bebieron champán con la cena. Después siguieron con el champán y luego se trasladaron al Lafayette y posteriormente a dos o tres sitios más. Joan siempre había sido incansable dentro de su dulce manera de ser. No le gustaba que se acabasen las noches de fiesta, y eran más de las tres cuando Jack llegó dando traspies a su apartamento. A la mañana siguiente se despertó ojeroso y con náuseas, y sin recuerdo alguno sobre más o menos la última hora de la noche anterior. Se le había manchado el traje y había perdido el sombrero. No llegó a su despacho hasta las once. Joan le había telefoneado ya dos veces, y volvió a llamar poco después de que él llegó. Jack no advirtió la menor ronquera o aspereza en su voz. Dijo que necesitaba verlo, y se pusieron de acuerdo para almorzar en un restaurante especializado en marisco y pescado de las calles cincuenta.

Jack se hallaba de pie en el bar cuando Joan entró con paso firme y con aspecto de no haber tenido participación alguna en la calamitosa noche precedente. Quería que Jack le aconsejara sobre la venta de sus joyas. Su abuela le había dejado algunas, y quería conseguir dinero en efectivo desprendiéndose de ellas, pero no sabía adonde acudir. Acto seguido, sacó algunas sortijas y brazaletes del bolso y se los enseñó a Jack. Él dijo que no sabía nada de joyas, pero que podía prestarle algún dinero.

—No, no; no puedo aceptar que me prestes dinero, Jack. Lo quiero para Pete, ¿comprendes? Deseo ayudarlo. Va a abrir una agencia de publicidad, y necesita una cantidad importante para empezar.

Jack no le insistió en que aceptara el préstamo después de eso, y el proyecto no volvió a mencionarse durante el almuerzo.

La siguiente vez que supo de Joan fue a través de un joven médico, un amigo común de ambos.

—¿Has visto a Joan recientemente? —le preguntó a Jack el doctor una noche que cenaban juntos.

Jack dijo que no.

—Le hice una revisión la semana pasada —continuó el médico—, y aunque lo que ha pasado sería suficiente para matar a cualquiera (y no te puedes hacer a la idea de los problemas que ha tenido), aún conserva la constitución de una mujer sana y virtuosa. ¿No te has enterado de lo que le sucedió

con el último? Vendió sus joyas para financiarle algún tipo de negocio, y tan pronto como el otro tuvo el dinero en su poder, la dejó plantada por otra chica que tenía un coche descapotable.

A Jack lo llamaron a filas en la primavera de 1942. Permaneció cerca de un mes en Fort Dix, y durante ese tiempo iba a Nueva York por las noches siempre que conseguía un permiso. Aquellas oportunidades las vivía con la intensidad de un condenado a muerte a quien se aplaza la sentencia, y ese estado de ánimo se veía fortalecido por el hecho de que en el tren que tomaba en Trenton las mujeres se empeñaban en que aceptara sus ejemplares usados de *Life* y sus cajas de bombones ya emezadas, como si la ropa de color caqui que llevaba fuera una mortaja. Una noche telefoneó a Joan desde Pennsylvania Station.

—Ven ahora mismo, Jack —le pidió ella—. Ven ahora mismo. Quiero que conozcas a Ralph.

Seguía viviendo en el mismo barrio de las calles veinte que Jack le había encontrado. Se trataba de un barrio pobre. Delante de su casa había cubos de basura, y una anciana iba eligiendo fragmentos de desechos y de basura para meterlos en un cochecito de bebé. El edificio mismo donde se hallaba el apartamento de Joan estaba muy descuidado, pero el interior del piso resultaba muy familiar. Los muebles eran los mismos. Joan seguía siendo la misma chica fuerte y plácida.

—Me alegro mucho de que me hayas llamado —dijo—. Estoy muy contenta de volver a verte. Voy a prepararte algo de beber. Yo también me estaba tomando una copa. Ralph ya debería estar aquí: prometió invitarme a cenar.

Jack se ofreció a llevarla a Cavanagh's, pero ella dijo que Ralph podía llegar mientras ella estaba fuera.

—Si no ha venido a las nueve, me prepararé un sándwich. La verdad es que no tengo hambre.

Jack habló del ejército. Joan de los grandes almacenes. ¿Cuántos años llevaba trabajando en el mismo sirio? Jack no lo sabía. No la había visto nunca detrás de una mesa de despacho, y no lograba imaginarse qué era lo que hacía.

—Siento muchísimo que Ralph no aparezca —dijo ella—. Estoy segura de que congeniaríais. Es cardiólogo, no demasiado joven, y le gusta mucho tocar la viola. —Encendió algunas luces porque el cielo de verano se estaba oscureciendo ya—. Tiene una horrible mujer en Riverside Drive y cuatro hijos que son unos perfectos desagradecidos. Cuando...

El ruido de una sirena anunciando un simulacro de ataque aéreo, lúgubre y que parecía surgir del mismo dolor, como si todos los padecimientos y las dudas de la ciudad hubiesen encontrado una voz, interrumpió sus palabras. Otras sirenas, en barrios más alejados, sonaron también, hasta que la oscuridad exterior se llenó con su ruido.

—Déjame que te prepare otro whisky antes de que tenga que quitar la luz —dijo Joan, cogiendo el vaso de Jack.

Cuando regresó de la cocina, apagó las luces. Ambos se acercaron a las ventanas, y, como si fueran niños que contemplando una tormenta, estuvieron viendo cómo la ciudad se oscurecía progresivamente. Todas las luces de los alrededores se apagaron menos una. Los encargados de la

defensa civil habían empezado a tocar el silbato en la calle. Desde un patio lejano llegó un ronco alarido de indignación.

—¡Fascistas, apaguen las luces! —gritó una mujer—. ¡Apaguen las luces, nazis, más que nazis! Apaguen las luces.

La última luz se extinguió. Los dos se alejaron de la ventana y fueron a sentarse en la habitación a oscuras.

Joan empezó a hablar de los amantes desaparecidos de su vida, y, por lo que dijo, Jack llegó a la conclusión de que todos lo habían pasado muy mal. Nils, el supuesto conde, había muerto. Hugh Bascomb, el borracho, se alistó en la marina mercante y lo dieron por desaparecido en el Atlántico norte. Franz, el alemán, se suicidó la noche en que los nazis bombardearon Varsovia.

—Oímos las noticias en la radio —dijo Joan—, y luego volvió a su hotel y se envenenó. La criada lo encontró a la mañana siguiente muerto en el cuarto de baño.

Cuando Jack le preguntó por el que pensaba abrir una agencia de publicidad, al principio pareció que Joan se hubiera olvidado de él.

—Ah, sí, Pete —dijo después de una pausa—. Bueno, siempre estuvo muy enfermo, ¿sabes? Tenía que haber ido a Saranac, pero lo fue posponiendo y posponiendo, y...

Dejó de hablar al oír pasos en la escalera, esperando, supuso Jack, que fuese Ralph, pero la persona en cuestión cruzó el pasillo y continuó hacia los pisos superiores.

—Me gustaría que viniera Ralph —dijo ella con un suspiro—. Quiero que lo conozcas.

Jack le pidió de nuevo que salieran juntos, pero Joan no aceptó, y cuando sonó la señal de que había pasado el peligro, se despidió.

De Fort Dix, Jack fue trasladado a un campo de entrenamiento de infantería en Carolina, y de allí a una división acorazada en Georgia. Llevaba tres meses en Georgia cuando se casó con una chica de la aristocracia sin dinero de Augusta. Un año después, poco más o menos, cruzó el continente en un vagón de segunda clase y pensó, filosóficamente, que quizá lo último que viera del país que amaba fueran las ciudades del desierto, como Barstow, y que quizá lo último que oyera fuese el campanileo de los tranvías en el puente sobre la bahía de San Francisco. Lo enviaron al Pacífico y regresó veinte meses después a Estados Unidos, sin heridas y, al parecer, sin cambio alguno en su manera de ser. Tan pronto como obtuvo un permiso, viajó a Augusta. Hizo entrega a su mujer de los recuerdos que había traído de las islas del Pacífico, se peleó violentamente con ella y con toda su familia, y, después de dejarlo todo listo para que se divorcieran en Arkansas, salió camino de Nueva York.

A Jack lo licenciaron definitivamente del ejército en un campamento del este pocos meses más tarde. Se tomó unas vacaciones y después volvió al empleo que había dejado en 1942. Parecía haber reanudado su vida aproximadamente en el mismo momento en que quedó interrumpida por la guerra. Con el tiempo, todo volvió a parecerle igual y a inspirarle los mismos sentimientos. Vio a la mayoría de sus antiguos amigos. Tan sólo dos de sus conocidos habían muerto en la guerra. No llamó a Joan, pero se la encontró una tarde de invierno en un autobús.

Su rostro juvenil, su vestido negro y su voz dulce destruyeron instantáneamente la sensación —si es que alguna vez había llegado a tenerla— de que algo había cambiado u ocurrido desde su último encuentro, tres o cuatro años antes. Joan lo invitó a una pequeña fiesta y Jack se presentó en su apartamento el sábado siguiente a primera hora de la tarde. La habitación y los invitados le recordaron las fiestas que Joan daba en los primeros tiempos después de su llegada a Nueva York. Allí había una mujer con un sombrero extravagante, un médico de avanzada edad y un hombre pegado todo el tiempo a la radio, escuchando noticias sobre los Balcanes. Jack se preguntó cuál de aquellos hombres era el compañero de Joan, y finalmente se decidió por un inglés que tosía incesantemente sobre un pañuelo que se sacaba de la manga. Después supo que había acertado.

—¿No te parece brillante Stephen? —le preguntó Joan un poco más tarde, cuando estaban solos en un rincón—. No hay nadie en el mundo que sepa tanto como él sobre los polinesios.

Jack había vuelto no sólo a su antiguo empleo, sino también a su antiguo salario. Como el coste de la vida se había doblado y le correspondía pagar la pensión de dos esposas, tuvo que echar mano de sus ahorros. Se cambió a un nuevo trabajo que prometía más dinero, pero éste no duró mucho, y se quedó sin empleo. Eso no le preocupó en absoluto. Aún tenía dinero en el banco y, en cualquier caso, no era difícil conseguirlo prestado de sus amigos. Su indiferencia no era resultado de la abulia ni de la desesperación, sino más bien de un exceso de esperanza. Jack tenía la sensación de que había llegado hacía muy poco a Nueva York desde Ohio. La idea de que era muy joven y de que aún le quedaban por delante los mejores años de su vida era una ilusión de la que no parecía capaz de librarse. Tenía todo el tiempo del mundo. Por entonces vivía en hoteles, y se cambiaba de uno a otro cada cinco días.

En primavera, Jack se mudó a una habitación amueblada en una zona de mala reputación al oeste de Central Park. Se le estaba acabando el dinero. Luego, cuando empezó a comprender que necesitaba desesperadamente un empleo, se puso enfermo. Al principio no parecía más que un fuerte catarro, pero no logró curárselo y empezó a tener fiebre y a escupir sangre cuando tosía. La fiebre lo mantenía amodorrado la mayor parte del tiempo, pero de vez en cuando se despertaba e iba a una cafetería a comer algo. Estaba seguro de que ninguno de sus amigos sabía dónde se hallaba, y le parecía muy bien que así fuera. No había contado con Joan.

Un día, a última hora de la mañana, la oyó hablando con su patrona en el pasillo. Pocos momentos después llamó a la puerta. Jack estaba tumbado en la cama con un par de pantalones y una chaqueta de pijama muy sucia, y no contestó. Joan volvió a llamar y luego entró en el cuarto.

—Te he buscado por todas partes, Jack —dijo. Hablaba muy suavemente—. Cuando descubrí que vivías en un sitio como éste, pensé que estabas sin un céntimo o enfermo. Pasé por el banco y saqué algo de dinero, por si era eso lo que necesitabas. Te he traído whisky. No creo que una copa te haga daño. ¿Quieres un poco?

Joan iba vestida de negro. Hablaba en voz baja y con entonación serena. Se sentó en una silla junto a la cama como si hubiese estado acudiendo todos los días a cuidarlo. Sus facciones se habían vuelto más vulgares, pensó Jack, pero apenas había aún arrugas en su cara. Había ganado peso. Estaba casi gorda. Llevaba puestos unos guantes negros de algodón. Buscó dos vasos y sirvió el whisky. Jack se lo bebió con avidez.

—Anoche no me acosté hasta las tres —dijo ella.

Su voz lo había hecho pensar anteriormente en una dulce canción desesperada, pero ahora, quizá por estar enfermo, su suavidad, el luto que llevaba, su elegancia un tanto furtiva, lo hacían sentirse incómodo.

—Fue una de esas noches, ya sabes —prosiguió ella—. Primero estuvimos en el teatro. Después alguien propuso que subiéramos a su apartamento. No sé quién era. Se trataba de un sitio muy extraño, con algunas plantas carnívoras y una colección de botellas chinas para guardar rapé. ¿Por qué habrá gente que las colecciona? Todos firmamos en la pantalla de una lámpara, pero no recuerdo muchas más cosas.

Jack trató de incorporarse en la cama, como si sintiera la necesidad de defenderse, pero luego volvió a dejarse caer sobre la almohada.

—¿Cómo me has encontrado, Joan? —preguntó.

—Ha sido muy sencillo. Llamé al hotel en el que habías estado viviendo. Me dieron esta dirección. Mi secretaria consiguió el número de teléfono. Tómate otro whisky.

—¿Sabes? No has estado nunca en los sitios donde he vivido —señaló él—. ¿Por qué has venido ahora?

—¿Por qué he venido, cariño? —exclamó ella—. ¡Vaya una pregunta! Te conozco desde hace treinta años. Eres el amigo más antiguo que tengo en Nueva York. ¿Te acuerdas de aquella noche en el Village cuando nevó y no nos acostamos en toda la noche y tomamos whisky para desayunar? No parece que hayan pasado doce años. Y aquella otra noche...

—No me gusta que me veas en un sitio como éste —dijo él con vehemencia. Se tocó la cara y notó la barba crecida.

—Y toda la gente que imitaba a Roosevelt —continuó ella, como si no lo hubiese oído, como si fuera sorda—. Y aquel sitio en Staten Island donde íbamos a cenar cuando Henry tenía coche. Pobre Henry. Compró una casa en Connecticut y fue allí sólo un fin de semana. Se quedó dormido con un pitillo encendido y ardió todo: la casa, el granero... Ethel se llevó a los niños a California. —Sirvió más whisky en el vaso de Jack y se lo ofreció. Encendió un cigarrillo y se lo colocó entre los labios. Lo íntimo de aquel gesto, que hacía pensar no sólo en que él estuviese mortalmente enfermo, sino en que fuese su amante, lo turbó extraordinariamente.

—Tan pronto como me encuentre mejor, alquilaré una habitación en un buen hotel —aseguró él—. Te telefonaré entonces. Has sido muy amable viniendo a verme.

—No tienes que avergonzarte de esta habitación, Jack —dijo ella—. Los cuartos nunca me han importado. Me da igual dónde esté, por lo que parece. Stanley tenía una habitación sucísima en Chelsea. Por lo menos, eso es lo que me decían otras personas; yo nunca me di cuenta. Las ratas se comían la comida que le llevaba. Stanley la colgaba del techo, del cable de la luz.

—Te llamaré en cuanto me sienta mejor —declaró Jack—. Creo que me dormiría si estuviese solo; parece que necesito dormir mucho.

—Estás enfermo de verdad, cariño —dijo ella—. Debes de tener fiebre. —Se sentó en el borde de la cama y le puso una mano en la frente.

—¿Qué tal está tu amigo inglés, Joan? —preguntó él—. ¿Sigues viéndolo?

—¿Qué inglés? —dijo ella.

—Ya sabes quién. Lo conocí en tu casa. Llevaba un pañuelo en la manga. Tosía todo el tiempo. Ya sabes a quién me refiero.

—Debes de estar pensando en otra persona —repuso ella—. No he tenido ningún invitado inglés desde la guerra. Claro está que no siempre me acuerdo de todo el mundo. —Se volvió y, cogiéndole una mano, entrelazó sus dedos con los de Jack.

—Se ha muerto, ¿no es cierto? —dijo Jack—. Ese inglés ha muerto. —La empujó hasta echarla de la cama, y él se levantó también—. Vete —añadió.

—Estás enfermo, cariño. No puedo dejarte solo.

—Vete —dijo él de nuevo, y como ella no se movió, siguió hablando a gritos—: ¿Qué clase de obscena criatura eres, para poder oler la enfermedad y la muerte de la manera que lo haces?

—Pobrecito mío.

—¿Es que te sientes más joven viendo a los que agonizan? —gritó—. ¿Es ésa la lascivia que te mantiene joven? ¿Es ésa la razón de que te vistas siempre como un cuervo? Sí, ya sé que nada de lo que diga te herirá. Ya sé que no hay nada sucio, corrompido, depravado, grosero o vil que los demás no hayan intentado, pero esta vez te has equivocado. No estoy listo. La vida no se me acaba, sino que empieza. Tengo por delante años maravillosos. Los tengo, no lo dudes, años absolutamente maravillosos, y cuando hayan acabado, cuando llegue la hora, te llamaré. Entonces, como el viejo amigo tuyo que soy, te llamaré y te proporcionaré ese sucio placer que sientes contemplando a los que agonizan, pero hasta entonces, tú y tu fea y deforme figura me dejaréis en paz.

Joan se terminó el whisky y miró el reloj.

—Creo que será mejor que aparezca por el despacho —dijo—. Te veré más tarde. Volveré esta noche. Ya verás cómo te sientes mejor para entonces, cariño.

Cerró la puerta tras de sí, y él oyó sus pasos ligeros descendiendo la escalera.

Jack vació la botella de whisky en el fregadero. Empezó a vestirse. Metió la ropa sucia en una bolsa. La enfermedad y el miedo lo hacían temblar y llorar. Veía el cielo azul a través de la ventana, y con el miedo le parecía milagroso que el cielo fuese azul, que las nubes blancas le recordaran la nieve, que desde la acera pudiese oír las agudas voces de los niños gritando: «Soy el rey de la montaña, soy el rey de la montaña, soy el rey de la montaña.» Vacío en el retrete el cenicero que contenía recortes de uñas y colillas de cigarrillos, y barrió el suelo con una camisa para que, cuando aquella lujuriosa e inquisitiva forma de la muerte acudiera a buscarlo por la noche, no quedaran rastros ni de su vida ni de su cuerpo.

La olla repleta de oro

En justicia no puede decirse que Ralph y Laura Whittemore tuvieran los defectos y las características propios de los incorregibles buscadores de tesoros, pero sí cabe afirmar, sin faltar a la verdad, que el brillo, el olor, el peculiar poder y la posibilidad de llegar a poseer dinero ejercieron una desfavorable influencia en su vida. Siempre se hallaban en el umbral de la fortuna; siempre parecían tener algo en perspectiva. Ralph era un joven rubio con una incansable imaginación comercial y una fe evangélica en el atractivo y en la magia del éxito en los negocios, y aunque trabajaba oscuramente para un fabricante de tejidos, esto sólo le pareció un punto de partida.

Los Whittemore no eran personas importunas ni arrogantes, y conservaban una inflexible fidelidad a los cortesios modales de la clase media. Laura era una chica agradable, no particularmente bonita, que había llegado de Wisconsin a Nueva York aproximadamente por la misma época en que Ralph lo había hecho desde Illinois, pero tuvieron que transcurrir dos años de idas y venidas hasta que se encontraron una tarde a última hora, en el vestíbulo de un edificio de oficinas en la parte baja de la Quinta Avenida. El corazón de Ralph era tan constante, le sirvió tan bien en aquella ocasión, que nada más ver los cabellos claros de Laura y su rostro agradable y melancólico quedó extasiado. La siguió hasta la calle, abriéndose camino entre la multitud, y como no se le había caído nada, como no tenía ninguna excusa legítima para hablar con ella, empezó a gritar: «¡Louise! ¡Louise! ¡Louise!», y la vehemencia de su voz hizo que Laura se detuviese.

Ralph dijo que se había equivocado, que lo sentía. Dijo que Laura se parecía mucho a una chica llamada Louise Hatcher. Todo esto sucedía una noche del mes de enero en que el aire sabía a humo, y como Laura era una chica razonable y estaba muy sola, le permitió invitarla a una copa.

Transcurrían los años treinta, y su noviazgo fue breve: se casaron tres meses más tarde. Laura trasladó sus pertenencias al apartamento sin ascensor de Madison Avenue, encima de una tintorería y de una tienda de flores, donde Ralph vivía. Ella trabajaba de secretaria, y su sueldo, junto con lo que él traía a casa del negocio de tejidos, era apenas bastante para mantenerlos a flote, pero nunca pareció afectarles la monotonía de una infructuosa vida de ahorro. Cenaban en *drugstores*. Laura colgó una reproducción de los *Girasoles* de Van Gogh sobre el sofá que había comprado con parte de la modesta suma de dinero que sus padres le dejaron. Cuando sus tías y sus tíos venían a Nueva York —tanto Ralph como ella habían perdido a sus padres—, cenaban en el Ritz y acudían al teatro. Laura cosía cortinas y sacaba brillo a los zapatos de Ralph, y los domingos se quedaban en la cama hasta las doce. Parecían encontrarse en el umbral de la abundancia, y Laura le decía con frecuencia a la gente lo contenta que estaba pensando en el maravilloso empleo que Ralph tenía en perspectiva.

Durante el primer año de su matrimonio, Ralph trabajaba por las noches en un plan que iba a asegurarle un puesto muy bien pagado en Texas, pero, sin culpa alguna por su parte, aquella promesa nunca llegó a materializarse. Hubo una vacante en Siracusa al año siguiente, pero le dieron el empleo a una persona de más edad. Entre estos dos existieron también otros muchos proyectos y vacantes tan ventajosos como esquivos. En el tercer año de su matrimonio, una firma que era casi idéntica en tamaño y características a la que empleaba a Ralph cambió de propietario, y a él lo abordaron y le

preguntaron si le interesaría trabajar en la empresa reestructurada. Su empleo del momento le ofrecía tan sólo una mezquina estabilidad después de una lenta serie de ascensos, y Ralph recibió con los brazos abiertos aquella posibilidad de escaparse. Se entrevistó con los nuevos propietarios, que parecían entusiasmados con él. Estaban dispuestos a hacerlo encargado de un departamento y a pagarle el doble de lo que ganaba entonces. El acuerdo tardaría un mes o dos en hacerse público, hasta que los nuevos propietarios hubiesen afirmado su posición, pero se estrecharon la mano con calor y se tomaron una copa para celebrarlo. Aquella noche, Ralph llevó a Laura a cenar a un restaurante de lujo.

Sentados a ambos lados de la mesa, decidieron buscar un apartamento más grande, tener un hijo y comprar un coche de segunda mano. Aceptaron su buena suerte con perfecta calma, porque era lo que siempre habían esperado. La ciudad les parecía un lugar generoso, donde las personas se veían recompensadas por un repentino y merecido acontecimiento como aquél o por la caprichosa munificencia de algún pleito, por arriesgados negocios de carácter excéntrico y marginal, por herencias inesperadas, o por otros inesperados golpes de suerte. Después de la cena, pasearon por Central Park a la luz de la luna, mientras Ralph fumaba un cigarrillo. Más tarde, cuando Laura se había dormido ya, él siguió sentado en pijama junto a la ventana abierta del dormitorio.

La peculiar agitación que parece impregnar el aire de la ciudad después de la medianoche, cuando su vida cae en manos de vigilantes y borrachos, siempre le había gustado. Ralph conocía a fondo los ruidos nocturnos de la calle: los frenos de los autobuses, las remotas sirenas y el sonido del agua girando a bastante altura (moviendo una rueda de molino); la suma, suponía, de diferentes ecos, aunque, a pesar de las muchas veces que había oído el sonido, nunca llegaba a una conclusión sobre su origen. Ahora lo escuchaba todo con mayor atención porque la noche le parecía una realidad prodigiosa.

Tenía veintiocho años; según su experiencia vital, pobreza y juventud eran inseparables, y una iba a terminar con la otra. La vida que estaban a punto de abandonar no había sido dura, y pensó con ternura en el mantel sucio del restaurante italiano al que iban de ordinario cuando tenían algo que celebrar, y en el buen humor con que en las noches lluviosas Laura corría desde el metro hasta la parada del autobús. Pero iban a alejarse de todo aquello. Saldos de camisas en los sótanos de los grandes almacenes, colas para comprar carne, whiskys con demasiada agua, las rosas que él le compraba a Laura en el metro durante la primavera, cuando las rosas estaban baratas: todos aquéllos eran indudablemente los recuerdos de los pobres, y si bien le resultaban agradables, se alegraba de que muy pronto pasaran a ser únicamente recuerdos.

Laura dejó su empleo cuando quedó embarazada. La reorganización de la firma y el nuevo puesto de Ralph iban para largo, pero los Whittemore hablaban de ello sin reservas de ninguna clase cuando se hallaban con amigos.

—Estamos muy contentos con la marcha de las cosas —decía Laura—. Todo lo que necesitamos es un poco de paciencia.

Se produjeron retrasos y aplazamientos, y ellos esperaban con la paciencia de las personas que aguardan a que se les haga justicia. Llegó un momento en que los dos necesitaban ropa, y una noche Ralph sugirió que gastaran algo del dinero que habían ahorrado. Laura se negó a hacerlo. Cuando sacó el tema a colación, ella no respondió y pareció no oírlo. Él alzó la voz y se enfadó. Gritó. Ella lloró. Él se acordó de todas las otras chicas con las que podría haberse casado: la rubia de tez morena, la cubana que lo veneraba, la otra, guapa y con dinero, que tenía un ojo estrábico. Todos sus deseos parecían

hallarse fuera del pequeño apartamento que Laura había decorado. A la mañana siguiente seguían sin hablarse, y para fortalecer su posición, Ralph telefoneó a sus futuros patronos. Su secretaria le dijo que ninguno de los dos estaba en su despacho. Esto le preocupó. Llamó varias veces más desde la cabina telefónica que había en el vestíbulo del edificio donde trabajaba, pero le dijeron que estaban ocupados, que habían salido, que estaban en una reunión con unos abogados o manteniendo una conferencia telefónica. La diversidad de excusas lo asustó. Aquella noche no le dijo nada a Laura e intentó llamarlos de nuevo al día siguiente. A última hora de la tarde, después de muchos intentos, uno de ellos se puso al teléfono.

—Le hemos dado el empleo a otra persona, hijo —declaró. Como un padre apesadumbrado, le habló a Ralph con voz ronca y amable—: No siga insistiendo en que nos pongamos al teléfono. Tenemos otras cosas que hacer, además de contestar a sus llamadas. La otra persona parecía más adecuada para el empleo, hijo. Eso es todo lo que puedo decirle, así que no insista en llamar por teléfono.

Aquella noche, Ralph recorrió andando los kilómetros que separaban su despacho del apartamento, con la esperanza de librarse así de parte del peso de su desengaño. Se hallaba tan poco preparado para aquel golpe que le afectó como un vértigo, y anduvo con pasos de viejo, levantando mucho los pies, como si el pavimento estuviese hecho de arenas movedizas. Se quedó parado delante del edificio en que vivían, tratando de decidir cómo describirle el desastre a Laura, pero al entrar en el apartamento, se lo dijo de sopetón.

—Lo siento, cariño —respondió ella, y se inclinó para besarlo—. Lo siento muchísimo.

Luego se alejó de él y empezó a acomodar los cojines del sofá. La frustración de Ralph era tan violenta, se sentía tan prisionero de sus planes y sus expectativas que le asombró la serenidad con que ella aceptó el fracaso. No había ningún motivo para preocuparse, dijo Laura. Todavía le quedaban unos cientos de dólares en el banco del dinero que le habían dejado sus padres. No había ningún motivo para preocuparse.

Cuando nació la niña, le pusieron Rachel, y una semana después del parto Laura regresó al edificio sin ascensor de Madison Avenue. Ella se ocupaba de todo lo relativo al bebé, y siguió cocinando y haciendo las tareas del hogar.

La imaginación de Ralph siguió siendo adaptable y fértil, pero no parecía capaz de encontrar un plan que encajase dentro de su falta de tiempo y de capital. Laura y él, como el ejército de los pobres en todas partes, llevaban una vida muy sencilla. Seguían yendo al teatro con los parientes que los visitaban, y de vez en cuando acudían a fiestas, pero el único contacto continuo de Laura con las brillantes luces que los rodeaban era indirecto, a través de una amiga que hizo en Central Park.

Laura pasó muchas tardes en un banco del parque durante los primeros años de la vida de Rachel; era al mismo tiempo esclavitud y placer: le molestaba su encadenamiento, pero disfrutaba con el cielo abierto y el aire libre. Una tarde de invierno reconoció a una mujer que había conocido en una fiesta, y poco antes de que oscureciera, mientras Laura y las otras madres recogían los muñecos de trapo y preparaban a sus hijos para el frío trayecto hasta el hogar, la mujer cruzó la zona del parque reservada a los niños y habló con ella. Era Alice Holinshed, dijo. Se habían conocido en casa de los Galvin. Era bonita y muy simpática, y acompañó a Laura hasta la salida del parque. Tenía un niño de la edad de Rachel aproximadamente. Las dos madres se encontraron de nuevo al día siguiente y se

hicieron amigas.

La señora Holinshed era mayor que Laura, pero poseía una belleza más juvenil y llamativa. Tenía los ojos y el cabello negros, su rostro pálido y perfectamente ovalado poseía un cutis envidiable, y su voz resultaba de una pureza extraordinaria. Encendía los cigarrillos con cerillas del Stok Club y hablaba de los inconvenientes de vivir con un niño en un hotel. Si Laura albergaba algún pesar acerca de su propia vida, encontraba una clara compensación en su amistad con aquella mujer tan hermosa, que se movía con tanta libertad por tiendas y restaurantes caros.

Se trataba de una amistad circunscrita, con la excepción de los Galvin, al triste y conmovedor paisaje de Central Park. Las dos mujeres hablaban sobre todo acerca de sus maridos, y aquél era un juego en el que Laura podía participar con los bolsillos vacíos. De manera vaga pero algo jactanciosa, ambas analizaban las posibilidades que sus maridos tenían entre manos. Compartían sentadas con sus niños los contaminados atardeceres, cuando hacia el sur la ciudad arde como un alto horno, el aire huele a carbón, las grandes piedras húmedas brillan como escorias, y el parque mismo parece una franja de árboles en el límite de una ciudad minera. Luego la señora Holinshed recordaba que se le hacía tarde —siempre se le hacía tarde para algo misterioso y espléndido—, y las dos mujeres iban juntas hasta donde terminaban los árboles. Este contacto indirecto con el mundo del lujo agradaba a Laura, y el placer que le producía se prolongaba mientras empujaba el cochecito de la niña hacia Madison Avenue; luego empezaba a preparar la cena oyendo el ruido sordo de la plancha de vapor y oliendo el líquido quitamanchas de la tintorería de la planta baja.

Una noche, cuando Rachel tenía dos años aproximadamente, la frustración por la inútil búsqueda de la estrecha senda que había de llevarlo a él y a su familia a un mundo de razonable bienestar mantuvo despierto a Ralph. Necesitaba dormir con urgencia, y cuando aquella bendición no le era concedida, salía de la cama y se sentaba a oscuras. La magia y la agitación de la calle después de la medianoche se le escapaba. Los explosivos frenos del autobús de Madison Avenue lo hacían saltar. Cerró la ventana, pero el ruido del tráfico continuaba pasando a través de él. Le pareció que la voz penetrante de la ciudad tenía un efecto mortal sobre las preciosas vidas de sus habitantes y que habría que amortiguarlo.

Imaginó una persiana veneciana cuyas superficies exteriores se trataran con una sustancia que refractara o absorbiera las ondas sonoras. Con una persiana así, los amigos que vinieran de visita una tarde de primavera no tendrían que gritar para que se los oyera, tratando de imponerse al ruido de los camiones que pasaban por la calle. Los dormitorios también podrían quedar en silencio de aquella misma manera: los dormitorios, sobre todo, porque le parecía que el sueño era lo que todo el mundo buscaba en la ciudad y sólo conseguía a medias. Todos los rostros atormentados que circulaban por las calles al anochecer, cuando incluso las chicas guapas hablaban solas, iban en busca del sueño. Las cantantes de los night clubs y sus afables clientes, las personas que esperaban un taxi enfrente del Waldorf en una noche lluviosa, los policías, los cajeros, los que limpiaban las ventanas: el sueño se les escapaba a todos.

La noche siguiente habló con Laura de esa persiana veneciana, y a ella le pareció una idea razonable. Ralph compró una persiana que encajara en la ventana de su dormitorio, e hizo experimentos con diferentes mezclas de pintura. Finalmente dio por casualidad con una que al secarse adquiría la consistencia del fieltro y que era porosa. La mezcla en cuestión tenía un olor repugnante,

que invadió su apartamento durante los cuatro días que tardó en pintar y repintar la superficie exterior de las tablillas. Cuando la pintura se hubo secado, colgó la persiana y abrieron la ventana para hacer una prueba. El silencio —un silencio relativo— cautivó sus oídos. Ralph apuntó la fórmula y la llevó durante la hora del almuerzo a un abogado especializado en patentes. El abogado tardó varias semanas en descubrir que una fórmula semejante había sido patentada varios años atrás. El dueño de la patente, un hombre llamado Fellows, tenía una dirección en Nueva York, y el abogado sugirió que Ralph se pusiera en contacto con él y tratara de llegar a un acuerdo.

La búsqueda del señor Fellows empezó una noche, después de que Ralph terminó de trabajar, y lo llevó primero al ático de una casa de huéspedes de Hudson Street, donde la patrona le enseñó un par de calcetines que el señor Fellows había dejado al mudarse. Ralph fue de allí hacia el sur en busca de otra casa de huéspedes, y luego al oeste, al barrio de los comerciantes de efectos navales y de las pensiones para marineros. La búsqueda nocturna se prolongó durante una semana. Ralph siguió la pista de las andanzas del señor Fellows al sur del Bowery, y luego en la parte alta del West Side. Subió escaleras que lo hicieron pasar ante puertas abiertas donde se daban lecciones de baile español, y dejar atrás prostitutas y mujeres que practicaban el concierto *Emperador*, hasta que una noche encontró al señor Fellows sentado en el borde de la cama en un ático, frotándose las manchas de su corbata con un trapo empapado de gasolina.

El señor Fellows era avaricioso: quería cien dólares en metálico y el cincuenta por ciento de los derechos de patente. Ralph consiguió que redujera esto último al veinte por ciento, pero no hubo forma de que disminuyera el pago inicial. El abogado redactó un documento definiendo la participación de Ralph y la del señor Fellows, y unos días más tarde Ralph fue a Brooklyn y consiguió llegar a una fábrica de persianas venecianas cuando las puertas estaban ya cerradas pero antes de que apagarán las luces de la oficina. El encargado aceptó fabricar algunas de acuerdo con la descripción de Ralph, pero tenía que hacerles un pedido por valor de cien dólares como mínimo. Ralph aceptó esta condición y también se comprometió a proporcionarles la mezcla de pintura para la superficie exterior de las tablillas. Todos aquellos gastos se llevaron más de tres cuartas partes del capital de los Whittemore, y ahora al problema del dinero se añadía el elemento tiempo. Pusieron un pequeño anuncio en el periódico solicitando un vendedor de artículos para el hogar, y durante una semana Ralph recibió a los candidatos en el cuarto de estar después de la cena. Eligió a un joven que salía para el Medio Oeste a finales de semana. Quería un adelanto de cincuenta dólares, y les hizo ver que Pittsburgh y Chicago eran ciudades exactamente igual de ruidosas que Nueva York. El departamento de cobros de unos grandes almacenes los amenazaba por entonces con llevarlos a juicio por deudas, y los Whittemore habían llegado a un punto en el que cualquier enfermedad, cualquier caída, cualquier daño que se hicieran a sí mismos o a la poca ropa que poseían resultarían funestos. El vendedor prometió escribirles desde Chicago al cabo de una semana, y ellos contaban con que las noticias fueran buenas, pero de Chicago no les llegó nada en absoluto. Ralph telegrafió dos veces al vendedor, y debieron de reexpedir los cables, porque les contestó desde Pittsburgh: «Imposible vender persianas. Devuelvo muestras transporte rápido.» Pusieron otro anuncio en el periódico para encontrar un nuevo vendedor, y Ralph aceptó al primero que llamó a la puerta, un caballero de avanzada edad con un aciano en el ojal de la solapa. Tenía también otras representaciones —papeleras decoradas con espejos, exprimidores de naranjas—, y dijo que conocía a fondo a todas las personas de Manhattan que compraban artículos para el hogar. Era parlanchín, y cuando descubrió que las persianas no se vendían, fue al apartamento de los Whittemore y analizó su producto detenidamente, con la mezcla de espíritu crítico y de caridad que reservamos habitualmente para los seres humanos.

Ralph necesitaba dinero, pero ni su salario ni su patente se consideraban adecuadas garantías

para un préstamo si no era con un tanto por ciento de interés absolutamente ruinoso, y un día, en el despacho donde trabajaba, le hicieron entrega de una citación cursada por el departamento de cobros de los grandes almacenes. Ralph volvió a Brooklyn y ofreció las persianas venecianas al fabricante que se las había hecho. El encargado le dio sesenta dólares por lo que le había costado cien, y Ralph pudo pagar a los grandes almacenes. Los Whittemore colgaron las muestras en sus ventanas, y trataron de olvidar todo aquel asunto.

Ahora eran más pobres que nunca, y comían lentejas para cenar todos los lunes, y en ocasiones también los martes. Laura lavaba los platos después de la cena mientras Ralph le leía algo a Rachel. Cuando la niña se quedaba dormida, él iba a su escritorio en el cuarto de estar y trabajaba en uno de sus proyectos. Siempre había expectativas de algo. Un empleo en Dallas y otro en Perú. Y también el protector de plástico para superficies curvas, el mecanismo para cerrar automáticamente las puertas de las neveras, y el plan para apoderarse sin permiso de descripciones detalladas de proyectos navales y competir con la marina. Durante un mes, Ralph estuvo a punto de comprar unos terrenos en barbecho al norte del estado de Nueva York para plantar allí árboles de Navidad, y luego, con uno de sus amigos, proyectó un negocio para enviar contra reembolso objetos de lujo, pero no lograron el menor apoyo financiero. Cuando los Whittemore se reunieron de nuevo con tío George y tía Helen en el Ritz, parecían encantados de cómo les iban las cosas. Les había ilusionado mucho, dijo Laura, una oferta que le habían hecho a Ralph para encargarse de una representación comercial en París, pero habían decidido rechazarla, por temor a que estallara la guerra.

Los Whittemore permanecieron dos años separados durante la contienda. Laura consiguió un empleo. Iba con Rachel al colegio por las mañanas y la recogía al terminar el día. Trabajando y ahorrando, pudo comprar alguna ropa para Rachel y para ella. Cuando Ralph regresó al terminar la guerra, sus asuntos estaban en perfecto orden. La vida en el ejército parecía haberle dado nuevos ánimos, y aunque aceptó su antiguo trabajo como un refugio contra el mal tiempo, como un triunfo en la manga, nunca habían hablado tanto sobre empleos, empleos en Venezuela y en Irán. Reanudaron todas sus antiguas costumbres y métodos de ahorro. Y siguieron siendo pobres.

Laura dejó su trabajo y volvió por las tardes a Central Park con Rachel. Alice Holinshed también estaba allí. Hablaron de las mismas cosas. Los Holinshed vivían en un hotel. El marido de Alice era vicepresidente de una nueva compañía que fabricaba refrescos, pero el vestido que la señora Holinshed llevaba día tras día era uno que Laura recordaba de antes de la guerra. Su hijo estaba muy delgado y tenía mal genio. Llevaba ropa de sarga, igual que los escolares ingleses, pero sus prendas, como el vestido de su madre, parecían gastadas y se le habían quedado pequeñas. Una tarde, cuando la señora Holinshed y su hijo llegaron al parque, el niño lloraba.

—He hecho una cosa terrible, —le dijo a Laura—. Hemos ido al médico y me he olvidado de coger dinero, y quería pedirte que me prestaras unos dólares para coger un taxi y volver al hotel.

Laura dijo que lo haría con mucho gusto. No tenía más que un billete de cincuenta dólares, y se lo dio. El niño seguía llorando, y su madre lo llevó a rastras hacia la Quinta Avenida. Laura nunca volvió a verlos por el parque.

La vida de Ralph seguía estando, como siempre, dominada por las esperanzas. En los primeros años después de la guerra, Nueva York parecía ser inmensamente rica. Daba la impresión de que había dinero por todas partes, y los Whittemore, que dormían en invierno extendiendo sobre la cama sus gastados abrigos para no pasar frío, sentían que para disfrutar de su parte en la prosperidad general

sólo necesitaban un poco de paciencia, de iniciativa y de suerte. Los domingos, cuando hacía buen tiempo, paseaban con las multitudes de gentes bien vestidas por la parte alta de la Quinta Avenida. A Ralph le parecía que quizá hiciera falta sólo otro mes, todo lo más un año, para encontrar la llave de la prosperidad que tanto se merecían. Paseaban por la Quinta Avenida hasta que se hacía de noche, y luego se iban a casa y cenaban una lata de judías y, para que la comida estuviese equilibrada, una manzana de postre.

Un domingo, al volver de uno de aquellos paseos, empezó a sonar el teléfono mientras subían la escalera hacia el apartamento. Ralph se adelantó y contestó a la llamada.

Oyó la voz de su tío George, un hombre de una generación que todavía conserva el sentido de la distancia, y que hablaba por teléfono como si llamara desde la orilla a un barco que pasase por el mar.

—¡Soy tu tío George, Ralph! —gritó, y su sobrino supuso que tía Helen y él habían venido inesperadamente a Nueva York, hasta que se dio cuenta de que lo estaba llamando desde Illinois—. ¿Me oyes bien? —vociferó tío George—. ¿Me oyes bien, Ralphie...? Te llamo para hablarte de un empleo, por si acaso estás buscando un trabajo nuevo. Paul Hadaam pasó por aquí, ¿me oyes, Ralphie? Paul Hadaam pasó por aquí camino del este la semana pasada, y vino a hacerme una visita. Tiene mucho dinero, Ralphie, es muy rico, y va a montar una empresa en el oeste para fabricar lana sintética. ¿Me oyes, Ralphie...? Yo le hablé de ti, y se va a hospedar en el Waldorf, así que ve a verlo. Una vez le salvé la vida: lo saqué del lago Erie. Ve a verlo mañana al Waldorf, Ralphie. ¿Sabes dónde está? El hotel Waldorf... Espera un momento, aquí está tía Helen. Quiere hablar contigo.

Ahora le llegó una voz femenina, pero mucho más débilmente. Todos sus hijos habían cenado con ellos, le dijo su tía. Habían comido pavo. Sus nietos también estaban allí, y se portaban muy bien. George se los había llevado a dar un paseo después de cenar. Hacía calor, pero si se sentaban en el porche no lo notaban. Tía Helen vio interrumpido el relato del domingo por su marido, que le quitó el auricular para continuar su cantinela sobre la visita al señor Hadaam en el Waldorf.

—Ve a verlo mañana, Ralphie, mañana, que es 19, en el Waldorf. Te está esperando. ¿Me oyes...? El hotel Waldorf. Es millonario. Me despido ya, ¿eh? Adiós.

El señor Hadaam tenía una suite en The Waldorf Towers, y cuando Ralph fue a verlo al día siguiente a última hora de la tarde, al volver a casa del trabajo, el millonario estaba solo. A Ralph le pareció un hombre muy viejo, pero muy terco, y por su manera de estrecharle la mano, de tirarse de los lóbulos de las orejas, de desperezarse y de pasearse por el saloncito con sus piernas arqueadas, Ralph comprendió que se hallaba ante un espíritu en plena posesión de sus facultades, independiente y tenaz. A Ralph le ofreció un whisky apenas sin agua y él se sirvió otro más flojo. Iba a ocuparse de la fabricación de lana sintética en la costa oeste, explicó, y había venido al este en busca de personas con experiencia en la comercialización de la lana. George le había dado el nombre de Ralph, y él quería un hombre con su experiencia. Encontraría una casa adecuada para los Whittemore, se ocuparía de facilitarles los medios de transporte, y Ralph comenzaría con un sueldo de quince mil dólares. Fue la cuantía del sueldo lo que le hizo darse cuenta a Ralph de que el ofrecimiento del señor Hadaam era una manera indirecta de recompensar a su tío por haberle salvado la vida, y el anciano pareció comprender sus sentimientos.

—Esto no tiene nada que ver con el hecho de que su tío me salvara la vida —dijo bruscamente—. Le estoy agradecido, ¿quién no lo estaría?, pero esto no tiene nada que ver con su tío, si es eso lo que está pensando. Cuando se llega a ser tan viejo y tan rico como yo, resulta difícil conocer gente. Todos mis viejos amigos han muerto..., todos menos George. Estoy rodeado por una cadena de asociados y parientes que resulta prácticamente impenetrable, y si no fuera por George, que me da un nombre de vez en cuando, nunca llegaría a ver una cara nueva. El año pasado tuve un accidente de tráfico. Fue culpa mía: soy muy mal conductor. Choqué con el coche de un joven, me apeé inmediatamente, me acerqué a él y me presenté. Como tuvimos que esperar unos veinte minutos hasta que llegaron las grúas, estuvimos hablando. Bien, en la actualidad trabaja para mí y es uno de los mejores amigos que tengo, y si no hubiera chocado con él nunca lo hubiese conocido. Cuando uno llega a ser tan viejo como yo, ésa es la única manera de conocer gente..., accidentes de tráfico, fuegos, cosas así.

Se irguió, se recostó contra el respaldo de la silla y saboreó el whisky. Sus habitaciones se hallaban muy por encima del ruido del tráfico, y el silencio era casi total. La respiración del señor Hadaam era fuerte y regular y, durante una pausa, sonó como la tranquila respiración de alguien que duerme.

—Bueno, no quiero que tome usted una decisión precipitada —dijo—. Vuelvo a la costa oeste pasado mañana. Piénselo y yo le telefonaré. —Sacó una agenda y escribió el nombre de Ralph y su número de teléfono—. Lo llamaré el 27 por la noche, que es martes, a eso de las nueve..., a las nueve según el horario de aquí. George me ha dicho que tiene usted una mujer encantadora, pero en este momento no tengo tiempo para conocerla. La veré en la costa. —Pasó a hablar sobre béisbol y luego llevó otra vez la conversación al tío George—: Me salvó la vida. El maldito bote se dio la vuelta, luego se enderezó y empezó a hundirse inmediatamente. Todavía lo siento, hundiéndose bajo mis pies. No sabía nadar entonces, y sigo sin saber ahora. Bueno, hasta la vista.

Se dieron la mano, y nada más cerrarse la puerta, Ralph oyó cómo el señor Hadaam empezaba a toser. Era la tos irreverente y machacona de un anciano, llena de amargas quejas y de achaques, y siguió castigándolo sin compasión durante todo el tiempo que Ralph tuvo que esperar en el descansillo hasta que llegó el ascensor.

Camino de casa, Ralph pensó que aquélla podía ser la ocasión, que aquella absurda cadena de casualidades que había empezado con su tío sacando a un amigo del lago Erie podía ser la que los salvara. Al menos él, personalmente, no tenía motivos para considerarla inverosímil. Ralph reconocía que la proposición era el capricho de un anciano y que surgía de la gratitud que el señor Hadaam sentía hacia su tío: una gratitud que parecía haber aumentado con los años. Al llegar a casa, le contó a Laura los detalles de la entrevista y su propia opinión sobre la conducta del señor Hadaam, y con cierta sorpresa por su parte, Laura dijo que a ella le parecía la oportunidad que llevaban tanto tiempo esperando. Ambos se mostraron extraordinariamente tranquilos, teniendo en cuenta el cambio que los esperaba. No se habló de celebración, y Ralph ayudó a su mujer a fregar los platos. Buscó en un atlas el emplazamiento de la fábrica del señor Hadaam, y el nombre español en la costa norte de San Francisco les permitió vislumbrar una vida de razonable bienestar.

Quedaba un lapso de ocho días entre la entrevista y la llamada telefónica, y Ralph se dio cuenta de que no habría nada definitivo hasta el martes, y que existía la posibilidad de que el anciano señor Hadaam, mientras cruzaba el país, pudiera, bajo la sutil influencia del viaje, cambiar de idea. También podía intoxicarse con un sándwich de pescado, y morir en un hospital de Chicago, al tener

que bajarlo allí del tren. Entre las personas que lo esperasen en San Francisco podía estar su abogado, con la noticia de que se había arruinado o de que su mujer le había abandonado. Pero al final Ralph fue incapaz de inventar nuevos desastres o de creer en los que ya se le habían ocurrido.

Esta incapacidad para seguir dudando de su buena suerte ponía de manifiesto la existencia de un fallo en su carácter. Apenas había pasado un solo día de su vida en el que no se le hubiera hecho sentir el poder del dinero, pero Ralph descubría que su fuerza resultaba especialmente irresistible cuando tomaba la forma de una promesa, y que los años de decidida autorrenuncia, en lugar de recompensarlo con mayores reservas de fortaleza, lo habían hecho especialmente susceptible a la tentación. Puesto que el cambio en sus vidas dependía aún de una llamada telefónica, se abstuvo de hablar —de pensar, dentro de lo posible— de la vida que podrían llevar en California. Llegaba a decir que le gustaría tener algunas camisas blancas, pero no iba más allá de este deseo deliberadamente pesadoso, y, en aquel caso, cuando creía ejercitar su comedimiento y su inteligencia, lo que en realidad hacía era empezar a sentir respeto por todo el cúmulo de supersticiones a las que se considera acompañantes de la buena suerte, y cuando deseaba camisas blancas, no era un deseo auténticamente modesto sino tan sólo una forma de recordar —él mismo no hubiese sido capaz de expresarlo con palabras— que los dioses de la fortuna son celosos y se los engaña fácilmente con la falsa modestia. Ralph no había sido nunca supersticioso, pero el martes vertió el dinero que tenía en la mesa de café y se alborozó al descubrir una mariquita en el alféizar de la ventana del cuarto de baño. No recordaba cuándo había oído asociar a aquel insecto con el dinero, pero tampoco podría haber explicado ninguno de los otros presagios que empezaron a gobernar sus movimientos.

Laura advertía este cambio sutil que la esperanza iba operando en su marido, pero no podía decir nada. Ralph no hablaba ni del señor Hadaam ni de California. Permanecía en silencio; se mostraba amable con Rachel; paulatinamente, fue poniéndose pálido. El miércoles se hizo cortar el pelo. Se puso su mejor traje. El sábado le cortaron de nuevo el pelo y le hicieron la manicura. Se bañaba dos veces al día, se cambiaba de camisa para cenar, e iba con frecuencia al cuarto de baño para lavarse las manos y los dientes y alisarse con agua el remolino que tenía en el pelo. El desmedido cuidado con que trataba su cuerpo hacía pensar a Laura en un adolescente sorprendido por un temprano amor.

Los invitaron a una fiesta el lunes por la noche, y Laura insistió en que fueran. Los invitados eran los supervivientes de un grupo formado diez años antes, y si alguien hubiese pasado lista con los nombres de los asistentes a otras fiestas en la misma habitación, como se hace en la ceremonia de retreta de un regimiento roto y diezmado, «Desaparecido... Desaparecido... Desaparecido», hubiese sido la respuesta de la patrulla enviada a Westchester. «Desaparecido... Desaparecido... Desaparecido», habrían sido las palabras del pelotón que el divorcio, la bebida, las enfermedades nerviosas y la adversidad habían asesinado o herido. Como Laura había ido a la fiesta sin ganas, fue consciente de los que faltaban.

Llevaba menos de una hora allí cuando oyó llegar a algunas personas y, al volver la cabeza, vio a Alice Holinshed y a su marido. El salón estaba abarrotado, y Laura decidió esperar hasta más tarde para hablar con ella. Mucho tiempo después fue al cuarto de baño, y al salir otra vez al dormitorio se encontró con Alice sentada en la cama. Parecía estar esperándola. Laura se instaló ante el tocador para peinarse, y vio la imagen de su amiga reflejada en el espejo.

—He oído que os vais a California —dijo Alice.

—Eso esperamos. Lo sabremos mañana.

—¿Es cierto que el tío de Ralph le salvó la vida?

—Sí, es cierto.

—Tenéis suerte.

—Supongo que sí.

—Tenéis suerte, no cabe duda.

Alice se levantó de la cama, cruzó la habitación, cerró la puerta, y volvió a sentarse en la cama. Laura la contempló a través del espejo, pero ella no miraba a Laura. Se la veía encogida y parecía nerviosa.

—Tenéis suerte —repitió—. Tenéis mucha suerte. ¿Te das cuenta de la suerte que tenéis? Déjame que te hable de mi pastilla de jabón —siguió—. Es una pastilla de jabón que tengo; que tenía, mejor dicho. Alguien me la regaló cuando me casé, hace quince años. No recuerdo quién; alguna criada, una profesora de música, alguien así. Era jabón de buena calidad, inglés, del tipo que me gusta, y decidí guardarlo para el día en que Larry tuviera un gran éxito, para cuando me llevara a las Bermudas. Primero pensé usarlo cuando consiguió el trabajo en Bound Brook. Luego se me ocurrió que podría usarlo cuando nos íbamos a Boston, y luego a Washington, y más tarde, cuando consiguió este nuevo puesto; quizá sea esta vez, pensé, quizá sea ahora cuando pueda sacar al chico de esa horrible escuela, y pague las cuentas atrasadas y dejemos esos hoteles de mala muerte en los que hemos estado viviendo. Durante quince años he planeado cuándo utilizar la pastilla de jabón. Bien, pues la semana pasada, mirando en los cajones de la cómoda, la vi. Estaba toda cuarteada. La tiré; la tiré porque sabía que nunca tendré una oportunidad para utilizarla. ¿Te das cuenta de lo que quiere decir eso? ¿Sabes cómo se siente una después de eso? Vivir durante quince años de promesas, esperanzas, préstamos y a crédito en hoteles que no están hechos para seres humanos, sin verse libre de deudas ni un solo día, y sin embargo fingir, creer que cada año, cada invierno, cada empleo, cada reunión va a ser la definitiva. Vivir así durante quince años y luego darse cuenta de que todo seguirá siempre igual. ¿Tienes idea de cómo se siente una? —Se levantó para acercarse al tocador y se detuvo delante de Laura. Tenía los ojos llenos de lágrimas y su voz era ronca y fuerte—. Nunca iré a las Bermudas —dijo—. No iré nunca a Florida. Nunca conseguiré soltarme del anzuelo, nunca, nunca, *nunca*. Sé que no tendré nunca una casa decente y que tendré que seguir usando todo lo que poseo, que está gastado y roto y que no es de buena calidad. Sé que durante lo que me queda de vida, todo lo que me quede de vida, llevaré combinaciones raídas, camisones rotos, ropa interior hecha un desastre y zapatos que me hacen daño. Sé que en lo que me queda de vida nadie se acercará a mí para decirme que llevo un vestido muy bonito, porque nunca podré comprarme un vestido así. Sé que durante el resto de mi vida todos los taxistas, los porteros y los camareros de esta ciudad van a saber al cabo de un minuto que no llevo ni cinco dólares en ese bolso negro de imitación de ante que durante diez años he cepillado y cepillado y cepillado, llevándolo conmigo a todas partes. ¿Cómo lo consigues? ¿Qué valor le das? ¿Qué tienes de maravilloso para conseguir una oportunidad como ésta? —Recorrió con los dedos el brazo desnudo de Laura. El vestido que llevaba puesto olía a gasolina—. ¿Lo conseguiré si te toco? ¿Hará eso que tenga suerte? Te juro por Dios que mataría a cualquiera si creyera que con ello conseguiríamos algún dinero. Le retorcería el cuello a alguien, a ti, a cualquiera. Te juro que lo haría...

En ese momento, alguien llamó a la puerta. Alice fue a abrirla y salió del cuarto. Entró una mujer, una desconocida que buscaba el cuarto de baño. Laura encendió un cigarrillo y esperó unos diez minutos en el dormitorio antes de volver a la fiesta. Los Holinshed ya se habían marchado para entonces. Pidió un whisky, se sentó y trató de mantener una conversación, pero se le iba de la cabeza lo que estaba diciendo.

La caza, la búsqueda del dinero que había considerado una actividad tan natural, tan grata, tan justa cuando al principio se consagraron a ella, le parecía ahora una expedición corsaria llena de riesgos. A primera hora de la noche había pensado en los desaparecidos. Ahora pensó de nuevo en ellos. La adversidad y el fracaso explicaban más de la mitad de las ausencias, como si, debajo de los modales corteses en aquella agradable habitación, estuviera en marcha una despiadada carrera en la que las penalidades impuestas al que perdía fuesen extremas. Laura sintió frío. Con los dedos sacó el cubito de hielo que tenía en el vaso y lo puso en un jarrón de flores, pero el whisky no logró hacerla entrar en calor. Y le pidió a Ralph que la llevara a casa.

El martes, después de cenar, Laura lavó los platos y Ralph los secó. Él leyó el periódico y ella cosió un poco. A las ocho menos cuarto sonó el teléfono en el dormitorio, y Ralph fue a cogerlo sin apresurarse. Era alguien con dos entradas para una obra de teatro que estaban a punto de quitar. El teléfono no volvió a sonar, y a las nueve y media Ralph le dijo a Laura que iba a llamar a California. No hizo falta mucho tiempo para establecer la comunicación, y una juvenil voz femenina le respondió desde el número del señor Hadaam.

—Ah, sí, el señor Whittemore —dijo—. Hace un rato hemos intentado ponernos en contacto con usted, pero la línea estaba ocupada.

—¿Puedo hablar con el señor Hadaam?

—No, señor Whittemore. Soy la secretaria del señor Hadaam. Sé que él tenía intención de telefonarle porque lo apuntó en su agenda. El señor Hadaam me ha pedido que explique la situación al mayor número posible de personas, y he procurado ocuparme de todas las llamadas y las citas que tenía anotadas en su agenda. El señor Hadaam sufrió un ataque de apoplejía el domingo. No tenemos esperanzas de que se restablezca. Imagino que le había hecho a usted algún tipo de promesa, pero me temo que no estará en condiciones de mantenerla.

—Lo siento mucho —dijo Ralph. Luego colgó.

Laura había entrado en el dormitorio cuando estaba hablando la secretaria.

—¡Cariño! —exclamó.

Dejó el cesto de las labores sobre la cómoda y se dirigió hacia el armario. Luego volvió y buscó algo en el costurero y lo dejó sobre su tocador. Después se quitó los zapatos, los puso en la horma, se sacó el vestido por la cabeza y lo colgó muy bien doblado. Luego se dirigió a la cómoda, buscando el costurero, lo encontró sobre el tocador, se lo llevó al armario y lo dejó en un estante. A continuación se llevó el cepillo y el peine al cuarto de baño y abrió el agua para bañarse.

El latigazo de la frustración había azotado a Ralph, y el dolor lo atontó. No llegó a saber cuánto tiempo se quedó sentado junto al teléfono. Oyó salir a Laura del cuarto de baño. Se volvió hacia ella cuando oyó su voz:

—Siento terriblemente lo que le ha pasado al pobre señor Hadaam. Me gustaría que hubiese algo que pudiésemos hacer. —Llevaba puesto el camisón, y se instaló delante del tocador como una mujer hábil y paciente situándose delante de un telar, y cogió y dejó horquillas y frascos y peines y cepillos con la fácil destreza de una experta hilandera, como si el tiempo que pasaba allí fuese todo él parte de una continua operación—. Sí que parecía ser el tesoro...

La palabra sorprendió a Ralph, y por un momento vio la quimera, la olla repleta de monedas de oro, el vellocino, el tesoro enterrado en los suaves colores de un arco iris, y el primitivismo de su búsqueda lo sorprendió. Armado con una azada bien afilada y una varita mágica de fabricación casera, había recorrido colinas y valles, entre sequías y aguaceros, cavando dondequiera que los mapas dibujados por él mismo prometían oro. Seis pasos al este del pino muerto, cinco paneles a partir de la puerta de la biblioteca, debajo del escalón que cruje, en las raíces del peral, debajo de la parra, está escondida la olla llena de doblones y de lingotes de oro.

Laura se volvió en el taburete y extendió los brazos en su dirección, como había hecho más de un millar de veces. Ya no era joven, y estaba más pálida y delgada que si él hubiese encontrado los doblones que le habrían ahorrado preocupaciones y tener que trabajar incansablemente. Su sonrisa, sus hombros desnudos, habían empezado a crear las indescifrables formas y símbolos que constituyen la piedra de toque del deseo, y la luz de la lámpara parecía dar brillo y calor, y derramar esa inexplicable complacencia, esa benevolencia que trae la luz del sol en primavera sobre cualquier especie de fatiga y de desesperación. Desearla alegró y turbó a Ralph al mismo tiempo. Allí estaba, allí estaba todo, y le pareció entonces que el brillo del oro se encontraba todo él alrededor de los brazos de Laura.

Clancy en la torre de Babel

James y Nora Clancy procedían de granjas próximas a un pueblecito llamado Newcastle. Newcastle está cerca de Limerick. Habían sido pobres en Irlanda y no les iba mucho mejor en su nuevo país, pero eran personas decentes y limpias. Sus granjas de origen habían sido sitios bien organizados, donde vivían las mismas familias desde mucho tiempo atrás, y los Clancy disfrutaban del beneficio de una tradición. Sus sencillas costumbres campesinas estaban tan profundamente enraizadas que veinte años en Nueva York habían tenido muy poco efecto sobre ellos. Nora iba al mercado con una cesta de mimbre bajo el brazo, como una mujer que sale a la huerta, y el agradable rostro de Clancy reflejaba una vida de total simplicidad. Sólo tenían un hijo, John, y ambos habían sido capaces de transmitirle su actitud satisfecha y apacible ante el mundo. Eran personas cuya existencia giraba en torno a media manzana de casas, que se arrodillaban para rezar: «Dios te salve, María, llena eres de gracia», y que se turnaban los sábados por la noche en el uso de la bañera que había en la cocina.

Cuando Clancy era todavía un hombre fuerte alrededor de los cuarenta, se cayó por una escalera en la fábrica y se rompió la cadera. Estuvo casi un año sin trabajar, y aunque cobró el subsidio de desempleo, la cantidad era inferior a la de su antiguo salario, y su familia y él sufrieron el dolor del endeudamiento y de la necesidad. Cuando Clancy se restableció, le quedó una cojera, y tardó mucho tiempo en encontrar otro trabajo. Iba a la iglesia todos los días, y al final consiguió un puesto de ascensorista en uno de los grandes edificios de apartamentos del East Side por mediación de un sacerdote. Los buenos modales de Clancy y su rostro agradable y limpio gustaron a los inquilinos, y con su sueldo y las propinas que le daban ganaba lo suficiente para pagar sus deudas y mantener a su mujer y a su hijo.

El edificio de apartamentos no quedaba lejos de la humilde casa de vecindad donde James y Nora habían vivido, desde que se casaron, pero financiera y moralmente era como una creación distinta, y, al principio, Clancy miraba a los inquilinos de los apartamentos como si estuviesen hechos de una pasta distinta. Las señoras llevaban abrigos y joyas que costaban más de lo que Clancy podría ganar en toda una vida de trabajo, y cuando llegaba a casa por las noches, le contaba a Nora, como un viajero de regreso al hogar, las cosas que había visto. Le interesaban los caniches, las reuniones para tomar cócteles, los niños y sus niñeras, y le decía a Nora que aquel sitio era igual que la torre de Babel.

A Clancy le llevó algún tiempo aprenderse a qué pisos pertenecían los inquilinos, emparejar a los esposos con sus mujeres, unir a los hijos con sus padres, y a los criados (que utilizaban los ascensores de atrás) con cada una de las familias, pero finalmente acabó por conseguirlo, y se sintió satisfecho de tenerlo todo en orden. Entre sus rasgos de carácter se hallaba un apasionado sentido de la lealtad, y con frecuencia hablaba del Edificio como si fuera una escuela o una corporación, producto de una comunidad de sentimientos y aspiraciones. «Nunca haría nada que perjudicase al Edificio», decía a menudo. Sus modales eran respetuosos, pero no carecía de sentido del humor, y cuando el II-A mandó un frac a la tintorería, Clancy se lo puso y estuvo paseándose un buen rato por el vestíbulo de atrás. Veía a la mayor parte de los inquilinos con indiscriminada benevolencia, aunque existían algunas pocas excepciones. Había un borracho que pegaba a su mujer; era un zoquete corpulento y piesplanos, en opinión de Clancy, y el Edificio no era su sitio. Luego había una chica muy bonita en el

II-B que salía por las noches con un hombre débil de carácter: Clancy estaba seguro, porque el individuo en cuestión tenía un hoyuelo en la barbilla. Clancy se lo advirtió a la chica, aunque ella no hizo caso de sus consejos. Pero el inquilino que más le preocupaba era el señor Rowantree.

El señor Rowantree, un hombre soltero, vivía en el 4-A. Se hallaba en Europa cuando Clancy empezó a trabajar en el Edificio, y no regresó a Nueva York hasta el invierno. Cuando Clancy vio al señor Rowantree por primera vez, le pareció un hombre bien parecido de cabello entrecano, que se sentía cansado después de un largo viaje. El ascensorista esperó a que volviera a instalarse en la ciudad, a que amigos y parientes comenzaran a telefonarle y a escribir, y a que el propio señor Rowantree iniciase el toma y daca de fiestas practicado por la mayor parte de los inquilinos.

Para entonces, Clancy había descubierto ya que los pasajeros del ascensor no estaban hechos de otra pasta. Todos ellos se hallaban firmemente anclados en el mundo por una intrincada red de amigos y amantes, perros y canarios, deudas, herencias, fideicomisos y empleos, y esperó a que el señor Rowantree desplegara sus conexiones. Pero no sucedió nada. El señor Rowantree salía a trabajar a las diez de la mañana y volvía a casa a las seis; ningún visitante se presentaba a verlo. Pasó un mes sin que tuviera un solo invitado. A veces salía por las noches, pero siempre regresaba solo, y por lo que a Clancy se le alcanzaba, podía muy bien continuar cultivando su soledad en cualquiera de los cines de los alrededores. La falta de amigos en aquel hombre sorprendió primero y luego empezó a exasperar y a preocupar a Clancy. Un día, cuando trabajaba en el turno de noche y el señor Rowantree salió de casa solo, Clancy detuvo el ascensor entre dos pisos.

—¿Va usted a cenar, señor Rowantree? —le preguntó.

—Sí —dijo el otro.

—Bueno, pues si come usted por este barrio, señor Rowantree —dijo Clancy—, descubrirá usted que el Bill's Clam Bar es el único restaurante que merece la pena. Llevo veinte años viviendo en esta zona y los he visto aparecer y desaparecer. Los otros tienen iluminación de lujo y precios más caros, pero sólo encontrará buenos alimentos en el Bill's Clam Bar.

—Gracias, Clancy —dijo el señor Rowantree—. No lo olvidaré.

—Perdóneme —siguió Clancy—, no quisiera resultar demasiado curioso, pero ¿le importaría decirme en qué trabaja usted?

—Tengo una tienda en la Tercera Avenida. Venga a verla cualquier día.

—Lo haré con gusto. Pero, se me ocurre que a usted debe de gustarle cenar con sus amigos, en lugar de estar solo todo el tiempo. —Clancy se daba cuenta de que aquello era inmiscuirse en la intimidad de su interlocutor, pero lo empujaba la idea de que aquel ser humano quizá necesitara ayuda—. Un hombre tan bien parecido como usted debe de tener amigos —añadió—, y lo normal sería que cenara usted con ellos.

—Voy a cenar con una de mis amistades, Clancy —dijo el señor Rowantree.

Aquella respuesta hizo que Clancy se sintiera más tranquilo, y que se olvidara del señor Rowantree durante una temporada. El Edificio le dio vacaciones el día de San Patricio para que

podiera tomar parte en el desfile, y cuando terminó el festejo y Clancy se dirigía ya hacia su casa, decidió buscar la tienda de la Tercera Avenida. El señor Rowantree le había dicho en qué manzana estaba; no le resultó difícil encontrarla. A Clancy le agradó descubrir que era un local amplio, con dos puertas de entrada, separadas por un gran escaparate. Clancy miró a través del cristal para ver si el señor Rowantree estaba ocupado con un cliente, pero no había nadie dentro. Antes de entrar, examinó los objetos expuestos en el escaparate. Le desilusionó comprobar que no se trataba de una sastrería ni de una tienda de *delicatessen*. Parecía más bien un museo. Había copas y candelabros, mesas y sillas, todo ello antiguo. Abrió la puerta. Se oyó un tintineo, y Clancy levantó la vista para ver la campana pasada de moda con la cuerda de la que colgaba. El señor Rowantree salió de detrás de un biombo y lo saludó cordialmente.

A Clancy no le gustó la tienda. Tuvo la impresión de que el señor Rowantree estaba perdiendo el tiempo allí. Le preocupaba la idea de que un hombre gastara diariamente sus energías en un sitio como aquél. Un pasillo muy estrecho, entre mesas y escritorios, ánforas y estatuas, avanzaba hacia el interior de la tienda para dividirse luego en varias direcciones. Clancy nunca había visto tantos cachivaches juntos. Como no le cabía en la cabeza que todo aquello pudiera fabricarse en un solo país, imaginó que se trataba de objetos traídos desde todos los rincones del mundo. A Clancy le pareció una pérdida de tiempo haber reunido todas aquellas cosas en una oscura tienda de la Tercera Avenida. Pero era sobre todo la confusión y el despilfarro lo que le desagradaba; la sensación de estar rodeado por símbolos de frustraciones, y de que todos los jóvenes y las doncellas de porcelana en sus actitudes amorosas servían tan sólo de acompañamiento a la amargura. Quizá el hecho de que una vida tan feliz como la suya hubiese transcurrido en habitaciones desnudas hacía que Clancy asociase bondad con fealdad.

Tuvo mucho cuidado de no decir nada que pudiera ofender al señor Rowantree.

—¿Tiene usted algún dependiente que lo ayude? —preguntó.

—Sí, claro —dijo el señor Rowantree—. La señorita James está aquí casi siempre. Somos socios.

De modo que era eso, pensó Clancy. La señorita James. Ésa era su ocupación por las noches. Pero, entonces, ¿por qué no se casaban? ¿Era acaso porque él ya lo estaba? Quizá el señor Rowantree había sido víctima de alguna terrible desgracia, como que su mujer se hubiese vuelto loca, o que le hubieran quitado a sus hijos.

—¿Tiene usted alguna fotografía de la señorita James? —preguntó Clancy.

—No —respondió el señor Rowantree.

—Bueno, me alegro mucho de haber visto su tienda, y le quedo muy agradecido —dijo Clancy.

El paseo había merecido la pena, porque de la tienda oscura se llevó una clara imagen de la señorita James. Era un buen apellido, un apellido irlandés, y de ahora en adelante, cuando el señor Rowantree saliera por las noches, Clancy le preguntaría por la señorita James.

John, el hijo de Clancy, estaba en el último año de instituto. Era capitán del equipo de baloncesto y un personaje en su centro docente, y aquella primavera presentó un ensayo sobre la democracia a un concurso patrocinado por un industrial de Chicago. Se presentaron millones de concursantes, pero John obtuvo una mención honorífica, que le daba derecho a un viaje a Chicago en avión y a una visita de una semana a la ciudad con todos los gastos pagados. El muchacho, como es lógico, estaba contento con aquel regalo inesperado y lo mismo le pasaba a su madre, pero se diría que era a Clancy a quien le habían dado el premio. Se lo contó a todos los inquilinos del Edificio, les preguntó qué clase de ciudad era Chicago, y si era peligroso viajar en avión. Clancy se despertaba a medianoche y se iba al cuarto de John a contemplar a aquel maravilloso hijo suyo mientras dormía. El cerebro del muchacho estaba lleno de saber, pensaba. Tenía buen corazón y mucha fortaleza. Era pecado, Clancy lo sabía, confundir la inmortalidad del Espíritu Santo y el amor terrenal, pero cuando se daba cuenta de que John tenía su misma carne y sangre, de que el rostro del muchacho era su mismo rostro, mejorado por una mayor movilidad e inteligencia, y de que cuando él, Clancy, hubiese muerto, alguna costumbre o gusto suyo viviría en el muchacho, llegaba a la conclusión de que no había nada de doloroso en la muerte.

El avión de John salía para Chicago un sábado por la tarde. El muchacho fue a confesarse y luego se dirigió andando hasta el Edificio para despedirse de su padre. Clancy retuvo al muchacho en el vestíbulo todo lo que pudo y se lo presentó a los inquilinos que cruzaron por allí. Finalmente llegó el momento en que el chico tenía que marcharse. El portero se hizo cargo del ascensor, y Clancy acompañó a John hasta la esquina. Era una soleada y transparente tarde de cuaresma; no había ni una sola nube en el cielo. El muchacho llevaba su mejor traje, y para Clancy no había otro que pudiera comparársele. Se estrecharon la mano en la esquina, y el ascensorista regresó cansadamente al Edificio. Había muy pocas personas utilizando el ascensor, y Clancy se quedó junto a la puerta de entrada, viendo a la gente que pasaba por la acera. La mayoría llevaban su mejor ropa e iban camino de alguna diversión. Clancy les deseaba lo mejor a todos. Al otro lado de la calle vio la cabeza y los hombros del señor Rowantree, y se dio cuenta de que estaba con un joven. Clancy esperó y les abrió la puerta cuando se acercaron.

—Hola, Clancy —saludó el señor Rowantree—. Quiero que conozca a mi amigo Bobbie. Vivirá aquí de ahora en adelante.

Clancy dejó escapar un gruñido. El joven no tenía nada de joven. Llevaba el pelo corto, un suéter color amarillo canario y un abrigo con hombreras, pero era de la edad del señor Rowantree, y casi tan viejo como Clancy. Todas las características y los ademanes de la juventud que un hombre normal deja de lado cuando llega el momento persistían obscenamente en él. Se había aplicado un cosmético para que le brillaran los ojos, olía a perfume, y el señor Rowantree lo cogió del brazo para ayudarlo a cruzar la puerta como si fuera una chica bonita. Tan pronto como Clancy vio con qué tenía que enfrentarse, adoptó una postura firme. Se quedó en la puerta. El señor Rowantree y su amigo cruzaron el vestíbulo y entraron en el ascensor. Luego llamaron al timbre.

—¡No pienso subirlos en mi ascensor! —gritó Clancy desde el otro extremo del vestíbulo.

—Venga aquí, Clancy —dijo el señor Rowantree.

—No voy a llevar a ese tipo en mi ascensor —insistió Clancy.

—Haré que lo despidan por esto —aseguró el señor Rowantree.

—Me tiene sin cuidado —dijo Clancy—. Yo no los subo en el ascensor.

—Venga aquí, Clancy.

Pero Clancy no respondió. El señor Rowantree apoyó el dedo en el botón y lo mantuvo allí un buen rato. Clancy no se movió. Oyó hablar al señor Rowantree con su amigo. Un momento después empezaron a subir andando la escalera. Toda la solicitud que había sentido por él, las veces que lo había imaginado paseando por el parque con la señorita James, le parecieron dinero perdido en una terrible estafa. Se sintió herido y lleno de amargura. La idea de Bobbie viviendo en el Edificio le resultaba insoportable, y le pareció un desafío a sus simples convicciones sobre la vida. Se comportó de manera brusca con todo el mundo durante el resto del día. Incluso habló con aspereza a los niños. Cuando bajó al sótano a quitarse el uniforme, el señor Coolidge, el encargado, lo llamó a su despacho.

—Rowantree se ha pasado la última hora tratando de que lo despedamos, Jim —dijo—. Ha dicho que no ha querido usted subirlo en el ascensor. No voy a despedirlo porque es usted un hombre bueno y trabajador, pero le voy a hacer una advertencia: el señor Rowantree conoce a mucha gente rica y con influencias, y si no se ocupa usted de sus propios asuntos, conseguirá que lo echen.

El señor Coolidge estaba rodeado de todos los tesoros que había encontrado en los cubos de basura de las entradas de servicio: lámparas rotas, jarrones rotos, un cochecito de bebé con tres ruedas...

—Pero él... —empezó Clancy.

—No es asunto suyo, Jim. Ha estado muy tranquilo desde que volvió de Europa. Es usted un hombre bueno y trabajador, Clancy, y no quiero despedirlo, pero tiene que acordarse de que no es usted quien manda aquí.

Al día siguiente era Domingo de Ramos, y, gracias a Dios, el ascensorista no vio al señor Rowantree. El lunes, Clancy añadió a su amargura por tener que vivir en Sodoma la profunda y general aflicción que experimentaba siempre al comienzo de los sucesos que terminarían en el Gólgota. Era un día muy triste. Nubes y oscuridad flotaban sobre Nueva York. De vez en cuando, llovía. Clancy bajó al señor Rowantree en el ascensor a las diez. No dijo nada, pero le lanzó una mirada de desprecio. Las señoras empezaron a salir alrededor de las doce para almorzar. Bobbie, el amigo del señor Rowantree, salió también hacia esa hora.

A eso de las dos y media, una de las señoras regresó del almuerzo oliendo a ginebra, e hizo una cosa muy curiosa. Cuando entró en el ascensor, se volvió de cara a la pared, para que Clancy no la viera.

Él no era un hombre que mirase el rostro de alguien si esa persona deseaba ocultarlo, y eso hizo que se enfadara. Detuvo el ascensor.

—Vuélvase —ordenó—. Vuélvase. Me avergüenzo de usted, una mujer con tres hijos crecidos, vuelta de cara a la pared como una niñita llorona.

La señora se volvió. Estaba llorando por algo. Clancy puso otra vez en marcha el ascensor.

—Debería usted ayunar —murmuró—. Quedarse sin cigarrillos o sin carne durante la cuaresma. Eso le daría algo en lo que pensar.

La señora salió del ascensor, y Clancy acudió a la llamada del timbre desde la planta baja. Era el señor Rowantree. Lo subió hasta su piso. Luego llevó a la señora DePaul al noveno. Era una mujer muy simpática, y le habló de John y de su viaje a Chicago. Al bajar de nuevo, empezó a oler a gas.

Para un hombre que ha vivido siempre en una casa de vecindad, el olor a gas es el olor del invierno, de la enfermedad, de la carestía y de la muerte. Clancy subió al piso del señor Rowantree. Era allí. Tenía la llave maestra, abrió la puerta y penetró en aquel aliento infernal. Estaba todo oscuro. Oyó las llaves de paso silbando en la cocina. Sujetó la puerta con una alfombra para que no se cerrara y abrió una ventana del pasillo. Sacó la cabeza fuera en busca de un poco de aire. Luego, aterrado ante la idea de saltar él mismo por los aires, maldiciendo, rezando y medio cerrando los ojos, como si el aire envenenado pudiera dejarlo ciego, se dirigió hacia la cocina y se dio un golpe terrible contra el marco de la puerta que le dejó todo el cuerpo helado de dolor. Entró en la cocina dando tumbos, cerró el gas y abrió las puertas y las ventanas. El señor Rowantree, de rodillas, tenía metida la cabeza dentro del horno. Se incorporó: estaba llorando.

—Bobbie se ha ido, Clancy —dijo—. Bobbie se ha ido.

A Clancy se le revolvió el estómago, y se le llenó la boca de saliva amarga.

—¡Dios del cielo! —gritó—. ¡Dios del cielo!

Salió tambaleándose del apartamento. Iba temblando de la cabeza a los pies. Bajó en el ascensor, llamó a gritos al portero y le contó lo que había sucedido.

El portero lo sustituyó, Clancy fue al cuarto donde se cambiaban de ropa y se sentó. No sabía el tiempo que llevaba allí cuando reapareció el portero y dijo que volvía a oler a gas. Clancy subió otra vez al apartamento del señor Rowantree. La puerta estaba cerrada. La abrió y se quedó en el vestíbulo oyendo el silbido de las llaves de paso.

—¡Saque la condenada cabeza del horno, señor Rowantree! —gritó. Fue a la cocina y apagó el gas. El señor Rowantree estaba sentado en el suelo.

—No lo volveré a hacer, Clancy —aseguró—. Se lo prometo, se lo prometo.

Clancy bajó a buscar al señor Coolidge, ambos entraron juntos en el sótano y cerraron la llave del gas del señor Rowantree. Clancy volvió a subir. La puerta del apartamento estaba cerrada. Cuando la abrió, oyó el silbido del gas. Sacó la cabeza del señor Rowantree del horno.

—¡Está usted perdiendo el tiempo! —gritó—. ¡Le hemos cortado el gas! ¡Está perdiendo el tiempo!

El señor Rowantree se puso en pie como pudo y salió corriendo de la cocina. Clancy le oyó avanzar por el piso dando portazos. Lo siguió y lo encontró en el cuarto de baño, metiéndose en la boca las píldoras de un frasco. Clancy le quitó el frasco de la mano y luego lo tiró al suelo. Después llamó a la comisaría desde el teléfono del señor Rowantree, y esperó hasta que llegaron un policía, un

médico y un sacerdote.

Clancy se fue andando a casa a las cinco. El cielo estaba negro. Llovía hollín y cenizas. Sodoma, pensó, la ciudad indigna de clemencia, el lugar de imposible redención, y, al alzar los ojos para ver la lluvia y las cenizas caer del cielo, sintió una gran desesperanza por sus semejantes. Habían perdido la capacidad de alcanzar misericordia; en la ciudad, a su alrededor, todo se orientaba hacia la autodestrucción y el pecado. Sintió nostalgia de la sencilla vida de Irlanda y de la Ciudad de Dios, pero se sentía contaminado por el hedor del gas.

Le contó a Nora lo que había sucedido, y ella trató de consolarlo. No habían recibido ni carta ni postal de John. Por la noche telefoneó el señor Coolidge. Dijo que se trataba del señor Rowantree.

—¿Se lo han llevado al manicomio? —preguntó Clancy.

—No —respondió el señor Coolidge—. Su amigo ha vuelto y han salido juntos. Pero ha amenazado otra vez con hacer que lo despidan, Jim. Tan pronto como se sintió bien de nuevo, dijo que iba a hacer que lo echaran. Yo no quiero despedirlo, pero tiene usted que tener cuidado, tiene que tener cuidado.

Clancy no lograba entender aquel giro, y se sintió enfermo. Le pidió al señor Coolidge que buscara a alguien del sindicato que lo sustituyera durante un día o dos, y se metió en la cama.

Clancy no se levantó a la mañana siguiente. Se sintió peor. Tenía frío. Nora encendió un fuego en la cocina, pero Clancy tiritaba como si tuviera helados el corazón y los huesos. Doblabla las rodillas hasta pegarlas contra el pecho y se arrebujaba bajo las mantas, pero no conseguía entrar en calor. Finalmente, Nora llamó al médico, un hombre originario de Limerick. Eran más de las diez cuando llegó. Dijo que Clancy debía ir al hospital. El doctor se marchó para disponer las cosas y Nora sacó la mejor ropa de Clancy y lo ayudó a ponérsela. Los calzoncillos largos aún conservaban la etiqueta con el precio, y todavía quedaban alfileres en la camisa. Al final nadie vio la ropa interior nueva ni la camisa limpia. En el hospital corrieron una cortina alrededor de su cama y le devolvieron a Nora todas sus galas. Luego Clancy se metió en la cama, y su mujer le dio un beso y se marchó.

Durante un rato, gruñó y gimió, pero tenía fiebre y acabó durmiéndose. No supo o no le interesó saber dónde estaba durante los días siguientes. Dormía la mayor parte del tiempo. Cuando John volvió de Chicago, la presencia del muchacho y su relato del viaje levantaron un poco el ánimo de Clancy. Nora lo visitaba todos los días, y en una ocasión, unas dos semanas después de que Clancy ingresó en el hospital, vino acompañada de Frank Quinn, el portero. Frank le dio a Clancy un estrecho sobre marrón, y cuando lo abrió, preguntando malhumorado qué era, vio que estaba lleno de billetes de banco.

—De parte de los inquilinos, Clancy —dijo Frank.

—¿Por qué han hecho una cosa así? —quiso saber Clancy. Aquello le afectó mucho. Se le humedecieron los ojos y no pudo contar el dinero—. ¿Por qué lo han hecho? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Por qué se han tomado la molestia? No soy más que un ascensorista.

—Son casi doscientos dólares.

—¿Quién recogió el dinero? ¿Fuiste tú, Frank?

—Fue uno de los inquilinos.

—Debió de ser la señora DePaul —supuso Clancy—. Me apuesto cualquier cosa a que fue la señora DePaul.

—Uno de los inquilinos —dijo Frank.

—Fuiste tú, Frank —aseguró Clancy con calor—. Fuiste tú quien recogió el dinero.

—Fue el señor Rowantree —dijo Frank bajando la cabeza con tristeza.

—No irás a devolver el dinero, ¿eh, Jim? —preguntó Nora.

—¡No soy imbécil! —gritó Clancy—. Cuando encuentro un dólar por la calle, ¡no soy de los que lo llevan a la oficina de objetos perdidos!

—Ningún otro hubiese conseguido tanto, Jim —dijo Frank—. Fue piso por piso. Dicen que estaba llorando.

Clancy tuvo una visión. Vio la iglesia desde dentro de su ataúd abierto, colocado delante del altar. El sacristán sólo había encendido unas pocas lámparas de color vaselina, porque los asistentes eran muy escasos, todas personas pobres y viejas que habían venido con Clancy en el barco desde Limerick. Oyó la voz juvenil del sacerdote mezclada con la débil música de campanas. Luego, en la parte trasera de la iglesia, vio al señor Rowantree y a Bobbie. Lloraban y lloraban. Lloraban con más fuerza que Nora. Veía sus hombros subiendo y bajando, y oía sus suspiros.

—¿Cree que me estoy muriendo, Frank? —preguntó Clancy.

—Sí, Jim. Eso es lo que cree.

—Piensa que voy a morir —dijo Clancy, enfadado—. No le rige bien la cabeza. Bueno, pues no me voy a morir. No voy a echarme sus tribulaciones a la espalda. Quiero salir de aquí.

Se bajó de la cama. Nora y Frank trataron sin éxito de que volviera a acostarse. Frank salió corriendo a buscar a una enfermera. La enfermera reconvino a Clancy con el dedo y le ordenó que volviera a la cama, pero ya se había puesto los pantalones y se estaba atando los cordones de los zapatos. La enfermera salió y volvió con otra, y ambas trataron de sujetarlo, pero se libró de ellas sin dificultad. La primera enfermera fue en busca de un médico. El que volvió con ella era un hombre joven, mucho menos fuerte que Clancy. Dijo que el ascensorista podía irse a casa. Frank y Nora se lo llevaron en un taxi, y tan pronto como llegó telefoneó al señor Coolidge y le dijo que iría al trabajo a la mañana siguiente. Se sentía mucho mejor, rodeado de los olores y de las luces de su propia casa. Nora le preparó una buena cena y se la tomó en la cocina.

Después de cenar, se sentó en mangas de camisa junto a la ventana. Pensó en la vuelta al

trabajo, en el hombre con el hoyuelo en la barbilla, en el hombre que pegaba a su esposa, en el señor Rowantree y en Bobbie. ¿Por qué tendría un hombre que enamorarse de un monstruo? ¿Por qué debería intentar suicidarse? ¿Por qué tendría que empeñarse en despedir a un hombre y luego recoger dinero para él con lágrimas en los ojos, y después, quizá una semana más tarde, tratar otra vez de despedirlo? No devolvería el dinero, no le daría las gracias al señor Rowantree, pero se preguntó qué tipo de condena debería emitir contra aquel perverso. Empezó a elegir las palabras que le diría cuando se lo encontrara: «Yo le sugeriría, señor Rowantree, que la próxima vez que quiera suicidarse, consiga una soga o un revólver. También le sugeriría, señor Rowantree —añadiría—, que fuese a un buen médico para que le mire la cabeza.»

El viento primaveral, el viento del sur que en la ciudad huele a alcantarilla, estaba soplando. La ventana de Clancy daba sobre un espacio ocupado por tendederos y árboles del cielo, por patios utilizados como estercoleros y por las fachadas desnudas de otras casas de vecindad, con sus ventanas encendidas y apagadas. La simetría, la solidez de la escena infundió ánimos a Clancy, como si estuviese de acuerdo con algo bueno que existía en su interior. Hombres con mentes normales como la suya habían construido aquellas casas. Nora le trajo un vaso de cerveza y se sentó cerca de la ventana. Él le pasó el brazo alrededor de la cintura. Estaba en combinación, debido al calor. Llevaba el pelo sujeto con horquillas. A Clancy le parecía una de las criaturas más bellas de su época, pero un extraño, supuso, quizá notara el roto de la combinación y que su cuerpo se encorvaba un poco y carecía de elasticidad. Un retrato de John colgaba de la pared. A Clancy le maravilló la fuerza y la inteligencia que ponía de manifiesto el rostro de su hijo, pero se imaginó que un extraño podría notar las gafas del chico y la mala calidad de su piel. Y luego, pensando en Nora y en John y en aquella semiceguera que era todo lo que él conocía del amor mortal, decidió no decirle nada al señor Rowantree. Se cruzarían en silencio.

La Navidad es triste para los pobres

La Navidad es una época triste. La frase acudió a la mente de Charlie un instante después de que el despertador hubo sonado, y le trajo otra vez la depresión amorfa que lo había perseguido toda la tarde anterior. Al otro lado de la ventana, el cielo estaba negro. Se sentó en la cama y tiró de la cadenilla de la luz que colgaba delante de su nariz. «El día de Navidad es el día más triste del año — pensó—. De todos los millones de personas que viven en Nueva York, yo soy prácticamente el único que tiene que levantarse en la fría oscuridad de las seis de la mañana el día de Navidad; prácticamente el único.»

Se vistió, y al bajar la escalera desde el piso superior de la pensión donde vivía, sólo oyó unos ronquidos, para él groseros; las únicas luces encendidas eran las que habían olvidado apagar. Desayunó en un puesto ambulante que no cerraba en toda la noche, y, en un tren elevado, marchó hacia la parte alta de la ciudad. Recorrió la Tercera Avenida hasta desembocar en Sutton Place. El vecindario estaba a oscuras. Los edificios levantaban, a ambos lados de las luces callejeras, muros de ventanas negras. Millones y millones de personas dormían, y aquella pérdida general de conciencia generaba una impresión de abandono, como si la ciudad se hubiera desmoronado, como si aquel día fuese el fin del tiempo. Charlie abrió las puertas de hierro y cristal del edificio de apartamentos donde trabajaba como ascensorista desde hacía seis meses, cruzó el elegante vestíbulo y entró en el vestidor de la parte trasera. Se puso el chaleco de rayas con botones de latón, un falso fular, unos pantalones con una franja azul cielo en la costura, y una chaqueta. El ascensorista de noche dormitaba en el banquillo dentro del ascensor. Charlie lo despertó. El hombre le dijo con voz espesa que el portero de día se había puesto enfermo y que no vendría. Enfermo el portero, Charlie no dispondría de tiempo para almorzar, y muchísima gente le pediría que saliera a buscar un taxi.

Charlie llevaba trabajando unos minutos cuando lo llamaron desde el piso catorce. Era una tal señora Hewing, que —Charlie se había enterado por casualidad— tenía fama de inmoral. La señora Hewing todavía no se había acostado, y entró en el ascensor ataviada con un vestido largo bajo el abrigo de pieles. La acompañaban dos perros de aspecto raro. Él la bajó y miró cómo salía a la oscuridad de la calle y acercaba los perros al bordillo. No estuvo fuera más de unos minutos. Volvió a entrar y él subió con ella otra vez a la planta catorce. Al salir del ascensor, ella dijo:

—Felices pascuas, Charlie.

—Bueno, para mí hoy no es precisamente un día festivo, señora Hewing —repuso él—. Creo que las Navidades son las fechas más tristes del año. Y no es porque la gente de esta casa no sea generosa, quiero decir, recibo muchas propinas, pero ¿sabe usted?, vivo solo en un cuarto de alquiler y no tengo familia ni amistades, o sea, que la Navidad no es para mí una fiesta precisamente.

—Lo siento, Charlie —dijo la señora Hewing—. Yo tampoco tengo familia. Es bastante triste estar solo, ¿verdad?

Llamó a sus perros y entró tras ellos en su apartamento. Él volvió a bajar en el ascensor.

Todo estaba tranquilo, y Charlie encendió un cigarrillo. A aquella hora, la calefacción del sótano acompañaba la respiración del edificio con su vibración regular y profunda, y los tétricos ruidos de vapor caliente que despedía la caldera empezaron a resonar primero en el vestíbulo y después en cada uno de los dieciséis pisos. Aquel despertar puramente mecánico no alivió la soledad ni el malhumor del ascensorista. La oscuridad al otro lado de las puertas de cristal se había vuelto azul, pero aquella luz azulada parecía carecer de origen; como surgida en medio del aire. Era una luz lacrimosa, y a medida que iba invadiendo la calle vacía, Charlie tuvo ganas de llorar. Entonces llegó un taxi y los Walser se apearon, borrachos y vestidos con trajes de noche, y él los subió al ático. Los Walser le hicieron reflexionar sobre la diferencia entre su propia vida en un cuarto de pensión y la vida de la gente que residía allí arriba. Era terrible.

Después empezaron a llamar los que madrugaban para ir a la iglesia, que aquella mañana no fueron sino tres personas. Algunos más salieron hacia la iglesia a las ocho en punto, pero la mayoría de los inquilinos siguieron durmiendo, aun cuando el olor a beicon y café ya penetraba en la caja del ascensor.

Poco después de las nueve, una niñera bajó con un niño. Tanto ella como él exhibían un bronceado intenso: Charlie sabía que acababan de volver de las Bermudas. Él nunca había estado en las Bermudas. Él, Charlie, era un prisionero confinado ocho horas al día en una caja de dos metros por dos y medio, a su vez confinada en un hueco de dieciséis pisos. En un inmueble u otro, llevaba diez años ganándose la vida como ascensorista.

Según sus cálculos, el trayecto medio venía a tener unos doscientos metros, y, cuando pensaba en los miles de kilómetros que había recorrido sin moverse del sitio, cuando se imaginaba a sí mismo conduciendo el ascensor a través de la bruma por encima del mar Caribe y posándose en una playa de coral de las Bermudas, no atribuía a la naturaleza misma del ascensor la estrechez de sus viajes: para él, los pasajeros eran los culpables de su confinamiento, como si la presión que aquellas vidas ejercían sobre la suya le hubiese cortado las alas.

En todo esto pensaba cuando llamaron los DePaul, que vivían en el piso nueve. Le desearon también una feliz Navidad.

—Bueno, son ustedes muy amables por pensar en mí —les dijo mientras bajaban—, pero para mí no se trata de un día festivo. La Navidad es una fecha triste cuando uno es pobre. Vivo solo en un cuarto de alquiler. No tengo familia.

—¿Con quién va a comer hoy, Charlie? —preguntó la señora DePaul.

—No voy a tener comida navideña —dijo Charlie—. Nada más que un bocadillo.

—¡Oh, Charlie! —La señora DePaul era una mujer corpulenta, de corazón vehemente, y la queja de Charlie cayó sobre su talante festivo como un súbito chubasco—. Ojalá pudiéramos compartir con usted nuestra comida de Navidad —dijo—. Yo soy de Vermont, ¿sabe?, y cuando era niña, ¿me entiende?, solíamos invitar a mucha gente a nuestra mesa. El cartero, ¿sabe?, y el maestro, y cualquiera que no tuviese familia propia, ¿no?, y ojalá pudiéramos compartir nuestra comida con usted, digo, como entonces, y no veo por qué no podemos. No podremos sentarlo a nuestra mesa

porque no puede usted dejar el ascensor, ¿no es cierto?, pero en cuanto mi marido trinche el pavo, le daré un timbrazo y prepararé una bandeja para usted, ya verá, y quiero que usted suba y comparta, aunque sea así, nuestra comida de Navidad.

Charlie les dio las gracias, sorprendido por tanta generosidad, pero se preguntó si no olvidarían su promesa al llegar los parientes y amigos del matrimonio.

Luego llamó la anciana señora Gadshill, y cuando ella le deseó felices fiestas, él bajó la cabeza.

—Para mí no es precisamente fiesta —repitió—. La Navidad es un día triste para los pobres. No tengo familia, ¿sabe? Vivo solo en una habitación de huéspedes.

—Yo tampoco tengo familia, Charlie —dijo la señora Gadshill. Habló con deliberada amabilidad, pero su buen humor era forzado—. Es decir, hoy no tendré conmigo a ninguno de mis chicos. Tengo tres hijos y siete nietos, pero nadie encuentra manera de venir al este a pasar las Navidades conmigo. Yo entiendo sus problemas, desde luego. Ya sé que es difícil viajar con niños en vacaciones, aunque yo siempre me las arreglaba cuando tenía su edad, pero la gente tiene distintas formas de ver las cosas, y no podemos juzgarla por lo que no entendemos. Pero sé cómo se siente, Charlie. Yo tampoco tengo familia. Estoy tan sola como usted.

El discurso de la anciana no conmovió a Charlie. Sí, quizá estuviese sola, pero tenía un apartamento de diez habitaciones y tres criadas, y mucha, muchísima pasta, y diamantes por todas partes, y había cantidad de niños pobres en los suburbios que se darían sobradamente por satisfechos si tuvieran ocasión de hacerse con la comida que su cocinera tiraba. Entonces pensó en los niños pobres. Se sentó en una silla del vestíbulo y se puso a pensar en ellos.

Ellos se llevaban la peor parte. A partir de otoño comenzaba toda aquella agitación a propósito de las Navidades y de que eran fechas dedicadas a ellos. Después del Día de Acción de Gracias, no podían escaparse; estaba establecido que no podían escaparse. Guirnaldas y adornos por todas partes, campanas repicando, árboles en el parque, Santa Claus en cada esquina y fotos en diarios y revistas, y en todas las paredes y las ventanas de la ciudad les anunciaban que los niños buenos tendrían cuanto quisieran. Aunque no supiesen leer, sabrían esto. Aunque fuesen ciegos. Estaba en la atmósfera que los pobres críos respiraban. Cada vez que salían de paseo, veían todos aquellos juguetes caros en los escaparates; escribían cartas a Santa Claus, y sus padres y madres les prometían echarlas al correo, y cuando los niños se habían ido a la cama, las quemaban en la estufa. Y al llegar la mañana de Navidad, ¿cómo explicarles, cómo decirles que Santa Claus sólo visitaba a los niños ricos, que nada sabía de los niños buenos? ¿Cómo mirarlos a la cara, cuando todo lo que uno podía regalarles era un globo o una piruleta?

Al volver a casa unas cuantas noches atrás, Charlie había visto a una mujer y a una chiquilla que bajaban por la calle Cincuenta y Nueve. La niña lloraba. Adivinó que estaba llorando, y supo que lloraba porque había visto en los escaparates todos los juguetes de las tiendas y no alcanzaba a comprender por qué ninguno era para ella. Imaginó que la madre era sirvienta, o quizá camarera, y las vio camino de vuelta a una habitación como la suya, con paredes verdes y sin calefacción, para cenar una sopa de lata el día de Nochebuena. Y vio luego cómo la niña colgaba en alguna parte sus raídos calcetines y se quedaba dormida, y vio a la madre buscando en su bolso algo que meter en los calcetines... El timbre del piso once interrumpió su ensoñación.

Subió; el señor y la señora Fuller estaban esperando. Cuando le desearon feliz Navidad, él dijo:

—Bueno, para mí no es precisamente fiesta, señora Fuller. La Navidad es un día triste cuando uno es pobre.

—¿Tiene usted hijos, Charlie? —preguntó ella.

—Cuatro vivos —dijo él—. Dos en la tumba. —Se sintió abrumado por la majestad de su embuste—. Mi mujer está inválida —añadió.

—Qué triste, Charlie —lamentó la señora Fuller. Salió del ascensor cuando llegaron a la planta baja, y dio media vuelta—. Voy a darle algunos regalos para sus hijos, Charlie. Mi marido y yo vamos a hacer una visita, pero cuando volvamos le daremos algo para sus niños.

Él le dio las gracias. Luego llamaron del cuarto piso, y subió a recoger a los Weston.

—No es que sea un día festivo para mí —les dijo cuando le desearon feliz Navidad—. Es una fecha triste para los pobres. Ya ven, yo vivo solo en una pensión.

—Pobre Charlie —dijo la señora Weston—. Sé exactamente cómo se siente. Durante la guerra, cuando el señor Weston estaba lejos, yo pasé sola las Navidades. No tuve comida navideña, ni árbol ni nada. Me preparé unos huevos revueltos, me senté y me eché a llorar.

Su marido, que ya estaba en el vestíbulo, la llamó impacientemente.

—Sé exactamente cómo se siente usted —declaró la señora Weston.

Al mediodía, el olor de aves y caza había reemplazado al de beicon y café en el recinto del ascensor, y la casa, como una gigantesca y compleja granja, estaba ensimismada en la preparación de un festín doméstico. Todos los niños y las niñeras habían vuelto del parque. Abuelas y tías llegaban en enormes automóviles. La mayoría de la gente que atravesó el vestíbulo llevaba paquetes envueltos en papel de colores y lucía sus mejores pieles y sus ropas nuevas. Charlie siguió quejándose ante casi todos los inquilinos cuando éstos le deseaban felices pascuas, ya en su papel de solterón solitario, ya representando a un pobre padre, según su talante, pero aquella efusión de melancolía y la compasión que suscitaba no lograron mejorarle el ánimo.

A la una y media llamaron del piso nueve, y al subir encontró al señor DePaul, que, de pie en la puerta de su piso, sostenía una coctelera y un vaso.

—Un pequeño brindis navideño, Charlie —dijo, y le sirvió una copa. Después apareció una sirvienta con una bandeja de platos cubiertos, y la señora DePaul salió del cuarto de estar.

—Feliz Navidad, Charlie —le deseó—. Le dije a mi marido que trinchara pronto el pavo para que usted pudiera probarlo, ¿sabe? No puse el postre en la bandeja porque tuve miedo de que se derritiera, así que cuando vayamos a tomarlo ya le avisaremos.

—Y ¿qué es una Navidad sin regalos? —dijo el señor DePaul, y sacó del recibidor una caja grande y plana que colocó encima de los platos cubiertos.

—Ustedes hacen que este día me parezca un auténtico día de Navidad —dijo Charlie. Las lágrimas le asomaban a los ojos—. Gracias, gracias.

—¡Feliz Navidad! ¡Felices pascuas! —exclamaron los otros, y vieron cómo Charlie se llevaba su comida y su regalo al ascensor.

Guardó ambas cosas en el vestidor cuando llegó abajo. En la bandeja había un plato de sopa, un pescado con salsa y una ración de pavo. Sonó otro timbre, pero antes de contestar abrió la caja que le habían regalado y vio que contenía una bata. La generosidad de los DePaul y la bebida que había ingerido empezaban a hacerle efecto, y subió lleno de júbilo a la planta doce. La sirvienta de la señora Gadshill lo esperaba en la puerta con una bandeja, y a su espalda estaba la anciana.

—¡Felices Navidades, Charlie! —le dijo. Él se lo agradeció y de nuevo le afluyeron las lágrimas.

Al bajar tomó un sorbo del vaso de jerez que había en la bandeja. La aportación de la señora Gadshill era un plato combinado. Comió con los dedos la chuleta de cordero. Sonaba el timbre otra vez; se limpió la cara con una servilleta de papel y subió a la planta once.

—Feliz Navidad, Charlie —dijo la señora Fuller, que estaba en la puerta con los brazos llenos de paquetes envueltos en papel de regalo, como en un anuncio comercial. El señor Fuller, a su lado, rodeaba con el brazo a su mujer, y ambos parecían a punto de echarse a llorar.

—Aquí tiene algunas cosas para llevar a sus hijos —dijo el señor Fuller—. Y esto es para su mujer, y esto otro para usted. Y si quiere llevarlo todo al ascensor, dentro de un minuto le tendremos preparada su comida.

Charlie llevó todos los obsequios al ascensor y regresó en busca de la bandeja.

—¡Felices pascuas, Charlie! —exclamó el matrimonio cuando él cerró la puerta.

Guardó la comida y los regalos en el vestidor y abrió el paquete que iba a su nombre. Dentro había una cartera de piel de cocodrilo con las iniciales del señor Fuller en la esquina. La bandeja contenía también pavo; comió con los dedos un pedazo de carne y lo estaba regando con bebida cuando sonó el timbre. Subió de nuevo. Esta vez eran los Weston.

—¡Feliz Navidad, Charlie! —le dijeron, y lo invitaron a un ponche de huevo, le ofrecieron pavo y le entregaron un regalo. El presente era también una bata.

Luego llamaron del siete, y él subió y le dieron más comida y más obsequios. Sonó el timbre del catorce, y cuando llegó arriba vio en el recibidor a la señora Hewing, vestida con una especie de salto de cama, llevando un par de botas de montar en una mano y varias corbatas en la otra. Había estado llorando y bebiendo.

—Felices fiestas, Charlie —le deseó tiernamente—. Quería regalarle algo, he pensado en ello

toda la mañana, he revuelto todo el apartamento y éstas son las únicas cosas útiles para un hombre que he podido encontrar. Es lo único que dejó el señor Brewer. Me figuro que las botas no le sirven para nada, pero ¿por qué no se queda con las corbatas?

Charlie las aceptó, le dio las gracias y volvió precipitadamente al ascensor, porque el timbre había sonado ya tres veces.

Hacia las tres de la tarde, Charlie tenía catorce bandejas de comida esparcidas por la mesa y por el suelo del vestidor, y los timbres seguían sonando. Cuando empezaba a probar un plato, tenía que subir y recoger otro, y en mitad del buey asado de los Parson tuvo que dejarlo para ir a buscar el postre del matrimonio DePaul. Dejó cerrada la puerta del vestidor, porque intuía que un acto de caridad era exclusivo y que a cada uno de sus amigos le habría disgustado descubrir que no eran ellos los únicos que trataban de aliviar su soledad. Había pavo, ganso, pollo, faisán, pichón y urogallo. Había trucha y salmón, escalopes a la crema, langosta, ostras, cangrejo, salmonete y almejas. Había pudín de ciruela, bizcocho con frutas, crema batida, trozos de helado derretido, tartas de varias capas, *torten*, *éclairs* y dos porciones de crema bávara. Tenía batas, corbatas, gemelos, calcetines y pañuelos, y uno de los inquilinos le había preguntado su talla y después le había regalado tres camisas verdes. Había una tetera de cristal, llena —según rezaba la etiqueta— de miel de jazmín, cuatro botellas de loción para después del afeitado, varios sujetalibros de alabastro y una docena de cuchillos de carne. La avalancha de caridad que Charlie había precipitado llenaba el vestidor y a ratos lo hacía sentirse inseguro, como si hubiera abierto un manantial del corazón femenino que fuese a enterrarlo vivo bajo una montaña de comida y batas. No había hecho notables progresos en la ingestión de los platos, porque todas las raciones eran anormalmente grandes, como si los donantes hubieran pensado que la soledad genera un apetito descomunal. Tampoco había abierto ninguno de los regalos para sus hijos imaginarios, pero se había bebido todo lo que le habían dado, y en derredor yacían los posos de martinis, manhattans, old-fashionedes, cócteles de champán con zumo de frambuesas, ponches, bronxes y sidecars.

Le ardía la cara. Amaba al mundo y el mundo lo amaba a él. Al recordar su vida, la veía bajo una luz rica y maravillosa, rebotante de asombrosas experiencias y amigos excepcionales. Pensó que su trabajo de ascensorista —surcar de arriba abajo cientos de metros de peligroso espacio— requería el nervio y el intelecto de un hombre-pájaro. Todas las limitaciones de su vida, las paredes verdes de su habitación, los meses de desempleo, se desvanecieron. Nadie pulsó el timbre, pero entró en el ascensor y lo disparó a toda velocidad hasta el ático para descender de nuevo y volver a subir otra vez, a fin de poner a prueba su maravilloso dominio del espacio.

Sonó el timbre del doce mientras él viajaba, y se detuvo en el piso el tiempo necesario para recoger a la señora Gadshill. Cuando la caja inició el descenso, él soltó los mandos, en un paroxismo de júbilo, y gritó:

—¡Ajústese el cinturón de seguridad, señora! ¡Vamos a hacer una acrobacia aérea!

La pasajera chilló. Después, por alguna razón, se sentó en el suelo del ascensor. ¿Por qué la mujer estaba tan pálida?, se preguntó Charlie. ¿Por qué se había sentado en el suelo? Ella soltó otro chillido. Charlie hizo que la caja se posase suavemente e incluso, a su juicio, hábilmente, y abrió la puerta.

—Siento haberla asustado, señora Gadshill —dijo mansamente—. Estaba bromeando.

Ella gritó de nuevo. A continuación, salió al vestíbulo llamando a gritos al superintendente.

El superintendente del inmueble despidió en el acto a Charlie, y ocupó el puesto de éste en el ascensor. La noticia de que se había quedado sin empleo escoció a Charlie durante un minuto. Era su primer contacto del día con la mezquindad humana. Se sentó en el vestidor y empezó a roer un mondadientes. El efecto de las bebidas empezaba a abandonarlo, y aun cuando no había cesado todavía, preveía una sobriedad fatal. El exceso de comida y regalos comenzó a provocarle una sensación de culpabilidad y desprecio por sí mismo. Lamentó largamente haber mentido con respecto a sus imaginarios hijos. Era un solterón con necesidades bastante elementales. Había abusado de la bondad de los inquilinos. Era despreciable.

Entonces, mientras desfilaba por su pensamiento una secuencia de ideas ebrias, evocó la nítida silueta de su casera y de sus tres hijos flacuchos. Pudo imaginárselos sentados en el sótano. La alegría de la Navidad no había existido para ellos. La escena le llegó al alma. Darse cuenta de que él se hallaba en condiciones de dar, de hacer dichoso al prójimo sin el menor esfuerzo, le devolvió la sobriedad. Cogió un gran saco de arpillera que se usaba para la recogida de basuras y empezó a llenarlo, primero con sus propios regalos y luego con los obsequios para los niños que no tenía. Procedió con la prisa de un hombre cuyo tren se acerca a la estación, porque apenas era capaz de esperar el momento en que aquellas largas caras se iluminasen cuando él cruzara la puerta. Se cambió de ropa y, espoleado por una desconocida y prodigiosa sensación de poderío, se echó el saco al hombro como un Santa Claus cualquiera, salió por la puerta trasera y se dirigió en taxi a la zona baja del East Side.

La patrona y sus hijos acababan de comerse el pavo que les había enviado el Club Demócrata local, y estaban ahítos e incómodos cuando Charlie empezó a aporrear la puerta y a gritar: «¡Feliz Navidad!» Arrastró el saco tras él y derramó por el suelo los regalos de los niños. Había muñecas y juguetes musicales, cubos, costureros, un traje de indio y un telar, y tuvo la impresión de que, en efecto, como había esperado, su llegada disipaba la melancolía reinante. Una vez abierta la mitad de los regalos, dio un alboroz a la patrona y subió a su cuarto a examinar las cosas con que le habían obsequiado.

Ahora bien, los hijos de la casera habían recibido tantos regalos antes de que llegase Charlie que estaban confusos con aquella avalancha; la patrona, guiada por una intuitiva comprensión de la naturaleza de la caridad, les permitió abrir varios paquetes mientras Charlie estaba en la habitación, pero luego se interpuso entre los niños y los obsequios que quedaban sin abrir.

—Eh, chicos, ya tenéis bastante —dijo—. Ya habéis recibido vuestros regalos. Mirad todas las cosas que os han dado. Fijaos, ni siquiera habéis tenido tiempo de jugar con la mitad. Mary Anne, ni has mirado esa muñeca que te dio el Cuerpo de Bomberos. Sería una hermosa acción coger todo esto que sobra y llevarlo a esa pobre gente de Hudson Street: a los Deckkers. No habrán tenido regalos.

Una aura beatífica iluminó la cara de la casera cuando advirtió que podía dar, podía ser heraldo de alegría, mano salvadora en un caso de mayor necesidad que el suyo, y, al igual que la señora DePaul y la señora Weston, al igual que el propio Charlie y la señora Deckker, que a su vez habría de pensar posteriormente en los pobres Shannon, se dejó invadir primero por el amor, luego por la caridad y finalmente por una sensación de poder.

—Vamos, niños, ayudadme a recoger todo esto. De prisa, vamos, de prisa —dijo, porque ya había oscurecido y sabía que estamos obligados mutuamente a una benevolencia dispendiosa un solo y único día, y que ese día concreto estaba casi a punto de acabar. Estaba cansada, pero no podía quedarse tranquila, no podía descansar.

Tiempo de divorcio

Mi mujer tiene el pelo castaño, ojos oscuros y carácter bondadoso. A veces pienso que este buen carácter es el responsable de que consienta a los niños. Es incapaz de negarles nada. Siempre saben cómo engatusarla. Ethel y yo llevamos diez años casados. Ambos somos de Morristown, Nueva Jersey, y ni siquiera puedo recordar cuándo la conocí. Nuestro matrimonio me ha parecido siempre lleno de recursos, y feliz. Vivimos en una casa sin ascensor, en una de las calles cincuenta del East Side. Nuestro hijo Carl, de seis años, se educa en una buena escuela privada, y nuestra hija, que sólo tiene cuatro, no irá al colegio hasta el año que viene. A menudo criticamos el modo en que nos educaron, pero al parecer nos esforzamos por criar a nuestros hijos conforme a las mismas pautas, y supongo que, a su debido tiempo, irán a los mismos centros y universidades a los que nosotros fuimos.

Ethel se graduó en una universidad femenina del Este, y luego cursó un año en la Universidad de Grenoble. Al volver de Francia trabajó durante un año en Nueva York, y después nos casamos. En una ocasión colgó su diploma encima del fregadero de la cocina, pero la broma fue efímera, y no sé dónde está ahora el documento. Ethel es alegre, amable, se adapta fácilmente a todo, y ambos procedemos de ese enorme estrato de la clase media que se distingue por su habilidad para recordar mejores tiempos. El dinero perdido forma hasta tal punto parte de nuestra vida que a veces me recuerda a los expatriados, a un grupo que se ha acomodado con gran esfuerzo a una tierra extraña, pero que se acuerda, alguna que otra vez, de los perfiles de su costa nativa. Como nuestra vida está limitada por mi modesto sueldo, resulta sencillo describir la existencia cotidiana de Ethel. Se levanta a las siete y pone la radio. Después de vestirse, despierta a los niños y prepara el desayuno. A las ocho en punto hay que llevar al niño a la parada del autobús de la escuela. Una vez de vuelta, Ethel peina a Carol. Yo salgo de casa a las ocho y media, pero sé que cada uno de sus movimientos a lo largo de toda la jornada está determinado por las tareas domésticas: cocinar, ir de compras y atender a los niños. Sé que los martes y los jueves, desde las once hasta el mediodía, estará en los almacenes A & P, sé que de tres a cinco, los días que hace bueno, se sienta en tal banco de tal parque, que hace la limpieza de la casa los lunes, los miércoles y los viernes, y que abrillanta la plata cuando llueve. Cuando vuelvo, a las seis, normalmente está lavando las verduras o preparando algo para la cena. A continuación, cuando los niños ya han cenado y se han bañado, cuando la cena está lista y los platos en la mesa del cuarto de estar, se queda parada en medio de la habitación como si hubiese perdido u olvidado algo, y ese momento de reflexión es tan profundo que no me oye si le hablo o si los niños llaman. El momento pasa. Enciende las cuatro velas blancas en los candeleros de plata y nos sentamos a cenar un picadillo de ternera o algún otro plato sencillo.

Salimos una o dos veces por semana, y recibimos visitas, por lo general, una vez al mes. Por razones prácticas, la mayoría de la gente que vemos reside en el vecindario. Vamos con frecuencia a las fiestas que organiza una generosa pareja que se apellida Newsome y vive a la vuelta de la esquina. Son reuniones tumultuosas y espléndidas, y en ellas se da libre curso a los arbitrarios impulsos de la amistad.

Una noche, en casa de los Newsome, por motivos que nunca he entendido, intimamos con una pareja, el doctor Trencher y su esposa. Creo que la señora Trencher fue el elemento activo en la formación de esta amistad, y después de aquel encuentro telefoneó a Ethel tres o cuatro veces. Fuimos a cenar a su casa y ellos vinieron a la nuestra, y algunas veces, de noche, cuando el doctor sacaba a su vieja perra salchicha de paseo, subía a hacernos una breve visita. Parecía un hombre de trato agradable. He oído a otros médicos decir que es un buen profesional. Los Trencher rondan los treinta; por lo menos, él; ella es mayor.

Yo diría que es una mujer fea, pero su fealdad es difícil de especificar. Es pequeña, tiene buen tipo y rasgos regulares, pero supongo que esa impresión de fealdad emana de cierta modestia interior, de una inmotivada falta de fe en sus posibilidades. Su marido no bebe ni fuma, e ignoro si eso tiene algo que ver, pero su rostro delgado posee una tez fresca; tiene las mejillas rosadas, y sus ojos azules son claros e intensos. Exhibe el singular optimismo de un médico muy experimentado: el sentimiento de que la muerte es una desdicha fortuita y de que el mundo físico no pasa de ser un territorio por conquistar. De la misma manera que su mujer parece fea, él da la impresión de ser joven.

El matrimonio vive en una casa individual, confortable y sencilla de nuestro vecindario. La construcción es anticuada; los salones son amplios, el vestíbulo lúgubre, y ellos no parecen irradiar el suficiente calor humano para prestar vida a la vivienda, de suerte que a veces, al marcharnos al final de una velada, nos ha producido la impresión de ser un sitio con muchas habitaciones vacías. La señora Trencher está visiblemente apegada a sus pertenencias —sus vestidos, sus joyas, los objetos que decoran su casa— y a *Fräulein*, la vieja perra salchicha. Le da las sobras de la mesa furtivamente, como si no le estuviera permitido hacerlo y, después de comer, *Fräulein* se tiende a su lado en el sofá. Con la luz verde del televisor proyectada en su rostro y sus delgadas manos acariciando a la perra, la señora Trencher me pareció una noche un ser desgraciado y de buen corazón.

Empezó a telefonar a Ethel por las mañanas, para hablar con ella o para proponerle un almuerzo o una *matinée*. Ethel no puede salir durante el día, y asegura que le disgustan las conversaciones telefónicas largas. Se quejó de que la señora Trencher era una agresiva e incansable chismosa. Más adelante, el doctor Trencher apareció una tarde en el parque donde Ethel lleva a los niños. Pasaba por allí, la vio y se sentó a su lado hasta que llegó la hora de volver con los niños a casa. Regresó unos días después, y Ethel me dijo que a partir de entonces sus visitas al parque fueron frecuentes. Ethel pensó que tal vez no tenía muchos pacientes, y que al estar desocupado le encantaba hablar con alguien. Luego, una noche, cuando estábamos fregando, Ethel dijo pensativamente que la actitud del médico con respecto a ella se le antojaba extraña.

—Me mira fijamente —dijo—. Suspira y me mira fijamente.

Sé el aspecto que tiene mi mujer cuando va al parque de los niños. Se pone un viejo abrigo de *tweed*, botas de goma, guantes del ejército y un pañuelo anudado bajo la barbilla. El parque es una parcela con el suelo de losas y una cerca, entre las casas bajas y el río. La imagen del doctor Trencher, bien vestido y sonrosado prendándose de Ethel en aquel entorno, no podía tomarse muy en serio. Ella no me habló de él en varios días, y supuse que habían cesado las visitas. A finales de mes fue el cumpleaños de Ethel y yo me olvidé de la fecha, pero al llegar a casa esa noche había cantidad de rosas en el cuarto de estar. Regalo de Trencher, me explicó. Me enfadé conmigo mismo por haber olvidado el día de su cumpleaños, y las rosas del médico me pusieron furioso. Le pregunté si lo había visto recientemente.

—Oh, sí —contestó—, sigue viniendo a verme casi todas las tardes. No te lo había dicho, ¿verdad? Se me ha declarado. Me quiere. No puede vivir sin mí. Caminaría por encima del fuego con tal de oír el sonido de mi voz. —Se rió—. Eso me ha dicho.

—¿Cuándo?

—En el parque. Y al volver a casa. Ayer.

—¿Desde cuándo está interesado en ti?

—Eso es lo más curioso del asunto. Desde antes de conocerme en casa de los Newsome aquella noche. Me vio esperando el autobús unas tres semanas antes. Dice que lo supo nada más verme, en aquel mismo instante. Está loco, por supuesto.

Esa noche yo estaba cansado y preocupado por los impuestos y las facturas, y pensé que la declaración de Trencher era únicamente un cómico error. Pensé que era un cautivo de compromisos económicos y sentimentales, como cualquier otra persona que lo pueda conocer, y que tenía las mismas posibilidades de enamorarse de una desconocida entrevista en una esquina que de darse un garbeo a pie por la Guayana francesa o de empezar una nueva vida en Chicago bajo un nombre supuesto. Su declaración de amor, la escena acontecida en el parque, se me antojaba uno de esos encuentros casuales que forman parte de la vida de toda gran ciudad. Un ciego te pide que lo ayudes a cruzar la calle, y cuando estás a punto de dejarlo, te agarra del brazo y te obsequia con un apasionado relato sobre la crueldad y la ingratitud de sus hijos; o bien el ascensorista que te sube a una fiesta donde te esperan, se vuelve de repente hacia ti y te dice que su nieto tiene parálisis infantil. La ciudad rebosa de revelaciones casuales, de gritos de socorro a media voz y de desconocidos que te lo cuentan todo a poco que les muestres la más leve simpatía, y Trencher no me pareció muy diferente del ciego o del ascensorista. Su declaración no tenía en nuestra vida más importancia que las intromisiones que acabo de citar.

No hubo más conversaciones telefónicas con la señora Trencher y ya no íbamos a visitar al matrimonio, pero algunas veces en que yo llegaba tarde al trabajo me encontré con él por la mañana en la parada del autobús a la ciudad. Parecía comprensiblemente incómodo cada vez que me veía, pero a aquella hora el autobús estaba siempre repleto, y no era muy difícil evitarnos el uno al otro. Por esa misma época cometí un error financiero e hice perder varios miles de dólares a la empresa para la que trabajo. No era muy probable que me despidieran, pero la posibilidad gravitaba siempre en el fondo de mi cerebro, y a causa de este trastorno y de la constante necesidad de ganar más dinero, quedó sepultado el recuerdo del excéntrico médico. Transcurrieron tres semanas sin que Ethel lo mencionara, pero una noche en que yo estaba leyendo advertí que ella, de pie junto a la ventana, miraba a la calle.

—Está ahí, en serio —dijo.

—¿Quién?

—Trencher. Ven a ver.

Me acerqué a la ventana. Sólo había tres personas en la acera opuesta. Estaba oscuro y hubiese sido difícil reconocer a nadie, pero una silueta que caminaba hacia la esquina con un perro salchicha al extremo de una correa podía muy bien ser Trencher.

—Bueno, ¿y qué? —respondí—. Está paseando a la perra.

—Pero no era lo que estaba haciendo la primera vez que me he asomado a la ventana. Estaba ahí parado mirando fijamente a la casa. Eso dice él que hace. Dice que viene hasta aquí y mira fijamente nuestras ventanas iluminadas.

—¿Cuándo te ha dicho eso?

—En el parque.

—Creí que ibas a otro.

—Oh, sí, claro, pero él me sigue. Está loco, cariño. Sé que está loco, pero me da tanta pena. Dice que se pasa noche tras noche mirando nuestras ventanas. Dice que me ve en todas partes, mi nuca, mis cejas, que oye mi voz. Dice que nunca ha actuado con medias tintas en su vida, y que esta vez tampoco va a hacerlo. Me da tanta lástima, cariño. No puedo evitarlo, me pone muy triste.

Entonces, por primera vez la situación me pareció seria, porque sabía que el desamparo del médico podría haber despertado una inestimable y obstinada pasión que Ethel comparte con ciertas mujeres: la incapacidad de desoír toda petición de ayuda, de desdeñar una voz de acento lastimero. No se trata de una pasión razonable, y casi hubiera preferido que lo deseara en lugar de compadecerlo. Cuando esa noche nos disponíamos a acostarnos, sonó el teléfono; descolgué y dije «diga», pero nadie contestó. Quince minutos después, el teléfono sonó de nuevo, y al no recibir respuesta empecé a gritar y a insultar virulentamente a Trencher, que no respondió —ni siquiera se oyó el clic que corta la comunicación—, y me hizo sentirme estúpido. Y como me sentía estúpido acusé a Ethel de haberle dado alas, de haberlo alentado; pero mis acusaciones no le hicieron mella, y al acabar de formularlas me sentí peor que antes, porque sabía que Ethel era inocente y que había tenido que salir a la calle para ir a la tienda y pasear a los niños, y que no existía ninguna ley que impidiese a Trencher esperarla en la tienda de ultramarinos, o que le prohibiera mirar fijamente las luces de nuestra casa.

La semana siguiente fuimos una noche a visitar a los Newsome, y en el momento de quitarnos los abrigos oí la voz de Trencher. Se marchó unos minutos después de nuestra llegada, pero su comportamiento —la mirada triste que dedicó a Ethel, la manera de esquivarme, el modo pesaroso de negarse cuando los anfitriones le pidieron que se quedara más tiempo y las galantes atenciones que mostró con su desdichada esposa— me puso furioso. Entonces, por casualidad me fijé en Ethel, y advertí que se le habían subido los colores a la cara, que le brillaban los ojos, y que mientras ensalzaba los zapatos nuevos de la señora Newsome su mente estaba en otra parte. Cuando volvimos a casa, la niñera nos dijo, enfadada, que ninguno de los niños se había dormido. Ethel les tomó la temperatura. Carol estaba bien, pero el niño tenía cuarenta grados de fiebre. Esa noche no dormimos gran cosa, y Ethel me llamó por la mañana a la oficina para decirme que Carl tenía bronquitis. Tres días después, la pescó la niña.

Durante las dos semanas que siguieron, los niños nos ocuparon la mayor parte del tiempo. Debían tomar la medicina a las once de la noche y a las tres de la mañana, y en aquel período perdimos muchas horas de sueño. Era imposible ventilar o limpiar la casa, y cuando yo llegaba desde la fría parada del autobús, aquello apestaba a tabaco y a jarabe para la tos, a corazones de frutas y lechos de enfermo. Por todas partes había mantas y almohadas, ceniceros y vasos con medicamentos. Dividimos con sensatez las fatigas de la enfermedad y nos turnamos para la vigilia nocturna, pero

durante el día solía quedarme dormido encima de mi escritorio, y después de cenar Ethel se dormía con frecuencia en una silla del cuarto de estar. Se supone que la diferencia existente entre niños y adultos en cuanto a la fatiga reside en que éstos la reconocen y no se sienten abrumados por algo que no aciertan a nombrar; pero, con nombre y todo, agobia a los adultos, y cuando estamos cansados no razonamos, nos ponemos irritables y somos víctimas de serias depresiones. Una noche, superado ya lo peor de la enfermedad, entré en casa y vi unas rosas en la sala. Ethel dijo que Trencher se las había llevado. No lo había dejado entrar. Le había cerrado la puerta en las narices. Cogí las rosas y las tiré a la calle. No nos peleamos. Los niños se acostaron a las nueve, y pocos minutos después me fui a la cama. Más tarde, algo me despertó.

Había luz en el vestíbulo. Me levanté. La habitación de los niños y el cuarto de estar estaban a oscuras. Encontré a Ethel en la cocina, sentada a la mesa y tomando café.

—Acabo de hacer café —dijo—. Carol se estaba ahogando otra vez y la he ayudado a hacer inhalaciones. Ya se han dormido los dos.

—¿Desde cuándo estás levantada?

—Desde las doce y media. ¿Qué hora es?

—Las dos.

Me serví una taza de café y me senté. Ella se levantó, lavó su taza y se miró en el espejo que hay sobre el fregadero. Era una noche de viento. Un perro gemía en algún apartamento debajo del nuestro, y una antena de radio medio suelta golpeaba la ventana de la cocina.

—Hace el mismo ruido que una rama —dijo Ethel.

Bajo la cruda luz de la cocina, apropiada para pelar patatas y fregar platos, parecía muy cansada.

—¿Podrán salir mañana los niños?

—Oh, espero que sí —respondió—. ¿Te das cuenta de que hace más de dos semanas que no salgo de esta casa?

Hablaba con amargura, y eso me sobresaltó.

—No han sido dos semanas enteras.

—Más de dos semanas —dijo ella.

—Bueno, vamos a sacar la cuenta —dije—. Los niños enfermaron el sábado por la noche. El día cuatro. Hoy es...

—Calla, cállate —dijo—. Yo sé lo que ha durado. No me he puesto los zapatos durante dos semanas.

—Lo dices como si fuera algo terrible.

—Lo es. No me he puesto un vestido decente ni me he arreglado el pelo.

—Podría ser peor.

—Las cocineras de mi madre vivían mejor.

—Lo dudo.

—Las cocineras de mi madre vivían mejor —dijo alzando la voz.

—Vas a despertar a los niños.

—Las cocineras de mi madre vivían mejor que yo. Tenían habitaciones agradables. Nadie podía entrar en la cocina sin su permiso.

Tiró a la basura el poso del café y empezó a limpiar la cafetera.

—¿Cuánto tiempo ha estado aquí Trencher esta tarde?

—Un minuto. Ya te lo he dicho.

—No te creo. Entró.

—No. No lo dejé. No lo dejé entrar porque no estaba arreglada. No quise desalentarlo.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Puede ser un imbécil. Puede que esté loco, pero las cosas que me ha dicho me hacen sentirme de maravilla. De maravilla.

—¿Quieres irte?

—¿Irme? ¿Adonde quieres que vaya? —Cogió el monedero que se guarda en la cocina para pagar la comida y contó dos dólares y treinta y cinco centavos—. ¿A Ossining? ¿A Montclair?

—Quiero decir irte con Trencher.

—No sé, no lo sé —dijo—, pero ¿quién puede decir que no debería hacerlo? ¿Qué daño haría eso? ¿Qué bien reportaría? Quién sabe. Quiero a los niños, pero no es suficiente, no es bastante. No quisiera hacerlos sufrir, pero ¿sufrirían mucho si te dejara? ¿Es terapéutico el divorcio? Y de todas esas cosas que mantienen unido a un matrimonio, ¿cuántas son buenas?

Se sentó a la mesa.

—En Grenoble —prosiguió—, escribí en francés un largo artículo sobre Carlos Estuardo. Un catedrático de la Universidad de Chicago me mandó una carta. Hoy día no podría leer un periódico francés sin diccionario, no tengo tiempo de leer ningún periódico, y me avergüenzo de mi

incompetencia, me avergüenzo de mi aspecto. Oh, creo que te quiero, sé que quiero a los niños, pero también me quiero a mí misma, amo la vida, aún significa algo para mí, y aún me quedan cosas por hacer, y las rosas de Trencher me hacen pensar que me estoy perdiendo todo esto, que estoy perdiendo mi dignidad. ¿Sabes a lo que me refiero, comprendes lo que quiero decir?

—Está loco —dije.

—¿Sabes a lo que me refiero? ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No —contesté—. No.

Carl se despertó entonces y llamó a su madre. Dije a Ethel que se fuera a la cama. Apagué la luz de la cocina y fui al dormitorio de los niños.

Los niños se sintieron mejor al día siguiente, y como era domingo los saqué a dar un paseo. El sol de la tarde era benigno y puro, y sólo las sombras coloreadas me hicieron recordar que nos hallábamos en mitad del invierno, que los cruceros volvían al puerto de partida y que una semana más tarde los narcisos costarían veinticinco centavos el ramo. Al descender por Lexington Avenue, oímos en el cielo un sonido semejante al tono bajo de un órgano de iglesia, y nosotros y los demás transeúntes alzamos la mirada con aturdimiento, como una devota y estúpida asamblea de fieles, y vimos una escuadrilla de bombarderos pesados que se dirigían hacia el mar. A medida que avanzaba la tarde, el tiempo se hizo más frío, claro y apacible, y en la silenciosa atmósfera, el humo residual de las chimeneas a lo largo del East River parecía articular, de un modo tan legible como el avión de la Pepsi-Cola, palabras y frases enteras. Calma. Desastre. Resultaba difícil descifrarlas. Se diría que era el reflujo del año —un mal día para la gastritis, la sinusitis, los trastornos respiratorios—, y al recordar otros inviernos, los cambios de luz me persuadieron de que era tiempo de divorcio. Fue una tarde larga, y antes de que oscureciera llevé a los niños a casa.

Creo que la solemnidad del día afectó a mis hijos, y una vez en casa se estuvieron callados. La seriedad del momento siguió aportándome la sensación de que aquel cambio, al igual que el fenómeno de la velocidad, afectaba a nuestros corazones tanto como a nuestros relojes. Intenté recordar la buena voluntad con que Ethel había seguido a mi regimiento durante la guerra, de West Virginia a las dos Carolinas y a Oklahoma, y los autocares diurnos, y las habitaciones en las que había tenido que vivir, y la calle de San Francisco en la que le dije adiós antes de zarpar para el frente, pero no acerté a expresar nada de esto en palabras: ninguno de los dos encontró nada que decir. Poco después de oscurecer, bañamos a los niños y los metimos en la cama, y nosotros nos sentamos a cenar. Hacia las nueve llamaron al timbre; contesté yo y reconocí la voz de Trencher en el portero automático; le pedí que subiera.

Parecía enloquecido y exultante cuando apareció. Tropezó en el borde de la alfombra.

—Ya sé que aquí no soy bien recibido —dijo con voz recia, como si yo fuera sordo—. Ya sé que no le gusta verme aquí. Respeto sus sentimientos. Ésta es su casa. Respeto los sentimientos de un hombre con respecto a su hogar. No suelo ir a casa de un hombre a menos que éste me lo pida. Respeto su hogar. Respeto su matrimonio. Respeto a sus hijos. Creo que todo debe decirse abiertamente. He venido aquí a decirle que quiero a su mujer.

—Váyase —dije.

—Tiene que escucharme. Quiero a su mujer. No puedo vivir sin ella. Lo he intentado y no puedo. Incluso he intentado marcharme a otro sitio, mudarme a la costa Oeste, pero sé que no serviría de nada. Quiero casarme con ella. No soy un romántico. Soy realista. Muy realista. Sé que usted tiene dos hijos y que no dispone de mucho dinero. Sé que hay problemas de tutela y bienes y cosas que resolver. No soy un romántico. Soy un hombre práctico. He hablado de todo esto con mi mujer y está de acuerdo en concederme el divorcio. Yo no juego sucio. Su mujer puede decírselo. Soy consciente de todos los aspectos prácticos que deben tenerse en cuenta: tutela, bienes y demás. Tengo mucho dinero. Puedo proporcionar a Ethel todo lo que necesite, pero están los niños. Tienen que decidir al respecto entre ustedes. He traído un cheque. Está a nombre de Ethel. Quiero que lo cobre y que se vaya a Nevada. Soy un hombre práctico y sé que no puede decidirse nada hasta que obtenga el divorcio.

—¡Largo de aquí! —grité—. ¡Lárguese ahora mismo!

Se encaminó hacia la puerta. Había un tiesto con geranios sobre la repisa de la chimenea, y se lo lancé a través de la habitación. Le dio en los riñones y casi lo derribó. El tiesto se rompió en el suelo. Ethel gritó. Trencher seguía avanzando hacia la puerta. Fui tras él, cogí un candelabro y traté de golpearle en la cabeza, pero fallé el golpe y el candelabro rebotó en la pared. «¡Lárguese!», aullé, y él cerró de un portazo. Volví al cuarto de estar. Ethel estaba pálida pero no lloraba. Hubo unos ruidosos golpecitos sobre el radiador, una señal de la gente de arriba pidiendo decoro y silencio, una llamada urgente y expresiva, como las comunicaciones que los reclusos entablan por medio de las cañerías de una cárcel. Luego volvió el silencio.

Nos fuimos a la cama y me desperté en algún momento de la noche. No podía ver el reloj del aparador, así que ignoro qué hora sería. No se oía nada en el cuarto de los niños. El vecindario estaba perfectamente silencioso. No había luces encendidas en ninguna ventana. Entonces supe que Ethel me había despertado. Yacía de costado en la cama. Lloraba.

—¿Por qué lloras? —pregunté.

—¿Que por qué? —dijo—. ¿Por qué estoy llorando?

Oír mi voz y hablar le provocó un nuevo acceso, y se echó a sollozar con desespero. Se incorporó, deslizó los brazos en las mangas de la bata y buscó a tientas un paquete de cigarrillos en la mesa. Vi su rostro mojado cuando encendió uno. La oí moverse en la oscuridad.

—¿Por qué lloras?

—¿Por qué lloro? ¿Por qué lloro? —preguntó, impacientemente—. Lloro porque vi a una anciana abofetear a un niño en la Tercera Avenida. Estaba borracha. No puedo quitármelo de la cabeza.

Arrancó el edredón de los pies de la cama y caminó con él hacia la puerta.

—Lloro porque mi padre murió cuando yo tenía doce años y porque mi madre se casó con un hombre a quien yo detestaba o creía detestar. Lloro porque tuve que ponerme un vestido espantoso, un

vestido de segunda mano, para ir a una fiesta hace veinte años, y no me lo pasé bien. Lloro por alguna crueldad que no consigo recordar. Lloro porque estoy cansada; porque estoy cansada y no puedo dormir.

Oí que se acomodaba en el sofá, y a continuación todo quedó en silencio.

Me gustaría saber que los Trencher se han marchado lejos, pero sigo viéndolo a él alguna que otra vez en la parada del autobús, cuando llego tarde al trabajo. También he visto a su mujer yendo a la biblioteca del barrio acompañada de *Fräulein*. Parece mayor. No tengo buen ojo para calcular edades, pero no me sorprendería que la señora Trencher fuese quince años mayor que su marido. Cuando vuelvo a casa por la noche, Ethel sigue sentada en el taburete junto al fregadero, limpiando verduras. Vamos juntos a la habitación de los niños. Allí la luz es brillante. Los niños han construido algo con una caja de naranjas, algo absurdo y ascendente, y su dulzura, el impulso que los mueve a construir, la brillantez de la luz se reflejan perfectamente —y se incrementan— en el rostro de Ethel. Luego les da de cenar, los baña y prepara la mesa, y se queda un momento en medio de la habitación, tratando de establecer cierto vínculo entre la noche y el día. Transcurre ese instante. Enciende las cuatro velas y nos sentamos juntos a cenar.

La casta Clarissa

En el barco de la noche que iba a Vineyard Haven estaban cargando mercancías. Muy pronto la sirena advertiría que las ovejas tenían que separarse de los cabritos: así, al menos, era como Baxter lo enfocaba, distinguiendo entre los isleños y los turistas que merodeaban por las calles de Woods Hole. Su automóvil, como todos los que iban a embarcar en el trasbordador, estaba aparcado cerca del muelle. Baxter fumaba sentado en el parachoques delantero. El ruido y el movimiento del pequeño puerto parecían indicar que la primavera había terminado, y que las orillas del West Chop, al otro lado del estrecho, eran las playas del verano; pero las implicaciones de la hora y del viaje no tenían ningún efecto sobre Baxter. El retraso lo aburría y lo irritaba. Cuando oyó que alguien lo llamaba, se puso en pie con una sensación de alivio.

Era la anciana señora Ryan, al volante de una camioneta cubierta de polvo, y Baxter se acercó para hablar con ella.

—Lo sabía —dijo la señora Ryan—. Sabía que iba a encontrar a alguien de Holly Cove. Estaba completamente segura. Llevamos en camino desde las nueve de la mañana. Tuvimos dificultades con los frenos a las afueras de Worcester. Y ahora me pregunto si la señora Talbot habrá limpiado la casa. El verano pasado me pidió setenta y cinco dólares, y le dije que no volvería a pagarle esa cantidad; no me extrañaría que hubiese tirado todas mis cartas sin abrirlas. No me gusta nada terminar un viaje en una casa sucia, pero, si las cosas se ponen muy mal, podemos limpiarla nosotras, ¿no es cierto, Clarissa? —preguntó, volviéndose hacia una joven que iba sentada a su lado—. ¡Perdóname, Baxter! —exclamó—. No conoces a Clarissa, ¿verdad? Es la mujer de Bob, Clarissa Ryan.

Lo primero que se le ocurrió a Baxter fue que una chica como aquélla no debería viajar en una camioneta polvorienta; la vida tendría que sonreírle mucho más. Era joven. Baxter calculó que debía de tener unos veinticinco años. Pelirroja, de pechos prominentes, indolente y esbelta, parecía pertenecer a una especie diferente de la de la señora Ryan y sus hijas, criaturas sencillas y de huesos grandes. «Las chicas del cabo Cod / peines no tienen. / Raspas de bacalao / son suficientes», se dijo Baxter a sí mismo, pero los cabellos de Clarissa estaban muy bien cuidados, y sus brazos tenían una blancura inmaculada. Woods Hole y la actividad del muelle parecían aburrirla, y como tampoco le interesaban los cotilleos de la señora Ryan sobre la isla, en seguida encendió un cigarrillo.

Aprovechando una pausa en el monólogo de la anciana, Baxter habló directamente con la nuera.

—¿Cuándo llegará Bob, señora Ryan? —preguntó.

—No viene —dijo la hermosa Clarissa—. Está en Francia. Lo...

—Lo ha mandado el gobierno —intervino la anciana, como si su nuera fuese incapaz de dar una explicación tan sencilla—. Trabaja en un proyecto muy interesante. No volverá hasta el otoño. Yo

también me marchó al extranjero. Clarissa se quedará sola. Por supuesto —añadió llena de convicción—, espero que le guste la isla. A todo el mundo le gusta. Confío en que tenga muchas cosas que hacer, y que...

La sirena del trasbordador la interrumpió. Baxter se despidió de ellas. Uno a uno, los coches subieron a bordo y el barco se puso en marcha sobre las aguas poco profundas que separaban el continente de la isla. Baxter tomó una cerveza en el bar mientras contemplaba a Clarissa y a la anciana señora Ryan, sentadas en cubierta. Como no había visto nunca a la mujer de Bob, supuso que se habría casado con ella aquel invierno. No entendía cómo una criatura tan hermosa había ido a parar a la familia Ryan. Eran aficionados a la geología y a observar pájaros, todo ello con gran entusiasmo. «Nos gustan mucho las aves y las piedras», solían decir cuando conocían a alguien. Su casa quedaba a tres kilómetros del edificio más próximo y, como la señora Ryan decía con frecuencia, había sido construida en 1922, «aprovechando las paredes de un granero». Los Ryan navegaban, hacían excursiones, se bañaban cuando había mucho oleaje, y organizaban expediciones a Cuttyhunk y a Tarpaulin Cove. Eran personas que, en opinión de Baxter, daban demasiada importancia al *corpore sano*, y que no deberían dejar sola a Clarissa en la casa de la isla. El viento había alborotado los cabellos de la muchacha y un mechón de color de fuego le ocultaba la mejilla. Tenía las piernas cruzadas. Mientras el trasbordador entraba en el puerto, Clarissa se levantó y recorrió la cubierta en dirección contraria al suave viento marino, y Baxter, que había iniciado el viaje hacia la isla con una actitud de indiferencia, se dio cuenta de que había empezado el verano.

Baxter sabía muy bien que tendría que actuar con mucho tacto cuando intentara conseguir información sobre Clarissa Ryan. En Holly Cove lo aceptaban porque había veraneado allí toda la vida. Era un hombre simpático y bien parecido, pero sus dos divorcios, sus aventuras amorosas, su tacañería y su aire latino le habían creado entre sus vecinos cierta fama de persona desaprensiva. Se enteró de que Clarissa se había casado con Bob Ryan en noviembre y de que había nacido en Chicago. También oyó decir que era hermosa y estúpida. Eso fue todo lo que averiguó.

Buscó a Clarissa en las pistas de tenis y en las playas, pero no consiguió verla. Fue varias veces a la playa que quedaba más cerca de la casa de los Ryan. Tampoco apareció por allí. Cuando aún llevaba muy poco tiempo en la isla, recibió por correo una invitación de la señora Ryan para tomar el té. Era una invitación que no hubiese aceptado normalmente, pero aquella vez acudió agradecido. Llegó tarde, sin embargo. Delante de la casa estaban ya los automóviles de la mayor parte de sus amigos y vecinos. Desde las ventanas abiertas sus voces llegaban hasta el jardín, donde florecían las rosas trepadoras de la señora Ryan.

—¡Bien venido a bordo! —le gritó la anciana señora cuando cruzó el porche—. Es mi fiesta de despedida. Me voy a Noruega. —Inmediatamente lo condujo a una habitación abarrotada.

Clarissa estaba sentada detrás de la mesa donde se servía el té. A sus espaldas, pegada a la pared, había una vitrina con todos los ejemplares geológicos de los Ryan. Llevaba los brazos descubiertos. Baxter los estuvo contemplando mientras ella le servía el té.

—¿Caliente...? ¿Frío...? ¿Limón...? ¿Leche?

Daba la impresión de que no tenía nada más que decir, pero sus cabellos rojos y sus brazos

blancos dominaban aquella esquina de la habitación. Baxter se comió un sándwich y se quedó cerca de la mesa.

—¿Habías estado antes aquí, Clarissa? —preguntó.

—Sí.

—¿Vas a la playa de Holly Cove?

—Queda demasiado lejos.

—Cuando se vaya tu suegra —dijo Baxter—, yo puedo llevarte en coche por las mañanas. Suelo ir a las once.

—Gracias. —Clarissa bajó los ojos. Parecía incómoda, y la posibilidad de que fuera una persona vulnerable cruzó por la cabeza de Baxter y le causó un inmediato alborozo—. Muchas gracias —repitió—, pero yo también tengo coche y..., bueno, no sé, no...

—¿De qué habláis vosotros dos? —preguntó la señora Ryan colocándose entre ellos y sonriendo desafortadamente, en un esfuerzo por ocultar en parte la prepotencia de su intervención—. Estoy segura de que no se trata de geología —continuó—, ni de pájaros, ni de libros, ni tampoco de música, porque a Clarissa no le interesa ninguna de esas cosas, ¿no es cierto? Ven conmigo, Baxter.

Lo llevó hasta el otro extremo del cuarto y le habló sobre la cría del ganado lanar. Cuando terminaron la conversación, también acababa la fiesta. Clarissa se había marchado. Su silla estaba vacía. Al detenerse junto a la puerta para dar las gracias y despedirse de la señora Ryan, Baxter dijo que confiaba en que no saliera hacia Europa inmediatamente.

—¡Sí, sí! Me marchó en seguida —respondió la anciana—. Vuelvo al continente en el trasbordador de las seis y mañana al mediodía me embarco en Boston.

A las diez y media de la mañana del día siguiente Baxter se acercó en coche a casa de los Ryan. La señora Talbot, la mujer de la isla que ayudaba en las faenas de la casa, le abrió la puerta. Clarissa bajó la escalera. Estaba más hermosa que nunca, aunque pareció sorprenderse al encontrarlo allí. Aceptó su invitación para ir a bañarse, pero lo hizo sin el menor entusiasmo.

—De acuerdo —dijo.

Cuando volvió a bajar llevaba un albornoz sobre el traje de baño y un sombrero de ala ancha. Mientras iban camino de Holly Cove, Baxter le preguntó por sus planes para el verano. Clarissa no se mostró comunicativa. Parecía preocupada y poco deseosa de hablar. Aparcaron el coche y caminaron juntos atravesando las dunas hasta llegar a la playa. Una vez allí, Clarissa se tumbó sobre la arena con los ojos cerrados. Algunos de los amigos y vecinos de Baxter se detuvieron un rato a charlar, pero, según pudo apreciar, ninguno duraba mucho tiempo. El silencio de Clarissa hacía difícil cualquier conversación. Sin embargo, a él no le importaba en absoluto.

Baxter fue a nadar. Clarissa se quedó en la arena, envuelta en el albornoz. Al volver del agua, Baxter se tumbó junto a ella. Se puso a contemplar a sus vecinos y a sus hijos. Había hecho muy buen tiempo. Las mujeres tenían la piel bronceada. Todas estaban casadas y, a diferencia de Clarissa, eran esposas con hijos, pero las dificultades del matrimonio y de los embarazos no les impedían continuar siendo bonitas y ágiles ni sentirse satisfechas. Mientras Baxter las admiraba, Clarissa se puso en pie y se quitó el albornoz.

Aquello era distinto, y Baxter se quedó sin aliento. Parte del poder sobrecogedor de su belleza radicaba en la blancura de su piel y también en el hecho de que, a diferencia de las otras mujeres, que se sentían a gusto en sus trajes de baño, a Clarissa parecía humillarla y avergonzarla tener que llevar tan poca ropa. Se dirigió hacia la orilla como si estuviera desnuda. Al entrar en contacto con el agua se detuvo en seco porque, también a diferencia de las demás, que correteaban por el embarcadero como focas, a Clarissa no le gustaba el frío. Después avanzó y nadó unos cuantos metros. Salió en seguida del agua, se cubrió apresuradamente con el albornoz y volvió a tumbarse en la arena. Entonces habló por vez primera aquella mañana y, por primera vez desde que Baxter la conocía, lo hizo con calor y poniendo sentimiento en lo que decía.

—¿Sabes? Esas piedras del promontorio han crecido mucho desde la última vez que estuve aquí —dijo.

—¿Qué? —exclamó Baxter.

—Las piedras del promontorio... Han crecido mucho.

—Las piedras no crecen —repuso Baxter.

—Ya lo creo que sí —aseguró ella—. ¿No lo sabías? Las piedras crecen. Hay una piedra en la zona del jardín donde mi suegra tiene los rosales que ha crecido treinta centímetros en los últimos años.

—No sabía que las piedras crecieran.

—Pues sí, crecen. —Luego Clarissa bostezó y cerró los ojos. Pareció quedarse dormida. Cuando abrió los ojos de nuevo, le preguntó a Baxter qué hora era.

—Las doce —dijo él.

—He de volver a casa. Espero invitados.

Baxter tuvo que aceptar aquella explicación y la llevó a casa. Clarissa siguió mostrándose poco comunicativa durante el camino, y cuando él le preguntó si podría acompañarla otro día a la playa, respondió que no. Era un día muy hermoso y hacía calor, y casi todas las puertas de la isla estaban abiertas; pero cuando Clarissa se despidió de él, casi le dio con la suya en las narices.

Al día siguiente, Baxter pasó por la oficina de Correos a recoger las cartas y los periódicos de Clarissa, pero cuando se presentó con ellos en la casa, la señora Talbot le dijo que la señorita estaba ocupada. Durante aquella semana, Baxter asistió a dos fiestas muy concurridas en las que Clarissa debería haber estado presente, pero no fue a ninguna de las dos. El sábado por la noche acudió a uno

de esos bailes a la antigua usanza que se celebraban en un granero, y cuando ya era bastante tarde — bailaban *Lady of the Lake*— descubrió a Clarissa, sentada junto a la pared.

Resultaba realmente extraño que una chica como ella se quedara sin bailar. Era mucho más hermosa que cualquiera de las mujeres que había allí, pero su belleza parecía intimidar a los hombres. Baxter dejó de bailar en cuanto le fue posible y se acercó a ella. Estaba sentada sobre un cajón de embalaje. Fue de la primera cosa de la que se quejó.

—Ni siquiera hay donde sentarse —dijo.

—¿No quieres bailar? —le preguntó Baxter.

—Me encanta bailar—dijo—. Bailaría toda la noche, pero no me parece que eso sea bailar. — Hizo un gesto de repugnancia en dirección hacia la música del piano y del violín—. He venido con los Horton. Sólo me dijeron que iba a haber un baile, pero no me explicaron que se trataba de esta clase de baile. No me gustan todos esos saltos y cabriolas.

—¿Se marcharon ya tus invitados? —preguntó Baxter.

—¿Qué invitados?

—El martes me dijiste que esperabas invitados. Cuando estábamos en la playa.

—Pero no dije que fueran a llegar el martes, ¿no es cierto? —replicó Clarissa—. Vienen mañana.

—¿Te llevo a casa? —preguntó Baxter.

—He venido con los Horton —dijo ella.

—Déjame llevarte a casa —insistió Baxter.

—De acuerdo.

Llevó el coche hasta la puerta del granero y encendió la radio. Clarissa se subió y cerró la portezuela con energía. Baxter condujo a toda velocidad por las malas carreteras de la isla, y cuando se detuvieron ante la casa de los Ryan, apagó las luces del coche y se quedó mirando las manos de Clarissa. Ella las cruzó sobre el bolso.

—Muchísimas gracias —dijo—. Lo estaba pasando fatal y me has salvado la vida. Supongo que no entiendo a la gente de este sitio. Siempre ha habido muchos hombres dispuestos a bailar conmigo, pero hoy me he pasado casi una hora sentada en esa caja tan dura y no ha habido nadie que viniese a hablarme. Me has salvado la vida.

—Eres encantadora, Clarissa —comentó Baxter.

—Bueno —dijo ella con un suspiro—. Eso es sólo mi apariencia exterior. Nadie conoce mi verdadero yo.

Eso era lo importante, pensó Baxter, y si conseguía adaptar sus cumplidos a lo que ella creía ser, los escrúpulos de Clarissa se desvanecerían. ¿Pensará que es una actriz, se preguntó, o una nadadora excepcional, o una heredera? Los indicios de vulnerabilidad que emanaban de ella en la noche de verano eran tan evidentes, tan embriagadores, que Baxter llegó a la conclusión de que su castidad pendía de un hilo.

—Creo que sé cómo eres realmente —dijo Baxter.

—No, claro que no —repuso ella—. Nadie lo sabe.

Desde un hotel de Boston, la radio emitía canciones de amores desgraciados. Según el calendario, el verano estaba aún empezando, pero, de alguna forma, la quietud y el gran tamaño de los árboles oscuros creaban la impresión de que la estación se hallaba mucho más avanzada. Baxter rodeó a Clarissa con los brazos y la besó en la boca.

Ella lo rechazó con violencia y abrió la portezuela.

—Lo has estropeado todo —dijo mientras se apeaba—. Lo has echado a perder. Sé lo que pensabas. Sé que pensabas en ello todo el tiempo. —Dio un portazo y le habló desde el otro lado de la ventanilla—. No hace falta que vuelvas por aquí. Mis amigas llegan de Nueva York en el avión de la mañana, así que voy a estar demasiado ocupada el resto del verano para poder verte. Buenas noches.

Baxter se dio cuenta de que la culpa era exclusivamente suya: se había precipitado. Era un error absurdo en un hombre de su experiencia. Se acostó triste y enfadado consigo mismo, y durmió mal.

Seguía deprimido cuando se despertó, y su depresión creció al oír el ruido de una tormenta marina que venía del noroeste. Se quedó en la cama oyendo el fragor de las olas y el repiqueteo de la lluvia. La tormenta cambiaría el aspecto de la isla. Las playas quedarían desiertas. Costaría trabajo abrir los cajones de los armarios. Repentinamente, saltó de la cama, fue hasta el teléfono y llamó al aeropuerto. El avión de Nueva York no había podido aterrizar, le dijeron, y no esperaban ningún otro durante el resto del día. Aquella tormenta daba toda la impresión de haberse puesto de su parte. A las doce bajó al pueblo, compró un periódico dominical y una caja de bombones. Los bombones eran para Clarissa, pero no le corría demasiada prisa dárselos.

Ella tendría la nevera llena de comida, habría sacado las toallas, y planeado la excursión, pero ahora sus amigas iban a retrasarse, y todas sus esperanzas quedaban sin objeto ante aquel día lluvioso y desapacible. Sin duda había formas de superar aquella desilusión, pero después de lo que había pasado en el baile del granero, Baxter estaba seguro de que Clarissa se sentía perdida sin su marido o sin su suegra, y de que había muy poca gente en toda la isla —si es que había alguien— dispuesta a dejarse caer por su casa o a llamarla para tomar una copa juntos. Lo más probable era que se pasara el día escuchando la radio y la lluvia, y que al final del día estuviese dispuesta a dar la bienvenida a cualquiera, Baxter incluido. Y puesto que las fuerzas de la soledad y del ocio trabajaban a su favor, era más sensato esperar, Baxter estaba seguro de ello. Lo mejor sería llegar justo antes de que oscureciera, y decidió aguardar hasta entonces. Luego cogió el coche y se dirigió a casa de los Ryan con la caja de bombones. Había luz en las ventanas. Clarissa le abrió la puerta.

—Quería dar la bienvenida a tus amigos —dijo Baxter—. Me...

—No han venido —explicó Clarissa—. El avión no pudo aterrizar. Se han vuelto a Nueva York. Me han telefoneado. Lo tenía muy bien organizado, pero no ha servido de nada.

—Lo siento, Clarissa. Te he traído un regalo.

—¡Qué caja tan bonita! —dijo ella al cogerla—. ¡Qué detalle!... —Su rostro y su voz se dulcificaron y recobraron su ingenuidad durante unos instantes, pero luego Baxter vio cómo la decisión de resistir los transformaba—. No deberías haberte molestado —dijo.

—¿Puedo pasar? —preguntó Baxter.

—Bueno, no sé —respondió ella—. No puedes quedarte si no vas a hacer otra cosa más que estar sentado.

—Podemos jugar a las cartas —sugirió Baxter.

—No sé jugar —dijo ella.

—Yo te enseño.

—No. No; tienes que irte. No entiendes qué clase de mujer soy yo. Me he pasado todo el día escribiéndole una carta a Bob. Le he dicho que me besaste anoche. No puedo dejarte entrar.

Clarissa cerró la puerta.

Por su expresión al recibir la caja de bombones, Baxter concluyó que a Clarissa le gustaba mucho que le hicieran regalos. Un brazalete de oro no muy caro o incluso un ramo de flores podían bastarle para conseguir sus objetivos. Baxter, sin embargo, era un hombre muy tacaño, y aunque se daba cuenta de la utilidad de un regalo, no se decidió a comprarlo. Optó por esperar.

La tormenta se prolongó dos días. El martes por la noche, el cielo se aclaró, y en la tarde del miércoles las pistas de tenis ya estaban secas y podían utilizarse. Baxter estuvo jugando mucho rato. Después de bañarse y cambiarse de ropa, fue a una fiesta a tomar una copa. Una de sus vecinas, una mujer casada y con cuatro hijos, se sentó a su lado e inició una conversación sobre la naturaleza del amor matrimonial.

Aquel diálogo incluía cierto tipo de miradas y de insinuaciones que no eran nuevas para él; Baxter se imaginaba con bastante exactitud lo que todo aquello podía dar de sí. Su vecina era una de las hermosas mujeres que despertaban su admiración en la playa: tenía los cabellos castaños, una bonita dentadura y gráciles y bronceados brazos. Pero aunque Baxter parecía profundamente interesado en sus opiniones sobre el amor, la blanca imagen de Clarissa ocupaba su mente, y terminó por interrumpir la conversación y abandonar la fiesta. Puso el coche en marcha y se dirigió a casa de los Ryan.

Desde lejos parecía que no había nadie: la casa y el jardín estaban en completo silencio. Baxter llamó primero con los nudillos y luego tocó el timbre. Clarissa le contestó desde una ventana

del piso de arriba.

—¡Hola! —dijo.

—He venido a despedirme, Clarissa. —No se le ocurrió nada mejor.

—Espera un momento —respondió ella—. Ahora bajo.

—Me marchó, Clarissa —exclamó cuando ella le abrió la puerta—. He venido a decirte adiós.

—¿Adonde vas?

—No lo sé —dijo él, tristemente.

—Bueno, entra, entonces —respondió ella, indecisa—. Quédate un minuto. Supongo que es la última vez que voy a verte, ¿no es cierto? Perdona el desorden que hay en la casa. El señor Talbot se puso enfermo el lunes, su mujer ha tenido que llevárselo a un hospital en el continente, y no ha venido nadie a ayudarme. He estado completamente sola.

Baxter la siguió hasta la sala de estar y se sentó. Clarissa le pareció más hermosa que nunca. Ella le habló de los problemas que le había creado la desaparición de la señora Talbot: se había apagado el fuego de la caldera que calentaba el agua, había un ratón en la cocina, la bañera estaba atascada, no había logrado poner el coche en marcha...

En la casa silenciosa Baxter oyó el ruido de un grifo que goteaba y el tictac de un reloj de pared. El cristal que protegía los ejemplares geológicos de los Ryan reflejaba el cielo que se desvanecía más allá de la ventana. La casa estaba muy cerca del mar y se oía el rumor de las olas. Baxter anotó todos estos detalles desapasionadamente y apreciándolos en su justo valor. Cuando Clarissa terminó de hacer sus comentarios sobre la señora Talbot, esperó todo un minuto antes de empezar a hablar.

—Te da el sol en el pelo —comentó.

—¿Cómo dices?

—Que te da el sol en el pelo. Tiene un color muy hermoso.

—Ya no es tan bonito como antes —dijo ella—. Se me ha oscurecido. Pero no tengo intención de teñírmelo. Creo que las mujeres no deberían teñirse el pelo.

—Eres muy inteligente —murmuró Baxter.

—¿Lo dices en serio?

—¿El qué?

—Que soy inteligente.

—Claro que sí —dijo él—. Eres inteligente y eres hermosa. Nunca olvidaré la noche que te conocí en el barco. Yo no quería venir a la isla. Había hecho planes para marcharme al oeste.

—No es posible que sea inteligente —dijo Clarissa con voz compungida—. Debo de ser muy estúpida. Mamá Ryan dice que lo soy, y Bob también lo dice, e incluso la señora Talbot dice que soy estúpida, y... —Empezó a llorar. Luego se puso ante un espejo y se secó los ojos. Baxter la siguió y la rodeó con sus brazos—. No me abrasces —dijo con más desesperación que enojo—. Nadie me toma nunca en serio hasta que empiezan a abrazarme.

Volvió a sentarse y Baxter se colocó a su lado.

—Pero tú no eres estúpida, Clarissa —aseguró él—. Tienes una inteligencia prodigiosa, una mente muy clara. Lo he pensado con frecuencia. Siempre tengo la impresión de que debes de tener opiniones muy interesantes sobre muchas cosas.

—Eso es curioso —dijo ella—, porque sí que tengo opiniones sobre muchas cosas. Claro que no me atrevo a contárselas a nadie, y Bob y mamá Ryan nunca dejan que hable. Siempre me interrumpen como si se avergonzaran de mí. Pero es cierto que tengo opiniones. Pienso, por ejemplo, que somos como los dientes de una rueda. Ésa es la conclusión a la que he llegado. ¿A ti te parece que somos como los dientes de una rueda?

—Sí. ¡Claro que sí!

—Creo que somos como los dientes de una rueda —repitió Clarissa—. Por ejemplo, ¿crees que las mujeres deben trabajar? He pensado mucho sobre eso. Mi opinión es que las mujeres casadas no deben trabajar. Quiero decir, a no ser que tengan mucho dinero, por supuesto; pero incluso entonces creo que cuidar de un hombre es un trabajo que llena todo el día. ¿O tú opinas que las mujeres deben trabajar?

—¿Cuál es tu opinión? —preguntó él—. Me interesa mucho saber lo que tú piensas.

—Yo creo —dijo Clarissa tímidamente—, que cada palo debe aguantar su vela. No creo que trabajar o ir a la iglesia vayan a cambiarlo todo, y pienso lo mismo de las dietas especiales. No me fío nada de esas dietas extravagantes. Tenemos un amigo que come cien gramos de carne en cada comida. Tiene una balanza encima de la mesa y pesa la carne. Eso hace que la mesa tenga un aspecto horrible, y no veo qué bien puede hacerle a él. Yo compro lo que tiene un precio razonable. Si el jamón tiene un precio razonable, compro jamón. Si es el cordero lo que está barato, compro cordero. ¿No te parece que eso es inteligente?

—Es muy inteligente.

—Y la educación progresista —siguió Clarissa—. No tengo una buena opinión sobre la educación progresista. Cuando vamos a cenar a casa de los Howard, los niños montan todo el tiempo en bicicleta alrededor de la mesa, y en mi opinión eso es lo que aprenden en las escuelas progresistas, y creo que a los niños hay que decirles lo que está bien y lo que no lo está.

El sol que había encendido sus cabellos había desaparecido ya, pero aún quedaba luz suficiente en el cuarto para advertir que, al airear sus opiniones, el rostro de Clarissa se llenaba de

color y se le dilataban las pupilas. Baxter escuchaba pacientemente porque sabía ya lo que Clarissa quería: que la tomaran por algo que no era, y sabía también que la pobre muchacha estaba completamente perdida.

—Eres muy inteligente —le decía de vez en cuando—. Realmente inteligente.

Era tan sencillo como eso.

La cura

Ocurrió en el verano. Recuerdo que hacía mucho calor tanto en Nueva York como en el barrio residencial donde vivimos, a las afueras. Mi mujer y yo habíamos discutido, y Rachel cogió a los niños y se marchó, con la camioneta. Tom no apareció —o por lo menos no advertí su presencia— hasta unas dos semanas después de la escisión familiar, pero la partida de Rachel y la llegada de Tom parecían estar relacionadas. La marcha de Rachel pretendía ser definitiva. Me había abandonado en dos ocasiones anteriores (la segunda nos divorciamos para luego volver a casarnos), y cada una de las veces acepté la separación con un sentimiento que no tenía mucho que ver con la felicidad, pero sí con aquella resurrección de la propia dignidad, del valor, que al parecer es la recompensa de aceptar una verdad dolorosa. Era verano, como ya he dicho, y en cierto modo me alegré de que ella hubiera elegido esa época para nuestra riña. De este modo nos ahorra la inmediata necesidad de legalizar nuestra nueva situación. Intervalos aparte, llevábamos trece años viviendo juntos: teníamos tres hijos e intereses económicos comunes. Intuí que ella se alegraba igual que yo de que las cosas siguieran su curso hasta septiembre u octubre.

Me complacía que la desavenencia hubiese ocurrido en verano, porque en esa época del año mi trabajo es más agotador que de costumbre y por lo general estoy demasiado cansado por la noche para pensar en otras cosas, y asimismo porque he advertido que el verano es la estación en que más fácil me resulta vivir solo. También supuse que Rachel quería quedarse con la casa una vez resueltos nuestros asuntos, y a mí me gusta la vivienda y pensé que aquellos días eran los últimos que pasaba en ella. Hubo unos cuantos síntomas secundarios de trastornos domésticos. En primer lugar, el perro y luego el gato se escaparon. Además, llegué a casa una noche y encontré a Maureen, la sirvienta, completamente borracha. Me dijo que su marido, que estaba en el ejército de ocupación en Alemania, se había enamorado de otra mujer. Lloró. Cayó de rodillas. La escena —nosotros dos, a solas en una casa anormalmente vacía de mujeres y niños, en una noche de verano— fue grotesca, con aquel carácter grotesco que —lo sé— puede anular la más firme de las resoluciones. Le preparé café, le pagué el salario de dos semanas y la llevé en coche a su casa; al despedirnos parecía sosegada y sobria, y pensé que era posible olvidar lo grotesco del caso. Después de todo eso, planeé un horario sencillo que confié en cumplir hasta el otoño.

Me dije que uno puede curarse de un matrimonio romántico, carnal y desastroso, y que, como cualquier clase de adicto después de las agonías de una cura, uno tiene que medir con exquisito cuidado cada paso. Decidí no contestar al teléfono, porque sabía que Rachel podía arrepentirse, y para entonces yo tampoco ignoraba la cantidad y la naturaleza de las cosas capaces de reconciliarnos. Si llovía cinco días seguidos, si uno de los niños padecía fiebre pasajera, si mi mujer recibía una carta con malas noticias, cualquier cosa de ese tipo podría bastar para que me telefonease, y yo no quería verme tentado a reanudar una relación que había sido tan desventurada. Los primeros meses serían como una cura, pensé, y organicé mi tiempo conforme a esa idea. Por la mañana cogía el tren de las ocho y diez a la ciudad y volvía en el de las seis y media. Yo tenía experiencia suficiente como para evitar la casa vacía en el crepúsculo estival, así que cogía el coche en el aparcamiento de la estación y me iba directamente a un buen restaurante llamado Orpheo's. Por lo general, siempre encontraba allí a alguien con quien hablar; bebía un par de martinis y me tomaba un filete. Luego me iba al autocine

Stonybrook y veía un programa doble. Todo ello —los martinis, el filete y las películas— pretendía provocarme una especie de anestesia, y daba resultado. No quería ver a nadie aparte de a la gente de mi oficina.

Pero no duermo bien en una cama varía, y pronto tuve que afrontar el problema del insomnio. Al volver del cine a casa, conseguía dormir, pero sólo un par de horas. Traté de sacar el máximo partido del insomnio. Si llovía, escuchaba la lluvia y los truenos. Si no llovía, escuchaba el ruido lejano de los camiones en la autopista, un rumor que me recordaba la época de la Depresión, cuando me pasé algún tiempo en la carretera. Los camiones bajaban rugiendo por la autopista, cargados de pollos, muebles, latas de conserva o jabón en polvo. Aquel ruido significaba la oscuridad para mí, la oscuridad y los faros; y la juventud, supongo, puesto que al parecer se trataba de un sonido agradable. A veces, el ruido de la lluvia, el bullicio del tráfico o algo similar conseguían distraerme y me dormía de nuevo, pero una noche no resultó, y a las tres de la mañana decidí bajar al cuarto de estar y ponerme a leer.

Encendí la luz y busqué entre los libros de Rachel. Escogí uno de un autor llamado Lin Yutang, y me senté en un sofá a la luz de una lámpara. Nuestro cuarto de estar era confortable. El libro parecía interesante. Me hallaba en un vecindario donde casi ninguna puerta delantera estaba cerrada, y en una calle muy tranquila una noche de verano. Todos los animales de la zona son domésticos, y los únicos pájaros nocturnos que he llegado a oír son unos búhos junto a las vías del tren. Todo estaba muy tranquilo. Oí el breve ladrido del perro de los Barstow, como si lo hubiera despertado una pesadilla, y luego cesó el ruido. Todo volvió a quedar en calma. Entonces oí, muy cerca de mí, unos pasos y una tos.

Sentí que mis músculos se tensaban —quién no conoce esa sensación—, pero no levanté la vista del libro, pese a notar que me estaban observando. Tal vez existen la intuición y otras cosas por el estilo, pero soy más dichoso no teniéndolas en cuenta y, sin embargo, sin alzar la mirada del libro, no sólo supe que me estaban observando, sino que lo hacían desde el ventanal, al fondo de la sala, y que mi espía era alguien cuyo propósito consistía en observarme y violar mi intimidad. Allí sentado, bajo la luz de una brillante lámpara y rodeado por la oscuridad, me sentí indefenso. Pasé una página y fingí seguir leyendo. Entonces me distrajo un miedo mucho peor que el miedo al imbécil que estaba apostado al otro lado del ventanal. Tuve miedo de que la tos, los pasos y la sensación de ser observado procediesen de mi imaginación. Alcé los ojos.

Lo vi con toda claridad, y creo que él también me vio; reía burlonamente. Apagué la luz, pero fuera estaba demasiado oscuro y mis ojos se hallaban tan acostumbrados a la brillante luz de la lectura que no logré discernir ninguna forma al otro lado del cristal. Corrí al vestíbulo y encendí varias lámparas exteriores de la puerta delantera (no daban una luz muy intensa, pero me bastaba para ver a alguien que cruzase el césped); cuando volví al ventanal, el jardín estaba desierto y advertí que no había nadie donde él había estado. Podía haberse escondido en muchísimos sitios. La gran mata de lilas al borde del sendero podría haber ocultado a un hombre, y también las lilas y el arce de hojas cortadas. No iba a coger la vieja espada de samurai y perseguirlo. No yo, desde luego. Apagué las luces de fuera y permanecí en la oscuridad preguntándome quién podría ser el hombre.

Nunca he tenido nada que ver con gente que merodea por ahí por las noches, pero sé que la hay, y pensé que probablemente era un viejo chiflado de la fila de chabolas que hay junto a las vías, y quizá a causa de mi resolución, mi necesidad, de poner a todo buena cara —o por lo menos de tomármelo con calma—, incluso logré sentir piedad por aquel anciano que, en un arranque senil, se

veía impulsado a salir de su casa y a vagar de noche por un vecindario desconocido, a merced de perros y de policías, sin más recompensa que la de ver a un hombre leyendo a Lin Yutang o a una mujer que administra pastillas a un niño enfermo o a alguien que saca de la nevera chile *con carne*². Mientras subía la oscura escalera oí truenos, y un segundo después una tromba de lluvia de verano inundó el condado, y pensé con lástima en aquel hombre que merodeaba, y en su caminata de regreso a casa bajo la tormenta.

Eran ya más de las cuatro, y me tendí a oscuras escuchando la lluvia y el tránsito de los trenes matutinos. Llegaban de Buffalo, Chicago y el Lejano Oeste, cruzaban Albany y bajaban a lo largo del río por la mañana temprano; en una u otra ocasión, yo había viajado en la mayoría de ellos, y tumbado en la oscuridad pensé en el aire glacial de los coches Pullman, en el olor de la ropa de dormir, en el sabor del agua del vagón restaurante y en lo que se siente al finalizar un día en Cleveland o Chicago y comenzar el siguiente en Nueva York, especialmente si se ha vivido fuera un par de años y en verano. Rodeado por la penumbra, imaginé los vagones oscuros en la lluvia, las mesas puestas para el desayuno y los olores.

Al día siguiente tenía mucho sueño, pero cumplí con mi trabajo y dormité en el tren de vuelta a casa. Podría haberme acostado en seguida, pero no quise correr riesgos y preferí seguir la rutina de ir a Orpheo's y después al autocine. Vi dos películas malísimas. Me dejaron aturdido y me dormí nada más acostarme, pero me despertó el teléfono. Eran las dos de la mañana. Me quedé en la cama hasta que cesó el sonido. Sabía que estaba completamente desvelado y que ningún ruido nocturno —el viento, el tráfico— me induciría al sueño, y bajé al cuarto de estar. No esperaba que volviese el Peeping Tom³, pero mi lámpara de lectura era llamativa en el oscuro vecindario, y opté por encender las luces de la entrada y me senté de nuevo con el libro de Lin Yutang. Al oír el ladrido del perro de los Barstow, dejé a un lado el libro y miré al ventanal para asegurarme de que mi espía no había venido o de que, si venía, yo lo viese antes que él a mí.

No vi nada, nada en absoluto, pero al cabo de unos minutos experimenté aquel terrible endurecimiento de los músculos, aquella certeza de que me estaban observando. Volví a coger el libro, no con intención de leer, sino de demostrarle que su presencia me era indiferente. Hay muchas otras ventanas en el cuarto, por supuesto, y por un instante me pregunté cuál habría escogido esa noche como observatorio. Entonces lo supe, y el hecho de que estuviese detrás, de que estuviese a mi espalda, me asustó y me exasperó, y me levanté de un brinco sin apagar la luz y vi su cara en la estrecha ventana por encima del piano.

—¡Váyase al infierno! —aullé—. ¡Se ha ido! ¡Rachel se ha marchado! ¡No hay nada que ver! ¡Déjeme en paz!

Corrí a la ventana, pero se había ido. Y como había gritado a voz en cuello en una casa vacía, pensé que quizá me estaba volviendo loco. Pensé, una vez más, que acaso la cara de la ventana era fruto de mi imaginación, y cogí la linterna y salí al jardín.

Hay un macizo de flores bajo la ventana estrecha. Lo enfoqué con la linterna y vi que había

² En español en el original. (*N. del T.*)

³ Con este nombre se conoce al sastre que quedó ciego (o muerto, según otras versiones) al contemplar a hurtadillas la estampa de lady Godiva, noble de Coventry que se paseó a caballo desnuda en protesta por los altos impuestos con que su esposo abrumaba a la ciudad. En la literatura anglosajona, el término «Peeping Tom» ha pasado a designar al «voyeur» o mirón. (*N. del T.*)

estado allí. Había huellas en la tierra y algunas flores estaban pisoteadas. Seguí las huellas hasta el borde del césped y allí encontré una zapatilla de charol masculina. Estaba un poco resquebrajada y vieja, y pensé que podría ser de un anciano, pero sabía que no era propiedad de ningún sirviente. Supuse que Peeping Tom era uno de mis vecinos. Arrojé la zapatilla por encima del seto hacia el montículo de estiércol del jardín de los Barstow, entré de nuevo en casa, apagué las luces y subí a mi dormitorio.

Al día siguiente pensé una o dos veces en llamar a la policía, pero no acabé de decidirme. Volví a pensar en ello por la noche, mientras esperaba mi bistec en Orpheo's. Me daba cuenta de que la situación, superficialmente analizada, era ridícula, pero el temor de ver de nuevo la cara en la ventana era real y acumulativo, y no veía razón alguna para soportarlo, sobre todo en una época en que me esforzaba en rehacer mi vida. Estaba oscureciendo. Fui a una cabina y telefoneé a la policía. Contestó Stanley Madison, que a veces dirige el tráfico desde la comisaría. Dijo: «Oh», cuando le expliqué que deseaba dar parte de un merodeador. Me preguntó si Rachel estaba en casa. Luego comentó que desde 1916, fecha en que se había hecho cargo de su puesto, no se había formulado en el pueblo ninguna denuncia de ese tipo. Me lo dijo con el comprensible orgullo que todos sentimos por nuestro barrio. Yo ya había previsto que me pondría en una situación de desventaja, pero Stanley me habló como si yo estuviese intentando vulnerar deliberadamente los bienes inmuebles. Prosiguió diciendo que un cuerpo de policía compuesto de cinco hombres era insuficiente, que trabajaban mucho y cobraban poco, que si yo quería que un agente vigilase mi casa, debería colaborar con las fuerzas policiales en el próximo mitin de la Asociación Pro Mejora Cívica. Trató de no parecer poco amable, y acabó la conversación preguntándome por Rachel y los niños. Cuando salí de la cabina telefónica, pensé que había cometido un error.

Esa noche estalló una tormenta justo en mitad de la película, y llovió hasta el amanecer. Supongo que el mal tiempo retuvo a Tom en casa, porque no lo vi ni lo oí. Pero volvió a la noche siguiente. Lo sentí llegar a eso de las tres y marcharse aproximadamente una hora más tarde, pero no levanté la vista del libro. Razoné que probablemente era un pesado inofensivo, y que, si por lo menos pudiera yo saber quién era él, conocer su nombre, el fulano perdería su capacidad de irritarme y yo reanudaría en paz mi programa de cura. Subí a la alcoba sin poder quitarme de la cabeza la cuestión de su identidad. Estaba bastante seguro de que era alguien del barrio. Me pregunté si alguno de mis amigos o vecinos habría invitado a pasar el verano a algún pariente chiflado. Repasé los nombres de todos mis conocidos, tratando de asociarlos con algún tío o abuelo excéntrico. Pensé que todo iría bien si conseguía desalojar al intruso nocturno, sacarlo de la oscuridad.

Por la mañana, cuando bajé a la estación, caminé entre la multitud del andén en busca de algún desconocido que pudiera ser el culpable. Aunque únicamente había entrevisto su cara, creí que le reconocería. Entonces lo vi. Así de simple. Aguardaba en el andén el tren de las ocho y diez con todos nosotros, pero no era ningún desconocido.

Era Herbert Marston, que vive en la gran casa amarilla de Blenhollow Road. Si me hubiera quedado alguna duda, habría sido resuelta por la forma en que me miró cuando se dio cuenta de que lo reconocía. Pareció asustado y culpable. Me dirigí hacia él por el andén. «No me importa que me espíe de noche por la ventana, señor Marston —iba a decirle, con una voz lo suficientemente alta como para incomodarlo—, pero me gustaría que no pisoteara las flores de mi mujer.» Entonces me detuve, porque vi que no estaba solo. Estaba con su mujer y su hija. Pasé por detrás de ellos y me quedé parado en la esquina de la sala de espera, mirando a la familia.

No hubo nada irregular en la expresión de Marston ni en su comportamiento en cuanto vio que iba a dejarlo tranquilo. Es un hombre de cabellos grises, un poco más alto de lo normal, cuya cara huesuda debía de ser atractiva cuando era más joven. Mi creencia en que la parálisis, los tics y otras flaquezas delatan un corazón tortuoso se vio defraudada. Sentí que perdía esa convicción aquella mañana al escudriñar su rostro en busca de algún indicio. Su aspecto era solvente, reposado y moral, mucho más que el de Chucky Ewing, que buscaba trabajo, o el de Larry Spencer, cuyo hijo tenía polio, o que el de cualquiera entre la docena de hombres que esperaban el tren. Luego miré a su hija Lydia. Lydia es una de las chicas más bonitas de la vecindad. Había viajado en el tren un par de veces con ella y sabía que estaba trabajando voluntariamente de secretaria para la Cruz Roja. Esa mañana llevaba un vestido azul y los brazos desnudos, y tenía un aspecto tan fresco, dulce y hermoso que por nada del mundo la hubiera molestado ni herido sus sentimientos. Después miré a la señora Marston, y si el indicio que yo había buscado se hallaba en alguna parte, era precisamente en su cara, aunque no entiendo por qué habría de afligirse ella por los caprichos de su marido. Hacía mucho calor, pero vestía un traje sastre castaño y una raída estola de piel. Una sonrisa impermeable iluminaba su cara cetrina y vulgar incluso mientras aguardaba el tren de la mañana. Mucho tiempo atrás, aquella cara debía de haber dado la impresión de estar hecha para una pasión violenta y hasta malévola. Pero años de rezos y abstinencia —pensé— habían erradicado aquella inclinación a la violencia, dejando únicamente a la señora Marston unas feas arrugas en los ojos y la boca y recompensándola con un aire de fétida e inflexible dulzura. Me dije que seguramente rezaba por su marido mientras él vagabundeaba en albornoz por los patios traseros de las casas. Yo había querido averiguar quién era Tom, y ahora que lo sabía no me sentía en absoluto mejor. Todos juntos, el hombre de cabellos grisáceos, la hermosa muchacha y la mujer, me hacían sentirme peor que antes.

Esa noche decidí quedarme en la ciudad e ir a una fiesta. Se celebró en un apartamento de uno de esos hoteles gigantescos: muy, muy, muy arriba. En cuanto llegué, salí a la terraza y busqué a alguien a quien invitar a cenar. Quería a una chica bonita con zapatos nuevos, pero al parecer todas las chicas bonitas se habían quedado en la costa. Había una mujer de pelo gris y otra con un sombrero blando, y también estaba Grace Harris, la actriz a la que había visto un par de veces. Grace es una belleza, aunque algo desteñida ya, y nunca hemos tenido gran cosa que decirnos, pero esa noche me dedicó una sonrisa muy cordial. Sonrisa cordial, sí, pero muy triste, y lo primero que pensé fue que debía de haberse enterado de que Rachel me había abandonado. Le devolví la sonrisa y fui al bar, allí encontré a Harry Purcell. Tomamos unas copas juntos y conversamos. Miré alrededor en un par de ocasiones, las dos veces vi a Grace Harris observándome con aquella triste, triste mirada. Me pregunté el motivo, y luego pensé que probablemente me había confundido con otra persona. Sé que muchas de esas beldades sin edad, de ojos violetas, son medio cegatas, y pensé que quizá no veía nada al otro lado de la sala. Se hizo tarde, pero yo no tenía nada especial que hacer, así que seguí bebiendo. Harry fue al lavabo y me quedé solo en la barra unos minutos. A Grace Harris, que estaba con otra gente en el otro extremo de la habitación, le faltó tiempo para acercárame. Vino derecha y descansó en mi brazo su mano nívea.

—Pobre muchacho —murmuró—, pobre muchacho.

No soy un muchacho, y no soy pobre, y sentí unas ganas endiabladas de que se largara con viento fresco. Grace tiene una cara inteligente, pero aquella noche pensé que encarnaba toda la fuerza de una gran tristeza y una gran perversidad.

—Veo una soga en torno a tu cuello —dijo tristemente.

Luego quitó la mano de la manga de mi chaqueta y salió de la sala, y supongo que se marchó a su casa, porque no volví a verla. Harry regresó y no le conté lo ocurrido, y yo mismo traté de no pensar mucho en ello. Me quedé en la fiesta demasiado tiempo y cogí un tren tardío a casa.

Recuerdo que me di un baño, me puse el pijama y me acosté. Nada más cerrar los ojos vi la sogá. La cuerda tenía un lazo de verdugo en el extremo, pero yo había sabido desde el principio lo que había querido decir Grace: había tenido la premonición de que yo me ahorcaría. La sogá parecía llegar lentamente a mi conciencia. Abrí los ojos y pensé en el trabajo que tenía que hacer la mañana siguiente, pero cuando los volví a cerrar hubo un momentáneo vacío en el que la sogá cayó como arrojada desde una viga y se balanceó en el aire. Abrí los ojos y pensé un poco más en la oficina, pero al cerrarlos de nuevo vi la sogá, que seguía columpiándose. Cada vez que cerraba los ojos y trataba de dormir, sentía como si el sueño hubiese cobrado la forma angustiosa de la ceguera. Y una vez desvanecido el mundo visible, nada podía impedir que la sogá ocupara la oscuridad. Me levanté, bajé y abrí el libro de Lin Yutang. Pocos minutos después, oí a Marston en el jardín. Pensé que por fin sabía lo que él esperaba ver. Eso me asustó. Apagué la luz, me incorporé. Estaba oscuro al otro lado de la ventana y no pude verlo. Me pregunté si habría alguna cuerda en casa. Entonces recordé la amarra del bote de goma de mi hijo. Estaba en el sótano. Bajé a buscarla. El bote descansaba sobre unos caballetes y dentro de él había una larga amarra, lo bastante larga como para que un hombre pudiera ahorcarse con ella. Subí a la cocina, cogí un cuchillo y corté en pedazos la amarra. Luego reuní varios periódicos, los metí en el horno, abrí el tiro y quemé la cuerda. Después subí a mi dormitorio y me acosté. Me sentí a salvo.

No sé cuánto hacía que no había gozado de un buen reposo nocturno. Pero me noté raro por la mañana, y aunque pude ver por la ventana que hacía un hermoso día, eso no me levantó el ánimo. El cielo, la luz y el resto de las cosas me parecieron tenues y remotos, como vistos desde una gran distancia. La idea de volver a encontrarme con la familia Marston me revolvió el estómago, de modo que perdí adrede el tren de las ocho y diez y cogí otro posterior. La imagen de la sogá persistía en el fondo de mi mente, y durante el trayecto la vi una o dos veces. Logré soportar la mañana, pero al salir de la oficina al mediodía le dije a mi secretaria que no volvería por la tarde. Tenía una cita para almorzar con Nathan Shea, en el University Club; llegué temprano y tomé un martini en el bar. A mi lado, un señor de edad refería a su amigo la regularidad de sus costumbres, y sentí unas inmensas ganas de darle en la cabeza con un bol de palomitas de maíz, pero me bebí mi aperitivo y clavé los ojos en el reloj de pulsera del camarero, colgado en torno al largo cuello de la botella de crema de menta blanca. Cuando llegó Shea, tomé dos copas más con él. Anestesiado por la ginebra, conseguí engullir el almuerzo.

Nos despedimos en Park Avenue. Allí me abandonó el efecto del alcohol y vi de nuevo la sogá. Eran como las dos de una tarde soleada, pero sombría para mí. Fui al Corn Exchange Bank y cobré un cheque de quinientos dólares. Entré después en los almacenes Brooks Brothers y compré corbatas y una caja de puros, y subí a echar un vistazo a los trajes. Había pocos clientes en el establecimiento, y entre ellos reparé en aquella muchacha o mujer joven que parecía estar sola. Supuse que estaría haciendo compras para su marido. Era rubia, y su piel blanca era de ese tipo que parece papel fino. Hacía mucho calor, pero ella daba la impresión de no notararlo, como si en el viaje en tren desde Rye o Greenwich hubiera sido capaz de conservar la frescura de su baño. Tenía hermosos brazos y piernas, pero la expresión de su cara era sensata, pacífica, incluso muy de ama de casa, y aquel aire cuerdo parecía acentuar la belleza de sus brazos y piernas. Se dirigió al ascensor y apretó el botón. Me acerqué y me puse a su lado. Bajamos juntos y salí tras ella a Madison Avenue. La acera rebosaba de gente, y caminé a su lado. Me miró una vez y supo que yo la seguía, y yo supe que no era una mujer

de esas que en seguida te piden que las ayudes. Aguardó en la esquina a que la luz del semáforo cambiara. Esperé a su lado. Fue cuanto pude hacer para evitar decirle muy, muy suavemente: «Señora, ¿me permite que le coja un tobillo? Es todo lo que le pido, señora. Me salvará usted la vida. Le pagaré el favor.» No volvió a girar la cabeza, pero vi que estaba asustada. Cruzó la calle y caminé junto a ella, y una voz dentro de mi cabeza repetía sin cesar: «Por favor, déjeme poner la mano en torno a su tobillo. Me salvará la vida. Sólo quiero rodearle el tobillo con la mano. Con mucho gusto se lo pagaré.» Saqué mi cartera y de ella unos billetes. Entonces oí que alguien, detrás de mí, me llamaba por mi nombre. Reconocí la voz campechana de un representante de publicidad que entra y sale de nuestra oficina. Me guardé la cartera en el bolsillo, crucé la calle y traté de perderme entre el gentío.

Llegué a Park Avenue y después a Lexington, y me metí en un cine. Un viento frío y viciado me llegó del ventilador, como el aire de los Pullmans a los que yo había oído bajar por la mañana a lo largo del río, procedentes de Chicago y el Lejano Oeste. El vestíbulo estaba vacío, y me sentí como si pisara el umbral de un palacio o una basílica. Subí por la estrecha escalera que ascendía para luego girar bruscamente, alejándose del resplandor. Los rellanos estaban sucios y las paredes desnudas. La escalera me condujo al anfiteatro, y me quedé sentado en la oscuridad, pensando que ya nada iba a salvarme, que ninguna muchacha bonita con zapatos nuevos se cruzaría a tiempo en mi camino.

Volví a casa en tren, pero me sentí demasiado fatigado para ir a Orpheo's y después al autocine. Conduje desde la estación a casa y metí el coche en el garaje. Desde allí oí que llamaban al teléfono, y aguardé en el jardín hasta que dejó de sonar. En cuanto entré al cuarto de estar, vi en la pared las sucias huellas de manos que habían dejado los niños antes de marcharse. Las huellas estaban casi a la altura del zócalo y tuve que arrodillarme para besarlas.

Me quedé sentado mucho tiempo en el cuarto. Me dormí, y al despertar era tarde; todas las demás casas estaban a oscuras. Encendí una luz. Pensé que Peeping Tom se estaría poniendo su albornoz y las zapatillas para empezar su merodeo por jardines y patios traseros. La señora Marston estaría de rodillas, rezando. Cogí el libro de Lin Yutang y empecé a leer. Oí el ladrido del perro de los Barstow. Sonó el teléfono.

—¡Oh, cariño mío! —grité al oír la voz de Rachel—. ¡Cariño mío! ¡Cariño!

Ella lloraba. Estaba en Seal Harbor. Había llovido durante una semana, y Tobey tenía cuarenta grados de fiebre.

—Salgo ahora mismo —dije—. Conduciré toda la noche. Llegaré mañana. Mañana por la mañana. ¡Cariño mío!

Eso fue todo. Todo había acabado. Preparé una bolsa, desconecté la nevera y conduje toda la noche. Hemos sido felices desde entonces. Que yo sepa, Marston no ha vuelto a acechar nuestra casa en la oscuridad, aunque lo he visto a menudo en el andén de la estación y en el club de campo. Su hija Lydia va a casarse el mes que viene, y el nombre de su cetrina esposa ha salido hace poco en el cuadro de honor de una institución nacional de beneficencia, en reconocimiento de sus buenas obras. Todo el mundo está bien en el vecindario.

El superintendente

La alarma empezó a sonar a las seis de la mañana. Sonó débilmente en la vivienda del primer piso que Chester Coolidge ocupaba como pago parcial de su puesto de superintendente en un bloque de apartamentos, pero lo despertó al instante; dormía sin perder conciencia del golpeteo de la maquinaria del edificio, como si aquél estuviera vinculado a su propio bienestar. Se vistió rápidamente en la oscuridad y corrió por el vestíbulo hasta la escalera de servicio; allí, una cesta de color melocotón, llena de rosas y claveles marchitos, le estorbó el paso. La apartó de un puntapié, bajó a paso ligero la escalera de hierro hasta el sótano y corrió por un pasillo cuyas paredes de ladrillo, recubiertas de pintura, recordaban el pasadizo de alguna catacumba. El sonido del timbre subió de volumen a medida que se aproximaba al cuarto de máquinas. La alarma significaba que el tanque de agua del tejado estaba casi vacío, y que el mecanismo que regulaba el suministro de agua no funcionaba. Al llegar al cuarto, Chester puso en marcha la bomba auxiliar.

En el sótano reinaba el silencio. Oyó, distante, el montacargas que descendía piso por piso, acompañado por el tintineo de botellas de leche. La bomba auxiliar tardaría una hora en llenar el tanque del tejado, y Chester prefirió vigilar él mismo el indicador en lugar de despertar al hombre que se ocupaba de las averías menores. Volvió a subir, se afeitó y se lavó mientras su mujer preparaba el desayuno. Era día de mudanza, y antes de sentarse a desayunar vio que el barómetro había descendido; se asomó por la ventana y comprobó que, justo encima de las dieciocho plantas, el cielo estaba casi negro. A Chester le gustaba que los días de mudanza fueran claros y secos. Antes, cada vez que alguien se mudaba un primero de octubre, las probabilidades de buen tiempo solían ser favorables; pero ahora hasta el tiempo había cambiado para empeorar, y no era raro tener que trajinar con nieve y lluvia. Los Bestwick (del 9.º-E) dejaban libre el piso, y los Negus (1.º-A) pasarían a ocuparlo. Mientras Chester tomaba su primera taza de café, su mujer hablaba de los Bestwick, cuya partida suscitaba en ella recuerdos y celos. Chester no respondió a sus preguntas, ni ella esperaba respuestas a hora tan temprana. Divagaba, como decía ella misma, para escuchar el sonido de su propia voz.

Veinte años atrás había venido de Massachusetts con su marido. El traslado había sido idea suya. Enferma y sin hijos, había decidido que sería más feliz en una ciudad más grande que New Bedford. Era perfectamente feliz atrincherada en el apartamento de un superintendente, en una de las calles cincuenta del East Side. Se pasaba el día en el cine y de tiendas, y había visto al sha de Persia con sus propios ojos. La única cosa que le perturbaba de la vida ciudadana eran las inhibiciones que imponía a la innata generosidad de su carácter.

—Pobre señora Bestwick —decía—. ¡Pobrecilla! Me dijiste que han mandado a los niños a casa de la abuela hasta que se instalen, ¿no? Ojalá pudiera hacer algo por ella. Si estuviésemos en New Bedford, podríamos invitarla a comer, o darle una cesta con una buena comida. Ya ves, me recuerda a aquella gente, las Fenner. Eran dos hermanas. Tenían diamantes gordos como avellanas, igual que la señora Bestwick, pero vivían en una casa sin electricidad. Solían ir a la de Georgiana Butler a darse un baño.

Chester no miró a su esposa, pero su mera presencia era para él reconfortante y maravillosa,

porque estaba persuadido de que era una mujer extraordinaria. Pensaba que en su forma de cocinar había algo genial, que la genialidad marcaba sus faenas domésticas, que poseía la memoria de un genio y que su aptitud para aceptar el mundo tal cual era llevaba el sello de la genialidad. Había hecho torta de maíz para el desayuno, y él se la comía con una aprobación rayana en la reverencia. Daba por sentado que nadie en el mundo aventajaba a su esposa haciendo tortas de maíz, y que nadie en Manhattan había acometido la empresa esa mañana.

Cuando acabó el desayuno, encendió un puro y se quedó allí sentado pensando en los Bestwick. Chester había visto desfilar muchas épocas por el edificio de apartamentos, y le parecía que otra era estaba empezando. A partir de 1943, había dividido a los inquilinos en dos grupos: los «permanentes» y los de «tope máximo». La administración había obtenido permiso para subir los alquileres, y él sabía que el aumento habría de desalojar a unos cuantos de los de «tope». Los Bestwick eran los primeros en marcharse ante la nueva situación y, al igual que su mujer, Chester lamentaba que se fueran. El señor Bestwick trabajaba en el centro. Su esposa era una ciudadana concienciada, y había estado formando dirigentes para la Cruz Roja, la Marcha del Centavo y las Girl Scouts. Ganara lo que ganase el señor Bestwick, nunca la alcanzaba; no en aquel barrio. La tienda de licores lo sabía. El carnicero, también. El portero y el limpiacristales tampoco lo ignoraban, y desde hacía un año lo sabían también el Retail Credit y el Corn Exchange Bank. Los Bestwick fueron los últimos del barrio en encarar los hechos. El marido usaba un sombrero de fieltro de alta copa, chaquetas de corte holgado en torno a la cintura, pantalones ceñidos y un impermeable blanco. Todas las mañanas, a las ocho, iba al trabajo arrastrando los pies calzados con un par de zapatos ingleses que daban la sensación de quedarle pequeños. El matrimonio había tenido antaño más dinero que ahora, y aun cuando los trajes de *tweed* de ella se veían gastados, sus diamantes, como había señalado la mujer de Chester, eran gordos como avellanas. Los Bestwick tenían dos hijas, y nunca habían creado al superintendente el menor problema.

Hacía cosa de un mes, al atardecer, la señora Bestwick había llamado a Chester y le había pedido que subiese a verla. No era nada urgente, le explicó con su voz agradable, pero si no tenía inconveniente, le gustaría hablar con él. Lo recibió con la misma afabilidad que demostraba en todo. Era una mujer esbelta, una mujer demasiado esbelta, con un espléndido busto y una grácil manera de moverse. La siguió esa tarde al cuarto de estar, donde había una mujer de cierta edad sentada en un sofá.

—Ésta es mi madre, la señora Doubleday, Chester —dijo—. Mamá, te presento a Chester Coolidge, el superintendente del edificio.

La anciana dijo que estaba encantada de conocerlo, y Chester aceptó su invitación a sentarse. En uno de los dormitorios oyó cantar una canción a la mayor de las hijas: «*Up with Chapin, down with Spence* —cantaba—. *Hang Miss Hewitt to a back yard fence.*»

Chester conocía todos los cuartos de estar del inmueble, y a su juicio, el de los Bestwick era tan agradable como cualquier otro. Pensaba que todos los apartamentos del edificio eran intrínsecamente feos e incómodos. Cuando veía a los envanecidos inquilinos atravesar el vestíbulo, a veces pensaba que eran una raza de pobres. Eran pobres en espacio, pobres en luz, indigentes sin calma, privados de reposo, desposeídos de una atmósfera de intimidad: pobres en todo lo que hace del hogar de un hombre su castillo. Conocía las penalidades que sufrían por superar esas deficiencias: los extractores, por ejemplo, para disipar los olores de la cocina. Un apartamento de seis habitaciones no es una casa, y si se fríen cebollas en un extremo, probablemente olerá a cebolla en el otro, pero todos

instalan extractores de humos y los dejan en marcha, como si un dispositivo de ventilación pudiera lograr que un apartamento huelera como una casa en el bosque. Todos los espacios habitables eran para él demasiado estrechos y de techo excesivamente alto, demasiado ruidosos y oscuros, y sabía cuán incansablemente las mujeres gastaban tiempo y dinero en las tiendas de muebles, pensando que otra clase de alfombras, otro juego de mesitas, un nuevo par de lámparas haría que la vivienda reflejase por fin su idea de un hogar seguro. La señora Bestwick había tenido más gusto que la mayoría, pensó, pero quizá le gustaba el cuarto porque le agradaba su dueña.

—¿Sabe algo sobre los nuevos alquileres, Chester? —preguntó la señora Bestwick.

—Nunca sé nada de alquileres o contratos —mintió Chester—. La oficina se encarga de todo eso.

—Nos lo han subido —prosiguió ella—, y no queremos pagar tanto. Pensé que tal vez usted supiera si ha quedado libre en el edificio algún apartamento más barato.

—Lo siento, señora Bestwick —dijo Chester—. No hay nada de nada.

—Ya veo.

Él advirtió que la señora Bestwick tenía algo en mente; probablemente confiaba en que él se ofrecería a hablar con la administración para convencerlos de que los Bestwick, inquilinos antiguos y muy buena gente, fueran autorizados a quedarse pagando el alquiler de siempre. Pero era evidente que ella no iba a cometer la embarazosa iniciativa de pedirle ayuda, y él tuvo el tacto de contenerse y no decirle que no había manera de que presionase para modificar la situación.

—La empresa Marshall-Cavis administra el inmueble, ¿verdad? —preguntó la señora Doubleday.

—Sí —asintió Chester.

—La señora Cavis fue compañera mía en Farmington⁴ —dijo la madre a la hija—. ¿Crees que serviría de algo que hablara con ella?

—La señora Cavis no viene mucho por aquí —dijo Chester—. Llevo quince años trabajando en el inmueble y nunca la he visto, ni a su marido tampoco.

—Pero ¿administran el edificio? —le preguntó la señora Doubleday.

—Lo administra la Marshall-Cavis Corporation —dijo Chester.

—Maude Cavis era la prometida de Benton Towler —comentó la señora Doubleday.

—No creo que personalmente tengan mucho que ver con esto —repuso Chester—. No sé, pero me parece haber oído que ni siquiera viven en Nueva York.

⁴ Ciudad de Hartford Country (Connecticut), donde se halla el Missporter' School, escuela privada para señoritas. (*N. del T.*)

—Muchas gracias, Chester —dijo la señora Bestwick—. Simplemente pensé que podía haber un piso libre.

Cuando la alarma empezó de nuevo, esta vez indicando que el depósito de agua del tejado estaba lleno, Chester atravesó el vestíbulo, bajó la escalera de hierro y desconectó la bomba. Stanley, el encargado de las averías, se había levantado y rebullía ya por el cuarto, y Chester le dijo que seguramente se había roto la varilla de la boya que regulaba la bomba, y le pidió que vigilase el indicador. Había empezado la jornada en el sótano. Ya habían repartido la leche y los periódicos; Delaney, el portero, ya había vaciado los cubos de basura en la entrada trasera, y los cocineros y los sirvientes que dormían fuera iban llegando al trabajo. Chester los oyó saludar a Ferrari, el encargado del montacargas, y su claro «Buenos días» confirmó su sensación de que el nivel de cortesía era algo más alto en el sótano que en el vestíbulo de arriba.

Poco antes de las nueve, Chester telefoneó a la oficina de administración. Una secretaria, cuya voz no reconoció, apuntó el recado. «La varilla de la boya del depósito de agua se ha partido —dijo—, y estamos haciendo funcionar manualmente la bomba auxiliar. Diga al equipo de mantenimiento que venga esta misma mañana.»

—El equipo está en otro de los edificios —dijo la voz desconocida—, y no esperamos que regresen hasta las cuatro.

—¡Es una emergencia, maldita sea! —gritó Chester—. Tengo más de doscientos cuartos de baño aquí. Este inmueble es tan importante como los de Park Avenue. Si todos los baños se quedan sin agua, ya puede venir usted a oír las quejas. Es día de mudanza, y mi ayudante y yo tenemos muchas más cosas que hacer que estar sentados todo el tiempo junto a la bomba auxiliar.

Enrojeció de rabia. Su voz retumbaba en el sótano. Al colgar, se sintió incómodo y el puro le quemó la boca. Entonces entró Ferrari con una mala noticia: la mudanza de los Bestwick iba a retrasarse. Habían contado con una pequeña compañía de transportes para el traslado a Pelham, pero el camión se había averiado esa noche, cuando llevaba un cargamento al sur desde Boston.

Ferrari subió a Chester al 9.º-E en el ascensor de servicio. Una de las sirvientas baratas y por horas que la señora Bestwick había contratado recientemente había clavado con una chincheta un letrero en la puerta de servicio: «A quien corresponda —había escrito—. No juego a la lotería, no he jugado nunca y no jugaré nunca.» Chester tiró el cartel a la basura y llamó al timbre. La señora Bestwick abrió la puerta. Sostenía en una mano una taza rajada llena de café, y Chester advirtió que la mano temblaba.

—Lamento terriblemente lo del camión, Chester —dijo—. No sé qué hacer. Todo está preparado —añadió señalando las cajas con loza que casi llenaban la cocina.

Guió a Chester por el vestíbulo hasta el cuarto de estar, donde paredes, ventanas y suelo estaban desnudos.

—Todo está preparado —repitió—. Mi marido ha subido a Pelham y me espera allí. Mi madre se ha llevado a las niñas.

—Ojalá me hubiera pedido consejo sobre las compañías de transporte —dijo Chester—. No

me pagan comisión ni gano nada con ello, pero podría haberle puesto en contacto con una empresa de confianza que no le habría costado más que la otra. La gente intenta ahorrar dinero contratando transportes baratos y al final no ahorran nada. La señora Negus, la del 1.º-A, quiere traer sus cosas aquí esta misma mañana.

La señora Bestwick no respondió.

—La echaré de menos, señora Bestwick —dijo Chester, pensando que tal vez había sido descortés—. No hace falta decirlo. La echaré de menos a usted, a su marido y a las niñas. Han sido buenos inquilinos. En los ocho años que han vivido aquí, creo que nunca ha habido ni una queja de ustedes. Pero las cosas están cambiando, señora Bestwick. Algo pasa. La vida se encarece. Ah, me acuerdo de los tiempos en que la mayoría de los vecinos de este inmueble no eran ni ricos ni pobres. Ahora no quedan más que los ricos. Y se quejan de unas cosas, señora Bestwick... No se lo creería. Anteayer llamó esa divorciada del 7.º-F, ¿y sabe de qué se quejaba? Me dijo que la taza del retrete de su apartamento no era lo suficientemente grande.

La señora Bestwick no festejó la broma. Sonrió, pero parecía estar pensando en otra cosa.

—Bueno, voy a bajar, a decirle a la señora Negus que hay un retraso —dijo Chester.

La señora Negus, que iba a mudarse a la casa de la señora Bestwick, recibía lecciones de piano. Su apartamento tenía la entrada al fondo del vestíbulo, y por la tarde se la oía practicar escalas. El piano le resultaba difícil, y sólo había llegado a dominar unas cuantas notas. Las lecciones eran para ella una nueva empresa. Cuando fue a vivir al inmueble, durante la guerra, se llamaba Mary Toms, y había compartido la casa con la señora Lasser y la señora Dobree. Chester sospechaba que eran unas perdidas, y cuando Mary Toms empezó a vivir con ellas, Chester se apenó, porque era una muchacha muy joven y bonita. Su inquietud carecía de fundamento: la vida alegre no la deprimió ni embruteció en absoluto. De llegar como una pobre muchacha con un abrigo de paño, al cabo de un año pasó a tener más pieles que nadie, y daba la impresión de ser más feliz que una alondra. El segundo invierno hizo su aparición el señor Negus. Chester sospechaba que había ido a verla por casualidad, y la visita cambió toda su vida. Era un hombre de mediana edad, de aspecto rudo, y Chester lo recordaba porque, al cruzar el vestíbulo rumbo al 1.º-A, solía sepultar la nariz en el cuello de su abrigo y bajar hacia los ojos el borde de su sombrero.

En cuanto Negus empezó a visitar regularmente a Mary Toms, ésta prescindió de sus restantes amigos. Uno de ellos, un oficial de la marina francesa, armó cierto escándalo, e hizo falta el concurso de un policía y un portero para echarlo. Después de esto, Negus expulsó a la señora Lasser y a la señora Dobree. No era una medida contra Mary Toms, que trató con ahínco de lograr que sus amigas alquilaran otro apartamento en el inmueble. Negus se mantuvo inflexible, y las dos mujeres recogieron sus cosas y se fueron a vivir a un apartamento de la calle Cincuenta y Ocho Oeste. Después de su partida, llegó el decorador, que arregló todo el piso. Lo siguió el gran piano, los caniches, la inscripción en el Club del Libro del Mes y la desabrida sirvienta irlandesa. Ese invierno, Mary Toms y el señor Negus viajaron a Miami y se casaron, pero incluso después de la boda él siguió cruzando el vestíbulo furtivamente, como si transgrediera los dictados de su conciencia. Ahora, el matrimonio iba a trasladar todo el tinglado al 9.º-E. A Chester le tenía sin cuidado una cosa u otra, pero no creía que la mudanza fuese a ser definitiva. La señora Negus era la instigadora del traslado: al cabo de un año o dos en el 9.º-E, se le antojaría subir a vivir a uno de los áticos. Probablemente desde allí despegaría a uno de los inmuebles más lujosos de la Quinta Avenida.

Cuando Chester tocó el timbre esa mañana, le abrió la señora Negus. Seguía siendo tan bonita como una pintura.

—¿Qué hay, Chet? —le dijo—. Entre. Creía que la mudanza no empezaba hasta las once.

—Bueno, es posible que haya un retraso —respondió Chester—. El camión de la otra señora no ha llegado todavía.

—Tengo que subir todo esto arriba, Chet.

—Bueno, si el camión no ha llegado a las once, diré a Max y a Delaney que lo bajen todo.

—Hola, Chet—lo saludó el señor Negus.

—¿Qué tienes en los fondillos del pantalón, cariño? —preguntó su mujer.

—No tengo nada en el pantalón.

—Sí. Tienes una mancha.

—Oye, estos pantalones acaban de salir de la tintorería.

—Si has desayunado mermelada, puedes haberte sentado encima. Quiero decir que a lo mejor te has manchado.

—No he tomado mermelada.

—Bueno, entonces mantequilla. Se nota muchísimo.

—La llamaré por teléfono —dijo Chester.

—Si baja todo lo de esa mujer —dijo ella—, le daré diez dólares, Chet. Ese apartamento es mío desde medianoche. Quiero llevar mis cosas allí.

Luego se volvió hacia su marido y empezó a frotarle el pantalón con una servilleta. Chester se marchó.

En su despacho del sótano sonaba el teléfono. Descolgó el auricular y una sirvienta le dijo que el cuarto de baño del 5-^o-A estaba inundándose. El teléfono sonó repetidamente mientras él estuvo en la oficina, y tomó nota de varias quejas a propósito de fallos mecánicos formuladas por sirvientas o inquilinos: una ventana atascada, un grifo que goteaba, una puerta atrancada, un desagüe obstruido. Chester cogió la caja de herramientas y lo reparó todo él mismo. Casi todos los vecinos fueron respetuosos y agradables, pero la divorciada del 7-^o-F lo condujo al comedor y le habló secamente.

—¿Es usted el portero?

—Soy el superintendente —repuso Chester—. Mi ayudante está ocupado.

—Bueno, quería hablarle sobre la entrada de servicio. Pienso que este inmueble no está tan limpio como debería. La criada cree haber visto cucarachas en la cocina. Aquí nunca ha habido cucarachas.

—Es un inmueble limpio —dijo Chester—. Uno de los más limpios de Nueva York. Delaney friega la escalera de servicio cada dos días, y la pintamos cada vez que tenemos ocasión. Cuando no tenga nada que hacer, puede usted bajar a ver mi sótano. Me ocupo tanto de él como del vestíbulo.

—No estoy hablando del sótano —replicó la mujer—, sino de la entrada trasera.

Chester se marchó a su oficina antes de perder los estribos. Ferrari le dijo que había llegado el equipo de mantenimiento y que los hombres estaban en el tejado con Stanley. Chester hubiera querido que se presentaran ante él, pues teniendo en cuenta que era el superintendente y llevaba sobre sus hombros todo el peso del inmueble, pensaba que deberían haberle consultado antes de ponerse a trabajar en sus dominios. Subió al ático F y de allí a la azotea por la escalera de la entrada trasera. Un viento del norte aullaba en las antenas de televisión, y quedaba un poco de nieve en los tejados y las terrazas. Lonas alquitranadas cubrían el mobiliario del portal, y un gran sombrero de paja, cubierto de hielo, colgaba de la pared de una de las terrazas. Chester fue hasta el tanque de agua y vio a dos hombres con mono de trabajo encaramados en la escalera de hierro, trabajando en la varilla. Stanley se hallaba unos cuantos peldaños más abajo, pasándoles herramientas. Chester subió la escalera y les dio consejos. Los escucharon respetuosamente, pero mientras bajaba los peldaños, oyó que uno de los hombres del equipo de mantenimiento preguntaba a Stanley: «¿Quién es ése, el portero?»

Herido por segunda vez ese día, Chester se dirigió al borde de la azotea y contempló la ciudad. A su izquierda estaba el río. Vio un barco que descendía, un carguero que se abría paso en la marea, con las luces de portilla y de cubierta encendidas en la niebla. Se hacía a la mar, pero sus luces y su sosiego hicieron que Chester lo viera tan cálido y quieto como una granja en un prado. Avanzaba marea abajo como una granja móvil. Comparado con sus propios dominios, un barco no era nada, pensó Chester. A sus pies se extendían miles de arterias rezumantes de vapor; cientos de cuartos de baño, kilómetros de cañerías de desagües y una lista de pasajeros de más de cien personas, y cualquiera de ellos, en aquel mismo momento, podía estar premeditando un suicidio, un robo, un incendio o un crimen. Era una enorme responsabilidad, y Chester dedicó un pensamiento conmisericordioso a los deberes relativamente insignificantes de un capitán de barco que se hace a la mar con su embarcación.

Cuando volvió al sótano, el señor Negus lo esperaba al teléfono para preguntarle si la señora Bestwick ya se había ido. Chester le dijo que volvería a hablar con ella, y colgó. Se diría que los diez dólares ofrecidos por la señora Negus obligaban a Chester a encender una hoguera bajo los pies de la señora Bestwick, y pensó con pena en lo buena inquilina que había sido. El día encapotado, el hecho de pensar en la señora Bestwick y en la gente que lo había llamado portero persuadieron a Chester de que necesitaba animarse, y decidió hacerse lustrar los zapatos.

Pero aquella mañana el local del limpiabotas estaba silencioso y vacío, y Bronco, el dueño, se inclinó lúgubremente sobre el calzado de Chester.

—Tengo sesenta y dos años, Chester —dijo Bronco—, y una mente sucia. ¿Crees que será porque me paso el día entre zapatos? ¿Crees que tendrá algo que ver con el olor del betún? —Untó con crema los zapatos de Chester y frotó el betún con un recio cepillo—. Eso piensa mi mujer —añadió—.

Cree que tiene algo que ver con esto de andar entre zapatos todo el día. Yo no hago otra cosa —dijo tristemente— que pensar en el sexo, sexo, sexo. Es repugnante. Veo en el periódico una foto de una pareja joven cenando. Por lo que yo sé, son gente joven, agradable y de mente limpia, pero yo pienso otras cosas de ellos. Una mujer viene a que le ponga tacones a sus zapatos. «Sí, señora. No, señora. Estarán listos mañana, señora», le estoy diciendo, pero me daría vergüenza decirte lo que estoy pensando en ese momento. Pero si eso viene de pasarme el día entre zapatos, ¿qué puedo hacer yo para evitarlo? Es la única manera de ganarme la vida. Para un trabajo como el tuyo hay que ser carpintero, pintor, político, niñera permanente. ¡El tuyo sí que tiene que ser todo un trabajo, Chester! Una ventana que se atasca. Unos plomos que se funden. Te llaman para que subas y lo arregles. Te abre la puerta la señora de la casa. Está completamente sola. Está en camisón. Te...

Bronco se interrumpió y empezó a pasar el trapo vigorosamente.

Cuando Chester volvió al edificio, el camión de mudanzas de la señora Bestwick no había llegado todavía; subió directamente al 9.º-E y llamó al timbre de la puerta de servicio. No hubo respuesta. No se oyó ni un ruido. Llamó y volvió a llamar, y luego abrió la puerta con una llave maestra, justo cuando la señora Bestwick entraba en la cocina.

—No he oído el timbre —dijo—. Estoy tan disgustada por este retraso que no lo he oído. Estaba en la otra habitación.

Se sentó ante la mesa de la cocina. Parecía pálida y trastornada.

—Anímese, señora Bestwick —dijo Chester—. Le gustará Pelham ¿No es allí adonde se muda? Árboles, pájaros... Las niñas engordarán. Tendrá una casa bonita.

—Es una casa pequeña, Chester.

—Bueno, voy a decirles a los mozos de cuerda que bajen todo esto, sus cosas, y lo dejen en el callejón —dijo Chester—. Estará tan a salvo como aquí, y si llueve ya me ocuparé de que todo quede bien cubierto y seco. ¿Por qué no se va a Pelham ahora, señora Bestwick? Yo me haré cargo de todo. ¿Por qué no coge el tren y sube a Pelham?

—Creo que esperaré; gracias, Chester.

En algún lugar, la sirena de una fábrica anunció las doce en punto. Chester bajó a inspeccionar el vestíbulo. Las alfombras y el suelo estaban limpios, y el cristal que cubría el letrero del inmueble brillaba. Permaneció bajo el toldo el tiempo necesario para cerciorarse de que los soportes de cobre habían sido brillantados, que el felpudo de goma estaba fregado y que su toldo era un buen toldo que, a diferencia de otros, había resistido las tormentas invernales. «Buenos días», le dijo alguien con elegancia mientras él estaba allí parado, y respondió: «Buenos días, señora Wardsworth», antes de que se diese cuenta de que era Katie Shay, la sirvienta ya entrada en años de la señora Wardsworth. Era un error comprensible, pues Katie lucía un sombrero y un abrigo desechados por aquélla, y se había rociado con los posos de una botella de perfume de la misma. A la luz mortecina, la anciana parecía el espectro de su ama.

Una furgoneta de mudanzas, el camión que esperaba la señora Bestwick, aparcó junto al bordillo. Eso levantó el ánimo de Chester, y se fue a almorzar con buen apetito.

Su mujer no se sentó con él a la mesa, y como llevaba el vestido púrpura, Chester adivinó que iba a ir al cine.

—Esa mujer del 7.º-F me ha preguntado si soy el portero —señaló Chester.

—No le des vueltas a eso, Chester —dijo su mujer—. Cuando pienso en todas las cosas que tienes en la cabeza, en todo lo que tienes que hacer, me parece que estás más atareado que casi todas las personas que yo haya conocido. Por ejemplo, en este inmueble puede haber un incendio en mitad de la noche, y sólo tú y Stanley sabéis dónde están las mangueras. Está la maquinaria del ascensor, la electricidad, el gas y la caldera. ¿Cuánto petróleo dijiste que se consumió el invierno pasado, Chester?

—Más de cuatrocientos mil litros.

—Fíjate —dijo su mujer.

La mudanza se estaba llevando a cabo ordenadamente cuando Chester volvió a bajar. Los transportistas le dijeron que la señora Bestwick estaba todavía en su apartamento. Encendió un puro, se sentó a su escritorio y oyó a alguien que cantaba: «¿Alguna vez has visto caminar a un sueño?» La canción, acompañada de risas y palmas, procedía del extremo más alejado del sótano, y Chester se guió por la voz a lo largo del oscuro corredor hasta la lavandería. Era una habitación brillantemente iluminada que olía al gas que emanaba de la secadora. Sobre la tabla de planchar se veían pieles de plátano y papel de envolver bocadillos, y ninguna de las lavanderas estaba trabajando. En el centro de la habitación, una de ellas, vestida con un salto de cama que alguien había mandado lavar, bailaba un vals con otra compañera ataviada con un mantel. Las demás daban palmadas y reían. Chester dudaba si intervenir o no cuando sonó de nuevo el teléfono de su despacho. Era la señora Negus.

—Saque a esa perra de ahí, Chester —ordenó—. Es mi apartamento desde medianoche. Voy a subir ahora mismo.

Chester le pidió que esperara en el vestíbulo. Se reunió con ella allí; la mujer lucía un chaquetón de pieles y gafas oscuras. Subieron juntos al 9.º-E y él llamó al timbre de la señora Bestwick. Presentó a ambas mujeres, pero la señora Negus hizo caso omiso de la presentación, interesada por un mueble que los transportistas llevaban a cuestas por el recibidor.

—Bonito mueble —comentó.

—Gracias —dijo la señora Bestwick.

—¿No le gustaría venderlo?

—Me temo que no puedo —dijo la señora Bestwick—. Siento dejar todo este lío al marcharme —prosiguió—. No hubo tiempo de que alguien viniera a limpiar.

—Oh, no tiene importancia. De todas formas, encargaré que cambien la decoración y lo pinten todo. Yo sólo quería instalar aquí mis cosas.

—¿Por qué no se va ya a Pelham, señora Bestwick? —insistió Chester—. El camión está aquí y yo me ocuparé de que lo carguen todo.

—Me iré dentro de un minuto, Chester.

—Bonitas piedras —señaló la señora Negus, mirando los anillos de la otra mujer.

—Gracias —dijo ella.

—Baje conmigo, señora Bestwick —pidió Chester—; yo le conseguiré un taxi y me ocuparé de que todo vaya bien embalado en la furgoneta.

La señora Bestwick se puso el abrigo y el sombrero.

—Se supone que hay ciertas cosas que debo comentarle sobre este apartamento —le dijo a la señora Negus—, pero por lo visto no me acuerdo de ninguna. Encantada de conocerla. Espero que disfrute de esta casa tanto como nosotros lo hemos hecho. —Chester abrió la puerta y ella le precedió camino del recibidor—. Un momento, Chester —pidió—. Un momento, por favor.

Chester tuvo miedo de que se echase a llorar, pero ella abrió su bolso y revolió cuidadosamente lo que había dentro.

Chester sabía que su infelicidad de aquel momento no consistía solamente en abandonar un lugar familiar por otro extraño; era la pesadumbre de dejar un sitio donde su acento y sus miradas, su traje raído y sus anillos de diamantes todavía lograban suscitar muestras de respeto; era la congoja de salir de una clase e ingresar en otra, doblemente dolorosa porque la separación nunca sería completa. En algún lugar de Pelham encontraría a una vecina que había estado en Farmingdale o dondequiera que fuese; encontraría a una amiga con diamantes como avellanas y agujeros en los guantes.

Dijo adiós en la entrada al ascensorista y al portero. Chester salió a la calle con ella, pensando que le diría adiós bajo el toldo, y estaba preparado para alabarla de nuevo como inquilina, pero ella le dio la espalda sin decir palabra y caminó rápidamente hacia la esquina. Su descortesía sorprendió e hirió a Chester, y estaba mirándola indignado cuando ella se volvió de pronto y regresó hacia él.

—Pero si me olvidaba de despedirme de usted, Chester, ¿no? Adiós, y gracias, y diga adiós a su esposa de mi parte. Déle recuerdos.

Luego se marchó.

—Bueno, parece como si quisiera despejar, ¿verdad? —comentó Katie Shay al salir unos minutos más tarde.

Llevaba una bolsa de papel llena de grano. En cuanto cruzó la calle, las palomas que se posaban en Queensboro Bridge la reconocieron, pero ella no levantó la cabeza para ver a las cien aves abandonar su percha y volar trazando círculos muy amplios, como si las llevara el viento. Oyó el zumbido de sus alas por encima de su cabeza y vio que su sombra oscurecía los charcos de la calle,

pero parecía no advertir la presencia de los pájaros. Avanzaba firme y lentamente, como una niñera con niños inoportunos, y cuando las palomas se posaron en la acera y se arremolinaron a sus pies, Katie las hizo esperar. Después empezó a repartir el grano amarillo, primero a las viejas y enfermas, que se hallaban en los flancos de la bandada, y luego a todas las demás.

Un trabajador que se apeaba de un autobús en la esquina reparó en las palomas y en la anciana. Abrió su fiamblera y arrojó a la acera las migas de su comida. Katie se puso a su lado en un segundo.

—Preferiría que no les diese de comer —dijo bruscamente—. Yo lo hago desde mucho antes que usted. Mire, yo vivo en esa casa de ahí, y puedo vigilarlas y ocuparme de que tengan todo lo que necesitan. Les doy grano fresco dos veces al día. Maíz en invierno. Me cuesta nueve dólares al mes. Me ocupo de que tengan todo lo que necesitan, y no me gusta que un desconocido les dé de comer.

Mientras hablaba, iba empujando con el pie las migas del intruso hacia la calzada.

—Les cambio el agua dos veces al día, y en invierno estoy atenta a que no se forme hielo encima, Pero no me gusta nada que los desconocidos les den de comer. Sé que usted lo entenderá.

Volvió la espalda al hombre y vació sobre la acera lo que le quedaba en la bolsa. Es extraña —pensó Chester—, tan extraña como el idioma chino. Pero ¿quién era más raro? ¿Ella, por sustentar a las palomas, o él por mirarla mientras lo hacía?

Lo que Katie había dicho sobre el cielo era cierto. Las nubes se alejaban, y Chester percibió la luz en el firmamento. Los días se alargaban. La luz parecía demorarse. Chester salió de debajo del toldo para contemplarla. Cruzó las manos a la espalda y miró hacia afuera y hacia arriba. De niño le habían enseñado a creer que las nubes ocultaban la Ciudad de Dios, y las nubes bajas todavía le excitaban la curiosidad como a un chiquillo que cree estar mirando hacia donde viven los santos y los profetas. Pero de su piadosa infancia retenía algo más que el hábito litúrgico del pensamiento. El día no había llegado a tener sentido, y el cielo parecía prometer una explicación literal.

¿Qué había fallado? ¿Por qué había sido infructuoso? ¿Por qué Bronco, los Bestwick, los Negus, la divorciada del 7.º-F, Katie Shay y el desconocido no significaban nada? ¿Tal vez porque los Bestwick, los Negus, Chester y Bronco habían sido incapaces de ayudarse mutuamente; porque la vieja sirvienta no había consentido que el extraño la ayudara a alimentar a los pájaros? ¿Sería por eso?, se preguntó Chester, mirando al cielo azul como si esperara una respuesta escrita en el vaho. Pero el cielo le dijo únicamente que era un día largo al final del invierno, que se hacía tarde, y que ya era hora de entrar.

Los chicos

Al señor Hatherly le gustaban muchas cosas pasadas de moda. Usaba botas amarillas de caña alta, cenaba en Litchow's para oír a los músicos, y, por las noches, se ponía una camisa de dormir. Su tendencia a establecer en los negocios un lazo patriarcal con algún joven que pudiera ser su sucesor — en el más estricto sentido de la palabra— era otro de esos gustos pasados de moda. El señor Hatherly escogió como heredero a un joven emigrante llamado Víctor Mackenzie, que había cruzado el océano —creo que durante el invierno— cuando tenía dieciséis o diecisiete años. El cruce del Atlántico es una simple suposición. Quizá trabajara para reunir el dinero de la travesía o lo pidiera prestado o tuviera algún pariente en este país que lo ayudase, pero todo esto se mantenía a oscuras, y su vida conocida se iniciaba cuando entró a trabajar para el señor Hatherly. En su calidad de emigrante, quizá Víctor acariciara una visión anticuada del hombre de negocios norteamericano. Es cierto que, algunas veces, se descubrían en el señor Hatherly rasgos de tiempos ya pasados. Sus principios fueron oscuros, y, como todo el mundo sabe, se enriqueció lo bastante para llegar a embajador. En los negocios se lo conocía como un luchador duro y sin escrúpulos. Ventoseaba cuando le apetecía y disfrutaba con la ruina de un competidor. Era muy bajo: casi un enano. Tenía unas piernas muy delgadas y el volumen de la panza le había deformado la columna vertebral. Decoraba su calvicie peinándose de través unas cuantas canas, y llevaba un dije de esmeraldas en la cadena del reloj. Víctor era un hombre alto, con ese tipo de atractivo que antes o después termina por decepcionar. Su mandíbula cuadrada y todos sus otros rasgos de correctas proporciones podían al principio hacer pensar que se trataba de un hombre excepcionalmente dotado, pero se acababa por descubrir que era simplemente una persona agradable, ambiciosa y un poco ingenua. Durante años, el cascarrabias y el joven inmigrante caminaron el uno al lado del otro confiadamente, convencidos, al parecer, de que los habrían aceptado juntos en el Arca. Lógicamente, todo esto llevó mucho tiempo; hicieron falta años y años. Víctor empezó de botones con un agujero en el calcetín. Como los inmigrantes de una generación anterior, había puesto en libertad grandes depósitos de energía y de ingenuidad mediante el acto de la expatriación. Trabajaba alegremente todo el día. Se quedaba alegremente por la noche para decorar las vitrinas de la sala de espera. No parecía tener un hogar adonde ir. Su buena disposición hizo que el señor Hatherly se acordara con gusto de los aprendices de su juventud. Había muy pocas cosas más en el mundo de los negocios que le recordaran el pasado. Mantuvo a Víctor en el mismo puesto durante un año o dos, hablándole secamente, si es que llegaba a hablarle. Luego, a su manera desagradable y arbitraria, empezó a enseñar a Víctor el papel de heredero. Lo tuvo viajando durante seis meses. Después trabajó en las fábricas de Rhode Island. Pasó una temporada en el departamento de publicidad, y otra en el de ventas. Su posición en la empresa era difícil de valorar, pero resultaba muy llamativo ver cómo el señor Hatherly iba apreciándolo más día tras día. El señor Hatherly era consciente de su desagradable apariencia física, y no le gustaba ir solo a ningún sitio. Cuando Víctor llevaba unos cuantos años trabajando para él, se le ordenó que todos los días se presentara a las ocho de la mañana en el apartamento del anciano, en la parte alta de la Quinta Avenida, y lo acompañara al trabajo. Nunca hablaban mucho por el camino, pero también es cierto que el señor Hatherly no era un hombre locuaz. Al final de la jornada, Víctor le buscaba un taxi o lo acompañaba a su casa andando. Cuando el anciano se fue a Bar Harbor sin sus gafas, fue Víctor quien se levantó a medianoche y se las mandó en el primer avión de la mañana. Cuando el señor Hatherly quería enviar un regalo de boda, Víctor se encargaba de comprarlo. Cuando se ponía enfermo, Víctor conseguía que se tomara las medicinas. En

el cotilleo de la profesión, la posición de Víctor era, lógicamente, blanco de muchos chistes, críticas y simples envidias. Gran parte de las críticas carecían de fundamento, porque Víctor no era más que un joven ambicioso que expresaba su sentido de los negocios administrando píldoras al señor Hatherly. Por debajo de toda su buena disposición existía una conciencia muy precisa de la propia identidad. Cuando le pareció que tenía motivos para quejarse, así lo hizo. Después de trabajar durante ocho años obedeciendo hasta el menor deseo del señor Hatherly, fue a hablar con el anciano y le dijo que, en su opinión, su sueldo era demasiado bajo. El señor Hatherly respondió con una sabia mezcla de sentimientos ultrajados, asombro y ternura. Llevó a Víctor a su sastre y lo autorizó para que se encargara cuatro trajes. Víctor se quejó de nuevo: esta vez sobre lo impreciso de su posición en la empresa. Se precipitaba, le dijo el anciano, al protestar por su falta de responsabilidad. Estaba decidido que, al cabo de una o dos semanas, presentara un informe ante el consejo de administración. Aquello era más de lo que Víctor esperaba, y se sintió satisfecho. Más aún, agradecido. ¡Aquello era Norteamérica! Trabajó mucho en el informe. Se lo leyó en voz alta al anciano, y el señor Hatherly le explicó dónde tenía que alzar y bajar la voz, a quién tenía que mirar a los ojos y qué rostros debía evitar, cuándo tenía que dar un puñetazo sobre la mesa y cuándo servirse un vaso de agua. Consideraron juntos la ropa que debía ponerse. Cinco minutos antes de que empezara el consejo de administración, el señor Hatherly se apoderó de las cuartillas, dio a Víctor con la puerta en las narices y leyó el informe él mismo.

Al final de aquel día tan penoso, llamó a Víctor a su despacho. Eran más de las seis, y las secretarías habían guardado bajo llave sus tazas de té y se habían ido a casa.

—Siento lo del informe —murmuró el anciano. Su voz era triste. Víctor se dio cuenta entonces de que había estado llorando. El señor Hatherly abandonó la silla alta que utilizaba para realzar su estatura y empezó a pasearse por el espacioso despacho. Esto, en sí mismo, era ya un gesto de intimidad y una demostración de confianza—. Pero no es de eso de lo que quiero hablarte —dijo—. Quiero hablarte de mi familia. ¡No hay peor desgracia que la animosidad dentro de una familia! Mi esposa —añadió con repugnancia— es una mujer estúpida. Las horas de satisfacción que me han dado mis hijos se pueden contar con los dedos de una mano. Puede que sea culpa mía —continuó, con manifiesta falta de sinceridad—. Lo que ahora quiero que hagas es ayudarme con mi chico, Junior. Lo he educado en el respeto al dinero. He hecho que se ganara con su propio esfuerzo todo el dinero que ha tenido hasta los dieciséis años, de manera que ahora no es culpa mía si lo gasta, pero lo cierto es que lo hace. Ya no tengo tiempo para seguir ocupándome de sus cheques sin fondos. Soy un hombre muy ocupado. Tú lo sabes. Lo que quiero es que trabajes como consejero de Junior en cuestiones económicas. Quiero que pagues el alquiler del piso, la pensión de su ex mujer, el sueldo de la criada, las facturas de la casa, y que le des dinero para sus gastos una vez a la semana.

Por un momento, Víctor pareció capaz de ver las cosas con una considerable dosis de escepticismo. Aquella tarde se le había escamoteado una responsabilidad de primera magnitud y ahora se lo abrumaba con otra perfectamente estúpida. Las lágrimas podían ser de cocodrilo. El hecho de que la petición se le hiciera en un edificio vacío y extrañamente silencioso, y a una hora en que la creciente oscuridad detrás de las ventanas podía ayudar a debilitar su oposición, eran trucos perfectamente al alcance del anciano. Pero, incluso viéndolo con escepticismo, el dominio que Hatherly tenía sobre él era completo. «El señor Hatherly me ha pedido que le diga», explicaba siempre Víctor. «Vengo de parte del señor Hatherly.» «El señor Hatherly...» Sin la presencia de aquel nombre, su propia voz carecía de entidad. La cómoda y elegante camisa de cuyos puños empezó a tirarse, indeciso, era un regalo del señor Hatherly. El señor Hatherly le había presentado al Séptimo Regimiento. El señor Hatherly era su única identidad en el mundo de los negocios, y separarse de aquella fuente de poder

quizá resultase mortal. Víctor no dijo nada.

—Siento lo del informe —repitió el anciano—. Me ocuparé de que te encargues de uno el año que viene. Te lo prometo. —Se encogió de hombros para indicar que se disponía a cambiar de tema—. Reúnete conmigo mañana a las dos en el Metropolitan Club —dijo animadamente—. Tengo que comprarle su parte a Worden durante el almuerzo. No llevará mucho tiempo. Espero que vaya con su abogado. Llámalo por la mañana y asegúrate de que sus documentos están en orden. Apriétale las tuercas de mi parte. Ya sabes cómo hacerlo. Me serás de gran ayuda ocupándote de Junior —añadió en tono emocionado—. Y cuídate, Víctor. Eres todo lo que tengo.

Al día siguiente, después del almuerzo, el abogado del anciano se reunió con ellos en el Metropolitan Club y fueron juntos a un apartamento donde Junior aguardaba. Era un hombre corpulento, por lo menos diez años mayor que Víctor, y parecía resignado a perder el control de sus ingresos. Llamó papá al señor Hatherly y le entregó con gesto triste un montón de facturas sin pagar. Junto con Víctor y el abogado, el señor Hatherly comparó los ingresos de Júnior con sus deudas, tuvo en cuenta los pagos de la pensión a su ex mujer, y obtuvo unas cifras razonables para los gastos de la casa y para su asignación, que tendría que recoger en el despacho de Víctor todos los lunes por la mañana. El asunto Junior quedó despachado en media hora.

El hijo del señor Hatherly empezó a acudir regularmente los lunes por la mañana y le presentaba a Víctor todas las facturas. A veces se quedaba en el despacho para hablar de su padre: con desconfianza, como si temiera que otros pudieran oírlo. Todas las menudencias de la vida del señor Hatherly —que a veces se hacía afeitarse tres veces en un día y que poseía cincuenta pares de zapatos— interesaban a Víctor. Fue el anciano quien puso fin a aquellas entrevistas.

—Dile que venga, que coja el dinero y que se marche —ordenó el señor Hatherly—. Aquí se viene a trabajar. Eso es algo que mi hijo no ha entendido nunca.

Mientras tanto, Víctor había conocido a Theresa y estaba pensando en casarse. El nombre completo de su novia era Theresa Mercereau; sus padres eran franceses, pero ella había nacido en Estados Unidos.

Se había quedado huérfana muy pronto, y su tutor la envió a internados de cuarta categoría. Ya se sabe cómo son esos centros docentes. El director dimite durante las vacaciones de Navidad. Lo sustituye el profesor de educación física. La caldera de la calefacción se estropea en febrero y el agua se hiela en las cañerías. Para entonces, la mayoría de los padres que se preocupan de sus hijos se los han llevado a otros sitios, y para la primavera sólo quedan doce o trece internas. Éstas se pasean solas o en parejas por los alrededores del establecimiento docente matando el tiempo hasta la hora de la cena. Desde hace meses son todas conscientes de que la Old Palfrey Academy se muere, pero en los primeros, largos y sombríos días de primavera este hecho adquiere nueva intensidad y fuerza. Desde la vivienda del director llega el ruido de voces airadas: el profesor de latín amenaza con llevar a juicio a la institución porque no le pagan lo que le deben. El olor que sale por las ventanas de la cocina indica que volverán a tener repollo para cenar. Han florecido unos cuantos junquillos, y la luz que no acaba de marcharse y los nuevos helechos animan a las niñas abandonadas a que miren hacia adelante, hacia el futuro, pero en el fondo de sus corazones queda la sospecha de que los junquillos, los petirrojos y la estrella de la tarde ocultan imperfectamente el hecho de que viven una hora de horror, de un horror sin paliativos. Luego un automóvil sube rugiendo por la avenida de grava.

—Soy la señora Hubert Jones —exclama una mujer—; vengo a recoger a mi hija...

Theresa era siempre una de las últimas rescatadas, y esas horas del atardecer parecían haberla dejado marcada. Lo que uno recordaba siempre de ella era una tristeza especial, una delicadeza que nunca llegaba a la desesperanza, un aire dulce de haber sido tratada injustamente.

Aquel invierno, Víctor viajó a Florida con el señor Hatherly para acarrear la sombrilla de la playa y jugar a las cartas con él, y mientras estaban allí le dijo que quería casarse. El anciano expuso a gritos sus objeciones. Víctor se mantuvo firme. Cuando regresaron a Nueva York, el señor Hatherly le propuso que una noche llevara a Theresa a su apartamento. El anciano recibió a la muchacha con gran cordialidad y luego se la presentó a la señora Hatherly: una mujer demacrada y nerviosa que tenía todo el tiempo las manos delante de la boca. El señor Hatherly se acercó subrepticamente a un extremo del cuarto y luego desapareció.

—No pasa nada —susurró su esposa—. Te va a hacer un regalo.

El señor Hatherly regresó a los pocos minutos y colocó una sarta de amatistas alrededor del hermoso cuello de Theresa. Una vez que el anciano la hubo aceptado, pareció estar muy contento con la boda. Organizó, por supuesto, todos los detalles de la ceremonia, les dijo dónde tenían que ir a pasar la luna de miel y alquiló para ellos un piso amueblado aprovechando el tiempo libre entre una comida de negocios y un viaje en avión a California. Como su marido, Theresa parecía capaz de aceptar su entrometimiento. Cuando nació su primera hija, Theresa le puso Violet —fue idea suya—, igual que la virtuosa madre del señor Hatherly.

Durante aquellos años, cuando los Mackenzie daban una fiesta, era normalmente porque el señor Hatherly les había dicho que lo hicieran. Llamaba a Víctor a su despacho al final de un día de trabajo, le decía que diese una fiesta y fijaba la fecha. Encargaba las bebidas y las cosas de comer, y revisaba la lista de invitados pensando en el bienestar social y económico de los Mackenzie. Rechazaba con descortesía la invitación para asistir personalmente a la fiesta, pero luego se presentaba antes que ninguno de los invitados, con un ramo de flores que casi era tan alto como él. Se aseguraba de que Theresa ponía las flores en el jarrón adecuado. Luego entraba en el cuarto de los niños y permitía que Violet escuchara el tictac de su reloj. Recorría el apartamento, cambiando de sitio una lámpara aquí, un cenicero allá y dando un tironcito a las cortinas. Para entonces los invitados de los Mackenzie habían empezado a llegar, pero el señor Hatherly no daba la menor señal de querer irse. Era un anciano muy importante, y a todo el mundo le gustaba hablar con él. Recorría la habitación asegurándose de que todas las copas estuvieran llenas, y si Víctor contaba una anécdota, lo más probable era que el señor Hatherly le hubiese explicado cómo hacerlo. Cuando se servía la cena, el anciano se preocupaba por la comida y por el aspecto de la doncella.

Siempre era el último en irse. Cuando los demás invitados se habían despedido, él se sentaba y los tres se tomaban un vaso de leche y charlaban sobre la velada. El anciano parecía feliz: con un tipo de alegría del que sus enemigos nunca lo hubiesen creído capaz. Reía hasta que las lágrimas le caían rodando por las mejillas. A veces se quitaba las botas. Aquella salita de estar parecía ser la única donde se sentía a gusto, pero en el fondo de su corazón debía de seguir siempre presente el hecho de que los Mackenzie no eran en realidad nada suyo, y de que sólo debido a las amargas decepciones que había recibido de su propia carne y de su propia sangre se encontraba en una posición tan artificial como aquélla. Finalmente, el señor Hatherly se levantaba para marcharse. Theresa le enderezaba el nudo de la corbata, le sacudía las migas del chaleco y se inclinaba para que la besase. Víctor lo

ayudaba a ponerse el abrigo de pieles. Los tres parecían totalmente sumergidos en el clima afectuoso de una despedida familiar.

—Cuidaos mucho —murmuraba el anciano—. Sois todo lo que tengo.

Una noche, después de una fiesta en casa de los Mackenzie, el señor Hatherly murió mientras dormía. El funeral se celebró en Worcester, donde había nacido. La familia parecía inclinada a no informar a Víctor de estos detalles, pero él se enteró sin grandes dificultades y fue, con Theresa, a la iglesia y al cementerio. La anciana señora Hatherly y sus desdichados hijos se reunieron al borde de la tumba. Debieron de presenciar el entierro de su esposo y padre con sentimientos tan conflictivos que sería imposible separar de aquella confusión de emociones algo a lo que poder dar un nombre.

—Adiós, adiós —dijo la señora Hatherly, casi con indiferencia, en dirección a la tierra que iba cubriendo el ataúd, llevándose las manos a la boca: una costumbre que no había logrado superar, aunque el muerto había amenazado frecuentemente con pegarla por ello.

Si saborear el dolor en su plenitud es un privilegio, los Mackenzie lo tuvieron. Quedaron anonadados. Theresa era demasiado joven al morir sus padres para conservar, siendo ya persona adulta, ningún claro recuerdo del dolor que pudiera haber sentido, y los padres de Víctor, dondequiera que estuviesen, habían muerto unos años antes, en Inglaterra o en Escocia, y ante la tumba de Hatherly dio la impresión de que los dos se sentían dominados por una pena muy intensa y de que enterraban algo más que los huesos de un anciano. Los hijos verdaderos negaron el saludo a los Mackenzie.

Víctor y Theresa no le dieron importancia al hecho de que no se los mencionara en el testamento del señor Hatherly. Aproximadamente una semana después del funeral, el consejo de administración nombró a Júnior presidente de la empresa, y una de las primeras cosas que hizo fue despedir a Víctor. Llevaba años viendo cómo lo comparaban con aquel inmigrante tan trabajador, y su resentimiento era comprensible y profundo. Víctor encontró otro empleo, pero su íntima asociación con el señor Hatherly era un factor en contra suya. El anciano tenía multitud de enemigos, y Víctor los heredó todos. Perdió su nuevo trabajo al cabo de seis u ocho meses, y encontró otro que consideró provisional: un arreglo que le permitiría pagar sus gastos mensuales mientras buscaba algo mejor. No lo encontró. Dejaron el apartamento que el señor Hatherly había alquilado para ellos, vendieron los muebles, y fueron mudándose de un sitio a otro, pero todo esto —las feas habitaciones en las que vivieron, los sucesivos empleos de Víctor— no merece la pena contarlos con detalle. Simplemente, los Mackenzie pasaron tiempos difíciles; los Mackenzie se perdieron de vista.

La escena cambia a una fiesta donde se recaudan fondos para las Girl Scouts de Norteamérica, en un barrio residencial de Pittsburgh. Se trata de un baile de gala en una casa grande —Salisbury Hall— que ha sido seleccionada por el comité con la esperanza de que la vana curiosidad acerca de este edificio anime a mucha gente a gastarse los veinticinco dólares que cuesta la entrada. La señora Brownlee, la dueña de la casa, es la viuda de uno de los primeros magnates del acero. Su casa se extiende a lo largo de más de medio kilómetro sobre el espinazo de una de las colinas de los montes Allegheny. Salisbury Hall es un castillo, o, más bien, una colección de fragmentos de castillos y casas. Hay una torre, una almena y una mazmorra; y la entrada posterior es una reproducción de la puerta del Chateau Gaillard. Las piedras y la madera para el gran salón y la armería vinieron del extranjero. Como la mayoría de las casas de su especie, Salisbury Hall presenta problemas insuperables de

mantenimiento. Si uno toca las cotas de malla de la armería, la mano se le ennegrece con el orín. La copia de un fresco de Mantegna en la sala de baile tiene unas horribles manchas de humedad. Pero la fiesta es un éxito. Un centenar de parejas están bailando. La orquesta toca una rumba. Los Mackenzie se encuentran allí.

Theresa baila. Aún tiene el cabello rubio —quizá se lo tiña a estas alturas—, y sus brazos y sus hombros siguen siendo hermosos. Todavía conserva el aire de tristeza, de delicadeza. Víctor no está en la sala de baile. Se halla en el invernadero, donde se sirven bebidas alcohólicas con mucha agua. Paga el importe de cuatro whiskys, camina siguiendo el borde de la atestada pista de baile y cruza por la armería, donde un extraño lo detiene para hacerle una pregunta.

—Sí, claro —dice Víctor cortésmente—; se trata de una armadura hecha para la coronación de Felipe II. El señor Brownlee quiso tener una reproducción...

Luego continúa a través de casi otro medio kilómetro de pasillos y salas, atraviesa el gran salón, hasta llegar a una habitación más pequeña, donde la señora Brownlee está reunida con varios amigos.

—¡Aquí llega Vic con nuestros whiskys! —exclama.

La señora Brownlee es una anciana decidida y muy maquillada, con el pelo teñido de una sorprendente tonalidad rosa. Lleva los dedos y los antebrazos cargados de sortijas y brazaletes. Su collar de diamantes es famoso. Lo mismo sucede, en realidad, con casi todas sus joyas: la mayoría tienen nombre. Están las esmeraldas Taphir, los rubíes Bertolotti y las perlas Demidoff, y teniendo en cuenta que el precio de la entrada debe de incluir la posibilidad de echar una ojeada a su colección, se las ha puesto con gran prodigalidad, en beneficio de las Girl Scouts.

—Todo el mundo lo pasa bien, ¿no es cierto, Vic? —pregunta—. Por lo menos, deberían pasarlo bien. Mi casa siempre ha sido conocida por su ambiente de hospitalidad así como por su abundancia de tesoros artísticos. Siéntate, Vic —dice—. Siéntate. Descansa un poco. No sé qué haría si no os tuviera a ti y a Theresa.

Pero a Víctor no le queda tiempo para sentarse. Debe dirigir la rifa. Vuelve atravesando el gran salón, luego el veneciano, para cruzar por la armería y llegar a la sala de baile. Se sube a una silla. La orquesta inicia unos compases floreados.

—¡Señoras y caballeros! —anuncia por el megáfono—. Señoras y caballeros, les ruego que me escuchen unos instantes...

Víctor sortea una caja de botellas de whisky, otra de bourbon, una batidora Waring y una segadora mecánica para el césped. Cuando termina la rifa y comienza otra vez el baile, sale a la terraza para respirar un poco de aire fresco, y nosotros lo seguimos y hablamos allí con él.

—¿Víctor?

—¡Qué alegría verte otra vez! —exclama—. ¿Qué demonios estás haciendo en Pittsburgh.

Se le ha vuelto entrecano el cabello, siguiendo las pautas convencionales de elegancia. Deben

de haberle hecho algo en los dientes, porque su sonrisa es más blanca y más deslumbrante que nunca. La charla es una conversación entre conocidos que llevan diez o quince años sin verse —ya que realmente ha pasado tanto tiempo— sobre esto y lo de más allá, luego sobre Theresa y finalmente acerca de Violet. Al mencionar a Violet, Víctor parece entristecerse. Deja el megáfono sobre la balaustrada de piedra y se apoya sobre el borde de metal. Inclina la cabeza.

—Violet tiene ya dieciséis años, ¿sabes? —explica—. Me preocupa mucho. La expulsaron del internado hace cosa de seis semanas.

He conseguido que la acepten en otro sitio en Connecticut. Ha costado mucho trabajo. —Respira hondo, sorbiendo el aire por la nariz.

—¿Cuánto tiempo llevas en Pittsburgh, Víctor?

—Ocho años —dice. Agita el megáfono en el aire y contempla una estrella a través de él—. Nueve, en realidad —añade.

—¿A qué te dedicas, Víctor?

—Ahora mismo estoy sin trabajo. —Deja caer el megáfono.

—¿Dónde vives, Víctor?

—Aquí —responde.

—Ya lo sé. Pero ¿dónde en Pittsburgh?

—Aquí —dice, y se echa a reír—. Vivimos aquí. En Salisbury Hall. Pero veo que llega la presidenta del comité y, si me disculpas, voy a darle el informe sobre la rifa. Me alegro mucho de haberte saludado.

Cualquiera —es decir, cualquier persona que no se comiera los guisantes con cuchillo— podía recibir una invitación a Salisbury Hall cuando los Mackenzie fueron allí por vez primera. Acababan de llegar a Pittsburgh, y vivían en un hotel. Fueron con unos amigos para pasar el fin de semana. Había catorce o quince invitados en el grupo, además de Prescott Brownlee, el hijo mayor de la anciana señora. El problema surgió antes de cenar. Prescott se emborrachó en una hostería cerca de la finca, y el camarero llamó a la señora Brownlee y le dijo que se llevara a su hijo o, de lo contrario, llamaría a la policía. La anciana señora estaba acostumbrada a ese tipo de problemas. A sus hijos les pasaba con mucha frecuencia, pero aquella tarde no sabía a quién acudir en busca de ayuda. Nils, el criado de la casa, odiaba a Prescott. El jardinero se había ido a su casa. Ernest, el mayordomo, era demasiado viejo. Entonces se acordó de la cara de Víctor, aunque no había hecho más que entreverla en el vestíbulo cuando se lo habían presentado. Lo encontró en el gran salón y lo llamó aparte. Él creyó que iba a pedirle que preparara los cócteles. Cuando la señora Brownlee le explicó de qué se trataba, él respondió que ayudaría gustoso. Fue en coche a la hostería, y se encontró a Prescott sentado a una mesa.

Alguien le había dado un puñetazo en la nariz y tenía la ropa manchada de sangre, pero aún seguía con ganas de pelea, y cuando Víctor le dijo que tenía que irse a casa, se levantó agitando los puños. Víctor lo derribó. Esto apaciguó a Prescott, que empezó a llorar y se subió obedientemente al coche. Víctor volvió a Salisbury Hall por una entrada de servicio. Luego, sosteniendo a Prescott, que no podía andar, lo introdujo en la casa por una puerta lateral que daba a la armería. Nadie los vio. En aquella sala sin calefacción, el aire era frío y cortante. Víctor arrastró al borracho que no dejaba de sollozar bajo estandartes reales y gallardetes que colgaban de las alfardas, y junto a la estatua de un hombre a caballo que lucía una armadura ecuestre. Luego subió a Prescott por una escalera de mármol y lo metió en la cama. Después se limpió el serrín del esmoquin, volvió al gran salón y preparó los cócteles.

No habló del incidente con nadie —ni siquiera con Theresa— y el domingo por la mañana la señora Brownlee volvió a hacer un aparte para darle las gracias.

—¡Que Dios lo bendiga, señor Mackenzie! —dijo la anciana—. Es usted un buen samaritano. Cuando ese hombre me llamó ayer por teléfono, no sabía a quién acudir.

Oyeron que alguien se acercaba atravesando el gran salón. Era Prescott. Se había afeitado, curado las heridas y alisado el pelo echándose mucha agua, pero estaba otra vez borracho.

—Me voy a Nueva York —murmuró en dirección a su madre—; Ernest me llevará al aeropuerto. Adiós.

Se dio la vuelta y se alejó a través de la biblioteca y del salón veneciano hasta perderse de vista, y su madre apretó los dientes mientras lo veía marcharse. Luego cogió a Víctor de la mano y le dijo:

—Quiero que usted y su encantadora esposa vengan a vivir a Salisbury Hall. Sé que están ustedes en un hotel. La casa siempre ha sido conocida por su ambiente de hospitalidad y por su abundancia de tesoros artísticos. Me harán ustedes un favor. No se trata más que de eso.

Los Mackenzie rechazaron amablemente su ofrecimiento y el domingo por la noche regresaron a Pittsburgh. Pocos días más tarde, al enterarse de que Theresa estaba en cama, la señora Brownlee le envió flores y reiteró su invitación mediante una nota. Los Mackenzie hablaron de ello por la noche.

—Si consideramos la posibilidad de aceptar, hemos de verlo como un acuerdo comercial —dijo Víctor—. Hemos de enfocarlo como una respuesta concreta a un problema práctico.

Theresa no había gozado nunca de muy buena salud, y vivir en el campo podía resultarle beneficioso. Aquello fue lo primero que pensaron. Víctor tenía un empleo en la ciudad, pero estaba en condiciones de utilizar la estación de ferrocarril más próxima a Salisbury Hall. Hablaron de nuevo con la señora Brownlee, y lograron que aceptara de ellos la cantidad que hubiesen tenido que pagar en otro sitio por el alquiler y la comida, de manera que no se convirtiera en un favor unilateral. Luego se mudaron a unas habitaciones situadas encima del gran salón.

Todo funcionó muy bien. Sus habitaciones eran amplias y tranquilas, y la relación con la señora Brownlee muy placentera. Cualquier sentimiento de estar en deuda que pudieran haber tenido

quedaba disipado por el hecho de que le resultaban útiles a su anfitriona, y ¿qué otra persona hubiese querido vivir en Salisbury Hall? Excepto cuando se daban fiestas, más de la mitad de las habitaciones estaban cerradas, y no había suficientes criados para intimidar a las ratas que vivían en el sótano. Theresa emprendió la hercúlea labor de reparar los bordados de la señora Brownlee; había ochenta y seis piezas en total. Nadie se había ocupado de la pista de tenis desde la guerra, y Víctor, en los fines de semana, arrancó las malas hierbas y la alisó y volvió a dejarla en buenas condiciones. Aprendió muchísimas cosas sobre la casa de la señora Brownlee y sobre su desperdigada familia, y cuando la anciana se sentía demasiado cansada para enseñar Salisbury Hall a los huéspedes que manifestaban interés, Víctor la sustituía con mucho gusto.

—Esta sala —decía— se trasladó entrepaño por entrepaño y piedra por piedra desde una casa de estilo Tudor cercana a la catedral de Salisbury..., el suelo de mármol es parte del suelo del vestíbulo del viejo First National Bank..., el señor Brownlee regaló el salón veneciano a la señora Brownlee por su cumpleaños, y estas cuatro columnas de ónix macizo vinieron de las ruinas de Herculano. Las trajeron flotando por el lago Erie desde Búffalo a Ashtabula... —Víctor era también capaz de señalar el árbol donde Spencer Brownlee se había estrellado con su coche, y los rosales que Hester Brownlee plantó cuando estuvo tan enferma. Ya hemos visto lo útil que Víctor resultaba en ocasiones, como en el baile donde se recaudaron fondos para las Girl Scouts.

Violet pasaba todo el tiempo en campamentos de verano y en internados.

—¿Por qué vivís aquí? —preguntó la primera vez que fue a visitar a sus padres a Salisbury Hall—. ¡No es más que una vieja ruina mohosa! ¡Un montón de basura!

Quizá la señora Brownlee oyó cómo Violet se burlaba de su casa. En cualquier caso, su actitud ante la hija única de los Mackenzie era de absoluto desagrado, y las visitas de Violet se hicieron poco frecuentes y muy breves. El único de los hijos de la señora Brownlee que aparecía de vez en cuando era Prescott. Luego, una noche, poco después del baile de las Girl Scouts, la dueña de la casa recibió un telegrama de su hija Hester, que llevaba quince años viviendo en Europa. Se hallaba en Nueva York y llegaría a Pittsburgh al día siguiente.

La señora Brownlee dio la buena noticia a los Mackenzie durante la cena. Estaba encantada.

—Ya veréis cómo os gusta mucho —dijo—. Siempre ha sido igual que una porcelana de Dresde. De pequeña solía estar enferma con frecuencia, e imagino que quizá por eso ha sido siempre mi preferida. ¡Cuánto me gustaría que se quedara! ¡Ojalá hubiera tiempo para pintar sus habitaciones! Tienes que insistirle para que se quede, Víctor. No sabes lo feliz que me haría. Insístele para que se quede. Creo que le caerás muy bien.

Las palabras de la señora Brownlee resonaban en el comedor, que tenía las proporciones de un gimnasio; la pequeña mesa donde cenaban había sido colocada junto a una ventana y permanecía separada del resto de la habitación por un biombo; a los Mackenzie les gustaba cenar allí. La ventana les ofrecía un panorama de césped y de escaleras que conducían a un jardín de estilo versallesco ya casi irreconocible como tal. La filigrana de hierro en los techos de los decrepitos invernaderos, el ruido de las fuentes, cuyas tazas estaban desfiguradas y con grietas, el traqueteo del montacargas que subía su insípida cena desde las cocinas del sótano, donde vivían las ratas: los Mackenzie miraban todas estas cosas absurdas con el mayor respeto, como si poseyeran algún auténtico significado. Quizá padecían de una incurable falta de criterio con relación al pasado, o simplemente de una incapacidad

para entender que el pasado no influye en nuestra felicidad presente. Pocos días antes, Theresa había encontrado en el tercer piso un dormitorio que estaba lleno de viejas cestitas doradas y con un adorno de lazos mustios, recuerdo de los muchos viajes de la señora Brownlee.

Mientras la dueña de la casa hablaba aquella noche de Hester, no perdía de vista el jardín, y vio, a lo lejos, a un hombre que trepaba por uno de los muros de mármol. Luego una muchacha le pasó una manta, una cesta con comida y una botella, y saltó para caer en sus brazos. Tras ellos penetraron en el jardín otras dos parejas. Se instalaron en el templo del Amor y, amontonando trozos rotos de la celosía, encendieron un pequeño fuego.

—Échalos, Víctor —ordenó la señora Brownlee.

Víctor se levantó de la mesa, cruzó la terraza, salió al jardín y pidió a los integrantes del grupo que se marcharan.

—Soy un buen amigo de la señora Brownlee —dijo uno de los hombres.

—Eso no importa —respondió Víctor—. Tienen ustedes que marcharse.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo.

—¿Y usted quién es?

Víctor no contestó. Deshizo el fuego y aplastó las brasas con los pies. Los otros eran más que él y más corpulentos, y se daba cuenta de que, si llegaban a las manos, probablemente saldría perdiendo, pero el humo del fuego recién apagado obligó al grupo a abandonar el templo y situó a Víctor en una posición ventajosa. Se colocó a un tramo de escalones por encima de ellos y miró el reloj.

—Les doy cinco minutos para que se vayan por donde han venido —dijo.

—¡Pero si soy amigo de la señora Brownlee!

—Si es usted amigo de la señora Brownlee —respondió Víctor—, entre por la puerta principal. Les doy cinco minutos.

Los otros echaron a andar por el sendero hacia la valla, y Víctor esperó hasta que una de las chicas —las tres eran bonitas— hubo pasado del otro lado. Luego volvió al comedor y terminó de cenar mientras la señora Brownlee hablaba incansablemente de su pequeña Hester.

Al día siguiente era sábado, pero Víctor lo pasó entero en Pittsburgh, buscando trabajo. No volvió a Salisbury Hall hasta cerca de las cuatro, tenía calor y se sentía sucio. Al pisar el umbral del gran salón, vio que las puertas de la terraza habían sido abiertas y que los empleados de la floristería estaban descargando un camión lleno de naranjos en macetas. Una doncella se acercó a él muy acalorada.

—¡Nils está enfermo y no puede conducir! —exclamó—. La señora Brownlee quiere que vaya usted a la estación a recoger a la señorita Hester. Será mejor que se dé prisa. El tren llega a las cuatro y cuarto. La señora Brownlee dice que no vaya usted en su coche, sino en el Rolls-Royce. Dice que tiene usted permiso para cogerlo.

El tren de las cuatro y cuarto había llegado ya y se había marchado para cuando Víctor se presentó en la estación. Hester Brownlee se hallaba de pie en la sala de espera, rodeada de su equipaje. Era una mujer de mediana edad que había mantenido tenazmente su buen aspecto, y que desde lejos podría haber parecido bonita.

—¿Qué tal está usted, señorita Brownlee? —la saludó Víctor—. Soy Víctor Mackenzie. Me...

—Sí, ya sé —dijo ella—. Prescott me ha informado de todo lo referente a usted. —Miró más allá de donde se encontraba Víctor—. Llega tarde.

—Lo siento —se disculpó Víctor—, pero su madre...

—Ésas son mis maletas —señaló ella. Luego se dirigió hacia el Rolls-Royce y se instaló en el asiento de atrás.

Víctor encendió un cigarrillo y se fumó la mitad. Después llevó las maletas al coche y emprendió la marcha hacia Salisbury Hall por una carretera secundaria.

—Se ha equivocado de dirección —exclamó la señorita Brownlee—. ¿Ni siquiera conoce usted el camino?

—No voy por el sitio habitual —respondió Víctor pacientemente—, pero se debe a que hace años construyeron una fábrica junto a la carretera, y el tráfico es muy intenso a la hora en que termina el trabajo. Llegaremos antes por aquí. Me imagino que va a notar muchos cambios en toda esta zona. ¿Cuánto tiempo hace desde la última vez que estuvo usted en Salisbury Hall, señorita Brownlee? —Su pregunta no obtuvo respuesta, y, pensando que quizá ella no lo hubiese oído, repitió la frase—: ¿Cuánto tiempo hace desde la última vez que estuvo usted en Salisbury Hall, señorita Brownlee?

El resto del camino lo hicieron en silencio. Al llegar a la casa, Víctor descargó las maletas y las colocó junto a la puerta. La señorita Brownlee las contó en voz alta. Luego abrió el bolso y le tendió a Víctor una moneda de veinticinco centavos.

—¡Vaya, gracias! —dijo Víctor—. ¡Muchísimas gracias!

Bajó al jardín para calmar su indignación paseando, y decidió no contarle a Theresa aquel episodio. Finalmente subió al piso de arriba. Su mujer trabajaba en uno de los escabeles con bordados. La habitación que usaban como saloncito estaba abarrotada de objetos con bordados a medio reparar. Theresa lo abrazó con ternura, como hacía siempre que pasaban todo el día sin verse. Víctor había terminado de vestirse cuando una doncella llamó a la puerta.

—La señora Brownlee quiere verlos, a los dos —dijo—. Está en su despacho. Ahora mismo.

Theresa se aferró al brazo de su marido mientras bajaban la escalera. El despacho, una

habitación sucia y con demasiados muebles, situada junto al ascensor, se hallaba brillantemente iluminada. La señora Brownlee, de gran gala, los recibió sentada tras el escritorio de su marido.

—Sois la gota que hace rebosar el vaso, uno y otro —les dijo secamente cuando entraron—. Cerrad la puerta; no quiero que me oiga todo el mundo. La pequeña Hester vuelve a casa por primera vez después de quince años, y nada más bajarse del tren tienes que insultarla. Durante nueve años habéis disfrutado del privilegio de vivir en esta hermosa casa, una de las maravillas del mundo, y ¿cómo me correspondéis? ¡Esto es la gota que hace rebosar el vaso! Prescott me ha dicho muchas veces que no me fiara de vosotros, de ninguno de los dos; Hester opina lo mismo, y poco a poco yo también estoy empezando a darme cuenta.

La anciana señora, extravagantemente pintada y rebosante de malhumor, esgrimía contra los Mackenzie todo el poder de los ángeles. Su vestido plateado brillaba como el atavío de san Miguel, y en la mano derecha empuñaba el trueno y el relámpago, la muerte y la destrucción.

—Todo el mundo ha estado previniéndome contra vosotros desde hace años —prosiguió—. Y quizá no queráis hacer las cosas mal, puede que sólo tengáis mala suerte, pero una de las primeras cosas que Hester ha notado es que faltan la mitad de los bordados. Tú, Theresa, siempre estás arreglando la silla en la que quiero sentarme. Y tú, Víctor, me dijiste que habías reparado la pista de tenis, y, claro está, yo no sé nada de eso porque no juego al tenis, pero cuando invité a los Beardon la semana pasada me dijeron que la pista estaba inutilizable, y puedes imaginarte el mal rato que pasé, y esas personas que echaste anoche del jardín han resultado ser los hijos de un amigo muy querido del difunto señor Brownlee. Además, lleváis dos semanas de retraso en el pago de la renta.

—Le enviaré el dinero —dijo Víctor—. Nos iremos inmediatamente.

Theresa no había soltado el brazo de su marido durante toda la entrevista, y ambos salieron juntos del despacho. Estaba lloviendo, y Ernest había empezado a colocar cubos en el salón veneciano porque en el techo con forma de cúpula había aparecido una gotera.

—¿Podría ayudarme con las maletas? —preguntó Víctor. El viejo mayordomo debía de haber oído la entrevista con la señora Brownlee, porque no contestó.

En las habitaciones de los Mackenzie se habían acumulado objetos de valor sentimental, como fotografías, piezas de plata y otras cosas parecidas. Theresa empezó a guardarlas apresuradamente. Víctor bajó al sótano y recogió sus maletas. Hicieron el equipaje a toda prisa —sin pararse siquiera a fumar un cigarrillo—, pero les llevó todo lo que quedaba de la tarde. Cuando terminaron, Theresa retiró la ropa de la cama y puso las toallas usadas en un cesto. Víctor bajó las maletas. Escribió una postal al internado donde se encontraba Violet, diciéndole que Salisbury Hall no sería ya su dirección a partir de aquel momento. Y esperó a Theresa junto a la puerta principal.

—¿Adonde iremos, cariño? —murmuró ella al reunirse con él.

Esperó bajo la lluvia a que Víctor trajera el coche, y sólo Dios sabe dónde fueron a parar cuando salieron de Salisbury Hall.

Sólo Dios sabe adonde fueron, pero, para efectos de nuestro relato, los veremos reaparecer, años después, en un lugar de veraneo en la costa de Maine llamado Horsetail Beach. Víctor tenía un empleo en Nueva York, y habían ido en coche a Maine para pasar las vacaciones. Violet no estaba con ellos: se había casado, vivía en San Francisco y tenía un hijo pequeño. No escribía a sus padres y Víctor estaba al tanto de que su actitud hacia él era de amargo resentimiento, aunque ignoraba por qué. El distanciamiento de su única hija angustiaba a Víctor y a Theresa, pero muy pocas veces conseguían hablar de ello. Helen Jackson, su anfitriona en Horsetail Beach, era una mujer joven muy animosa y con cuatro hijos. Divorciada. En su casa había arena por todas partes, y la mayoría de los muebles estaban rotos. Los Mackenzie llegaron allí una noche tormentosa, cuando el viento del norte atravesaba sin contemplaciones las paredes de la casa. Su anfitriona cenaba fuera, y tan pronto como llegaron ellos, la cocinera se puso el sombrero y el abrigo y salió camino del cine, dejándolos a cargo de los niños. Subieron las maletas pisando por la escalera varios trajes de baño todavía húmedos, acostaron a los niños y se instalaron en la fría habitación para huéspedes.

Por la mañana, su anfitriona les preguntó si les importaba que fuera a Camden a la peluquería. A primera hora de la tarde iba a ofrecer una fiesta en honor de los Mackenzie, aunque era el día libre de la cocinera. Helen prometió estar de vuelta para las doce, y como a la una no había vuelto aún, Theresa preparó el almuerzo. A las tres, su anfitriona los telefoneó desde Camden para decir que acababa de salir de la peluquería, ¿le importaría mucho a Theresa adelantar un poco la preparación de los canapés? Theresa hizo los canapés. Luego barrió la arena del cuarto de estar y recogió los trajes de baño húmedos. Helen Jackson regresó por fin de Camden, y los invitados empezaron a llegar a las cinco. Hacía frío y el tiempo era tormentoso. Víctor tiritaba dentro de su traje blanco de seda. La mayoría de los invitados eran gente joven, se negaban a beber cócteles e ingerían en cambio gingerale, y también cantaban, reunidos en torno al piano. Ésa no era precisamente la idea que los Mackenzie tenían de una fiesta agradable. Helen Jackson intentó sin éxito atraerlos al círculo de sonrisas tan cordiales como desprovistas de significado, de saludos y de apretones de manos sobre los que aquella reunión, como cualquier otra, estaba montada. Todos los invitados se marcharon a las seis y media, y los Mackenzie y su anfitriona cenaron los canapés que habían sobrado.

—¿Te importaría mucho llevar a los niños al cine? —le preguntó Helen Jackson a Víctor—. Les prometí que irían al cine si se portaban bien durante la fiesta, y han sido unos verdaderos ángeles; no me gustaría nada darles un chasco, y yo estoy completamente muerta.

A la mañana siguiente aún seguía lloviendo. Víctor advertía en el rostro de su mujer que la casa y el mal tiempo le suponían un tremendo gasto de energía. La mayoría de nosotros estamos acostumbrados a los inconvenientes de una casa de verano cuando llueve y hace frío, pero no era ése el caso de Theresa. Los somieres de hierro y los visillos de papel tenían un poder desproporcionado sobre su espíritu, como si no se limitaran a ser objetos feos en sí mismos, sino que amenazaran con trastornar su sentido común. Durante el desayuno, su anfitriona sugirió que dieran un paseo en coche bajo la lluvia.

—Sé que hace muy mal tiempo —dijo—, pero podéis ir hasta Camden, que es una manera de matar el tiempo, ¿no es cierto?, y pasaréis por muchos pueblecitos maravillosos, y si llegáis hasta Camden, podéis ir a la biblioteca y sacar *El cáliz de plata*. Hace ya muchos días que me lo tienen reservado, pero nunca encuentro el momento de ir a buscarlo. La biblioteca está en Estrella Lane.

Los Mackenzie fueron hasta Camden y consiguieron *El cáliz de plata*. Cuando regresaron había otro trabajo para Víctor. La batería del coche de Helen Jackson estaba descargada. La llevó al

taller, le prestaron otra y la instaló. Luego, a pesar del mal tiempo, intentó bañarse en la playa, pero las olas eran tan fuertes y venían tan llenas de arena y piedrecitas que después de sumergirse una vez renunció y volvió a la casa. Al entrar en el cuarto de huéspedes con el traje de baño todavía húmedo, Theresa alzó el rostro y Víctor vio que estaba llorando.

—Cariño —dijo—, echo de menos nuestra casa.

Aquel comentario era de difícil interpretación, incluso para Víctor. Su único hogar era un estudio en Nueva York, que, con su cocina diminuta y su sofá cama resultaba extrañamente juvenil y provisional para aquellos abuelos. La nostalgia de Theresa sólo podía referirse a un conjunto de fragmentos de distintas casas. Sin duda hablaba de otra cosa.

—Entonces nos iremos —decidió él—. Saldremos muy de mañana. —Y luego, al notar cómo Theresa se animaba con aquellas palabras, continuó—: Cogemos el coche y seguiremos adelante, y adelante, y adelante. Llegaremos a Canadá.

Cuando a la hora de cenar le dijeron a Helen Jackson que se marcharían a la mañana siguiente, ella pareció sentirse aliviada. Sacó un mapa de carreteras y marcó con un lápiz el mejor camino hasta Ste. Marie y la frontera atravesando las montañas. Los Mackenzie hicieron el equipaje después de cenar y se marcharon muy pronto a la mañana siguiente. Helen salió al camino de grava para despedirse de ellos. No se había vestido aún y llevaba en la mano una cafetera de plata.

—Ha sido maravilloso teneros aquí —declaró—, aunque el tiempo no haya acompañado en absoluto. Puesto que habéis decidido cruzar la frontera por Ste. Marie, ¿os importaría mucho deteneros un momento y devolver a tía Marly su cafetera de plata? Me la prestó hace años, y me ha estado escribiendo cartas amenazadoras y telefoneándome, así que basta con que se la dejéis en la puerta y salgáis corriendo. Su nombre es señora Sauer. La casa está muy cerca de la carretera principal.

Dio unas indicaciones muy sumarias a los Mackenzie, besó a Theresa y le pasó la cafetera.

—Ha sido estupendo teneros aquí —gritó mientras se alejaban.

En Horsetail Beach las olas seguían siendo fuertes y el viento muy frío cuando los Mackenzie dieron la espalda al océano Atlántico. El ruido y el olor del mar se fue debilitando. Hacia el interior, el cielo parecía despejarse. El viento venía del oeste, y la cubierta de nubes empezó a verse desplazada por la luz y el movimiento. Los Mackenzie llegaron a una zona algo escarpada de tierras de cultivo. Era un paisaje que no habían visto nunca, y a medida que las densas nubes se iban abriendo y la luz entraba a raudales, Theresa fue sintiéndose mejor. Tuvo la impresión de estar en una casa a la orilla del Mediterráneo, abriendo puertas y ventanas. Era una casa en la que no había estado nunca. Sólo habían visto una fotografía, años atrás, en una tarjeta postal. Las paredes de la casa, de color azafrán, llegaban directamente hasta el agua azul, y todas las puertas y las ventanas se hallaban cerradas. Ahora ella las estaba abriendo. Comenzaba el verano. Ella abría puertas y ventanas, y, asomándose hacia la luz desde una de las más altas, veía una única vela, que desaparecía en dirección a África, llevándose consigo al perverso rey. ¿De qué otra manera podía explicar la sensación de absoluta felicidad que la embargaba? Estaba en el coche con el brazo y el hombro pegados a los de su marido, como hacía siempre. Al llegar a las montañas, Theresa se dio cuenta de que el aire parecía más fresco y más ligero allí, pero la imagen de abrir puertas y ventanas —puertas que se atascaban en el umbral, ventanas con postigos, ventanas batientes, ventanas de guillotina, y todas ellas con vistas sobre el mar— continuó

presente en su cabeza hasta que, al atardecer, llegaron, descendiendo, hasta Ste. Marie, un pequeño lugar de veraneo junto a un río.

—Condenada mujer —dijo Víctor—. La casa de la señora Sauer no estaba donde Helen había dicho que la encontrarían.

Si la cafetera no hubiese tenido aspecto de ser un objeto valioso, la habría arrojado a la cuneta sin preocuparse de más. Se metieron por una carretera de tierra que discurría paralela al río, y se detuvieron en una gasolinera para que los orientaran.

—Sí, sí —dijo el hombre—. Claro que sé dónde viven los Sauer. Su desembarcadero está justo al otro lado de la carretera, y el que lleva la lancha se hallaba aquí hace un minuto. —Abrió la puerta de tela metálica y gritó poniendo las manos a los lados de la boca—: ¡Perley! Hay unas personas que quieren ir a la isla.

—Sólo se trata de devolver una cosa —aclaró Víctor.

—Él los llevará. A esta hora del día es un paseo muy bonito. No tiene nada que hacer. Se pasa aquí la mayor parte del tiempo hablando por los codos. ¡Perley! ¡Perley!

Los Mackenzie cruzaron la carretera hasta donde un torcido embarcadero se adentraba en el agua. Un anciano estaba sacando brillo a los adornos metálicos de una lancha.

—Los llevo y luego los traigo en un santiamén —dijo.

—Yo te esperaré aquí —decidió Theresa.

Los árboles crecían inclinados en las dos riberas; en algunos sitios tocaban el agua. El río era muy ancho en aquel punto, y al curvarse entre las montañas, Theresa veía su curso, aguas arriba, por espacio de varios kilómetros. La amplitud del paisaje le agradó, y apenas oyó la conversación entre Víctor y el barquero.

—Dígale a la señora que venga —sugirió el anciano.

—¿Theresa?

Ella se volvió, y Víctor le tendió la mano para que subiese a la lancha. El barquero se encasquetó una sucia gorra de capitán de yate, y se pusieron en marcha aguas arriba. La corriente era fuerte, y la lancha avanzaba lentamente; al principio no distinguían ninguna isla, pero luego vieron cómo luz y agua separaban de la orilla lo que les había parecido una península. Atravesaron algunos pasajes angostos y, después de hacer un giro muy brusco —todo aquello les resultaba extraño y nuevo—, llegaron a un desembarcadero situado en una cala. Víctor tomó una senda que llevaba hasta una casa de madera de aire anticuado y color de miel. El emparrado que unía la casa con el jardín estaba hecho con troncos de cedro, de los que —entre las rosas— colgaban tiras de corteza desprendidas. Víctor llamó al timbre. Una vieja criada abrió la puerta y lo condujo, atravesando la casa, hasta el porche, donde la señora Sauer se hallaba sentada con un trabajo de costura sobre el regazo. Le dio las gracias por traerle la cafetera y, cuando Víctor estaba a punto de marcharse, le preguntó si había venido solo.

—Mi mujer está conmigo —dijo él—. Vamos camino de Quebec.

—Bueno, como Talbot solía decir, ha llegado el momento de empezar a beber —respondió la anciana—. Si usted y su mujer se quedaran el tiempo suficiente para tomar un cóctel conmigo, me harían muy feliz. No se trata más que de eso.

Víctor salió a buscar a Theresa, que esperaba junto al emparrado, y la condujo hasta el porche.

—Ya sé que ustedes, la gente joven, siempre tienen mucha prisa —dijo la anciana—. Me doy cuenta de lo amable que son deteniéndose aquí, pero mi marido y yo hemos estado muy solos todo el verano. Aquí me tienen, haciendo dobladillos para los visillos de la habitación de la cocinera. ¡Qué aburrimiento! —Alzó la labor y la dejó caer—. Y puesto que han sido tan amables de quedarse a tomar un cóctel, voy a pedirles otro favor. Le voy a pedir a usted que prepare los cócteles. Agnes, la persona que le ha abierto la puerta, los prepara de ordinario, pero echa demasiada agua a la ginebra. Encontrará todo lo necesario en la antecocina. No tiene más que cruzar el comedor.

Alfombras hechas por los navajos cubrían el suelo del amplio cuarto de estar. El hogar de la chimenea era de piedras sin desbastar, y encima, por supuesto, había una cornamenta de ciervo. Al final de un comedor grande y más bien sombrío, Víctor encontró la antecocina. La anciana criada le llevó la coctelera y las botellas.

—Me alegro de que se queden —comentó—. Sabía que iba a proponérselo. Se ha pasado el verano tan sola que me preocupa. Es una mujer encantadora, se lo aseguro, pero últimamente ha cambiado mucho. Empieza a beber a las once de la mañana. A veces incluso antes.

La coctelera era un trofeo de una competición de vela. La bandeja de plata maciza había sido un regalo de los colaboradores financieros del señor Sauer.

Cuando Víctor regresó al porche, Theresa estaba cosiendo los visillos para el cuarto de la cocinera.

—¡Qué agradable es notar otra vez el sabor de la ginebra! —exclamó la anciana señora Sauer—. No sé qué es lo que Agnes cree conseguir aguando los cócteles. Es una criada extraordinariamente fiel y útil, pero se está haciendo vieja, se está haciendo vieja. A veces tengo la impresión de que ha perdido un tornillo. Esconde las escamas de jabón en la nevera y, por la noche, duerme con una hacha debajo de la almohada.

—¿A qué regalo de la fortuna debemos esta encantadora visita? —preguntó el anciano caballero al reunirse con ellos. Se quitó los guantes de trabajar en el jardín y guardó las tijeras de cortar las rosas en un bolsillo de su chaqueta de cuadros.

—¿No es muy amable por su parte que estos chicos hayan aceptado quedarse a tomar una copa con nosotros? —dijo la señora Sauer, después de hacer las presentaciones. El anciano no pareció sorprenderse al oír que su esposa llamaba «chicos» a los Mackenzie—. Vienen de Horsetail y se dirigen hacia Quebec.

—Mi mujer y yo siempre hemos detestado Horsetail Beach —declaró el anciano caballero—. ¿Cuándo piensan llegar a Quebec?

—Esta noche —respondió Víctor.

—¿Esta noche? —preguntó la señora Sauer.

—Dudo que lleguen a Quebec esta noche —dijo su marido.

—Imagino que podrán hacerlo —comentó la anciana—, tal como conducen ustedes, los chicos de hoy en día, pero llegarán más muertos que vivos. Quédense a cenar y pasen aquí la noche.

—Sí, por favor, quédense a cenar —insistió su marido.

—Se quedan, ¿verdad? —preguntó la señora Sauer—. ¡No estoy dispuesta a aceptar un no por respuesta! La edad me concede muchos privilegios, y si dicen que no, haré profesión de sordera y fingiré que no los oigo. Y ahora que ya han decidido quedarse, prepárenos otra ronda de esos deliciosos cócteles y dígame a Agnes que dormirán en la habitación de Talbot. Hágalo con mucho tacto. No le gustan nada los huéspedes. Recuerde que es muy vieja.

Víctor regresó con el trofeo de la competición de vela al interior de la casa, que, a pesar de sus muchas ventanas de grandes proporciones, parecía ya una cueva en los primeros momentos del atardecer.

—Mi mujer y yo nos quedamos a cenar y pasaremos aquí la noche —le dijo a Agnes—. La señora Sauer ha dicho que utilicemos la habitación de Talbot.

—Vaya, eso está bien. Quizá se anime un poco. Ha sufrido mucho en la vida, y creo que le ha afectado mentalmente. Sabía que iba a proponérselo, y me alegro de que se queden. Son más platos que fregar y más camas que hacer, pero también es más... es más...

—¿Más movido?

—Eso es, eso es. —La anciana criada se echó a reír—. Me recuerda usted un poco al señor Talbot. Siempre bromeaba conmigo cuando venía a preparar los cócteles. Que Dios se apiade de él. Cuesta trabajo hacerse a la idea —comentó con tristeza.

Al atravesar de nuevo el cuarto de estar con aspecto de cueva, Víctor oyó a Theresa y a la señora Sauer, que hablaban del aire de la noche, y se dio cuenta de que una brisa fresca estaba descendiendo de las montañas. Lo notó en la habitación. Aunque invisibles por la oscuridad, había flores en algún sitio, y el aire de la noche realzaba su olor y el de las grandes piedras de la chimenea, con lo que el cuarto de estar olía como una cueva con flores dentro.

—Todos dicen que el paisaje es muy parecido al de Salzburgo —dijo la señora Sauer—, pero yo soy muy patriota y no creo que el paisaje mejore con esas comparaciones. No obstante, sí parece mejorar cuando se está bien acompañado. Solíamos tener huéspedes en otro tiempo, pero ahora...

—Sí, sí —intervino el anciano caballero, dando un suspiro. Destapó una botella de esencia de limón y se frotó las muñecas y la nuca.

—¡Ya está! —dijo Theresa—. ¡Terminados los visillos de la cocinera!

—¡No sabes cuánto te lo agradezco! —dijo la señora Sauer—. Y si ahora alguien tuviera la amabilidad de darme las gafas, admiraría tu labor. Están sobre la repisa de la chimenea.

Víctor encontró las gafas: no donde ella había dicho, sino en una mesa próxima. Se las dio y luego se paseó arriba y abajo por el porche unas cuantas veces. Consiguió dar la impresión de que ya no era un invitado casual, sino que se había convertido en un miembro de la familia. Se sentó en los escalones, y Theresa fue a reunirse con él.

—Míralos —dijo la anciana señora a su marido—. ¿No te reconforta ver, para variar, a una pareja de gente joven que se quiere...? Eso ha sido el cañonazo de la puesta de sol. Mi hermano George compró ese cañón para el club náutico. Era su orgullo y su satisfacción. ¿No es cierto que está muy tranquila la noche?

Pero las miradas tiernas y los gestos que la señora Sauer interpretaba como manifestaciones de amor puro eran los gestos de unos chicos sin hogar de verano que habían conseguido un indulto momentáneo. ¡Qué delicioso, qué impagable les parecía aquel instante! Brillaban las luces en otra isla. Recortado contra el crepúsculo se veía el entarimado de hierro del techo roto de un invernadero. Pobres urracas. Su aspecto y sus ademanes eran inocentes; sus huesos, endebles. De hecho, representaban a los muertos. Marchaos, marchaos, cantaban el viento, los árboles y la hierba, pero no cantaban para los Mackenzie, que volvieron la cabeza para escuchar a la anciana señora Sauer.

—Me voy a poner el vestido verde de terciopelo —dijo—, pero si no tenéis ganas de cambiaros para la cena...

Aquella noche, mientras servía la mesa, a Agnes le pareció que no había visto un grupo tan alegre desde hacía mucho tiempo. Y después de cenar los oyó jugar al billar en la mesa comprada para el pobre Talbot, que estaba muerto. Llovió un poco, pero, a diferencia de la lluvia en Horsetail Beach, allí no fue más que un suave chaparrón de montaña que pasó en seguida. La señora Sauer bostezó a las once, y dejaron de jugar. Se dieron las buenas noches en el descansillo del primer piso, junto a las fotografías de la tripulación de Talbot, del poni de Talbot y de su promoción en la universidad.

—Buenas noches, hasta mañana —les deseó la señora Sauer, y luego adoptó un aire decidido, dispuesta a prescindir de las restricciones impuestas por la buena crianza, y añadió—: Estoy encantada de que accedierais a quedaros. No os puedo decir lo mucho que significa. Me... —se le saltaron las lágrimas de los ojos.

—Es maravilloso estar aquí —declaró Theresa.

—Buenas noches, chicos —repitió la señora Sauer.

—Buenas noches, hasta mañana —dijo el señor Sauer.

—Buenas noches —dijo Víctor.

—Buenas noches —dijo Theresa.

—Que durmáis bien —añadió la señora Sauer—, y que tengáis dulces sueños.

Diez días después, los dueños de la casa esperaban otros invitados: unos primos jóvenes llamados Wycherly. Nunca habían estado antes allí, y aparecieron por el camino del embarcadero a última hora de la tarde. Víctor les abrió la puerta.

—Soy Víctor Mackenzie —se presentó alegremente. Llevaba unos pantalones cortos de jugar al tenis y un jersey, pero cuando se inclinó para coger una maleta, las rodillas le crujieron con estrépito—. Los Sauer han salido a dar un paseo en coche con mi mujer —explicó—. Estarán de vuelta para las seis, cuando llegue el momento de empezar a beber. —Los primos lo siguieron, atravesando el gran cuarto de estar y después escaleras arriba—. La señora Sauer les ha asignado la habitación del tío George —dijo Víctor—, porque tiene las mejores vistas y más agua caliente que las demás. Es la única habitación que se le ha añadido a la casa desde que el padre del señor Sauer la construyó en 1903...

Los invitados no sabían muy bien qué pensar de Víctor. ¿Era también un primo? ¿Un tío, tal vez? ¿Un pariente pobre? Pero la casa era cómoda y el día espléndido, y al final aceptarían a Víctor por lo que parecía ser, y lo que parecía ser era un hombre francamente feliz.

Las amarguras de la ginebra

Era domingo por la tarde, y, desde su dormitorio, Amy oyó llegar a los Bearden, seguidos, poco después, por los Farquarson y los Parminter. Siguió leyendo *Belleza negra* hasta que el instinto le dijo que quizá estuviesen comiendo algo bueno. Entonces cerró el libro y bajó la escalera. La puerta del cuarto de estar se hallaba cerrada, pero a través de ella se oía ruido de risas y de gente hablando en voz muy alta. Debían de estar cotilleando o algo aún peor, porque se callaron todos cuando la niña entró en el cuarto.

—Hola, Amy —la saludó el señor Farquarson.

—Te están hablando, Amy —dijo su padre.

—¿Qué tal está, señor Farquarson? —dijo ella.

Permaneció apartada del grupo durante un minuto, hasta que reanudaron la conversación; se deslizó entonces junto a la señora Farquarson, y pudo abalanzarse sobre el plato de cacahuets y coger un puñado.

—¡Amy! —la riñó el señor Lawton.

—Lo siento, papá —dijo ella, saliendo del círculo en dirección al piano.

—Deja esos cacahuets —ordenó su padre.

—Los he manoseado, papá —respondió ella.

—Bueno, ofrece el plato a los demás, cariño —dijo su madre con voz dulce—. Quizá alguien más quiera cacahuets.

Amy se llenó la boca con los que había cogido, volvió junto a la mesita del café y fue presentando el plato con los cacahuets.

—Gracias, Amy —le dijeron las personas mayores, cogiendo uno o dos.

—¿Qué te parece tu nuevo colegio, Amy? —preguntó la señora Bearden.

—Me gusta —respondió ella—. Los colegios privados me gustan más que los institutos. No se parecen tanto a una fábrica.

—¿En qué curso estás? —preguntó la señora Bearden.

—En cuarto —contestó ella.

Su padre cogió el vaso del señor Parminter y el suyo propio, y se levantó para ir al comedor y volver a llenarlos. Amy se sentó en la silla que había dejado libre el señor Lawton.

—No ocupes el asiento de tu padre, Amy —dijo su madre, sin darse cuenta de que las piernas de la niña estaban cansadas de montar en bicicleta, mientras que su padre no había hecho otra cosa que permanecer sentado durante todo el día.

Al dirigirse hacia las puertas vidrieras que daban a la terraza, Amy oyó que su madre empezaba a hablar de la nueva cocinera. Era un buen ejemplo de los interesantes temas de conversación que encontraban.

—Será mejor que guardes la bicicleta en el garaje —dijo su padre al volver con los vasos llenos—. Parece que va a llover.

Amy salió a la terraza y examinó el cielo, pero no estaba muy nublado, no llovería, y el consejo del señor Lawton, como todos los suyos, era perfectamente superfluo. Siempre se estaban metiendo con ella: «Guarda la bicicleta»; «Ábrele la puerta a la abuelita, Amy»; «Da de comer al gato», «Haz los deberes»; «Ofrece el plato de los cacahuets»; «Ayuda a la señora Bearden a llevar los paquetes»; «Amy, procura cuidar más tu aspecto»...

Todos los invitados se pusieron en pie, y su padre salió hasta la puerta de la terraza y la llamó.

—Nos vamos a cenar a casa de los Parminter —anunció—. La cocinera está aquí, de manera que no te vas a quedar sola. No dejes de acostarte a las ocho como una buena chica. Y ahora ven a darme un beso y las buenas noches.

Después de que se hubieron marchado los coches, Amy cruzó la cocina hasta llegar al dormitorio de la cocinera y llamó a la puerta.

—Pasa —dijo una voz, y cuando la niña entró, vio a la cocinera, que se llamaba Rosemary, con el albornoz puesto, leyendo la Biblia. Rosemary sonrió a Amy. Tenía una sonrisa dulce y sus viejos ojos eran azules—. ¿Tus papas se han vuelto a marchar? —preguntó.

Amy asintió con la cabeza, y la anciana la invitó a sentarse.

—Parece que lo pasan bien, ¿no es cierto? Durante los cuatro días que llevo aquí, todas las noches han salido o tenían invitados a cenar. —Puso la Biblia boca abajo sobre el regazo y sonrió, aunque no a Amy—. Claro está que lo que se bebe en esta casa queda justificado por razones sociales, y además, lo que hagan tus padres no es asunto mío, ¿verdad? Pero me preocupa la bebida más que a la mayoría de la gente debido a mi pobre hermana. Mi pobre hermana bebía demasiado. Durante diez años fui a verla los domingos por la tarde, y la mayor parte del tiempo estaba *non compos mentis*. A veces la encontraba acurrucada en el suelo con una o dos botellas de jerez vacías al lado. A veces podría haberle parecido serena a un extraño, pero yo me daba cuenta en un segundo por la manera que tenía de hablar de que estaba tan borracha que ya no era ella misma. Ahora mi pobre hermana se ha ido, y ya no tengo a nadie a quien visitar.

—¿Qué le pasó a tu hermana? —preguntó Amy.

—Era una persona encantadora, con la piel de melocotón y el pelo rubio —dijo Rosemary—. La ginebra pone contentas a algunas personas (les hace reír y llorar), pero a mi hermana sólo conseguía entristecerla y hacerla más reservada. Cuando bebía, se metía dentro de sí misma. La bebida la empujaba a llevar la contraria. Si yo hablaba del buen tiempo que hacía, ella respondía que me equivocaba. Si decía que estaba lloviendo, ella aseguraba que se aclaraba el cielo. Me corregía todo lo que decía, por insignificante que fuera. Murió un verano en el hospital Bellevue, mientras yo trabajaba en Maine. Ella era toda la familia que me quedaba.

La sinceridad con la que Rosemary le hablaba logró que Amy se sintiera como una persona mayor, y por una vez no le costó trabajo ser cortés.

—Debes de echar mucho de menos a tu hermana —dijo.

—Ahora mismo estaba pensando en ella. También se dedicaba al servicio doméstico, como yo, un trabajo en el que se está muy sola. Vives rodeada de una familia, y, sin embargo, nunca formas parte de ella. Con frecuencia hieren tu orgullo. La dueña de la casa resulta condescendiente y desconsiderada. No me estoy quejando de las señoras con las que he trabajado. Es la naturaleza misma de la relación. Piden ensalada de pollo, y tú te levantas antes de que amanezca para ganar tiempo, y nada más terminar la ensalada de pollo, cambian de idea y quieren sopa de marisco.

—Mi madre cambia de idea todo el tiempo —dijo Amy.

—A veces estás en un sitio en el campo donde no hay nadie que te ayude. Estás cansada, pero no tan cansada como para sentirte sola. Sales al porche de servicio cuando has terminado de freagar, con ánimo de disfrutar de la creación divina, y aunque la fachada de la casa quizá tenga una hermosa vista del lago o de las montañas, la vista desde atrás nunca es gran cosa. Pero está el cielo y los árboles y las estrellas y los pájaros cantando, y el placer de que los pies te descansen un poco. Pero entonces los oyes en la parte delantera, riendo y hablando con sus invitados y sus hijos e hijas. Y si eres nueva y los oyes cuchichear, puedes estar segura de que hablan de ti. Eso hace que desaparezca todo el placer.

—Oh —dijo Amy.

—He trabajado en toda clase de sitios: lugares donde había ocho o nueve personas de servicio y otros en los que esperaban que quemara yo misma la basura en las noches de invierno, y también que quitara la nieve con una pala. En una casa donde hay muchos criados suele haber algún demonio entre ellos (un viejo mayordomo o una doncella) que trata de hacerte la vida imposible desde el primer momento. «A la señora no le gustan las cosas así», o «A la señora no le gustan las cosas así», o «Llevo veinte años con la señora», te dicen. Hace falta ser muy diplomático para entenderse con ellos. Luego están las habitaciones que te asignan, y todas las que he visto siempre son muy tristes. Si llevas una botella en la maleta, al principio tienes unas tentaciones terribles de echar un trago para animarte. Pero yo tengo un carácter muy fuerte. Con mi pobre hermana era distinto. Solía quejarse de nerviosismo, pero, mientras estaba aquí sentada pensando en ella esta noche, me preguntaba si realmente sufrió de nerviosismo. Me pregunto si no lo inventaría todo. Quizá era que no valía para el servicio doméstico. Hacia el final, sólo conseguía trabajo en el campo, en sitios adonde nadie quería ir, y nunca duraba mucho más de una semana o dos. Tomaba un poco de ginebra para que se le pasara el nerviosismo, luego otro poco para el cansancio, y cuando se había bebido su propia botella y todo lo que podía robar, se enteraban en el resto de la casa. Normalmente se producía un enfrentamiento, y a mi pobre hermana le gustaba tener siempre la última palabra. ¡Si estuviera en mi mano, habría una ley

contra ello! No es asunto mío aconsejarte que le quites nada a tu padre, pero me sentiría orgullosa de ti si de vez en cuando le vaciaras la botella de ginebra en el fregadero. ¡No es más que una porquería! Pero me ha venido bien hablar contigo, corazón. Has conseguido que no eche tanto de menos a mi pobre hermana. Ahora voy a leer la Biblia un poco más, y luego te prepararé algo de cenar.

Los Lawton habían tenido un mal año con las cocineras: llevaban cinco hasta el momento. La llegada de Rosemary hizo que Marcia Lawton recordara una vaga teoría sobre compensaciones; había sufrido y ahora recibía el premio. Rosemary era limpia, trabajadora, y alegre, y su cocina —como decían los Lawton— comparable con la del mejor restaurante francés. El miércoles por la noche después de cenar, la cocinera cogió el tren de Nueva York, prometiendo regresar al día siguiente, a última hora de la tarde. El jueves por la mañana, Marcia entró en el cuarto de Rosemary. Era una precaución desagradable, pero convertida ya en habitual. La ausencia de objetos personales —un paquete de cigarrillos, una pluma estilográfica, un despertador, una radio, o cualquier otra cosa que pudiera ligar a la anciana con su habitación— hizo que la señora Lawton tuviera la desagradable sensación de estar siendo engañada, como le había sucedido en anteriores ocasiones con otras cocineras. Abrió la puerta del armario y vio un único uniforme colgado de una percha y, en el suelo, la vieja maleta de Rosemary y las playeras blancas que usaba en la cocina. La maleta estaba cerrada con llave, pero cuando Marcia la levantó, tuvo la impresión de que se encontraba casi vacía.

El señor Lawton y Amy fueron a la estación el jueves después de cenar, para esperar el tren de las ocho y dieciséis. El paseo en el coche descapotable, el aire tonificante, el resplandor de las estrellas, y la compañía de su padre hicieron que la niña se sintiera a gusto con el mundo. La estación de ferrocarril de Shady Hill se parecía a las de las viejas películas que había visto en la tele, donde alguien salía a esperar a detectives o a espías, a barbazules y a sus confiadas víctimas, para llevarlos en coche hasta remotas y aisladas fincas. A Amy le gustaba la estación, particularmente cuando se hacía de noche. Se imaginaba que quienes viajaban en los trenes de cercanías cumplían misiones mucho más urgentes y siniestras que volver a su casa después del trabajo. Excepto cuando caía una nevada o la niebla era espesa, el coche club en el que viajaba su padre parecía tener el brillo superficial y la monotonía del resto de su existencia. Los trenes de cercanías que circulaban a horas fuera de lo común pertenecían a un mundo de contrastes más violentos, en el que a Amy le gustaría vivir.

Llegaron unos minutos antes de la hora, y Amy se bajó del automóvil y se situó sobre el andén. Se preguntó para qué servirían los flecos de cuerda que colgaban sobre las vías en los dos extremos de la estación, pero también sabía por experiencia que era mejor no preguntárselo a su padre, porque no sería capaz de contestarle. Amy oyó el tren antes de verlo, y el ruido la animó y la hizo sentirse feliz. Mientras avanzaba por la estación hasta detenerse, la niña examinó las ventanillas iluminadas en busca de Rosemary, pero no la encontró. El señor Lawton se apeó del coche y se reunió con Amy en el andén. Vieron que el revisor se inclinaba sobre una persona sentada, y finalmente la cocinera se levantó, agarrándose al hombre mientras él la ayudaba a bajar al andén desde el vagón. Rosemary estaba llorando.

—Tenía piel de melocotón —Amy la oyó sollozar—. Era una persona encantadora de verdad.

El revisor le respondió amablemente pasándole un brazo alrededor de los hombros, sujetándola para bajar los peldaños. Luego el tren se marchó, y ella permaneció inmóvil, secándose las lágrimas.

—No diga una sola palabra, señor Lawton, y yo tampoco diré nada. —Extendió una bolsita de papel que llevaba en la mano—. Esto es un regalo para ti, mi niña.

—Gracias, Rosemary —respondió Amy. Miró dentro de la bolsa y vio que contenía varios paquetes de algas japonesas verdiazules.

Rosemary se dirigió hacia el automóvil con las precauciones de alguien que apenas ve por dónde anda debido a la falta de luz. Despedía un olor agrio. Su abrigo nuevo tenía manchas de barro y un desgarrón en la espalda. El señor Lawton le dijo a Amy que se sentara detrás, e hizo que la cocinera se colocara a su lado, en el asiento delantero. Luego cerró la portezuela con violencia, rodeó el vehículo para ocupar el sitio del conductor y emprendió el regreso a casa. Rosemary sacó del bolso una botella de Coca-Cola con un tapón de corcho y bebió un trago. Amy advirtió por el olor que la botella contenía ginebra.

—¡Rosemary! —exclamó el señor Lawton.

—Estoy muy sola —dijo la cocinera—. Estoy muy sola, tengo miedo, y esto es todo lo que me queda.

Él no dijo nada más hasta que entraron por el camino de grava y dio la vuelta a la casa hasta situarse frente a la puerta trasera.

—Recoja su maleta, Rosemary —le ordenó—. La espero en el coche.

Tan pronto como la cocinera cruzó el umbral tambaleándose, el señor Lawton le dijo a Amy que entrara en la casa por la puerta principal.

—Sube a tu cuarto y ponte el pijama.

Su madre la llamó desde el piso de arriba para preguntar si Rosemary había vuelto. La niña no contestó. Fue al bar, cogió una botella abierta de ginebra y la vació en el fregadero de la antecocina. Estaba casi llorando cuando se encontró con su madre en el cuarto de estar y le dijo que el señor Lawton se disponía a devolver a la cocinera a la estación.

Cuando Amy regresó del colegio al día siguiente, se encontró con una mujer corpulenta, de pelo negro, limpiando el cuarto de estar. El automóvil que el señor Lawton dejaba habitualmente en la estación se hallaba en el garaje para una revisión, y Amy fue con su madre a buscarlo en el otro coche. Mientras se dirigía hacia ellas cruzando el andén, la niña se dio cuenta, por la palidez del rostro de su padre, que había tenido un mal día. El señor Lawton besó a su mujer, dio una palmadita a Amy en la cabeza y se colocó detrás del volante.

—¿Sabes? —dijo la madre de la niña—, sucede algo terrible con la ducha del cuarto de huéspedes.

—¡Maldita sea, Marcia! —exclamó el señor Lawton—. ¡Preferiría que no me recibieras siempre con malas noticias!

Su voz irritada angustió a Amy, que empezó a jugar nerviosamente con el botón que servía

para subir y bajar el cristal de la ventanilla.

—¡Estáte quieta, Amy! —gritó su padre.

—¡Bueno, la ducha no tiene importancia! —dijo su madre, e hizo un débil esfuerzo por sonreír.

—Cuando volví de San Francisco la semana pasada —dijo él—, te faltó tiempo para decirme que necesitábamos un quemador nuevo para la calefacción.

—Ya tenemos una cocinera a media jornada. Eso es una buena noticia.

—¿Otra borracha? —preguntó el padre de Amy.

—No te pongas desagradable, cariño. Nos preparará algo de cenar, fregará los platos y se volverá a su casa en el autobús. Nos han invitado los Farquarson.

—Estoy demasiado cansado para ir a ningún sitio —repuso él.

—¿Quién se va a quedar conmigo? —preguntó Amy.

—Siempre lo pasas bien en casa de los Farquarson —dijo su madre.

—Bueno, pero no quiero quedarme hasta muy tarde —señaló el señor Lawton.

—¿Quién se va a quedar conmigo? —insistió Amy.

—La señora Henlein —dijo su madre.

Cuando llegaron a casa, Amy se sentó al piano.

Su padre se lavó las manos en el baño que daba al vestíbulo y luego se dirigió al bar. En seguida entró en el cuarto de estar blandiendo la botella vacía de ginebra.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Ruby —respondió su mujer.

—Es excepcional. Casi se ha bebido un litro de ginebra el primer día.

—¡Cielo santo! —exclamó la madre de Amy—. Bueno, será mejor que no digamos nada ahora.

—¡Todo el mundo entra a saco en el bar! —gritó su padre—. ¡Y estoy más que harto!

—Hay toda la ginebra que quieras en el armario. Abre otra botella.

—Le pagamos tres dólares la hora a aquel jardinero, y todo lo que hizo fue venir aquí a escondidas y beberse mi whisky. La canguro que tuvimos antes de la señora Henlein le echaba agua al

bourbon, y qué te voy a contar de Rosemary. La cocinera anterior no sólo se bebió lo que había en el mueble bar, sino también todo el ron, el kirsch, el jerez y el vino que había en la despensa para cocinar. Luego está la polaca que tuvimos el último verano. Incluso aquella lavandera vieja. Y los pintores. Creo que deben de haber hecho alguna marca en mi puerta. Y estoy convencido de que la agencia me tiene subrayado como víctima fácil.

—Bueno, vamos a cenar primero, y luego hablas con ella si quieres.

—¡Ni hablar! —replicó él—. No estoy dispuesto a animar a la gente a que me robe—. ¡Ruby! —Repitió el nombre a gritos varias veces, pero la cocinera no respondió. Luego apareció en la puerta del comedor, con el sombrero y el abrigo puestos.

—Me siento mal —dijo. Amy se dio cuenta de que estaba asustada.

—No me sorprende en absoluto —repuso el señor Lawton. —Me siento mal —murmuró la cocinera—; no consigo encontrar nada y me voy a mi casa.

—Estupendo —dijo él—. ¡Magnífico! Estoy harto de pagar a la gente para que venga aquí y se beba todo lo que tengo en el bar.

La cocinera se dirigió hacia la entrada y Marcia Lawton la siguió hasta el vestíbulo para darle algún dinero. Amy había contemplado la escena desde el taburete del piano, una posición que la aislaba y al mismo tiempo le permitía verlo todo perfectamente. Observó cómo su padre iba a buscar otra botella de ginebra y preparaba una coctelera de martinis. Parecía muy deprimido.

—Bueno —dijo su madre al volver—. La verdad es que no daba la impresión de estar borracha.

—Haz el favor de no discutir conmigo, Marcia —dijo su padre.

Sirvió dos cócteles, dijo «Salud», y bebió un poco.

—Podemos cenar en Orpheo's —comentó.

—Imagino que sí —dijo su madre—. Voy a preparar algo para Amy. —Entró en la cocina, y Amy abrió su cuaderno de música por *Reflets d'Automne*. «CUENTA —había escrito la profesora de música—. CUENTA, y suavidad, mucha suavidad...» Amy empezó a tocar. Cada vez que se equivocaba, decía: «¡Maldita sea!», y empezaba de nuevo. A mitad de *Reflets d'Automne*, tomó conciencia de que había sido ella quien había vaciado la botella de ginebra. Se sintió tan perpleja que dejó de tocar, pero sus sentimientos no fueron más allá de la perplejidad, aunque le faltara la fortaleza para seguir tocando el piano. Su madre fue a socorrerla.

—Tienes la cena en la cocina, cariño —dijo—. Y para postre puedes sacar un helado del congelador, pero sólo uno.

Marcia Lawton tendió la copa vacía hacia su marido, que volvió a llenársela con lo que quedaba en la coctelera. Luego subió al piso de arriba. El señor Lawton se quedó en el cuarto de estar, y, al examinar a su padre con detenimiento, Amy notó que su expresión malhumorada empezaba a

dulcificarse. Ya no parecía tan desgraciado, y al pasar junto a él, camino de la cocina, el señor Lawton le sonrió tiernamente, dándole unas palmaditas en la cabeza.

Cuando Amy terminó la cena, se comió el helado, hizo estallar la bolsa en la que venía, volvió a sentarse al piano y estuvo practicando ejercicios durante un rato. Su padre bajó la escalera vestido de etiqueta, dejó la copa sobre la repisa de la chimenea y se acercó a la puerta cristalera que daba a la terraza y al jardín. Amy notó que la transformación iniciada con la dulcificación de sus facciones se hallaba aún más avanzada. Su padre, finalmente, parecía contento. Amy se preguntó si estaría borracho, aunque su paso no era nada inseguro. Resultaba, por el contrario, aún más decidido.

Sus padres nunca lograban el tipo de andares bamboleantes que Amy veía todos los años encarnados en un equilibrista de la cuerda floja cuando la banda del circo atacaba «Muéstrame el camino de casa», y que a ella le gustaba imitar de vez en cuando. Le gustaba girar y girar y girar sobre el césped, hasta que, tambaleándose y un poco mareada, repetía: «¡Estoy borracha! ¡Soy una borracha!», haciendo eses sobre la hierba, enderezándose cuando estaba a punto de caer, y sin sentirse descontenta por haber perdido durante un segundo la capacidad de ver el mundo. Pero a sus padres no los había visto nunca así. Nunca los había visto abrazados a una farola, cantando y haciendo eses, pero sí los había visto caerse. Nunca resultaban indecorosos —parecían incluso más correctos y ceremoniosos cuanto más bebían—, aunque en ocasiones su padre, al levantarse para llenar las copas de todos, caminaba suficientemente erguido, pero daba la impresión de que los zapatos se le quedaban pegados a la alfombra. Y a veces, cuando se dirigía hacia la puerta del comedor, calculaba mal las distancias y se equivocaba casi en medio metro. En una ocasión, Amy lo había visto darse contra la pared con tanta fuerza que se derrumbó en el suelo y se le rompieron la mayoría de las copas que llevaba en la mano. Una o dos personas se echaron a reír, pero las risas no fueron ni generales ni vigorosas, y la mayoría de los presentes fingieron que la caída no se había producido. Cuando su padre se levantó, fue directamente al bar como si nada hubiera sucedido. Amy había visto una vez cómo la señora Farquarson se equivocaba al ir a sentarse en una silla y caía al suelo, pero nadie rió, y todos fingieron que no había pasado nada. Parecían actores en una obra de teatro. En las representaciones del colegio, cuando alguien tiraba un árbol de papel, lo correcto era enderezarlo sin que se notara lo que se estaba haciendo, para no echar a perder la ilusión de hallarse en un bosque muy espeso, y eso era lo que ellos hacían cuando alguien se caía al suelo.

Ahora su padre andaba de aquella manera rígida y extraña, tan diferente de su descuidada forma de recorrer el andén por las mañanas, y Amy se dio cuenta de que buscaba algo: su copa, concretamente. Estaba encima de la repisa de la chimenea, pero no miró en aquella dirección. Recorrió con la vista todas las mesas del cuarto de estar. Luego salió a la terraza y miró allí, y después de nuevo en las mesas del cuarto de estar, examinando tres veces el mismo sitio, aunque siempre le decía a Amy que buscara inteligentemente cuando la niña perdía las playeras o el impermeable. «Búscalo, Amy —decía siempre—. Trata de recordar dónde lo dejaste. No puedo comprarte un impermeable nuevo cada vez que llueve.» Finalmente, el señor Lawton renunció a su búsqueda y se sirvió un cóctel en otra copa.

—Voy a buscar a la señora Henlein —le dijo a su hija como si estuviera dándole una noticia importante.

Amy no sentía más que indiferencia hacia la señora Henlein, y cuando su padre regresó con la canguro, Amy pensó en las noches, enlazadas hasta formar semanas —años casi—, que había pasado encerrada con la señora Henlein, una mujer muy educada que siempre le estaba diciendo cómo debía

comportarse una señorita. La señora Henlein también quería saber dónde iban los padres de Amy y de qué clase de fiesta se trataba, aunque no era asunto de su incumbencia. Siempre se instalaba en el sofá como si fuera la dueña de la casa, hablaba de personas que nunca le habían sido presentadas, y le pedía a Amy que le llevara el periódico, aunque carecía en absoluto de autoridad para hacerlo.

Cuando Marcia Lawton bajó la escalera, la señora Henlein le dio las buenas noches.

—Que se diviertan —dijo mientras los Lawton cruzaban el umbral. Luego se volvió hacia Amy—: ¿Adonde van tus papás, cariño? Seguro que lo sabes, corazón. Haz un esfuerzo y trata de recordarlo. ¿Van al club?

—No.

—Quizá vayan a casa de los Trencher —sugirió la señora Henlein—. He visto que estaba muy iluminada mientras veníamos hacia aquí.

—No van a casa de los Trencher —dijo Amy—. No les son nada simpáticos.

—Muy bien, cariño, ¿adonde van, entonces?

—A casa de los Farquarson.

—Eso es todo lo que quería saber, corazón —dijo la señora Henlein—. Ahora tráeme el periódico y dámelo cortésmente. Cortésmente —añadió mientras la niña se acercaba con el periódico—. No sirve de nada hacer cosas para las personas mayores si no se hacen cortésmente. —Se puso las gafas y empezó a leer.

Amy subió a su cuarto. Sobre la mesa, en un vaso, estaban las algas japonesas que Rosemary le había traído, floreciendo mustiamente en una agua que los tintes habían vuelto de color rosa. Luego bajó por la escalera de atrás y llegó al comedor atravesando la cocina. Los utensilios que su padre utilizaba para preparar los cócteles estaban aún sobre el bar. Amy vació la botella de ginebra en el fregadero de la antecocina y luego volvió a dejarla donde estaba. Era demasiado tarde para montar en bicicleta y demasiado pronto para irse a la cama, y sabía de sobra que en el caso de que hubiera algo interesante en la televisión, una serie de asesinatos, por ejemplo, la señora Henlein la obligaría a apagarla. Finalmente recordó que su padre le había traído un libro sobre caballos de su viaje al oeste, y subió alegremente la escalera de atrás para ponerse a leerlo.

Eran más de las dos cuando regresaron los Lawton. La señora Henlein, que dormía en el sofá del cuarto de estar soñando con un desván polvoriento, despertó al oír sus voces en el vestíbulo. Marcia Lawton le pagó, le dio las gracias, preguntó si había telefoneado alguien, y luego subió al piso de arriba. El señor Lawton estaba en el comedor, haciendo ruido con las botellas. La señora Henlein, deseosa de meterse en su propia cama y de seguir durmiendo, rezó para que no se sirviera otra copa, como solían hacer todos a menudo noche tras noche, y la señora Henlein era devuelta a su casa por caballeros borrachos. De pronto, el señor Lawton apareció en la puerta del comedor con una botella vacía en la mano.

—Debe de apestar usted a ginebra, señora Henlein —dijo.

—¿Hummm? —respondió ella. No había captado el sentido de la frase.

—Se ha bebido casi un litro de ginebra —declaró el señor Lawton.

La desvaída anciana, a medias entre la vigilia y el sueño, se irguió, llevándose una mano a los cabellos entrecanos. Lo suyo era dar cobijo a gatos sin dueño, llenar hasta el techo el cuarto de baño con interesantes y valiosos periódicos, darse colorete, hablar sola, dormir sin quitarse la ropa interior en previsión de un posible incendio, discutir sobre el precio de los huesos para hacer caldo, y difundir por el barrio la noticia de que, cuando finalmente se muriera en el polvoriento montón de cachivaches viejos que era su casa, el colchón estaría lleno de libretas de ahorro y la almohada repleta de billetes de cien dólares. La señora Henlein era una mujer que había resistido muchas tentaciones para parecer una dama, y ahora la recompensaban llamándola vulgar ladrona. Acto seguido, empezó a chillarle al dueño de la casa.

—¡Retírelo inmediatamente, señor Lawton! ¡Retire todas y cada una de las palabras que ha dicho! No he robado nada en toda mi vida, ni nadie de mi familia lo ha hecho nunca, y no tengo por qué soportar los insultos de un borracho. En cuanto a beber, no he bebido lo suficiente para llenar un dedal en veinticinco años. Mi marido me llevó a un bar hace veinticinco años, y bebí dos cócteles me sentaron tan mal y me marcaron tanto que aborrecí las bebidas alcohólicas desde entonces. ¡Cómo se atreve usted a hablarme así! ¡A llamarme ladrona y borracha! Me repugnan usted y su ignorancia de todas las dificultades con las que he tenido que enfrentarme. ¿Sabe en qué consistió mi comida de Navidad el año pasado? En un sandwich de bacon. ¡Hijo de perra! —Empezó a llorar—. ¡Me alegro de haberlo dicho —gritó—. Es la primera vez que uso una palabrota en toda mi vida y me alegro de haberlo hecho. ¡Hijo de perra! —Un sentimiento de libertad, como si se encontrara en la proa de un barco, se apoderó de ella—. He vivido en este barrio toda mi vida. Aún me acuerdo de cuando estaba lleno de buenas gentes dedicadas a la agricultura, y había peces en los ríos. Mi padre poseía una hectárea y media de excelente tierra de pastos y era un hombre conocido en todas partes, y por el lado de mi madre desciendo de terratenientes de la nobleza holandesa. Mi madre era la viva imagen de la reina Guillermina. Cree usted que me puede insultar impunemente, pero está usted muy equivocado, pero que muy equivocado. —Fue hasta el teléfono y, cogiendo el auricular, gritó—: ¡Policía! ¡Policía! Soy la señora Henlein, y estoy en casa de los Lawton. ¡El dueño de la casa está borracho y me ha insultado! ¡Quiero que vengan a detenerlo!

Su voz despertó a Amy, que, tumbada en la cama, advirtió de manera imprecisa la lastimosa corrupción del mundo de los adultos; lo vio áspero y quebradizo como un gastado trozo de arpillera recosido con errores y estupideces, feo e inútil. Y, sin embargo, las personas mayores nunca advertían su falta de valor, y si se les señalaba montaban en cólera. Pero al notar que los gritos iban en aumento y oír la palabra «¡Policía!», la niña se asustó. No le parecía que pudieran detenerla, aunque, por otra parte, quizá encontrarán sus huellas en la botella vacía, pero no era el peligro que corriera ella misma lo que la asustaba, sino la ruina de la casa paterna en mitad de la noche. Todo lo que pasaba era obra suya, y cuando oyó a su padre hablando por el teléfono de la biblioteca, el sentimiento de culpabilidad la dominó por completo. Su padre trataba de mostrarse bondadoso y amable, y, al recordar el lujoso libro con ilustraciones que le había traído de su viaje, Amy tuvo que apretar los dientes para contener las lágrimas. Se tapó la cabeza con la almohada y comprendió, sintiéndose muy desgraciada, que tendría que marcharse. No le faltaban amigos de los años en que habían vivido en Nueva York; o, si no, pasaría la noche en el parque o se escondería en un museo. Pero no le quedaba más remedio que marcharse de casa.

—Buenos días —dijo su padre al sentarse a desayunar—. ¡Dispuesto a empezar un excelente día!

Animado por la creciente luminosidad del cielo, y por el recuerdo de cómo había calmado a la señora Henlein, evitando la irrupción de la policía, bien dormido, y ante la agradable perspectiva de jugar al golf, el señor Lawton hablaba con convicción, pero a Amy sus palabras le parecieron ofensivas y fatuas; le quitaron el apetito y le hicieron inclinar la cabeza sobre el bol de cereales que removía con una cuchara.

—Siéntate bien, Amy —dijo su padre. Entonces la niña se acordó de la noche anterior, de los gritos, y de su decisión de marcharse. El buen humor de su padre le refrescó la memoria. No podía volverse atrás. Tenía clase de ballet a las diez, y almorzaría con Lillian Towele. Después se escaparía.

Los niños se enfrentan a un viaje por mar con un cepillo de dientes y un osito de peluche; para dar la vuelta al mundo ponen en la maleta un par de calcetines desparejados, una caracola y un termómetro; libros y piedras, y plumas de faisán, barritas de chocolate, pelotas de tenis, pañuelos sucios y trozos viejos de cordel les parecen los objetos más necesarios para un viaje, y Amy, aquella tarde, hizo el equipaje con la misma falta de premeditación que todos sus iguales. Volvió tarde a casa después del almuerzo y tuvo que retrasar la huida, pero no le importó. Tomaría uno de los trenes que circulaban a última hora de la tarde; uno de los trenes que utilizaban las cocineras. Su padre estaba jugando al golf y su madre había salido. Una asistenta limpiaba el cuarto de estar. Cuando Amy terminó de hacer el equipaje, fue al dormitorio de sus padres y tiró de la cadena del cuarto de baño. Mientras corría el agua cogió un billete de veinte dólares del tocador de su madre. Luego bajó la escalera, salió de la casa y fue andando por Blenhollo Circle y Alewives Lane hasta llegar a la estación. No se sentía pesarosa ni con ganas de decir adiós a nadie. Repasó los nombres de las amigas que tenía en Nueva York, por si acaso decidiera no pasar la noche en un museo. Cuando abrió la puerta de la sala de espera, el señor Flanagan, el jefe de estación, hurgaba en el fuego de carbón de la chimenea.

—Quiero un billete para Nueva York —dijo Amy.

—¿Un solo trayecto o ida y vuelta?

—De ida sólo, por favor.

El señor Flanagan entró en el despacho de billetes y alzó el cristal de la ventanilla.

—Mucho me temo que no tengo medios billetes, Amy —dijo—. Te lo extenderé por escrito.

—No importa —respondió ella. Dejó el billete de veinte dólares sobre el mostrador.

—Para darte la vuelta, tengo que cruzar al otro lado —dijo el señor Flanagan—. Está llegando el tren de las cuatro y treinta y dos, pero podrás coger el de las cinco y diez.

Amy no protestó, y fue a sentarse junto a su maleta de cartón, que tenía impresos nombres de ciudades y de hoteles europeos. Después de dar salida al tren de las cuatro y treinta y dos, el señor

Flanagan cerró la ventanilla, cruzó por el puente para peatones al otro andén y telefoneó a los Lawton. El padre de Amy acababa de llegar del campo de golf y se estaba preparando un cóctel.

—Creo que su hija tiene intención de hacer un viaje —le comunicó el señor Flanagan.

Había oscurecido ya cuando el señor Lawton llegó a la estación. Vio a su hija a través de una ventana. La niña sentada en el banco, los sugestivos nombres en su maleta de cartón lo conmovieron como Amy sólo era capaz de conmovirlo cuando le parecía desvalida o estaba muy enferma. El señor Lawton sintió un escalofrío. Se estremeció de nostalgia, sintió que se le ponía la carne de gallina como cuando, al volver en coche a casa tarde y solo, la luz de los faros iluminaba súbitamente una lluvia de hojas arrastradas por el viento, liberándolo por un segundo de los símbolos más prosaicos de su vida: las camisas sin botones, los comprobantes y los movimientos bancarios, las hojas de pedido y las copas vacías. Dio la impresión de quedarse escuchando..., Dios sabe qué. Ordenes, un redoble de tambores, el crepitar de las hogueras, la música de un carillón —qué agradable su sonido en el aire de los Alpes— que canta en una taberna del desfiladero, los graznidos de los gansos silvestres; le pareció notar el olor salobre de las iglesias de Venecia. Luego, como le sucedía con las hojas arrastradas por el viento, la capacidad perturbadora de la silueta de su hija desapareció; dejó de tener la carne de gallina. Ya era otra vez él mismo. ¿Por qué quería escaparse Amy? Los viajes —y nadie lo sabía mejor que un hombre que se pasaba en la carretera tres días de cada quince— eran un mundo de cabinas de avión donde hacía demasiado calor y de revistas monótonas, donde hasta el café, donde incluso el champán sabía a plástico. ¿Cómo podría enseñarle a su hija que el hogar, el dulce hogar, era el mejor de todos los sitios posibles?

¡Adiós, juventud! ¡Adiós, belleza!

Al final de casi todas las largas y multitudinarias fiestas de los sábados por la noche en el barrio residencial de Shady Hill, cuando prácticamente todos los que iban a jugar al golf o al tenis a la mañana siguiente se habían marchado ya a sus casas y los diez o doce supervivientes parecían incapaces de poner término a la velada a pesar de que la ginebra y el whisky se estuviesen acabando, y aquí y allá las mujeres que aguantaban por acompañar a sus maridos hubiesen empezado a beber leche; cuando todo el mundo había perdido por completo la noción del tiempo, y los canguros que aguardaban en sus distintos hogares a aquellos recalcitrantes se habían tumbado hacía ya mucho en el sofá y dormían a pierna suelta, soñando con ganar concursos de cocina, con viajes transoceánicos y aventuras románticas; cuando el borracho belicoso, el aficionado a los dados, el pianista y la mujer enfrentada con la extinción de sus esperanzas habían hecho ya sus manifestaciones públicas; cuando todas las propuestas —desayunar en casa de los Farquarson, ir a nadar, despertar a los Townsend, hacer esto o lo de más allá— morían nada más sugerirlas, llegaba el momento de que Trace Bearden empezara a meterse con Cash Bentley porque se hacía viejo y se le estaba cayendo el pelo. Aquel ataque era el paso previo para cambiar de sitio muebles del cuarto de estar. Trace y Cash levantaban las mesas y las sillas, los sofás y la pantalla de la chimenea, el cajón de la leña y el taburete para poner los pies, y cuando terminaban, nadie hubiese reconocido la habitación. Luego, si el anfitrión tenía un revólver, se le pedía que fuera a buscarlo.

Cash se quitaba los zapatos y se agazapaba detrás de un sofá. Trace disparaba el arma por una ventana abierta, y si uno era nuevo en la zona y no había entendido el significado de los preparativos, no tardaba en darse cuenta de que estaba presenciando una carrera de obstáculos. Cash saltaba sobre el sofá, sobre las mesas, sobre la pantalla de la chimenea y el cajón de la leña. No era exactamente una carrera, puesto que Cash carecía de rivales, pero resultaba extraordinario ver a aquel hombre de cuarenta años superar todos aquellos obstáculos con tanta elegancia. No había un solo mueble en todo Shady Hill que Cash no pudiera saltar sin esfuerzo. La carrera terminaba con vítores, y aquello marcaba el final de la fiesta.

Cash era, naturalmente, una vieja gloria del atletismo, pero nunca se ponía pesado acerca de su brillante historial. La universidad donde pasó sus años juveniles le había ofrecido un empleo remunerado en el consejo de antiguos alumnos, pero él no aceptó, pues se dio cuenta de que aquella parte de su vida había terminado. Cash y su mujer, Louise, tenían dos hijos, y vivían en Alewives Lane en una especie de rancho no demasiado caro. Pertenecían al club de campo aunque no podían permitírselo, pero en el caso de los Bentley, nadie lo mencionaba nunca, y Cash era uno de los hombres que gozaba de más simpatías en Shady Hill. Seguía estando delgado —procuraba no descuidarse con el peso—, e iba andando a coger el tren todas las mañanas con unas zancadas vigorosas y elásticas que lo señalaban como atleta. Le clareaba el pelo y había mañanas en las que parecía tener los ojos inyectados en sangre, pero esto apenas suponía un obstáculo para su atractivo de hombre pertinazmente juvenil.

En los negocios, Cash había sufrido muchos reveses y desilusiones, y de ordinario los Bentley pasaban graves dificultades económicas. Siempre pagaban con retraso los impuestos y la hipoteca de

la casa, y el cajón de la mesa del vestíbulo estaba lleno de facturas sin pagar; la situación de los Bentley en el banco se hallaba siempre pendiente de un hilo. Louise resultaba bonita los sábados por la noche, pero lo cierto era que su vida resultaba pesada y monótona. En los bolsillos de sus trajes, abrigos, y vestidos había trozos de papel en los que se leía: «Margarina, espinacas congeladas, kleenex, galletas de perro, carne picada, pimienta, manteca de cerdo...» Por la mañana, cuando sólo estaba despierta a medias, había puesto ya a calentar el agua del café mientras diluía el zumo congelado de naranja. Luego eran los niños los que la necesitaban. Tenía que ponerse a cuatro patas debajo de la cómoda para encontrar un calcetín de Toby. O tumbarse boca abajo y meterse culebreando debajo de la cama (con lo que le entraba polvo por la nariz) en busca de uno de los zapatos de Rachel. Luego estaba la limpieza de la casa, el lavado de la ropa, y preparar las comidas, además de las exigencias de los niños. Nunca parecían faltar zapatos que poner o que quitar, cremalleras de anoraks que cerrar y abrir, traseros que limpiar, lágrimas que secar, y cuando se ponía el sol (Louise lo veía ocultarse a través de la ventana de la cocina), había que darles de cenar, bañarlos, contarles un cuento al acostarse y rezar juntos el padrenuestro. Con las sonoras palabras de la oración dominical en el cuarto a oscuras terminaba la jornada de los niños, pero a Louise Bentley aún le quedaba mucho día por delante. Estaban los zurcidos y los remiendos y algunas cosas que planchar, y después de dieciséis años de tareas domésticas, Louise no parecía capaz de escapar a sus quehaceres ni siquiera mientras dormía. Anoraks, zapatos, baños y artículos de ultramarinos parecían haberle invadido el subconsciente. De vez en cuando hablaba en sueños; tan fuerte que despertaba a su marido. «No me llega el presupuesto para chuletas de ternera», dijo una noche. Después suspiró intranquila y volvió a guardar silencio.

Según los criterios de Shady Hill, los Bentley eran un matrimonio feliz, pero tenían sus altibajos. En ocasiones, Cash se volvía muy susceptible. Cuando regresaba a casa después de un mal día en la oficina y se encontraba con que Louise, por algún motivo perfectamente válido, no había empezado a hacer la cena, se enfadaba mucho.

—¡Por el amor de Dios! —decía, y entraba en la cocina a calentar algún alimento congelado.

Durante aquella penosa experiencia bebía whisky para tranquilizarse, pero nunca parecía lograr su propósito, porque de ordinario quemaba el fondo de una cacerola, y cuando se sentaban a cenar, el sitio donde comían estaba lleno de humo. Ya era sólo cuestión de tiempo que se enzarzaran en una encarnizada pelea. Louise subía corriendo la escalera, se desplomaba sobre la cama y sollozaba. Cash cogía la botella de whisky y se recetaba una buena dosis. Aquellas confrontaciones, a pesar del entusiasmo con que Cash y Louise se lanzaban a ellas, les resultaban muy dolorosas a los dos. Cash dormía en el sofá del cuarto de estar, pero el sueño nunca arreglaba las cosas una vez iniciado el mal, y si se encontraban por la mañana, volvían a pelearse inmediatamente. Luego Cash se marchaba a trabajar y, tan pronto como el autobús recogía a los niños para llevárselos a la guardería, Louise se ponía el abrigo y cruzaba el césped camino de la casa de los Bearden. Se echaba a llorar sobre una taza de café recalentado y le contaba sus problemas a Lucy Bearden. ¿Qué sentido tenía el matrimonio? ¿Significaba algo el amor? Lucy siempre le sugería que se buscara un empleo, porque el trabajo le daría independencia emocional y económica, y eso, decía Lucy, era lo que necesitaba.

La noche de ese día las cosas empeoraban. Cash no aparecía por casa para cenar, pero se presentaba dando tumbos a eso de las once, y el mismo sórdido altercado volvía a producirse, con Louise yendo a acostarse en el dormitorio hecha un mar de lágrimas y Cash tumbándose en el sofá del cuarto de estar. Al cabo de unos cuantos días y noches, Louise decidía que no podía más, y que tenía que irse a pasar una temporada con su hermana casada que vivía en Mamaroneck. Normalmente elegía

un sábado, cuando Cash estaba en casa, para marcharse. Hacía la maleta y sacaba sus cupones de guerra del escritorio. Luego se daba un baño y se ponía la mejor combinación que tenía. Cash, al pasar ante la puerta de la alcoba, la veía. La combinación era transparente, y de pronto Cash era todo arrepentimiento, ternura, delicadeza, sabiduría y amor. «¡Corazón!», gemía él, y cuando bajaban la escalera cosa de una hora después para comer algo, no hacían más que suspirar y ponerse ojos tiernos el uno al otro; eran la pareja más feliz de todo el este de Estados Unidos. Habitualmente era en un momento así cuando Lucy Bearden se presentaba con la buena noticia de que había encontrado un empleo para Louise. Lucy llamaba a la puerta, y Cash, envuelto en un albornoz, salía a abrirle. Después de intercambiar muy pocas palabras con Cash, como es lógico, Lucy se dirigía corriendo al comedor para dar la buena noticia a la pobre Louise.

—Bueno, te agradezco mucho que te hayas tomado la molestia —decía Louise lánguidamente—, pero me parece que ya no quiero tener un empleo. No creo que a Cash le gustara que yo trabajase, ¿verdad, cariño?

Luego miraba a Cash con sus grandes ojos oscuros, y la corriente de deseo resultaba casi palpable. Lucy se ausentaba lo más de prisa que podía de aquella escena de corrupción, pero no lo hacía nunca enfadada, porque llevaba diecinueve años casada, y sabía que toda unión tiene sus altibajos. Tampoco parecía llegar nunca a ninguna conclusión; la siguiente vez que los Bentley se peleaban, Lucy se esforzaba tanto como de costumbre por conseguirle un empleo a Louise. Pero aquellas peleas y reconciliaciones, al igual que la carrera de obstáculos, no parecían perder interés a causa de la repetición.

Un sábado por la noche, durante la primavera, los Farquarson dieron una fiesta de aniversario a los Bentley. Llevaban diecisiete años casados. En la tarde del mismo día, Louise procedió a prepararse poniendo casi el mismo empeño que si se tratara de la colada de los lunes. Descansó durante una hora, reloj en mano, con los pies en alto, la barbilla sujeta con una cinta ancha y los ojos humedecidos con una solución astringente. La mascarilla, la faja demasiado apretada, la depilación, los rizos y el maquillaje que vinieron después iban todos encaminados a lograr un rejuvenecimiento. Sintiendo al final que el éxito no había sido completo, se colocó un velito que le cubriera los ojos; pero era una mujer encantadora, y todos los cosméticos con los que había estado forcejeando parecían, como el velo, extenderse con absoluta transparencia sobre un rostro donde la belleza en toda su madurez y la capacidad para el ingenio y el apasionamiento resultaban imposibles de ocultar. La fiesta de los Farquarson resultó un éxito, y los Bentley lo pasaron muy bien. La única persona que bebió demasiado fue Trace Bearden. Avanzada la fiesta, empezó a pinchar a Cash acerca del poco pelo que le quedaba, y Cash, de muy buen humor, se puso a cambiar los muebles de sitio. Harry Farquarson tenía una pistola, y Trace salió a la terraza para dispararla hacia el cielo. Cash saltó por encima del sofá, por encima de la mesita auxiliar, sobre los brazos del sillón de orejas y sobre la pantalla de la chimenea. Fue un relieve de un arcón lo que lo hizo caer, y Cash se precipitó hacia el suelo como una tonelada de ladrillos.

Louise soltó un grito y corrió hacia donde había quedado tumbado su marido. Tenía un corte en la frente, y alguien improvisó un vendaje para cortar la hemorragia. Al tratar de levantarse, Cash tropezó y cayó de nuevo, y su rostro adquirió un terrible color verde. Harry telefoneó al doctor Parminter, al doctor Hopewell, al doctor Altman, y al doctor Barnstable, pero eran las dos de la mañana y ninguno contestó al teléfono. Finalmente, un tal doctor Yerkes —un perfecto desconocido—

accedió a ir. Yerkes era un hombre joven —no parecía suficientemente viejo para ser médico— y contempló la habitación en desorden y los rostros ansiosos de los presentes como si hubiera algo muy raro en aquella escena. Y, en cuanto a Cash, no pudo empezar con peor pie.

—¿Qué es lo que le pasa, veterano? —preguntó.

Cash tenía una pierna rota. El doctor Yerkes se la entablilló, y Harry y Trace llevaron al herido hasta el coche del médico. Louise los siguió en su propio coche hasta el hospital, donde ingresaron a su marido en una de las salas. El médico le suministró un calmante, y Louise le dio un beso e inició la vuelta a casa cuando amanecía ya.

Cash permaneció dos semanas en el hospital, y cuando volvió a su hogar caminaba con una muleta y tenía la pierna escayolada. Tuvieron que pasar otros diez días antes de que pudiera ir cojeando a la estación para tomar el tren matutino.

—Ya no podré hacer más la carrera de obstáculos, cariño —le dijo a Louise, lleno de tristeza.

Su mujer le respondió que no tenía importancia, pero aunque a ella le diese igual, a Cash sí que le importaba. Había perdido peso en el hospital. Estaba muy decaído y parecía descontento. No entendía lo sucedido. Él, o todo lo que lo rodeaba, daba la impresión de haber cambiado imperceptiblemente para empeorar. Incluso sus sentidos parecían empeñados en echar a perder el mundo inocente del que había disfrutado durante muchos años. Una noche entró tarde en la cocina para prepararse un sandwich, y cuando abrió el frigorífico notó un olor desagradable. Tiró la carne estropeada al cubo de la basura, pero se le quedó pegado el olor a las ventanas de la nariz. Pocos días después, se hallaba en el desván, buscando su camiseta de la universidad. El cuarto no tenía ventanas y la linterna daba muy poca luz. Arrodillado en el suelo para abrir un baúl, rompió una telaraña con los labios. El tenue entramado le cubrió la boca como si se tratara de una mano. Se la limpió molesto, pero tuvo la sensación de que le habían puesto una mordaza. Unas cuantas noches después, en Nueva York, andando por una bocacalle mientras llovía, vio a una puta vieja en un portal. Estaba tan sucia y era tan fea que parecía una caricatura de la muerte, pero antes de que pudiera examinarla con detenimiento — en el momento en que sus ojos recibieron la primera impresión de su figura encorvada—, se le hincharon los labios, su respiración se aceleró, y Cash experimentó todos los otros síntomas de la excitación erótica. Pocos días más tarde, cuando leía la revista *Time* en el cuarto de estar, advirtió que las rosas marchitas que Louise había traído del jardín olían más a tierra que a ninguna otra cosa. Era un olor a podrido, y muy intenso. Tiró las rosas en una papelera, pero no logró evitar que le recordaran la carne estropeada, la prostituta y la tela de araña.

Cash había empezado a asistir de nuevo a fiestas, pero sin la carrera de obstáculos las reuniones de sus amigos y vecinos le resultaban interminables y carentes de todo interés. Oía sus chistes verdes con una irritación que le costaba mucho trabajo ocultar. Incluso sus semblantes lo deprimían, y, hundido en un sillón, examinaba con detenimiento su cutis y sus dientes, como si él fuera un hombre mucho más joven.

El peso de su irritabilidad caía sobre Louise, quien tenía la impresión de que su marido, al perder la carrera de obstáculos, había perdido la clave de su equilibrio. Se mostraba antipático con sus amigos cuando aparecían por la casa a tomar una copa. También se mostraba descortés y lleno de

melancolía si Louise y él salían por la noche. Cuando su mujer preguntaba qué le sucedía, él se limitaba a murmurar: «Nada, nada, nada», y a servirse un poco de bourbon. Transcurrieron mayo y junio, y luego la primera mitad de julio sin que Cash mejorara en absoluto.

Después llega una noche de verano, una hermosa noche de verano. Los pasajeros del tren de las ocho y quince ven Shady Hill —si es que se fijan— bañado por una tranquila luz dorada. La espesa vegetación ahoga el ruido del tren, y las alargadas ventanillas parecen una hilera de grandes peceras iluminadas antes de perderse de vista instantes después. En lo alto de la colina, las señoras se dicen unas a otras: «¡Fíjate cómo huele la hierba! ¡Y los árboles!» Los Farquarson dan otra fiesta, Harry ha colgado un cartel en la rosaleda, BARRANCO DEL WHISKY, y se ha puesto un gorro de cocinero y un delantal. Sus invitados todavía están bebiendo cócteles, y el humo del fuego para asar la carne se alza, en esta noche sin viento, directamente hacia los árboles.

En el club, el primer baile de etiqueta para la gente joven empieza a eso de las nueve. En Alewives Lane, los aspersores siguen girando después del crepúsculo. El aire parece tan fragante como oscuro —es un delicioso elemento para avanzar a través de él—, y la mayoría de las ventanas están abiertas. Al pasar por delante de su casa, se puede ver al señor y la señora Bearden mirando la televisión. Joe Lockwood, el joven abogado que vive en la esquina, ensaya su discurso al jurado delante de su mujer.

—Trato de mostrarles —dice— que un hombre recto, un hombre cuya reputación por su honestidad e integridad... —Mueve los brazos mientras habla. Su mujer hace punto.

La señora Carver —la suegra de Harry Farquarson— mira al cielo y pregunta:

—¿De dónde han salido todas las estrellas?

Es una vieja un poco tonta, pero tiene razón: las estrellas de la noche anterior parecen haber atraído a una nueva formación de galaxias, y el cielo nocturno no resulta oscuro en absoluto, excepto donde hay una rasgadura en la membrana luminosa. En las parcelas aún sin vender junto a la vía del tren canta un tordo.

Los Bentley están en casa. El pobre Cash se ha mostrado últimamente tan antipático y melancólico que los Farquarson no lo han invitado a la fiesta. Permanece sentado en el sofá junto a Louise, que pone gomas nuevas a la ropa interior de los niños. A través de la ventana abierta llegan los agradables ruidos de la noche de verano. En el jardín de los Rogers, detrás del de los Bentley, hay otra fiesta. La música de baile se derrama colina abajo. La orquesta es muy pobre —saxofón, batería y piano—, y todas las piezas son de hace veinte años. Tocan *Valencia*, y Cash mira tiernamente a Louise, pero esta noche su mujer presenta una figura descorazonadora. La luz de la lámpara destaca sus cabellos grises. Su delantal está manchado. Su cara parece pálida y ojerosa. De pronto, Cash empieza a marcar frenéticamente el ritmo de la música con los pies. Canta unas sílabas ininteligibles —«Jabajabajajajaba»— para acompañar al lejano saxofón. Luego suspira y se dirige a la cocina.

Allí, en la oscuridad, sigue presente un débil olor rancio a comida. Desde la ventana de la cocina, Cash ve las luces y las figuras de la fiesta de los Rogers. Es un guateque para gente joven. La hija de la familia ha invitado a algunos amigos a cenar antes de la fiesta, y parece que se están yendo

ahora. Hay automóviles que se ponen en marcha.

—Voy llena de manchas de hierba —se lamenta una chica.

—Espero que el viejo se haya acordado de comprar gasolina —dice un muchacho, y su acompañante se echa a reír.

No tienen otra cosa en la cabeza que las fugaces noches de verano. Los impuestos y las gomas de la ropa interior —todas las desagradables realidades de la vida que amenazan con cortar la respiración a Cash— no han tocado ni a una sola de las figuras del jardín vecino. Luego los celos se apoderan de él: unos celos tan salvajes y tan amargos que se siente enfermo.

No entiende lo que lo separa de esos chicos que están en el jardín de al lado. También él ha sido joven. Y héroe. Lo han adorado, ha sido feliz y se ha sentido lleno de energía, y ahora se encuentra inmóvil en una cocina a oscuras, privado de sus proezas atléticas, de su impetuosidad, de su buena presencia: de todo lo que significa algo para él. Siente que las figuras del jardín cercano son los espectros de alguna fiesta del pasado a la que están ligados todos sus gustos y deseos, y de la que se ha visto cruelmente apartado. Se siente como un fantasma en la noche veraniega, enfermo de añoranza. Luego oye voces en la parte delantera de la casa. Louise enciende la luz de la cocina.

—Ah, estás aquí —dice su mujer—. Los Bearden han pasado un momento a vernos. Creo que les gustaría tomar una copa.

Cash volvió a la sala de estar para recibir a los Bearden, que querían acercarse al club, para bailar por lo menos una vez. En seguida se dieron cuenta de que Cash estaba muy inquieto, e insistieron en que los Bentley fueran con ellos. Louise localizó a alguien para que se quedara con los niños y ellos dos subieron a cambiarse.

Cuando llegaron al club encontraron a unos pocos amigos de su edad reunidos en el bar, pero Cash no se quedó allí. Parecía intranquilo, y quizá borracho. Tropezó con una mesa al cruzar el salón camino de la pista de baile. Sustituyó a la pareja de una chica muy joven. La abrazó con demasiada vehemencia y se lanzó a dar unos pasos de baile completamente anticuados. La muchacha hizo claras señas a un chico del grupo de hombres solos solicitando auxilio, y Cash se vio a su vez rápidamente sustituido. Se alejó muy enfadado de la pista de baile camino de la terraza. Algunas parejas de jóvenes que estaban abrazados se separaron al abrir él la puerta de tela metálica. Cash se dirigió hacia el fondo de la terraza, donde esperaba encontrarse solo, pero también sorprendió a otra joven pareja, que se levantó del césped, donde al parecer habían estado tumbados, y se alejaron hacia la piscina a oscuras.

Louise se quedó en el bar con los Bearden.

—El pobre Cash está algo achispado —explicó. Y luego—: Por la tarde me dijo que iba a pintar las contraventanas. Después mezcló la pintura, lavó las brochas, se puso un mono viejo y bajó al sótano. A eso de las cinco lo llamaron por teléfono, y cuando fui a decírselo, ¿sabéis qué hacía? Estaba allí, sentado a oscuras, con la coctelera. No había tocado las contraventanas. No hacía más que permanecer allí sentado a oscuras, bebiendo martinis.

—Pobre Cash —lamentó Trace.

—Tendrías que buscarte un empleo —le dijo Lucy—. Eso te daría independencia emocional y económica. —Mientras hablaba, todos oyeron el ruido que hacía alguien cambiando los muebles de sitio en el salón.

—¡Cielo santo! —exclamó Louise—. Quiere hacer la carrera de obstáculos. ¡Detenlo, Trace, detenlo! Se hará daño. ¡Se matará!

Todos se dirigieron hacia la puerta del salón. Louise volvió a pedirle a Trace que interviniera, pero notó en el rostro de su marido que sería inútil hacerle objeciones. Unas cuantas parejas abandonaron la pista de baile y se quedaron contemplando los preparativos. Trace no intentó detener a Cash: lo ayudó. Como no había pistola, golpeó entre sí un par de libros para dar la salida.

Cash voló por encima del sofá, de la mesa de café, del velador, de la pantalla de la chimenea y del puf. Parecía haber recobrado toda su antigua elegancia y toda su fuerza. Superó también el gran sofá situado al fondo de la habitación, y en lugar de pararse allí, se dio la vuelta y empezó otra vez la carrera. Tenía el rostro contraído y la boca abierta. Se le marcaban terriblemente los tendones del cuello. Pasó por encima del puf, de la pantalla de la chimenea, del velador y de la mesa de café. La gente contuvo la respiración mientras se acercaba al último sofá, pero también lo superó y cayó de pie al otro lado. Se oyeron algunos aplausos. Luego Cash dejó escapar un gemido y se derrumbó. Louise corrió a su lado. Tenía la ropa empapada en sudor y respiraba entrecortadamente. Su mujer se arrodilló, puso la cabeza de Cash en su regazo y le acarició los escasos cabellos.

Cash tenía una resaca terrible el domingo, y Louise lo dejó dormir hasta casi la hora de salir para los servicios religiosos. Toda la familia se presentó junto a la iglesia de Cristo a las once, como hacían siempre. Cash cantó, rezó y se puso de rodillas, pero lo único que sentía en la iglesia era que se hallaba fuera del reino de la infinita misericordia de Dios, y, a decir verdad, no creía ya en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo más de lo que cree mi bullterrier. A la una volvieron a casa para comerse la carne demasiado hecha y las pétreas patatas que componían habitualmente su almuerzo dominical. A eso de las cinco llamaron los Parmiter y los invitaron a tomar una copa. Louise dijo que no, y Cash acudió solo. (¡Ah, esas noches de domingo en los barrios residenciales, esas melancolías de domingo por la noche! ¡Esos huéspedes del fin de semana a punto de irse, esos cócteles que ya no saben a nada, esas flores medio muertas, esos viajes a Harmon para coger el Century, esos análisis a posteriori y esas cenas a base de sobras!) Hacía bochorno y el cielo estaba cubierto. Empezaban los días de mucho calor. Cash bebió ginebra con los Parminter durante una hora o dos, y luego fue a tomarse una copa con los Townsend. Los Farquarson llamaron a los Townsend y les pidieron que fueran a su casa y llevaran a Cash con ellos, y allí bebieron algunas copas más y comieron las sobras de la fiesta. Los Farquarson se alegraron de ver que Cash parecía otra vez el mismo de siempre. Eran las diez y media o las once cuando volvió a casa. Louise estaba en el piso de arriba, recortando del último número de *Life* las escenas de pandemónium, desastre y muerte violenta que, en su opinión, podían corromper a sus hijos. Era una costumbre suya. Cash subió a hablar con ella y luego bajó de nuevo. Al cabo de un rato, Louise lo oyó cambiar de sitio los muebles del cuarto de estar. Luego la llamó, y al bajar ella se lo encontró al pie de la escalera, descalzo, y ofreciéndole la pistola. Louise no había disparado nunca, y las instrucciones que le dio su marido no sirvieron de mucho.

—Date prisa —dijo él—. No voy a pasarme toda la noche esperando.

Había olvidado mencionar que el revólver tenía el seguro puesto, y cuando ella apretó el gatillo no pasó nada.

—Es esa palanquita —indicó él—. Aprieta esa palanquita. —Luego, llevado por la impaciencia, saltó de todas formas por encima del sofá.

La pistola se disparó, y Louise lo alcanzó en el aire. Cash murió en el acto.

El día que el cerdo se cayó al pozo

Durante el verano, cuando la familia Nudd se reunía en Whitebeach Camp, en los montes Adirondack, siempre había una noche en que uno de ellos preguntaba:

—¿Os acordáis del día que el cerdo se cayó al pozo?

Luego, como si hubiera sonado la primera nota de un sexteto, todos los demás se apresuraban a representar sus papeles de siempre, como esas familias que cantan las operetas de Gilbert y Sullivan, y el recital se prolongaba por espacio de una hora o más. Los días perfectos —y había habido cientos de ellos— parecían haberse incorporado a sus conciencias sin dejar recuerdos, y volvían a aquella crónica de pequeños desastres como si fuera la génesis del verano.

El famoso cerdo había pertenecido a Randy Nudd. Lo ganó en la feria de Lanchester, y lo llevó a casa; tenía intención de hacerle una pocilga, pero Pamela Blaisdell lo telefoneó, y Randy metió al cerdo en el cobertizo de las herramientas y se fue a casa de los Blaisdell en el viejo Cadillac. Russell Young estaba jugando al tenis con Esther Nudd. La cocinera de aquel año era una irlandesa llamada Nora Quinn. La hermana de la señora Nudd, tía Martha, se había ido al pueblo de Macabit a recoger unos esquejes en casa de una amiga, y el señor Nudd planeaba ir con la lancha hasta Polett's Landing y traerla de vuelta a casa después del almuerzo. Se esperaba a una tal señorita Coolidge para la cena y para pasar el fin de semana. La señora Nudd la había conocido treinta años antes, cuando las dos estudiaban en Suiza. La señorita Coolidge había escrito a la señora Nudd diciéndole que estaba en casa de unos amigos en Glens Falls y, ¿podría hacer una visita a su antigua condiscípula? La señora Nudd apenas se acordaba de ella, y no tenía ningún interés en verla, pero le contestó pidiéndole que fuera a pasar el fin de semana con ellos. Aunque estaban a mediados de julio, desde el amanecer, violentas ráfagas de viento del noroeste habían estado trastornando todas las actividades de la casa y rugiendo entre los árboles como si se tratara de una tormenta. Cuando uno se libraba del viento, si es que podía, hacía calor al sol.

En los acontecimientos del día que el cerdo se cayó al pozo, uno de los protagonistas no era miembro de la familia: Russell Young. El padre de Russell era el dueño de la ferretería de Macabit, y los Young, una familia local muy respetada. La señora Young trabajaba de asistenta un mes todas las primaveras, limpiando las casas para el verano, pero su posición no era la de criada. Russell conoció a los Nudd por los hijos de la casa, Hartley y Randall, y desde muy joven empezó a pasar mucho tiempo en su finca. Era uno o dos años mayor que los chicos Nudd, y, en cierta manera, la señora Nudd le confiaba el cuidado de sus hijos. Russell tenía la misma edad que Esther Nudd y era un año más joven que Joan. Al comienzo de su amistad, Esther era una chica muy gorda. Joan era bonita y se pasaba la mayor parte del tiempo delante del espejo. Esther y Joan adoraban a Randy y le daban dinero de su asignación para que comprara pintura para su bote, pero aparte de eso no había mucha relación entre ambos sexos. Hartley Nudd tenía muy mala opinión de sus hermanas.

—Ayer vi a Esther desnuda en la caseta de la playa —le decía a cualquiera—; tiene unos michelines alrededor del estómago más grandes que yo qué sé. No he visto nunca una cosa tan

horrible. Y Joan es sucia. Tendrías que ver su cuarto. No entiendo que alguien quiera llevar a un baile a una persona así de sucia.

Pero, en su recuerdo favorito, tenían algunos años más. Russell había terminado el bachillerato en el instituto local y se había marchado a la Universidad de Albany, y durante el verano de su primer año trabajó para los Nudd, echando una mano en lo que hiciera falta. El hecho de que se le pagara un sueldo no cambió su relación con la familia, y continuó siendo amigo de Randall y de Hartley. En cierta manera, el carácter y los orígenes de Russell parecían ser los dominantes, y los hijos de la familia Nudd regresaban a Nueva York imitando su acento norteamericano. Por otra parte, Russell iba con ellos a todas las excursiones a Hewitt's Point, los acompañaba a escalar montañas y a pescar, y también a los bailes al estilo campesino en el ayuntamiento, y al hacer todas estas cosas aprendió de los Nudd una interpretación de los meses de verano que no hubiese conocido en su calidad de nativo. A Russell aquella influencia tan inocente y placentera no le inspiraba el menor recelo, y recorría con los Nudd las carreteras de montaña en el viejo Cadillac, compartiendo con ellos el sentimiento de que los luminosos días de julio y agosto proporcionaban algo muy especial a la mente y la carrera de todos. Si los Nudd nunca mencionaban las diferencias entre la posición social de Russell y la suya, era porque las barreras que estaban perfectamente capacitados para ver habían sido retiradas durante los meses de verano; porque la zona en la que vivían, con el cielo derramando luminosidad sobre las montañas y el lago, daba la impresión de ser un paraíso momentáneo donde los fuertes y los débiles, los ricos y los pobres, convivían apaciblemente.

El verano en que el cerdo se cayó al pozo fue también el verano en que Esther se dedicó a jugar al tenis y adelgazó mucho. Esther estaba muy gorda cuando entró en la universidad, pero durante el primer año había empezado la ardua tarea —en su caso, coronada por el éxito— de conseguir una nueva apariencia y una nueva personalidad. Seguía una dieta muy estricta, y jugaba de doce a catorce sets todos los días, y su actitud casta, atlética e intensa nunca se modificaba. Russell fue su contrincante en el tenis aquel verano. La señora Nudd había vuelto a ofrecerle un empleo, pero él prefirió trabajar para un granjero, repartiendo la leche que producían sus vacas. Los Nudd supusieron que quería ser independiente, y eso les pareció comprensible, porque todos ellos deseaban lo mejor para Russell. El hecho de que hubiera terminado su segundo año de universidad en la lista de honor del decano era un motivo de orgullo para toda la familia. Como pudo verse después, el empleo con el granjero no cambió nada las cosas. Russell terminaba de repartir la leche a las diez de la mañana, y se pasó la mayor parte del verano jugando al tenis con Esther. Y también se quedó a cenar con frecuencia.

Esther y Russell se encontraban jugando al tenis aquella tarde cuando Nora se acercó corriendo por el jardín y les dijo que el cerdo se había escapado del almacén de las herramientas y que después se había caído al pozo. Alguien había dejado abierta la puerta del cobertizo donde estaba el pozo. Russell y Esther fueron allí y encontraron al animal nadando en dos metros de agua. Russell hizo un nudo corredizo con una cuerda de tender la ropa e intentó pescar al cerdo. En aquel momento, la señora Nudd estaba esperando a que llegara la señorita Coolidge, y el señor Nudd y tía Martha volvían en la lancha de Polett's Landing. Había un oleaje muy fuerte en el lago y el bote se balanceaba mucho; un poco de sedimento se salió del depósito de gasolina y obturó el tubo de alimentación. El viento arrastró la lancha estropeada hacia Gull Rock y acabó haciéndole un agujero en la proa. El señor Nudd y tía Martha se pusieron los chalecos salvavidas y recorrieron a nado los veinte metros, aproximadamente, que los separaban de la orilla.

La intervención del señor Nudd en el relato era muy sobria (tía Martha había muerto), y no decía nada hasta que le preguntaban.

—¿Es cierto que tía Martha se puso a rezar? —preguntaba Joan, y él se aclaraba la garganta para decir (el señor Nudd hablaba de una manera extraordinariamente seca y precisa):

—Efectivamente, Joany: rezó el padrenuestro. Hasta entonces nunca había sido una mujer demasiado religiosa, pero estoy seguro de que ese día se la oía rezar desde la orilla.

—¿Es cierto que tía Martha llevaba corsé? —preguntaba Joan.

—Bueno, yo diría que sí, Joany —contestaba el señor Nudd—. Cuando ella y yo llegamos al porche donde tu madre y la señorita Coolidge tomaban el té, nuestra ropa seguía chorreando, y tía Martha llevaba encima muy pocas prendas que no pudieran verse.

El señor Nudd había heredado de su padre un negocio de lana, y siempre llevaba un traje completo de ese mismo material, como si estuviera haciendo publicidad de su empresa. El año que el cerdo se cayó al pozo, el señor Nudd permaneció todo el verano en el campo; no porque su negocio funcionara solo, sino porque se había peleado con sus socios.

—No tiene sentido que vuelva ahora a Nueva York —repetía—. Me quedaré aquí hasta septiembre y les daré a esos hijos de perra libertad suficiente para que se ahorquen con su propia soga. —La codicia de sus socios desalentaba al señor Nudd—. La verdad es que Charlie Richmond carece de principios —le decía a la señora Nudd indignado y, al mismo tiempo, con resignación, como si no esperara que su mujer entendiera de negocios, o como si el impacto de la codicia fuese indescriptible—. No tiene el menor sentido ético —continuaba—; carece de moral y de educación, no tiene principios, sólo piensa en hacer dinero.

La señora Nudd parecía entender. Su opinión era que personas como aquéllas terminaban suicidándose. Ella había conocido a un hombre así, que trabajaba día y noche para hacer dinero. Arruinó a sus socios, traicionó a sus amigos y rompió el corazón de su dulce mujercita y de sus adorables hijos, y luego, después de acumular millones y millones de dólares, fue a su despacho un domingo por la tarde y se tiró por la ventana.

El papel de Hartley en la historia giraba alrededor de un lucio muy grande que pescó aquel día, y Randy no hacía su aparición en el relato casi hasta el final. A Randy lo habían expulsado de la universidad aquella primavera. Asistió con seis amigos a una conferencia sobre socialismo, y uno de ellos le tiró un pomelo al conferenciante. Randy y los demás se negaron a decir quién había sido el culpable, y los expulsaron a todos. Sus padres se disgustaron mucho con el incidente, pero por otra parte estaban orgullosos de cómo se había comportado Randy. Esta experiencia hizo, en definitiva, que Randy tuviera la sensación de ser una celebridad y sirvió para aumentar su ya considerable amor propio. El hecho de que lo hubieran expulsado de la universidad, y de que fuese a trabajar a Boston cuando llegara el otoño, lo hacía sentirse superior a los demás.

La historia no empezó a adquirir peso hasta un año después del incidente con el cerdo, y ya en aquel corto espacio de tiempo se produjeron alteraciones en su estructura. El papel de Esther cambió en favor de Russell. Esther interrumpía a los demás para cantar las alabanzas de Russell.

—¡Qué bien lo hiciste, Russell! ¿Cómo demonios aprendiste a hacer un nudo corredizo? Si no hubiera sido por ti, apuesto cualquier cosa a que el cerdo todavía seguiría en el pozo.

El año anterior, Esther y Russell se habían besado unas cuantas veces, y decidieron que aunque se enamoraran nunca se casarían. Él no saldría de Macabit. Ella no podía vivir allí. Habían llegado a aquella conclusión durante el verano que Esther se dedicó al tenis, cuando sus besos, como todos los demás, estaban llenos de seriedad y eran muy castos. Al verano siguiente, Esther parecía tan deseosa de perder la virginidad como lo había estado anteriormente de adelgazar. Algo sucedido aquel invierno —Russell nunca supo qué— la había hecho avergonzarse de su inexperiencia.

Esther hablaba sobre sexo cuando estaban solos. Russell pensaba que la castidad de su amiga era de gran valor, y fue él quien necesitó de una cierta tarea de persuasión, pero luego perdió la cabeza muy de prisa y subió al cuarto de Esther por la escalera de atrás. Después de convertirse en amantes, siguieron hablando de que nunca podrían casarse, pero la provisionalidad de sus relaciones parecía no tener importancia, como si aquello, al igual que todo lo demás, quedara ennoblecido por la inocente y transitoria temporada de verano. Esther sólo se mostraba dispuesta a hacer el amor en su propia cama, pero como su habitación estaba en la parte trasera de la casa y podía llegar a ella por la escalera de la cocina, Russell nunca tuvo la menor dificultad para subir hasta allí sin ser visto. Como todos los demás cuartos de la casa, el de Esther se hallaba sin terminar. Las tablas de pino, oscurecidas por el paso del tiempo, despedían un olor agradable, una reproducción de Degas y una fotografía de Zermatt estaban clavadas con chinchetas en las paredes, el colchón tenía bultos, y, en aquellas noches de verano, con los insectos de junio estrellándose contra las ventanas de tela metálica, con el calor del día aún apesado en las maderas de la vieja casa, con el seco perfume del cabello castaño de Esther, con su inocencia y su esbeltez entre los brazos, Russell sintió que aquella felicidad era inestimable.

Pensaron que todo el mundo lo descubriría, y que estaban perdidos. Esther no se arrepentía de lo que había hecho, pero no sabía cómo acabaría. Esperaron a que surgieran los problemas, y cuando nada sucedió, se quedaron perplejos. Luego, una noche, ella decidió que todo el mundo debía saberlo, pero todo el mundo lo comprendió. La idea de que sus padres eran en el fondo lo suficientemente jóvenes para entender aquella pasión tan inocente y natural hizo llorar a Esther.

—¿No es cierto que son unas personas maravillosas, cariño? —le preguntó a Russell—. ¿Has conocido alguna vez a personas tan maravillosas? Me refiero a que, como los educaron de una manera tan *estricta*, y todos sus amigos son tan *estirados*, ¿no es maravilloso que *comprendan*?

Russell estuvo de acuerdo. Su respeto por los Nudd aumentó al pensar que eran capaces de prescindir de las convicciones ante algo mucho más grande. Pero los dos se equivocaban, por supuesto. Nadie les habló de sus encuentros nocturnos porque nadie estaba enterado. Al señor y a la señora Nudd no se les ocurrió nunca que una cosa así pudiera estar sucediendo.

El otoño anterior Joan se había casado de repente y se había ido a vivir a Minneapolis. El matrimonio no duró. En abril, Joan estaba en Reno, y consiguió el divorcio a tiempo de volver a

Whitebeach para pasar el verano. Seguía siendo una chica guapa, de cara alargada y cabellos rubios. Nadie había pensado que fuese a volver, y los objetos de su cuarto se desperdigaron por toda la casa. Ella insistía en localizar sus cuadros y sus libros, sus alfombras y sus sillas. Cuando se reunía con los otros en el porche después de cenar, siempre hacía muchas preguntas: «¿Tiene alguien una cerilla?»; «¿Hay un cenicero por ahí?»; «¿Queda café?»; «¿Vamos a beber algo?»; «¿Hay una almohada sobrante en algún sitio?». Hartley era el único que contestaba con amabilidad a sus preguntas.

Randy y su mujer pasaron allí dos semanas. Randy seguía sacándoles dinero a sus hermanas. Pamela era una chica delgada y morena que no se entendía en absoluto con la señora Nudd. Se había criado en Chicago, y la señora Nudd, que había vivido siempre en el este, pensaba a veces que quizá eso explicara sus diferencias.

—Quiero la *verdad*—le decía con frecuencia Pamela a la señora Nudd, como si tuviera la sospecha de que su suegra mentía—. ¿Crees que me sienta bien el rosa? —preguntaba—. Quiero que me digas la *verdad*.

No le parecía bien la manera que tenía la señora Nudd de administrar Whitebeach Camp, y en una ocasión trató de hacer algo para evitar el desperdicio que veía por todas partes. Detrás del jardín de la señora Nudd había un campo de grosellas que los mozos abonaban y podaban todos los años, aunque a los Nudd no les gustaban las grosellas y nunca las recogían. Una mañana apareció un camión por el camino de grava y cuatro desconocidos se metieron en el campo de las grosellas. La criada se lo dijo a la señora Nudd, y ya estaba a punto de pedirle a Randy que echara a aquellos extraños cuando llegó Pamela y lo explicó todo.

—Las grosellas se están pudriendo —dijo—, así que le dije al encargado de la tienda de ultramarinos que podían recogerlas si nos las pagaban a quince centavos el kilo. No me gusta nada que se desperdicien las cosas...

Este incidente inquietó a la señora Nudd y a todos los demás, aunque no hubieran sido capaces de decir por qué.

Pero en el fondo aquel verano fue como todos los demás. Russell y «los chicos» fueron a Sherill's Falls, donde el agua tiene color de oro; escalaron el monte Macabit, y fueron a pescar a Bates's Pond. Como estas excursiones se hacían una vez al año, habían empezado a parecer ritos. Después de cenar, la familia se reunía en el porche abierto. A menudo había nubes de color rosa en el cielo.

—Acabo de ver a la cocinera tirar un plato de coliflor —le decía Pamela a la señora Nudd—. No me corresponde a mí reñirla, pero me molesta mucho ver que se desperdician las cosas. ¿A ti no te pasa lo mismo?

O Joan preguntaba:

—¿Ha visto alguien mi suéter amarillo? Estoy segura de que lo dejé en la caseta de la playa, pero acabo de ir allí y no lo encuentro. ¿Lo ha traído alguien a casa? Es el segundo suéter que pierdo este año.

Luego, durante algún tiempo, nadie decía nada, como si todos hubieran quedado libres por

aquella noche de las rígidas leyes de la conversación, y cuando volvían a hablar, seguía siendo sobre menudencias: comentaban las mejores maneras de calafatear un bote, o si los autobuses son más cómodos que los tranvías, o cuáles son los caminos más cortos para llegar en coche hasta Canadá. La oscuridad se apoderaba del aire tibio y resultaba tan espesa como el lodo. Luego alguien, hablando del cielo, le recordaba a la señora Nudd lo rojo que estaba la noche en que el cerdo se cayó al pozo.

—Tú estabas jugando al tenis con Esther, ¿no es cierto, Russell? Fue el verano que Esther se dedicó al tenis. ¿No ganaste el cerdo en la feria de Lanchester, Randy? ¿En uno de esos sitios donde hay que tirar pelotas de béisbol contra un blanco? Siempre has sido muy buen atleta.

El cerdo, todos lo sabían, había sido el premio de una rifa, pero nadie corregía a la señora Nudd por su pequeña modificación de la historia. Desde hacía poco había empezado a elogiar a Randy por méritos que nunca había poseído. No lo hacía de manera consciente, y se hubiese quedado muy perpleja si alguien le hubiera llevado la contraria, pero ahora recordaba con frecuencia las buenas notas que Randy sacaba en alemán, lo popular que había sido en el internado, su destacado papel en el equipo de fútbol: todos falsos recuerdos bienintencionados que parecían dirigidos a Randy, como para darle ánimos.

—Ibas a hacerle una pocilga al cerdo —dijo su madre—. Siempre se te ha dado muy bien la carpintería. ¿Recuerdas la estantería para libros que fabricaste? Luego Pamela llamó por teléfono, y te fuiste a su casa en el viejo Cadillac.

La señorita Coolidge llegó aquel famoso día a las cuatro: eso lo recordaban todos. Era una solterona originaria del Medio Oeste que se ganaba la vida como solista de iglesia. No había nada notable en ella, pero era, por supuesto, muy diferente de la despreocupada familia Nudd, y les agradaba pensar que provocaron su desaprobación. Una vez que estuvo instalada, la señora Nudd la llevó al porche y Nora Quinn les llevó el té. Después de servirlo, Nora cogió subrepticamente una botella de whisky del comedor, subió a su cuarto en el ático y empezó a beber. Hartley regresó del lago con su lucio de más de tres kilos en un cubo. Lo dejó en el vestíbulo de atrás y se reunió con su madre y la señorita Coolidge, atraído por las pastas que vio encima de la mesa. La señorita Coolidge y la señora Nudd se dedicaban a sus recuerdos escolares cuando el señor Nudd y tía Martha, completamente vestidos y chorreando agua, aparecieron en el porche y fueron presentados. El cerdo ya se había ahogado para entonces, y Russell no logró sacarlo del pozo hasta la hora de la cena. Hartley le prestó su maquinilla de afeitar y una camisa blanca, y Russell se quedó a cenar. No se habló del cerdo delante de la señorita Coolidge, pero en la mesa se hicieron muchos comentarios sobre lo salada que sabía el agua. Después de cenar salieron todos al porche. Tía Martha había colgado el corsé en la ventana de su dormitorio para que se secase, y cuando subió para ver qué tal iba la operación se fijó en el cielo y llamó a los que estaban abajo para que lo vieran.

—¡Mirad todos al cielo, fijaos!

Un momento antes, las nubes lo ocultaban por completo; ahora empezaban a descargar mundos de fuego. El resplandor que se extendía sobre el lago resultaba cegador.

—¡Mira al cielo, Nora! —dijo la señora Nudd alzando la cabeza hacia donde vivía Nora, pero para cuando la cocinera, que estaba borracha, llegó a la ventana, la ilusión del fuego se había

desvanecido y las nubes carecían de interés, y, pensando que quizá no había entendido bien a su señora, se asomó al descansillo de la escalera para preguntar si querían algo, con tan mala fortuna que cayó rodando y volcó el cubo con el lucio vivo dentro.

Al llegar a este punto de la historia, Joan y la señora Nudd reían hasta saltárseles las lágrimas. Todos reían alegremente menos Pamela, que esperaba impaciente su turno para intervenir en el relato. Le llegaba inmediatamente después de la caída de Nora escaleras abajo. Randy se quedó a cenar con los Blaisdell y regresó a Whitebeach Camp con Pamela mientras Hartley y Russell estaban tratando de meter a Nora en la cama. Traían noticias para todo el mundo, dijeron; habían decidido casarse. La señora Nudd nunca había querido que Randy se casara con Pamela, y la noticia la entristeció, pero besó a su futura nuera con mucha ternura y subió al piso de arriba en busca de una sortija de brillantes.

—¡Qué bonita es! —dijo Pamela cuando la señora Nudd le hizo entrega de la sortija—. Pero ¿no te hará falta? ¿No la echarás de menos? ¿Estás *segura* de que quieres que la tenga yo? Dime la verdad...

La señorita Coolidge, que había estado muy callada hasta entonces y que debía de sentirse muy ajena a todo aquello, preguntó si podía cantar.

Todas las largas conversaciones que Russell había mantenido con Esther sobre lo provisional de sus relaciones no lo ayudaron nada aquel otoño cuando se marcharon los Nudd. La echaba muchísimo de menos, y también las noches de verano pasadas en su cuarto. Empezó a escribirle cartas muy largas cuando regresó a Albany. Se sentía más preocupado y más solo que nunca. Esther no contestó a sus cartas, pero eso no modificó su manera de sentir. Decidió que debían prometerse. Se quedaría en la universidad hasta terminar la tesina, y con un empleo de profesor podría vivir en un sitio como Albany. Esther no respondió tampoco a su proposición matrimonial, y Russell, desesperado, la telefoneó a la universidad. Había salido. Le dejó recado de que lo llamara. Un día más tarde, Esther no había dado señales de vida, y volvió a telefonarla. Esta vez sí dio con ella y le pidió que se casaran.

—No puedo casarme contigo, Russell —le dijo con impaciencia—. No *quiero* casarme contigo.

Russell colgó el teléfono sintiéndose muy desgraciado, y estuvo enfermo de amor una semana. Luego decidió que la negativa de Esther no era decisión suya; que sus padres le habían prohibido casarse con él: una suposición que se vio reforzada por el hecho de que ninguno de los Nudd volvió a Macabit al verano siguiente. Pero Russell estaba equivocado. El señor y la señora Nudd se llevaron a Joan y a Esther a California aquel verano, no para mantener a esta última alejada de Russell, sino porque la señora Nudd había recibido una herencia y decidió gastar el dinero viajando. Hartley consiguió un empleo en Maine en un campamento de verano. Randy y Pamela —Randy había perdido el empleo en Boston y ya tenía otro en Worcester— iban a tener un hijo en julio, de manera que Whitebeach Camp permaneció cerrado todo el verano.

Luego volvieron todos. Un año después, cierto día de junio, cuando un furgón para transportar caballos llevaba unos cuantos al picadero de Macabit y había un montón de embarcaciones con motor sobre remolques a lo largo de la carretera, los Nudd regresaron. Hartley trabajaba en la enseñanza, de

manera que pasó allí todo el verano. Randy pidió dos semanas sin sueldo, para que Pamela, el niño y él pudieran quedarse un mes entero. Joan no tenía intención de volver; se había asociado con una mujer propietaria de un salón de té en Lake George, pero se peleó con su compañera a poco de empezar, y en junio el señor Nudd fue a buscarla y se la llevó a casa. Joan había ido al médico aquel invierno porque empezaba a tener depresiones, y hablaba con franqueza de su infortunio.

—Creo que lo que me pasa —decía durante el desayuno—, es que tuve muchísimos celos de Hartley cuando se fue por primera vez al internado. Podría haberlo matado cuando volvió aquel año a casa durante las Navidades, pero reprimí toda mi rabia...

»¿Os acordáis de aquella niñera, O'Brien? —preguntaba a la hora del almuerzo—. Bueno, pues creo que O'Brien echó a perder todos mis puntos de vista sobre el sexo. Solía desnudarse dentro del armario, y una vez me pegó por mirarme al espejo sin nada de ropa encima. Creo que echó a perder todas mis ideas...

»Creo que lo que me pasa se debe a que la abuela fue siempre demasiado estricta —decía a la hora de cenar—. Nunca me pareció que estuviera orgullosa de mí. Me refiero a que sacaba muy malas notas en el colegio, y ella siempre hacía que me sintiera muy culpable. Creo que eso ha influido en mi actitud hacia otras mujeres...

»¿Sabéis? —exclamaba en el porche después de cenar—, creo que el punto crucial de toda mi vida fue que aquel horrible chico, Trenchard, me enseñara aquellas fotografías cuando yo sólo tenía diez años...

Los recuerdos le proporcionaban una felicidad momentánea, pero media hora más tarde ya había empezado a morderse las uñas. Después de pasarse toda la vida rodeada de personas justas y cariñosas, y, uno a uno, iba culpando a los miembros de su familia, a sus amigos, y también a los criados.

Esther se había casado con Tom Dennison el otoño anterior, al regresar de California. Todos los miembros de la familia estaban contentos con aquel enlace. Tom era un hombre agradable, trabajador e inteligente. Tenía un empleo, de poca importancia todavía, en una empresa que manufacturaba cajas registradoras. Su sueldo era pequeño, y Esther y él iniciaron su vida de casados en una casa de vecindad sin agua caliente en la zona este de las calles sesenta. Hablando de esto, la gente añadía algunas veces: «¡Esa Esther Nudd tiene mucho valor!» Cuando llegó el verano, resultó que las vacaciones de Tom eran muy cortas, y Esther y él se fueron al cabo Cod en junio. El señor y la señora Nudd confiaban en que Esther apareciese después por Whitebeach Camp, pero su hija dijo que no, que se quedaría con Tom en Nueva York. En agosto cambió de idea, y el señor Nudd salió en coche al encuentro de su tren en el empalme ferroviario. No se quedaría más que diez días, dijo, y sería su último verano en Whitebeach Camp. Tom y ella iban a comprarse una casa en cabo Cod. Cuando llegó el momento de marcharse, Esther telefoneó a Tom, y él le dijo que se quedara en el campo; en Nueva York, el calor era terrible. Ella siguió telefoneándole una vez por semana y se quedó en Whitebeach Camp hasta mediados de setiembre.

Aquel verano, el señor Nudd pasaba dos o tres días a la semana en Nueva York, y tomaba el avión en Albany. Para variar, ahora estaba contento con la marcha de su compañía. Lo habían nombrado presidente del consejo de administración. Pamela tenía a su niño con ella, y se quejaba de la habitación que les habían dado. En una ocasión, la señora Nudd oyó por casualidad lo que decía en la

cocina, mientras hablaba con la cocinera:

—Las cosas serán muy diferentes cuando Randy y yo llevemos esta casa, puede estar usted segura...

La señora Nudd habló de aquello con su marido, y se pusieron de acuerdo para dejar Whitebeach Camp a Hartley.

—Ese jamón sólo ha venido una vez a la mesa —decía Pamela—, y anoche la vi tirar a la basura un plato de habas en perfectas condiciones. No me corresponde a mí reñirla, pero me molesta mucho ver que se desperdician las cosas. ¿A ti no te pasa lo mismo?

Randy adoraba a su flaca esposa, y ella se aprovechaba al máximo de su protección. Una tarde salió al porche mientras el resto de la familia tomaba unos cócteles antes de cenar y se sentó al lado de la señora Nudd. Llevaba al niño en brazos.

—¿Siempre cenáis a las siete, abuelita? —preguntó.

—Sí.

—Creo que no voy a poder sentarme a la mesa a las siete —dijo Pamela—. Me molesta llegar tarde a cenar, pero tengo que pensar primero en el niño, ¿no es cierto?

—Mucho me temo que no puedo pedir al servicio que retrase la cena —dijo la señora Nudd.

—No quiero que retrases la cena por mí, pero en esa habitación tan pequeña donde estamos hace demasiado calor, y nos cuesta trabajo dormir a Binxy. A Randy y a mí nos encanta Whitebeach Camp, y queremos hacer todo lo posible para no causarte problemas, pero tengo que pensar en Binxy, y mientras le cueste trabajo dormirse no podré estar a tiempo para cenar. Espero que no te importe. Quiero que me digas la verdad.

—No tiene importancia que llegues tarde —aseguró la señora Nudd.

—¡Qué vestido tan bonito! —comentó Pamela, para acabar la conversación de una manera agradable—. ¿Es nuevo?

—Gracias, querida —respondió la señora Nudd—. Sí, es nuevo.

—El color es muy bonito —dijo Pamela, y se levantó para tocar la tela, pero algún movimiento brusco hecho por ella o por el niño que llevaba en brazos o quizá por la señora Nudd hizo que el pitillo encendido de Pamela tropezara con el vestido nuevo y le hiciera un agujero. La señora Nudd contuvo la respiración, sonrió desmañadamente y dijo que no tenía importancia.

—¡Sí que tiene importancia! —exclamó Pamela—. Me siento terriblemente avergonzada. Avergonzadísima. Es todo culpa mía, y si me dejas el vestido lo mandaré a Worcester para que le hagan un zurcido. Conozco un sitio en Worcester donde zurcen de maravilla.

La señora Nudd repitió que no tenía importancia, e intentó cambiar de tema preguntando si no

había hecho un día maravilloso.

—Insisto en que me dejes que lo lleve a zurcir —dijo Pamela—. Quiero que te lo quites después de cenar y que me lo des. —Luego fue hasta la puerta, giró sobre sí misma y alzó al niño—. Dile adiós a la abuelita, Binxy. Dile adiós, anda, Binxy. El niño dice adiós a la abuelita. ¡Adiós, abuelita! Anda, dile adiós a la abuelita. El niño dice adiós...

Pero ninguno de aquellos incidentes alteraba los ritos del verano. Los domingos a primera hora de la mañana, Hartley llevaba a la doncella y a la cocinera a oír misa en St. John's y luego las esperaba en los escalones delante del almacén de piensos. Randy preparaba el helado a las once. Parecía como si el verano fuera un continente, armonioso y autosuficiente, con un peculiar abanico de sensaciones que incluía el placer de conducir descalzo el viejo Cadillac por un pastizal lleno de protuberancias, el sabor del agua que salía de la manguera del jardín cerca de la pista de tenis, la satisfacción de ponerse un suéter limpio en un refugio de montaña al amanecer, la de sentarse en el porche a oscuras, notando, sin que resultase molesto, que se hallaba uno preso en una red de algo tan tangible y tan frágil como hilos de araña, y la de sentirse limpio después de un largo baño en el mar.

Aquel año los Nudd no invitaron a Russell a Whitebeach Camp, y contaron la historia del cerdo sin su ayuda. Después de los cuatro años de universidad, Russell se había casado con Myra Hewitt, una chica de la localidad. La negativa de Esther a su propuesta de matrimonio lo había hecho abandonar sus planes de seguir estudiando un posgrado. Ahora trabajaba para su padre en la ferretería. Los Nudd lo veían cuando iban a comprar una parrilla para asar la carne o sedales para pescar, y todos coincidían en que tenía mal aspecto. Estaba pálido. Esther notó que su ropa olía a pienso para pollos y a queroseno. Tuvieron la impresión de que, al trabajar en una tienda, Russell se había descalificado como figura importante en sus veranos. No se trataba de un convencimiento muy hondo, de todas formas, y más bien dejaron de verlo por razones de indiferencia y de falta de tiempo. Pero el verano siguiente llegaron a odiar a Russell; lo tacharon por completo de su lista.

Hacia el final de la primavera, Russell y su suegro comenzaron a cortar y a vender los árboles de Hewitt's Point, talando un claro de más de una hectárea a lo largo de la orilla del lago en preparación para un complejo turístico de grandes proporciones que se llamaría Young's Bungalow City. Hewitt's Point se hallaba al otro lado del lago y a cinco kilómetros al sur de Whitebeach Camp, y el complejo no afectaría a la propiedad de los Nudd, pero Hewitt's Point era el sitio donde iban siempre de excursión, y no les gustaba ver cómo desaparecía el bosque para ser reemplazado por cabañas para turistas. Russell les había defraudado enormemente. Lo creían una persona amante de las colinas donde había crecido. Esperaban de él, que era algo así como un hijo adoptivo, la capacidad de compartir su veraniega falta de interés por el dinero, y resultaba un doble golpe que manifestara tener intereses mercenarios y que el objeto de sus transacciones fuera el bosque de Hewitt's Point, feliz escenario de tantas inocentes excursiones.

Pero es costumbre de esa zona dejar las bellezas de la naturaleza a las mujeres y a los clérigos. El pueblo de Macabit se encuentra en tierra alta por encima de un desfiladero, y está orientado hacia las montañas del norte. El lago se extiende al final de este desfiladero, y, excepto en las mañanas de más calor, siempre hay nubes por debajo de los escalones del almacén de piensos y del porche de la iglesia federada. El tiempo en el desfiladero se caracteriza por un fenómeno parecido a esas brisas marinas que con frecuencia producen neblinas en la costa. En los días más calurosos y tranquilos

podía surgir de pronto una cortina tan densa como el terciopelo, y un violento chaparrón ocultaba las montañas; pero este continuo desplazamiento de luz y sombras, al igual que el trueno y las puestas de sol, al igual que los rayos de luz que a veces aparecen al final de una tormenta y que han sido ligados por artistas religiosos a la misericordia divina, sólo han servido para acentuar la indiferencia del varón laico ante su entorno. Cuando los Nudd se cruzaban con Russell en la carretera sin saludarlo, este último no sabía qué era lo que había hecho para incurrir en sus iras.

Aquel año, Esther se marchó en setiembre. Su marido y ella se habían mudado a un barrio residencial. Pero no habían logrado aún la casa en el cabo Cod, y ella pasó la mayor parte del verano sin él en Whitebeach Camp. Joan, que iba a empezar un curso de secretariado, volvió a Nueva York con su hermana. El señor y la señora Nudd se quedaron hasta el primero de noviembre. El señor Nudd se había engañado sobre su éxito en los negocios. Cuando ya era demasiado tarde descubrió que su cargo de presidente del consejo de administración equivalía a una jubilación escasamente remunerada. Carecía de sentido volver a la ciudad, y la señora Nudd y él pasaron el otoño dando largos paseos por los bosques. El racionamiento de la gasolina había hecho que aquel verano fuera una época difícil, y, cuando cerraron la casa, tuvieron la impresión de que pasaría mucho tiempo antes de que volvieran a abrirla. La escasez de materiales de construcción había detenido las obras en Young's Bungalow City. Después de cortar los árboles y de colocar las vigas de hormigón para veinticinco chalets turísticos, Russell no había podido conseguir ni clavos, ni madera, ni materiales para los techos.

Al terminar la guerra, los Nudd regresaron a Whitebeach Camp para pasar allí los veranos. Todos habían colaborado activamente durante los años de la contienda: la señora Nudd había trabajado para la Cruz Roja; el señor Nudd, de conserje en un hospital; Randy como oficial de intendencia en Georgia; el marido de Esther había sido teniente en Europa, y Joan se había ido a África con la Cruz Roja, pero se peleó con su superior y la devolvieron a toda prisa a Estados Unidos en un buque de transporte. Pero sus recuerdos de la guerra resultaron menos duraderos que la mayoría de los recuerdos y, con la excepción de la muerte de Hartley (que se había ahogado en el Pacífico), la olvidaron sin dificultad. Ahora era Randy quien los domingos, a primera hora, llevaba a misa a St. John's a la cocinera y a la doncella. Jugaban al tenis a las once, se bañaban a las tres, y bebían ginebra a las seis. «Los chicos» —a falta de Hartley y de Russell— iban a Sherill's Falls, escalaban el monte Macabit, pescaban en Bate's Pond y seguían conduciendo descalzos el viejo Cadillac por los pastizales.

El primer verano después de la guerra, el nuevo pastor de la capilla episcopal de Macabit fue a visitar a los Nudd y les preguntó por qué no habían celebrado un servicio religioso en memoria de Hartley. No pudieron darle una respuesta satisfactoria. El pastor insistió. Unos días después, la señora Nudd soñó que veía a Hartley con semblante descontento. El pastor la detuvo en la calle aquella misma semana, y volvió a hablar sobre el servicio conmemorativo, y esta vez la señora Nudd accedió a que se celebrara. Russell era la única persona de Macabit a quien creyó que era su deber invitar. Russell también había estado en el Pacífico. Al regresar a Macabit había vuelto a trabajar en la ferretería. Los terrenos de Hewitt's Point habían pasado a manos de una empresa inmobiliaria, que estaba edificando casitas de veraneo con una y dos habitaciones.

El servicio en memoria de Hartley se celebró un día muy caluroso de final de verano, tres años después de su muerte. A la ceremonia relativamente simple, el pastor añadió unos versos sobre la muerte en el mar. La señora Nudd no experimentó el menor consuelo durante la lectura de las oraciones. No tenía más fe en el poder de Dios que en la fuerza mágica de la estrella de la tarde. Por lo

que a ella se refiere, no se lograba nada con aquel servicio religioso. Cuando terminó, el señor Nudd la cogió del brazo, y la anciana pareja se dirigió hacia la sacristía. La señora Nudd vio a Russell delante de la iglesia, esperando para hablar con ella, y pensó: ¿Por qué tuvo que ser Hartley? ¿Por qué no Russell?

Hacía años que no lo había visto. Llevaba un traje que le estaba pequeño y tenía la cara roja. Avergonzada por haber deseado la muerte a una persona (porque siempre que advertía la mala voluntad o rencor en su comportamiento se apresuraba a cubrirlos con cariño, y, entre sus amistades y su familia, los destinatarios de su generosidad más cálida eran quienes por provocar su impaciencia la hacían avergonzarse), se dirigió hacia Russell instintivamente y lo cogió de la mano. En su rostro brillaron las lágrimas.

—Muchas gracias por haber venido; tú eras uno de sus mejores amigos. Te hemos echado de menos, Russell. Ven a vernos. ¿Mañana, tal vez? Nos marchamos el sábado. Ven a cenar. Será como en los viejos tiempos. Ven a cenar. No te pido que traigas a Myra y a los niños porque este año estamos sin doncella, pero nos gustaría mucho verte. No dejes de venir.

Russell prometió hacerlo.

El día siguiente resultó ventoso, pero la atmósfera estaba muy clara, y todo tenía una ligereza reconfortante, con una multiplicidad de cambios de luz y del tono ambiental que lo convertían en una jornada a caballo entre el verano y el otoño, precisamente como el día en que se ahogó el cerdo. Después del almuerzo, la señora Nudd y Pamela fueron a una subasta. Habían logrado un razonable equilibrio entre las dos, aunque Pamela seguía interviniendo en la cocina y consideraba Whitebeach Camp como una inevitable herencia que se retrasaba más de lo esperado. Randy, con la mejor voluntad del mundo, había empezado a encontrar el cuerpo de su mujer demasiado familiar y enjuto, aunque sus deseos continuaran siendo tan intensos como siempre, y, en consecuencia, le había sido infiel en una o dos ocasiones. Se habían producido acusaciones, una confesión y una reconciliación, y a Pamela le gustaba hablar de todo esto con la señora Nudd, buscando, como ella decía, la «verdad» sobre los hombres.

Randy había tenido que quedarse con los niños durante las primeras horas de la tarde, y se los había llevado a la playa. Era un padre cariñoso pero con poca paciencia, y desde la casa se lo oía reñir a Binxey:

—Cuando hablo contigo, Binxey, no lo hago porque me guste oír lo que digo!

Como la señora Nudd le había dicho a Russell, no tenían doncella aquel verano. Esther se encargaba del trabajo de la casa. Siempre que alguien sugería contratar a una asistente, Esther decía:

—No nos la podemos permitir, y de todas formas, yo no tengo nada que hacer. No me importa limpiar la casa, sólo me gustaría que todos os acordaseis de no entrar en el cuarto de estar con los pies llenos de arena...

El marido de Esther había pasado las vacaciones en Whitebeach Camp, pero hacía ya tiempo que se había reincorporado a su trabajo.

El señor Nudd estaba sentado al sol en el porche aquella tarde cuando Joan se acercó a él con

una carta en la mano. Sonrió con ansiedad y empezó a hablar con un tonillo afectado que siempre irritaba a su padre.

—He decidido no irme mañana con vosotros —declaró—. He decidido quedarme aquí un poco más, papaíto. Después de todo, no tengo nada que hacer en Nueva York. No tengo ninguna razón para irme, ¿no es cierto? He escrito a Helen Parker, y va a venir a quedarse conmigo, para que no esté sola. La carta que tengo en la mano es suya. Dice que le gustaría venir. Creo que podríamos quedarnos hasta Navidad. Durante todos estos años, nunca me he quedado aquí en invierno. Vamos a escribir un libro para niños entre las dos. Ella hará las ilustraciones y yo redactaré el texto. Su hermano conoce a un editor, y dice...

—Joan, cariño, no puedes quedarte aquí durante el invierno —dijo el señor Nudd amablemente.

—Sí que puedo, papaíto, sí que puedo —respondió Joan—. Helen es consciente de que no se trata de un sitio cómodo. Le he escrito contándole todo. Estamos dispuestas a pasar penalidades. Compraremos la comida en Macabit. Nos turnaremos para ir andando al pueblo. Voy a comprar leña para el fuego, muchas latas de conservas y algunos...

—Pero Joan, cariño, esta casa no ha sido construida para vivir en ella durante el invierno. Las paredes son muy finas. Cortaremos el agua.

—No nos importa el agua... cogemos agua del lago.

—Joan, cariño, escúchame —dijo el señor Nudd con firmeza—. No puedes quedarte aquí durante el invierno. No resistirías más de una semana. Tendría que venir a recogerte, y no quiero cerrar esta casa dos veces. —Había hablado con cierta impaciencia, pero en seguida la razón y el afecto volvieron a hacer aparición en su voz—: Piensa en lo mal que lo pasarías, cariño, sin calefacción ni agua ni nadie de tu familia.

—Papaíto, ¡quiero quedarme! —exclamó Joan—. ¡Quiero quedarme! ¡Deja que me quede, por favor! Llevo mucho tiempo planeándolo.

—Te estás comportando de un modo ridículo, Joan —repuso el señor Nudd—. Esto no es más que una casa para el verano.

—Pero, papaíto, ¡no te estoy pidiendo mucho! —exclamó Joan—. Ya no soy una niña. Tengo casi cuarenta años. Nunca te he pedido nada. Siempre has sido demasiado severo conmigo; nunca me dejas hacer lo que quiero.

—Joan, cariño, trata de ser razonable, haz por lo menos el favor de intentar ser razonable, procura imaginar...

—Esther consiguió todo lo que quería. Fue dos veces a Europa; tuvo aquel coche en la universidad, y el abrigo de pieles. —Repentinamente, se puso de rodillas y luego se sentó en el suelo; era un gesto desprovisto de elegancia y tenía por objeto enfadar a su padre—. ¡Quiero quedarme, quiero quedarme, quiero quedarme, quiero quedarme! —exclamó.

—¡Joan, te estás portando como una niña! —gritó su padre—. Levántate.

—¡Quiero portarme como una niña! —chilló ella—. ¡Quiero portarme como una niña durante un rato! ¿Qué tiene de terrible querer portarse como una niña durante un rato? Ya no tengo nunca momentos de alegría en mi vida. Cuando me siento desgraciada, trato de recordar una época en que haya sido feliz, pero nunca lo consigo.

—Joan, levántate, ponte en pie. No sigas sentada en el suelo.

—No puedo, no puedo, no puedo —sollozó ella—. Me hace daño estar de pie..., me duelen las piernas.

—Levántate, Joan. —El señor Nudd se inclinó, y para el anciano era todo un esfuerzo incorporar a su hija—. ¡Niñita mía, pobre niñita mía! —dijo, rodeándola con los brazos—. Ven al cuarto de baño y te lavaré la cara, pobrecita.

Joan le dejó lavarle la cara, y después de tomarse una copa se sentaron juntos a jugar a las damas.

Russell se presentó en Whitebeach Camp a las seis y media, y estuvieron bebiendo un poco de ginebra en el porche. El alcohol lo volvió locuaz, y empezó a hablar de sus experiencias de la guerra, pero el ambiente era de distensión y buena voluntad, y Russell se dio cuenta de que nada de lo que hiciera allí aquella noche sería mal recibido. Volvieron a salir otra vez al porche después de la cena, aunque hacía fresco. Las nubes no habían cambiado de color. Con luz reflejada, la ladera de la colina brillaba como una pieza de terciopelo. La señora Nudd se cubrió las piernas con una manta y contempló la escena. Era el placer más duradero de aquellos años. Habían pasado por la prosperidad repentina, por el crac de la Bolsa, por la depresión, por la recesión, por el malestar ante la guerra inminente, por la guerra misma, por la nueva prosperidad, por la inflación, por la recesión, por la baja repentina, y ahora otra vez por el malestar, pero ninguna de aquellas cosas habían cambiado ni una piedra ni una hoja del panorama que se divisaba desde el porche.

—No sé si os dais cuenta, pero tengo treinta y siete años —dijo Randy. Hablaba con entonación solemne, como si el paso del tiempo sobre su cabeza fuese singular, interesante, y una mala pasada. Se pasó la lengua por los dientes—. Si hubiese ido a Cambridge para la reunión con mis compañeros de promoción, habría sido la decimoquinta.

—Eso no es nada —dijo Esther.

—¿Sabían que Teeter ha comprado la casa del viejo Henderson? —preguntó el señor Nudd—. Ese hombre sí que hizo fortuna durante la guerra. —Se levantó, puso cabeza abajo la silla donde estaba sentado, y golpeó las patas con el puño. Su cigarrillo estaba húmedo. Cuando volvió a sentarse, la ceniza le cayó sobre el chaleco.

—¿Doy la impresión de tener treinta y siete años? —preguntó Randy.

—¿Te das cuenta de que has mencionado tus treinta y siete años ocho veces en el día de hoy?

—replicó Esther—. Las he contado.

—¿Cuánto cuesta ir a Europa en avión? —preguntó el señor Nudd.

La conversación pasó de tarifas aéreas a si era más agradable llegar a una ciudad desconocida por la mañana o por la tarde. Luego recordaron nombres extraños entre los huéspedes que habían estado en Whitebeach Camp; había habido unos señores Peppercorn, unos señores Starkweather, unos señores Freestone, los Blood, los Mudd y los Parsley⁵.

Los atardeceres eran ya muy cortos al final del verano. Un minuto lucía el sol, y al minuto siguiente se había hecho de noche. Macabit y su sierra se inclinaban contra el resplandor crepuscular, y por un momento resultó inimaginable que pudiera haber algo detrás de las montañas, que aquello no fuera el fin del mundo. La pared de luz incandescente parecía surgir del infinito. Luego salieron las estrellas, la tierra siguió adelante, y la ilusión de un abismo se perdió por completo. La señora Nudd miró a su alrededor, y el momento y el lugar le parecieron extrañamente importantes. Esto no es una imitación —pensó—, esto no es el producto de la costumbre, éste es el sitio singular, el aire singular donde mis hijos han gastado lo mejor de sí mismos. Darse cuenta de que ninguno de ellos había logrado triunfar en la vida la hizo echarse hacia atrás en el asiento. Entornó los ojos para evitar las lágrimas. ¿Cuál había sido la causa, se preguntó, de que el verano se convirtiera siempre en una isla? ¿Y por qué en una isla tan pequeña? ¿Cuales habían sido sus equivocaciones? ¿Qué habían hecho mal? Habían amado a sus prójimos, respetado el poder de la modestia, apreciado el honor por encima de las ganancias materiales. ¿Dónde, entonces, habían perdido la capacidad de competir, la libertad, la grandeza? ¿Por qué aquellas personas buenas y cariñosas que estaban a su alrededor le parecían semejantes a las figuras de una tragedia?

—¿Os acordáis del día que el cerdo se cayó al pozo? —preguntó—. El cielo había perdido su color. Bajo las montañas negras, el lago se teñía de un gris áspero y mortífero. Tú estabas jugando al tenis con Esther, ¿no es cierto, Russell? Fue el verano que Esther se dedicó al tenis. ¿No ganaste el cerdo en la feria de Lanchester, Randy? En uno de esos sitios donde hay que tirar pelotas de béisbol contra un blanco. Siempre has sido muy buen atleta.

Todos aguardaron amablemente a que les llegara el turno. Recordaron el cerdo ahogado, la lancha en Gull Rock, el corsé de la tía Martha colgando de la ventana, el fuego en las nubes y el viento del noroeste con sus ráfagas violentas. Se rieron hasta no poder más en el momento en que Nora se caía rodando por la escalera. Pamela intervino para revivir el anuncio de su compromiso. Luego recordaron cómo la señorita Coolidge había subido a su cuarto para regresar con una maleta llena de partituras, y, de pie junto a la puerta abierta, para poder así recibir la luz, les había obsequiado con el repertorio característico de las iglesias protestantes rurales. Estuvo cantando más de una hora. No hubo forma de pararla. Durante el recital, Esther y Russell abandonaron el porche y salieron al prado para enterrar al cerdo ahogado. Hacía fresco. Esther sostuvo la linterna mientras Russell cavaba la fosa. Habían decidido que, aunque llegaran a enamorarse, nunca se casarían, porque él no abandonaría Macabit y ella nunca viviría allí. Cuando volvieron al porche, la señorita Coolidge estaba cantando la última pieza; luego Russell se marchó y todos se fueron a la cama.

La historia animó a la señora Nudd y la hizo sentir que todo estaba bien. También había conseguido alegrar a los demás, y todos ellos, riendo y hablando a grandes voces, entraron en la casa.

⁵ «Grano de pimienta», «tormenta fuerte», «fruta con hueso», «sangre», «barro» (fonéticamente) y «perejil» respectivamente. (*N. del T.*)

El señor Nudd encendió un fuego en la chimenea y se sentó a jugar a las damas con Joan. La señora Nudd fue pasando de mano en mano una caja de bombones rancios. En el exterior había empezado a soplar el viento, y la casa crujía suavemente, como el casco de un barco cuando se hinchan sus velas. La habitación, con las personas que la ocupaban, daba una impresión de permanencia y de seguridad, aunque a la mañana siguiente se hubieran marchado todos.

El tren de las cinco cuarenta y ocho

Blake la vio al salir del ascensor. Unas cuantas personas, en su mayoría hombres que esperaban a chicas, contemplaban desde el vestíbulo las puertas del ascensor. Ella se encontraba entre esas personas. Al verlo, el rostro de la mujer adquirió una expresión tan intensa de odio y decisión que Blake se dio cuenta de que lo había estado esperando. No se dirigió hacia ella. La mujer carecía de motivos legítimos para hablar con él. No tenían nada que decirse. Blake se dio la vuelta y se encaminó hacia las puertas de cristal al fondo del vestíbulo, con el impreciso sentimiento de culpa y desconcierto que experimentamos al cruzarnos con algún viejo amigo o condiscípulo que parece tener dificultades económicas, estar enfermo o sufrir por cualquier otro motivo. Eran las cinco y dieciocho en el reloj del despacho de la Western Union. Podía coger el expreso. Mientras esperaba turno junto a la puerta giratoria, vio que seguía lloviendo. Había estado lloviendo todo el día, y Blake se fijó en que la lluvia intensificaba los ruidos de la calle. Una vez en el exterior, se dirigió a buen paso en dirección este, hacia Madison Avenue. El tráfico estaba paralizado, y los cláxones sonaban con impaciencia a lo lejos, en una de las calles transversales de Manhattan. No había un alfiler en las aceras. Blake se preguntó qué esperaba conseguir ella viéndolo un instante al salir de la oficina al final de la jornada. Luego se preguntó si lo estaría siguiendo.

Cuando vamos andando por las calles de una ciudad, muy pocas veces volvemos la cabeza para mirar atrás. Esta costumbre hizo que Blake se contuviera. Mientras avanzaba, estuvo aguzando el oído estúpidamente durante un minuto, como si pudiera distinguir sus pasos en el universo sonoro de la ciudad al final de un día de lluvia. Luego advirtió, delante de él y al otro lado de la calle, un hueco en el muro que formaban los edificios. Algo había sido derruido y algo nuevo surgía en su sitio, pero la estructura de acero apenas sobresalía aun de la valla que aislaba el solar, y la luz del día se filtraba por el hueco. Blake se detuvo enfrente a ver un escaparate. Se trataba del establecimiento de un decorador o de un sitio donde se celebraban subastas. El escaparate estaba arreglado como si fuera una habitación donde la gente vive y recibe a sus amigos. Había tazas y una mesa de café, revistas, y flores en los jarrones; pero las flores estaban marchitas, las tazas vacías y los invitados no se habían presentado. En la luna del escaparate, Blake vio un nítido reflejo de sí mismo y de las multitudes que pasaban, como sombras, a sus espaldas. Luego vio la imagen de la mujer: tan cerca que se sobresaltó. Se hallaba a menos de un metro, detrás de él. Podría haberse vuelto y preguntarle qué quería, pero en lugar de hacer un gesto de reconocimiento, huyó bruscamente del reflejo de su rostro contraído y siguió avanzando. Quizá tuviera intención de hacerle daño; quizá pretendiera matarlo.

La precipitación con que se puso en movimiento al ver el reflejo del otro rostro hizo que el agua acumulada en el ala del sombrero le cayera en parte por la espalda, entre el cogote y el cuello de la camisa. La sensación fue tan desagradable como el sudor del miedo. Después, el agua fría derramándose sobre su cara y sus manos, el olor desagradable de las cunetas y del asfalto húmedo, la conciencia de que estaban empezando a mojarse los pies y de que podía resfriarse —todas las habituales incomodidades de tener que andar bajo la lluvia—, parecieron acrecentar la amenaza que suponía su perseguidora, dándole una morbosa vivencia de su propia corporeidad y de lo fácil que sería hacerle daño. Veía ya delante de sí la esquina de Madison Avenue, donde las luces eran más brillantes. Pensó que si llegaba hasta allí no le pasaría nada. En la esquina había una panadería con dos

puertas; Blake entró por la que daba a la calle transversal, compró un bollo recubierto de azúcar como muchas de las personas que volvían a su casa en tren después del trabajo, y salió por la puerta de Madison Avenue. Al reanudar la marcha, Blake la vio esperándolo junto a un quiosco de prensa.

No era una mujer inteligente; no sería difícil engañarla. Blake podía entrar en un taxi por una portezuela y, acto seguido, apearse por la otra. Podía pararse a hablar con un policía, o echar a correr, aunque tenía miedo de que echar a correr pudiera desencadenar la violencia que sin duda entraba en los planes de la mujer. Blake se estaba acercando a una zona de la ciudad que conocía bien y donde el laberinto de pasadizos a nivel de la calle y bajo tierra, los ascensores y los vestíbulos abarrotados facilitaban que una persona se librara de un perseguidor. Esta idea y una ráfaga de cálido aroma azucarado procedente del bollo sirvieron para animarlo. Era absurdo pensar que alguien fuese a hacerle daño en una calle con tanta gente. La mujer era estúpida, o estaba confundida o quizá se sentía sola: no podía tratarse más que de eso. Él era un hombre insignificante, y carecía de sentido que alguien lo siguiera desde su oficina hasta la estación. Blake no estaba al tanto de ningún secreto importante. Los informes que llevaba en la cartera no tenían conexión alguna ni con la guerra, ni con la paz, ni con el tráfico de drogas, ni con la bomba de hidrógeno, ni con ninguna otra de las intrigas internacionales que Blake asociaba con perseguidores, hombres con impermeables, y aceras húmedas. Luego divisó a poca distancia delante de él la puerta de un bar reservado para hombres. ¡Qué cosa tan sencilla!

Pidió un martini, y se abrió paso entre dos de los clientes hasta colocarse junto al mostrador, de manera que si ella miraba desde el otro lado del ventanal no pudiera verlo. El bar estaba lleno de gente que vivía fuera de Nueva York, y que tomaba una copa antes de coger el tren para volver a casa. Habían traído consigo pegado a la ropa, a los zapatos y a los paraguas, el desagradable olor del húmedo atardecer, pero Blake empezó a tranquilizarse tan pronto como probó su martini y contempló los rostros familiares —no demasiado jóvenes en su mayor parte— que lo rodeaban, y cuya preocupación, si es que estaban preocupados, era el pago de los impuestos y quién debía hacerse cargo del departamento de ventas. Trató de recordar su nombre —señorita Dent, señorita Bent, señorita Lent—, y se quedó sorprendido al no lograrlo, a pesar de lo orgulloso que se sentía siempre de su poder de retención y del alcance de su memoria; y a pesar de que sólo habían pasado seis meses desde entonces.

El departamento de personal se la había enviado una tarde: Blake buscaba secretaria. Se encontró con una mujer morena de unos veintitantos años, quizá, delgada y tímida. Llevaba un vestido muy sencillo, su figura era poca cosa, y se le había torcido una de las medias, pero tenía una voz agradable, y Blake se mostró dispuesto a hacerle una prueba. Después de trabajar con él unos cuantos días, le dijo que había pasado ocho meses en el hospital y que debido a ello le había sido difícil encontrar trabajo, y quería darle las gracias por haberle proporcionado una oportunidad. Tenía el cabello oscuro y los ojos también oscuros, y le dejaba siempre una agradable sensación de oscuridad. Al ir conociéndola mejor, Blake llegó a la conclusión de que era extremadamente sensible y de que, en consecuencia, se sentía muy sola. En una ocasión, cuando ella le hablaba de la idea que se hacía de la vida de Blake —muchas amistades, dinero, y una familia numerosa y estrechamente unida—, le pareció reconocer un peculiar sentimiento de privación. Aquella mujer daba la impresión de imaginarse las vidas del resto de los mortales como mucho más extraordinarias de lo que realmente eran. Una vez le puso una rosa sobre el escritorio, y él la tiró a la papelera.

—No me gustan las rosas —le dijo.

Había demostrado ser competente, puntual y buena mecanógrafa, y Blake sólo encontró una objeción que hacerle: su letra. Le resultaba imposible asociar la fealdad de su letra con su apariencia personal. Hubiera esperado de ella una caligrafía inclinada hacia la izquierda y de rasgos redondos, y había huellas intermitentes de todo esto en sus escritos, pero estaban mezcladas con torpes letras en caracteres de imprenta. Su caligrafía le produjo la sensación de que había sido víctima de algún conflicto interior emocional que rompía —con su violencia— la continuidad de las líneas que era capaz de escribir sobre una hoja de papel. Cuando llevaba tres semanas trabajando para él, no más, un día se quedaron hasta tarde, y él se ofreció a invitarla a una copa cuando terminaran el trabajo.

—Si realmente quiere tomar una copa —dijo ella—, tengo un poco de whisky en mi apartamento.

Vivía en una habitación que a Blake le pareció semejante a un armario. Había maletas y sombrereras apiladas en un rincón, y aunque en el cuarto apenas parecía haber sitio suficiente para la cama, el tocador y la silla en la que él se sentó, aún había un piano vertical contra una pared, con un libro de sonatas de Beethoven en el atril. Ella le ofreció una copa y dijo que iba a ponerse algo más cómodo. Él la instó a que lo hiciera; después de todo, era a eso a lo que había ido allí. De tener escrúpulos, hubieran sido puramente prácticos. Su desconfianza, su sentimiento de privación, prometían evitarle cualquier posible consecuencia. La mayor parte de las muchas mujeres que Blake había conocido las había elegido por su falta de amor propio.

Cuando él se vistió de nuevo, una hora después aproximadamente, ella estaba llorando. Pero Blake se sentía demasiado satisfecho, cómodo y somnoliento para preocuparse mucho por sus lágrimas. Mientras se ponía la ropa, vio sobre el tocador una nota para la mujer de la limpieza. La única luz procedía del cuarto de baño —la puerta estaba entreabierta—, y en aquella semioscuridad las letras extrañamente garabateadas le parecieron de nuevo poco apropiadas para ella, fruto, sin duda, de la mano de otra mujer mucho más vulgar. Al día siguiente, Blake optó por lo que consideró la única solución razonable. Cuando ella salió a almorzar, telefoneó al departamento de personal y les dijo que la despidieran. Él, por su parte, no regresó a la oficina después de comer. Pocos días más tarde, la mujer intentó verlo. Blake le dijo a la recepcionista que no la dejara pasar. Y ya no había vuelto a saber nada de ella hasta aquella tarde.

Blake se bebió un segundo martini y vio por el reloj de pared que había perdido el expreso. Cogería el tren de cercanías de las cinco cuarenta y ocho. Cuando salió del bar aún había luz en el cielo y seguía lloviendo. Miró cuidadosamente a un lado y a otro de la calle y vio que aquella pobre mujer se había marchado. Una o dos veces, camino de la estación, miró por encima del hombro, pero parecía estar definitivamente a salvo. De todas formas seguía sin recuperarse por completo, tuvo que reconocérselo a sí mismo, porque había dejado el bollo recubierto de azúcar en el bar, y él no era una persona que olvidara cosas habitualmente. Aquel descuido lo apenó.

Compró un periódico. El tren de cercanías estaba lleno sólo a medias cuando subió a él; encontró un asiento del lado del río y se quitó el impermeable. Blake era un hombre esbelto, de cabello castaño: sin nada de especial en ningún sentido, a no ser que uno pudiera adivinar por su palidez y sus ojos grises que tenía unos gustos muy desagradables. Se vestía igual que el resto de nosotros, como si admitiera la existencia de reglas muy estrictas sobre la manera correcta de hacerlo. Su gabardina tenía el pálido color amarillento de los hongos. Su sombrero era marrón oscuro; el traje también. Con la

excepción de los pocos hilos brillantes de la corbata, su ropa se caracterizaba por una escrupulosa falta de color que daba la impresión de tener un carácter protector.

Miró a su alrededor en el vagón en busca de vecinos. A varios asientos por delante y a su derecha se encontraba la señora Compton. En seguida le sonrió, pero su sonrisa era fugaz; moría muy de prisa y de una manera horrible. El señor Watkins estaba frente a Blake. El señor Watkins necesitaba un corte de pelo, y había roto las reglas sobre la forma correcta de vestir: llevaba una chaqueta de pana. Él y Blake estaban peleados, así que no se hablaban.

La veloz muerte de la sonrisa de la señora Compton no afectó a Blake en absoluto. Los Compton vivían en la casa vecina a la de los Blake, y la señora Compton nunca había entendido la importancia de ocuparse de sus propios asuntos. Blake sabía que Louise, su mujer, hablaba con la señora Compton de sus problemas, y en lugar de oponerse a aquellos desahogos lacrimosos, la señora Compton había llegado a creer ser una especie de confesor, y a desarrollar una viva curiosidad por las relaciones íntimas de los Blake. Probablemente ya estaba al tanto de su pelea más reciente. Una noche, Blake llegó agotado a casa, y se encontró con que Louise no había empezado siquiera a preparar la cena. Se dirigió a la cocina, seguido de Louise, y le señaló que estaban a día cinco. Luego trazó un círculo alrededor de la fecha del calendario de la cocina.

—Dentro de una semana estaremos a doce —dijo—. Y dentro de dos, a diecinueve. —Trazó otro círculo alrededor del diecinueve—. No voy a hablar contigo por espacio de dos semanas —añadió—. Es decir, hasta el diecinueve.

Su mujer lloró y protestó, pero hacía ya ocho o diez años que a Blake habían dejado de conmoverle sus súplicas. Louise se había hecho vieja. Ahora las arrugas de su cara eran indelebles, y cuando se ponía las gafas para leer el periódico de la tarde, le parecía una desconocida de facciones desagradables. Sus encantos físicos —que habían sido su único atractivo en otro tiempo— habían desaparecido por completo. Habían pasado ya nueve años desde que Blake construyó una librería en el vano que comunicaba sus dormitorios, y la cubrió además con unas puertas de madera que podían cerrarse con llave, porque no quería que sus hijos vieran los libros que tenía. Pero Blake no encontraba nada de extraordinario en este prolongado alejamiento. Se había peleado con su mujer, pero todo varón nacido de mujer hacía lo mismo. La naturaleza humana era así. En cualquier sitio donde se oigan voces de matrimonio —el patio de un hotel, los orificios de un sistema de ventilación, cualquier calle en una noche de verano—, serán palabras ásperas lo que se oiga.

El resentimiento entre Blake y el señor Watkins también tenía que ver con la familia del primero, pero no era una cosa tan seria ni tan enfadosa como lo que se escondía tras la fugaz sonrisa de la señora Compton. Los Watkins no eran propietarios: vivían en una casa de alquiler. El señor Watkins rompía las reglas del vestir día tras día —una vez apareció en el tren de las ocho catorce con un par de sandalias—, y se ganaba la vida trabajando como comercial. El hijo mayor de Blake, Charlie, de catorce años, había hecho amistad con el chico de los Watkins. Durante una temporada pasó mucho tiempo en la descuidada casa donde vivían los Watkins. Esa amistad tuvo un efecto negativo sobre sus modales y sobre su pulcritud. Luego empezó a comer a veces con los Watkins y a quedarse a dormir los sábados por la noche. Pero cuando trasladó la mayoría de sus objetos personales a la otra casa y empezó a pasar allí más de la mitad de las noches, Blake se vio obligado a intervenir. No habló con Charlie, sino con el señor Watkins, y tuvo que decir, inevitablemente, cierto número de cosas que debieron de sonar como una crítica. El pelo largo y sucio del señor Watkins y su chaqueta de pana confirmaban que Blake había estado en lo cierto.

Pero ni la sonrisa moribunda de la señora Compton ni el pelo sucio del señor Watkins lograron aguar el placer experimentado por Blake al instalarse en su incómodo asiento del tren de las cinco cuarenta y ocho, muy por debajo del nivel de la calle. El vagón era viejo y tenía un curioso olor a refugio antiaéreo en el que familias enteras hubieran pasado la noche. La luz que se derramaba desde el techo sobre las cabezas y los hombros de los pasajeros era muy débil. La mugre del cristal de la ventanilla conservaba churretes producidos por la lluvia en algún viaje anterior, y nubes malolientes de humo de pipa y cigarrillos habían empezado a alzarse detrás de cada periódico. Pero esa escena significaba para Blake encontrarse ya en una senda segura, y después de su roce con el peligro, incluso la señora Compton y el señor Watkins despertaban en él ciertos sentimientos de cordialidad.

El tren salió del túnel subterráneo a la débil luz exterior, y los barrios pobres y la ciudad en general hicieron que Blake se acordara vagamente de la mujer que lo había seguido. Para evitar pensar en ello o sentir remordimientos, concentró su atención en el periódico de la noche. Por el rabillo del ojo veía el paisaje, eminentemente industrial y, a aquella hora del día, lleno de tristeza. Había cobertizos para maquinaria y almacenes, y por encima de ellos, Blake vio una abertura entre las nubes: un poco de luz amarilla.

—Señor Blake —dijo alguien. Levantó la vista: era ella. Estaba de pie, con una mano en el respaldo del asiento para que el balanceo del vagón no le hiciera perder el equilibrio. En aquel momento se acordó de su nombre.

—¿Qué tal, señorita Dent?

—¿Le importa que me sienta aquí?

—Supongo que no.

—Gracias. Es usted muy amable. Siento molestarlo de esta manera. No quisiera...

Blake se había asustado al alzar los ojos y verla, pero su voz tímida lo tranquilizó en seguida. Movi6 las posaderas —ese inútil gesto reflejo de hospitalidad—, y la mujer se sentó y suspiró a continuación. Blake percibió el olor de su ropa húmeda. Llevaba un informe sombrero negro con un adorno barato cosido encima. El abrigo era de tela fina, según pudo advertir, y la mujer llevaba, además, guantes y un bolso de grandes dimensiones.

—¿Vive usted ahora en este distrito, señorita Dent?

—No.

La mujer abrió el bolso para buscar un pañuelo. Había empezado a llorar. Él miró alrededor para ver si alguno de los pasajeros del vagón contemplaba la escena, pero nadie se preocupaba de ellos. Blake se había sentado junto a millares de pasajeros en el tren de la tarde. Se había fijado en su propia ropa, y en los agujeros de sus guantes, y si se dormían y murmuraban en sueños, se preguntaba qué problemas tendrían. Los había clasificado brevemente a casi todos antes de hundir la nariz en el periódico. Le habían parecido ricos o pobres, brillantes o aburridos, vecinos o completos desconocidos, pero ni uno solo entre ellos se había echado nunca a llorar. Cuando la señorita Dent abrió el bolso, él se acordó de su perfume. Se le quedó pegado a la piel la noche que fue a su apartamento a tomar una copa.

—He estado muy enferma —dijo ella—. Ésta es la primera vez que me levanto de la cama después de dos semanas. He estado terriblemente enferma.

—Siento que haya estado usted enferma, señorita Dent —dijo con voz lo suficientemente alta para que el señor Watkins y la señora Compton lo oyeran—. ¿Dónde trabaja usted ahora?

—¿Cómo?

—¿Dónde trabaja usted ahora?

—No me haga reír —dijo ella con voz suave.

—No la entiendo.

—Usted envenenó sus cerebros.

Blake enderezó el cuello y alzó los hombros. Aquellos forzados movimientos expresaban un breve —e imposible— anhelo de encontrarse en otro sitio. La señorita Dent quería causarle dificultades. Respiró hondo. Contempló con profundo sentimiento el vagón medio vacío y mal iluminado para confirmar su sentido de la realidad, de un mundo en el que no había demasiados problemas insolubles después de todo. Era consciente de la trabajosa respiración de la señorita Dent y del olor de su abrigo empapado por la lluvia. El tren se detuvo. Una monja y un hombre vestido con un mono se apearon. Al reanudarse la marcha, Blake se puso el sombrero y extendió el brazo para coger el impermeable.

—¿Adonde va usted? —preguntó ella.

—Al vagón de al lado.

—¡Oh, no! —le dijo—. ¡No, no, no, no! —Acercó su blanco rostro tanto a su oído, que él podía sentir su cálido aliento en su mejilla—. No lo haga —susurró—. No intente escapar. Tengo una pistola y tendré que matarlo... y no quiero hacerlo. Lo único que quiero es hablar con usted. No se mueva o lo mataré. ¡No lo haga! ¡No lo haga!

Blake se recostó bruscamente en el asiento. Aunque hubiese querido levantarse y gritar pidiendo auxilio, no hubiera sido capaz de hacerlo. La lengua se le había hinchado, alcanzando el doble de su tamaño normal, y cuando trató de moverla, se le quedó horriblemente pegada al paladar. Las piernas se negaron a sostenerlo. Todo lo que se le ocurría hacer era esperar a que su corazón dejara de latir histéricamente, para poder juzgar la gravedad del peligro que corría. La señorita Dent estaba sentada un poco de lado, y en el bolso llevaba la pistola, apuntándolo al vientre.

—Ahora ya me entiende usted, ¿no es cierto? —dijo ella—. Se da cuenta de que hablo en serio, ¿verdad? —Blake trató de decir algo, pero tampoco esta vez pudo hacerlo. Asintió con la cabeza—. De manera que nos estaremos quietos durante un rato —añadió ella—. Me he puesto tan nerviosa que se me han mezclado las ideas. Nos quedaremos tranquilos un ratito, hasta que las ponga de nuevo en orden.

Alguien vendría en su ayuda, pensó Blake. Era tan sólo cuestión de minutos. Alguien, al

fijarse en la expresión de su rostro o en la peculiar postura de la señorita Dent, se detendría e intervendría, y todo habría terminado. Lo único que tenía que hacer era esperar a que alguien se diera cuenta de la situación en que se encontraba. Por la ventanilla veía el río y el cielo. Las nubes de lluvia descendían como una cortina, y mientras las contemplaba, una línea de luz naranja en el horizonte adquirió un brillo repentino. El brillo se fue extendiendo —Blake lo veía moverse sobre las olas— hasta barrer las orillas del río con una débil lumbre. Luego la luz se extinguió. La ayuda llegaría en seguida, pensó. Llegaría antes de que se detuvieran de nuevo; pero el tren se paró, algunas personas subieron y otras bajaron, y Blake continuó en la misma situación, a merced de la mujer sentada a su lado. La idea de que el auxilio no llegara era una hipótesis impensable. La posibilidad de que su apuro pasase inadvertido, de que la señora Compton se imaginara que llevaba a cenar a Shady Hill a una pariente pobre, era algo que sólo consideraría más adelante. Luego la saliva le volvió a la boca y pudo hablar de nuevo.

—¿Señorita Dent?

—Dígame.

—¿Qué es lo que quiere?

—Quiero hablar con usted.

—Vaya a mi despacho.

—Oh, no. Fui allí todos los días durante dos semanas.

—Concierte una cita.

—No —dijo ella—. Creo que podemos hablar aquí. Le escribí una carta, pero he estado demasiado enferma para salir a la calle y echarla. Le exponía en ella todas mis ideas. Me gusta viajar. Me gustan los trenes. Uno de mis problemas ha sido siempre la falta de dinero para viajar. Supongo que ve usted este paisaje todas las noches y ya no se fija en él, pero es bonito para alguien que se ha pasado mucho tiempo en la cama. Dicen que Él no está ni en el río ni en las colinas, pero yo creo que sí. «¿Dónde se hallará la sabiduría? —dicen las Escrituras—. ¿Cuál es el sitio del entendimiento? El abismo, dice, no está en mí; el mar, dice, no está en mí. La destrucción y la muerte dicen que hemos oído la fuerza con nuestros oídos.» Ya sé en qué piensa usted —continuó—. Cree que estoy loca, y es cierto que he estado muy enferma, pero voy a mejorar. Hablar con usted hará que me sienta mejor. Estuve en el hospital mucho tiempo antes de empezar a trabajar para usted, pero allí nunca trataron de curarme, sólo querían quitarme la dignidad. Estoy sin trabajo desde hace tres meses. Incluso aunque tuviera que matarlo, no podrían hacer nada conmigo excepto mandarme otra vez al hospital, así que ya puede ver que no tengo miedo. Pero vamos a seguir sentados un poquito más. Tengo que estar muy tranquila.

El tren continuó su progreso renqueante por la orilla del río, y Blake trató de encontrar fuerzas para preparar algún plan de escape, pero la directa amenaza contra su vida lo hacía difícil, y en lugar de planear sensatamente, repasó las muchas maneras en que podría haberla evitado en un principio. Tan pronto como sintió esos remordimientos se dio cuenta de su inutilidad. Era como arrepentirse de no haber sospechado nada cuando ella mencionó por vez primera sus meses en el hospital. Era como arrepentirse de su incapacidad para valorar adecuadamente su timidez, su desconfianza, y la letra que

parecía algo así como las huellas de una zarpa. No había manera de rectificar sus equivocaciones, y Blake sintió —quizá por vez primera en su vida de adulto— toda la fuerza del arrepentimiento. Por la ventanilla vio a unos hombres pescando en el río casi en sombras, y luego un desvencijado club flotante que parecía ser el resultado de clavar unos con otros los trozos de madera que el agua depositaba sobre la orilla.

El señor Watkins se había dormido y estaba roncando. La señora Compton leía el periódico. El tren chirrió, disminuyó la velocidad y se detuvo, achacoso, en otra estación. Blake veía el andén del lado opuesto, donde unos cuantos pasajeros esperaban para ir a Nueva York. Había un obrero con una fiamblera, una mujer endomingada y otra con una maleta. Los tres se mantenían apartados entre sí. En la pared detrás de ellos habían pegado varios anuncios: una pareja brindando con vino, tacones de goma de la marca Cat's Paw, y una hawaiana bailando una danza típica. Su pretendido ambiente de optimismo no parecía llegar más allá de los charcos de agua sobre el andén, daba toda la impresión de morir allí mismo. El andén y las personas que lo ocupaban creaban una sensación de soledad. Al salir de la estación, el tren atravesó un suburbio escasamente iluminado para internarse luego en la oscuridad del campo y del río.

—Quiero que lea mi carta antes de que lleguemos a Shady Hill —dijo ella—. Está sobre el asiento. Cójala. Se la hubiera mandado por correo, pero he estado demasiado enferma para salir. He pasado dos semanas en la cama. Hace tres meses que estoy sin trabajo. No he hablado con nadie a excepción de mi patrona. Haga el favor de leer la carta.

Blake la cogió del asiento donde ella la había dejado. El contacto con el papel de mala calidad le resultó desagradable y le produjo una sensación de suciedad. La hoja estaba doblada dos veces. «Querido esposo —había escrito la señorita Dent con aquella letra suya absurda y delirante—, dicen que el amor humano lleva al divino, pero ¿es eso cierto? Sueño contigo todas las noches. Mis deseos son intensísimos. Siempre he tenido el don de los sueños. El martes soñé con un volcán que arrojaba sangre. Cuando estaba en el hospital decían que querían curarme, pero sólo deseaban quitarme la dignidad. Sólo querían que soñara con labores de costura y de cestería, pero yo no me dejé arrebatar el don de los sueños. Soy clarividente. Sé cuándo va a sonar el teléfono. Nunca he tenido un verdadero amigo en toda mi vida...»

El tren se detuvo de nuevo. Otro andén, otro anuncio con la pareja brindando, el tacón de goma, la bailarina hawaiana. De repente, la señorita Dent acercó otra vez su rostro al de Blake y le susurró al oído:

—Sé lo que está pensando. Lo leo en su cara. Cree que podrá librarse de mí en Shady Hill, ¿no es cierto? Pero hace semanas que lo vengo planeando. No tenía otra cosa en que pensar. No le haré daño si me deja hablar. He estado pensando en demonios. Me refiero a que si hay demonios en el mundo, personas que representan el mal, ¿es obligación nuestra exterminarlos? Sé que usted se aprovecha siempre de la gente débil. Lo veo con claridad. Sí, a veces pienso que debería matarlo. A veces creo que es usted el único obstáculo entre mi felicidad y yo. A veces...

Tocó a Blake con la pistola, que sintió la boca del cañón contra el vientre. El proyectil, a aquella distancia, produciría un orificio muy pequeño al entrar, pero le arrancaría de la espalda un trozo del tamaño de un balón de fútbol. Se acordó de los cadáveres que había visto durante la guerra. El recuerdo le vino de golpe: entrañas, ojos, huesos destrozados, excrementos y otras porquerías.

—Lo único que he deseado en la vida ha sido un poco de amor —prosiguió ella, disminuyendo la presión de la pistola.

El señor Watkins seguía durmiendo. La señora Compton permanecía tranquilamente sentada, con las manos cruzadas sobre el regazo. El vagón se mecía suavemente, y los abrigos y los impermeables de color amarillento que colgaban entre las ventanillas se balanceaban un poco con el movimiento del tren. El codo de Blake descansaba sobre el antepecho de la ventanilla, y su zapato izquierdo pisaba la reja protectora que cubría la tubería del vapor. El vagón olía como una aula miserable. Los pasajeros parecían dormidos y aislados unos de otros, y Blake tuvo la impresión de que quizá no se librara nunca de la mezcla del olor de la calefacción y de la ropa húmeda y de las luces demasiado débiles. Trató de llamar en su ayuda las deliberadas mentiras con las que a veces se infundía ánimos, pero no le quedaban energías ni para confiar en engañarse.

El revisor asomó la cabeza por la puerta y anunció:

—La próxima, Shady Hill.

—Ahora —dijo ella—, va usted a salir delante de mí.

El señor Watkins se despertó de repente, se puso el sombrero y el abrigo, y sonrió a la señora Compton, que reunía sus paquetes con una serie de gestos maternos. Ambos se dirigieron hacia la salida. Blake se reunió con ellos, pero no le dirigieron la palabra ni parecieron fijarse en la mujer a su espalda. El revisor abrió la puerta, y, en la plataforma del vagón vecino, Blake vio a unos cuantos vecinos más que habían perdido el expreso y que esperaban paciente y cansadamente, bajo la luz mortecina, a que terminara su viaje. Alzó la cabeza para ver a través de la puerta abierta la mansión vacía, situada en las afueras del pueblo, con el cartel de PROHIBIDA LA ENTRADA clavado en el tronco de un árbol, y a continuación los depósitos de petróleo. Los estribos de cemento del puente pasaron tan cerca de la puerta abierta que Blake podría haberlos tocado. Luego vio la primera de las farolas del andén donde paraban los trenes con dirección norte, el cartel de SHADY HILL en negro y oro, y la pequeña parcela de césped y el arriate de flores mantenidos por la Asociación para las Mejoras Urbanísticas, y después la parada de taxis y un extremo de la vieja estación pasada de moda. Llovía de nuevo, y con mucha fuerza. Blake oyó el ruido del agua y vio las luces reflejadas en los charcos y sobre el asfalto reluciente, y el sonido indolente de salpicaduras y goteos fue creando en su mente una idea de protección tan alegre y extraña que parecía pertenecer a una época de su vida que ya no era capaz de recordar.

Bajó del tren con la señorita Dent a su espalda. Aproximadamente una docena de coches esperaban junto a la estación con el motor en marcha. Unas pocas personas se apearon de cada uno de los otros vagones; Blake reconocía a la mayoría, pero ninguno se ofreció a llevarlo a casa. Caminaban separados o en parejas, decididos a librarse de la lluvia bajo la protección del andén cubierto, donde oirían los cláxones de los coches que los reclamaban. Era la hora de irse a casa, la hora de tomarse una copa, la hora del amor, la hora de la cena, y Blake veía las luces de la colina bajo cuyo resplandor se bañaba a los niños, se preparaba la carne, se fregaban los platos brillando bajo la lluvia. Uno a uno, los coches fueron recogiendo a los cabezas de familia hasta que sólo quedaron cuatro. Dos de los pasajeros abandonados se subieron al único taxi del pueblo.

—Lo siento, cariño —dijo tiernamente una mujer a su marido cuando apareció conduciendo su automóvil unos minutos después—. Todos nuestros relojes están atrasados.

El último hombre miró la hora, contempló la lluvia, y optó por marcharse andando; Blake lo vio alejarse como si tuvieran alguna razón para decirse adiós: no como se despide a uno de los amigos después de una fiesta, sino más bien como cuando nos enfrentamos con la inexorable y no deseada separación entre espíritu y corazón. Los pasos del hombre resonaron mientras cruzaba el aparcamiento en dirección a la acera, y luego se perdieron. En la estación empezó a sonar un teléfono. Los timbrazos eran fuertes, regularmente espaciados, y no encontraban respuesta. Alguien quería informarse acerca del próximo tren para Albany, pero el señor Flanagan, el jefe de estación, se había marchado a su casa una hora antes, encendiendo todas las luces antes de irse. Ahora brillaban, con sus pantallas de hojalata, cada cierto número de metros, arriba y abajo de los andenes, con la peculiar melancolía de las luces mortecinas y sin objeto. Seguían alumbrando a la bailarina hawaiana, a la pareja que brindaba con vino, al tacón de goma.

—No había estado nunca aquí —comentó la señorita Dent—. Me lo imaginaba de otra forma. Nunca se me ocurrió que tuviera este aspecto tan mezquino. Salgamos de la luz. Vaya hacia allí.

A Blake le dolían las piernas. Se había quedado sin fuerzas.

—Vamos —dijo ella.

Al norte de la estación había un almacén de mercancías, un depósito de carbón, una caleta donde el carnicero y el panadero y el encargado de la gasolinera amarraban los botes que utilizaban los domingos para pescar y que ahora, con la lluvia, estaban sumergidos en el río hasta la borda. Al dirigirse hacia el almacén de mercancías, Blake notó un movimiento en el suelo y oyó un sonido raspante; luego vio una rata que sacaba la cabeza de una bolsa de papel y lo miraba. La rata cogió la bolsa con los dientes y la arrastró hasta una alcantarilla.

—Deténgase —ordenó ella—. Dé la vuelta. Tendría que compadecerme de usted. Hay que ver qué cara se le ha puesto. Pero no sabe lo que yo he tenido que pasar. Me da miedo salir durante el día. Tengo miedo de que el cielo azul se me caiga encima. Me asusta cualquier cosa. Sólo me siento otra vez yo misma cuando empieza a oscurecer. Pero, de todas formas, soy mejor que usted. Aún tengo a veces sueños buenos. Sueño con excursiones, y con el cielo y con la hermandad entre los hombres, y con castillos a la luz de la luna y un río con sauces a lo largo de toda la orilla y con ciudades extranjeras y, después de todo, sé del amor más que usted.

Procedente del río, a oscuras, Blake oyó el zumbido de un motor fuera borda, un sonido que arrastraba tras de sí lentamente, cruzando el agua en tinieblas, tal carga de dulces y transparentes recuerdos de veranos ya idos y de placeres muertos que sintió un hormigueo por todo el cuerpo, y pensó en las montañas cuando se hace de noche y en sus hijos cantando.

—Nunca quisieron curarme —dijo ella—. Me...

El ruido de un tren procedente del norte ahogó su voz, pero ella siguió hablando. El ruido le llenó los oídos, y las ventanillas donde la gente comía, bebía, dormía y leía pasaron a toda velocidad. Cuando el tren llegó más allá del puente, el sonido empezó a debilitarse, y Blake oyó que la señorita Dent le gritaba:

—¡Arrodílese! ¡Arrodílese! Haga lo que le digo. ¡Arrodílese!

Blake se puso de rodillas. Luego inclinó la cabeza.

—Eso está bien —dijo ella—. ¿Ve usted? Si hace lo que le digo, no le haré daño, porque en realidad no quiero hacerle daño, quiero ayudarlo, pero a veces, cuando le veo la cara, me parece que no puedo ayudarlo. A veces me parece que aunque fuera buena y cariñosa y tuviese buena salud (aunque fuera mucho mejor de lo que soy, desde luego), y aunque fuese además joven y hermosa, y me presentara para mostrarle el buen camino, usted tampoco me haría caso. Soy mejor que usted, claro que soy mejor que usted, y no debería perder el tiempo ni echar a perder mi vida de esta manera. Ponga la cara contra el suelo. *¡Ponga la cara contra el suelo!* Haga lo que le digo. *¡Ponga la cara contra el suelo!*

Blake cayó hacia adelante sobre el polvo. El carbón le desolló la cara. Luego se tumbó por completo, llorando.

—Ahora me siento mejor —declaró ella—. Ahora puedo lavarme las manos y olvidarme de usted y de todo esto, porque, ¿sabe?, todavía hay en mí un poco de ternura y de sensatez que soy capaz de descubrir y de usar. Por eso puedo lavarme las manos.

Luego, Blake oyó sus pasos que se alejaban sobre la grava. Después oyó el sonido más claro y más distante que producían sobre la superficie dura del andén. Los oyó debilitarse. Levantó la cabeza. Vio cómo la mujer subía la escalera del puente de madera y cómo lo cruzaba para bajar al otro andén, donde su figura bajo la luz mortecina de las lámparas resultaba pequeña, insignificante e inofensiva. Blake se levantó del polvo, con cautela al principio, hasta que se dio cuenta, por su actitud, por su aspecto, de que la señorita Dent se había olvidado de él; que había terminado de hacer lo que se había propuesto, y que estaba a salvo. Entonces se incorporó del todo, recogió el sombrero de donde había caído y se dirigió hacia su casa.

Sólo una vez mas

No tiene sentido complicarse la vida, pero en cualquier descripción amplia y auténtica de la ciudad en que todos vivimos tiene que haber sitio para decir unas palabras sobre los que se niegan a desaparecer, sobre los que se agarran a cualquier cosa, sobre esas personas que nunca triunfan, pero tampoco se rinden, los eternos insatisfechos que todos hemos conocido en una u otra ocasión. Me refiero a los aristócratas de poca monta que viven en la parte alta del East Side, a esos hombres elegantes y encantadores que trabajan para firmas de abogados y a sus pretenciosas mujeres, con sus visones de saldo y sus estolas raídas, sus zapatos de cocodrilo, sus aires de superioridad al hablar con los porteros y las cajeras de los supermercados, sus joyas de oro de ley y sus últimas gotas de Je Reviens y de Chanel. Estoy pensando en realidad en los Beer —Alfreda y Bob—, que vivían en un bloque de apartamentos del East Side, propiedad en otros tiempos del padre de Bob, rodeados de trofeos náuticos, fotografías dedicadas del presidente Hoover, muebles de estilo español y otras reliquias de la edad de oro. No era un sitio muy bonito, a decir verdad; grande y más bien oscuro, pero, en cualquier caso, por encima de sus posibilidades; se notaba en las caras de los porteros y de los ascensoristas cuando les decías a qué piso ibas. Imagino que siempre pagaban el alquiler con dos o tres meses de retraso y que no podían permitirse el lujo de dar propinas. Alfreda, por supuesto, había ido al colegio en Fiesole. Su padre, como el de Bob, había perdido millones y millones de dólares. Todos sus recuerdos estaban bañados en oro: las elevadas apuestas en las partidas de bridge de antaño, lo difícil que era hacer arrancar el Daimler en los días de lluvia, y las excursiones por el Brandywine con las hijas de Du Pont.

Alfreda era bien parecida: de cara alargada y con ese tipo de belleza rubia característica de Nueva Inglaterra que parece implicar una tímida reivindicación de privilegios raciales. Se diría que para ella nunca habían existido problemas. Cuando andaban mal de dinero, Alfreda trabajaba: primero en Steuben, una lujosa cristalería de la Quinta Avenida; luego se cambió a Jensen's, en donde tuvo problemas por insistir en su derecho a fumar en la tienda. De allí pasó a Bonwit's, y de Bonwit's a Bendel's. Estuvo unas Navidades en Schwarz's y trabajó para Saks durante la Pascua de Resurrección del año siguiente, en la sección de guantes de la planta baja. Durante los períodos entre diferentes empleos tuvo dos hijos, y solía dejarlos al cuidado de una anciana escocesa —otra reliquia familiar de los buenos tiempos— que parecía tan incapaz como los mismos Beer de adaptarse con éxito a un mundo en continua transformación.

Los Beer eran de ese tipo de personas a las que uno se encuentra continuamente en las estaciones de ferrocarril y en las fiestas. Me refiero a las típicas estaciones de los domingos por la noche; sitios para pasar el fin de semana y de final de vacaciones, como el nudo ferroviario de Flemington; lugares como la estación de Lake George, o Aiken o Greenville al comenzar la primavera; sitios como Westhampton, el vapor que hace la travesía hasta Nantucket, Stonington y Bar Harbor; o, para ir un poco más lejos, lugares como la estación de Paddington, o Roma, o el barco nocturno de Amberes. «¡Hola! ¿Qué tal?», saludaban a través de la muchedumbre de pasajeros; y allí estaba él, con su gabardina blanca, su bastón y su sombrero de fieltro, y allí estaba ella, con su visón o su estola raída. Y, en cierto modo, las fiestas donde uno se tropezaba con ellos no eran muy distintas, a decir verdad, de las estaciones, de los nudos ferroviarios, ni de los barcos nocturnos. Eran de ese tipo de

fiestas en las que nunca hay mucha gente ni las bebidas son realmente buenas; fiestas en las que, mientras se bebe y se habla, se advierte una palpable indiferencia más fuerte que cualquier lógico entusiasmo social; como si los lazos familiares, sociales, académicos o geográficos que dan unidad al grupo estuvieran disolviéndose a la misma velocidad que los cubitos de hielo depositados en cada vaso. Pero el ambiente, más que de disolución social, es de sociedad en cambio, en reestructuración: una atmósfera de viaje, a fin de cuentas. Los invitados parecen agruparse sobre la cubierta de un buque o en el andén de una estación, esperando a que el barco o el tren se pongan en movimiento. Más allá de la camarera que recoge las mantas, más allá del vestíbulo y de la puerta contra incendios, parece extenderse una gran masa de aguas oscuras, aguas, a veces, agitadas por la tormenta, y es posible reconocer el gemido del viento, el chirriar de las señales metálicas sobre sus goznes, las luces, los gritos de los marineros y la sirena quejumbrosa de un barco que cruza el canal de la Mancha.

En buena parte, el tropezarse siempre con los Beer en fiestas y en estaciones de ferrocarril se debía a que también ellos buscaban a alguien. No buscaban a alguien como usted o como yo; buscaban a la marquesa de Bath, pero cuando estalla la tempestad cualquier puerto es bueno. La manera que tenían de llegar a una fiesta y mirar a su alrededor era comprensible —todos lo hacemos—, pero su forma de escudriñar a los compañeros de viaje en el andén de una estación ya era otra cosa. Si tenían que esperar más de quince minutos para utilizar un servicio público, eran capaces de examinar a todos los presentes, asegurándose de que debajo del ala de los sombreros o detrás de los periódicos no había ningún conocido.

Estoy hablando de los años treinta y cuarenta, de la época anterior y posterior a la segunda guerra mundial: años en que los problemas económicos de los Beer debieron de verse complicados por el hecho de que sus hijos estaban ya en edad de ir a colegios caros. Hicieron algunas cosas desagradables; firmaron cheques sin fondos y, después de pedir prestado un coche durante un fin de semana y caérseles en una zanja, desaparecieron, lavándose las manos en el asunto. Semejantes jugarretas crearon cierta inestabilidad, tanto en su situación social como económica, pero sobrevivieron gracias a un margen de simpatía y de esperanzas —no había que olvidar la existencia de tía Margaret en Filadelfia y de tía Laura en Boston—, y, todo hay que decirlo, debido a que resultaban encantadores. A la gente siempre le agradaba verlos porque, a pesar de ser las patéticas cigarras de un esplendoroso verano económico, eran capaces de hacer recordar muchas cosas buenas —sitios agradables, diversiones, comidas y amigos—, y la intensidad con que buscaban caras conocidas en los andenes de las estaciones puede perdonárseles si se tiene en cuenta que buscaban en realidad un mundo que les resultara inteligible.

Luego murió tía Margaret, y fue así como me enteré de este interesante acontecimiento: estábamos en primavera, y mi jefe y su mujer se embarcaban camino de Europa; la mañana en que zarpaban fui hasta el barco con una caja de puros y una novela histórica. El barco era nuevo, según recuerdo, con muchos curiosos mirando las obras completas de Edna Ferber encerradas bajo llave en la biblioteca, y asombrándose ante las piscinas vacías y los bares sin bebidas. Los corredores se hallaban abarrotados, y todos los camarotes de primera clase estaban llenos de flores y de visitantes que bebían champán a las once de una mañana melancólica, mientras las verdosas aguas del puerto de Nueva York enviaban su trágico olor hacia las nubes. Hice entrega de los regalos a mi jefe y a su mujer, y luego, buscando la cubierta principal, pasé junto a un camarote o una suite en la que oí las

risas características del internado donde Alfreda se educó. La habitación estaba llena de gente, y un camarero servía champán; cuando saludé a mis amigos, Alfreda se apartó de los demás para hablar conmigo.

—Tía Margaret se nos ha ido —me dijo—, y otra vez tenemos dinero...

Bebí algo de champán, y en seguida se dejó oír la sirena del «todos-a-tierra», vehemente, ensordecedora, como una ronca llamada de la vida misma y, de alguna manera, trágica también como el olor de las aguas del puerto; porque, mientras el grupo se deshacía, me pregunté cuánto podría durarles a aquellos dos la fortuna de tía Margaret. Sus deudas eran enormes, sus costumbres, extravagantes, y ni siquiera un centenar de miles de dólares los llevaría muy lejos.

Esta idea parece haberse quedado grabada en algún lugar de mi mente, porque aquel otoño, durante un combate de pesos pesados en el Yankee Stadium, me pareció ver a Bob que rondaba por allí intentando alquilar unos prismáticos. Lo llamé —grité su nombre—, pero no era él, aunque el parecido resultaba tan extraordinario que sentí como si lo hubiera visto o hubiese tenido al menos una vivida imagen de los contrastes sociales y económicos que aguardaban todavía a aquella pareja.

Quisiera poder decir que, una noche en la que nevaba, al salir del teatro, vi a Alfreda vendiendo lápices en la calle Cuarenta y Seis para regresar desde allí a un sótano del West Side donde Bob agonizaba sobre una colchoneta. Pero eso sólo pondría de manifiesto la pobreza de mi imaginación.

Al decir que los Beer eran del tipo de personas que uno se encuentra en las estaciones de ferrocarril y en las fiestas pasé por alto las playas. Los Beer eran muy acuáticos. Ya se sabe lo que pasa. Durante los meses de verano, la costa del noroeste desde Long Island hasta muy arriba en el estado de Maine, incluyendo las islas cercanas, parece transformarse en una gigantesca casa de intercambio social, y mientras uno está sentado en la arena escuchando la artillería pesada del Atlántico del norte, las figuras de nuestro pasado surgen del agua tan juntas como las pasas en un bollo. Aparece una ola, acelera la marcha, se hincha y se rompe, mostrándonos a Consuelo Roosevelt y al señor y a la señora Vanderbilt, con los hijos de los dos matrimonios. Luego llega una ola que avanza desde la derecha como una carga de caballería, y que arrastra hacia tierra a Lathrope Macy con la segunda mujer de Emerson Crane sobre un bote de goma, y al obispo de Pittsburgh montado en la cámara de un neumático. Finalmente, otra ola rompe a nuestros pies haciendo el ruido de la tapa de un baúl al cerrarla con violencia, y allí están los Beer.

—Cuánto nos alegramos de verte, qué alegría tan grande...

Ésa es la razón de que el verano y el mar sean el escenario de su última aparición: al menos de la última aparición que tiene interés para nuestra historia. Nos encontramos en un pequeño pueblo de Maine, pongamos por caso, y decidimos salir de excursión con la familia en barca y llevarnos la comida. El conserje del hotel nos dice dónde podemos alquilar un bote, envolvemos los sándwiches y, siguiendo sus instrucciones, llegamos al muelle. En una casucha encontramos a un viejo que alquila un balandro; le dejamos un depósito, firmamos un papel muy sucio, y nos damos cuenta de que a las diez de la mañana el anciano ya está borracho. En un bote de remos nos lleva hasta donde está amarrado el balandro; nos despedimos de él y luego, al comprobar que la embarcación está inservible, lo

llamamos, pero ya se ha dado la vuelta en dirección a tierra firme y no nos oye.

Hay tanta agua a bordo que las tablas que cubren el fondo flotan. Además, la aguja del timón está torcida, y uno de los pernos completamente oxidado. Las poleas están rotas y cuando, después de achicar el agua, alzamos la vela, descubrimos que se halla podrida y rasgada. Finalmente nos ponemos en marcha —empujados por la impaciencia de los niños—, navegamos hasta una isla y comemos. Luego intentamos volver a casa. Pero el viento tiene ahora nuevos bríos; ha cambiado de dirección y sopla hacia el suroeste; cuando ya hemos abandonado la isla, se rompe el soporte de estribor, el cable sale disparado hacia arriba y se enrolla alrededor del mástil. Estiramos la vela y reparamos el soporte con alambre. Entonces nos damos cuenta de que la marea nos es contraria y de que nos dirigimos rápidamente hacia mar abierto. El soporte que acabamos de reparar nos permite navegar durante diez minutos, hasta que se nos rompe el de babor. Ahora estamos en una situación difícil. Pensamos en el viejo de la casucha y en su cabeza repleta de vapores de alcohol, porque es la única persona que sabe dónde estamos. Intentamos remar con las tablas del suelo, pero no conseguimos nada contra la fuerza de la marea. ¿Quién nos salvará? ¡Los Beer!

Al anoecer, aparecen por el horizonte en uno de esos yates de grandes dimensiones con una plataforma sobre el puente, luces con pantallas y jarrones con rosas dentro del camarote. Un marinero contratado maneja el timón, y Bob nos echa un cable. Es algo más que un encuentro inesperado entre viejos amigos: nos han salvado la vida. Casi desvariamos. El marinero se instala en el balandro y diez minutos después de librarnos de las fauces de la muerte estamos bebiendo martinis en el puente. Nos van a llevar a su casa, dicen. Podemos pasar allí la noche. Y aunque el escenario y el *atrezzo* no son muy distintos de otras veces, la relación de los Beer con ellos es completamente distinta. Se trata de *su* casa, de *su* barco. Nos preguntamos cómo —estamos atónitos—, y Bob es lo suficientemente cortés como para darnos una explicación, en voz baja, casi con un murmullo, como si se tratara de algo sin importancia:

—Cogimos la mayor parte del dinero de tía Margaret, todo el de tía Laura y un poco que nos dejó tío Ralph, y lo invertimos en la Bolsa, ¿sabes?, y se ha triplicado en los dos últimos años, un poco más incluso. He vuelto a comprar todo lo que papá perdió: bueno, las cosas que me interesaban. Esa de ahí es mi goleta. La casa es nueva, por supuesto. Ésas son nuestras luces.

El atardecer y el océano, que parecían tan amenazadores desde el barquichuelo, se extienden ahora a nuestro alrededor con milagrosa tranquilidad, y nos disponemos a pasarlo bien con nuestros amigos, porque los Beer son encantadores —siempre lo han sido—, y ahora resulta además que son inteligentes, porque ¿no demuestra inteligencia haber sabido que el verano llegaría una vez más para ellos?

El ladrón de Shady Hill

Me llamo Johnny Hake. Tengo treinta y seis años. Mido 1,78 en calcetines, peso 64 kilos desvestido, y estoy, por así decirlo, desnudo en este momento y hablando en la oscuridad. Fui concebido en el hotel St. Regis, nací en el hospital presbiteriano, me educaron en Sutton Place, fui bautizado y confirmado en la iglesia de San Bartolomé, y me entrené con los Knickerbocker Greys, jugué al rugby y al béisbol en Central Park, hacía gimnasia en el almacén de los toldos de los bloques de apartamentos del East Side, y conocí a mi mujer (Christina Lewis) en una de esas grandes fiestas en el Waldorf. Serví cuatro años en la marina, ahora tengo cuatro hijos y vivo en un suburbio llamado Shady Hill. Tenemos una hermosa casa con jardín y barbacoa al aire libre, y las noches de verano, sentado allí con los niños y mirando lo que el escote de Christina deja ver cuando se inclina para dar la vuelta a los filetes y echarles sal, o simplemente contemplando las luces del cielo, me estremezco como me estremecen ocupaciones más audaces y peligrosas, y me imagino que eso es lo que significa el dolor y la dulzura de la vida.

Inmediatamente después de la guerra, fui a trabajar con un fabricante industrial, y creí que aquel empleo acabaría convirtiéndose en mi vida. La empresa era patriarcal, es decir, el anciano te ponía a hacer una cosa y luego te cambiaba a otra, llevaba las riendas de cada caballo —el molino de Jersey y la planta de transformación de Nashville— y se comportaba como si hubiese soñado toda su industria en el curso de una siesta. Yo me quitaba del camino del viejo tan ágilmente como podía, y me comportaba en su presencia como si fuese un pedazo de arcilla que él hubiese moldeado con sus propias manos y al que hubiera infundido el fuego de la vida. Era el tipo de déspota que necesitaba una fachada, y en eso consistía el trabajo de Gil Bucknam. Era la mano derecha, la fachada y el pacificador del anciano, y podía negociar cualquier asunto con la humanidad de la que el viejo carecía, pero empezó a faltar a la oficina; al principio un día o dos, luego dos semanas, y posteriormente durante más tiempo. Al volver, alegaba problemas estomacales o vista cansada, aunque se veía de lejos que estaba trastornado. No era tan extraño, puesto que beber como un cosaco era uno de los cometidos que debía cumplir para la empresa. El viejo lo aguantó durante un año, y después vino a mi despacho una mañana y me dijo que me presentara en el apartamento de Bucknam y le comunicara que estaba despedido.

Era una maniobra tan sucia y tortuosa como enviar al botones a poner de patitas en la calle al presidente del consejo de administración. Bucknam no sólo era mi superior, sino que me llevaba muchos años y era un hombre que condescendía a pagarme una copa en cualquier momento, pero así solía proceder el viejo, y yo sabía lo que tenía que hacer. Telefoneé a casa de Bucknam y su mujer me dijo que podría ver a Gil esa tarde. Comí solo y anduve vagando por la oficina hasta eso de las tres; a esa hora salí, y me dirigí andando desde nuestra sede, en el centro de la ciudad, hasta el apartamento de Bucknam, en una de las calles setenta del East Side. Era a principios del otoño —se estaba celebrando el campeonato mundial de béisbol— y una tormenta se cernía sobre la ciudad. Alcancé a oír el estruendo de artillería en las nubes y a olisquear la lluvia cuando llegué al domicilio de Bucknam. Su mujer me hizo pasar, y todas las penalidades del pasado año parecían pintadas en su cara, apresuradamente escondidas por una densa capa de maquillaje. No he visto nunca unos ojos tan apagados; llevaba uno de esos vestidos anticuados con grandes flores estampadas que se usaban en las

fiestas al aire libre. (Tenían tres hijos en la universidad, un yate con un marinero a sueldo y muchos otros gastos.) Gil estaba en la cama y la señora Bucknam me llevó al dormitorio. La tormenta estaba ahora a punto de estallar, y todo estaba bañado por una grata semioscuridad tan semejante al alba que más que transmitirnos uno a otro malas noticias parecía que estábamos durmiendo y soñando.

Gil estuvo divertido, adorable, condescendiente, y me dijo que se alegraba muchísimo de verme; había comprado un montón de regalos para mis hijos en su último crucero a las Bermudas, y se había olvidado de enviármelos.

—¿Podrías traer esas cosas, cariño? —preguntó—. ¿Te acuerdas de dónde las pusimos?

Ella volvió a entrar en la habitación con cinco o seis paquetes grandes de aspecto caro y los depositó sobre mis rodillas.

Pienso en mis hijos como un padre afectuoso, y me encanta hacerles regalos. Por eso me entusiasmé. Era una artimaña, desde luego —sospecho que de ella—, una de las muchas que seguramente habría concebido a lo largo del año anterior para que el mundo no se les cayera encima. (Pude advertir que el papel de envolver no era reciente, y al llegar a casa y encontrar dentro unos viejos suéters de cachemira que las hijas de Gil no habían llevado a la universidad y una gorra escocesa con la badana sucia, aumentó mi compasión por los Bucknam en apuros). Con el regazo lleno de obsequios para mis niños y la piedad rezumando por todos mis poros, no me atreví a darle la puntilla. Hablamos del campeonato de béisbol y de ciertos asuntos insignificantes de la oficina, y cuando empezó a llover y se levantó viento ayudé a la señora Bucknam a cerrar las ventanas del apartamento. Después me marché, cogí uno de los primeros trenes y me volví a casa en medio de la tormenta. Cinco días después, Gil Bucknam tomó la decisión de dejar la bebida definitivamente y se presentó en la oficina para sentarse de nuevo a la derecha del anciano patrón; la mía fue una de las primeras cabezas que pidió. Di en pensar que si mi destino hubiera sido ser bailarín de ballet ruso o fabricar piezas de orfebrería, pintar bailarinas Schuhplattler en cajones de escritorio y paisajes sobre conchas de almeja o vivir en algún lugar de marea muy baja como Provincetown, no habría conocido un puñado de gente más extraña que la que conocía en aquella empresa. Y entonces me decidí a volar con mis propias alas.

Mi madre me enseñó a no hablar nunca de dinero cuando el dinero sobra, y por mi parte he sido siempre muy reacio a hablar de él cuando escasea, de modo que apenas puedo referir lo que ocurrió durante los seis meses que siguieron. Alquilé un local para oficina —un cubículo con espacio para un escritorio y un teléfono— y envié cartas, pero rara vez me contestaban, y habría dado lo mismo que el teléfono hubiese estado desconectado, y cuando llegó el momento de pedir dinero prestado, no encontré un lugar donde acudir. Mi madre odia a Christina, y de todas formas no creo que tenga mucho dinero, porque nunca me compró un abrigo o un bocadillo de queso cuando yo era pequeño sin recordarme que el obsequio procedía de su economía.

Tenía muchos amigos, pero aunque mi vida dependiera de ello no podría pedirle a un hombre que me invitara a una copa y darle un sablazo de quinientos billetes; y yo necesitaba más. Lo peor de todo es que no había descrito la situación a mi mujer de una forma adecuada.

En eso pensaba una noche en que nos estábamos vistiendo para ir a cenar a casa de los

Warburton, que vivían carretera arriba. Christina estaba sentada ante el tocador, poniéndose los pendientes. Es una mujer hermosa y en la flor de la vida, y su ignorancia de la penuria económica es completa. Posee un grácil cuello, sus senos relucían al alzarse bajo la tela de su vestido y, al observar el deleite saludable y honesto que extraía de la contemplación de su propia imagen, no me atreví a decirle que estábamos arruinados. Ella había endulzado gran parte de mi vida, y al contemplarla renacían en mi interior los manantiales de una clara energía que transformaba en vívidos y alegres la habitación, los cuadros de la pared y la luna que alcanzaba a ver por la ventana. La noticia la haría llorar, estropearía su maquillaje y habitación de huéspedes. Parecía haber tanta verdad en su belleza y en el poder que ella ejercía sobre mis sentidos como en el hecho de que nuestra cuenta bancaria arrojase un saldo negativo.

Los Warburton son ricos, pero no alternan; incluso es posible que les traiga sin cuidado. Ella es una vieja cobarde, y él la clase de hombre que a uno no le hubiera gustado tener como compañero de escuela. Es una mala persona, tiene la voz áspera y una idea fija: la lascivia. Los Warburton siempre están gastando, y por eso hay que hablar de dinero con ellos. El suelo de su vestíbulo es de mármol blanco y negro procedente del antiguo Ritz; su casita de Sea Island está siendo habilitada para el invierno; van en avión a Davos para pasar allí diez días; piensan comprar un par de caballos de monta y están construyendo una nueva ala para su casa. Esa noche llegamos con retraso. Los Meserve y los Chesney ya estaban allí, pero Carl Warburton aún no había llegado y Sheila estaba preocupada.

—Carl tiene que atravesar un barrio horrible para ir a la estación —dijo—, y lleva encima miles de dólares; tengo tanto miedo de que lo atraquen...

Carl llegó por fin a casa, contó un chiste verde a la variada concurrencia y nos sentamos a cenar. Era de esas fiestas en las que todos los presentes se han dado una ducha y puesto sus mejores galas, y en que algún viejo cocinero lleva desde el amanecer pelando champiñones o extrayendo la carne de la concha de los cangrejos. Yo quería pasármelo bien. Ése era mi deseo, pero mis deseos no lograron esa noche hacerme despegar los pies del suelo. Me sentía como cuando mi madre me llevaba de niño, por medio de amenazas y promesas, a una de aquellas fiestas de cumpleaños indescritiblemente atroces. La reunión se prolongó hasta eso de las once y media, y volvimos a casa. Me quedé un rato en el jardín acabando uno de los puros de Carl Warburton. Era la noche del jueves y mis cheques no serían devueltos hasta el martes siguiente, pero tenía que hacer algo pronto. Christina estaba dormida cuando subí y también a mí me rindió el sueño, pero desperté alrededor de las tres.

Había estado soñando con envolver pan en papel de colores. Había visto en sueños un anuncio a toda página en una revista de difusión nacional: ¡DÉ UN POCO DE COLOR A SU PANERA! Rebanadas de pan cubrían la página con colores de tonos parecidos a los de las joyas: pan turquesa, pan rubí, pan de color esmeralda. La idea me pareció buena en sueños; me había animado, y verme sumido en la oscuridad del dormitorio fue como si me echaran un jarro de agua fría. Repentinamente entristecido, me puse a pensar en todos los cabos sueltos de mi vida, y así llegué a evocar a mi madre, anciana ya, que vive sola en un hotel de Cleveland. La vi vistiéndose para bajar a cenar en el comedor del hotel. Inspiraba piedad imaginarla así: solitaria y entre extraños. Y, sin embargo, cuando volvió la cabeza, vi que todavía le quedaban algunos dientes afilados en las encías.

Me envió a la universidad, lo dispuso todo para que mis vacaciones transcurrieran en agradables entornos y espoleó mis ambiciones, las mismas que conservo, pero se opuso tenazmente a mi matrimonio, y desde entonces nuestra relación ha sido tirante. A menudo la he invitado a que venga a vivir con nosotros, pero siempre se niega, y siempre con resentimiento. Le envío flores y obsequios,

le escribo todas las semanas, pero parece que estas atenciones únicamente sirven para fortalecer su convicción de que mi matrimonio ha sido un desastre para ella y para mí. Luego pensé en las cintas de su delantal, pues cuando yo era niño me parecía que aquellas cintas estaban tendidas sobre los océanos Pacífico y Atlántico; me daban la sensación de que se enlazaban, como estelas de vapor, bajo la mismísima bóveda del paraíso. Entonces la evoqué sin rebeldía ni inquietud; simplemente con la tristeza de comprobar que todos nuestros esfuerzos habían cosechado tan pocas emociones limpias, y que ni siquiera podíamos tomar juntos una taza de té sin remover toda clase de amargos sentimientos. Anhelé corregir aquel estado de cosas, revivir toda la relación con mi madre sobre un trasfondo más sencillo y humano, un marco en el que mi educación no se hubiera cobrado un precio tan alto en emociones malsanas. Quise recrear todo aquel pasado en una Arcadia afectiva en que nuestra conducta fuera diferente, para de este modo poder pensar en ella a las tres de la mañana sin sentimiento de culpa y para ahorrarle soledad y olvido en su vejez.

Me acerqué un poco a Christina, y al entrar en el espacio bañado por su calor sentí de pronto que todo era amable, encantador, pero ella se movió en sueños y se alejó de mi lado. Entonces tosí. Tosí de nuevo. Tosí ruidosamente. No pude contener la tos, salí de la cama, fui al oscuro cuarto de baño y bebí un vaso de agua. Me asomé a la ventana del baño y miré el jardín. Hacía un poco de viento del alba —un rumor lluvioso inundaba el aire— agradable de sentir en la cara. Había unos cigarrillos detrás del retrete y encendí uno para recobrar el sueño. Pero al inhalar el humo me dolieron los pulmones, y de improviso me asaltó el convencimiento de que me estaba muriendo de cáncer.

Había experimentado todo tipo de disparatadas melancolías —nostalgias de países donde jamás había estado, anhelos de ser lo que no podía ser—, pero aquellas fantasías resultaban triviales comparadas con la premonición de mi muerte. Tiré el cigarro al retrete (¡pin!) y enderecé la espalda, pero el dolor en el pecho no hizo sino aumentar, y me persuadí de que el deterioro ya se había iniciado. Mis amigos pensarían en mí cariñosamente, sin duda, y seguramente Christina y los niños me recordarían con amor. Pero luego volví a pensar en el dinero, los Warburton y los cheques sin fondos acercándose a la cámara de compensación, y me pareció que el dinero prevalecía sobre el amor. Había codiciado a algunas mujeres —sucumbido a la envidia, de hecho—, pero me dio la sensación de que nunca había ambicionado a nadie del modo como esa noche anhelaba dinero. Fui al armario de nuestro dormitorio y me puse unos viejos zapatos azules de lona, un par de pantalones y un jersey oscuro. Luego bajé y salí de casa. La luna había salido y no había muchas estrellas, pero el aire de encima de los árboles y los setos rezumaba una luz tenue. Rodeé el jardín de los Trenholme, hollando la hierba sigilosamente, y llegué por el césped a la casa de los Warburton. Aceché los ruidos procedentes de las ventanas abiertas y sólo oí el tictac de un reloj. Subí los peldaños de la escalinata delantera, abrí la puerta de tela metálica y crucé el piso de mármol del antiguo Ritz. Bajo la débil luz nocturna que entraba por las ventanas, la casa parecía una concha, un nautilo modelado para hospedarse a sí mismo.

Oí el ruidito producido por la chapa del collar de un perro, y el viejo cocker de Sheila vino trotando por el vestíbulo. Lo acaricié detrás de las orejas y el animal volvió al sitio donde tenía su cama, gruñó y se quedó dormido. Conocía la casa de los Warburton tan bien como la mía. La escalera estaba alfombrada, pero primero asenté el pie sobre uno de los peldaños para ver si crujía. Luego empecé a subir la escalera. Las puertas de todos los dormitorios estaban abiertas, y en el de Carl y Sheila, donde a menudo había dejado mi abrigo con ocasión de grandes cócteles, capté el sonido de una respiración profunda. Me detuve en la entrada un segundo para orientarme. En la penumbra pude discernir la cama y una chaqueta y un par de pantalones colgados en el respaldo de una silla. Con rápidos movimientos, entré en el cuarto, saqué un abultado billetero del bolsillo interior de la chaqueta y emprendí el camino de vuelta hacia el vestíbulo. Mi violenta emoción tal vez me volvió torpe,

porque Sheila se despertó. Oí que decía:

—¿Has oído ese ruido, cariño?

—El viento —murmuró él entre dientes, y se restableció el silencio.

Me hallaba ya a salvo en el vestíbulo, a salvo de todo excepto de mí mismo. Parecía atezado por un ataque de nervios. Me había quedado sin saliva, mi corazón parecía haber detenido su bombeo, y fuera cual fuese la fuerza que mantenía mis piernas derechas, me había abandonado. Únicamente logré avanzar apoyándome en la pared. Me aferré a la barandilla al bajar la escalera y salí de allí tambaleándome.

Una vez en la oscura cocina de mi casa, bebí tres o cuatro vasos de agua. Debí de permanecer junto al fregadero una media hora o quizá más antes de que se me ocurriera registrar el billetero de Carl. Bajé al sótano y cerré la puerta antes de encender la luz. Había poco más de novecientos dólares. Apagué la luz y regresé a la oscuridad de la cocina. Oh, ¡jamás sospeché que un hombre pudiera ser tan desdichado ni que la mente pudiera abrir tantos compartimentos y anegarlos de remordimiento! ¿Dónde quedaban los riachuelos de truchas de mi juventud y otros inocentes placeres? El olor a cuero quemado de las aguas sonoras y la penetrante fragancia de los bosques tras una lluvia torrencial; o, al rayar el alba, las brisas estivales olorosas al aliento herbáceo de las vacas lecheras —la cabeza puede darte vueltas— y todos los arroyos pletóricos de truchas (o así lo imaginaba en la oscura cocina), nuestro tesoro sumergido. Lloré.

Shady Hills es, como digo, un suburbio, blanco de críticas de los planificadores urbanos, aventureros y poetas líricos, pero si uno trabaja en la ciudad y tiene hijos que criar, no concibo un lugar mejor. Es cierto que mis vecinos son ricos y que en este caso la riqueza significa ocio, pero emplean su tiempo sabiamente. Viajan por el mundo y oyen buena música, y ante un surtido de libros en un aeropuerto, elegirán Tucídides y en ocasiones santo Tomás de Aquino. Instados a construir refugios antiaéreos, plantan árboles y rosas, y sus jardines son espléndidos, radiantes. Si a la mañana siguiente hubiese contemplado desde la ventana de mi cuarto de baño la maloliente ruina de una gran ciudad, posiblemente no habría sido tan violento mi sobresalto como lo fue al recordar lo que había hecho la noche anterior; los fundamentos morales se habían retirado de mi mundo sin alterar un ápice la luz del sol. Me vestí furtivamente —¿qué hijo de la oscuridad desea oír las alegres voces de su familia?— y cogí uno de los primeros trenes. Mi traje de gabardina pretendía reflejar limpieza y honradez, pero yo era una desdichada criatura de pasos descarriados por el rumor del viento. Leí el periódico. En el Bronx habían robado una nómina por valor de treinta mil dólares. Una rica mujer de White Plains había vuelto a casa de una fiesta y se había encontrado con que sus pieles y sus joyas habían desaparecido. Se habían apoderado de sesenta mil dólares en medicinas de un almacén de Brooklyn. Me sentí mejor al comprobar lo corriente que era mi delito. Pero solamente un poco, y no por mucho tiempo. Luego hice frente una vez más a la conciencia de que yo era un vulgar ladrón y un impostor, y que había hecho algo tan censurable que violaba los principios de cualquier religión conocida. Había robado y, lo que es peor, había allanado la morada de un amigo y pisoteado todas las leyes no escritas que aseguran la supervivencia de una comunidad. Mi conciencia me picoteó tanto el ánimo —como el duro pico de una ave carnívora— que mi ojo izquierdo se contrajo repentinamente, y una vez más me sentí al borde de un colapso nervioso. El tren llegó a la ciudad y yo fui al banco. Al salir casi me atropella un taxi. No temí por mis huesos, sino por la posibilidad de que encontrasen en

mi bolsillo el billetero de Carl Warburton. Cuando creí que nadie me miraba, limpié la cartera con mis pantalones (por las huellas digitales) y la dejé caer en un cubo de basura.

Pensando que un café me sentaría bien, entré en un restaurante y me senté a una mesa en compañía de un desconocido. No habían retirado los manteles de papel ni los vasos de agua medio vacíos, y en el lugar que ocupaba el extraño había una propina de treinta y cinco centavos que había dejado un cliente anterior. Consulté el menú, pero por el rabillo del ojo observé que el desconocido se embolsaba los treinta y cinco centavos. ¡Vaya granuja! Me levanté y salí del restaurante.

Llegué a mi cubículo, colgué el sombrero y el abrigo, me senté ante el escritorio, estiré los puños, suspiré y alcé la mirada como si estuviera a punto de empezar una jornada llena de desafíos y decisiones. No había encendido la luz. Al cabo de un rato ocuparon la oficina de al lado y oí a mi vecino aclararse la garganta, toser, raspar una cerilla y disponerse a atacar los asuntos del día.

Las paredes eran delgadas —mitad cristal esmerilado y mitad madera contrachapada—, y no existía intimidad acústica en aquellos despachos. Busqué en mi bolsillo un cigarro con tanta cautela como la que había desplegado en casa de los Warburton, y aguardé a que un camión que pasaba por la calle hiciese ruido para ahogar el chasquido de mi cerilla. El prurito de la indiscreción se apoderó de mí. Mi vecino estaba tratando de vender por teléfono unas existencias de uranio. Procedía del siguiente modo: primero era cortés, luego grosero: «¿Qué le pasa, Fulano? ¿No quiere ganar un dinerillo?» Después se mostraba muy desdenoso: «Lamento haberlo molestado. Creí que tendría sesenta y cinco dólares para invertir.» Hizo doce llamadas sin hallar comprador. Yo estaba más silencioso que un ratón. Luego llamó a la oficina de información de Idlewild para enterarse de la llegada de aviones procedentes de Europa. El de Londres llegaría a su hora. Los de Roma y París venían con retraso.

—No, no está aquí todavía —oí decir a alguien por teléfono—. Todavía está oscuro ahí al lado.

El corazón me latía a toda velocidad. Entonces mi teléfono empezó a sonar y conté doce timbrazos antes de que cesara.

—Estoy seguro, seguro —dijo el hombre del despacho contigo—. Está sonando su teléfono y no contesta, no es más que un solitario hijo de puta en busca de trabajo. Adelante, adelante, te digo. No tengo tiempo de ir ahí. Vamos... Siete, ocho, tres, cinco, siete, siete.

Cuando colgó, fui hasta la puerta, la abrí, la cerré, encendí las luces, moví los percheros, silbé una canción, me dejé caer pesadamente en la silla ante mi escritorio y marqué el primer número de teléfono que se me pasó por la cabeza. Era el de un antiguo amigo, Burt Howe, que exclamó al oír mi voz:

—Hakie, ¡te he estado buscando por todas partes! Seguro que levantaste el campamento y te escabulliste.

—Sí —respondí.

—Te escabulliste —repitió Howe—. Te has esfumado. Pero de lo que quería hablarte es de ese negocio que pensé que podría interesarte. Es un chollo, pero no te llevará más de tres semanas. Tan sencillo como un robo. Son crédulos, estúpidos y están forrados: es como robar.

—Sí —dije.

—Bueno, entonces, ¿podemos vernos a las doce y media para comer en Cardin y que te dé los detalles?

—De acuerdo —respondí con voz ronca—. Muchas gracias, Burt.

—Fuimos a la cabaña el domingo —estaba diciendo el hombre del despacho vecino cuando yo colgué—. A Louise le picó una araña venenosa. El médico le puso una inyección. Se pondrá bien. — Marcó otro número y repitió—: Fuimos a la cabaña el domingo. A Louise le picó una araña venenosa...

Era posible que un hombre cuya mujer ha sido mordida por una araña y que disponga del tiempo necesario llame a tres o cuatro amigos para contárselo, y era asimismo posible que la araña fuese una frase cifrada de advertencia o conformidad con determinado negocio ilícito. Lo que me atemorizaba era el hecho de que, habiéndome convertido en un ladrón, me parecía verme rodeado de ladrones y estafadores. Mi ojo izquierdo repitió el tic, y la incapacidad de una parte de mi conciencia para resistir al asedio de los reproches que me formulaba otra vez me obligaron a buscar desesperadamente a alguien a quien se pudiese censurar. Muchas veces había leído en los periódicos que el divorcio conduce en ocasiones al delito. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía alrededor de cinco años. Era una buena pista que en seguida me condujo a otra mejor.

Mi padre se fue a vivir a Francia después del divorcio y no lo vi durante diez años. Luego escribió a mamá pidiéndole permiso para verme y ella preparó el encuentro diciéndome lo borracho, cruel y obsceno que era el viejo. Transcurría el verano y estábamos en Nantucket, y yo cogí solo el vapor y fui a Nueva York en tren. Me reuní con mi padre en el Plaza a primera hora de la noche, aunque no tan temprano como para que no hubiese empezado ya a beber. Con el agudo y sensible olfato de un adolescente, olí su aliento a ginebra y noté que se golpeaba contra una mesa y que a veces repetía sus palabras. Pensé más tarde que aquella cita debió de ser agotadora para un hombre de su edad, sesenta años. Cenamos y luego fuimos a ver *Roses of Picardy*. Tan pronto como salieron las coristas, me dijo que podría acostarme con la que me apeteciese; había resuelto todos los trámites. Incluso podría elegir a una de las bailarinas solistas. Ahora bien, si yo hubiera pensado que él había cruzado el Atlántico para prestarme aquel servicio habría sido distinto, pero sentí que había hecho el viaje con objeto de causar un perjuicio a mi madre. Yo estaba asustado. El espectáculo se desarrollaba en uno de esos teatros anticuados que parecen sostenerse gracias a los ángeles. Ángeles de un color pardo dorado sujetaban el techo; sostenían los palcos; incluso se habría dicho que eran el soporte de un anfiteatro que daba asiento a cuatrocientas personas. Pasé mucho tiempo mirando a aquellos polvorientos ángeles dorados. Si el techo del teatro hubiera caído sobre mi cabeza, habría sentido alivio. Después de la función volvimos al hotel para lavarnos antes de reunirnos con las chicas, y el hombre se tendió en la cama durante un minuto y empezó a roncar. Cogí su cartera, que contenía cincuenta dólares, dormí en la estación Grand Central y me volví temprano a Woods Hole. Así pues, todo aquel asunto se explicaba, incluso la violencia de la emoción que había experimentado en el vestíbulo superior de los Warburton; había estado reviviendo aquella escena acaecida en el Plaza. No fue culpa mía que entonces hubiera robado, ni tampoco lo fue cuando acudí a casa de mis vecinos. ¡Fue culpa de mi padre! Entonces recordé que estaba enterrado en Fontainebleau desde hacía quince años, y ahora no sería mucho más que polvo.

Fui al servicio de hombres, me lavé las manos y la cara y me peiné hacia atrás con cantidad de

agua. Era hora de salir a almorzar. Pensé con inquietud en la comida que me esperaba y, al preguntarme por qué, reparé con asombro en que se debía al libre empleo que Burt Howe daba a la palabra «robar». Confié en que no siguiera usándola.

En cuanto esta idea revoloteó por mi mente en los servicios, la contracción de mi ojo pareció extenderse hasta la mejilla; era como si el verbo estuviese hincado en el idioma inglés como un anzuelo envenenado. Yo había cometido adulterio, y la palabra «adúltero» no poseía fuerza para mí; me había emborrachado, y el vocablo «borrachera» carecía de un poder extraordinario. Sólo el término «robar» y su cortejo de sustantivos, verbos y adverbios poseían la facultad de tiranizar mi sistema nervioso, como si yo hubiera desarrollado inconscientemente cierta doctrina en la que el acto de hurtar cobraba preeminencia sobre los demás pecados que se enumeran en los Diez Mandamientos, y fuese signo de muerte moral.

El cielo estaba oscuro cuando salí a la calle. Las luces fulguraban por todas partes. Miré al rostro de la gente que se cruzaba conmigo en busca de alentadoras señales de honradez en un mundo tan corrompido, y en la Tercera Avenida vi a un joven con una taza de hojalata que mantenía los ojos cerrados para aparentar ceguera. El sello de la ceguera, la impresionante inocencia de la parte superior de una cara, se veía desmentido por el ceño fruncido y las patas de gallo de los ojos de un hombre que era capaz de ver su bebida en el bar. Había otro mendigo ciego en la calle Cuarenta y Uno, pero no examiné sus cuencas oculares porque advertí que no podía certificar la autenticidad de cada mendigo urbano.

Cardin es un restaurante para hombres situado en una de las calles cuarenta. La agitación y el bullicio del vestíbulo me volvieron retraído, y la chica del guardarropa, al reparar (me imagino) en el tic de mi ojo, me dirigió una mirada hastiada.

Burt estaba ya en la barra, y después de haber pedido las bebidas hablamos directamente de negocios.

—Para un asunto como éste deberíamos vernos en un callejón trasero —dijo—, pero se trata de un primo, su dinero y demás. Son tres críos. Uno de ellos es P. J. Burdette, y entre los tres tienen un millón limpio para tirarlo por ahí. Está visto que alguien va a robárselo, así que lo mismo puedes ser tú.

Coloqué una mano sobre el lado izquierdo de mi cara para tapar el tic. Al tratar de llevarme el vaso a la boca, me derramé ginebra sobre el traje.

—Los tres acaban de salir de la universidad —prosiguió Burt—. Y los tres tienen tan llenos los bolsillos que si los dejas sin blanca ni siquiera lo notarán. Pues bien, para participar en este atraco lo único que tienes que hacer es...

Los servicios estaban al otro extremo del restaurante, pero fui hasta allí. Llené el lavabo de agua fría y hundí en él la cabeza y la cara. Burt me había seguido hasta los lavabos. Mientras me secaba con una toalla de papel, dijo:

—En serio, Hakie, no iba a decirte nada, pero ahora que te has puesto malo, por lo menos puedo decirte que tienes un aspecto pésimo. Te aseguro que me di cuenta de que algo no andaba bien nada más verte. Sólo quería decirte que, sea lo que sea, whisky, droga o problemas en casa, es mucho

más tarde de lo que crees, y quizá deberíamos hacer algo al respecto. No me guardes rencor por decirte esto.

Respondí que estaba enfermo, y aguardé en el retrete el tiempo suficiente para que Burt se largara. Luego recogí mi sombrero y coseché otra mirada de hastío de la chica del guardarropa y, sentado en una silla, leí en el periódico de la tarde que unos ladrones de banco habían huido en Brooklyn con dieciocho mil dólares.

Paseé por las calles preguntándome cómo me convertiría en carterista y ladrón de bolsos, y los arcos y las agujas de la catedral de San Patricio sólo me recordaron los cepillos de limosnas para los pobres. Cogí el acostumbrado tren a casa, contemplando por la ventanilla el apacible paisaje y el primaveral atardecer, y me pareció que los pescadores y los bañistas aislados y los vigilantes de los pasos a nivel, los que jugaban a la pelota en los solares y los amantes no avergonzados de su diversión, los propietarios de pequeñas embarcaciones y los hombres que jugaban a las cartas en los parques de bomberos eran quienes remendaban los grandes agujeros que hacían en el mundo las personas como yo.

Christina es de esas mujeres que cuando la secretaria de la asociación de ex alumnos de su universidad le pide que describa su posición social, se marea pensando en la diversidad de sus actividades y sus intereses. ¿Y qué tiene que hacer en un día determinado, haciendo una excepción aquí y allá? Me lleva en coche al tren. Manda reparar los esquís. Reserva una pista de tenis. Compra el vino y la comida para la cena mensual de la Société Gastronomique du Westchester Nord. Consulta alguna que otra definición en el Larousse. Asiste a un simposio de la Liga de Mujeres Votantes acerca del alcantarillado. Va a un almuerzo de gala en honor de la tía de Bobsie Neil. Arranca las malas hierbas en el jardín. Plancha el uniforme de la asistente. Pasa a máquina dos páginas y media de su periódico sobre las primeras novelas de Henry James. Vacía los cubos de basura. Ayuda a Tabitha a preparar la cena de los niños. Practica con Ronnie el bateo de béisbol. Se riza el pelo con horquillas. Trae una cocinera a casa. Me espera en la estación. Se baña. Se viste. Recibe a sus invitados en francés a las siete y media. Dice «*bonsoir*» a las once. Descansa en mis brazos hasta las doce. ¡Eureka! Cabría afirmar que es orgullosa, pero yo creo que es únicamente una mujer que se divierte en un país próspero y joven. Sin embargo, cuando vino a buscarme al tren aquella noche, me resultó difícil estar a la altura de su gran vitalidad.

Aunque no me hallaba en condiciones de hacerlo, tuve la mala suerte de que tocara hacer la colecta en la comunión matutina del domingo. Respondí a las piadosas miradas de mis amigos con una sonrisa muy torva, y después me arrodillé junto a la sucia vidriera ojival que parecía hecha a base de culos de botellas de vermut y borgoña. Me arrodillé sobre un cojín de imitación de cuero, donado por algún gremio o auxiliar para reemplazar a uno de los raídos de color marrón que al empezar a abrirse por las costuras y a enseñar mechones de paja, hacía que todo el local oliese como un viejo pesebre. El olor de paja y flores, el resplandor de la vela y los cirios cuya llama vacilaba ante el aliento del párroco, así como la humedad de aquel edificio de piedra con mala calefacción, me resultaban muy familiares y pertenecían a mi infancia en igual medida que los rumores y los aromas de una cocina o una guardería, y, no obstante, aquella mañana eran tan intensos que me sentí mareado. Entonces percibí en el zócalo, a mi derecha, el roer de unos dientes de rata que perforaban como un taladro el duro roble.

—Santo, Santo, Santo —dije en voz muy baja, con la esperanza de espantar al animal—. ¡Señor de los ejércitos, el cielo y la tierra están LLENOS de tu gloria!

La reducida congregación murmuró amén con un rumor como de pisadas, y la rata se escabulló corriendo a lo largo del zócalo. Y entonces —quizá porque estaba demasiado absorto por el chirrido de los dientes de la rata, o tal vez porque el olor a humedad y paja resultaba soporífero—, alcé los ojos que había cobijado con ambas manos, vi que el oficiante bebía del cáliz y caí en la cuenta de que yo no había comulgado.

Una vez en casa, hojeé el periódico dominical buscando reseñas de nuevos robos, y comprobé que abundaban. Habían saqueado bancos, vaciado de joyas las cajas de caudales de algunos hoteles, atado a sillas de cocina a mayordomos y sirvientas, robado partidas de pieles y diamantes industriales, irrumpido en comercios de comida preparada, estancos y casas de empeño, y alguien se había llevado un cuadro del Instituto de Arte de Cleveland. A última hora de la tarde, salí al jardín y recogí las hojas muertas con el rastrillo. ¿Qué mayor penitencia que limpiar el césped de los desechos del oscuro otoño bajo los rayados y pálidos cielos de la primavera?

Mientras rastrillaba, se acercaron mis hijos.

—Los Tobler están jugando al *softball*⁶ —dijo Ronnie—. Todo el mundo está allí.

—¿Por qué no vais a jugar? —pregunté.

—No se puede si no te han invitado —contestó Ronnie por encima del hombro, y luego se marcharon.

Entonces reparé en que se oían los vítores del partido al que no nos habían invitado. Los Tobler vivían al final de la manzana. Las alegres voces parecían volverse cada vez más nítidas a medida que se hacía de noche; incluso pude oír el ruido del hielo chocando contra los vasos y las voces femeninas que se alzaban con débil regocijo.

Me pregunté por qué no nos habrían invitado a jugar en casa de los Tobler. ¿Por qué nos habían excluido de aquellos placeres sencillos, aquella alegre reunión, de las risas, las voces y los portazos que parecían brillar en la oscuridad al haberme negado mi participación en el bullicio? ¿Por qué no me habían pedido que fuese a jugar a su casa? ¿Por qué el éxito social —la escalada, en realidad— excluía a un buen tipo como yo de un partido de *softball*? ¿Qué clase de mundo era aquél? ¿Por qué tenían que dejarme solo recogiendo hojas muertas al atardecer —como de hecho estaba— invadido de tanta tristeza, abandono y soledad que mi cuerpo tiritaba?

Si hay alguien a quien detesto, es al sentimental sin personalidad: a toda esa gente melancólica que debido a un exceso de piedad por los demás desconocen el estremecimiento de su propia esencia y se deslizan por la vida sin identidad, como brumas humanas, compadeciendo a todo el mundo. El mendigo sin piernas de Times Square, con su humilde exposición de lápices, la anciana pintarrajeada que habla a solas en el metro, el exhibicionista de los urinarios públicos, el borracho tirado en la escalera del metro, toda esa gente suscita algo más que piedad: son, de golpe, la suma de todos los

⁶ Juego parecido al béisbol que se juega con pelota blanda. (*N. del T.*)

desventurados. Los desechos humanos parecen pisotear sus propias almas malogradas, dejándolas al crepúsculo en un estado muy similar a la escena de un motín carcelario. Decepcionados de sí mismos, están siempre dispuestos a desilusionarse de los demás, y erigirán ciudades enteras, creaciones completas, firmamentos y principios sobre los cimientos de una decepción bañada en lágrimas. De noche, en la cama, pensarán tiernamente en el apostante que ha perdido una fortuna al extraviar el boleto ganador, en el gran novelista cuya obra magna fue quemada por error al confundirla con basura, y en Samuel Tilden, que perdió la presidencia de Estados Unidos por culpa de las trampas del colegio electoral. Y como yo detesto semejante compañía, me resultaba doblemente doloroso apiadarme de mí mismo. Y al ver un cornejo desnudo bajo la luz de las estrellas, pensé: ¡Qué triste es todo!

El miércoles fue mi cumpleaños. Me acordé a media tarde, en la oficina, y la idea de que Christina pudiera estar planeando una fiesta sorpresa me hizo pasar de la posición sedente a la vertical, sin aliento. Después llegué a la conclusión de que ella no lo haría. Pero los meros preparativos de los niños me suponían un problema emotivo: ignoraba la forma de afrontarlos.

Me marché temprano del despacho y tomé dos copas antes de coger el tren. Christina parecía muy contenta cuando fue a buscarme a la estación, y yo puse muy buena cara a pesar de mi inquietud. Los niños se habían puesto ropa limpia y me desearon feliz cumpleaños con tal fervor que me sentí horriblemente mal. Sobre la mesa había un montón de regalitos, sobre todo cosas hechas por los niños: gemelos confeccionados con botones, un bloc de notas y otras cosas por el estilo. Creí estar bastante alegre, teniendo en cuenta las circunstancias, y saqué fotos, me puse mi ridículo sombrero, apagué de un soplo las velas de la torta y di las gracias a todos, pero al parecer todavía había otro regalo —el gran regalo—, y después de cenar me dejaron en casa mientras Christina y los niños salían afuera, y luego entró Juney, me sacó al jardín y me llevó a la parte de atrás de la casa, donde estaban todos. Apoyada contra la pared había una escalera extensible de aluminio con una tarjeta y una cinta atada a ella, y yo dije, como si me hubieran dado un golpe:

—¿Qué diablos significa esto?

—Pensamos que la necesitabas, papá —dijo Juney.

—¿Para qué necesito una escalera? ¿Qué os creéis que soy, el dependiente de una librería?

—Contraventanas —dijo Juney—. Cortinas...

Me volví hacia Christina.

—¿He estado hablando en sueños?

—No —contestó ella—. No has hablado en sueños.

Juney comenzó a lloriquear.

—Podrás quitar las hojas de los canalones para la lluvia —dijo Ronnie. Los dos chicos me miraban con cara larga.

—Por lo menos tienes que reconocer que es un regalo muy poco habitual —le dije a Christina.

—¡Santo Dios! —exclamó ella—. Vamos, niños. Vamos.

Estuve dando vueltas por el jardín hasta después de oscurecer. Las luces se encendieron en el piso de arriba. Juney seguía llorando, y Christina le cantaba. Luego se calló. Esperé hasta que se encendió la luz de nuestro dormitorio, y al cabo de un rato subí la escalera. Christina estaba en camisón, sentada ante su tocador, y en sus ojos había gruesas lágrimas.

—Tienes que tratar de comprender... —dije.

—Aunque quisiera, no podría. Los niños han estado ahorrando durante meses para comprarte ese chisme.

—Tú no sabes por lo que he pasado.

—Aunque lo hubieras pasado peor que en el infierno, no te lo perdonaría. No te ha ocurrido nada que pueda justificar tu conducta. La han tenido escondida una semana en el garaje. ¡Son tan encantadores!

—No me he sentido yo mismo últimamente.

—No me digas a mí que no te has sentido tú mismo —replicó—. He estado esperando que te marchases esta mañana y he temido que volvieras a casa esta noche.

—No me he portado tan rematadamente mal.

—Peor aún —dijo ella—. Has sido brusco con los niños, odioso conmigo, grosero con tus amigos, y malvado a sus espaldas. Peor imposible.

—¿Quieres que me vaya?

—Oh, Señor, ¿si quiero que te vayas? Volvería a respirar.

—¿Qué hacemos con los niños?

—Pregúntaselo a mi abogado.

—Entonces, me iré.

Bajé a la sala y me dirigí a donde guardábamos las maletas. Al sacar la mía descubrí que el cachorro de los niños había mordido la correa de cuero hasta desatarla por uno de los lados. Cuando intentaba buscar otra maleta, todas las demás se me cayeron encima, magullándome. Arrastré tras mis pasos hasta el dormitorio la maleta con su larga correa colgando. «Mira —dije—. Mira esto, Christina. El perro se ha comido la correa de mi maleta.» Ni siquiera levantó la cabeza.

—He invertido veinte mil dólares al año en esta casa durante diez años —grité—, ¡y cuando llega la hora de marcharme ni siquiera tengo derecho a una maleta decente! Todo el mundo tiene una.

Hasta el gato tiene una buena bolsa de viaje.

Abrí bruscamente mi armario y sólo encontré cuatro camisas limpias.

—¡No tengo camisas limpias ni para una semana! —grité.

A continuación reuní unas cuantas cosas, me calé el sombrero y salí. Por un instante pensé incluso en llevarme el coche; fui al garaje y le eché un vistazo. Entonces vi el letrero que rezaba SE VENDE, y que había colgado de la casa cuando la compramos mucho tiempo atrás. Desempolvé el letrero, cogí un clavo y una piedra, rodeé la casa hasta la entrada delantera y clavé en un arce el rótulo SE VENDE. Después me fui a pie hasta la estación. Está como a dos kilómetros. La larga correa de cuero iba arrastrándose a mi espalda; me detuve y traté de cortarla, pero no lo conseguí. Al llegar a la estación, descubrí que el próximo tren no pasaba hasta las cuatro de la mañana. Decidí esperar. Me senté sobre la maleta y aguardé cinco minutos. Luego desanduve el camino a casa. A mitad del trayecto vi a Christina, que bajaba la calle con una camisa, suéter y zapatos de lona —las cosas que más rápido se pone uno encima, pero eran prendas estivales—, volvimos juntos a casa y nos acostamos.

El sábado jugué al golf, y aunque el partido terminó tarde, quise darme un baño en la piscina del club antes de volver a casa. En la piscina no había nadie, aparte de Tom Maitland. Es un hombre de piel morena y bien parecido; muy rico, pero muy callado. Parece introvertido. Su esposa es la mujer más obesa de Shady Hill, y a nadie le gustan gran cosa sus hijos, y creo que es el tipo de hombre cuyas fiestas, amistades, asuntos amorosos y negocios descansan a modo de intrincada superestructura —castillo de naipes— sobre la melancolía de su primera juventud. Un soplo podría derrumbarlo todo. Casi había anochecido cuando dejé de nadar; el local del club tenía las luces encendidas y se oían los ruidos de la cena en el pórtico. Maitland estaba sentado al borde de la piscina y columpiaba los pies en el agua de color azul intenso, que olía a cloro del mar Muerto. Yo me estaba secando y, al pasar junto a él, le pregunté si no pensaba bañarse.

—No sé nadar —dijo.

Sonrió, desvió de mí los ojos y contempló el agua inmóvil y reluciente de la piscina en el oscuro paisaje.

—Teníamos una piscina en casa —prosiguió—, pero nunca tuve ocasión de nadar en ella. Siempre estaba dando clases de violín.

Y he aquí que aquel hombre de cuarenta y cinco años, millonario como mínimo, ni siquiera era capaz de flotar, y no creo que tuviese tampoco muchas oportunidades de hablar con tanta franqueza como acababa de hacerlo. Mientras me vestía, se asentó en mi cerebro la idea (sin que yo la alentase) de que los Maitland serían mis próximas víctimas.

Pocas noches después, me desperté a las tres de la mañana. Repasé mentalmente los cabos sueltos de mi vida —mamá en Cleveland, la fábrica—, y luego fui al cuarto de baño a encender un cigarrillo antes de recordar que me estaba muriendo de cáncer y dejando a viuda y huérfanos sin un céntimo. Me puse mis zapatillas azules de lona y el resto de la indumentaria, eché una ojeada por las puertas abiertas de los dormitorios de los niños y salí de casa. Estaba nublado. A través de jardines traseros llegué hasta la esquina. Luego crucé la calle y me planté ante el camino de acceso a la casa de

los Maitland. Caminaba por la hierba, a la orilla de la grava. La puerta estaba abierta y entré tan excitado y temeroso como cuando estuve en la mansión de los Warburton; bajo la luz tenue me sentía incorpóreo: un fantasma. Me guié por el olfato al subir la escalera hasta donde sabía que estaba el dormitorio y, tras percibir una respiración profunda y ver sobre una silla unos pantalones y una chaqueta, busqué el bolsillo de ésta, pero no había bolsillos. No era una chaqueta de traje; era una de esas de satén brillante que usan los niños. No tenía sentido buscar una cartera en los pantalones de Tom. No la llevaría encima para segar la hierba del jardín. Salí de allí precipitadamente.

No volví a dormirme esa noche; me quedé sentado en la oscuridad pensando en Tom y en Gracie Maitland, en los Warburton y en Christina y en mi propio destino miserable, y en lo distinto que era Shady Hill visto de noche y a la luz del día.

Pero volví a salir la noche siguiente, esta vez al domicilio de los Pewter, que no sólo eran ricos, sino borrachines, y que bebían tanto que no me explicaba cómo podrían oír los truenos en cuanto apagaban las luces. Salí, como de costumbre, poco después de las tres.

Estuve pensando tristemente en mis comienzos: en cómo me engañó aquella pareja de tramposos en un hotel del centro tras una cena de seis platos regados con vino, y mi madre me había dicho muchísimas veces que, si ella no hubiera bebido tantos cócteles antes de aquella famosa cena, yo todavía seguiría en una estrella, a la espera de nacer. Y pensé en mi viejo padre y en aquella noche en el Plaza, en los muslos con cardenales de la campesina de Picardía, en los ángeles de color pardo dorado que sostenían el teatro, y en mi terrible destino. Mientras me encaminaba hacia la casa de los Pewter, se produjo un áspero revoloteo en todos los árboles y jardines, como una corriente de aire sobre un lecho de fuego, y me pregunté cuál sería la causa, hasta que sentí la lluvia sobre mi cara y mis manos, y entonces me eché a reír.

Ojalá pudiera afirmar que un bondadoso león me devolvió al buen camino, o bien un niño inocente, o incluso las notas de la música distante de alguna iglesia, pero no fue más que la lluvia sobre mi cabeza —su fragancia revoloteando hasta mi olfato— la que me mostró la magnitud de mi liberación de los huesos de Fontainebleau y las artes de un ladrón. Había maneras de salir del apuro si me preocupaba por utilizarlas. No estaba atrapado. Yo estaba aquí en la tierra porque yo lo había escogido. Y me tuvo sin cuidado el modo en que me habían sido concedidos los dones de la vida, puesto que los poseía, y los poseí entonces: el vínculo entre las raíces de la hierba húmeda y el vello que crecía en mi cuerpo, el escalofrío de mi mortalidad que había conocido las noches de verano, amando a los niños y mirando dentro del escote del vestido de Christina. Me hallaba ya delante de la casa de los Pewter; alcé la vista hacia la vivienda a oscuras y después di media vuelta y me alejé. Volví a acostarme y tuve agradables sueños. Soñé que navegaba en un barco por el Mediterráneo. Vi unos peldaños de gastado mármol que bajaban hasta el agua, vi el agua misma, azul, salada y sucia. Planté el mástil, icé la vela y empuñé el timón. Pero al hacerme a la mar me pregunté: ¿por qué debía parecer que sólo tenía diecisiete años? No se puede tener todo.

No es, como alguien escribió una vez, el olor del pan de maíz el que nos hace retornar de la muerte; son las luces y las señales del amor y la amistad. Gil Bucknam me telefoneó al día siguiente, me dijo que el viejo estaba agonizando y me preguntó si volvería a ocupar mi puesto de trabajo. Fui a verlo y me explicó que era el viejo quien había pedido mi cabeza, y, por supuesto, me alegré de retornar al hogar de la fábrica.

Lo que no logré entender, mientras bajaba esa tarde por la Quinta Avenida, fue cómo un

mundo que parecía tan sombrío podía, en cosa de minutos, tornarse tan agradable. Las aceras parecían brillar y, al regresar en tren a casa, sonreí a aquellas necias muchachas que anunciaban fajas en las vallas del Bronx. A la mañana siguiente me pagaron un anticipo de mi sueldo y, tras adoptar ciertas precauciones respecto a mis huellas digitales, metí novecientos dólares en un sobre y fui andando hasta la casa de los Warburton cuando ya se habían apagado las últimas luces del vecindario. Había estado lloviendo, pero ya había escampado. Las estrellas empezaban a mostrarse. No tenía sentido extremar la prudencia, y rodeé la casa hasta la parte trasera; encontré abierta la puerta de la cocina y dejé el sobre encima de una mesa de la oscura estancia. Cuando comenzaba a alejarme de la casa, un coche de policía aparcó junto a mí y un agente a quien conozco bajó la ventanilla y me preguntó:

—¿Qué está haciendo en la calle a estas horas de la noche, señor Hake?

—Paseando al perro —contesté alegremente. No había perro por ninguna parte, pero no miraron—. ¡Ven aquí, *Toby*! ¡Vamos, *Toby*! ¡Qué buen perro! —llamé, y me fui silbando alegremente en la oscuridad.

El autobús a St. James

El autobús que iba a St. James —una escuela protestante episcopaliana para chicos y chicas— inició su recorrido a las ocho en punto de la mañana desde una esquina de Park Avenue, a la altura de las calles sesenta. Lo temprano de la hora suponía que algunos de los padres que enviaban a sus hijos a ese centro estaban soñolientos y no habían tomado su café, pero con cielo despejado la luz bañaba la ciudad oblicuamente, el aire era fresco, y aquel momento del día resultaba extraordinariamente alegre. Era la hora en que cocineros y porteros pasean a los perros y en que los conserjes restriegan los felpudos del vestíbulo con agua y jabón. Las huellas de la noche eran escasas: una vez, padres e hijos vieron volver a casa a un hombre con el esmoquin sucio de serrín.

A comienzos del semestre de otoño, cinco niños aguardaban el autobús escolar en la parada, y todos ellos vivían en los bloques de apartamentos de piedra caliza de la vecindad. Dos de ellos, Louise y Emily Sheridan, eran recién llegados. Los demás, el hijo de los Pruitt, Katherine Bruce y la niña de los Armstrong, ya habían utilizado el autobús a St. James el año anterior.

El señor Pruitt acompañaba a su hijo hasta la esquina todas las mañanas. Tenían el mismo sastre y ambos se llevaban la mano al sombrero para saludar a las señoras. Aunque Katherine Bruce era ya bastante mayor para ir sola hasta la parada, como era corta de vista, su padre la acompañaba siempre que no estaba fuera en viaje de negocios, en cuyo caso la llevaba una sirvienta. La primera mujer de Stephen Bruce, la madre de Katherine, había muerto, y él se esforzaba mucho más por ser atento con su hija que la mayoría de los padres. Era una chica ya crecida, pero él la cogía de la mano tiernamente, cruzaba con ella la calle y a veces se quedaba en la esquina con el brazo en torno a los hombros de su hija. La segunda señora Bruce no tenía hijos. La señora Armstrong acompañaba a su hija a la parada únicamente cuando se negaban a hacerlo su sirvienta o su cocinero. A semejanza de aquella, la señora Sheridan compartía esta tarea con una criada, pero era más constante. Por lo menos tres veces por semana iba hasta la esquina con sus hijas, llevando a un viejo terrier escocés sujeto con una correa.

St. James era una escuela pequeña, y los padres hablaban entre sí confidencialmente mientras aguardaban en la calle la llegada del autobús. El señor Bruce conocía al cuñado del señor Pruitt y era primo segundo de una mujer que había sido compañera de habitación de la señora Armstrong en un internado. La señora Sheridan y el señor Pruitt tenían amigos comunes.

—Anoche vimos a unos amigos suyos —dijo Pruitt una mañana—. Los Murchison.

—Ah, sí —asintió la señora Sheridan—, sí.

Nunca afirmaba una sola vez; siempre decía: «Ah, sí, sí», o bien: «Ah, sí, sí, sí.»

Vestía con sencillez, y su pelo comenzaba a encanecer. No era bonita ni provocativa, y comparada con la señora Armstrong, de cabellos dorados, parecía poco atractiva; pero tenía unos rasgos finos, y su cuerpo era grácil y esbelto. El señor Bruce llegó a la conclusión de que era mujer de

buenos modales y quizá de treinta y cinco años, con su hogar bien organizado y una perfecta digestión emocional: una de esas mujeres cuya bondad puede absorberlo todo. Su suavidad de maneras parecía esconder una gran autoridad. El señor Bruce conjeturó que habría sido educada por personas de sólidos principios, y que respetaría todas las virtudes del internado: valentía, deportividad, castidad y honor. Cuando la oyó decir una mañana: «Ah, sí, ¡sí!», él lo consideró una feliz combinación de buenos modales y vitalidad.

Pruitt prosiguió diciendo a la señora Sheridan que se había encontrado con amigos suyos, pero que sus caminos nunca parecían cruzarse directamente. El señor Bruce, que escuchaba indiscretamente su conversación, al amparo del periódico, se alegró al oír esto, porque no le gustaba Pruitt y respetaba a la señora Sheridan; pero sabía que estaban abocados a verse en algún sitio que no fuera la calle, y un día Pruitt se quitó el sombrero para saludar a la señora Sheridan y dijo:

—¿No fue una fiesta encantadora?

—Oh, sí —respondió ella—, sí.

Luego Pruitt le preguntó a qué hora se habían marchado ella y su marido, y la señora Sheridan contestó que a medianoche. No parecía especialmente interesada en hablar de la fiesta, pero respondió cortésmente a las preguntas de Pruitt.

El señor Bruce se dijo para sus adentros que la señora Sheridan perdía el tiempo; Pruitt era un necio y ella se merecía algo mejor. Al parecer, su aversión por él y su respeto por ella eran ociosos, pero una mañana se alegró al llegar a la esquina y descubrir que allí estaba ella con sus hijas y el perro, y que Pruitt, en cambio, no estaba. Le dio los buenos días.

—Buenos días —contestó ella—. Por lo visto, hemos llegado muy pronto.

Katherine y la mayor de los Sheridan se pusieron a charlar.

—Creo que conocí a la madre de Katherine —dijo amablemente la señora Sheridan—. Su primera mujer, ¿no fue Martha Chase?

—Sí.

—La conocí en la universidad, aunque no nos tratamos mucho. Estaba en el curso siguiente al mío. ¿Qué edad tiene Katherine ahora?

—Cumplió ocho años el verano pasado.

—Tenemos un hermano —dijo la más joven de las hijas de Sheridan—. Tiene ocho años.

—Sí, cariño —confirmó su madre.

—Se ahogó —dijo la niña.

—Oh, lo siento —lamentó el señor Bruce.

—Era muy buen nadador—prosiguió la chiquilla—, pero creemos que debió de darle un calambre. Mire, hubo una tormenta y todos nos metimos en un cobertizo, y no estábamos mirando y...

—Eso fue hace mucho tiempo, cariño —dijo su madre suavemente.

—No fue hace mucho tiempo —replicó la niña—. Fue el verano pasado.

—Sí, cariño —admitió su madre—. Sí, sí.

El señor Bruce notó que no había en su cara rastro de dolor ni de esfuerzo por ocultarlo, y su compostura le pareció una proeza de inteligencia y delicadeza. Permanecieron juntos sin decir palabra hasta que los demás padres llegaron con sus hijos justo en el momento en que el autobús subía por la calle. La señora Sheridan llamó al viejo perro y descendió por Park Avenue, y el señor Bruce se metió en un taxi y se fue al trabajo.

Hacia finales de octubre, una lluviosa noche de viernes, el matrimonio Bruce fue en taxi a St. James. Era la Noche de los Padres. Uno de los chicos mayores los condujo hasta un banco situado al fondo de la capilla. No había en el altar ningún objeto de culto, y el rector se hallaba de pie sobre la tarima, entre los sitiales del coro, esperando a que tomaran asiento los padres rezagados. Se arremangaba y estiraba nerviosamente las mangas de la túnica, y al cabo pidió silencio aclarándose la garganta.

—En nombre del profesorado y de la dirección —dijo—, sean bien venidos a St. James los padres aquí presentes esta noche. Lamento que el tiempo sea tan inclemente, pero al parecer no ha retenido en casa a ninguno de ustedes.

Dijo esto con cierta socarronería, como si la general asistencia fuera fruto de su propio poder de intimidación.

—Comencemos —agregó, ya en serio— con una plegaria por el bien de nuestra escuela: Padre Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra...

De rodillas, inclinadas las cabezas, la congregación parecía indestructible, como si la supervivencia de la sociedad dependiera o pudiera depender siempre de ella. Concluida la oración, el rector les habló confirmándoles su permanencia en tanto que comunidad.

—Esta noche dispongo de estadísticas muy interesantes para todos ustedes —dijo—. Este año, dieciséis de los niños inscritos en la escuela son hijos y nietos de alumnos de St. James. Creo que se trata de una cifra impresionante. Dudo que pueda igualarla ningún otro centro escolar de la ciudad.

Durante la breve alocución que siguió —una defensa de la educación conservadora—, el señor Bruce advirtió que la señora Sheridan estaba sentada unos cuantos bancos más adelante. A su lado se encontraba un hombre alto —probablemente su marido—, de espalda recta y pelo negro. Cuando acabó la plática, se abrió el turno de preguntas. Formuló la primera una madre que solicitaba consejo sobre cómo restringir el uso que sus hijos hacían de la televisión. Mientras el rector respondía a la pregunta, el señor Bruce reparó en que los Sheridan estaban discutiendo. Susurraban, y su desacuerdo parecía profundo. De repente, ella se desentendió de la polémica. No tenía nada más que decir. El cuello de su marido enrojeció. Continuó en un susurro insistiendo en su criterio; se inclinaba hacia su

esposa y sacudía la cabeza. La señora Sheridan alzó la mano.

—Sí, señora Sheridan —dijo el rector.

El marido recogió su abrigo y su bombín, y diciendo: «discúlpeme, por favor», «gracias», «perdone», pasó por delante de las demás personas que ocupaban el banco y abandonó la capilla.

—¿Sí, señora Sheridan? —repitió el rector.

—Me pregunto, doctor Frisbee, si usted y la dirección han pensado alguna vez en admitir niños negros en St. James.

—Esa cuestión surgió hace tres años —respondió el párroco con impaciencia—, y se presentó un informe al respecto al consejo de dirección. Ha habido muy pocas peticiones en ese sentido, pero, si desea usted una copia, haré que le envíen una.

—Sí —dijo ella—, me gustaría leerlo.

El sacerdote asintió y la señora Sheridan volvió a tomar asiento.

—¿Señora Townsend?

—Tengo una pregunta sobre ciencia y religión —declaró ésta—. Me parece que los profesores hacen hincapié en la ciencia en detrimento de la religión, sobre todo en lo que respecta a la Creación. A mi manera de ver...

La señora Sheridan cogió sus guantes y, con una sonrisa cortés y diciendo: «disculpe», «gracias», «disculpe, por favor», pasó por delante de sus compañeros de fila. El señor Bruce oyó el repiqueteo de sus tacones en el embaldosado suelo del vestíbulo, y, estirando el cuello, pudo verla. El rumor del tráfico y de la lluvia se hizo más intenso en cuanto ella abrió una de las pesadas puertas, y se apagó al volver a cerrarla.

A última hora de la tarde de la siguiente semana, el señor Bruce abandonó una reunión de accionistas para atender una llamada telefónica de su mujer. Ésta quería que pasara por la escuela de equitación donde Katherine recibía clases y que la llevase a casa. Le exasperó el hecho de tener que dejar la reunión para tomar nota de semejante mensaje, y cuando volvió, las riendas de la discusión habían caído en manos de un anciano que había llevado consigo las *Normas de orden* de Robert. Y, aunque se trataba de negocios que era preciso acometer de frente y resolver con sencillez, la reunión desembocó en una polémica acalorada y tediosa. Inmediatamente después, cogió un taxi que lo llevó hasta la altura de las calles noventa y entró en la escuela cruzando la sala donde estaba el tablón de anuncios. Katherine y otras chicas que lucían sombreros de caza y ropas oscuras estaban montando. El ruedo estaba frío y húmedo, las luces que lo iluminaban desde arriba arrojaban una luz blanquecina, la humedad empañaba y velaba los espejos que recubrían la pared, y la profesora de equitación hablaba a sus alumnas con sofisticada deferencia. El señor Bruce contempló a su hija. Katherine usaba gafas, tenía un rostro franco y largos y fibrosos cabellos rubios. Era una muchacha receptiva y obediente, y su cara empezaba a revelar tenuemente que estudiaba en St. James. Al terminar la clase, el señor Bruce

volvió a la sala. La señora Sheridan esperaba allí a sus hijas.

—¿Quiere que compartamos un taxi? —preguntó el señor Bruce.

—Desde luego —respondió ella—. Íbamos a coger el autobús.

Las niñas se reunieron con ellos y todos salieron fuera a buscar un taxi. Había anochecido.

—Me interesó la pregunta que usted hizo en la reunión de padres —dijo el señor Bruce. Era mentira. No le había interesado la pregunta, y si en St. James hubieran admitido negros, él habría sacado del colegio a Katherine.

—Me alegro de que interesara a alguien —dijo ella—. El rector estaba furioso.

—Eso fue lo que más me interesó —declaró él, intentando aproximarse a la verdad.

Un taxi se acercó y todos subieron a él. Se despidió de la señora Sheridan ante la puerta del bloque de apartamentos y miró cómo entraba con sus dos hijas en el vestíbulo iluminado.

La señora Sheridan había olvidado la llave, y le abrió una criada. Era tarde y tenía invitados a cenar. La puerta del dormitorio de su marido estaba cerrada, y se bañó y se vistió sin verlo. Mientras se peinaba, lo oyó dirigirse a la sala y encender el televisor. En público, Charles Sheridan siempre hablaba despectivamente de la televisión. «Por Dios —decía—, no comprendo cómo alguien puede mirar esa basura. Debe de hacer un año desde la última vez que la puse.» Y en aquel momento su mujer lo oyó reír estruendosamente.

Salió de su habitación y recorrió el pasillo hasta el comedor para inspeccionarlo todo. Luego atravesó la despensa y llegó a la cocina. Percibió el conflicto en cuanto cerró la puerta. Helen, la camarera, estaba sentada ante una mesa junto al fregadero. Había estado llorando. Anna, la cocinera, apoyó la sartén que estaba fregando para cerciorarse de que no iba a perderse una palabra de lo que allí se dijera.

—¿Qué le pasa, Helen?

—De mi paja⁷, él quitó doce dólares, señora Sheridan —respondió Helen. Era austríaca.

—¿Para qué, Helen?

—El día en que me quemé. ¿Usted no me dijo que fuera al médico?

—Sí.

—Por eso él quitó de mi paja doce dólares.

—Le daré un cheque mañana, Helen. No se preocupe.

—Sí, señora. Gracias.

⁷ Evidentemente, la camarera quiere decir «paga». En el original, *pie* (tarta) por *pay* (paga). (N. del T.)

El señor Sheridan entró en la cocina cruzando la despensa. La ropa oscura le confería una elegante apariencia.

—Ah, estás aquí —le dijo a su mujer—. Vamos a beber algo antes de que lleguen. —Luego se dirigió a la camarera y preguntó—: ¿Ha sabido algo de su familia últimamente?

—No, señor Sheridan —contestó Helen.

—¿Dónde vive su familia?

—En Missigan⁸, señor.

Rió tontamente, pero había hecho el chiste innumerables veces desde hacía años y ya estaba cansada de él.

—¿Dónde?

—En Missigan, señor Sheridan —repitió Helen.

El soltó una carcajada.

—¡Santo Dios, qué gracioso! —exclamó. Rodeó con el brazo la cintura de su esposa y ambos volvieron a la sala para tomar una copa.

El señor Bruce regresó a un hogar mucho más agradable. Lois, su mujer, era bonita, y lo recibió cariñosamente. Se sentó con ella a beber un cóctel.

—Me ha llamado Marguerite esta mañana —comentó ella— y me ha dicho que Charlie ha perdido su trabajo. En cuanto oí el teléfono, presentí un contratiempo; lo presentí. Supe que algo andaba mal incluso antes de descolgar. Al principio pensé que sería la pobre Helen Luckman. Le han sucedido tantas desgracias últimamente que he pensado muchísimo en ella. Pero luego oí la voz de Marguerite. Dijo que el bueno de Charlie se lo había tomado con una deportividad maravillosa y que estaba dispuesto a conseguir un trabajo mejor. Ha recorrido palmo a palmo Estados Unidos para esa misma empresa, y ahora lo dejan en la estacada. Ella llamó cuando yo todavía estaba acostada, y me he quedado en cama esta mañana porque la espalda está volviendo a fastidiarme un poco. No es nada serio, nada grave en absoluto, pero el dolor es insoportable, y mañana voy a ir a la consulta del doctor Parminter a ver si puede aliviarme.

Lois ya era de salud delicada cuando el señor Bruce la conoció. Su fragilidad había sido uno de sus mayores encantos. La extrema palidez y delicadeza de su piel eran en parte fruto de aquel año de su vida en que, como solía decir ella, los médicos la habían desahuciado. Su mala salud era un hecho, una mezcla de azar y herencia, y no se le podía reprochar que fuese tan susceptible a la hiedra venenosa, a los resfriados y a la fatiga.

⁸ Juego de palabras. *Michigan*, estado de la Unión, y «*missigan*», neologismo construido a partir del verbo *to miss*, uno de cuyos sentidos es «echar de menos», «añorar». (*N. del T.*)

—Siento mucho lo de tu espalda, cariño —dijo el señor Bruce.

—Bueno, no he estado todo el día en la cama —dijo ella—. Me he levantado a eso de las once, he comido con Betty y después he ido de compras.

Lois Bruce, como muchísimas otras neoyorquinas, pasaba una enorme cantidad de tiempo de compras en la Quinta Avenida. Leía los anuncios de los periódicos con mayor interés que su marido las páginas de economía. Su ocupación principal era ir de tiendas. Por hacerlo era capaz de levantarse de su lecho de enferma. La atmósfera de los grandes almacenes producía efectos reconstituyentes sobre su salud. Empezaba la tarde en Altman, por ejemplo: compraba un par de guantes en el primer piso y después subía por la escalera mecánica y miraba los diversos mostradores. Compraba un bolso y crema facial en Lord & Taylor, mesillas para el café, telas de tapicería y vasos de cóctel. «¿Baja?», preguntaba al ascensorista cuando las puertas se abrían de par en par, y si la respuesta era «Subo», Lois entraba en el ascensor de todas formas, pensando de repente que buscara lo que buscarse podría encontrarlo en la sección de muebles o mantelería. Adquiría una combinación y un par de zapatos en Saks, enviaba a su madre servilletas de Mosse, conseguía en De Pinna un ramo de flores de papel, una crema para las manos en Bonwit y un vestido en Bendel. Al llegar a ese punto, sentiría un placentero cansancio en los pies y la cabeza, el portero de Tiffany's estaría izando la bandera y los coches de caballos habrían encendido sus luces junto al Plaza. Compraba un pastel en Dean, última parada, y se volvía andando a casa al atardecer, como un honrado trabajador, satisfecha y cansada.

Cuando se sentaron a cenar, Lois observó a su marido mientras probaba la sopa y sonrió al ver que le gustaba.

—Está buena, ¿verdad? Yo no puedo tomarla, hace una semana que no pruebo bocado, pero no quiero decírselo a Katie, pobrecilla, porque le sabría mal, y tampoco quería felicitarla si no se lo merece. Katie —gritó, a través de la despensa—, la sopa está deliciosa.

La señora Sheridan no apareció en la esquina durante toda la semana siguiente. El miércoles por la tarde, al volver a casa desde la oficina, el señor Bruce pasó a recoger a Katherine por la clase de baile. Las hijas de Sheridan estaban en la misma clase, y él buscó a su madre en el vestíbulo del Chardin Club, pero no estaba. En realidad, no volvió a verla hasta la tarde del sábado, en que fue a recoger a Katherine a una fiesta de cumpleaños.

Como de vez en cuando Lois jugaba a las cartas hasta las siete de la tarde, muchas veces, al final del día, le tocaba al señor Bruce ir a recoger a Katherine a tal o cual sitio, para ayudarla a sortear los estirados «gracias» y «adiós» que coronan una fiesta infantil. Las calles estaban frías y oscuras; las cálidas estancias donde se celebraban las fiestas olían a chocolate y a flores. Entre los amigos y parientes, el señor Bruce frecuentemente volvía a ver con agrado a personas con quienes había ido a la escuela o pasado las vacaciones de verano. Algunas de aquellas fiestas eran muy aparatosas, en cierta ocasión el señor Bruce había ido a buscar a Katherine a un apartamento de las torres Waldorf, donde un artesano soplador de vidrio entretenía a un público de seis niñas.

Aquella tarde de domingo, una sirvienta irlandesa recogía en la entrada cáscaras de cacahuets con una aspiradora, globos perdidos se arremolinaban en el techo, encima de su blanca cabeza, y el señor Bruce se topó con un enano disfrazado de payaso que había animado fiestas en su propia

infancia. El viejo no había modificado su jerga ni su repertorio de trucos, y se enorgullecía de poder recordar casi todos los nombres y los rostros de las muchas generaciones de niños a los que había divertido. Retuvo al señor Bruce en la entrada hasta que, tras equivocarse varias veces, acertó su nombre. Una docena de amigos y parientes estaban bebiendo cócteles en el cuarto de estar. De vez en cuando se colaba entre la muchedumbre de adultos un niño cansado que empuñaba un globo o un cestito de dulces. Al fondo de la habitación, una pareja que había dado una función de marionetas estaba desarmando su tinglado. La mujer llevaba el pelo teñido, y sonreía y gesticulaba ampliamente mientras trabajaba, como un artista de circo, aunque nadie la miraba.

Mientras el señor Bruce aguardaba a que Katherine se pusiera el abrigo, la señora Sheridan se acercó a ellos desde el vestíbulo. Se estrecharon la mano.

—¿Puedo llevarla a casa? —preguntó él.

Ella respondió «Sí, sí», y fue a buscar a su hija mayor.

Katherine se presentó ante su anfitriona e hizo una reverencia.

—Muy amable por su parte haberme invitado a su fiesta, señora Howells —dijo sin atropellarse—. Y muchas gracias.

—Es tan encantadora. ¡Qué maravilla tener una hija así! —le comentó la señora Howells al señor Bruce, y descansó una mano distraída sobre la cabeza de la niña.

La señora Sheridan reapareció con su hija. Louise Sheridan se inclinó y declamó su gratitud, pero la señora Howells estaba pensando en otra cosa y no la oyó. La niña reiteró su expresión de gracias, con voz más alta.

—¿Eh? ¡Ah, gracias a ti por haber venido! —exclamó de repente la señora Howells.

El señor Bruce, la señora Sheridan y las dos niñas bajaron en el ascensor. Todavía no había oscurecido cuando salieron a la Quinta Avenida.

—Vamos andando —propuso la señora Sheridan—. Sólo son unas manzanas.

Las niñas los precedieron. Se hallaban en la parte inferior de las calles ochenta, y desde allí la panorámica era amplia: abarcaba la avenida, el museo y el parque. Conforme caminaban, la doble hilera de luces que flanqueaba el camino se encendió con un débil chasquido. La neblina que llenaba el aire transformó en amarilla la luz de las farolas, y las columnatas del museo, los techos abuhardillados del Plaza, por encima de los árboles, y el mar de luces amarillentas le recordaron a Stephen Bruce numerosos cuadros de París y Londres (*Tarde de invierno*) pintados a finales de siglo. Le agradó aquella engañosa semejanza, y la compañía femenina aumentó el placer que la vista le proporcionaba. Le pareció que ella veía muy claramente todo aquello. Recorrieron casi todo el trayecto sin decir palabra. A una manzana o dos del edificio donde ella vivía, la señora Sheridan retiró su mano del brazo del señor Bruce.

—Me gustaría hablar con usted, un día de éstos, sobre el colegio St. James —dijo él—. ¿Comerá conmigo? ¿Podría comer conmigo el miércoles a mediodía?

—Me encantaría comer con usted —respondió ella.

El restaurante en que la señora Sheridan y el señor Bruce se vieron el miércoles para comer juntos era esa clase de sitio donde probablemente no tropezarían con nadie conocido. La carta estaba sucia, y también lo estaba el esmoquin del camarero. En la ciudad hay mil lugares parecidos. Al saludarse uno a otro, podrían haber pasado por una pareja que lleva casada quince años. Ella acarreaba paquetes y un paraguas. Tal vez acababa de llegar de las afueras con el propósito de comprar ropa para las niñas. Dijo que había estado de compras, que había cogido un taxi, que se había dado prisa y que tenía hambre. Se quitó los guantes, tamborileó con los dedos sobre la carta y echó un vistazo a su alrededor. Él tomó un whisky y ella pidió una copa de jerez.

—Quiero saber lo que piensa realmente del colegio St. James —dijo él, y ella empezó a hablar animadamente.

Explicó que un año antes se habían mudado de Nueva York a Long Island, porque quería que sus hijas estudiaran en un colegio del campo. Ella también se había educado en una escuela así. La de Long Island no les había satisfecho, y en septiembre habían vuelto a Nueva York. Su marido había estudiado en el St. James, y este hecho determinó su elección. Habló con excitación, como el señor Bruce había adivinado que haría, sobre la educación de sus hijas, y él conjeturó que era un tema del que ella no podía hablar tan satisfactoriamente con su marido. Se sentía alentada al encontrar a alguien que parecía interesado por sus opiniones, y se colocó en posición desventajosa —como él procuró que hiciera— al hablar demasiado. Es imposible disimular, incluso ante un camarero ciego, el profundo gozo que nos proporciona la compañía de una persona de la que acabamos de enamorarnos, y ambos estaban pendientes. Llamó un taxi para ella en la esquina de la calle. Se dijeron adiós.

—¿Comerá conmigo otro día?

—Por supuesto —respondió ella—, por supuesto.

Volvieron a comer juntos. Después se citaron para cenar: el marido de ella estaba fuera. El la besó en el taxi, y se dieron las buenas noches delante del bloque de apartamentos de la señora Sheridan. Cuando el señor Bruce le telefoneó unos días más tarde, una niñera o sirvienta contestó a la llamada y dijo que la señora Sheridan estaba enferma y que no podía molestarla. Él se puso frenético. Llamó varias veces por la tarde y finalmente descolgó el teléfono la señora Sheridan. Su enfermedad no era nada grave, le comunicó. Se levantaría al cabo de uno o dos días y lo llamaría cuando se encontrase bien. Le telefoneó uno de los primeros días de la semana siguiente, y comieron juntos en un restaurante de un bloque de pisos, en la parte alta de la ciudad. Ella había ido de compras. Se quitó los guantes, tamborileó los dedos sobre la carta y miró en derredor del modesto restaurante, pobremente iluminado y con muy pocos clientes. Una de las niñas había contraído el sarampión, dijo, y el señor Bruce se interesó por los síntomas. Pero para ser un hombre que fingía interesarse por las dolencias infantiles, presentaba un aspecto malhumorado y ladino. Tenía mal color. Fruncía el entrecejo y se frotaba la frente como si le doliera la cabeza. Se humedecía los labios continuamente, y cruzaba una y otra vez las piernas. Su incomodidad pronto pasó al otro lado de la mesa. Durante el tiempo restante que permanecieron sentados, la conversación recayó en lugares comunes, pero una emoción para la que parecían carecer de palabras teñía el diálogo y agrandaba y ensombrecía sus perfiles. Ella no acabó el postre. Dejó que el café se le enfriara. Ninguno de los dos habló durante un

rato. Al verlos en aquel restaurante, un desconocido podría haber pensado que eran un par de viejos amigos que se habían reunido para conversar sobre algún infortunio. El señor Bruce tenía cara triste. Las manos de ella temblaban. Inclínándose hacia ella, él dijo, finalmente:

—Te he pedido que nos viésemos aquí porque la empresa donde trabajo tiene un apartamento arriba.

—Sí —asintió ella—. Sí.

Para los amantes, el contacto desencadena una metamorfosis. Todo parece transformarse, y se convierten en algo distinto y mejor. Aquella parte de las experiencias de cada uno, definida y separada —la totalidad de los años que han precedido al encuentro—, se modifica, se reordena y redirige hacia aquel preciso momento. Sienten que han alcanzado un grado de intensidad idéntico, un éxtasis de sincronización total, y cualquier recuerdo que los asalta cobra una claridad definitiva, ya sea una manecilla que avanza en el reloj de un aeropuerto o un búho de nieve, una estación ferroviaria de Chicago el día de Nochebuena, la barca que va a recalar en un puerto extraño mientras a lo largo de la costa tempestuosa unos desconocidos tocan sus bocinas para guiar al bote del club de yates, o al momento en que se deslizan cuesta abajo por la pista de esquí a aquella hora en que, si bien el sol se alza aún en el cielo, la cara norte de todas las montañas está sumida en la oscuridad.

—¿Quieres bajar sola? Los ascensoristas de estos edificios... —dijo Stephen Bruce cuando estuvieron vestidos.

—Me tienen sin cuidado los ascensoristas de estos edificios —respondió ella alegremente.

Ella lo cogió del brazo y bajaron juntos en el ascensor. Al salir del edificio no tuvieron ánimo para separarse y decidieron que el museo Metropolitano era un lugar donde probablemente no los vería nadie conocido. Casi vacía, la rotonda parecía a aquella hora de la tarde una estación por la que ya ha pasado el tren. Oía a carbón quemado. Contemplaron los caballos de piedra y los pedazos de tela. En un corredor oscuro descubrieron una pródiga representación del *Festín de amor*. El dios —disfrazado ya de leñador, ya de vaquero, marino o príncipe— asomaba por todas las puertas abiertas. Tres espíritus aguardaban junto a un bosquecillo de acebo para quitarle la armadura de los hombros y desatarle el escudo. Una numerosa compañía alentaba a su amante. La creación entera estaba en armonía: la civeta y el oso, el león y el unicornio, el agua y el fuego.

Al volver por la rotonda, el señor Bruce y la señora Sheridan se encontraron con una amiga de la madre de Lois. Fue imposible evitarla, y se dijeron «¿Cómo está usted?», y «Me alegro de verla», y Stephen prometió decirle a su suegra que había visto a aquella amiga suya. La pareja siguió caminando hasta Lexington y se despidió. El señor Bruce volvió a la oficina y llegó a casa a las seis. La sirvienta le dijo que su mujer aún no había regresado. Katherine estaba en una fiesta, y se suponía que él debía ir a buscarla. La sirvienta le dio la dirección y él salió sin quitarse el abrigo. Llovía. El portero se internó en el aguacero con un impermeable blanco y retornó encaramado al estribo de un taxi. El vehículo tenía asientos de color naranja, y conforme se dirigía a la parte alta de la ciudad, el señor Bruce oyó que en la radio sonaba un tango. Otro portero le abrió la puerta del taxi y el señor Bruce entró en un vestíbulo que, lo mismo que el de la casa donde vivía, se había propuesto imitar el pórtico de una casa solariega. Arriba, había cáscaras de cacahuetes sobre la alfombra y globos en el techo;

amigos y parientes bebían cócteles en la sala y, al fondo de la misma, estaban desarmando de nuevo un teatrillo de marionetas. Tomó un martini y habló con un amigo mientras esperaba a que Katherine se pusiera el abrigo.

—Oh, ¡sí, sí! —oyó decir a la señora Sheridan, y luego la vio entrar en la habitación con sus dos hijas.

Katherine se interpuso entre ellos antes de que hablaran, y el señor Bruce se aproximó con su hija a la anfitriona. Katherine hizo una reverencia y dijo alegremente:

—Muy amable por su parte haberme invitado a la fiesta, señora Bremont, y muchas gracias.

Cuando el señor Bruce se encaminaba hacia el ascensor, la más joven de las Sheridan trazó una reverencia y dijo:

—Ha sido una fiesta muy agradable, señora Bremont...

Esperó abajo junto con su hija a la señora Sheridan, pero algo o alguien la retrasaba, y cuando el ascensor bajó por segunda vez sin ella, el señor Bruce se marchó.

El señor Bruce y la señora Sheridan se vieron de nuevo en el apartamento unos días después. Luego él la vio entre el gentío de la pista de patinaje del Rockefeller Center, esperando a las niñas. Volvió a verla en la sala de espera del Chardin Club, entre los demás padres, niñeras y chóferes que aguardaban a que terminase la clase de baile. El no le habló, pero oyó cómo ella, a su espalda, contestaba a alguien:

—Sí, mamá está muy bien, gracias. Sí, le daré recuerdos de su parte.

Luego la oyó de nuevo hablando con otra persona más alejada, y finalmente la música sofocó su voz. Esa noche salió de la ciudad en viaje de negocios y no regresó hasta el domingo, y fue con un amigo a ver un partido de rugby. El encuentro fue lento, y el último cuarto de hora se jugó con el campo iluminado. Al volver a casa, Lois lo recibió en la puerta del apartamento. La chimenea estaba encendida en el cuarto de estar. Ella preparó las bebidas y se sentó al otro lado de la habitación, en una silla junto al fuego.

—Se me olvidó decirte que la tía Helen llamó el miércoles. Va a mudarse de Gray's Hill a una casa más próxima a la costa.

Él intentó encontrar un comentario a la noticia, pero no se le ocurrió nada. Al cabo de cinco años de matrimonio, parecía haberse quedado sin nada que decir. Era como estar en un aprieto por falta de dinero. Evocó desesperadamente el partido de rugby y el viaje a Chicago en busca de algo que pudiese agradarla, y no halló una sola palabra. Lois percibió su esfuerzo y su fracaso. Enmudeció. No he tenido a nadie con quien hablar desde el miércoles —pensó—, y ahora él no va a decir nada.

—Mientras has estado fuera me he dislocado otra vez la espalda, al tratar de alcanzar una sombrerera —dijo—. Tengo un dolor insoportable, y el doctor Parminter no parece capaz de aliviarme, así que voy a ver a otro médico que se llama Walsh y que...

—Lamento enormemente que la espalda te esté atormentando —comentó él—. Espero que ese tal Walsh pueda ayudarte.

La ausencia de auténtica preocupación en su voz hirió a Lois.

—Ah, y se me olvidó decirte... Ha habido un pequeño problema —dijo, enfadada—. Katherine ha estado esta tarde con Helen Woodruff y otros niños. Algunos eran chicos. La asistenta ha ido al cuarto de jugar para decirles que ya estaba la cena y los ha encontrado a todos desnudos. La señora Woodruff estaba muy disgustada y le dije que la llamarías.

—¿Dónde está Katherine?

—En su cuarto. No quiere hablar conmigo. No me gusta tener que decirlo, pero creo que deberías llevarla al psiquiatra.

—Bien, ¿vas a cenar algo?

—Sí. Me gustaría.

Katherine ocupaba una amplia habitación en un costado del edificio; el mobiliario nunca había conseguido llenarla. Al entrar, el señor Bruce la vio sentada en el borde de la cama, a oscuras. El cuarto olía al par de ratones que tenía ella en una jaula. Él encendió la luz y le entregó una pulsera encantadora que le había comprado en el aeropuerto, y ella se lo agradeció educadamente. Él no mencionó el incidente en casa de los Woodruff, pero cuando le rodeó los hombros con un brazo, la niña rompió a llorar amargamente.

—Yo no quería hacer eso esta tarde —dijo—, pero ella me obligó, y era la anfitriona, y siempre tenemos que hacer lo que dice la anfitriona.

—No importa si querías o no —respondió él—. Lo que habéis hecho no es tan rematadamente malo.

La tuvo abrazada hasta que se quedó tranquila; luego la dejó, fue a su dormitorio y telefoneó a la señora Woodruff.

—Soy el padre de Katherine Bruce —dijo—. Tengo entendido que hubo cierta dificultad esta tarde. Solamente quería decirle que Katherine ya ha recibido su reprimenda y, por lo que respecta a la señora Bruce y a mí, el incidente ha quedado olvidado.

—Pues aquí no lo hemos olvidado —repuso la señora Woodruff—. No sé quién empezó, pero he mandado a Helen a la cama sin cenar. Mi marido y yo no hemos decidido todavía qué castigo vamos a aplicarle, pero vamos a castigarla severamente.

El señor Bruce oyó que Lois lo llamaba desde el cuarto de estar para decirle que la cena estaba lista.

—Supongo que ya sabe que la inmoralidad está devastando este país —prosiguió ella—. Nuestra niña jamás ha oído en esta casa una sola palabra fea. Aquí no hay sitio para porquerías. Si

hace falta fuego para combatir el fuego, ¡eso es lo que voy a hacer!

La ignorante y malhumorada mujer se enfurecía, pero él no tuvo más remedio que escucharla hasta que hubo acabado, y a continuación volvió a la habitación de Katherine.

Lois miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea y llamó ásperamente a su marido por segunda vez. No le había hecho la menor ilusión prepararle la cena. La indiferencia de él por sus sentimientos y el hecho de haber tenido que esclavizarse por él en la cocina le habían hecho pensar que se trataba de una condición humana eterna. Los fantasmas de su sexo ultrajado se pusieron de su parte cuando abrió con un golpe el cajón de la plata y también cuando le sirvió la cerveza. Dispuso la bandeja cuidadosamente, a fin de acrecentar el disgusto que le producía hacerlo. Llenó de carne fría y ensalada el plato de su marido como si fueran alimentos envenenados. Luego se arregló el carmín de los labios y llevó ella misma la pesada bandeja al comedor, a pesar de su espalda dolorida.

Acto seguido dejó que transcurrieran cinco minutos, fumando un cigarrillo y paseando por la habitación. Llevó de vuelta la bandeja a la cocina, tiró por el fregadero el café y la cerveza y guardó en el frigorífico la carne y la ensalada. Cuando el señor Bruce salió del cuarto de Katherine, encontró a Lois sollozando de rabia: no por él, sino por su propia estupidez. «¿Lois?», preguntó, y ella salió corriendo de la habitación y se refugió en su dormitorio con un portazo.

A lo largo de los dos meses que siguieron, Lois Bruce supo por una serie de fuentes que su marido había sido visto con una tal señora Sheridan. Le confesó a su madre que lo estaba perdiendo y, ante la insistencia de ésta, contrató a un detective privado. Lois no era vengativa; no quería atrapar o intimidar a su marido; en realidad, tenía la sensación de que esa maniobra sería en cierto modo la salvación de Bruce.

El detective le telefoneó un día cuando ella estaba almorzando en casa, y le comunicó que su marido y la señora Sheridan acababan de subir a cierto hotel. Dijo que la llamaba desde la recepción. Lois no terminó su almuerzo, sino que se cambió de ropa. Se puso un sombrero con velo, porque tenía la cara demacrada; gracias al velo pudo hablar calmadamente con el portero, que le consiguió un taxi. El detective se reunió con ella en la acera. Le dio el piso y el número del apartamento y se ofreció a acompañarla. Entonces ella lo despidió con forzada cortesía, como si la propuesta del hombre hubiese sido una crítica de su capacidad para afrontar eficazmente aquella situación. Lois nunca había estado en aquel edificio, pero el sentimiento de que actuaba con todo derecho le impidió dejarse impresionar por aquel lugar desconocido.

El ascensorista cerró la puerta una vez que Lois descendió en el piso décimo y se vio sola en un largo pasillo sin ventanas. Las doce puertas idénticas, pintadas de un rojo oscuro para hacer juego con la polvorienta alfombra, las tenues luces del techo y el perfecto silencio del corredor la hicieron vacilar un segundo, pero en seguida fue directamente a la puerta del apartamento y llamó al timbre. No hubo ningún ruido ni respuesta. Llamó varias veces. Después habló junto a la puerta cerrada.

—Déjame entrar, Stephen. Soy Lois. Sé que estás ahí. Déjame entrar.

Esperó. Se quitó los guantes. Apoyó el dedo pulgar sobre el timbre y lo mantuvo un rato. Luego escuchó. Seguía sin oírse el menor ruido. Miró a las puertas rojas y cerradas que la circundaban. Dio un puñetazo al timbre.

—¡Stephen! —gritó—. ¡Stephen! Déjame entrar. Déjame. Sé que estás ahí. Te he visto entrar. Puedo oírte, te oigo moverte ahí dentro. Te oigo susurrar. Déjame entrar, Stephen, déjame. Si no me dejas entrar, se lo diré a su marido.

Esperó de nuevo. El silencio de las primeras horas de la tarde llenó la pausa. Atacó el picaporte. Aporreó con su bolso la puerta. Le asestó puntapiés.

—¡Déjame entrar, Stephen Bruce! —gritó—. Déjame entrar, ¿me oyes? ¡Déjame entrar, déjame, déjame!

Se abrió otra puerta del corredor; Lois se volvió y vio a un hombre en mangas de camisa que movía la cabeza. Corrió al fondo del pasillo y empezó a bajar llorando la escalera de incendios. Al igual que las de cientos de monumentos, parecían no tener principio ni fin, pero por último llegó a una galería oscura donde se amontonaban bicicletas y cochecitos de niño, y se abrió paso hacia el vestíbulo.

Cuando el señor Bruce y la señora Sheridan salieron del hotel, pasearon por el parque, que olía ligeramente a bosque bajo el sol de finales del invierno. Al cruzar un camino de herradura, vieron a la señorita Prince, la profesora de equitación de las niñas. Estaba dando clase a una chiquilla obesa que llevaba de la brida a su caballo.

—¡Señora Sheridan! —exclamó—. ¡Señor Bruce! Pero ¡qué suerte! —Detuvo a los caballos—. Quería hablar con los dos —dijo—. El mes que viene voy a organizar una pequeña exhibición y quiero que sus hijas participen en ella. Quiero que las tres monten en la clase de las buenas amazonas. Y quizá el año que viene —agregó, dirigiéndose a la chiquilla obesa— tú también podrás montar entre los buenos.

Prometieron dejar que las niñas participaran, la señorita Prince les dijo adiós y reanudó su lección. A la altura de las calles setenta oyeron el rugido de un león. Se encaminaron hacia el extremo meridional del parque. La tarde declinaba. El señor Bruce telefoneó a su oficina desde el Plaza. Entre los recados que le dieron había uno de la sirvienta: que pasara por el Chardin Club a recoger a Katherine.

Desde la acera, delante de la escuela de baile, oyeron el estrépito del piano. La Gran Marcha había comenzado. Se abrieron camino entre la multitud que llenaba el vestíbulo y se quedaron de pie en la puerta del salón de baile, buscando a las niñas. Por la puerta abierta divisaron a la señora Bailey, la profesora de baile, y a sus dos ayudantes, que ejecutaban rígidas reverencias conforme los niños se acercaban a ellas por parejas. Los chicos llevaban guantes blancos. Las chicas vestían con sencillez. De dos en dos, los niños se inclinaban o flexionaban la rodilla, según el caso, y se reunían después con los adultos en la entrada. Entonces el señor Bruce vio a Katherine. Mientras observaba a su hija haciendo obedientemente lo que se esperaba de ella, lo asaltó la idea de que él y toda aquella gente que se amontonaba alrededor estaban cortados por el mismo patrón. Todos estaban, en principio, perplejos y confusos, eran demasiado egoístas o desafortunados para aceptar las reglas que garantizan la supervivencia de una sociedad, como sus padres y madres lo habían hecho antes que ellos. En cambio, delegaban en sus hijos el fardo del orden, y abrumaban sus vidas con falsos ritos y ceremonias.

Una de las profesoras se acercó a ellos y dijo:

—Oh, me alegro tanto de verla, señora Sheridan. Temíamos que estuviera enferma. Muy poco después de empezar la clase de esta tarde, vino su marido y se llevó a las dos niñas. Dijo que iba a sacarlas del país, y nos preguntamos si estaría usted enferma. Parecía muy enfadado.

La profesora auxiliar sonrió y se retiró.

El rostro de la señora Sheridan perdió el color y se ensombreció. Dio la impresión de haber envejecido de repente. Hacía calor en el salón de baile, y Bruce la guió hasta la puerta y la acompañó hasta el aire fresco de una noche de invierno, agarrándola, literalmente sujetándola, porque podría haberse caído.

—Todo saldrá bien. Todo saldrá bien, cariño —repetía—, todo irá bien.

El gusano de la manzana

Los Crutchman eran tan felices, tan extraordinariamente felices, y tan moderados en todas sus costumbres, y todo lo que les pasaba les parecía tan bien que uno se veía obligado a sospechar la existencia de un gusano en su sonrosada manzana, y a imaginar que el llamativo color de la fruta no tenía otro objeto que esconder la gravedad y la extensión de la enfermedad. Su casa de Hill Street, por ejemplo, con todas aquellas enormes ventanas. ¿Quién, excepto alguien con complejo de culpabilidad, querría que entrase tanta luz en su casa? Y el hecho de enmoquetar todas las habitaciones, ¿no era como reconocer que un centímetro de suelo al descubierto (que no existía) podía despertar recuerdos muy enterrados de amores no correspondidos y de soledad? Y había cierto entusiasmo necrofílico en su manera de trabajar el jardín. ¿Por qué tanto interés en cavar agujeros, plantar semillas y ver cómo brotan las plantas? ¿Por qué tanta morbosa preocupación con la tierra? Helen era una mujer muy bonita con esa llamativa palidez que con tanta frecuencia se descubre en las ninfómanas. Larry era un hombre corpulento que solía trabajar en el jardín sin camisa, lo que quizá ponía de manifiesto una tendencia infantil al exhibicionismo.

Los Crutchman se mudaron muy contentos a Shady Hill después de la guerra. Larry había servido en la marina. Tenían dos hijos muy alegres: Rachel y Tom. Pero ya habían surgido algunas nubes en su horizonte. El barco de Larry se había hundido durante la guerra y él pasó cuatro días en una balsa en el Mediterráneo y sin duda aquella experiencia le haría ver con escepticismo las comodidades y los pájaros cantores de Shady Hill, obsequiándolo al mismo tiempo con algunas agobiantes pesadillas. Pero quizá era todavía más grave el hecho de que Helen fuese rica. Hija única del viejo Charlie Simpson —uno de los últimos bucaneros de la industria—, su padre le había dejado unas rentas superiores al mejor sueldo que Larry pudiera conseguir trabajando para Melcher y Thaw. Los peligros de esa situación son bien conocidos. Puesto que Larry no tenía que ganarse la vida —al faltarle un incentivo—, cabía la posibilidad de que se tomara las cosas con calma, de que pasara demasiado tiempo en los campos de golf, y de que tuviera siempre una copa en la mano. Helen confundiría la independencia económica con la emocional, dañando el delicado equilibrio dentro de su matrimonio. Pero Larry no daba la sensación de tener pesadillas y Helen repartía sus ingresos entre diferentes obras de caridad y llevaba una vida cómoda pero modesta. Larry, por su parte, iba a su trabajo todas las mañanas con tanto entusiasmo que podía pensarse que intentaba escapar de algo. Su participación en la vida de la comunidad era tan intensa que apenas debía de quedarle tiempo para el examen de conciencia. Estaba en todas partes: en la fila para la comunión, en el campo de fútbol, tocando el oboe con el Club de Música de Cámara, conduciendo el coche de los bomberos, en el consejo escolar, y a las ocho y tres minutos de la mañana salía todos los días camino de Nueva York. ¿Qué pesar lo empujaba de aquella manera?

Quizá había deseado tener más hijos. ¿Por qué tenían sólo dos? ¿Por qué no tres o cuatro? ¿Se había producido quizá un fallo en sus relaciones después del nacimiento de Tom? Rachel, la mayor, era terriblemente gorda de niña y muy agresiva en cuestiones económicas. Todas las primaveras arrastraba un viejo tocador desde el garaje hasta la acera y colocaba encima un cartel que decía: LiMonADA FResCA. 15 centavos. Tom tuvo una pulmonía a los seis años y estuvo a punto de morir, pero se restableció sin que se produjeran complicaciones visibles. Los hijos podrían haberse

rebelado contra el conformismo de sus padres, porque Helen y Harry aceptaban todas las reglas sociales. ¿Dos automóviles? Sí. ¿Iban a la iglesia? Todos los domingos se arrodillaban y rezaban devotamente. ¿Ropa? No podrían haber sido más puntillosos en su observancia de las normas sobre la manera correcta de vestir. Clubs de lectura, arte local y asociaciones de amantes de la música, competiciones atléticas y juegos de cartas: los Crutchman estaban metidos hasta el cuello en todo. Pero si sus hijos se rebelaban, ocultaban su rebeldía y parecían querer a sus padres sin traumas y verse respondidos con el mismo afecto, aunque quizá existía en este amor la tristeza de alguna profunda desilusión. Quizá Larry fuese impotente. Quizá Helen fuera frígida..., pero había muy pocas probabilidades, con aquel cutis tan blanco. Todas las personas de Shady Hill con manos inquietas les habían hecho insinuaciones a los dos, pero siempre se habían visto rechazados. ¿Cuál era la fuente de su constancia? ¿Estaban asustados? ¿Eran gazmoños? ¿Monógamos? ¿Qué había en el fondo de aquella apariencia de felicidad?

A medida que sus hijos crecieron fue posible contar con ellos para encontrar el gusano en la manzana. Rachel y Tom serían ricos, heredarían la fortuna de Helen, y quizá viéramos situarse encima de ellos la sombra que con tanta frecuencia oscurece las vidas de los hijos que cuentan con una existencia libre de preocupaciones económicas. Y de todas formas, Helen amaba demasiado a su hijo. Le compraba todo lo que quería. Un día, después de llevarlo en coche a la academia de baile con su primer traje de sarga azul, Helen se entusiasmó tanto con la figura varonil que ofrecía subiendo la escalera, que al poner el automóvil en marcha fue a estrellarse directamente contra un olmo. Un sentimiento como aquél tenía inevitablemente que crear problemas. Y si Helen prefería a su hijo, terminaría por tratar peor a su hija. Escúchenla:

—Los pies de Rachel son inmensos, sencillamente inmensos —está diciendo—. Nunca encuentro zapatos para ella.

Quizá ahora veamos el gusano. Como la mayoría de las mujeres hermosas, Helen tiene celos; ¡tiene celos de su propia hija! No soporta tener una rival. Le pondrá a la chica unos trajes horrorosos, hablando del tamaño de sus pies hasta que la pobre criatura se niegue a ir a los bailes, o si la obligan, a quedarse muy mohína en el tocador de señoras, mirándose esos pies monstruosos que Dios le ha dado. Se sentirá tan desgraciada y tan sola que para poder realizarse se enamorará de un poeta psicológicamente inestable y se escapará con él a Roma, donde vivirán un exilio miserable bebiendo más de la cuenta. Pero cuando la muchacha entra en la sala, vemos que es bonita, que va bien vestida y que le sonrío a su madre con sincero cariño. Tiene los pies grandes, no hay duda, pero su pecho también es abundante. Quizá debamos ocuparnos del hijo para encontrar el problema que buscamos.

Y ahí sí existen las dificultades. En el penúltimo año de bachillerato lo suspenden y tiene que repetir curso; el resultado es que se siente al margen de sus compañeros y lo colocan, por casualidad, en el pupitre vecino al de Carrie Whitchell, sin duda la chica más atractiva de Shady Hill. Todo el mundo sabe quiénes son los Whitchell y su alegre y bonita hija. Beben demasiado y viven en una de esas casas de madera de Maple Dell. La chica es realmente hermosa y todo el mundo está enterado de que sus astutos padres proyectan salir de Maple Dell apoyándose en la blanquísima piel de su hija. ¡Una situación perfecta! Los Whitchell no ignoran que Helen es rica. En su dormitorio a oscuras calcularán la compensación económica que podrán pedir, y en la cocina maloliente donde comen siempre le dirán a su hermosa hija que deje al muchacho llegar hasta donde quiera. Pero Tom se desenamoró de Carrie tan de prisa como se había enamorado, y después se enamoró de Karen Strawbridge y de Susie Morris y de Anna Macken, y podría pensarse que le faltaba estabilidad, pero en su segundo año de universidad anunció su compromiso con Elizabeth Trustman; se casaron cuando

Tom terminó los estudios, y como él tenía que cumplir el servicio militar, ella se fue con él a su destino en Alemania, donde estudiaron y aprendieron el idioma, hicieron amistad con la gente y fueron un motivo de orgullo para su país.

Rachel no tuvo las cosas tan fáciles. Al perder los kilos que le sobraban, se convirtió en seguida en una chica muy atractiva. Fumaba, bebía y probablemente fornicaba, y el abismo que se abre ante una joven hermosa e incapaz de moderarse es insondable. ¿Qué, excepto la casualidad, le impediría terminar de chica de alterne en una sala de baile de Times Square? ¿Y qué pensaría su pobre padre, viendo el rostro de su hija (los pechos apenas cubiertos por un velo) contemplándolo mudamente desde una de esas vitrinas en una mañana lluviosa? Pero lo que Rachel hizo fue enamorarse del hijo del jardinero alemán de los Farquarson, que había llegado a Estados Unidos con su familia después de la guerra dentro del contingente de Personas Desplazadas. Se llamaba Eric Reiner y, si hemos de ser honestos, se trataba de un joven excepcional que consideraba Estados Unidos como un verdadero Nuevo Mundo. A los Crutchman debió de entristecerles la elección de Rachel, por no decir que les rompió el corazón, pero ocultaron sus sentimientos. Los Reiner no lo hicieron. Aquella pareja de industrioses alemanes consideraron el matrimonio de su hijo con la chica de los Crutchman imposible e indecoroso. En una ocasión, el padre golpeó a su hijo en la cabeza con un trozo de leña. Pero los jóvenes siguieron viéndose y terminaron por escaparse juntos. No les quedaba otro remedio: Rachel estaba embarazada de tres meses. Eric se encontraba entonces en su primer año de universidad en Tufts, adonde había ido con una beca. El dinero de Helen resultó muy útil en aquel momento y la madre de Rachel pudo alquilar un apartamento en Boston para la joven pareja y hacerse cargo de sus gastos. El hecho de que su primer nieto fuera prematuro no pareció preocupar a los Crutchman. Cuando Eric se graduó en la universidad, consiguió una beca para continuar sus estudios en el MIT (el Massachusetts Institute of Technology). Se doctoró en física e inmediatamente empezó a enseñar en aquel mismo departamento. Podría haber conseguido un empleo en la industria privada con un sueldo más alto, pero le gustaba dar clases, y Rachel era feliz en Cambridge, donde siguieron viviendo.

Con la marcha de sus queridos hijos podría esperarse que los Crutchman sufrieran la conocida indigencia espiritual de su edad y de su clase —por fin aparecería al descubierto el gusano de la manzana—, si bien, al contemplar a esta pareja encantadora mientras dan fiestas para sus amigos o leen los libros que les gustan, uno podría preguntarse si el gusano no se hallaba en el ojo del espectador que, por timidez o cobardía moral, era incapaz de abarcar el amplio espectro de sus entusiasmos naturales y de reconocer que, a pesar de que Larry no tocara a Bach ni jugara al fútbol demasiado bien, el placer que experimentaba con aquellas dos actividades era auténtico. Quizá podría esperarse al menos que se notara en los Crutchman la normal capacidad destructiva del tiempo, pero ya sea por simple suerte o como consecuencia de su moderada y saludable manera de vivir, no se les cayeron ni los dientes ni el pelo. Su capacidad para la euforia siguió dando frutos innegables, y aunque Larry renunció al coche de los bomberos, se lo continuaba viendo en la fila de la comunión, en el campo de fútbol, en el tren de las ocho y tres minutos, y en el Club de Música de Cámara. Y gracias a la prudencia y a la astucia del agente de Bolsa de Helen, fueron haciéndose cada vez más ricos y vivieron felices el resto de sus días.

El problema de Marcie Flint

«Escribo esto a bordo del *Augustus*, que lleva tres días en alta mar. Mi maleta está llena de mantequilla de cacahuete, y soy fugitivo de los suburbios residenciales de todas las grandes ciudades. ¡Qué agujeros! Los suburbios residenciales, quiero decir. Dios me libre de las encantadoras mujeres que cambian de sitio sus ásteres y sus rosas al anochecer por temor de que la escarcha las mate, y de las que llevan dentro de la cabeza un torbellino de entusiasmo cívico. Voy a Turín, donde a las chicas les gusta la mantequilla de cacahuete, y donde el hombre tiene vara alta...» No había absolutamente nada malo en el barrio residencial (Shady Hill) del que Charles Flint escapaba; su edad no importa; y Turín no le era desconocido, porque poco tiempo atrás había pasado allí tres meses por motivos de trabajo.

«Dios me libre —continuó— de mujeres que se visten como toreros⁹ para ir al supermercado, y de las carteras de cuero, de los trajes de franela y de las gabardinas. Líbreme también de los juegos de palabras y de los adúlteros, de los perros salchicha y de las piscinas, de los canapés congelados y los Bloody Mary y de los presuntuosos, de los arbustos de lilas y los mítines de las asociaciones de padres y profesores.» Escribió y escribió mientras el *Augustus*, navegando a diecisiete nudos, ponía oportunamente rumbo al este; un día más, y llegarían a las Azores.

Como todos los hombres amargados, Flint conocía menos de la mitad de la historia y estaba más interesado en desahogar sus sentimientos de ira que en conocer la verdad. Marcie, la esposa de la que estaba huyendo, era una mujer de pelo y ojos negros; no era posible considerarla joven ni con un esfuerzo de la imaginación, pero poseía abundantes dosis de dulzura y cortesía femeninas. No había contado a los vecinos que Charlie la había abandonado; ni siquiera había llamado a su abogado, pero había despedido al cocinero y en aquel momento seguía un rumbo sur-suroeste entre la cocina y el fregadero, preparando la cena de los niños. No acostumbraba a analizar el pasado, como hacía su marido, ni a examinar las fuerzas capaces de distanciar irremediablemente a un matrimonio que llevaba felizmente casado quince años. Durante la reciente ausencia de Charles por cuestiones de trabajo, había existido, a su entender, una pequeña diferencia entre los puntos de vista de ambos, pues aunque él siempre le escribía que la echaba de menos, también decía que cenaba en el Superga seis noches por semana y que lo estaba pasando de maravilla. Había proyectado ausentarse sólo seis semanas, y cuando aquéllas se alargaron hasta convertirse en tres meses, ella consideró que era un contratiempo que había que sobrellevar.

Sus vecinos se habían ocupado generosamente de ella las primeras semanas, pero sabía por sí misma que una mujer sin pareja puede estropear una fiesta, y como Flint continuaba fuera, vio que se le acercaban más y más noches solitarias. Ahora bien, había dos aspectos en la vida nocturna de Shady Hill: por un lado las fiestas, por supuesto, y por otro la existencia de un taller permanente de Santa Claus para cantantes de madrigales, grupos de discusión política y de flauta, escuelas de baile, clases de confirmación, mítines de los comités y conferencias sobre literatura, filosofía, planificación urbana y lucha contra los insectos nocivos. Probablemente, jamás el brillante lienzo de estrellas del

⁹ En español en el original. (*N. del T.*)

cielo había presidido semejante estampa de laboriosidad nocturna. Marcie, que poseía una voz dulce y clara, se adhirió a un grupo musical que se reunía los jueves y a un seminario político que celebraba sus reuniones los lunes. En cuanto se convirtió en persona disponible, fue solicitada como miembro femenino de los comités, aun cuando resultaría difícil decir por qué: casi nunca abría la boca. Finalmente, al tercer mes de ausencia de Charlie, aceptó un puesto en el consejo municipal, sobre todo para mantenerse ocupada.

La virtud, la razón, el espíritu cívico y la soledad acrecentaron el problema de la pobre Marcie. Allá en Turto, Charlie podía muy bien imaginarla de pie en la entrada iluminada de su casa la noche de su llegada, pero ¿podía acaso evocarla buscando a tientas bajo la cama los zapatos de los críos o vertiendo la grasa del tocino en una vieja lata de sopa? «Papá tiene que estar en Italia para ganar el dinero con que comprar las cosas que necesitamos», les dijo a los niños. Pero cuando Charlie la llamaba por teléfono desde el extranjero (cosa que hacía una vez por semana), él siempre daba la impresión de haber estado bebiendo. Considerad a esta dulce mujer cantando luego *Hodie Christus Natus Est*, estudiando a Karl Marx y asistiendo sentada en una dura silla a las reuniones del consejo municipal.

Si algo había realmente malo en Shady Hill, una llaga que podía señalarse con el dedo, era el hecho de que el pueblo no disponía de biblioteca pública: ni ejemplares manchados de Pascal, con olor a col, ni ediciones incompletas de Dostoievski o George Eliot, ni siquiera Galsworthy, ni Barrie ni Bennet. Ésa fue la principal preocupación del consejo mientras Marcie formó parte de él. Los partidarios de la biblioteca eran en su mayoría personas afincadas en el pueblo desde hacía poco tiempo; el látigo de la oposición era la señora Selfredge, miembro del ayuntamiento y mujer muy decorosa, de ojos azules prodigiosamente inexpresivos y brillantes. La señora Selfredge hablaba a menudo de la deliberada tranquilidad de su vida. «No salimos nunca», decía, pero en tono tal que más que una elección parecía estar expresando una profunda queja contra la soledad. Estaba casada con un hombre acaudalado mucho mayor que ella, y no tenían hijos; en efecto, la más indirecta alusión al acto sexual subía los colores al rostro de la señora Selfredge. Sostenía la opinión de que una biblioteca entraba en la categoría de servicios públicos que podían convertir a Shady Hill en una zona atractiva para una urbanización. No era un prejuicio ciego. Carsen Park, el pueblo vecino, había autorizado una urbanización dentro de sus límites, y los resultados habían sido desastrosos para la gente que ya vivía allí. Les habían doblado los impuestos y se habían desacreditado sus escuelas. Los partidarios de la biblioteca ponían en tela de juicio que existiera alguna relación entre la lectura y los bienes inmobiliarios, hasta que se produjo un horrible asesinato —tres asesinatos, de hecho— en una de las viviendas-colmena de la urbanización de Carsen Park, y el proyecto de la biblioteca fue enterrado junto con las víctimas.

Las terrazas del Superga dominan todo Turín y las montañas cubiertas de nieve que rodean la ciudad, y un hombre que esté allí bebiendo vino no puede imaginar que su mujer asiste en ese preciso momento a una reunión del consejo municipal de Shady Hill. Éste constaba de diez hombres y dos mujeres que, bajo la presidencia del alcalde, sancionaban los proyectos expuestos. El consejo se reunía en el centro cívico, antigua casa solariega expropiada por impago de impuestos. La sala de reuniones había sido antaño el salón de la casa. Allí se habían escondido huevos de pascua, los niños habían clavado colas sobre burros de papel, había ardido el fuego en la chimenea y un árbol de Navidad se había erguido en el rincón; pero se diría que, cuando la casa pasó a ser propiedad municipal, se había realizado un concienzudo esfuerzo para exorcizar aquellos tiernos fantasmas. Descolgaron el autorretrato de Rafael y los cuadros del puente roto de Aviñón y del Avon a su paso por Stratford, y pintaron las paredes de un deprimente tono verde. La chimenea seguía en su sitio, pero la habían

tapiado y pintado de verde los ladrillos. Una hilera de tubos fluorescentes a lo largo del techo arrojaba sobre los miembros del consejo una luz marchita que volvía sus rostros ojerosos y cansados. La habitación hacía que Marcie se sintiera incómoda. Bajo la severa luz, su dulzura no resaltaba, y no sólo se sentía aburrida, sino en cierto modo dolorosamente ajena a todo aquello.

Aquella noche discutieron los impuestos sobre el agua y los parquímetros, y luego el alcalde sacó a relucir por última vez el tema de la biblioteca pública.

—El asunto está cerrado, desde luego —dijo—, pero hemos oído desde el principio a todo el mundo, a las dos partes. Hay otro hombre que desea hablarnos, y creo que deberíamos escucharlo. Es un vecino de Maple Dell.

A continuación abrió la puerta de la sala que daba al pasillo e hizo pasar a Noel Mackham.

El barrio de Maple Dell era lo más parecido a una urbanización que había en Shady Hill. Era la clase de sitio en que las viviendas están pegadas entre sí; todas ellas eran blancas, todas databan de hacía veinte años, y, aparcado detrás de cada una, había un coche de aspecto más sólido que las casas mismas, como un exponente de alguna cultura nómada. Y todo Maple Dell era como un almácigo, un lugar para criar y educar a los chicos y nada más, porque ¿quién querría volver a Maple Dell? ¿Quién, en mitad de la noche, pensaría con nostalgia en los tres dormitorios del piso superior, en el cuarto de baño con goteras y en los pasillos de olor acre? ¿Quién volvería alguna vez a la salita en la que uno no puede estirarse sin derribar la foto en color del Mount Rainier? ¿Quién sería capaz de volver a la silla que te muerde el culo, al anticuado televisor y al torcido cenicero con el relieve en acero prensado de una mujer desnuda bailando la danza de los siete velos?

—Entiendo que el asunto está cerrado —dijo Mackham—, pero sólo quiero dejar constancia de que estoy a favor de la biblioteca pública. Es lo que me dicta mi conciencia.

Realmente no tenía mucho de abogado. Era alto. Su cabello había iniciado un retroceso irregular, dejándole una pelusa rala sobre la frente desnuda. Poseía rasgos angulosos y la piel estropeada. En su voz no había notas graves. Sus registros parecían limitados a una delicada ronquera: un sonido monótono y laringítico que despertó en Marcie, como si fuera una especie de música húngara, sentimientos de irritable melancolía.

—Sólo quería decir unas palabras en favor de una biblioteca pública —agregó con voz áspera—. Cuando yo era pequeño, éramos pobres. No había muchas cosas buenas en nuestra manera de vivir, pero ahí estaba la biblioteca Carnegie. Empecé a visitarla cuando tenía unos ocho años. Creo que seguí frecuentándola durante los diez años siguientes. Leí de todo: filosofía, novelas, libros técnicos, poesía, diarios de navegación. Hasta un libro de cocina. Para mí, aquella biblioteca vino a ser la diferencia que existe entre el éxito y el fracaso. Cuando recuerdo la emoción que me embargaba al abrir un buen libro, aborrezco la idea de educar a mis hijos en un lugar en que no hay biblioteca.

—Bueno, desde luego sabemos lo que quiere decir —intervino el alcalde Simmons—. Pero no creo que ésa sea la cuestión. No se trata de negar libros a los niños. Casi todos los habitantes de Shady Hill tenemos nuestras propias bibliotecas.

Mark Barrett se puso en pie.

—A mí me gustaría, si se me permite, decir unas palabras sobre niños pobres y lecturas — dijo, con una voz tan viril que todos sonrieron—. Yo también era pobre —añadió alegremente—, y no me avergüenza confesarlo, y quiero señalar, valga lo que valga, que nunca puse un pie en una biblioteca pública, excepto para resguardarme de la lluvia, o quizá para seguir a una chica bonita. No quiero que nadie saque la conclusión de que una biblioteca pública es el camino del éxito.

—Yo no he dicho que una biblioteca pública sea el camino del...

—Bueno, ¡lo ha dado a entender! —gritó Barrett, y se sentó con gran agitación. Su silla crujió, y al hinchar un tanto los músculos, resonaron sus ligas, sus tirantes y sus zapatos.

—Yo sólo quería decir... —empezó Mackham de nuevo.

—¡Lo ha dado a entender! —gritó Barrett.

—Que usted no sepa leer —señaló Mackham— no quiere decir que...

—¡Maldita sea, hombre, yo no he dicho que no sepa leer!

Barrett estaba de nuevo en pie.

—¡Por favor, señores! ¡Por favor! —dijo el alcalde Simmons—. Moderemos nuestros comentarios.

—¡No me voy a quedar aquí sentado y aguantar que alguien de Maple Dell me diga que está podrido de dinero porque ha leído muchos libros! —gritó Barrett—. Los libros tienen su sitio, no lo niego. Pero ningún libro me ha ayudado a mí a llegar donde estoy, y desde donde estoy puedo escupir sobre Maple Dell. En cuanto a mis hijos, quiero que estén al aire libre jugando al balón, y no leyendo libros de cocina.

—Por favor, Mark. Por favor —dijo el alcalde. Luego se volvió hacia la señora Selfredge y le pidió que propusiera postergar la sesión.

«Mi día, mi hora, mi momento de revelación —escribió Charlie en su camarote de la cubierta superior del *Augustus*— llegó un domingo, cuando llevaba ocho días en casa. ¡Dios mío, qué feliz me sentía! Había pasado la mayor parte del día instalando contraventanas, y me gustaba trabajar en casa; hacer cosas como poner contraventanas. Cuando acabé la tarea, retiré la escalera, cogí una toalla y el bañador y me fui andando a la piscina de los Townsends. Estaban fuera, pero no habían vaciado la piscina. Me puse el bañador, me zambullí y recuerdo que vi —allá arriba, en la copa de uno de los pinos— un sujetador que supongo que los hijos de los Townsends habrían arrebatado y tirado allí en pleno verano, y ya hacía tiempo que el viento del oeste se había llevado los chillidos consternados de la víctima. El agua estaba muy fría, y la presión sanguínea o alguna otra razón médica pudo haber influido en el hecho de que casi estallara de felicidad cuando salí de la piscina y me vestí. Volví a casa, y al entrar había tanta calma que temí que algo malo hubiera sucedido. No era un silencio amenazador; me pregunté simplemente por qué sonaba tan fuerte el reloj. Subí al piso de arriba y encontré a Marcie dormida en su habitación. Estaba tapada con una bata ligera que había resbalado de

sus hombros y su pecho. Luego oí las voces de Henry y Katie, y me asomé a la ventana del cuarto de atrás. Daba al jardín, y de él arrancaba hacia una pequeña colina un sendero de grava que necesitaba una limpieza de hierbajos. Allí estaban Henry y Katie. Katie escribía en la grava con un palo: algún mensaje de amor, me figuro. Henry tenía uno de esos aviones de alas anchas —aviones talismán, verdaderamente— hechos con madera de balsa e impulsados por una goma. La enroscó haciendo girar la hélice, y lo vi mover los labios a medida que contaba. A continuación, cuando la goma estuvo bien tirante, separó los pies sobre la grava, como un tirador —Katie no prestaba atención a nada de esto—, y lanzó al aire el avión. Las alas del aparato tenían un color claro a la luz del crepúsculo, y vi cómo el aparato salía de la sombra y ascendía hacia el espacio, en donde el sol lo bañaba de luz amarilla. Con no mucha más fuerza que una mariposa nocturna, el avión se elevó, trazó círculos, serpenteó, descendió poco a poco hacia la sombra y se estrelló contra el macizo de peonías. "¡Lo he hecho volar! —oí gritar a Henry—. Lo he hecho volar hasta la luz." Katie continuaba escribiendo un mensaje en la tierra. Y entonces, como en un truco cinematográfico, me vi como si yo fuera mi hijo, me vi de pie en una especie de jardín lanzando allende la sombra un avión, una flecha, una pelota de tenis, una piedra, cualquier cosa, mientras mi hermana dibujaba corazones en el suelo. Me hechizó el recuerdo de cuán fuerte había sido antaño ese impulso de llegar a la luz, y contemplé cómo el niño lanzaba una y otra vez el aeroplano.

«Después, todavía ágil y lleno de alegría, me dirigí hacia la puerta, me detuve a admirar las curvas de los pechos de Marcie y decidí, en un arranque de bondad, dejarla dormir. Me sentía tan bien que necesitaba una copa, no para levantar el ánimo, sino para remojarlo —una libación, de todas formas—, y me serví un poco de whisky en un vaso. Fui a la cocina a buscar hielo, y vi que habían entrado algunas hormigas. Era extraño, porque nunca habíamos tenido demasiados problemas con ellas. Con las arañas, sí. Antes de los huracanes equinocciales —incluso antes de que empezase a bajar el barómetro—, la casa parecía llenarse de arañas, como si hubieran percibido el trastorno del aire. Había arañas en el cuarto de baño, arañas en la sala y arañas en la cocina, y antes de una tormenta, al bajar la larga escalera del vestíbulo, a veces uno sentía contra la cara el hilo de una telaraña. Pero apenas habíamos tenido problemas con las hormigas. Aquella tarde de otoño salían miles de las maderas de la cocina, trazando una doble hilera a través del escurrer platos hacia el fregadero, donde al parecer había algo que atraía a los insectos.

»Sobre un estante del armario de las escobas encontré un veneno para hormigas, un tarrito con una sustancia marrón que había comprado hace años en el pueblo, en Timmons. Puse una buena cantidad en un platillo y lo coloqué en el escurrer platos. Después salí con mi copa y parte del periódico del domingo a la terraza delantera. La casa está orientada al oeste, de forma que a mí me llegaba más luz que a los niños, y me sentía tan feliz que hasta las noticias del diario me resultaban alegres. Ningún rey había sido asesinado en las lluviosas y oscuras calles de Marsella; ninguna tormenta se gestaba en los Balcanes; ningún empleadillo inglés —orgullo de su casera y de sus tías— había disuelto los restos de una joven en un baño de ácido; ni siquiera se había producido un robo de joyas. Y aquel poder de evocación de coronas derrocadas en un inquieto y húmedo mundo y de inevitables guerras que alguna vez poseyó el periódico dominical parecía haberse evaporado. Más tarde el sol se retiró de mi diario y de mi silla y pensé que ojalá me hubiese puesto un jersey.

»La estación estaba muy avanzada —la fragancia del cambio de tiempo flotaba ya en el aire—, y eso también me cosquilleaba. El último domingo, o el domingo anterior, la terraza habría estado inundada de luz. Entonces pensé en otros lugares en los que me hubiera gustado estar: Nantucket, con sólo un puñado de personas, la flota de veleros reducida y las dunas arrojando una oscura sombra sobre la playa, lo que nunca ocurre en verano. E imaginé el estrecho de Vineyard, sus riscos color de

harina de maíz, el mar púrpura del otoño y esa quietud en la que es posible oír, muy aguas adentro, el chirrido de una driza y una polea cuando un velero vira. Saboreé el whisky y enderecé el periódico, pero el espectáculo de la luz dorada sobre la hierba y los árboles era más imponente que las noticias, y ahora, mezclada con mis recuerdos de las islas, surgía la blancura de los muslos de Marcie.

«Entonces me asaltó una especie de orgullo embriagador por la hora, por el júbilo y la naturalidad de mi relación con el paisaje, y por la facilidad con que podía obtener lo que necesitaba. Volví a pensar en Marcie dormida y en que pronto iría hacia su lado: sería un modo de expresar tal orgullo. Y luego, escuchando sin oírlas las voces de mis hijos, decidí celebrar el instante conforme transcurría. Dejé el dominical y subí corriendo la escalera. Marcie seguía dormida; me desnudé y me tendí a su lado, despertándola de lo que parecía ser un sueño agradable, porque sonrió y me atrajo hacia sí.»

Volviendo a Marcie y a su problema: cuando terminó la sesión, se puso el abrigo y dijo: «Buenas noches. Buenas noches... Espero a Charlie la próxima semana.» No se alteraba fácilmente, pero de repente fue consciente de que había topado de lleno con la estupidez y la injusticia. Mientras bajaba la escalera a espaldas de Mackham, sintió una poderosa mezcla de piedad y simpatía por el desconocido y un claro enojo hacia su viejo amigo Mark Barrett. Quería disculparse; detuvo a Mackham en la puerta y le dijo que ella también tenía algunos buenos recuerdos de una biblioteca pública.

Mientras esto sucedía, la señora Selfredge y el alcalde Simmons eran los últimos en abandonar la sala. Con la mano en el interruptor de la luz, el alcalde esperaba a la señora Selfredge, que se estaba poniendo sus guantes blancos.

—Me alegro de que esté zanjado definitivamente el asunto de la biblioteca —dijo el alcalde—. Tenía algunas dudas, pero en este momento estoy contra cualquier cosa pública, contra todo lo que pueda hacer a esta comunidad atractiva para una urbanización.

Habló sintiendo lo que decía, y ante la palabra «urbanización», se alzó en su mente la imagen de una loma cubierta de casas idénticas y que tuvieran que estar construidas con madera verde y piedra falsa. Le pareció mal que las parejas jóvenes tuviesen que empezar su vida en un entorno carente de gracia y desaprobó severamente que las filas de viviendas no pudiesen mantener por mucho tiempo su poca convincente pretensión de fincas y se convirtieran en seguida en lugares antiestéticos.

—No se trata de apartar a los niños de los libros, por supuesto —repitió—. Todos disponemos de bibliotecas propias. No hay ningún problema. Supongo que usted fue educada en un hogar con biblioteca.

—Oh, sí, sí —dijo la señora Selfredge.

El alcalde había apagado la luz, y la oscuridad encubrió y suavizó la mentira que ella había dicho. Su padre había sido policía en Brooklyn, y en su casa no había habido un solo libro. Era un hombre amable —aunque no olía demasiado bien— que en su ronda hablaba con todos los niños. Despreocupado y alegre, había pasado los años de su jubilación en la cocina, bebiendo cerveza en camiseta y calzoncillos, para profunda desesperación y vergüenza de su única hija.

El alcalde se despidió en la acera de la señora Selfredge, y mientras estaba allí ella oyó a Marcie hablar con Mackham.

—Estoy muy apenada por Mark, por lo que ha dicho —decía Marcie—. Todos hemos tenido que aguantarlo alguna vez. Pero ¿por qué no viene a tomar una copa a mi casa? Quizá podamos volver a poner en marcha el proyecto de la biblioteca.

Así que no estaba definitivamente zanjado, pensó con indignación la señora Selfredge. No pararían hasta que las urbanizaciones cubrieran Shady Hill de punta a punta. La gente gris y apretujada del proyecto de Carsen Park, con sus tropeles de críos y sus pagos mensuales de los intereses, sus ventanales y sus vistas de casas gemelas y calles sin árboles, sin asfaltar, embarradas, parecían amenazar sus más queridas ideas: sus céspedes, sus placeres, sus derechos de propiedad, incluso su amor propio.

El señor Selfredge, un anciano caballero inteligente y elegante, estaba esperando a su Pequeña Princesa, y ella le contó sus penas. El señor Selfredge se había retirado del negocio bancario; y a Dios gracias, porque, siempre que se asomaba al mundo actual, descubría el deterioro de aquellas virtudes de responsabilidad e iniciativa que, en sus años mozos, habían hecho un mundo diferente, más selectivo, vigoroso y sano. Sabía muchas cosas de Shady Hill; incluso reconoció el nombre de Mackham.

—El banco tiene una hipoteca sobre su casa —dijo—. Me acuerdo de cuando la solicitó. Trabajaba en una editorial de Nueva York especializada en libros de texto. La empresa ha publicado varias historias de Estados Unidos, y por lo menos una comisión del Congreso las ha acusado de subversivas. Yo no me preocuparía por él, cariño, pero si eso sirve para tranquilizarte, podría escribir una carta al periódico.

«Pero los niños no estaban tan lejos como yo creía —escribió Charlie a bordo del *Augustus*—. Seguían en el jardín. Y creo que aquella hora significaba para ellos el momento de robar comida. Tengo que recomponer o adivinar qué sentimiento se apoderó de ellos. Debieron de sentirse atraídos al interior de la casa por una hambre tan feroz como la mía. Al entrar en el vestíbulo se pararon a escuchar y no oyeron nada, y abrieron lentamente la nevera, de tal manera que el pesado picaporte no hiciese ruido. El contenido debió de ser decepcionante, porque Henry fue curioseando hasta el fregadero y se puso a comer el arseniato sódico. "Dulce", dijo; Katie se le unió, y se disputaron el veneno que quedaba. Seguramente estuvieron bastante rato en la cocina, ya que seguían allí cuando Henry empezó a vomitar.

»—Oye, no vomites aquí —dijo Katie—. Vamos afuera.

«Ella también empezaba a sentirse mal, y salieron y se escondieron bajo un arbusto de jeringuilla, donde los encontré cuando me vestí y bajé.

»Me contaron lo que habían comido, desperté a Marcie, volví abajo corriendo y llamé al doctor Mullens.

»—¡Dios santo! —dijo—. Voy ahora mismo.

»Me pidió que le leyera la etiqueta del frasco, pero sólo ponía arseniato sódico; no indicaba el porcentaje. Y cuando le dije que lo había comprado en Timmons, me dijo que llamara a éste y le preguntase el nombre del fabricante. Su teléfono estaba comunicando, así que mientras Marcie corría de aquí para allá entre los dos niños enfermos, salté al coche y me dirigí al pueblo. Recuerdo que el cielo estaba iluminado, pero en las calles era casi de noche. El bazar de Timmons era el único lugar con luz, y era el tipo de negocio que parece subsistir gracias a las migajas de las mesas de otros comerciantes. Las horas tardías en que todas las demás tiendas habían cerrado eran las mejores para Timmons. El disparatado revoltijo de artículos de sus escaparates —planchas, ceniceros, una Venus en un soporte, bolsas de hielo y perfumes— proseguía en el interior, que recordaba a una tienda de curiosidades farmacéuticas o a una casa de artículos de broma: una vitrina para bellezas de cartón que se empapaban de aceite solar; cordilleras de cartón bañadas en luz alpina anunciaban jabón con fragancia de pino; estantes para libros, arcones llenos de tapetes para mesas de juego y pistolas de agua de plástico. El bazar también tenía algo de hogar, pues tras el mostrador del bar estaba la señora Timmons, una mujer pulcra y de aspecto inquieto, con fotos de sus tres hijos (uno muerto) de uniforme pegadas en el espejo que se veía a su espalda. Cuando el propio Timmons salió al mostrador, estaba masticando algo y se limpió la boca con el reverso de la mano para quitarse las migas de un bocadillo. Le enseñé el frasco y le dije:

»—Los niños han comido esto hará cosa de una hora. He llamado al doctor Mullens y me ha dicho que venga a verlo a usted. No viene el porcentaje de arseniato que contiene, y él pensó que si usted se acordase de dónde lo había comprado, podríamos telefonar al fabricante para averiguarlo.

»—¿Se han envenenado los niños? —preguntó Timmons.

»— ¡Sí! —respondí.

»—Aquí no ha comprado esa mercancía —dijo.

»La torpeza de su mentira y la tranquilidad que reinaba en aquella tienda demencial me inspiraron un sentimiento de impotencia.

»—La compré aquí, señor Timmons —dije—. No hay ninguna duda. Mis hijos están en peligro de muerte. Quiero que me diga dónde adquirió la sustancia.

»—No me la ha comprado a mí —insistió.

»Miré a la señora Timmons, pero estaba limpiando el mostrador; se hacía la sorda.

»—¡Maldita sea, Timmons! —grité, e inclinándome sobre el mostrador lo agarré por la camisa—. ¡Mire sus libros! Consulte sus condenados libros y dígame de dónde procede esa sustancia.

»—Ya sabemos lo que es perder a un hijo —dijo la señora Timmons a mi espalda. No había en su voz la menor viveza; nada más que la monótona, la valerosa música del dolor y la necesidad—. No hace falta que nos lo cuente a nosotros.

»—Usted no ha comprado aquí esa mercancía —repitió Timmons. Le retorcí la camisa hasta que saltaron los botones y luego lo solté. La señora Timmons siguió limpiando el mostrador. Su marido mantenía la cabeza tan agachada por la vergüenza que yo no podía verle los ojos, y salí del

establecimiento.

«Cuando llegué a casa, el doctor Mullens estaba en el rellano del piso de arriba, y lo peor había pasado.

»—Un poco más o un poco menos y podría haberlos perdido —dijo alegremente—. He utilizado una bomba especial para lavarles el estómago, y creo que se pondrán bien. Es un veneno fuerte, desde luego, y Marcie tendrá que guardar muestras de orina durante una semana (tiene tendencia a quedar retenido en los riñones), pero creo que se recuperarán.

»Le di las gracias y lo acompañé hasta el coche. Volví a casa, subí a la habitación en la que habían acostado a los dos críos para que no estuviesen solos y charlé con ellos de tonterías. Entonces oí llorar a Marcie en nuestro dormitorio, y me encaminé hacia allí.

»—Todo va bien, cariño —dije—. Ya ha pasado todo. Ya están bien.

«Pero al rodearla con mis brazos, sus gemidos y sus sollozos aumentaron, y le pregunté qué quería.

»—Quiero el divorcio —sollozó.

»—¿Qué?

»—Quiero el divorcio. Ya no puedo soportar vivir así. No puedo soportarlo. Cada vez que cogen un resfriado, cada vez que se retrasan al volver de la escuela, siempre que pasa algo malo, pienso que es un castigo merecido. No puedo aguantarlo.

»—¿Un castigo por qué?

»—Mientras estuviste fuera me metí en un lío.

»—¿Qué quieres decir?

»—Con alguien.

»—¿Con quién?

»—Con Noel Mackham. No lo conoces. Vive en Maple Dell.

«Durante un largo rato no dije esta boca es mía: ¿qué podía decir? Y de repente, ella se volvió hacia mí, furiosa.

»—Oh, ¡sabía que reaccionarías así, lo sabía, sabía que me lo reprocharías! Pero no fue culpa mía, no lo fue. Sabía que me lo ibas a reprochar, lo sabía, sabía que ibas a hacer esto, y...

»No oí mucho más de lo que decía, ya que empecé a llenar una maleta. Después di un beso de despedida a los niños, cogí un tren a la ciudad, y a la mañana siguiente me embarqué en el *Augustus*.»

Esto es lo que le había ocurrido a Marcie: el periódico vespertino publicó la carta de Selfredge, al día siguiente de la reunión del consejo, y ella la leyó. Telefonó a Mackham. Éste le dijo que iba a pedir al director que publicase una respuesta que él había redactado, y que pasaría por su casa a las ocho para enseñarle la copia. Ella pensaba cenar con sus hijos, pero justo cuando iba a sentarse, sonó el timbre y apareció Mark Barrett.

—Hola, encanto —dijo—. ¿Me invitas a una copa?

Marcie preparó unos martinis, y él se quitó el sombrero y el abrigo y fue derecho al grano:

—Parece ser que anoche estuvo aquí ese tábano tomando un trago.

—¿Quién te lo ha dicho, Mark? ¿Quién ha podido decírtelo?

—Helen Selfredge. No es ningún secreto. Ella no quiere que vuelva a plantearse el tema de la biblioteca.

—Es como si me persiguieran. No me gusta esto.

—No te preocupes por eso, preciosa. —Alargó su vaso y ella lo llenó de nuevo—. Estoy aquí en calidad de vecino, de amigo de Charlie. ¿Y para qué sirven los amigos y los vecinos si no son capaces de darte un consejo? Mackham es un tábano, Mackham es un lobo. Estando Charlie ausente, me considero una especie de hermano mayor: no quiero perderte de vista. Prométeme que no recibirás otra vez a ese pesado en tu casa.

—No puedo, Mark. Va a venir esta noche.

—No, no vendrá, preciosa. Lo llamarás y le dirás que no venga.

—Es un ser humano, Mark.

—Bueno, escúchame, preciosa. Escúchame. Voy a decirte algo. Por supuesto que es un ser humano, pero también lo son el basurero y la mujer de la limpieza. Voy a contarte algo muy interesante. Cuando yo estaba en la universidad, había allí un moscardón igualito que Mackham. Nadie lo apreciaba. Nadie hablaba con él. Verás, yo era un chico alegre, Marcie, con muchos amigos, y empecé a hacerme preguntas sobre aquel tábano. Comencé a preguntarme si no era responsabilidad mía hacerme amigo de él y hacer que se integrara en el grupo. Bueno, hablé con él, y no me extrañaría haber sido la primera persona que lo hacía. Di una vuelta con él. Lo invité a subir a mi habitación. Hice todo lo que estaba en mi mano para que se sintiera aceptado.

»Fue una terrible equivocación. Para empezar, se dedicó a ir por todo el colegio diciendo a todo el mundo que él y yo íbamos a hacer esto y lo otro. Luego fue al despacho del decano y logró que lo trasladaran a mi habitación sin consultarme. Más tarde, su madre comenzó a enviarme unos asquerosos pastelillos, y su hermana, en la que nunca me había fijado, empezó a escribirme cartas de amor, y él se convirtió en una sanguijuela tal que tuve que decirle que me dejara en paz. Se lo dije francamente; le expliqué que había hablado con él únicamente por compasión. No le hizo la menor

mella. Cuando se te pega un tábano, da igual lo que le digas. Siguió metiéndoseme entre las piernas, me esperaba a la salida de las clases, y después de los entrenamientos de rugby siempre bajaba a los vestuarios. Se volvió tan insoportable que tuvimos que escarmentarle. Le dijimos que subiera a la habitación de Pete Fenton a tomar una taza de chocolate, le dimos una paliza, le tiramos las ropas por la ventana, le pintamos el culo con yodo y le metimos la cabeza en un cubo de agua hasta casi ahogarlo.

Mark encendió un cigarrillo y terminó su copa.

—Lo que quiero decir es que si aceptas a un tábano acabarás arrepintiéndote. Al principio puede que tus sentimientos sean buenos y generosos, pero antes de romper con él lo habrás pasado muy mal. Quiero que llames a Mackham y le digas que no venga. Dile que estás enferma. No quiero verlo en tu casa.

—Mackham no va a venir a visitarme, Mark. Viene para hablar sobre la carta que ha escrito al periódico.

—Te estoy ordenando que lo llames.

—No voy a hacerlo, Mark.

—Coge ese teléfono.

—Por favor, Mark. No me grites.

—Coge ese teléfono.

—Por favor, Mark, sal de mi casa.

—¡Eres una imbécil, una insoportable y una chiflada! —gritó—. ¡Eso es exactamente lo que eres!

Y acto seguido se marchó.

Ella cenó sola, y no había terminado aún cuando llegó Mackham. Llovía, y él llevaba un pesado abrigo y un sombrero raído, ex profeso, pensó Marcie, para las tormentas. El sombrero le confería el aspecto de un anciano. Parecía decaído y cansado, y se desató del cuello una larga bufanda de lana amarilla. Había visto al director: no publicaría la carta de réplica. Marcie le preguntó si quería una copa y, como él no contestó, se lo preguntó por segunda vez.

—Oh, no, gracias —dijo tristemente, y la miró a los ojos con una sonrisa de tan profundo cansancio que ella pensó que debía de estar enfermo. Después se dirigió hacia ella como si fuera a tocarla, y Marcie entró en la biblioteca y se sentó en el sofá. Había recorrido la mitad de la habitación cuando él se dio cuenta de que había olvidado quitarse las botas de agua.

—Oh, lo siento —dijo—. Me temo que he dejado manchas de barro...

—No importa.

—En *mi* casa sí hubiese importado.

—Pues aquí no tiene importancia.

Se sentó en una silla cercana a la puerta y comenzó a quitarse las botas de agua; las botas habían sido las culpables. Al verlo cruzar las piernas y quitarse el zapato primero de un pie y luego del otro, Marcie se apiadó de tal manera ante aquella muestra de torpe humanidad y de patética altitud de miras frente a la adversidad, que él debió de adivinar por su palidez o por sus ojos ensanchados que ella estaba indefensa.

El mar y los muelles están oscuros. Charlie puede oír las voces que llegan del bar situado al fondo del pasillo y ya ha concluido su relato, pero no deja de escribir. Van internándose en aguas más cálidas, y en la bruma, la sirena empieza a sonar a intervalos de un minuto. Lo comprueba con ayuda del reloj. Y de repente se pregunta qué está haciendo a bordo del *Augustus* con una maleta llena de mantequilla de cacahuete. «Hormigas, veneno, mantequilla, sirenas para la niebla —escribe—, amor, presión sanguínea, viajes de negocios, cosas inescrutables. Sé que voy a volver.» La sirena pita de nuevo, y en una nota sostenida, Charlie tiene una visión de su familia corriendo a su encuentro escalones arriba: piedra que se desmorona, rosas salvajes, lagartos, y sus rostros amados. «Cogeré un avión en Génova —escribe—. Veré crecer a mis hijos, crecer y empuñar el timón de sus vidas, seré amable con Marcie, con mi querida y dulce Marcie, amor mío, Marcie. La protegeré con la curva de mi cuerpo de todos los peligros de la oscuridad.»

La bella lingua

Wilson Streeter, como muchos norteamericanos que viven en Roma, estaba divorciado. Trabajaba como experto en estadística para la F.R.U.P.C., y vivía solo. Aunque mantenía una discreta vida social con otros expatriados y con los romanos que frecuentan esos círculos, no conseguía practicar el italiano, porque en su despacho utilizaban el inglés durante todo el día, y los italianos con los que trataba hablaban inglés mucho mejor que Streeter italiano. Pero él estaba convencido de que para entender el país tenía que hablar italiano. Lo hacía bastante bien cuando sólo se trataba de comprar algo o de hacer una gestión, pero él quería ser capaz de expresar sus sentimientos, de contar chistes, y de entender las conversaciones en los tranvías y en los autobuses. Era perfectamente consciente de que se estaba creando una existencia en un país que no era el suyo, y de que tan sólo dejaría de considerarse un extranjero cuando conociera el idioma.

Para el turista, la experiencia de viajar por un país extraño se sitúa en el límite del pretérito perfecto. Incluso mientras los días pasan, *han sido* los días en Roma, y todas las cosas —los paisajes, los souvenirs, las fotografías y los regalos— tienen un carácter rememorativo. Incluso mientras el viajero espera el sueño en la cama del hotel, esas noches *han sido* las noches de Roma. Para el expatriado, en cambio, no existe el pretérito perfecto. Tiraría piedras contra su propio tejado si relacionara este tiempo en otro país con alguna ciudad o paisaje que haya sido en el pasado y pueda ser de nuevo en el futuro su hogar permanente; el expatriado vive en un presente continuo e inexorable. En lugar de acumular recuerdos, tiene que esforzarse por aprender un idioma y comprender a unas gentes. Unos y otros sólo se ven de pasada en la Piazza Venezia: los expatriados, cuando la atraviesan camino de sus clases de italiano, y los turistas, porque ocupan, previa reserva, las mesas de las terrazas, y beben Campari, que, según les han informado, es un típico aperitivo romano.

La profesora de Streeter era Kate Dresser, una norteamericana que vivía en un viejo palacio cerca de la Piazza Firenze y tenía un hijo adolescente. Streeter iba allí a clase los martes y los viernes a última hora de la tarde, y los domingos después de comer. Le gustaba el paseo, a la hora del crepúsculo, desde su despacho, más allá del Panteón, hasta su clase de italiano. Entre las compensaciones por su condición de expatriado figuraba una intensa percepción de todo lo que veía y una estimulante sensación de libertad. Mezclado con el cariño que sentimos por nuestro país de origen, está el hecho de que es el lugar donde nos hemos criado, y si en ese proceso hubo algo que no fue del todo bien, vivir en el escenario del crimen nos hará recordar esa imperfección hasta el día de nuestra muerte. Alguna de esas pasadas desdichas debía de contar en la sensación de libertad de Streeter, y su sensibilidad agudizada era tan sólo la que puede esperarse de un hombre con buen apetito que camina por las calles poco transitadas de una ciudad. El aire era frío y olía a café —a veces a incienso si estaban abiertas las puertas de alguna iglesia—, y por todas partes vendían crisantemos. Las cosas que Streeter veía resultaban estimulantes y difíciles de comprender —las ruinas de la Roma republicana e imperial y las de lo que la ciudad había sido anteaer—, pero, sin duda, todo se aclararía cuando fuera capaz de hablar italiano.

Streeter no ignoraba las dificultades con que se enfrenta un hombre de su edad para aprender cualquier cosa, y también estaba al tanto de que no había tenido suerte al buscar un buen profesor de

italiano. Primero fue al instituto Dante Alighieri, pero había tantos alumnos en las aulas que no hizo el menor progreso. Después pasó a recibir clases particulares de una anciana señora. Streeter tenía que leer y traducir el *Pinocho* de Collodi, pero al cabo de unas pocas frases la profesora le quitaba el libro y leía y traducía ella misma; le gustaba tanto la historia que reía y lloraba, y a veces las clases transcurrían sin que el alumno llegara a abrir la boca. Su sentido práctico le impedía aceptar que él, un cincuentón, acudiera día tras día a un piso sin calefacción de la periferia de Roma, para escuchar cómo una septuagenaria leía un cuento para niños. Al cabo de una docena de clases le dijo a la profesora que se iba a Perugia por un tema de negocios. Luego se apuntó a la Tauchnitz School y también le dieron clases particulares. Su profesora era una muchacha increíblemente bonita que llevaba vestidos ceñidos, de acuerdo con la moda de aquel año, y un anillo de boda; Streeter pensó que se trataba de una especie de defensa, porque la chica parecía alegre y con una clara tendencia a coquetear. Usaba un perfume muy penetrante, hacía tintinear las pulseras, se arreglaba constantemente la chaqueta, movía las caderas al dirigirse a la pizarra, y una tarde le dedicó a Streeter una mirada tan llena de intención que él la cogió entre sus brazos. La chica comenzó a aullar, derribó un pupitre, y tuvo que atravesar tres clases corriendo para llegar al vestíbulo, mientras gritaba que había sido atacada por una bestia. Después de todos los meses que llevaba estudiando, «bestia» fue la única palabra de lo que dijo que Streeter entendió. Por supuesto, se enteró toda la academia de idiomas, y Streeter tuvo que secarse el sudor de la frente y cruzar las tres aulas hasta el vestíbulo. La gente se subió a las sillas para verlo mejor, y él, evidentemente, no volvió nunca a Tauchnitz.

La profesora que tuvo a continuación era una mujer muy normal, de cabellos grises, que se abrigaba con un chal de color lavanda, y a juzgar por la cantidad de nudos y puntos equivocados que contenía, tejido probablemente por ella misma. Fue una profesora excelente durante un mes, pero una tarde le dijo a Streeter que su vida era difícil. Luego esperó a que su alumno la animara a contarle sus problemas, y al ver que no lo hacía se los contó de todas formas. Había estado veinte años prometida, pero la madre de su novio no aprobaba aquella relación y, cada vez que surgía el tema, se subía al alféizar de la ventana y amenazaba con arrojarse a la calle. Ahora, su prometido estaba enfermo y tenían que abrirle —lo explicó con un gesto— desde el cuello hasta el ombligo, y si él fallecía, ella moriría soltera. Sus malvadas hermanas no habían dudado en quedar embarazadas para casarse —una de ellas recorrió el pasillo de la iglesia con una tripa de ocho meses (más gestos)—, pero ella antes que hacer una cosa así preferiría —tirándose del chal color lavanda— ofrecerse a los hombres por la calle. Streeter escuchó sus penas con una sensación de impotencia, como escuchamos la mayoría de los dolores humanos cuando también nosotros tenemos algunos, pero ella aún continuaba hablando cuando apareció el siguiente alumno, un japonés. Streeter no aprendió italiano aquella noche. Pero como la profesora no había terminado de contarle su historia, continuó en la clase siguiente. Quizá la culpa la tenía él —podría haberla tratado con menos miramientos—, pero una vez iniciadas las confidencias, no había forma de acabar con ellas. La fuerza con que se enfrentaba era la soledad característica de las grandes ciudades, y Streeter prefirió inventar otro viaje a Perugia. Tuvo dos profesores más, dos nuevos viajes a Perugia, y, por fin, durante el otoño de su segundo año en Roma, alguien de la embajada norteamericana le recomendó a Kate Dresser.

Una estadounidense que enseña italiano en Roma es algo frecuente, pero en la Ciudad Eterna todos los arreglos son tan complicados que lucidez y escepticismo flaquean cuando tratamos de seguir la descripción de una escena en un juzgado, o los trámites de un alquiler, o los incidentes durante una comida, o cualquier otra cosa. Cada hecho o detalle origina más preguntas que contestaciones, y al final perdemos de vista la verdad, que era lo que se pretendía. Ahí viene el cardenal Micara con el Dedo Auténtico de Tomás, el que tuvo dudas —hasta ahí, está todo claro—, pero el hombre que está sentado junto a nosotros en la iglesia, ¿duerme o está muerto?, y, ¿qué hacen todos los elefantes en la

piazza Venezia?

Las clases tenían lugar en el extremo de una gran sala, junto a la chimenea. Streeter necesitaba una hora para prepararlas, y en ocasiones dos. Terminó *Pinocho* y comenzó a leer *Los novios*. Después vendría la *Divina Comedia*. Estaba tan orgulloso como un niño del trabajo que hacía en casa, y le gustaban los exámenes y escribir al dictado. De ordinario llegaba al piso de Kate con una gran sonrisa, un poco boba, debido a lo contento que estaba consigo mismo. Kate era una excelente profesora; entendía su vanidad, el precario estado de su memoria de hombre de mediana edad, y sus deseos de aprender. Hablaba un italiano que él entendía casi siempre, y gracias a colocar un reloj de pulsera sobre la mesa para controlar la duración de la clase, a cobrar sus honorarios por correo y a no hablar nunca de sí misma, el ambiente de las lecciones era práctico e impersonal al mismo tiempo. Streeter la consideraba una mujer bien parecida: fogosa, inquieta, un poco agotada físicamente, quizá, pero encantadora.

Entre las cosas que Kate Dresser no le había dicho durante los ratos que pasaban sentados en aquella parte de la sala, arreglada con un biombo chino y algunas desvencijadas sillas doradas, figuraba el hecho de haber nacido y haberse criado en un pueblecito de Iowa llamado Krasbie. Sus padres habían muerto. En un lugar donde casi todo el mundo trabajaba en la fábrica de fertilizantes químicos, su padre era cobrador de tranvía. Durante sus años de infancia y adolescencia, Kate nunca llegó a aceptar que su padre cobrara los billetes en un tranvía. Ni siquiera llegó a aceptar que fuese su padre, aunque había heredado su rasgo físico más sobresaliente: una nariz terriblemente respingona que a ella le había valido los motes de Montaña Rusa y Perro Pequinés. Kate se fue de Krasbie a Chicago, y de Chicago a Nueva York, donde se casó con un diplomático. Vivieron en Washington y más tarde en Tánger. Poco después de la guerra se trasladaron a Roma, donde su marido murió de una intoxicación alimentaria, dejándola con un hijo y muy poco dinero. Así que Kate hizo de Roma su hogar. La única preparación que Krasbie le había dado para Italia era el telón del cine donde pasaba las tardes de los sábados cuando era una adolescente. Delgada por aquel entonces, con trenzas, no mejor vestida que la mayoría de los chicos rebeldes y oliendo igual que ellos, con los bolsillos llenos de cacahuetes y caramelos y la boca igualmente llena de chicle, pagaba su cuarto de dólar todos los sábados por la tarde, tanto si llovía como si brillaba el sol, para arrellanarse en una butaca de la primera fila. Se oían gritos de «¡Montaña Rusa!» y de «¡Perro Pequinés!» por todo el cine, y no era extraño que la gente se burlara de ella, si se piensa que solía llevar zapatos de tacón alto (de su hermana) y sortijas con piedras enormes, compradas en almacenes de baratillo. Los chicos le tiraban chicle —que se le pegaba al cabello— y hacían puntería contra su nuca con pelotillas de papel mascado. Kate, perseguida en cuerpo y espíritu, alzaba los ojos hacia el telón del cine y creía contemplar su futuro con gran nitidez. Estaba pintado sobre lienzo, y se hallaba muy resquebrajado por haberlo enrollado y desenrollado tantas veces, pero seguía representando un jardín italiano con cipreses, una terraza, una piscina, una fuente y una balaustrada, con rosas cayendo de jarrones de mármol. Ahora, en Roma, tenía la sensación de haberse levantado de su asiento en el cine para entrar literalmente en la resquebrajada escena, que se correspondía perfectamente con la vista desde las ventanas del Palazzo Tarominia, donde vivía.

Quizá ustedes se pregunten por qué una mujer con tan poco dinero vivía en el Palazzo Tarominia, pero para esa pregunta hay una respuesta romana. La baronesa Tramonde —hermana del anciano duque de Roma—, vivía en el ala oeste del palacio, en unas habitaciones construidas para el papa Andros X, y a las que se llegaba por una gran escalinata con pinturas en las paredes y en el techo. Antes de la guerra, a la baronesa le gustaba recibir a sus amistades en lo alto de la escalinata, pero las cosas habían cambiado. La baronesa se había hecho vieja, y lo mismo les había pasado a sus

amistades; ya no podían subir la escalera. Lo intentaron, desde luego. Habían trepado hacia sus partidas de cartas como un destacamento bajo el fuego de las ametralladoras: los caballeros empujando a las damas o viceversa, hasta que las ancianas marquesas y princesas —la flor y nata de Europa—, resoplando y suspirando, habían tenido que sentarse en los escalones, totalmente agotadas. En el ala opuesta del palacio —el ala en la que vivía Kate— existía un ascensor, pero instalarlo en el lado oeste significaría echar a perder las pinturas. Sólo había otro camino para llegar a los dominios de la baronesa: tomar el ascensor hasta el piso de Kate, atravesarlo y salir a la otra ala por la puerta de servicio. Gracias a haber concedido al duque de Roma, que tenía también un apartamento en el palacio, una especie de servidumbre de paso, Kate pagaba un alquiler muy reducido. Normalmente el duque visitaba a su hermana dos veces al día, y el primer jueves de cada mes, cinco minutos después de las ocho, un grupo de personas tan ancianas como distinguidas cruzaba las habitaciones de Kate camino de la partida de cartas de la baronesa. A Kate no le importaba. De hecho, cuando los jueves oía el timbre de la puerta, su corazón comenzaba a latir violentamente, presa de gran agitación. El anciano duque iba siempre en cabeza. Uno de los esbirros de Mussolini le había cortado la mano derecha, y ahora que sus enemigos habían muerto, mostraba el muñón con orgullo. Con él venían don Fernando Marchetti, el duque de Treno, el duque y la duquesa Ricotto-Sporci, el conde Ambro di Albentis, el conde y la condesa Fabrizio Daromeo, la princesa Urbana Tessoro, la princesa Isabella Tessoro, y el cardenal Federico Baldoia. Todos ellos eran célebres por uno u otro motivo. Don Fernando había conducido un automóvil desde París a Pekín, atravesando el desierto de Gobi. El duque Ricotto-Sporci se había roto casi todos los huesos cuando tomaba parte en una carrera ecuestre de obstáculos, y la condesa Daromeo había manejado una estación aliada de radio en el centro de Roma durante la ocupación alemana. El anciano duque de Roma regalaba a Kate un ramito de flores, y él y sus amigos atravesaban la cocina para salir por la puerta de servicio. Kate hablaba un italiano admirable, y había hecho algunas traducciones y dado clases, pero durante los tres últimos años se había ganado la vida doblando al inglés los diálogos de viejas películas italianas que iban a pasarse en la televisión inglesa. Aunque debido a su excelente acento no actuaba en general más que de viuda aristocrática y en otros papeles semejantes, no le faltaba trabajo, y Kate pasaba buena parte de su tiempo en unos estudios de doblaje cerca del Tiber. Con su sueldo y el dinero que le había dejado su marido, tenía lo justo para ir tirando. Dos o tres veces al año su hermana mayor, que seguía viviendo en Krasbie, le escribía largas cartas llenas de lamentos: «¡Qué suerte tienes, Kate! ¡Cómo te envidio por haberte librado de todos los detalles aburridos, irritantes, estúpidos y mezquinos de la vida en Estados Unidos!» En la existencia de Kate Dresser no faltaban los detalles estúpidos e irritantes, pero en lugar de mencionarlos en sus cartas fomentaba la envidia de su hermana enviándole fotos suyas en góndola, o postales desde Florencia, donde solía pasar la Pascua con algunos amigos.

Streeter se daba cuenta de que, con Kate como profesora, su italiano estaba mejorando y, de ordinario, cuando salía del Palazzo Tarominia después de cada clase, se sentía feliz y con la idea de que al cabo de otro mes —al final del otoño, en cualquier caso— entendería todo lo que pasaba y todo lo que se decía. Pero sus progresos tenían altibajos.

En nuestros días no resulta fácil captar la belleza de Italia —si es que alguna vez la ha tenido—, pero camino de una villa más allá de Anticoli para pasar un fin de semana con unos amigos, Streeter se tropezó con una región de una armonía y de una belleza tales que no pueden ser descritas. Llegaron a su destino a primera hora de una noche lluviosa. Los ruiseñores cantaban en los árboles; la puerta de dos hojas de la villa estaba abierta, y en todas las habitaciones había jarrones con rosas y en las chimeneas ardían fuegos de madera de olivo. Daba la impresión, con todos aquellos criados que

hacían reverencias y traían candelabros y vino, de ser un gran recibimiento principesco en una película; más tarde, al salir a una terraza después de cenar para oír a los ruiseñores y ver las luces de los pueblos de las colinas, Streeter comprendió que nunca había sentido una ternura parecida por las oscuras colinas y las luces lejanas. A la mañana siguiente, cuando salió al mirador de su dormitorio, vio en el jardín a una criada descalza que cortaba una rosa para ponérsela en el pelo. Después la muchacha comenzó a cantar. Era algo parecido al flamenco, primero gutural y después en falsete, y el pobre Streeter descubrió que su italiano era aún tan deficiente que no entendía la letra de la canción, lo que significaba que tampoco entendía apenas el paisaje que la rodeaba. Sus sentimientos eran muy parecidos a los que podía haber experimentado acerca de algún hermoso lugar de veraneo: un escenario donde, quizá de niños, hemos mantenido una relación momentánea con la belleza y la simplicidad, relación bruscamente truncada por el final de las vacaciones. Streeter se rebeló contra la evocación de una felicidad prestada, momentánea, agrídulce; pero la criada siguió cantando, y él no entendía una sola palabra.

Mientras Streeter recibía sus clases, Charlie, el hijo de Kate, solía atravesar la sala por lo menos una vez en el espacio de una hora. Era un forofeo del béisbol con granos en la cara y risa de búho. Saludaba a Streeter y lo hacía partícipe de alguna noticia deportiva publicada por el *Daily American* de Roma. El hijo de Streeter era de la misma edad aproximadamente, pero según la decisión del juez al conceder el divorcio, no tenía derecho a verlo, y la presencia de Charlie le producía inevitablemente una punzada de nostalgia. El hijo de Kate tenía quince años, y era uno de esos chicos norteamericanos que se ven esperando el autobús escolar junto a la embajada, con chaquetas negras de cuero y pantalones vaqueros; con patillas o con el pelo largo por los lados y peinado hacia atrás, y con guantes de jugar al béisbol: cualquier cosa que sirva para proclamar su condición de norteamericanos. Son los verdaderos expatriados, los que el sábado, después del cine, van a uno de esos bares que se llaman Harry's o Larry's o Jerry's, con las paredes cubiertas de fotografías dedicadas de guitarristas desconocidos y cantantes igualmente desconocidos, a comer huevos con beicon y hablar de béisbol, y poner discos norteamericanos en las máquinas de discos. Son los hijos de la embajada, y los hijos de los escritores y de los empleados de las compañías petroleras y de las líneas aéreas; los hijos de las divorciadas y de los premios Fulbright. Comiendo huevos con beicon y escuchando canciones norteamericanas tienen la sensación de estar lejos, muy lejos de donde viven, y eso es un licor mucho más dulce y más embriagador que ninguno de los que sus padres paladearon jamás. Charlie había pasado cinco años bajo un techo decorado con oro traído del Nuevo Mundo por el primer duque de Roma, y había visto a viejas marquesas, con brillantes tan grandes como bellotas, guardarse en el bolso los bocadillos de queso al terminar el almuerzo. Había navegado en góndola y jugado al *softball* en el Palatino. Había visto el Palio en Siena, había oído las campanas de Roma, y las de Florencia, y las de Venecia, y las de Ravena y las de Verona. Pero cuando, hacia mediados de marzo, añadió unas letras a una carta de su madre para el tío George, no le hablaba de esas cosas. Al contrario: le pedía que se lo llevara con él y le diera la oportunidad de ser un chico norteamericano. Era el momento ideal. Tío George acababa de jubilarse, dejando la fábrica de fertilizantes, y siempre había querido que Kate y su hijo volvieran a Estados Unidos. Al cabo de dos semanas estaba a bordo de un buque, camino de Nápoles.

Evidentemente, Streeter no sabía nada de todo esto, pero sospechaba que existía cierta tirantez entre Charlie y su madre. La forma de vestir del muchacho, tan marcadamente norteamericana, sus poses de leñador, de jugador de béisbol y de vaquero, frente a los modales muy italianizados de su madre, daban pie, por lo menos, para frecuentes desavenencias, y un domingo por la tarde Streeter apareció por allí cuando se estaban peleando. Assunta, la criada, lo dejó entrar, pero él se quedó parado en la puerta de la sala cuando oyó que Kate y su hijo se gritaban, muy enfadados. Streeter no

podía irse. Assunta entró delante para anunciar que había llegado, y no le quedó más remedio que esperar en el vestíbulo. Kate salió llorando y le dijo en italiano que no podía darle la clase, que lo sentía. Había surgido algún contratiempo y no había tenido tiempo de telefonarle. Las lágrimas de Kate lo hicieron sentirse muy estúpido, con su gramática, su bloc de notas y su ejemplar de *Los novios* bajo el brazo. Dijo que no tenía importancia, que no era nada, y preguntó si podía volver el martes. Ella dijo que sí, que sí; que viniera el martes, y ¿querría venir también el jueves, no para una clase, sino para hacerle un favor?

—El hermano de mi padre, mi tío George —explicó—, viene a Roma, e intentará llevarse a Charlie a Estados Unidos. No sé qué hacer. No sé si puedo hacer algo. Pero me gustaría que hubiese un hombre aquí; me sentiría mucho mejor si no estuviese sola. Usted no tendrá que hacer ni que decir nada; únicamente sentarse en una silla y tomarse una copa, pero yo me sentiré mucho mejor si no estoy sola.

Streeter prometió acudir a la cita y se marchó pensando en qué clase de vida habría llevado Kate para que en un momento difícil sólo pudiera contar con un extraño como él. Al quedarse sin clase y no tener nada especial que hacer, Streeter dio un paseo por el río hasta el Ministerio de Marina, y volvió luego cruzando un barrio que no era ni nuevo ni viejo ni ninguna otra cosa muy definida. Como era domingo por la tarde, las casas estaban cerradas en su mayor parte, y las calles desiertas. Cuando se cruzaba con alguien era normalmente una familia entera que volvía de visitar el zoo. También se tropezó con algunos de esos hombres y mujeres solitarios que pueden verse los domingos por la tarde en cualquier lugar del mundo: tíos y tías solteros que salen a tomar el té con sus familiares y llevan unos pasteles para endulzar la visita. Pero la mayor parte del tiempo estaba solo; no oía más ruido que el de sus propios pasos y, a lo lejos, el sonido metálico de las ruedas de los tranvías sobre los raíles, un sonido evocador de soledad para muchos norteamericanos en un domingo por la tarde; en cualquier caso, un sonido muy melancólico para él, porque le recordaba algún amargo domingo de su juventud, sin amistad y sin amor. A medida que se acercaba al centro había más luces y más gente —flores y ruido de conversaciones—, y en la puerta de Santa María del Popolo lo abordó una prostituta. Era una joven hermosa, pero Streeter le dijo, en su italiano entrecortado, que tenía una amiga, y siguió adelante.

Mientras cruzaba la *piazza* vio cómo un automóvil atropellaba a un hombre. El ruido fue terrible: ese sonido peculiar de los huesos humanos cuando reciben un golpe mortal. El conductor abandonó el coche y echó a correr por la colina del Pincio arriba. La víctima yacía como un muñeco de trapo sobre el pavimento: un hombre pobremente vestido, pero con mucha brillantina en el pelo negro y rizado, probablemente su mayor motivo de orgullo. La gente se agolpó en seguida a su alrededor, sin ninguna solemnidad, aunque unas pocas mujeres se santiguaran, y comenzaron a hablar muy excitados. La gente, parlanchina, y más interesada, al parecer, en sus propias opiniones que en el agonizante, se arremolinó tan de prisa que la policía, cuando apareció, tuvo que empujar y discutir para llegar hasta donde se encontraba la víctima. Todavía con las palabras de la prostituta en los oídos, Streeter se preguntó por qué aquellas gentes consideraban una vida humana como algo de tan dudoso valor.

Se alejó de la *piazza* en dirección al río y, cruzando junto a la tumba de Augusto, se fijó en un hombre que llamaba a un gato para ofrecerle algo de comer. El gato era uno de los miles de millones que viven en las ruinas de Roma y se alimentan con sobras de espaguetis; el hombre le estaba ofreciendo un trozo de pan. Luego, al acercarse el gato, sacó un petardo del bolsillo, lo colocó en el pedazo de pan y encendió la mecha. Puso el pan en la acera, y la pólvora estalló justo cuando el gato lo

cogía. El animal lanzó un maullido aterrador, dio un salto en el aire con todo el cuerpo retorcido, cruzó la valla como un relámpago y se perdió en la oscuridad de la tumba de Augusto. El hombre rió ante el éxito de su broma, y lo mismo hicieron unas cuantas personas que le habían estado observando.

El primer impulso de Streeter fue agarrar por las orejas a aquel individuo y enseñarle a no dar de comer petardos encendidos a los gatos moribundos. Pero, a juzgar por la reacción de los demás testigos, la cosa podía terminar en un incidente internacional, y comprendió que no podía hacer nada. Las gentes que habían reído la broma eran personas buenas y afables; muchos de ellos, padres cariñosos que unas horas antes habrían estado cogiendo violetas en el Palatino.

Streeter se internó en una calle oscura y oyó a su espalda las herraduras y el tintinear de los arreos de varios caballos —sonaban como un ejército—, y tuvo que apartarse para dejar pasar a un cortejo fúnebre. La carroza iba tirada por dos parejas de caballos bayos con penachos de plumas negras. El cochero llevaba una librea negra y una gorra de almirante, y tenía el rostro rojizo y embrutecido de un cuatrero borracho. La carroza se bamboleaba y crujía traqueteante sobre los adoquines de una manera tan feroz que al pobre cadáver debían de estar rompiéndosele todos los huesos. El coche para los acompañantes iba vacío. Los amigos del difunto habían llegado quizá demasiado tarde, o se habían confundido de fecha, o se habían olvidado por completo del entierro, que es algo que pasa en Roma con mucha frecuencia. En cualquier caso, la carroza fúnebre y el coche de los acompañantes siguieron su camino hacia la Puerta de Servio Tulio.

Streeter llegó entonces a una conclusión: no quería morir en Roma. Disfrutaba de una excelente salud y carecía de motivos para pensar en la muerte, pero tenía miedo, de todas formas. De vuelta en su apartamento, se preparó un whisky y salió al balcón. Contempló cómo caía la tarde y se iban encendiendo las farolas en la calle, y se sintió completamente desconcertado ante sus propios sentimientos. No quería morir en Roma. La intensidad de aquella emoción sólo podía nacer de la ignorancia y de la estupidez, se dijo a sí mismo, porque ¿qué otra cosa significaba un miedo como aquél, excepto la incapacidad para dominar las fuerzas de la vida? Se tranquilizó con razonamientos y se consoló con whisky, pero de madrugada lo despertó el ruido de un carruaje y unos caballos, y de nuevo sintió sudores fríos. La carroza, el cuatrero y el coche vacío, pensó, traqueteaban bajo su balcón. Se levantó y se acercó a la ventana para mirar, pero no eran más que dos coches de caballo de vuelta hacia las cocheras.

Cuando el tío George atracó en Nápoles el martes, se sentía muy animado y de buen humor. Su intención al salir al extranjero era doble: traer a casa a Charlie y a Kate y tomarse unas vacaciones, las primeras en cuarenta y tres años. Un amigo de Krasbie que había estado en Italia le preparó un itinerario: «En Nápoles, hospédate en el hotel Royal. Visita el Museo Nacional. Una copa en la Galería Umberto. La cena, en el California; buena comida norteamericana. A la mañana siguiente, el *auto-pullman* Roncari para ir a Roma: atraviesa dos pueblos muy interesantes y se detiene en la villa de Nerón. En Roma, hospédate en el Excelsior. Haz las reservas con tiempo...»

El miércoles por la mañana, tío George se levantó temprano y bajó al comedor del hotel.

—Zumos de naranja, jamón y huevos —le dijo al camarero.

El camarero le trajo zumo de naranja, café y un bollo.

—¿Dónde están los huevos y el jamón? —preguntó tío George, y entonces, cuando el otro le hizo una reverencia y sonrió, se dio cuenta de que aquel hombre no entendía el inglés. Sacó su libro de frases hechas, pero allí no había nada sobre huevos con jamón—. ¿No *tener jamone*? —preguntó, levantando mucho la voz—. ¿No tener *huevi*?

El camarero siguió inclinándose y sonriendo, y tío George lo dejó estar. Se tomó el desayuno que no había pedido, dio una propina de veinte liras al camarero, cambió en recepción cuatrocientos dólares en cheques de viajes y pagó la cuenta. Los billetes que le dieron hacían bulto en la americana, y puso la mano encima de la cartera como si le doliera el corazón. Tío George sabía que Nápoles estaba lleno de ladrones. Un taxi lo llevó hasta la estación de autobuses, junto a una plaza, cerca de la Galería Umberto. Era muy de mañana, el sol estaba aún cerca del horizonte, y tío George disfrutó con el aroma del café y del pan, y con el bullicio de la gente por las calles, camino de su trabajo. Un agradable olor a mar llegaba desde la bahía. Se presentó en el autobús antes de la hora, y un caballero de faz rojiza que hablaba inglés con acento británico le indicó cuál era su asiento. Aquel individuo era el guía: uno de esos seres que, cualquiera que sea el vehículo, el sitio donde se vaya y los monumentos que se visiten, consiguen siempre hacer grotesco el viaje. Su dominio de los idiomas es extraordinario, sus conocimientos sobre la antigüedad impresionan, y sienten un apasionado amor por la belleza, pero si se apartan del grupo por unos instantes es para echar un trago del frasco que llevan en el bolsillo o para pellizcar a una joven turista. Cantan las alabanzas del mundo antiguo en cuatro idiomas, pero llevan ropa raída y camisas sucias, y les tiemblan las manos de sed y de lascivia. Mientras el guía charlaba del tiempo con tío George, en su aliento se advertía ya el olor a whisky. Al cabo de unos instantes, dejó a tío George para saludar al resto de los excursionistas, que empezaban a cruzar la plaza.

Eran alrededor de treinta, señoras ancianas en su mayoría, y se movían como un rebaño o una bandada de pájaros, comprensiblemente tímidos a causa de su falta de familiaridad con el país. A medida que subían al autobús, cacareaban —como haremos nosotros cuando llegemos a viejos—, y llevaban a cabo todos esos complicados preparativos que las personas de edad necesitan para viajar. Después, mientras el guía cantaba las alabanzas del Nápoles antiguo, iniciaron la expedición.

Avanzaron primero siguiendo la costa. El color del agua verde y azul hizo que tío George se acordara de las postales de Honolulu que le habían enviado unos amigos durante sus vacaciones allí. Nunca había visto nada parecido. Pasaron junto a lugares de veraneo, ocupados sólo a medias y todavía soñolientos, con muchachos sentados sobre las rocas en traje de baño esperando pacientemente a que el sol les tostara la piel. En qué pensarán —se preguntó tío George—. Durante todas esas horas que pasan sentados en las rocas, ¿en qué demonios piensan? Dejaron atrás una desvencijada colonia de casetas de baño no mayores que retretes, y tío George recordó —hacía tantos años— la emoción de desnudarse en una de aquellas cámaras con olor a sal cuando lo llevaban a la playa de niño. A medida que la carretera se dirigía hacia el interior, tío George fue torciendo el cuello para prolongar la última ojeada al mar, preguntándose cómo podía parecerle tan brillante y tan azul una cosa íntimamente ligada a sus recuerdos. Atravesaron un túnel y salieron a tierras de labor. El tío George se interesaba por las técnicas agrícolas, y se maravilló de que las vides trepan por los árboles. También le sorprendió la forma de terraplenar el suelo, y se inquietó ante los signos de erosión. Acabó reconociendo que sólo el cristal de una ventanilla lo separaba de una realidad tan extraña para él como la vida en la luna.

El autobús, con su techo y sus paredes de cristal, era como una pecera, y la luz del sol y las sombras de las nubes caían sobre los viajeros. Se vieron detenidos por un rebaño de ovejas. Los

animales rodearon el autobús, haciendo una isla de aquel grupo de norteamericanos de edad avanzada, y llenando el aire con sus ásperos y estúpidos balidos. Más allá de las ovejas vieron a una muchacha que llevaba un cántaro de agua sobre la cabeza. Un hombre dormía plácidamente sobre la hierba a un lado de la carretera. Una mujer estaba sentada en el quicio de una puerta, dando de mamar a un niño. Dentro de la cúpula de cristal, las ancianas señoras comentaban las tarifas astronómicas que las líneas aéreas cobraban por los equipajes.

—Grace cogió la tiña en Palermo —dijo una de ellas—. No creo que se cure nunca.

El guía señalaba fragmentos de la antigua calzada, y de los puentes y de las torres romanas. Vieron un castillo sobre una colina, un espectáculo que entusiasmó al tío George, cosa que no tiene nada de extraño, porque cuando era niño tenía castillos pintados en el plato para la sopa, y los primeros libros que le leyeron y fue capaz de leer estaban ilustrados con castillos. Los castillos habían significado para él todo lo que la vida tiene de estimulante, de extraño y de maravilloso, y ahora, sólo con levantar los ojos, podía ver uno, recortado contra un cielo tan azul como los de sus libros de cuentos.

Después de viajar una o dos horas, se detuvieron en un pueblo donde había un bar y unos lavabos. Cada taza de café costaba cien liras, lo que dio tema de conversación a las señoras para un buen rato después de que reanudaron el viaje. El café les había costado sesenta liras en el hotel y cuarenta en el bar de la esquina. Luego tomaron píldoras y leyeron sus guías turísticas, y el tío George contemplaba por la ventanilla aquel extraño país donde las flores de la primavera y del otoño parecían crecer juntas entre la hierba. En Krasbie, el tiempo sería sin duda muy malo, pero allí todo estaba en flor —los árboles frutales, las mimosas—, los prados blanqueaban a causa de las flores, y las huertas producían ya sus cosechas.

Luego llegaron a una ciudad: un sitio muy antiguo con calles estrechas y torcidas. Tío George no se enteró del nombre. El guía explicó que había una fiesta. El chófer tuvo que tocar el claxon continuamente para avanzar, y en dos o tres ocasiones se detuvieron por completo porque el gentío era demasiado espeso. Las personas que estaban en la calle miraban aquella pecera llena de norteamericanos viejos con tal incredulidad que el tío George se sintió herido. Vio cómo una niñita dejaba de comer su mendrugo de pan para mirarlo con asombro. Las mujeres levantaban a sus niños para que vieran a los extranjeros. Las ventanas se abrían, los bares se vaciaban, y la gente señalaba con el dedo a los pintorescos turistas y se echaban a reír. El tío George hubiera querido dirigirles la palabra, como hacía a menudo con los miembros del Rotary Club. «No se asombren —hubiera querido decirles—. No somos tan estafalarios, tan ricos ni tan extraños. No nos miren de esa manera.»

El autobús torció por una calle lateral, y se detuvieron de nuevo para tomar café e ir al lavabo. Muchos de los viajeros se diseminaron en busca de postales. El tío George vio una iglesia abierta al otro lado de la calle y decidió entrar. El aire le olió a especias cuando abrió la puerta. Las paredes de piedra estaban desnudas —era como una armería—, y sólo algunos cirios se consumían en las capillas laterales. Oyó hablar en voz alta y vio a un hombre arrodillado delante de una de las capillas, diciendo sus oraciones. Lo hacía de una forma que él no había visto nunca. Tenía una voz muy fuerte, suplicante, en ocasiones enfadada. Sus mejillas estaban cubiertas de lágrimas. Le pedía algo a la cruz: una explicación o un perdón o que salvara una vida. Movía las manos, lloraba, y el eco en la iglesia vacía hacía resonar sus palabras y sus gemidos. El tío George salió otra vez a la calle y volvió a montarse en el autobús.

Dejaron de nuevo la ciudad por el campo, y poco antes del mediodía se detuvieron ante las puertas de la villa de Nerón, compraron los tickets y entraron. Eran unas ruinas de notables dimensiones, de trazado caprichoso, y vacías de todo lo que no fueran los muros maestros de ladrillo. Los edificios habían sido amplios y de considerable altura, pero ahora las paredes y los arcos de las habitaciones sin techo y los fragmentos de las torres se mantenían en pie sobre una verde alfombra de hierba, sin que nada llevara ya a ningún sitio como no fuera a otro espacio vacío, y todas las escaleras que se alzaban y giraban, terminaban por detenerse a mitad de camino. El tío George abandonó el grupo y deambuló feliz entre las ruinas del palacio. La atmósfera le resultaba agradable y tranquila — algo así como la sensación que se tiene en un bosque—, y oyó cantar a un pájaro y un ruido de agua. Las siluetas de las ruinas, erizadas de plantas como sucede con los pelos en las orejas de los ancianos, le resultaban gratamente familiares, como si sus sueños olvidados se hubieran desarrollado en un escenario como aquél. De pronto se encontró en un lugar que estaba más oscuro que el resto. Había humedad en la atmósfera, y las absurdas habitaciones de ladrillo que comunicaban las unas con las otras se hallaban llenas de matorrales. Quizá se tratara de mazmorras, o del sitio donde se alojaba el cuerpo de guardia, o de un templo donde se celebraban ritos obscenos, porque repentinamente la humedad lo hizo tener deseos sexuales. Volvió hacia atrás buscando el sol, el agua y el pájaro, y se encontró con un guía que le obstruía el camino.

—¿Desea ver las habitaciones especiales?

—¿Qué quiere usted decir?

—Muy especiales —dijo el otro—. Sólo para hombres. Para hombres robustos. Unas pinturas muy antiguas.

—¿Cuánto?

—Doscientas liras.

—De acuerdo. —El tío George se sacó doscientas liras del bolsillo.

—Venga —dijo el guía—. Por aquí.

Y echó a andar rápidamente, tan rápidamente que tío George casi tuvo que correr para no quedarse atrás. Vio cómo el guía atravesaba una estrecha abertura en la pared, un lugar donde los ladrillos se habían caído, pero cuando tío George lo siguió, el guía parecía haber desaparecido. Era una trampa. Sintió un brazo alrededor del cuello y le doblaron la cabeza hacia atrás con tanta violencia que no pudo pedir ayuda. Sintió cómo una mano le sacaba la cartera del bolsillo —un movimiento tan delicado como el mordisco de un pez en el anzuelo—, y luego lo arrojaron brutalmente al suelo. Quedó allí atontado durante uno o dos minutos. Al incorporarse, vio que le habían dejado el billetero vacío y el pasaporte.

Entonces rugió airado contra los rateros y odió a Italia con su ladrona población de organilleros y albañiles. Pero incluso durante aquel desahogo su enojo no era tan fuerte como su sensación de debilidad y de vergüenza. Se sentía terriblemente avergonzado de sí mismo, y cuando recogió el billetero vacío y lo guardó en el bolsillo, tuvo la impresión de que le habían arrancado el corazón y se lo habían roto. ¿A quién culpar? A las ruinas húmedas, no. Había pedido algo que a todas luces no estaba bien, y sólo podía culparse a sí mismo. Quizá aquel robo se repitiera todos los días:

cada vez que el autobús parase allí podían desplumar a algún viejo loco tan lascivo como él. Se puso en pie cansado y aburrido de aquel viejo cuerpo suyo, que le había jugado una mala pasada. Se sacudió el polvo del traje. Entonces se le ocurrió que quizá llegara tarde, que podía haber perdido el autobús y tendría que quedarse en aquellas ruinas sin un centavo. Primero anduvo y después corrió atravesando habitaciones, hasta que llegó a un sitio despejado y vio a lo lejos el rebaño de ancianas, siempre muy juntas.

El guía salió de detrás de un muro, se subieron al autobús y reanudaron la marcha.

Roma era fea; por lo menos lo eran sus alrededores: tranvías, tiendas de muebles de ínfima categoría, calles en obras, y ese tipo de bloques de apartamentos donde nadie quiere vivir en realidad. Las ancianas comenzaron a recoger las guías y a ponerse los abrigos, los sombreros y los guantes. El final de un viaje es el mismo en todas partes. Una vez preparadas, se sentaron de nuevo, con las manos cruzadas sobre el regazo, y el interior del autobús en completa quietud.

—Quisiera no haber venido —le dijo una de las ancianas a otra—. Preferiría no haber salido nunca de casa.

Y no era la única.

—*Ecco, ecco, Roma* —anunció el guía; y así era, efectivamente.

El jueves a las siete, Streeter se presentó en casa de Kate. Assunta lo hizo entrar, y cruzó por primera vez la sala sin el ejemplar de *Los novios* bajo el brazo, para ir a sentarse junto a la chimenea. Después apareció Charlie. Iba vestido como siempre: los ceñidos pantalones vaqueros, los puños remangados y la camisa de color rosa. Al moverse arrastraba los zapatos o taconeaba sobre el suelo de mármol. Habló de béisbol y echó mano de su risa de búho, pero no mencionó al tío George. Tampoco lo hizo Kate cuando compareció, ni le ofreció una copa. Parecía presa de un torbellino emocional, con toda su capacidad de decisión enajenada. Hablaron del tiempo. Al cabo de un rato Charlie se acercó a su madre, que le sujetó las dos manos con una de las suyas. Entonces sonó el timbre, y Kate salió a recibir a su tío. Se abrazaron con mucho cariño —miembros de una misma familia—, y nada más terminar de saludarse, tío George dijo:

—Me han robado, Kate. Ayer me robaron cuatrocientos dólares. Cuando venía de Nápoles en el autobús.

—¡Cuánto lo siento! —dijo ella—. ¿Y no has podido hacer nada, George? ¿No había nadie con quien pudieras hablar?

—¿Hablar con quién, Kate? No he podido hablar con nadie desde que desembarqué. *No hablare la inglés*. Aunque les cortes las manos, no dirán nada. No me importa perder cuatrocientos dólares, no soy pobre, pero hubiera preferido darlos para algo que mereciera la pena.

—Lo siento muchísimo.

—Tienes una casa muy bonita, Kate.

—Charlie, éste es el tío George.

Si había contado con que no se entendieran, sus esperanzas se desvanecieron en un segundo. Charlie olvidó su risa de búho, se mantuvo tan erguido y se mostró tan necesitado de todo lo que Norteamérica podía hacer por él, que la comunicación entre el hombre y el muchacho fue instantánea, y Kate tuvo que separarlos para poder presentar a Streeter. Tío George estrechó la mano del alumno de Kate y llegó a una comprensible pero errónea conclusión.

—¿Hablar inglés? —preguntó.

—Soy norteamericano —dijo Streeter.

—¿Cuántos años de condena?

—Éste es el segundo —respondió Streeter—. Trabajo para la F.R.U.P.C.

—Este país es muy inmoral —dijo el tío George, sentándose en una de las sillas doradas—. Primero me roban cuatrocientos dólares y después, al pasearme por las calles, todo lo que veo son estatuas de hombres desnudos. Completamente desnudos.

Kate llamó a Assunta, y cuando apareció le pidió que trajera whisky y hielo en un italiano muy rápido.

—No es más que otra manera distinta de ver las cosas, tío George —dijo ella.

—No, no lo es. No es natural, ni siquiera en un vestuario. Hay muy pocos hombres que prefieran pasearse completamente desnudos por un vestuario si tienen una toalla a mano. No es normal. Mires donde mires. En los tejados, en los cruces de las calles más importantes. Al venir hacia aquí he pasado por un jardincito, un sitio para que jueguen los niños, supongo que dirías tú, y justo allí en medio, justo en medio de todos esos niños, hay uno de esos hombres en cueros.

—¿Quieres un poco de whisky?

—Sí, gracias... El barco zarpa el sábado, Kate, y quiero que el chico y tú vengáis a casa conmigo.

—No quiero que Charlie vaya —repuso Kate.

—Pero él quiere ir, ¿no es cierto, Charlie? Me escribió una carta muy maja. Bien redactada y con buena letra. Me gustó mucho tu carta, Charlie. Se la enseñé al director del instituto de Krasbie y dijo que puedes incorporarte a las clases cuando quieras. Y tú tienes que venir también, Kate. Es tu hogar, y sólo se tiene un hogar. Lo que pasa es que se burlaron de ti cuando eras una cría y tú saliste corriendo, eso es todo, y después no has parado de hacerlo.

—Sí, eso es cierto, y tal vez lo sea —respondió Kate muy de prisa—, pero ¿por qué tendría que volver a un sitio donde voy a parecer ridícula?

—No, Kate. No vas a parecer ridícula. Ya me encargaré yo de eso.

—Quiero volver a casa, mamá —dijo Charlie. Se había sentado en un taburete junto a la chimenea y ya no se acordaba de mantener la espalda erguida—. La echo de menos todo el tiempo.

—¿Cómo puedes echar de menos Norteamérica? —Su voz era muy cortante—. No has estado nunca allí. Éste es tu hogar.

—¿Qué quieres decir?

—Tu casa está donde está tu madre.

—Es algo más que eso, mamá. Aquí me siento un extraño todo el tiempo. En la calle, todo el mundo habla un idioma diferente.

—Nunca has intentado aprender italiano.

—Las cosas no cambiarían aunque lo hubiese intentado. Seguiría sonando extraño. Quiero decir que siempre notaría que no es mi idioma. No entiendo a la gente, mamá. Me gustan, pero no los entiendo. Nunca sé lo que van a hacer a continuación.

—¿Y por qué no procuras entenderlos?

—Ya lo hago, pero no soy un genio, y tú tampoco los entiendes. Te lo he oído decir, y a veces también tú echas de menos Estados Unidos: me he dado cuenta. Se te nota en la cara.

—Echar algo de menos no quiere decir nada —repuso Kate muy enfadada—. Absolutamente nada. El cincuenta por ciento de la gente que hay en el mundo echa algo de menos todo el tiempo. Pero imagino que no tienes suficiente edad para entenderlo. Cuando estás en un sitio y quieres estar en otro, no se resuelven todos los problemas tomando un barco. En realidad, no sueñas con otro país. Sueñas con algo dentro de ti mismo que no tienes o que no has sido capaz de encontrar.

—No me refiero a eso, mamá. Sólo quiero decir que si estuviera con personas que hablaran mi mismo idioma, con gente que me entendiera, me sentiría más cómodo.

—Si todo lo que esperas conseguir de la vida es comodidad, que Dios te ampare.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta y Assunta salió a abrir. Kate miró el reloj y vio que eran las ocho y cinco. Y el primer jueves del mes. Antes de que pudiera dar una explicación, estaban ya cruzando la sala, precedidos por el anciano duque de Roma, que llevaba unas flores en la mano izquierda. Algo por detrás de él venía la duquesa, su esposa, una mujer alta y esbelta, de cabellos grises, que llevaba puestas muchas joyas regaladas a la familia por Francisco I. A continuación avanzaba un amplio surtido de nobles, que formaban algo así como la *troupe* de un circo provinciano, vistoso pero un poco cansado del viaje. El duque entregó las flores a Kate. Todos ellos hicieron una especie de inclinación de cabeza en dirección a sus acompañantes, y atravesaron la cocina, que olía a gas, camino de la puerta de servicio.

—*Giuseppe il barbero tiene il dinero* —cantó tío George a voz en grito—. *E tiene grandi bigoti negri*. —Esperó a que alguien se riera, y como no lo hizo nadie, preguntó—: ¿Quiénes eran éstos?

Kate se lo explicó, pero le brillaban los ojos, y él se dio cuenta.

—Te gustan este tipo de cosas, ¿no es cierto? —preguntó.

—Tal vez —respondió ella.

—Es una locura, Kate —dijo tío George—. Una completa locura. Tú te vienes a casa conmigo y con Charlie. El chico y tú podéis vivir en la otra mitad de la casa, y haré que os instalen una buena cocina americana.

Streeter notó que a Kate le había conmovido aquella observación, y le pareció que iba a echarse a llorar. Pero lo que hizo fue decir a toda velocidad:

—¿Cómo demonios crees que se hubiese descubierto América si todo el mundo se hubiera quedado en casa, en sitios como Krasbie?

—Tú no estás descubriendo nada, Kate.

—Sí que lo estoy, claro que sí.

—Todos vamos a ser más felices, mamá —intervino Charlie—. Seremos más felices si tenemos una casa limpia y muchos amigos simpáticos y un bonito jardín y una buena cocina y una ducha de verdad.

Ella se quedó inmóvil, junto a la repisa de la chimenea, dándoles la espalda, y dijo en voz muy alta:

—Ni los amigos simpáticos, ni la cocina, ni el jardín, ni un baño con ducha, ni ninguna otra cosa conseguirán que yo no quiera ver el mundo y conocer a las gentes que viven en él. —Luego se volvió hacia su hijo y le habló con dulzura—: Echarás de menos Italia, Charlie.

El muchacho se rió con su risa de búho.

—Echaré de menos los pelos negros en la comida —replicó.

Kate no dijo nada. Ni siquiera suspiró. Entonces el chico se acercó a ella y empezó a llorar.

—Lo siento, mamá —dijo—. Lo siento. No tenía por qué decir una cosa tan estúpida. No es más que un chiste viejo.

Le besó a su madre las manos y las lágrimas que le caían por las mejillas, y Streeter se levantó y se fue.

«Tal era ciò che di meno deforme e di men compassionevole si faceva vedere intorno, i sani, gli agiati —leyó Streeter cuando fue a clase el domingo por la tarde—. Chè, dopo tante immagini di miseria, e pensando a quella ancor più grave, per mezzo alla quale dovrem condurre il lettore, non ci

fermeremo ora a dir qual fosse lo spettacolo degli appestati che si strascicavano o giacevano per la strade, de' poveri, de' fanciulli, delle donne.»

Charlie se había marchado; Streeter no lo sabía porque Kate se lo hubiera dicho, sino porque el piso parecía mucho más grande. A media clase, el anciano duque de Roma cruzó la sala en bata y zapatillas, llevando un tazón de sopa a su hermana, que estaba enferma. Kate parecía cansada, pero eso le pasaba siempre, y cuando terminó la hora y Streeter se puso en pie, preguntándose si le hablaría de Charlie o del tío George, ella lo felicitó por los progresos que había hecho y lo animó a que terminara *Los novios* y se comprara un ejemplar de la *Divina Comedia* para la semana siguiente.

Los Wryson

Los Wryson querían que en Shady Hill las cosas siguieran exactamente igual que estaban. Su temor al cambio —a cualquier tipo de irregularidad— era muy intenso, y cuando se vendió la finca de los Larkin para convertirla en una residencia de ancianos, los Wryson fueron al pleno del ayuntamiento y exigieron saber qué clase de ancianos iban a ser los que vivirían allí. Las actividades cívicas de los Wryson se limitaban a la regulación de las zonas urbanas, pero en ese campo se mostraban muy activos, y si a uno lo invitaban a su casa a tomar unos cócteles, había muchas posibilidades de que le pidieran que firmase una petición para regular alguna zona antes de que se marchara. En aquella preocupación había algo más que el deseo natural de mantener la personalidad urbana de su comunidad. Los Wryson parecían notar la presencia de un desconocido que se empeñaba en entrar: un desconocido sucio, que intrigaba sin descanso, extranjero, padre de niños alborotadores que echarían a perder sus rosales y que conseguirían que se depreciara su propiedad; un hombre barbudo, con olor a ajo en el aliento y un libro bajo el brazo. Los Wryson no tomaban parte en la vida intelectual de Shady Hill. Era difícil encontrar un libro en su casa, y, en un sitio donde se sabía que incluso las cocineras colgaban reproducciones de Picasso sobre el lavabo, los gustos de los Wryson en pintura no iban más allá de las puestas de sol sobre el mar y de los jarrones con flores. Donald Wryson era un hombre corpulento, de pelo rubio cada vez más escaso y el aire jovial de un bravucón, pero Donald sólo abusaba de la fuerza en defensa de la rectitud, de la separación entre las clases, y de la ordenada apariencia de las cosas. Irene Wryson era una mujer no totalmente desprovista de atractivo, pero tímida y pendenciera al mismo tiempo: especialmente belicosa cuando surgía el tema de la regulación de las zonas urbanas. Los Wryson tenían una única hija, una niña llamada Dolly, vivían en una agradable casa de Alewives Lane, y eran aficionados a la jardinería. Esto último era otra manera de mantener las apariencias de las cosas, y Donald Wryson adoptaba una actitud muy crítica frente a cualquier vecino que descuidara los arbustos de celindas o tuviera una calva en el césped delante de la fachada principal. La vida social de los Wryson era muy limitada; no parecían tener ambiciones o necesidades en este sentido, aunque todos los años enviaban unas seiscientas felicitaciones de Navidad. Redactarlas y escribir los sobres debía de ocuparles las veladas de dos semanas por lo menos. Donald tenía una risa muy parecida a un rebuzno, y las personas a las que no les caía bien evitaban cuidadosamente sentarse en el mismo vagón del tren. Los Wryson eran rígidos, inflexibles. Cuando encontraban grama entre el césped de su jardín u oían que unos vecinos suyos planeaban divorciarse, no daban la impresión de sentir desagrado, sino auténtica alarma. Eran raros, desde luego. Aunque no tan raros como la pobre y aturdida Flossie Dolmetch, a quien cogieron falsificando recetas y se descubrió que llevaba tres años inyectándose morfina. Tampoco eran tan raros como Caruthers Mason, con su colección de dos mil fotografías pornográficas, ni tanto como la señora Temon, que, con aquellos dos encantadores niños en la habitación de al lado... Pero ¿para qué seguir? Los Wryson eran raros.

La rareza de Irene Wryson giraba alrededor de un sueño. Una o dos veces al mes soñaba que alguien —un desafortunado piloto norteamericano o algún enemigo— había hecho explotar una bomba de hidrógeno. A la luz del sol, su sueño era inadmisibile, porque no podía relacionarlo ni con su jardín, ni con su interés por la regulación de las zonas urbanas, ni con su agradable manera de vivir. Tampoco era capaz de decirle a su marido durante el desayuno que había soñado con la bomba de

hidrógeno. Delante de una mesa bien servida y del agradable panorama del jardín —enfrentada incluso con un día lluvioso o con una nevada—, Irene no encontraba la manera de explicar lo que había turbado su sueño. Aquello le suponía un considerable desgaste de energías y una pérdida de equilibrio, y con frecuencia se quedaba muy deprimida. La sucesión de escenas en el sueño variaba, pero de ordinario era como sigue.

La acción transcurría en Shady Hill: Irene soñaba que se despertaba en su propia cama. Donald nunca se hallaba presente. Ella se daba cuenta de inmediato de que había estallado la bomba. A través de un gran agujero en el techo, entraba lana de colchón y un chorrito de líquido marrón. El cielo estaba gris —opaco—, aunque hacia el este se veían unos cuantos filamentos de luz roja, como esos encantadores jirones de vapor de agua que quedan en el aire después de la puesta de sol. Irene no sabía si aquello eran jirones de vapor o de agua o parte de la fuerza que iba a destruir la médula de sus huesos. La atmósfera gris parecía definitiva. En el cielo no volvería nunca a brillar el sol. Desde su ventana, Irene veía un río, y ahora, mientras lo contemplaba, empezaban a llegar embarcaciones corriente arriba. Al principio sólo había dos o tres. Luego eran decenas, y después centenares. Había lanchas fuera borda, botes para excursiones, yates, goletas con motores auxiliares; había incluso barcas de remos. El número de embarcaciones crecía hasta cubrir el agua por completo, y el ruido de los motores se convertía en un estrépito ensordecedor. Las maniobras para situarse en esta retirada río arriba se hacían primero agresivas y después salvajes. Irene veía hombres disparando unos contra otros, y una barca de remos, en la que se encontraba una familia con niños pequeños, aplastada y hundida por un yate con motor. Y ella se echaba a llorar en el sueño, al ver este comportamiento inhumano mientras se acababa el mundo. Irene lloraba y seguía mirando, como si le estuviese siendo revelada alguna novedad, como si siempre hubiera sabido que la condición humana era así, como si siempre hubiera sido consciente de que el mundo era peligroso y que las comodidades de su vida en Shady Hill no eran más que un insignificante paliativo.

Después, en el sueño, Irene se apartaba de la ventana y atravesaba el cuarto de baño que comunicaba su dormitorio con el de Dolly. Su hija dormía plácidamente, y ella la despertaba. Al llegar a este momento, sus emociones se hacían especialmente intensas. La fuerza y la pureza del amor que experimentaba hacia aquella niña envuelta en tibieza le causaban verdadero dolor. Irene vestía a su hijita y le ponía un traje de mucho abrigo para la nieve, y luego la llevaba al cuarto de baño. Una vez allí, abría el armario del botiquín, el único lugar de la casa que los Wryson, a pesar de su pasión por la limpieza, no tenían perfectamente ordenado. El botiquín estaba abarrotado con sobrantes de medicinas para curar las insignificantes enfermedades de Dolly: jarabes para la tos, loción de calamina para las ortigas, aspirinas y purgantes. Y el suave olor de aquellos restos y la ternura que había sentido por su hija cuando estaba enferma —como si la puerta del armario de las medicinas hubiese sido una ventana que se abriera a algún resplandeciente verano de las emociones— la hacían llorar de nuevo. Entre los frascos había uno que decía: «Veneno.» Irene lo cogía, desenroscaba el tapón y dejaba caer sobre su mano izquierda una píldora para ella y otra para la niña. A su hija le contaba alguna mentira inofensiva, y cuando estaba a punto de ponerle la pastilla entre los labios, el techo del cuarto de baño se derrumbaba y se encontraban hundidas hasta la rodilla en escayola y agua sucia. Irene buscaba el veneno a su alrededor en el agua, pero había desaparecido, y de ordinario el sueño terminaba así. Y ¿cómo podía ella inclinarse sobre la mesa del desayuno y explicarle a aquel fornido esposo suyo su palidez con una detallada visión del fin del mundo? Donald hubiera soltado una de sus carcajadas, que eran como rebuznos.

No resultaba difícil rastrear la rareza de Donald Wryson hasta su infancia. Se había criado en un pueblecito del Medio Oeste que no debía de tener gran cosa de recomendable, y su padre, un

viajante de comercio chapado a la antigua, con una rosa de invernadero en el ojal y polainas de color de ante, había abandonado a su mujer y a su hijo cuando el chico era todavía pequeño. La señora Wryson carecía de familia y tenía muy pocos amigos. Al desaparecer su marido, consiguió un empleo de oficinista en una compañía de seguros, y emprendió, junto con su hijo, una vida de absoluta melancolía y de muchas privaciones. Nunca olvidó el horror de haberse visto abandonada, y se apoyaba en su hijo con tanta fuerza para consolarse que parecía amenazar su vitalidad. Su existencia era un calvario, como ella misma decía con mucha frecuencia, y todo lo más que podía hacer era encontrar fuerzas para seguir viviendo.

Hubo un tiempo en que era joven, hermosa y feliz, y la única manera que tenía de evocar aquellos tiempos perdidos era dar a su hijo lecciones de repostería. Cuando las noches eran largas y frías y el viento silbaba alrededor de la casa para cuatro familias donde vivían, la madre de Donald encendía el fuego en la cocina y ponía una piel de manzana sobre la tapa del fogón para sentir su fragancia. Luego el muchacho se ponía un delantal e iba de un lado para otro, sacando los necesarios cuencos y cacerolas, midiendo la harina y el azúcar, separando las claras de las yemas. Llegó a saberse el contenido de todos los armarios. Sabía dónde se guardaban las especias y el azúcar, los frutos secos y la cáscara de limón rallada, y cuando terminaban lo que estuvieran haciendo, a Donald le gustaba ver los cuencos y las cacerolas y volver a ponerlos en su sitio. Al muchacho le encantaban aquellas horas dedicadas a la repostería, sobre todo porque parecían disipar el sentimiento de opresión que dominaba todos aquellos años de la vida de su madre..., y, ¿había alguna razón para que un muchacho aquejado de soledad se rebelara contra el sentimiento de seguridad que le proporcionaba la cocina en las noches de tormenta? Su madre le había enseñado a hacer galletas, panecillos y pastel de plátano y, finalmente, tartas lady Baltimore. A veces eran más de las once cuando terminaban.

—Lo hemos pasado bien juntos, ¿verdad, hijo mío? —preguntaba la señora Wryson—. Hemos pasado un rato estupendo tú y yo, ¿no es cierto? ¡Fíjate cómo aúlla el viento! Piensa en los pobres marineros que están en la mar. —Luego lo abrazaba, le acariciaba el pelo con los dedos y, a veces, aunque era ya demasiado corpulento, lo hacía sentarse sobre su regazo.

De todo aquello hacía ya mucho tiempo. La señora Wryson había muerto, y cuando Donald se encontró al borde de su fosa no sintió un dolor excesivo. Su madre se había reconciliado con la idea de la muerte antes de morir, y su conversación en los últimos años había estado llena de gallardas alusiones a la tumba. Años más tarde, cuando Donald vivía solo en Nueva York, se había visto atacado de repente, una noche de primavera, por una depresión tan fuerte como cualquiera de las que había sufrido en su adolescencia. No bebía, ni disfrutaba con los libros, ni con el cine ni con el teatro, y, al igual que su madre, tenía pocos amigos. Buscando desesperadamente alguna manera de aliviar su angustia, se le ocurrió la idea de preparar una tarta lady Baltimore. Salió a la calle y compró los ingredientes —terriblemente avergonzado de sí mismo—, luego cernió la harina, cortó en trocitos los frutos secos y ralló la cáscara de limón en la cocina del pequeño apartamento sin ascensor donde vivía. Mientras daba vueltas a la masa, notó que su depresión se desvanecía, pero sólo cuando metió la tarta en el horno y se sentó para limpiarse las manos con el delantal, se dio cuenta con toda claridad del éxito que había conseguido el hecho de evocar el fantasma de su madre y la sensación de seguridad que había experimentado de niño en su cocina durante las noches de tormenta. Cuando la tarta estuvo hecha, le puso el recubrimiento de azúcar, se comió un trozo y tiró el resto a la basura.

La siguiente vez que se sintió angustiado venció la tentación de hacer una tarta, pero después no siempre lo lograba, y durante los ocho o nueve años que llevaba casado con Irene debía de haber preparado ocho o nueve tartas. Donald tomaba precauciones extraordinarias, y su mujer ignoraba por

completo esa faceta suya. Irene estaba convencida de que no sabía una palabra de cocina. Y ¿cómo podía él durante el desayuno —sus cien kilos de humanidad— explicar que tenía cara de sueño porque había estado en pie hasta las tres de la madrugada preparando una tarta lady Baltimore que luego había escondido en el garaje?

Al conocer estos desagradables hechos acerca de estas personas nada atractivas, ¿no podemos librarnos de ellos con la suficiente brillantez, sabiendo que nadie, excepto Dolly, los echará jamás de menos? Donald Wryson, en su celo de cruzado por la regulación de las zonas urbanas, no tenía inconveniente en salir de casa por muy mal tiempo que hiciera, y digamos que una noche, cuando regresaba de un referéndum durante una tormenta de hielo, su coche patinó bajando por Hill Street, fue a estrellarse contra el olmo de la esquina y quedó destrozado. Fin. Su pobre viuda, ya fuera por amor o por la fuerza de la costumbre, se mostró inconsolable. Al levantarse de la cama una mañana, aproximadamente un mes después de haber perdido a su esposo, se le enganchó un pie en el dobladillo de la bata, se cayó y se rompió una cadera. Debilitada por una larga convalecencia, cogió una pulmonía y abandonó el mundo de los vivos. Esto nos deja únicamente con Dolly, y ¡qué relato tan triste cabe escribir acerca de la pobre niña! Durante los meses que pasan hasta la legalización del testamento de sus padres, vive primero de la caridad y luego de la tolerancia de sus vecinos. Finalmente se la manda a vivir con su única pariente, una prima de su madre, maestra de escuela en Los Ángeles. ¡Cuántos cientos de noches se dormirá llorando, abrumada por el desconcierto y la vivencia de su soledad! Qué extraño y frío le parecerá el mundo. Hay muy pocas cosas que le recuerden a sus padres, excepto el correo en época de Navidades, cuando, reexpedidas desde Shady Hill, le llega la felicitación de la señora Sallust Trevor, que ha estado viviendo en París y no se ha enterado del accidente; los saludos de los Parker, que viven en México y nunca ponen su lista al día; la «feliz navidad» de Meyers' Drugstore; las «muchas felicidades» de los Perry Brown; el «*bon natale*» del restaurante italiano Oak Tree; un «*joyeux nôel*» de Dodie Smith. Año tras año, nuestra niñita tendrá la responsabilidad de tirar a la papelera las alegres felicitaciones que han seguido a sus padres a la tumba y más allá de ella... Pero no fue eso lo que sucedió, y si hubiera sucedido no habría arrojado la menor luz sobre lo que ya sabemos.

Lo que pasó fue lo siguiente: Irene Wryson volvió a tener su sueño una noche. Al despertarse, vio que su marido no estaba en la cama. Había un olor dulce en el aire. Sudando profusamente, y con los latidos del corazón debilitados por el miedo, Irene se dio cuenta de que había llegado el fin. ¿Qué podía indicar aquel olor dulce en el aire excepto la presencia de cenizas atómicas? Corrió a la ventana, pero el río estaba desierto. Despejada sólo a medias y sintiéndose terriblemente perdida como se sentía, tan sólo una sana curiosidad le impidió despertar a Dolly. Había humo en el corredor, pero no era humo de un fuego corriente. El olor dulce le aseguraba que aquello sólo podían ser cenizas mortíferas. Guiada por el olor, Irene bajó la escalera, atravesó el comedor y llegó a la iluminada cocina. Donald se había dormido con la cabeza apoyada en la mesa y la estancia estaba llena de humo.

—¡Cariño! —exclamó ella, despertándolo.

—Se me ha quemado —dijo él, cuando vio el humo que salía del horno—. Se me ha quemado la maldita tarta.

—Yo creía que era la bomba de hidrógeno —señaló ella.

—Es una tarta —dijo él—. Se me ha quemado. ¿Qué te ha hecho creer que fuera la bomba de hidrógeno?

—Si querías algo de comer, deberías haberme despertado.

Irene apagó el horno y abrió la ventana para que saliera el olor a humo y entrara el olor a nicotina y a otras flores nocturnas. Quizá ella vacilara un momento, pero ¿qué hubiera pensado el desconocido que se empeñaba en entrar —el desconocido con su barba y con su libro— de aquella pareja en pijama y camisón, a las cuatro y media de la mañana en una cocina llena de humo? Algún barrunto —quizá momentáneo— de la complejidad de la existencia debió de cruzar por sus mentes, pero fue sólo un instante. No se dieron más explicaciones. Donald tiró a la basura la tarta (reducida a cenizas), y los dos apagaron las luces y subieron la escalera, más desconcertados que nunca por la vida, y más preocupados que nunca por las apariencias.

El marido rural

Habrá que contar, para empezar por el principio, que el avión de Minneapolis en el que Francis Weed se dirigi a hacia el este se encontr  de pronto con graves problemas meteorológicos. El cielo había estado antes de un color azul brumoso, con nubes exclusivamente por debajo del avión, aunque tan juntas que no se veía la tierra. Luego empezó a formarse vaho en el exterior de las ventanillas, y penetraron en una nube blanca de tal densidad que reflejaba las llamas del escape de los motores. El color de la nube se oscureció hasta convertirse en gris, y el avión empezó a mecerse. Francis se había encontrado otras veces con fuertes perturbaciones atmosféricas, pero el balanceo no había sido nunca tan intenso. El hombre sentado junto a él sacó un frasco del bolsillo y ech  un trago. Francis le sonrió, pero el otro apartó la vista; no estaba dispuesto a compartir con nadie su analgésico particular. El avión empezó a caer y a dar violentos tumbos. Un niño se puso a llorar. Hacía demasiado calor en la cabina, el aire estaba viciado, y a Francis se le durmió el pie izquierdo. Ley  unas líneas del libro de bolsillo que había comprado en el aeropuerto, pero la violencia de la tormenta distraía su atención. Por fuera de las ventanillas todo estaba negro. Las llamas del escape de los motores brillaban y lanzaban chispas en la oscuridad, y, dentro, las luces indirectas, la mala ventilación y las cortinas de las ventanillas daban a la cabina una atmósfera intensamente doméstica que estaba por completo fuera de lugar. Luego las luces parpadearon y se apagaron. — Sabe usted qué es lo que siempre he querido hacer? —dijo de pronto el hombre que viajaba sentado junto a Francis—. Siempre he deseado comprar una granja en New Hampshire y criar ganado vacuno.

La azafata anunció que iban a hacer un aterrizaje de emergencia. Todos, excepto los niños, vieron extenderse en su imaginación las alas del  ngel de la Muerte. Se oía cantar al piloto en voz muy baja:

—Tengo seis peniques, espléndidos, espléndidos seis peniques. Tengo seis peniques para que me duren toda la vida... —No se oía ningún otro ruido.

El violento gemir de las válvulas hidráulicas se tragó la canción del piloto, se oyó una especie de chillido muy fuerte, como el de los frenos de un automóvil, y el avión dio con el vientre en un maizal y los zarandó con tanta energía que un anciano que iba sentado en la parte delantera aull :

— Mis riñones!  Mis riñones!

La azafata abrió la puerta de golpe, y alguien hizo lo mismo con la salida de emergencia en la parte de atrás, dejando entrar el grato ruido de su continuada mortalidad: el ocioso chapoteo y el olor húmedo de un fuerte chaparrón. Temerosos por sus vidas, los pasajeros salieron en fila por las puertas y se desperdigaron por el maizal en todas direcciones, rezando para que todo saliera bien. Y así fue. Nada sucedió. Cuando estuvo claro que el avión no se quemaría ni estallaría, la tripulación y la azafata reunieron a los pasajeros y los hicieron refugiarse en un granero. No estaban lejos de Filadelfia, y al cabo de un rato una hilera de taxis los llevó a la ciudad.

—Es exactamente igual que en la batalla del Marne —dijo alguien, pero, sorprendentemente,

apenas se había modificado la actitud de desconfianza con que la mayoría de los norteamericanos miran siempre a sus compañeros de viaje.

En Filadelfia, Francis Weed tomó un tren para Nueva York. Al final de aquel viaje cruzó la ciudad y se subió, cuando ya estaba a punto de salir, al tren de cercanías que cogía cinco noches por semana para volver a su casa en Shady Hill.

Se sentó junto a Trace Bearden.

—¿Sabes? Yo iba en ese avión que ha tenido que hacer un aterrizaje forzoso a las afueras de Filadelfia —declaró—. Hemos ido a parar a un maizal...

Pero Francis había viajado más de prisa que los periódicos o la lluvia, y en Nueva York lucía el sol y la temperatura de aquel día de finales de setiembre, tan fragante y tan armonioso como una manzana, era muy agradable. Trace escuchó su relato, pero ¿cómo iba a emocionarse? Francis carecía de las dotes narrativas que le permitieran recrear su roce con la muerte... especialmente en la atmósfera de un tren de cercanías, que recorre un paisaje soleado donde, en las huertas de los barrios pobres, se veían ya indicios de cosechas. Su compañero de asiento cogió de nuevo el periódico, y Francis se quedó a solas con sus reflexiones. En el andén de Shady Hill dijo adiós a Trace y se trasladó en su Volkswagen de segunda mano al barrio de Blenhollow, donde vivía.

La casa de estilo colonial holandés de los Weed era más grande de lo que parecía desde el camino de entrada. El cuarto de estar era espacioso y estaba dividido en tres partes, como las Galias. A la izquierda, según se entraba desde el vestíbulo, estaba la mesa larga, puesta para seis, con velas y una fuente de fruta en el centro. Los sonidos y los olores que llegaban a través de la puerta abierta de la cocina eran estimulantes, porque Julia Weed era una buena cocinera. La parte más amplia del cuarto de estar tenía como centro la chimenea. A la derecha había algunas estanterías con libros y un piano. La habitación estaba muy limpia y tranquila, y por las ventanas que daban al este entraba un poco de sol de finales de verano, muy brillante y tan claro como agua. Nada se había descuidado; no había ningún objeto al que no se hubiera sacado brillo. No era el tipo de casa donde, después de conseguir abrir una caja de cigarrillos con la tapa pegada, sólo se encuentra dentro el botón de una camisa y una oxidada moneda de cinco centavos. El hogar de la chimenea había sido barrido, las rosas colocadas sobre el piano se reflejaban en su brillante y amplia superficie, y había un álbum de vals de Schubert en el atril. Louisa Weed, una guapa niña de nueve años, miraba hacia el exterior por las ventanas de poniente. Henry, su hermano pequeño, estaba junto a ella. Toby, su otro hermano aún más pequeño, estudiaba las figuras de unos monjes tonsurados que bebían cerveza en los brillantados metales del cajón para la leña. Al quitarse el sombrero y dejar el periódico, Francis no se sintió conscientemente satisfecho con la escena; no era demasiado propenso a la reflexión. Aquél era su elemento, creación suya y volvía a él con ese sentimiento de liberación y de fuerza con que cualquier criatura vuelve a su casa.

—Hola a todo el mundo —saludó—. El avión de Minneapolis...

Nueve de cada diez veces, Francis hubiese sido recibido afectuosamente, pero esa noche los niños se hallaban absortos en sus propios antagonismos. Francis no ha terminado la frase sobre el aterrizaje forzoso cuando Henry le da una patada a Louisa en el trasero. La niña gira en redondo, diciendo:

—¡Bestia, más que bestia!

Francis comete el error de reñir a Louisa por su manera de hablar antes de imponer un castigo a Henry. Acto seguido, la niña se vuelve contra su padre y lo acusa de favoritismo. Henry siempre tiene razón; ella se ve perseguida y abandonada; el destino siempre le es adverso. Francis se dirige a su hijo, pero el niño tiene una excusa para la patada: ella le ha pegado primero, y en la oreja, que es un sitio peligroso. Louisa asiente con pasión. Le ha dado un golpe en la oreja y además quería dárselo precisamente allí, porque ha estado enredando con su vajilla de juguete. Henry asegura que su hermana miente. El pequeño Toby se acerca desde la leñera para dar testimonio en favor de Louisa. Henry le tapa la boca con la mano. Francis separa a los dos niños, pero sin querer tira a Toby dentro del cajón de la leña. Toby se echa a llorar. Louisa ya lo ha hecho antes. Precisamente en este momento, Julia Weed entra en la parte de la habitación donde esta puesta la mesa. Es una mujer bonita e inteligente, con algunos cabellos prematuramente grises. No parece darse cuenta del alboroto.

—Hola, cariño —le dice serenamente a Francis—. Todo el mundo a lavarse las manos. La cena está lista. Coge una cerilla y enciende las seis velas para iluminar este valle de lágrimas.

Sus sencillas palabras, como los gritos de guerra de los jefes de los clanes escoceses, sólo sirven para reavivar la ferocidad de los combatientes. Louisa le da un golpe en el hombro a Henry, quien, aunque no llora casi nunca, ha jugado al béisbol mucho rato y está cansado, por lo que se le saltan las lágrimas. El pequeño Toby descubre que se le ha clavado una astilla en la mano y comienza a aullar. Francis dice a gritos que ha sobrevivido a un aterrizaje forzoso y está cansado. Julia sale de nuevo de la cocina y, sin darse aún por enterada de la confusión, le pide a su marido que suba al piso de arriba y le diga a Helen que está todo listo. Francis se alegra de marcharse; es como volver a la sede central de la compañía. Quiere contarle a su hija mayor el aterrizaje forzoso, pero Helen está tumbada en la cama, leyendo un ejemplar de la revista *Amores románticos*, y lo primero que Francis hace es quitárselo de las manos y recordarle que le tiene prohibido comprarlo. Helen replica que no lo ha comprado: se lo ha prestado su mejor amiga, Bessie Black. Todo el mundo lee *Amores románticos*. El padre de Bessie Black también la lee. No hay una sola chica en la clase de Helen que no lea *Amores románticos*. Francis insiste en lo mucho que le desagrada, y luego le dice a su hija que la cena está lista, aunque por los ruidos que llegan de la planta baja no parece que sea así. Helen lo sigue escaleras abajo. Julia se ha sentado a la mesa iluminada por las velas y extiende la servilleta sobre su regazo. Ni Louisa ni Henry han acudido a cenar. El pequeño Toby sigue aullando, tumbado boca abajo en el suelo. Francis le habla cariñosamente:

—Papá ha tenido que hacer un aterrizaje forzoso esta tarde, Toby. ¿No quieres que te lo cuente?

Toby sigue llorando.

—Si no vienes ahora mismo a la mesa, Toby —dice Francis—, te mando a la cama sin cenar.

El niño se pone en pie, lanza a su padre una mirada cortante, sube corriendo la escalera y se encierra en su dormitorio dando un portazo.

—¡Vaya por Dios! —dice Julia, y se levanta para ir tras él.

Francis comenta que lo mimaba demasiado. Su mujer responde que el niño pesa cuatro kilos

menos de lo normal y que hay que mimarlo para que coma. Se acerca el invierno, y Toby se pasará en la cama los meses fríos a no ser que se tome la cena. Julia sube la escalera. Francis se sienta a la mesa junto con Helen, que experimenta en este momento la desagradable sensación de haber estado leyendo con demasiada intensidad en un hermoso día, y obsequia a su padre y a la habitación en general con una mirada de hastío. No puede imaginarse el aterrizaje forzoso, porque en Shady Hill no ha caído ni una gota de lluvia.

Julia vuelve con Toby, todos se sientan a la mesa y se sirve la cena.

—¿Tengo que estar siempre viendo a esa bola de grasa? —dice Henry, refiriéndose a Louisa.

Todo el mundo excepto Toby interviene en la refriega, que se prolonga, de un extremo a otro de la mesa durante cinco minutos. Hacia el final, Henry se tapa la cabeza con la servilleta y, tratando de comer así, se le caen las espinacas sobre la camisa. Francis le pregunta a Julia si los niños no podrían cenar antes. Julia está perfectamente preparada para semejante pregunta: no puede preparar dos cenas ni poner la mesa dos veces. Describe con pinceladas relampagueantes el panorama de monótonas tareas que han acabado con su juventud, su belleza y su inteligencia. Francis dice que también hay que comprenderlo a él; ha estado a punto de morir en un accidente aéreo, y no le gusta volver a casa todas las noches y encontrarse con un campo de batalla. Ahora Julia se siente muy afectada. Le tiembla la voz. Francis no se encuentra todas las noches con un campo de batalla. Es una acusación mezquina y estúpida. Todo estaba tranquilo hasta que él llegó. Julia se interrumpe, deja el cuchillo y el tenedor sobre la mesa y contempla su plato como si fuera un abismo. Empieza a llorar.

—¡Pobre mamaíta! —dice Toby, y cuando se levanta de la mesa, secándose las lágrimas con la servilleta, él la acompaña—. ¡Pobre mamaíta! —dice—. ¡Pobre mamaíta! —Suben juntos la escalera.

Los otros niños se alejan del campo de batalla, y Francis sale al jardín de atrás para fumar un cigarrillo y respirar un poco de aire.

Era un jardín agradable, con senderos, macizos de flores y sitios para sentarse. La puesta de sol casi se había extinguido ya, pero aún había mucha luz. El accidente y la batalla campal en la mesa habían puesto a Francis Weed en la actitud meditativa con que se dispuso a escuchar los ruidos nocturnos de Shady Hill.

—¡Bribonas! ¡Sinvergüenzas! —les gritaba a las ardillas el anciano señor Nixon junto al comedero para los pájaros—. ¡Fuera! ¡Quitaos de mi vista!

Una puerta se cerró de golpe. Alguien estaba cortando hierba. Luego, Donald Goslin, que vivía en la esquina, empezó a tocar la sonata *Claro de luna*. Lo hacía casi todas las noches. Le traía sin cuidado el ritmo y la interpretaba en *rubato* desde el principio hasta el final, como un flujo de lloroso mal humor, soledad y autocompasión: todo lo que la grandeza de Beethoven le llevó a desconocer por completo. La música se derramaba de un extremo a otro de la calle bajo los árboles como una súplica de amor, de ternura, dirigida a alguna encantadora doncella: alguna chica de Galway de tez fresca y con morriña, que estaría mirando antiguas instantáneas en su cuarto del tercer piso.

—Aquí, *Júpiter*, aquí, *Júpiter* —llamó Francis al perdiguero de los Mercer.

El perro se abrió paso violentamente por las tomateras con los restos de un sombrero de fieltro entre los dientes.

Júpiter era una anomalía. Sus instintos de perdiguero y su incansable vitalidad estaban fuera de lugar en Shady Hill. Era tan negro como el carbón, con un rostro alargado, despierto, inteligente, de libertino. Había un brillo travieso en sus ojos, y llevaba siempre la cabeza muy alta. Era la cabeza ceñida con un pesado collar que aparecía en heráldica, en los tapices, y que solía utilizarse antes en los puños de los paraguas y en los bastones. *Júpiter* iba donde le apetecía, saqueando papeleras, tendedores, cubos de basura, y cajas de zapatos. Interrumpía las fiestas que se celebraban en los jardines y los partidos de tenis, y se metía los domingos en las procesiones de Christ Church, ladrando a los hombres vestidos de rojo. Atravesaba dos o tres veces al día la rosaleda del anciano señor Nixon, abriendo un amplio hueco entre las condesas de Sastagos, y tan pronto como Donald Goslin encendía la barbacoa el jueves por la noche, a *Júpiter* le llegaba el olor. Nada de lo que los Goslin hicieran lograba echarlo. Palos, piedras y voces destempladas sólo conseguían situarlo en el borde de la terraza, donde perseveraba, con su airoso y heráldico hocico, esperando a que Donald Goslin volviera la espalda para coger la sal. Entonces, *Júpiter* saltaba a la terraza, retiraba limpiamente el bistec del fuego y salía corriendo con la cena de los Goslin. Sus días estaban contados. El jardinero alemán de los Wrightson o la cocinera de los Farquarson lo envenenarían pronto. Era incluso posible que el anciano señor Nixon pusiera un poco de arsénico en la basura que tanto le gustaba a *Júpiter*.

—¡Aquí, *Júpiter*, *Júpiter!* —llamó Francis, pero el perro hizo una cabriola alejándose, meneando vigorosamente el sombrero entre sus dientes blancos. Al mirar por la ventana de su casa, Francis vio que Julia había bajado y que estaba apagando las velas.

Julia y Francis Weed salían mucho. Julia era muy popular y sociable, y su gusto por las fiestas nacía de un temor perfectamente natural al caos y a la soledad. Examinaba el correo todas las mañanas con auténtica inquietud, en busca de invitaciones —y, de hecho, solía encontrar alguna—, pero era insaciable, y aunque hubiera salido siete noches por semana, no se habría curado de su aire pensativo —el aire de alguien que oye una música lejana—, porque siempre seguiría imaginándose la existencia de una fiesta más animada en algún otro sitio. Francis le había puesto el límite de dos durante la semana, con una mayor flexibilidad para los viernes, y surcando luego las aguas de los fines de semana como un esquife de fondo plano en una galerna. Al día siguiente del aterrizaje forzoso, los Weed estaban invitados a cenar con los Farquarson.

Francis llegó tarde de Nueva York, Julia se encargó de ir a buscar a la canguro, y luego lo sacó a toda prisa de casa. La fiesta era para pocas personas y muy agradable, y Francis se dispuso a disfrutar con ella.

Una nueva doncella ofreció los cócteles. Tenía pelo oscuro, rostro redondo y tez pálida, y a Francis le resultó familiar. Nunca había desarrollado la memoria como facultad sentimental. El humo de leña, las sillas, y otros perfumes parecidos no le estimulaban, y la memoria era para él algo así como el apéndice: un depósito atrofiado. Su problema no era que fuese incapaz de escapar al pasado, sino que lo dejaba atrás con demasiada facilidad. Quizá hubiese visto a la doncella en otras fiestas, o dando un paseo el domingo por la tarde, pero en ambos casos no estaría ahora buscándola en su memoria. Su rostro era, de una manera admirable, una cara de luna —normanda o irlandesa—, pero no lo suficientemente hermosa para explicar su sensación de haberla visto antes, en circunstancias que debería recordar. Le preguntó a Nellie Farquarson quién era. Nellie dijo que la habían contratado a través de una agencia, y que era natural de Trenon, un pequeño pueblo de Normandía con una iglesia y

un restaurante; Nellie había estado una vez allí. Mientras su anfitriona seguía hablando de sus viajes por el extranjero, Francis recordó cuándo había visto antes a aquella mujer. Fue al final de la guerra. Había abandonado con otros compañeros un cuartel de reemplazo, y les dieron un pase de tres días para Trenon. Durante el segundo día se acercaron a un cruce de carreteras para ver el castigo de una joven que había vivido con el comandante alemán durante la ocupación.

Era una fresca mañana de otoño. El cielo estaba cubierto, y arrojaba sobre el cruce de caminos una luz muy deprimente. Se hallaban en un sitio alto, y veían el gran parecido existente entre las formas de las nubes y las de las colinas que se extendían hasta perderse de vista en dirección al mar. La prisionera llegó en un carro sentada sobre un taburete. Se quedó quieta junto al carro mientras el alcalde leía los cargos y la sentencia. Tenía inclinada la cabeza y el rostro inmovilizado en esa hueca semisonrisa detrás de la que queda suspendida el alma vapuleada. Cuando el alcalde terminó, la mujer se soltó el cabello y dejó que le cayera por la espalda. Un hombrecillo con bigote gris le cortó el pelo con unas tijeras y lo fue dejando caer al suelo. Luego, con un cuenco de agua jabonosa y una navaja, le afeitó la cabeza. Una mujer se acercó y empezó a desabrocharle la ropa, pero la prisionera la apartó y lo hizo ella misma. Cuando se sacó la camisa por la cabeza y la tiró al suelo, quedó desnuda. Las mujeres se burlaron de ella; los hombres permanecieron inmóviles. No se produjo el menor cambio en la falta de sinceridad o en la melancolía de la sonrisa de la prisionera. El aire frío le puso la carne de gallina y le endureció los pezones. Las burlas fueron cesando poco a poco, sofocadas por el reconocimiento de la común humanidad entre los presentes. Una mujer le escupió, pero cierta inexpugnable grandeza presente en su desnudez duró hasta el final de la prueba. Cuando la multitud se calmó, la mujer se dio la vuelta —había empezado a llorar— y, sin otra ropa que unos gastados zapatos negros y unas medias, echó a andar sola por el camino de tierra, alejándose del pueblo. La redonda cara de tez pálida había envejecido un poco, pero no cabía duda de que la doncella que ofrecía los cócteles y que más tarde sirvió la cena a Francis era la mujer que había sido castigada en el cruce de carreteras.

La guerra parecía ahora muy distante, y aquel mundo donde el precio de pertenecer a la resistencia había sido la muerte o la tortura quedaba terriblemente lejano. Francis había perdido la pista de los hombres que estuvieron con él en Vesey. No cabía contar con la discreción de Julia. No podía decírselo a nadie. Y si hubiera relatado su historia ahora, durante la cena, habría cometido una equivocación tanto social como humana. Las personas presentes en la sala de estar de los Farquarson parecían unidas en la implícita afirmación de que ni el pasado ni la guerra habían existido: que no había en el mundo ni peligros ni problemas. En la historia escrita del acontecer humano, aquel extraño encuentro hubiera hallado su sitio, pero la atmósfera de Shady Hill hacía que el recuerdo resultara inadecuado y poco cortés. La prisionera se retiró después de servir el café, pero su aparición en casa de los Farquarson logró que Francis se sintiera apático: le había abierto la memoria y los sentidos, dilatándoselos.

Cuando Julia entró en casa, Francis se quedó en el coche aguardando a la canguro para devolverla a su hogar. Como esperaba a la señora Henlein, la anciana señora que habitualmente se quedaba con los niños, Francis se sorprendió al ver que una chica joven abría la puerta y salía al porche iluminado. Se detuvo bajo la luz para contar sus libros de texto. Tenía el ceño fruncido y era muy hermosa. Es cierto que el mundo está lleno de muchachas hermosas, pero Francis reconoció en este caso la diferencia entre belleza y perfección. Todos esos atractivos defectos, lunares, marcas de nacimiento y cicatrices faltaban en este caso, y Francis experimentó en su interior el momento en que la música rompe los cristales, y sintió un relámpago de reconocimiento tan extraño, tan profundo y tan hermoso como la más intensa de sus vivencias. Era algo en su entrecejo, en la impalpable oscuridad de

su rostro: un algo que a él le pareció una directa petición de amor. Después de contar los libros, la muchacha bajó los escalones y abrió la portezuela del coche. Con la luz, Francis vio que tenía mojadas las mejillas. La chica se subió al automóvil y cerró la portezuela.

—Eres nueva —dijo Francis.

—Sí. La señora Henlein está enferma. Yo soy Anne Murchison.

—¿Has tenido algún problema con los niños?

—No, no. —Anne se volvió hacia él y sonrió llena de tristeza, iluminada por la tenue luz del tablero de instrumentos. Su cabello claro quedó aprisionado por el cuello de la chaqueta, y agitó la cabeza para liberarlo.

—Has estado llorando.

—Sí.

—Espero que no sea por nada que haya sucedido en nuestra casa.

—No, no. No ha sido nada que haya pasado en su casa. —Su voz rebosaba desolación—. No es ningún secreto; en el pueblo lo sabe todo el mundo. Mi padre es alcohólico, y acaba de llamarme por teléfono desde algún bar para decirme lo que opina de mí. Cree que soy una persona inmoral. Llamó un momento antes de que volviera la señora Weed.

—Lo siento.

—¡Dios mío! —La chica jadeó y empezó a llorar.

Luego se volvió hacia Francis, y él la cogió entre sus brazos y la dejó que llorara sobre su hombro. Ella siguió agitándose entre sus brazos y ese movimiento acentuó la vivencia de lo delicado de su carne y de sus huesos. La ropa que los dos llevaban le pareció casi inexistente, y cuando los estremecimientos de la muchacha empezaron a disminuir, el efecto fue tan semejante a un paroxismo amoroso que Francis perdió la cabeza y la estrechó violentamente contra sí. Ella se apartó.

—Vivo en Belleview Avenue —dijo—. Baje por Lansing Street hasta el puente del ferrocarril.

—De acuerdo. —Francis puso el coche en marcha.

—Tuerza a la izquierda en aquel semáforo... Ahora gire aquí a la derecha y siga todo recto hacia la vía del tren.

El camino que Francis utilizó lo sacó de su barrio, llevándolo al otro lado de la vía, y en dirección al río, a una calle donde vivían los que estaban sólo a un paso de la pobreza, en casas cuyos gabletes puntiagudos y adornos de tracería hechos en madera transmitían los más puros sentimientos de orgullo y de imaginación romántica, aunque las casas en sí mismas no podían ofrecer muchas comodidades ni espacio para la intimidad, porque eran todas extraordinariamente pequeñas. La calle se hallaba a oscuras, y Francis, conmovido por la gracia y la belleza de la angustiada muchacha, tuvo la

impresión de haber alcanzado la parte más profunda de algún oculto recuerdo al entrar en ella. A lo lejos vio una luz encendida en un porche. Era la única, y la muchacha le dijo que allí vivía ella. Cuando Francis detuvo el coche, divisó, detrás del porche iluminado, un zaguán con muy poca luz y un perchero pasado de moda.

—Bien, ya hemos llegado —exclamó Francis, consciente de que un joven hubiese dicho algo distinto.

Ella no movió las manos que llevaba cruzadas encima de los libros, y se volvió para mirarlo. Había lágrimas de deseo carnal en los ojos de Francis. Con determinación, aunque sin tristeza, abrió la puerta de su lado y rodeó el coche para abrir la de Anne. Le cogió la mano libre, entrecruzando sus dedos con los de la muchacha, subió con ella dos escalones de cemento, y por un estrecho sendero atravesó un jardín donde dalias, caléndulas y rosas —flores que habían resistido las primeras heladas— aún florecían, embalsamando el aire de la noche con un olor agrídulce. En los escalones de la casa, Anne retiró la mano, se volvió, y lo besó muy de prisa. Luego cruzó el porche y cerró la puerta. Primero se apagó la luz exterior, y luego la del vestíbulo. Un segundo después, se encendió otra luz en el piso de arriba, a un costado de la casa, iluminando un árbol que no había perdido aún las hojas. La chica tardó muy poco tiempo en desnudarse y acostarse, y en seguida la casa quedó a oscuras.

Julia se había dormido cuando su marido llegó a casa. Francis abrió una segunda ventana y se acostó para cerrar los ojos y olvidarse de aquella noche, pero tan pronto como los hubo cerrado —tan pronto como se durmió—, la muchacha irrumpió en su mente, moviéndose con absoluta libertad a través de sus puertas cerradas y llenando aposento tras aposento con su luz, con su perfume, con la música de su voz. Francis cruzaba el Atlántico con ella en el viejo *Mauretania*, y, después, vivían juntos en París. Cuando despertó de aquel sueño, se levantó y fumó un cigarrillo junto a la ventana abierta. Al volver a la cama, buscó en su mente por todas partes algo que deseara hacer y que no perjudicara a nadie, y pensó en esquiar. Entre las nieblas de su mente ofuscada surgió la imagen de una montaña cubierta de nieve. El día estaba ya muy avanzado. Mirara donde mirase, sus ojos veían cosas amplias y alentadoras. Por encima de su hombro había un valle cubierto de nieve, que se alzaba hasta unas colinas boscosas donde los árboles oscurecían la blancura del conjunto como una cabellera poco poblada. El frío mataba todos los ruidos, con la excepción del fuerte repiqueteo metálico de la maquinaria del telesquí. La luz en las pistas era azul, y tomar las curvas resultaba más difícil que uno o dos minutos antes, resultaba más difícil valorar —ahora que toda la nieve tenía un color azul marino— la capa exterior, el hielo, los sitios al descubierto y las acumulaciones de nieve poco compacta. Francis se lanzó montaña abajo, adaptando su velocidad al relieve de una pendiente que se había formado durante el primer período glaciario, buscando con ardor algo de sencillez en los sentimientos y en las circunstancias. Luego cayó la noche, y bebió un martini con algún viejo amigo en una sucia taberna rural.

A la mañana siguiente, la montaña cubierta de nieve había desaparecido, y Francis conservaba con toda claridad los recuerdos de París y del *Mauretania*. La infección era grave. Se lavó el cuerpo, se afeitó las mejillas, se bebió el café, y perdió el tren de las siete y treinta y un minutos, que abandonaba la estación en el momento en que él llegaba con el coche, y la nostalgia que sintió hacia los vagones que se alejaban testarudamente de él lo hizo pensar en los caprichos del amor. Esperó el tren de las ocho y dos minutos en lo que se había convertido ya en un andén vacío. Era una mañana clara, que parecía arrojada como un resplandeciente puente de luz sobre su confusa situación. Francis se sentía lleno de ardor y de buen humor. La imagen de la muchacha le proporcionaba una relación

con el mundo que era a la vez misteriosa y subyugante. Los coches empezaban a llenar el aparcamiento, y se fijó en que los procedentes de zonas altas, por encima de Shady Hill, tenían una capa blanca de escarcha. Aquel primer signo irrefutable del otoño lo emocionó. Un tren nocturno —un expreso procedente de Buffalo o de Albany— pasó por la estación, y Francis vio que el techo de los primeros vagones estaba cubierto con una capa de hielo. Maravillado ante la milagrosa realidad física de todas las cosas, sonrió a los pasajeros del coche restaurante, a los que veía comer huevos y limpiarse la boca con la servilleta mientras viajaban. Los compartimentos del coche cama, con sus sábanas sucias, se arrastraban por la transparente mañana como una hilera de ventanas de una casa para huéspedes. Luego vio una cosa extraordinaria: ante una de las ventanillas del coche cama se hallaba una mujer desnuda de excepcional belleza, peinándose los rubios cabellos. Aquella mujer atravesó Shady Hill como una aparición, peinándose y repeinándose el cabello, y Francis fue siguiéndola con los ojos hasta que se perdió de vista. Luego la anciana señora Wrightson se reunió con él en el andén y empezó a hablar.

—Bueno, imagino que le sorprenderá verme aquí por tercera vez consecutiva —dijo—, pero gracias a los visillos de mi casa me estoy convirtiendo en una habitual de los trenes de cercanías. Los visillos que compré el lunes los devolví el martes, y los del martes voy a devolverlos hoy. El lunes conseguí exactamente lo que quería, un tejido de lana con rosas y pájaros, pero cuando llegué a casa descubrí que no eran de la longitud adecuada. Bien, pues ayer los cambié, y cuando llegué a casa me encontré con que seguían siendo cortos. Ahora estoy rogando al cielo con toda mi alma que el decorador los tenga de la longitud exacta, porque usted ya conoce mi casa, ha visto las ventanas de mi cuarto de estar, y puede imaginarse el problema que suponen. No sé qué hacer con ellas.

—Yo sí sé qué hacer con ellas —dijo Francis.

—¿Qué?

—Pintarlas de negro por dentro, y callarse.

La señora Wrightson se quedó boquiabierta, y Francis la miró para asegurarse de que se daba cuenta de que estaba siendo grosero intencionadamente. La anciana giró en redondo y se alejó de él, tan herida emocionalmente que lo hizo cojeando. A Francis lo envolvió un sentimiento maravilloso, como si estuvieran agitando luz a su alrededor, y pensó de nuevo en Venus, peinándose una y otra vez el cabello mientras cruzaba el Bronx a la deriva. La toma de conciencia de los muchos años transcurridos desde la última vez que había disfrutado mostrándose deliberadamente descortés sirvió para calmarlo. Entre sus amigos y vecinos había personas brillantes y con talento —lo vio claramente—, pero también muchos de ellos eran gente aburrida y estúpida, y él había cometido la equivocación de escucharlos a todos con idéntica atención. Había confundido el amor cristiano con la falta de discernimiento, y le pareció que se trataba de una confusión muy generalizada y destructiva. Le estaba agradecido a la muchacha por aquella reconfortante sensación de independencia. Los pájaros cantaban: cardenales y el último petirrojo. El cielo brillaba como esmalte. Incluso el olor a tinta del periódico de la mañana intensificó sus ganas de vivir, y el mundo que se extendía a su alrededor era, sin lugar a dudas, un paraíso.

Si Francis hubiese creído en cierta jerarquía en el amor —en espíritus armados con arcos para cazar, en los caprichos de Venus y Eros—, o incluso en pociones, filtros, y cocimientos mágicos, en escáfulas y cuartos menguantes, eso quizá explicara su impresionabilidad y su febril optimismo. Los amores otoñales de la mediana edad son muy conocidos, y se imaginó que se enfrentaba con uno de

ellos pero no había el menor rastro de otoño en lo que sentía. Deseaba retozar en bosques verdeantes, satisfacer sus deseos, y beber de la misma copa.

Su secretaria, la señorita Rainey, llegó tarde aquella mañana —iba al psiquiatra tres veces por semana— y cuando apareció, Francis se preguntó qué le aconsejaría a él un psiquiatra. Pero la muchacha prometía devolver a su vida algo parecido al embrujo de la música. Sin embargo, su felicidad desapareció al darse cuenta de que aquella música podía llevarlo directamente a un proceso en el juzgado del distrito por violación de una menor. La fotografía de sus cuatro hijos sonriendo a la cámara en la playa de Gay Head se convirtió en un vivo reproche. En el membrete de su empresa había un dibujo del Laoconte, y la figura del sacerdote y de sus hijos entre los anillos de la serpiente le pareció que encerraba el más profundo de los significados.

Almorzó con Pinky Trabert. A nivel de conversación, las actitudes morales de sus amigos eran flexibles y nada mojigatas, pero Francis sabía que el castillo de naipes de la moralidad se derrumbaría sobre todos ellos —sin exceptuar a Julia y a los niños— si lo sorprendían aprovechándose de una canguro. Repasó la historia de Shady Hill durante los últimos tiempos en busca de un precedente, y descubrió que no había ninguno. No existía depravación; no se había producido un divorcio desde que él vivía allí; ni siquiera una sombra de escándalo. Las cosas parecían arreglarse incluso con más decoro que en el Reino de los Cielos. Después de despedirse de Pinky, Francis fue a una joyería y compró un brazaletes para la chica. ¡Qué feliz lo hizo aquella clandestina adquisición, qué pomposos y risibles le parecieron los dependientes de la joyería, qué bien olían las mujeres que pasaban a su alrededor! En la Quinta Avenida, al cruzar junto a Atlas, con los hombros doblados bajo el peso del mundo, Francis pensó en la gran dificultad que iba a suponerle contener su realidad física dentro de los moldes por él elegidos.

No sabía cuándo vería de nuevo a la chica. Llevaba el brazaletes en el bolsillo interior de la chaqueta cuando llegó a casa. Al abrir la puerta se la encontró en el vestíbulo. Estaba de espaldas, y se volvió al oír el ruido de la puerta al cerrarse. Su sonrisa era sincera y afectuosa. Su perfección le impresionó como la de un día muy hermoso: un día después de una tormenta. La abrazó y empezó a besarla en la boca, y ella se debatió, pero no tuvo que hacerlo por mucho tiempo, porque justo en aquel momento la pequeña Gertrude Flannery salió de algún sitio y dijo:

—Oh, señor Weed...

Gertrude era una vagabunda. Había nacido con el gusto por la exploración, y no era capaz de organizar su vida en torno al afecto de sus cariñosos padres. Las personas que no conocían a los Flannery, al ver el comportamiento de Gertrude, llegaban a la conclusión de que se trataba de una familia terriblemente dividida, donde la regla eran las peleas entre borrachos. Aquello no era cierto. El hecho de que la ropa de la pequeña Gertrude estuviera rota y fuera escasa suponía un triunfo personal suyo al anular los esfuerzos de su madre por vestirla pulcramente y llevarla bien abrigada. Parlanchina, flacucha y sucia, Gertrude iba de casa en casa por el barrio de Blenhollow, creando y rompiendo alianzas basadas en su apego a bebés, animales, niños de su edad, adolescentes, y en algunos casos, personas adultas. Al abrir por la mañana la puerta de la calle, podías encontrar a Gertrude sentada en el porche. Al ir al cuarto de baño a afeitarte, podías encontrar a Gertrude usando el retrete. Al mirar en la cuna de tu hijo, podías encontrarla vacía, y, al seguir mirando, descubrir que Gertrude se lo había llevado en el cochecito hasta el pueblo de al lado. Gertrude era servicial, omnipresente, sincera, hambrienta y leal. Nunca volvía a su casa por decisión propia. Cuando llegaba la hora de irse, se mostraba insensible a todas las insinuaciones. «Vete a casa, Gertrude», se oía decir en una casa u otra,

noche tras noche. «Vete a casa, Gertrude. Ya es hora de que te vayas a casa, Gertrude.» «Será mejor que te vayas a casa a cenar, Gertrude.» «Te dije hace veinte minutos que te fueras a casa, Gertrude.» «Tu madre debe de estar preocupada por ti, Gertrude.» «Vete a casa, Gertrude, vete a casa.»

Hay veces en que las arrugas en torno al ojo humano parecen los rebordes desgastados de una piedra y en la que el ojo mismo pone de manifiesto un sentimiento animal tan primitivo que nos sentimos perdidos. La mirada que Francis dirigió a la niña fue desagradable y extraña, y Gertrude se asustó. Él se buscó en los bolsillos —le temblaban las manos— y sacó una moneda de veinticinco centavos.

—Vete a casa, Gertrude, vete a casa, y no se lo digas a nadie, Gertrude. No se lo... —Se atragantó, y entró corriendo en el cuarto de estar en el momento en que Julia lo llamaba desde el piso de arriba para que subiera a vestirse cuanto antes.

La idea de que más tarde, aquella misma noche, llevaría a Anne Murchison a su casa enlazó como un hilo dorado todos los incidentes de la fiesta a la que asistieron Francis y Julia, y él rió ruidosamente chistes aburridos, se secó una lágrima cuando Mabel Mercer le contó la muerte de su gatito, y se estiró, bostezó, suspiró y gruñó como cualquier otro hombre que está pensando en una cita. Llevaba el brazalete en el bolsillo. Mientras hablaba, tenía el olor de la hierba metido en la nariz, y se preguntaba dónde aparcaría el coche. En la antigua mansión de los Parker no vivía nadie, y el camino de grava se utilizaba para citas de amantes. Townsend Street era una calle sin salida, y podía aparcar allí, pasada la última casa. El viejo sendero que unía Elm Street con la orilla del río estaba invadido por la maleza, pero había ido a pasear por allí con sus hijos, y podría meter el coche entre los matorrales lo suficiente como para ocultarlo por completo.

Los Weed fueron los últimos en marcharse, y sus anfitriones les hablaron de su propia felicidad matrimonial mientras los cuatro se daban las buenas noches en el vestíbulo.

—Para mí no hay otra —dijo su anfitrión, estrechando a su mujer—. Es mi cielo azul. Después de dieciséis años, sigo mordiéndole en los hombros. Hace que me sienta como Aníbal cruzando los Alpes.

Los Weed se dirigieron a casa en silencio. Al llegar a la puerta principal, Francis se quedó frente al volante, con el motor encendido.

—Puedes meter el coche en el garaje —le dijo Julia mientras se apeaba—. Le dije a la chica de los Murchison que se marchara a las once. Alguien iba a venir a recogerla.

Cerró la portezuela y Francis se quedó inmóvil, a oscuras. Tendría que sufrir tanto, al parecer, como cualquier imbécil: una lascivia feroz, los celos, aquel resentimiento que le traía lágrimas a los ojos, el desprecio incluso, porque percibía con claridad la imagen que presentaba en aquel momento, con los brazos extendidos sobre el volante y la cabeza hundida entre ellos, enfermo de amor.

Francis había sido un explorador entusiasta de joven, y, recordando los preceptos de su

adolescencia, salió pronto del despacho la tarde del día siguiente, y estuvo jugando a squash en un torneo de todos contra todos, pero, una vez tonificado el cuerpo por el ejercicio y una ducha, se dio cuenta de que quizá le hubiese dado mejores resultados quedarse trabajando. Cuando llegó a casa era ya de noche y hacía frío. El aire olía intensamente a cambio. Al entrar en el vestíbulo, advirtió una animación poco corriente. Sus hijos estaban endomingados, y cuando Julia bajó la escalera, llevaba puesto un vestido de color lavanda y su broche de brillantes en forma de sol. Su mujer le explicó el porqué de tanta animación: el señor Hubber estaba citado a las siete para hacerles la fotografía que iban a mandar aquel año en las felicitaciones de Navidad. Julia había sacado el traje azul de Francis y una corbata con algo de color, porque la fotografía no sería ya en blanco y negro. Julia estaba muy alegre ante la idea de hacerse una fotografía para la Navidad. Era el tipo de ritual que le gustaba.

Francis subió al piso de arriba a cambiarse de ropa. Estaba cansado después de un día de trabajo y cansado de desear, y sentarse en el borde de la cama sirvió para hacer aún más intensa su fatiga. Pensó en Anne Murchison, y lo dominó por completo la necesidad física de Julia. Fue al escritorio de su mujer, cogió una cuartilla y empezó a escribir: «Querida Arme: te quiero, te quiero...» Nadie vería la carta y no se contuvo en absoluto. Utilizó frases como «celestial felicidad» y «nido de amor». Se le llenó la boca de saliva, suspiró, y tembló. Cuando Julia lo llamó para que bajara, el abismo entre sus fantasías y el mundo práctico era tan profundo que sintió cómo le afectaba a los músculos del corazón.

Julia y los niños estaban en el zaguán, y el fotógrafo y su ayudante habían instalado dos grupos de focos para mostrar adecuadamente a la familia y la belleza arquitectónica de la entrada de su casa. Las personas que habían vuelto a Shady Hill en un tren tardío disminuyeron la velocidad de sus coches para ver cómo fotografiaban a los Weed para su felicitación de Navidad. Unos pocos saludaron con la mano y los llamaron por su nombre. Hizo falta media hora de sonreír y de humedecerse los labios para que el señor Hubber se declarara satisfecho. El calor de los focos confirió un olor de habitación mal ventilada al aire frío de la noche, y cuando los apagaron, su resplandor siguió presente en la retina de Francis.

Más tarde aquella noche, mientras Francis y Julia tomaban café en el cuarto de estar, llamaron a la puerta. Julia salió a abrir y volvió acompañada por Clayton Thomas, que había vuelto a pagar unas entradas para el teatro: la señora Weed se las había dado a su madre algún tiempo atrás, y Helen Thomas había insistido puntillosamente en pagar, aunque Julia le dijo que no lo hiciera. Julia invitó al muchacho a tomar una taza de café.

—No quiero café —dijo Clayton—, pero entraré un minuto.

Siguió a la señora Weed al cuarto de estar, dio las buenas noches a Francis, y se sentó desmañadamente en una silla.

El padre de Clayton había muerto en la guerra, y la orfandad rodeaba al muchacho como si fuera una realidad física. Puede que esto se notara de modo especial en Shady Hill porque los Thomas eran la única familia descabalada; todos los demás matrimonios seguían intactos y con capacidad productiva. Clayton estaba en su segundo o tercer año de universidad, y él y su madre vivían solos en una casa muy grande que la señora Thomas esperaba poder vender. Años atrás, el muchacho había robado algún dinero y se había escapado; llegó hasta California antes de que dieran con él. Era alto, no muy bien parecido, llevaba gafas con montura de concha, y hablaba con voz grave.

—¿Cuándo vuelves a la universidad, Clayton? —preguntó Francis.

—No voy a volver. Madre no tiene dinero suficiente, y carece de sentido seguir fingiendo. Voy a buscarme un empleo, y si vendemos la casa, alquilaremos un apartamento en Nueva York.

—¿No echarás de menos Shady Hill? —preguntó Julia.

—No —respondió Clayton—. No me gusta.

—¿Por qué no? —preguntó Francis.

—Bueno, hay muchas cosas que no apruebo —dijo Clayton con gran seriedad—. Cosas como los bailes en el club. El sábado por la noche, pasé por allí hacia el final y vi al señor Granner tratando de poner a la señora Minot en la vitrina de los trofeos. Los dos estaban borrachos. Me parece mal que se beba tanto.

—Era sábado por la noche —señaló Francis.

—Y todos los palomares son de mentira —continuó Clayton—. Y la forma que tiene la gente de llenarse la vida de actividades innecesarias. He pensado mucho acerca de ello, y lo que me parece realmente mal de Shady Hill es que no tiene ningún futuro. Se gastan tantas energías perpetuando este sitio (impidiendo que se instalen aquí personas indeseables, y otras cosas por el estilo) que la única idea del futuro que tiene todo el mundo consiste en más trenes de cercanías y en más fiestas. No me parece que eso sea saludable. Creo que la gente debería ser capaz de soñar cosas grandes sobre el futuro. Creo que la gente debería ser capaz de tener grandes sueños.

—Es una lástima que no sigas yendo a la universidad —dijo Julia.

—Yo quería ir a la facultad de teología.

—¿A qué iglesia perteneces? —preguntó Francis.

—Unitaria, teosófica, trascendentalista y humanista —respondió Clayton.

—¿Emerson no era trascendentalista? —preguntó Julia.

—Me refiero a los trascendentalistas ingleses —explicó Clayton—. Todos los trascendentalistas norteamericanos eran tontos.

—¿Qué tipo de empleo esperas conseguir? —quiso saber Francis.

—Bueno, me gustaría trabajar para un editor, pero todo el mundo me dice que no hay nada que hacer. No obstante, ése es el tipo de cosas que me interesan. Estoy escribiendo una obra de teatro en verso sobre el bien y el mal. Puede que el tío Charlie me consiga un puesto en un banco; eso me vendría bien. Necesito disciplinarme. Todavía queda mucho por hacer en la formación de mi carácter. Tengo algunas costumbres muy malas. Hablo demasiado. Creo que tendría que hacer voto de silencio. Tratar de no hablar durante una semana, y disciplinarme. He pensado en hacer un retiro en uno de los monasterios episcopalianos, pero no me gustan las iglesias que creen en la Trinidad.

—¿Sales con alguna chica? —preguntó Francis.

—Estoy prometido. Claro que no soy ni lo bastante mayor ni lo bastante rico como para que se tenga en cuenta mi compromiso, ni se respete, ni nada parecido, pero compré una esmeralda falsa para Anne Murchison con el dinero que gané segando césped este verano. Nos casaremos en cuanto ella termine el bachillerato.

Francis dio un respingo al oír el nombre de la chica. Luego una luz deslustrada pareció emanar de su espíritu, dando a todo —a Julia, al muchacho, a las sillas— su verdadera falta de color. Algo así como un pronunciado deterioro del tiempo.

—La nuestra va a ser una familia numerosa —prosiguió Clayton—. Su padre es un terrible borrachín, yo he pasado por momentos difíciles y queremos tener muchos hijos. Ella es maravillosa, se lo aseguro, y tenemos mucho en común. Nos gustan las mismas cosas. El año pasado mandamos la misma felicitación de Navidad sin ponernos de acuerdo, los dos tenemos alergia a los tomates, y se nos juntan las cejas en el centro. Bien, buenas noches.

Julia acompañó al muchacho hasta la puerta. Cuando regresó, Francis dijo que Clayton era perezoso, irresponsable y afectado, y que olía mal. Julia le dijo que parecía estar volviéndose intolerante; que el chico era joven y había que darle una oportunidad. Julia era consciente de otros casos en los que Francis se había mostrado colérico.

—La señora Wrightson ha invitado a su fiesta de cumpleaños a todo el mundo menos a nosotros —dijo.

—Lo siento, Julia.

—¿Sabes por qué no nos ha invitado?

—¿Por qué?

—Porque tú la insultaste.

—Entonces, ¿estás enterada?

—June Masterson me lo contó. Estaba detrás de ti.

Julia se acercó al sofá con pasos muy breves que expresaban —Francis lo sabía muy bien— un sentimiento de indignación.

—Es cierto que insulté a la señora Wrightson, Julia, y además me proponía hacerlo. Nunca me han gustado sus fiestas, y me alegro de que no nos haya invitado.

—¿Y qué me dices de Helen?

—¿Qué tiene que ver Helen con esto?

—La señora Wrightson es la que decide quién va a las reuniones.

—¿Quieres decir que está en condiciones de impedir que Helen vaya a los bailes?

—Sí.

—No había pensado en eso.

—Claro. Ya sabía yo que no habías pensado en eso —exclamó Julia, hundiendo la espada hasta la empuñadura por aquella grieta en su coraza—. Y me pone furiosa la posibilidad de que esa estúpida imprevisión destruya la felicidad de todo el mundo.

—No creo haber destruido la felicidad de nadie.

—La señora Wrightson manda en Shady Hill y lleva cuarenta años haciéndolo. No sé qué te hace pensar que en una comunidad como ésta puedes dar rienda suelta a todos tus impulsos de mostrarte insultante, vulgar y ofensivo.

—Estoy muy bien educado —dijo Francis, tratando de dar un giro humorístico a la velada.

—¡Vete al infierno, Francis Weed! —gritó Julia, y la violencia de sus palabras hizo que la saliva salpicara el rostro de su marido—. He trabajado mucho para alcanzar la posición social de la que disfrutamos, y no estoy dispuesta a quedarme cruzada de brazos mientras tú la destrozas. Deberías haberte dado cuenta al instalarte en un sitio como éste de que no ibas a poder vivir como un oso en una cueva.

—Tengo que expresar mis simpatías y mis antipatías.

—Puedes ocultar tus antipatías. No tienes que lanzarte de frente contra las cosas, como un niño. A no ser que estés ansioso de convertirte en unapestado, socialmente hablando. ¡No es una casualidad que tengamos muchas invitaciones! No es casualidad que Helen tenga tantas amistades. ¿Qué te parecería pasar las noches de los sábados en el cine? ¿Y los domingos amontonando hojas muertas? ¿Te gustaría que tu hija se pasara las noches en que hay baile sentada junto a la ventana, oyendo la música que tocan en el club? ¿Qué te parecería...?

Francis hizo algo entonces que, después de todo, no era tan inexplicable teniendo en cuenta que las palabras de Julia parecían alzar entre ambos un muro tan infranqueable que él empezó a marearse: la golpeó de lleno en la cara. Ella se tambaleó y luego, un momento después, pareció calmarse. Subió la escalera y entró en el dormitorio. No dio un portazo. Cuando Francis la siguió, pocos minutos después, la encontró haciendo la maleta.

—Julia, lo siento muchísimo.

—No tiene importancia —dijo ella. Estaba llorando

—¿Adonde vas a ir?

—No lo sé. Acabo de mirar un horario de trenes. Hay uno para Nueva York a las once y dieciséis. Cogeré ése.

—No puedes irte, Julia.

—No puedo quedarme. Eso está claro.

—Siento lo de la señora Wrightson, Julia, y te...

—Lo de la señora Wrightson no tiene importancia. No es ése el problema.

—¿Cuál es el problema, entonces?

—Que no me quieres.

—Te quiero, Julia.

—No, no me quieres.

—Julia, sí que te quiero, y me gustaría ser como éramos antes: cariñosos, carnales y apasionados, pero ahora hay demasiada gente.

—Me odias.

—No te odio, Julia.

—No te haces idea de lo mucho que me odias. Creo que es inconsciente. No te das cuenta de las cosas tan crueles que has hecho.

—¿Qué cosas crueles, Julia?

—Las acciones crueles a las que te empuja el subconsciente para expresar tu odio hacia mí.

—¿Cuáles, Julia?

—No me he quejado nunca.

—Dímelas.

—Tu ropa.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a la manera que tienes de dejar la ropa sucia para que exprese tu odio inconsciente hacia mí.

—No entiendo.

—¡Hablo de tus calcetines sucios y de tus pijamas sucios y de tu ropa interior sucia y de tus camisas sucias! —Estaba arrodillada junto a la maleta y se puso en pie, enfrentándose a él, los ojos echando fuego y la voz desbordante de emoción—. Me refiero al hecho de que nunca hayas aprendido a colgar nada. Te limitas a dejar la ropa en el sitio donde cae para humillarme. ¡Lo haces a propósito!

—Se derrumbó sobre la cama, sollozando.

—¡Julia, cariño! —dijo él, pero cuando ella sintió su mano en el hombro se levantó.

—Déjame en paz —soltó—. Tengo que irme. —Pasó rozándolo en dirección al armario y regresó con un vestido—. No me llevo ninguna de las cosas que me has regalado —añadió—. Dejo las perlas y el chaquetón de pieles.

—¡Julia, por favor! —Al verla, inclinada sobre la maleta, tan indefensa por su capacidad para engañarse, Francis casi se sintió enfermo de compasión. Su mujer no se daba cuenta de lo desoladora que sería su vida sin él. No se daba cuenta del número de horas que la mujer que trabaja tiene que dedicar a su empleo. No entendía que la mayor parte de sus amistades existía dentro del marco del matrimonio, y que separada se encontraría muy sola. No entendía nada de viajes, ni de hoteles, ni de dinero—. ¡Julia, no puedo permitir que te vayas! No quieres darte cuenta, Julia, de que has llegado a depender de mí.

Ella echó la cabeza hacia atrás y se tapó la cara con las manos.

—¿Has dicho que yo dependo de ti? —preguntó—. ¿Es eso lo que has dicho? ¿Y quién te dice a qué hora tienes que levantarte por la mañana y cuándo has de acostarte por la noche? ¿Quién te prepara las comidas, te recoge la ropa sucia e invita a cenar a tus amigos? Si no fuera por mí, tus corbatas estarían llenas de grasa, y tus trajes de agujeros de polilla. Estabas solo cuando te encontré, Francis Weed, y solo estarás cuando te deje. Cuando tu madre te pidió una lista para mandar las invitaciones a nuestra boda, ¿cuántos nombres fuiste capaz de darle? ¡Catorce!

—Cleveland no era mi ciudad natal, Julia.

—¿Y cuántos de tus amigos vinieron a la iglesia? ¡Dos!

—Cleveland no era mi ciudad natal, Julia.

—Como no voy a llevarme el chaquetón de pieles —dijo ella con gran calma—, será mejor enviarlo de nuevo al almacén para que lo guarden. El seguro de las perlas caduca en enero. El nombre de la lavandería y el número de teléfono de la doncella..., todas esas cosas están en mi escritorio. Espero que no bebas demasiado, Francis. Y que no te pase nada malo. Si tienes problemas serios, me puedes telefonar.

—¡Cariño mío, no puedo permitir que te vayas! —dijo Francis—. ¡No voy a dejar que te vayas, Julia! —La tomó entre sus brazos.

—Imagino que será mejor que me quede y siga cuidando de ti un poco más de tiempo —dijo ella.

Al ir a trabajar por la mañana, Francis vio a la chica cruzar el pasillo del vagón. Se quedó sorprendido; no se imaginaba que su instituto estuviera en Nueva York, pero llevaba libros, y parecía ir a clase. La sorpresa retrasó su reacción, pero después se levantó torpemente y salió al pasillo. Varias personas se habían interpuesto entre los dos, pero la veía delante de él, esperando a que alguien abriera la puerta del coche y luego, al virar bruscamente el tren, extendió la mano para apoyarse mientras

cruzaba la plataforma camino del vagón siguiente. Francis la siguió atravesando todo aquel coche y la mitad del siguiente antes de llamarla por su nombre: «¡Anne! ¡Anne!», pero ella no se volvió. Luego continuó hasta el vagón siguiente, donde la chica se sentó por fin junto al pasillo. Al acercarse a donde estaba, con todos sus sentimientos cálidamente orientados hacia ella, Francis puso la mano en el respaldo del asiento —incluso ese contacto le produjo una especial tibieza—, y al inclinarse para hablar vio que no era Anne, sino una mujer de más edad que llevaba gafas. Siguió a propósito hasta el vagón siguiente, con la cara roja de vergüenza, y el sentimiento mucho más profundo de haber puesto en entredicho su buen sentido; porque si no distinguía una persona de otra, ¿qué pruebas existían de que su vida con Julia y los niños tuviera tanta realidad como sus sueños inicuos en París o como el lecho de paja, el olor a hierba y los árboles en forma de cueva del callejón de los Amantes?

Después del almuerzo, Julia lo llamó para recordarle que salían a cenar aquella noche. Pocos minutos más tarde le telefoneó Trace Bearden.

—Oye, muchacho —le dijo Trace—. Te llamo de parte de la señora Thomas. Ya sabes, Clayton, ese chico suyo, no parece capaz de conseguir un empleo, y me preguntaba si tú podrías ayudar. Si llamaras a Charlie Bell (sé que está en deuda contigo), y hablaras en favor del chico, creo que Charlie...

—Trace, siento mucho tener que decir esto —respondió Francis—, pero me temo que no estoy en condiciones de hacer nada por ese chico. Es un inútil. Sé que estoy diciendo una cosa muy dura, pero es un hecho. Si tenemos consideraciones con él, nos saldrá el tiro por la culata y acabará dándonos a todos en la cara. Ese chico es un inútil, Trace, y eso no hay forma de superarlo. Aunque le consiguiéramos un empleo, no le duraría ni una semana. Estoy seguro de que pasaría eso. Es una cosa terrible, Trace, ya sé que lo es, pero en lugar de recomendar a ese chico, me siento obligado a prevenir a la gente contra él: a las personas que conocían a su padre y querrían, como es lógico, echar una mano y hacer algo. Es un ladrón...

En el momento en que terminaba la conversación, entró la señorita Rainey y se acercó a su mesa.

—No voy a poder seguir trabajando para usted, señor Weed —dijo—. Me quedaré hasta el diecisiete si me necesita, pero me han ofrecido un empleo maravilloso y quisiera marcharme lo antes posible.

Su secretaria salió, dejándolo que meditara a solas sobre la iniquidad cometida por el hijo de la señora Thomas. En la fotografía, sus hijos reían y reían, adornados con todos los brillantes colores del verano, y Francis recordó que aquel día se habían encontrado a un gaitero en la playa y que él le dio un dólar para que les tocara el himno de batalla de los Black Watch. La muchacha estaría en su casa cuando volviera a Shady Hill. Él pasaría otra velada entre sus amables vecinos, escogiendo calles sin salida, caminos para carros y senderos de casas abandonadas. No había nada que calmase sus sentimientos —las risas de sus hijos o un partido de *softball* no lograrían cambiar nada— y, al pensar de nuevo en el aterrizaje forzoso, en la nueva doncella de los Farquarson, y en las dificultades de Anne Murchison con el borracho de su padre, Francis se preguntó cómo podría haber evitado llegar a donde se encontraba. Y donde se encontraba era en un aprieto. Se había perdido tan sólo en una ocasión, al volver de un río truchero en los bosques del norte, y ahora lo dominaba el mismo sombrío convencimiento: toda la alegría, o la esperanza, o el valor, o el tesón no lo ayudarían a encontrar, en la creciente oscuridad, el camino perdido. Percibió incluso el olor a bosque. El sentimiento de desolación

era intolerable, y Francis vio con claridad que había llegado el momento de elegir.

Podía ir a un psiquiatra, como la señorita Rainey; o a la iglesia, y confesar sus malos deseos; podía ir a un salón de masajes daneses en la zona oeste de las calles setenta, recomendado por un viajante de comercio; podía violar a la chica o confiar en que, de alguna manera, se le impidiera hacerlo; o podía emborracharse. Se trataba de su vida, de su destino, y, como todos los demás hombres, estaba hecho para ser el padre de miles, y ¿qué mal podía haber en una cita de amantes que los hiciera ver el mundo a los dos más de color de rosa? Pero aquel razonamiento era erróneo, y Francis volvió a la primera posibilidad, al psiquiatra. Tenía el número de teléfono del doctor que trataba a la señorita Rainey; llamó y pidió ser recibido inmediatamente. Se mostró muy obstinado con la enfermera —era su manera de actuar en los negocios—, y cuando ella le dijo que no había ningún hueco en el horario por espacio de varias semanas, Francis exigió hora para aquel mismo día y la enfermera le dijo que fuera a las cinco.

La consulta del psiquiatra estaba en un edificio utilizado fundamentalmente por médicos y dentistas, y los corredores conservaban el olor azucarado de los preparados para enjuagarse la boca y el recuerdo de muchos dolores. El carácter de Francis se había formado mediante una serie de decisiones personales: decisiones sobre limpieza, sobre tirarse a la piscina desde el trampolín más alto o repetir cualquier otra proeza que pusiera a prueba su valor, decisiones sobre puntualidad, honradez y rectitud. Renunciar a la perfecta independencia con la que había tomado sus decisiones más vitales destrozaba su concepto de la integridad del carácter, y lo dejaba en una situación que tenía mucho de shock. Se sentía estupefacto. El escenario para su *miserere mei Deus* era, como las salas de espera de tantos médicos, un tosco homenaje a los placeres de la felicidad doméstica: un lugar decorado con antigüedades, mesas de café, plantas en macetas y grabados de puentes cubiertos de nieve y de gansos volando, aunque no hubiese niños, ni cama de matrimonio, ni fogón. Incluso, en aquel simulacro de hogar donde nadie había pasado nunca una noche y donde las ventanas con visillos daban directamente a un oscuro pozo de ventilación. Francis repitió su nombre y su dirección a una enfermera y luego vio, a un lado de la sala a un policía que se acercaba a él.

—No se mueva —dijo el policía—. Estese quieto. Deje las manos donde las tiene.

—Creo que está todo en orden, agente —empezó la enfermera—. Creo que sería...

—Vamos a asegurarnos —dijo el policía. Y empezó a dar palmadas sobre la ropa de Francis, buscando... ¿pistolas, cuchillos, un punzón para picar el hielo? Al no encontrar nada, se marchó, y la enfermera trató de disculparse, todavía con evidente nerviosismo:

—Cuando telefoneó usted, señor Weed, parecía muy excitado, y uno de los pacientes del doctor ha amenazado con matarlo, así que hemos de tener cuidado. ¿Quiere entrar ahora?

Francis abrió una puerta conectada a un carillón eléctrico, y una vez en la guarida del psiquiatra, se dejó caer pesadamente sobre una silla, se sonó la nariz con un pañuelo, se registró los bolsillos en busca de cigarrillos, de cerillas, de algo, y dijo con voz ronca y lágrimas en los ojos:

—Estoy enamorado, doctor Herzog.

Estamos en Shady Hill una semana o diez días después. El tren de las siete catorce ha llegado y se ha ido, y en algunas casas han terminado ya de cenar y la vajilla está en el lavaplatos. El pueblo cuelga moral y económicamente de un hilo; pero cuelga de su hilo a la luz del atardecer. Donald Goslin ha empezado una vez más a destrozar la sonata *Claro de luna. Marcato ma sempre pianissimo*. Parece estar escurriendo una toalla húmeda, pero la doncella no le hace ningún caso: está escribiendo una carta a Arthur Godfrey. En el sótano de su casa, Francis Weed trabaja en una mesa para tomar café. El doctor Herzog recomienda la carpintería como terapia, y Francis halla cierto consuelo en los simples problemas aritméticos que ha de resolver y en el hermoso olor de la madera nueva. Francis es feliz. Arriba, el pequeño Toby llora porque está cansado. Se quita el sombrero de cowboy, los guantes, y la chaqueta con flecos; se desabrocha el cinturón adornado con oro y rubíes; se desprende de las balas de plata y de las pistolas; sigue con los tirantes, la camisa de cuadros y los pantalones vaqueros, y luego se sienta en el borde de la cama para quitarse las botas altas. Después de dejar todo el equipo en un montón, va al armario y descuelga su traje espacial. Le cuesta mucho trabajo ponerse las ajustadas medias de malla, pero lo consigue. Se ata con una lazada la capa mágica sobre los hombros y, subido en el pie de la cama, extiende los brazos y recorre volando la escasa distancia hasta el suelo, donde aterriza con un golpe audible para todos los habitantes de la casa menos para él.

—Vete a casa, Gertrude, vete a casa —dice la señora Masterson—. Hace una hora que te he dicho que te fueras a casa, Gertrude. Ya se te ha pasado la hora de cenar, y tu madre estará preocupada. ¡Vete a casa!

En la terraza de los Babcock se abre de golpe una puerta y por ella sale la señora Babcock sin nada de ropa, perseguida por su marido también desnudo. (Sus hijos están en un internado, y la terraza queda aislada por un seto.) Corren por la terraza y vuelven a entrar por la puerta de la cocina, tan apasionados y bien parecidos como cualquier ninfa y cualquier sátiro que se puedan encontrar en las paredes de Venecia. Mientras corta la última rosa del jardín, Julia oye los gritos del viejo señor Nixon a las ardillas que se meten en el comedero para los pájaros:

—¡Bribonas! ¡Sinvergüenzas! ¡Fuera! ¡Quitaos de mi vista!

Un pobre gato cruza por el jardín, hundido en la más completa aflicción espiritual y física. Lleva atado a la cabeza un sombrero de paja —un sombrero de muñeca—, y lo han abotonado a conciencia dentro de un vestido también de muñeca, de cuyas faldas sobresale el largo y peludo rabo. Al andar, sacude las patas, como si se hubiera caído al agua.

—¡Ven aquí, garito, ven aquí! —lo llama Julia—. ¡Aquí, garito, pobre garito!

Pero el gato le dirige una mirada de escepticismo y se aleja a trompicones con sus faldas. El último en aparecer es *Júpiter*. Salta atravesando las tomateras, sosteniendo en la boca generosa los restos de una zapatilla. Luego llega la oscuridad; ésta es una noche en la que reyes con trajes dorados cabalgan sobre las montañas a lomos de elefantes.

La duquesa

Si a uno le ha tocado ser hijo de un minero o educarse —como yo— en una pequeña ciudad de Massachusetts, la compañía de una encopetada duquesa posiblemente le suscite ciertos sentimientos cuya vulgaridad no tiene cabida en el universo de la ficción, pero era una mujer hermosa, en definitiva, y la belleza no tiene nada que ver con la alcurnia. Era esbelta, pero no delgada, y más bien alta. Sus cabellos eran de un rubio ceniciento, y su clara y admirable frente armonizaba con aquel grandioso y derruido trasfondo de piedra caliza y mármol, el palacio romano donde residía. Era de su propiedad, y al abandonar las sombras de su mansión para recorrer a pie, en hora temprana, a lo largo del río, el camino que la separaba de la misa, nunca parecía haberse alejado por completo de su luz veteada. Podría haber sorprendido, pero no alarmado, verla en compañía de los santos y los ángeles de piedra que coronan el tejado de Sant'Andrea della Valle. No se trataba de la Roma que figura en las guías turísticas, sino de la actual, cuyo atractivo no es el Coliseo a la luz de la luna ni la plaza de España bañada por una súbita ducha, sino el patético espectáculo de una magna y vetusta metrópoli que sucumbe confusamente al cambio. Vivimos en un mundo donde las riberas del más recóndito arroyuelo truchero han sido aplanadas por las botas de los pescadores, y en que la música que se despeña desde los muros medievales al jardín donde estamos sentados es una antigua grabación de Vivienne Segal cantando *Bewitched, Buthered and Bewildered*; y Donna Carla, como usted y yo, vivía con un pie en el pasado.

Se llamaba Donna Carla Malvolio-Pommodori y era duquesa de Vevaqua-Perdere-Giusti, etc. La hubieran considerado hermosa en cualquier sitio, pero sus ojos azules, su piel pálida y el resplandor de su pelo resultaban extraordinarios en Roma. Hablaba inglés, francés e italiano con similar elegancia, pero el italiano era el único que escribía correctamente. Redactaba su correspondencia mundana en una especie de inglés: «Donna Carla le dispensa gracias por las flaures», «Donna Carla solicita el honor de su compagnía», etc. El primer piso de su palacio sobre el Tíber había sido habilitado para establecimientos comerciales, y ella vivía sobre *el piano nobile*. Las dos plantas superiores se habían convertido en apartamentos de alquiler. Pero aún conservaba para sí unas cuarenta habitaciones.

Casi todas las guías turísticas refieren en letra pequeña la historia de su familia, y no es posible viajar por Italia sin topar con las moles de albañilería que los Malvolio-Pommodori diseminaron por doquier, desde Venecia hasta Calabria. La dinastía contó con tres papas, un dux y treinta y seis cardenales, así como con muchos nobles avariciosos, deshonestos y sanguinarios. Don Camillo contrajo matrimonio con la princesa Plèves, y una vez que ella le hubo dado tres varones, hizo que la excomulgaran bajo una falaz acusación de adulterio, y se apoderó de todas sus tierras. Don Camillo y sus hijos perecieron en el curso de una cena a manos de asesinos pagados por su anfitrión, Marcantonio, tío de don Camillo. Marcantonio murió estrangulado por los hombres de Cosimo, a quien envenenó más tarde su sobrino Antonio. El palacio de Roma había poseído una mazmorra: un calabozo bajo un aposento cuyo suelo se accionaba conforme al principio que mueve un balancín. Si alguien pisaba más allá del eje (o bien lo empujaban para que lo hiciese), caía aullando al pozo donde habría de dejar sus huesos. Todo ello acontecía mucho antes del siglo XIX, en que los pisos superiores fueron habilitados como apartamentos. Los abuelos de Donna Carla fueron nobles romanos

ejemplares. Incluso eran mojigatos, y habían hecho adecentar los frescos eróticos del salón de baile, aunque éste ya no se usaba. En el salón de fumar perduraba una estatua marmórea de ambos antepasados. Era de tamaño natural y los representaba tal como pudieron ataviarse para dar un paseo por el Lungotevere: con sombrero, guantes y bastón de mármol. El abuelo ostentaba incluso un cuello de piel marmórea sobre un abrigo igualmente pétreo. Ni el concejal de parques y jardines más corrompido y de peor gusto podría haber sido sobornado para exhibir al aire libre cosa semejante.

Donna Carla nació en el pueblo familiar de Vevaqua, en la Toscana, donde sus padres vivieron muchos años una especie de exilio. Su padre era de gustos sencillos, audaz, piadoso, justo y heredero de un inmenso patrimonio. Tuvo una mala caída cuando de joven cazaba en Inglaterra: se rompió brazos y piernas, se fracturó el cráneo y también varias vértebras. Sus padres emprendieron el entonces largo viaje desde Roma hasta Gran Bretaña, y aguardaron tres días a que su brillante vástago recobrarla la conciencia. Se pensó que jamás podría volver a caminar. Su poder de recuperación fue extraordinario, pero pasaron dos años sin que lograra dar un solo paso. Entonces, todavía débil, gracias a dos bastones y a la ayuda de una enfermera de busto exuberante que se llamaba Winifred-Mae Bolton, cruzó el umbral de la clínica en dirección al jardín. Erguida la cabeza, esbozó su rápida sonrisa y avanzó cojeando como si, en lugar de su dolencia, demorara sus pasos el placer que sentía al salir al jardín y al aire fresco. Hasta seis meses después no pudo volver a Roma, y regresó con la nueva de que iba a casarse con Winifred-Mae Bolton. Ella le había dado —literalmente— su vida, y como buen noble que era, ¿qué podía darle él a cambio sino la suya propia? La consternación fue indescriptible en Roma, París y Milán. Sus padres lloraron, pero se mantuvieron firmes en su lucha contra aquella resuelta tendencia a la honradez que su hijo había demostrado poseer desde niño. Su padre, que lo amaba como a su propia vida, dijo que Winifred-Mae no traspasaría las puertas de Roma mientras él viviese, y ella no lo hizo.

La madre de Donna Carla era una mujer voluminosa y alegre, muy desenvuelta de maneras y con un penacho amarillo rojizo que coronaba su pelo. Todo el italiano que aprendió en su vida fue «prego» y «grazie», vocablos que pronunciaba «praigo» y «graizia». Se ocupó del jardín durante los años de exilio en Vevaqua. El estilo vigente en los jardines de las estaciones ferroviarias de Inglaterra influía en sus gustos tradicionales, y dibujaba con violetas el nombre de su marido —Cosimo— y lo insertaba en un arriate de alcachofas con forma de corazón. Le gustaba freír pescado y patatas, razón por la cual los campesinos la creían loca. La única muestra de que el duque hubiese podido lamentar su matrimonio era alguna que otra —y encantadora— mirada de desconcierto en su rostro agraciado. Fue siempre cariñoso, cortés y protector con su esposa. Donna Carla tenía doce años cuando sus abuelos fallecieron. Tras un período de duelo, ella, Winifred-Mae y el duque entraron en Roma por la puerta de Santa María del Popolo.

Probablemente Winifred-Mae estaba ya para entonces lo suficientemente acostumbrada a la grandiosidad ducal como para sentirse apabullada por el tamaño del palacio sobre el Tíber. Su primera noche en Roma fijó la pauta de su futura vida allí.

—Ahora que estamos otra vez en una ciudad —dijo—, con todo lleno de tiendas y demás, voy a salir a comprar un poco de pescado fresco, ¿verdad que sí, duqui?, y te lo freiré como cuando estabas en el hospital.

La sonrisa de asentimiento del duque reveló un amor perfecto. En el mercado, Winifred-Mae desechó los calamares y las angulas, pero encontró un buen lenguado, se lo llevó a casa y lo frió con algunas patatas en la cocina, mientras las criadas asistían con lágrimas en los ojos al declive de tan

augusta casa. Después de cenar, como era costumbre en Vevaqua, Winifred-Mae cantó. No era cierto que hubiera interpretado cancioncillas y alzado sus enaguas en *music halls* ingleses, como aseguraban sus enemigos. Había actuado en ellos antes de hacerse enfermera; pero solía cantar la *Meditación* de la ópera *Thais* y *Camino a Mandalay*. Su exhibición de falta de talento era completa; resultaba prodigiosa. Daba la impresión de que mostraba a plena luz su torpeza para que todos la constatasen, y de que enseñara públicamente la magnitud de la misma. Aporreaba ruidosamente al piano bemoles y sostenidos, pero lo hacía con tan delicioso candor y confianza en sí misma que su ejecución llegaba a ser refrescante. El duque irradiaba júbilo ante aquellos logros de su esposa, y en modo alguno parecía proclive a comparar estos esparcimientos con los de su infancia, cuando en compañía de su niñera había visto desde el balcón de la sala de baile cómo un emperador, dos reyes, tres reinas y ciento treinta y seis grandes duques y grandes duquesas danzaban una cuadrilla. Winifred-Mae cantó durante una hora, y después apagaron las luces y se fueron a la cama. Por aquellos años, un buho había anidado en la torre del palacio, y podían oír el campanileo del ave prevaleciendo sobre la susurrante música de las fuentes. A Winifred-Mae aquel detalle le recordaba Inglaterra.

Roma no hizo jamás ni el menor esfuerzo por reparar en la existencia de Winifred-Mae, pero una encantadora duquesita, y multimillonaria además, era algo demasiado especial para pasarlo por alto, y al parecer, Donna Carla iba a ser la mujer más rica de Europa. Para que los pretendientes pudieran serle presentados, había que tener en cuenta a Winifred-Mae, y entonces fue reclamada por la alta nobleza. Ella seguía cocinando, cosiendo, cantando y haciendo punto; la alta nobleza pudo conocerla en su propia salsa. Era todo un escándalo. Hacía entrar en la cocina a los nobles invitados mientras metía en el horno un pastel de riñones y carne. Confeccionaba fundas de cretona para el mobiliario del *salottino*. Se quejó explícitamente del anticuado sistema de cañerías palaciego. Instaló una radio. Ante su insistencia, el duque tomó como secretario a un joven inglés llamado Cecil Smith. El tal Smith no agradaba ni siquiera a sus compatriotas. Con sólo verlo bajar la escalera de la plaza de España bajo el sol matutino, recordaba uno la zona industrial de las Midlands. Oía a Stoke-on-Trent¹⁰. Era un hombre alto, de pelo castaño rizado, dividido en dos y peinado sobre la frente como si fuera un paño. Vestía prendas oscuras que le enviaban de Inglaterra y que le sentaban mal, y, como consecuencia de su temor a las corrientes de aire y su miedo a la impudicia, daba la impresión de estar sepultado en ropas. Usaba gorro de dormir, camisetas, guantes y chalecos, y le asomaban los puños de su larga ropa interior cuando estiraba la mano para coger otra taza de té, que tomaba con Winifred-Mae. Tenía modales refinados. Se ponía visera y puños de papel en el despacho del duque, y freía salchichas y patatas en una cocinilla de gas en su apartamento.

Pero la tronada nobleza tenía que pasar por alto el coser, el cantar, el aroma del pescado y las patatas y la presencia de Cecil Smith. Pensar en lo mucho que la gracia de Donna Carla —y sus miles de millones— podía hacer por resucitar el brillo de la aristocracia producía palpitaciones. Los posibles pretendientes empezaron a acudir al palacio cuando ella tenía apenas trece o catorce años. Y Donna Carla era amable con todos. Incluso poseía esa suerte de gracia interior que iba a hacerla tan persuasiva en su juventud. No era una muchacha solemne, pero la hilaridad parecía impropia de su rango, y cierta condesa que había ido a presentar a su hijo comentó más tarde que era como la princesa del cuento de hadas: la princesa que jamás se había reído. La observación encerraba sin duda algo de verdad, pues hizo fortuna: la gente la repetía, y con ella aludían a un clima de melancolía o cautividad que afectaba a Donna Carla a pesar de sus rasgos claros y su apariencia alegre.

¹⁰ Ciudad inglesa muy próxima a Manchester. (*N. del T.*)

Todo esto ocurría en los años treinta, década en Italia de desfiles callejeros, arrestos, asesinatos y pérdida de los lustres de familia. Cecil Smith regresó a Inglaterra al estallar la guerra. Por aquellos días, muy pocos pretendientes iban al palacio. El duque lisiado era un implacable antifascista, y dijo a todo el mundo que Il Duce era abominable, un virus infeccioso, pero jamás lo persiguieron ni lo encerraron en la cárcel, como les sucedió a hombres menos francos: tal vez su buena suerte obedeció a su linaje, a su invalidez o a su popularidad entre los romanos. Pero desde el comienzo de la guerra la familia vivió en un forzoso y absoluto aislamiento. Se estimó erróneamente que simpatizaban con los aliados, y se les permitía salir del palacio una sola vez al día, para asistir a la primera o a la última misa en San Giovanni. La noche del 10 de setiembre de 1943 dormían todos.

El búho ululaba. Luigi, el viejo mayordomo, los despertó y dijo que había un mensajero en la sala. Se vistieron de prisa y bajaron. El mensajero se había disfrazado de granjero, pero el duque reconoció al hijo de un antiguo amigo. Informó al duque de que los alemanes bajaban por Via Cassia y estaban entrando en la ciudad. El general al mando había puesto un precio de un millón de liras por la cabeza del duque; el precio de su intransigencia. Tenían que marcharse de inmediato, a pie, a un lugar en la colina de Gianicolo. Winifred-Mae pudo oír al búho que ululaba en la torre y jamás sintió tanta nostalgia de Inglaterra.

—No quiero marcharme, duque —declaró—. Si van a matarnos, que nos maten en nuestra propia cama.

El duque sonrió amablemente y le abrió la puerta que daba a una de las más alborotadas noches romanas.

Había ya patrullas alemanas en las calles. Del palacio al río había un buen trecho, y los tres eran muy llamativos: la inglesa llorando, el duque con su bastón y la atractiva heredera. ¡Qué misteriosa debió de parecerles la vida en aquel momento! El duque avanzaba lentamente y de tanto en tanto se paraba a descansar, pero ocultó sus dolores a pesar de ser intensos. Con la cabeza alta y puesta a precio, miró en derredor con los ojos alerta, como si se hubiera detenido a observar o admirar ciertos cambios en su vieja ciudad. Cruzaron el río por puentes separados y se reunieron en una barbería, en cuyo sótano fueron disfrazados. Les mancharon la piel y les tiñeron el pelo. Abandonaron Roma antes del alba, escondidos en un cargamento de muebles, y esa noche llegaron a una pequeña aldea montañosa y se ocultaron en la bodega de una granja.

La aldea sufrió dos bombardeos, pero sólo fueron destruidos unos cuantos cobertizos y edificios de las inmediaciones. Alemanes y fascistas registraron la granja una docena de veces, pero el duque siempre recibió aviso con mucho tiempo de adelanto. En la aldea se los conocía como *signor* y *signora* Giusti, y sólo a Winifred-Mae le irritaba este incógnito. Ella era la duquesa Malvolio-Pomodori, y quería que su dignidad se conociese. A Donna Carla no le disgustaba ser simplemente Carla Giusti. En calidad de tal fue un día al lavadero y pasó una grata mañana lavando sus ropas y cotilleando con las demás mujeres. Cuando volvió a la granja, su madre estaba furiosa. Era Donna Carla; no debía olvidarlo. Pocos días después, Winifred-Mae vio a una mujer en la fuente que enseñaba a la heredera a transportar una tina de cobre sobre la cabeza; obligó a Donna Carla a volver a casa y le dictó otra feroz lección sobre cuestiones de rango. Donna Carla fue siempre maleable y obediente, pero sin por ello perder su frescura, y nunca volvió a intentar llevar una *conca* sobre la cabeza.

La familia regresó a Roma en cuanto fue liberada la ciudad; y descubrió que los alemanes habían saqueado el palacio; luego se retiró a una finca del sur y aguardó allí el final de la guerra. El duque fue invitado a colaborar en la formación de un gobierno, pero rechazó la gentileza alegando que era demasiado viejo; la realidad era que apoyaba, si no al rey, al menos sí el concepto de monarquía. En una mina de sal se hallaron las pinturas y el resto de los tesoros familiares, que volvieron al palacio. Cecil Smith regresó, se puso sus puños de papel y reanudó la administración de la fortuna familiar, que se conservó intacta a lo largo de la guerra. Los pretendientes visitaron de nuevo a Donna Carla.

En el curso del segundo año posbélico, ciento diecisiete pretendientes afluyeron al palacio. Entre ellos había hombres rectos y honrados, granujas, varones hemofílicos y numerosos primos. Donna Carla gozaba del privilegio de elegir a su consorte, y los despidió a todos sin soltar prenda. Formaban una casta de hombres grandiosamente desheredados. Acostados en los lechos del hotel Excelsior, soñaban con la fortuna de la joven duquesa. Se reparó el tejado del castillo. Finalmente fueron instaladas las cañerías. El jardín florecía. Los caballos de silla estaban gordos y lustrosos. Al poner en la puerta a tantos caballeros sin haber mencionado el tema del matrimonio, Donna Carla los había ultrajado y había vejado sus sueños. Los enviaba de nuevo a sus castillos con goteras, a sus jardines arruinados; los condenaba al clima tempestuoso del linaje empobrecido. Muchos se enfadaron, pero siguieron acudiendo. Repudió a tantos pretendientes que al final fue llamada al Vaticano, donde el Santo Padre le recordó la responsabilidad que tenía para con su familia y su antiguo apellido.

Teniendo en cuenta que Winifred-Mae había desbaratado los planes aristocráticos, fue sorprendente su fervoroso interés por el linaje de los pretendientes de su hija, y se erigió en paladín de sus favoritos conforme éstos iban apareciendo. A este propósito creció el resentimiento entre madre e hija, y Winifred-Mae tuvo palabras duras. Llegaban cada vez más pretendientes que se marchaban por donde habían venido para volver cada vez más perseverantes y necesitados; pero el tema de la boda seguía sin mencionarse. El confesor de Donna Carla sugirió entonces que la viese un psiquiatra, y la muchacha accedió. Nunca se negaba a nada. El sacerdote le concertó una cita con un médico devoto y ya de edad que ejercía en el seno de la fe católica. Había sido amigo de Croce, y en una de las oscuras paredes de su despacho colgaba una enorme fotografía del filósofo, pero quizá Donna no apreció el detalle. El médico ofreció una silla a la duquesa, y después, tras algunas preguntas, la invitó a tumbarse en el diván. Era un mueble macizo, recubierto de cuero gastado, que databa de las primeras épocas de Freud. Ella se dirigió graciosamente hacia el diván y luego se volvió y dijo:

—Pero no me es posible tumbarme en presencia de un caballero.

El médico entendió su argumento; era un auténtico callejón sin salida. Ella parecía contemplar el diván ansiosamente, pero no podía modificar las enseñanzas de su educación, y en consecuencia, se dijeron adiós.

El duque envejecía. Cada vez le resultaba más difícil andar, pero el dolor no alteró su postura, y al parecer sólo servía para acrecentar su vitalidad. La gente, al verlo, pensaba: qué agradable va a ser comer una chuleta, darse un baño, escalar una montaña; qué deliciosa es la vida, después de todo. Transmitió a Donna Carla su probidad y su ideal de vida sencilla y elegante. Comía alimentos naturales en platos suntuosos, vestía excelentes ropas en vagones de tren de tercera clase y, cuando viajaba a Vevaqua, solía tomar el sencillo almuerzo que llevaba en una cesta. Desembolsaba muchísimo dinero para mantener sus cuadros limpios y en buen estado, pero las fundas para el polvo

que cubrían las butacas y las arañas de los salones llevaban años sin ser quitadas. Donna Carla empezó a interesarse por los bienes que heredaría y pasó cierto tiempo examinando los libros de contabilidad en el despacho de Cecil. La inconveniencia de que una hermosa mujer de la nobleza romana estudiase los libros mayores ante un escritorio dio pábulo a cierto chismorreó, y es posible que tal iniciativa marcara el punto de un cambio decisivo en su reputación.

Hubo un punto de inflexión. Su vida no era especialmente solitaria, pero su tímida elegancia daba esa impresión, y se había enemistado con bastantes de sus antiguos pretendientes, convirtiéndose en blanco de las murmuraciones. Se dijo que la probidad del duque era avaricia y que los gustos sencillos de su familia eran signo de demencia. Se comentó que comían mendrugos de pan y sardinas en lata, y que sólo había una bombilla en todo el palacio. Se aseguró que se habían vuelto locos (los tres sin excepción) y que legarían a los perros su inmensa fortuna. Alguien afirmó que Donna Carla había sido detenida por hurtar en los comercios de la Via Nazionale. Otra persona la había visto birlar en el Corso un objeto de diez liras y guardárselo en el monedero. Cuando Luigi, el viejo mayordomo, se desplomó un día en la calle y fue trasladado al hospital en ambulancia, alguien contó que los médicos habían diagnosticado que agonizaba de inanición.

El partido comunista aprovechó para subirse al carro, e inició un ataque contra Donna Carla, diciendo que era el arquetipo del feudalismo en vías de extinción. Un diputado comunista pronunció un discurso ante el Parlamento en el que declaraba que los padecimientos de la nación italiana no cesarían hasta que la duquesita hubiese muerto. El pueblo de Vevaqua votó a los comunistas en las elecciones municipales. Donna Carla se desplazó a la localidad tras la cosecha para revisar las cuentas. Su padre estaba demasiado débil y Smith se hallaba ocupado. Viajó en tercera clase, como le habían enseñado. La vieja calesa y el andrajoso cochero la aguardaban en la estación. Los cojines de cuero levantaron nubes de polvo cuando se les sentó encima. En el momento en que el carruaje se internaba en un olivar a los pies de las murallas del pueblo, alguien arrojó una piedra. Alcanzó en el hombro a Donna Carla. Otra piedra le cayó sobre el muslo y una tercera le golpeó el pecho. Salió volando el sombrero del cochero y el hombre fustigó al caballo, pero el animal estaba demasiado acostumbrado a tirar del arado, y no podía cambiar el paso. Entonces una piedra se estrelló en la frente del cochero, y de la herida empezó a manar sangre. Cegado por ella, dejó caer las riendas. El caballo se apartó a un lado del camino y empezó a pastar. Donna Carla se apeó de la calesa. Los hombres del olivar se dieron a la fuga. Vendó con un pañuelo la cabeza del cochero, empuñó las riendas y guió el viejo carruaje hasta entrar en el pueblo, donde por doquier estaba escrito: «¡MUERA DONNA CARLA!», «¡MUERTE A LA DUQUESA!» No había una alma en las calles. Los criados del castillo se mantenían leales, y le vendaron los cortes y las heridas, le sirvieron té y lloraron. Cuando a la mañana siguiente inició la intervención de cuentas, los arrendatarios se presentaron uno tras otro, y ella no mencionó el incidente. Con elegancia y paciencia, repasó los números, incluso con sus agresores, a quienes reconoció. Tres días después, cruzó de nuevo el olivar en calesa y cogió el tren a Roma en un vagón de tercera.

Pero el episodio no mejoró su reputación en la metrópoli. Alguien refirió que había despedido de su puerta a un niño famélico y que su tacañería era patológica. Que estaba pasando de contrabando sus cuadros a Inglaterra y amasando en la isla una fortuna. Que vendía sus joyas. Se supone que los nobles terratenientes romanos son gente perspicaz, pero sobre Donna Carla se inventaban y circulaban infundios de inusitada deshonestidad. También se dijo que estaba perdiendo su prestancia física. Que estaba haciéndose vieja. La gente discutía acerca de su edad: tenía veintiocho años, treinta y dos, treinta y seis, incluso treinta y ocho. Y que seguía siendo una figura familiar en el Lungotevere, tan solemne y encantadora como siempre, con su pelo reluciente y su media sonrisa. ¿Cuál era la verdad? ¿Qué encontraría en su casa, si iba allí a tomar el té, a un príncipe alemán, a un pretendiente dueño de

un palacio con goteras?

A las cinco de la tarde de un domingo, el príncipe Bernstrasser-Falconberg pasó por debajo del imponente arco y entró en un jardín donde había unos cuantos mandarinos y una fuente. Era un hombre de treinta y cinco años, con tres hijos ilegítimos y una jovial amante que lo esperaba en el Grand Hotel. Al alzar la vista y ver los muros del palacio, no pudo evitar el pensamiento de todas las buenas cosas que prometía la riqueza de Donna Carla. Podría pagar sus deudas. Compraría una bañera a su anciana madre. Arreglaría el tejado. Un viejo portero de librea amarilla le franqueó la entrada, y Luigi abrió un segundo par de puertas dobles, haciéndolo pasar a una sala con escalera de mármol. Donna Carla lo aguardaba en la oscuridad.

—Muy amable por su parte el haber venido —le dijo en inglés—. Terriblemente lúgubre, ¿no cree?

La frágil música inglesa de su voz rebotó en las piedras. La sala era lúgubre, como él pudo comprobar, pero eso sólo era la mitad de la verdad, y el príncipe captó al instante que no se esperaba de él que reparase en que asimismo era suntuosa. La joven duquesa parecía estarle suplicando cierta comprensión por su desconcierto, por su dilema al tener que recibirlo en semejante ámbito, y por su anhelo de fingir que se trataba de una estancia totalmente ordinaria, un lugar en el que dos amigos podían reunirse cualquier domingo por la tarde. Ella le tendió la mano y se disculpó por la ausencia de sus padres, que no se encontraban bien. (No era totalmente cierto: Winifred-Mae estaba resfriada, pero el viejo duque se había ido a un cine de programa doble.)

Al príncipe le agradó comprobar que Donna Carla era atractiva que lucía un vestido de terciopelo y que se había puesto un poco de perfume. Hizo conjeturas acerca de su edad, y vio que su cara parecía de cerca muy pálida y sugestiva.

—Nos queda un largo paseo por delante —dijo ella—. ¿Vamos? El *salottino*, la única habitación donde uno puede sentarse, está en el otro extremo del palacio, pero no es posible utilizar la puerta trasera, porque luego uno presenta una *brutta figura*...

Desde la sala accedieron a la cavernosa galería de pinturas. La estancia estaba tenuemente iluminada, y sus cientos de sillas cubiertas con gamuza. El príncipe se preguntó si sería oportuno mencionar los cuadros, y trató de indagarlo a través de la duquesa. Ella parecía mantenerse a la expectativa, pero ¿esperaba que él se reuniese con ella o acaso aguardaba a que su huésped hiciese gala de sensibilidad artística? El decidió correr el riesgo, se detuvo delante de un Bronzino y lo ensalzó.

—Tiene mejor aspecto ahora que está limpio —dijo ella.

El príncipe rebasó el Bronzino y se encaminó hacia un Tintoretto.

—¿Le apetece que vayamos a un lugar más comfortable? —añadió la duquesa.

La siguiente galería era la de los tapices, y la única concesión de la anfitriona consistió en murmurar: «Españoles... Exigen muchísimo cuidado. Polillas y todo eso.» Cuando el príncipe se detuvo a admirar el contenido de una vitrina, ella se reunió con él y le explicó los objetos, y el pretendiente captó por primera vez cierta ambivalencia en su aparente anhelo de que la tomaran por

una mujer sencilla que vive en un apartamento.

—Lapislázuli tallado —declaró—. Se cree que esa vasija del centro es la pieza de lapislázuli más grande del mundo.

Y a continuación, como si ella misma hubiera detectado y lamentado aquel punto débil en su comportamiento, preguntó según entraban en la habitación siguiente:

—¿Ha visto usted alguna vez más desechos?

Allí estaban las cunas de los papas, las sillas de mano carmesíes de los cardenales, los obsequios habituales de emperadores, reyes y grandes duques apilados hasta el techo, y al príncipe le confundió la turbación de su acompañante. ¿Qué actitud era la oportuna? La conducta de ella no era la que cabría esperar de una heredera, pero, en definitiva, ¿era realmente tan extraña, tan irreflexiva? Y ¿qué insólita actitud no adoptaría un visitante cegado por un kilómetro o más de sucesivos cuadros, agobiado por las abrumadoras reliquias de cuatro siglos consecutivos de riqueza y poder? Jugando, de niña, en aquellos glaciales aposentos, posiblemente había descubierto dentro de sí una notable resistencia a vivir en el interior de un monumento. De todas maneras, habría tenido que hacer su elección, pues si tomaba en serio aquel tesoro, eso implicaría vivir en el pasado en todo instante del mismo modo que el resto de nosotros vive con ansias y apetitos, ¿y quién aceptaría cosa semejante?

El lugar adonde iban era un salón oscuro. El príncipe la observó agacharse hasta el zócalo y enchufar una débil lámpara.

—Siempre dejo desenchufadas todas las lámparas, porque los criados a veces se olvidan de apagarlas y la electricidad está carísima en Roma. ¡Henos aquí! —exclamó, enderezándose y señalando con gesto hospitalario un sofá cuyo raído terciopelo colgaba hecho jirones. Sobre el sofá había un retrato del primer papa Malvolio-Pommodori pintado por Tiziano.

»Me preparo el té con una lamparilla de alcohol, porque de la cocina aquí el agua llega bastante fría...

Se sentaron a la espera de que hirviera la tetera. Ella le tendió su taza y sonrió, y él se sintió conmovido, aunque sin saber por qué. Sobre aquella encantadora mujer, como sobre tantas otras cosas que admiraba él en Roma, pondría la amenaza del inminente desuso. Su palidez era un poco desvaída; su nariz, un tanto afilada. Su gracia y su acento, rayanos en excesivos. No era, sin embargo, la clase de mujer que extravía en el aire su mano izquierda, con el meñique extendido, como las personas vulgares suponen que debe cogerse una taza de té; los aires que adoptaba no eran tampoco equívocos, y a través de ellos el príncipe creyó percibir los latidos de un corazón decente y saludable. Pero pensó al mismo tiempo que los días de Donna Carla concluían inexorablemente en las humedades de un lecho solitario y que si llevaba ella mucho tiempo más semejante vida, acabaría transformándose en una de esas vírgenes yermas cuya voz musical ejerce sobre los hombres la fuerza de una total inapetencia erótica.

—Mi madre lamenta no haber podido venir a Roma —dijo el príncipe—, pero me pidió que le expresara su esperanza de que algún día venga usted a visitarnos a nuestro país.

—Qué delicadeza —respondió Donna Carla—. Por favor, dé las gracias a su madre. No creo

que nos conociéramos, pero recuerdo a sus primos Otto y Friedrich, de cuando estudiaban aquí. Le ruego que a su vuelta los salude de mi parte.

—Debería visitar mi país, Donna Carla.

—Oh, me encantaría, pero tal como están ahora las cosas no puedo abandonar Roma. Tengo mucho que hacer. Hay veinte comercios abajo y apartamentos arriba. Los tubos de desagüe revientan constantemente y las palomas anidan en las tejas. Tengo que ir a la Toscana a inspeccionar las cosechas. No dispongo jamás de un solo minuto.

—Tenemos mucho en común, Donna Carla.

—¿Sí?

—La pintura. Adoro la pintura. Es el amor de mi vida.

—¿De veras?

—Me encantaría vivir como usted, en una casa enorme donde uno encuentra, ¿cómo lo diría?, la auténtica luminosidad del arte.

—¿Le encantaría, en serio? Yo no puedo afirmar que me guste demasiado. Oh, soy capaz de advertir la hermosura de un bonito cuadro o un jarrón, pero aquí no hay nada de eso. Mire donde mire, veo crucifixiones sangrientas, desnudez y crueldad. —Estrechó contra sí el chal—. Realmente no me agrada.

—¿Sabe por qué estoy aquí, Donna Carla?

—Por supuesto.

—Soy de buena familia. No soy joven, pero sí fuerte. Soy...

—Naturalmente. ¿Quiere otra taza de té?

—Gracias.

Su sonrisa, cuando le tendió la taza, fue un abierto ruego de que se limitara a mantener una conversación de tipo general, y el príncipe pensó en su anciana madre, la princesa, bañándose en una tina. Pero en aquella sonrisa había, a la vez, cierta persuasión, cierta triunfante inteligencia que también le hizo reparar, avergonzado, en la estupidez y la tosquedad de su propósito. ¿Por qué la duquesa habría de comprarle una bañera a su madre? ¿Por qué debía de querer arreglarle el tejado? ¿Por qué se lo habían dicho todo sobre ella, salvo que era una mujer sensible? Ahora podía entenderla. Incluso veía más cosas. Comprendió lo infundadas que eran las calumnias sobre ella. Aquella «estafadora», aquella «avara», aquella «ratera» no era más que una mujer agradable que usaba la cabeza. Él conocía la clase de pretendientes que le habían precedido —y tres de cada cuatro veces con una querida esperando en el hotel—, y ¿por qué no podían haber despertado sus sospechas? Conocía la brillante sociedad que ella había desdeñado; conocía sus frías partidas de cartas, sus elegantes y malévolas cenas, el tedio que no atemperaban los mayordomos de librea y los jardines iluminados con

antorchas. Qué sensato por parte de Donna Clara haberse quedado en casa. Era una mujer sensible, demasiado sensible para interesarse por él, y su mente constituía el fondo del misterio. Nadie habría esperado que en la antigua Roma floreciese la flor de la sensatez.

Él y ella charlaron todavía unos veinte minutos, luego Donna Carla hizo sonar una campanilla y dijo a Luigi que enseñara al príncipe el camino de la puerta.

La muerte del anciano duque sobrevino de repente. Una noche en que leía a Joseph Conrad en el *salottino*, se levantó para coger un cenicero y se desplomó muerto. Su cigarrillo quedó encendido sobre la alfombra hasta mucho después de que su corazón hubo dejado de latir. Lo encontró Luigi. Winifred-Mae estaba histérica. Un cardenal con acólitos se precipitó al palacio, pero llegó demasiado tarde. El duque fue enterrado en el magno sepulcro renacentista, rodeado de jardines descuidados, sobre la Appia Antica, y media aristocracia europea guardó luto. Winifred-Mae estaba deshecha. Resolvió volver a Inglaterra, pero una vez preparadas las maletas, cayó en la cuenta de que sus muchos achaques le impedían viajar. Bebía ginebra para sus indigestiones. Imprecaba a los criados, insultaba a Donna Carla por no haberse casado, y finalmente, tres meses después de haber enviudado, falleció.

Tras la muerte de su madre, Donna Carla salió del palacio todas las mañanas durante treinta días para asistir a la primera misa y visitar luego la tumba de su familia. A veces iba en coche. Otras veces cogía un autobús. El velo de su luto era tan espeso que casi hacía invisibles sus rasgos. Salía de casa tanto si llovía como si hacía sol, rezaba sus plegarias, y la vieron vagar por el jardín bajo una tormenta. Daba pena verla en el Lungotevere; sus ropajes negros parecían tener carácter definitivo. Todos se entristecían: los mendigos, las castañeras. Había querido demasiado a sus padres. Algo había fracasado. Ahora pasaría el resto de su vida —qué fácil resultaba imaginarlo— entre el palacio y la tumba. Pero al término de los treinta días fue a ver a su confesor y le dijo que quería ser recibida por Su Santidad. Pocos días después fue al Vaticano. No cruzó la plaza de San Pedro rodando en una limusina de alquiler, ni se quitó el carmín de los labios con un pañuelo de papel. Aparcó cerca de las fuentes su polvoriento cochecillo y atravesó a pie las puertas. Besó el anillo del Santo Padre, hizo una grácil genuflexión y dijo:

—Quisiera casarme con Cecil Smith.